



LA QUEMA DE CÍBOLA

JAMES S. A. COREY

sc

Lectulandia

Las puertas han abierto el camino a miles de nuevos mundos y la fiebre de la colonización se ha desatado. Los colonos buscan una nueva vida lejos de los planetas natales de la humanidad. Ilo, la primera colonia humana en esta gran nueva frontera, nace entre sangre y fuego.

Los colonos independientes se sublevan contra el poder arrollador de una nave colonial corporativa, cargados únicamente con su determinación, su valor y las habilidades adquiridas en las largas guerras en casa. Científicos inocentes mueren masacrados tratando de estudiar el funcionamiento de un mundo nuevo y extraño.

James Holden y el resto de la tripulación de su pequeña nave son enviados para sembrar la paz en plena guerra y el sentido común en mitad del caos. Sin embargo, cuanto Holden más analiza la situación, más se convence de que la misión estaba destinada a fracasar.

Los susurros de un hombre muerto le recuerdan que la gran civilización galáctica que antaño existió en esas tierras ha desaparecido. Y que algo acabó con ella.

James S. A. Corey

La quema de Cíbola

The Expanse - 4

ePub r1.0

Titivillus 08-11-2019

Título original: *Cibola Burn*
James S. A. Corey, 2014
Traducción: David Tejera Expósito
Ilustración de portada: Daniel Dociu

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

*Para Jay Lake y Elmore Leonard.
Señores, ha sido un placer*

Prólogo

Bobbie Draper

«Miles de mundos», pensó Bobbie mientras se cerraban las puertas del metro. Y no solo miles de mundos. También miles de sistemas. De soles. De gigantes gaseosos. De cinturones de asteroides. Todo hacia lo que la humanidad se había expandido repetido miles de veces. En la pantalla sobre los asientos que tenía delante se veía un canal de noticias, pero los altavoces estaban rotos y la voz del hombre se oía demasiado distorsionada como para distinguir las palabras. El gráfico que se ampliaba y se alejaba junto a él era más que suficiente para enterarse. Habían llegado nuevos datos de las sondas que se habían enviado al otro lado de las puertas. Eran imágenes de un sol desconocido con círculos que delineaban las órbitas de los nuevos planetas. Todos ellos vacíos. Sea lo que fuere lo que había construido y disparado hacia la Tierra la protomolécula desde los confines del tiempo, ya no respondía a las llamadas. El constructor de puentes había abierto el camino, pero ningún dios omnipotente lo había atravesado.

A Bobbie le resultaba asombrosa la presteza con la que la humanidad había pasado de pensar «¿A qué inteligencia inconcebible podrían habersele ocurrido unas maravillas tan desoladoras?» a «Bueno, como no están, ¿qué tal si nos quedamos con sus cosas?».

—Perdone —carraspeó la voz flemosa de un hombre—. No tendrá algo de calderilla para un veterano, ¿verdad?

Apartó la vista de las pantallas. El hombre era delgado y tenía el rostro ceniciento. Su cuerpo evidenciaba que había crecido a baja gravedad, lo tenía alargado y la cabeza apepinada. Se humedeció los labios y se inclinó hacia delante.

—¿Es veterano? —preguntó Bobbie—. ¿Dónde sirvió?

—En Ganímedes —dijo el hombre al tiempo que asentía y desviaba la mirada como si intentase emular un gesto de grandeza—. Me encontraba allí cuando todo se fue al traste. Al volver, el gobierno me dio la espalda. Estoy intentando reunir el dinero suficiente para comprar un pasaje a Ceres. Allí tengo familia.

Bobbie sintió cómo la rabia se le agolpaba en el pecho, pero intentó mantener una voz y un gesto calmados.

—¿Ha probado a ponerse en contacto con la comunidad de veteranos? Quizá puedan ayudarlo.

—Solo quiero comer algo —dijo con un tono cada vez más inquieto.

Bobbie miró el vagón de cabo a rabo. Lo normal es que a esa hora hubiese poca gente. Los barrios que pertenecían a Aurorae Sinus estaban todos conectados por la red de metro. Formaban parte del gran proyecto de terraformación marciana que había comenzado antes del nacimiento de Bobbie y que continuaría mucho después de su muerte. Pero ahora, allí no había nadie. Pensó qué sensación podría causar ella en aquel vagabundo. Era una mujer grande, tan alta como ancha, pero estaba sentada y la sudadera que se había puesto le quedaba un poco larga. Quizá el hombre pensara que abultaba porque estaba gorda. No lo estaba.

—¿En qué compañía sirvió? —preguntó. El hombre parpadeó. Bobbie sabía que se suponía que tenía que tenerle miedo, y él se mostró incómodo al ver que no.

—¿Compañía?

—¿En qué compañía sirvió?

El hombre se volvió a humedecer los labios.

—No quiero...

—Es curioso, ¿sabe? —continuó ella—. Juraría que conocía muy bien a todos los que estaban en Ganímedes cuando empezó la batalla. Y bueno, cuando uno pasa por algo así, nunca se olvida. Tiene que afrontar la muerte de muchos de sus amigos. ¿Qué rango tenía? Yo era sargenta de artillería.

La cara cenicienta se había puesto blanca y seria. Frunció los labios. Se metió las manos aún más en los bolsillos y murmuró algo.

—Míreme ahora —continuó Bobbie—. Trabajo treinta horas a la semana para la comunidad de veteranos y por mis ovarios que estoy segura de que podríamos hacer algo por un buen veterano como usted.

El hombre se giró, y Bobbie lo agarró por el codo antes de que pudiese esquivarla. El dolor y el miedo le desfiguraron el rostro al vagabundo cuando

Bobbie tiró de él para acercarlo. Luego, con voz cautelosa y articulando a la perfección cada palabra, dijo:

—Invéntate. Otro. Cuento.

—Sí, señora —afirmó el vagabundo—. Lo haré. No se preocupe.

El vagón se movió y frenó al llegar a la primera estación de Breach Candy. Bobbie soltó al hombre y se puso en pie. Los ojos del vagabundo se abrieron de par en par al verla. Tenía ascendencia samoana y a veces causaba esa impresión en la gente que no se lo esperaba. Había momentos en los que se sentía incómoda, pero aquel no era uno de esos.

Su hermano vivía en un bonito hueco de clase media en Breach Candy, a no mucha distancia de la universidad inferior. Ella había vivido con él durante un tiempo al volver a Marte y aún se esforzaba por poner en orden su destrozada vida. Había sido un proceso más largo de lo que esperaba. Y parte de las consecuencias eran que no podía evitar sentir que le debía algo a su hermano. Las noches de cenas familiares eran su forma de pagarle.

Las estancias de Breach Candy estaban casi vacías y los anuncios de las paredes resplandecían cuando se acercaba. El reconocimiento facial permitía que se le mostraran productos y servicios personalizados para ella. Servicios de citas, membresías para gimnasios, döner para llevar, la nueva película de Mbeki Soon, asesoramiento psicológico. Bobbie intentaba no llevarlo al terreno personal. No obstante, le hubiese gustado toparse con más personas, algunas caras más que añadiesen algo de variedad a la publicidad. Que le permitieran pensar que aquellos anuncios iban dirigidos a otros, no solo a ella.

Pero en Breach Candy no había tanta gente como antes. Las estaciones de metro y los pasillos estaban más vacíos. Y menos personas acudían a la comunidad de veteranos. Le habían llegado rumores de que las matrículas en la universidad superior habían descendido un seis por ciento.

La humanidad aún no había conseguido formar una colonia del todo viable en los nuevos mundos, pero los datos de las sondas eran suficientes. Había una nueva frontera, y las ciudades de Marte empezaban a sentirse amenazadas por la competencia.

Tan pronto como cruzó la puerta, el rico aroma del gumbo a fuego lento de su cuñada llenó el ambiente y le hizo la boca agua. También oyó las voces estridentes de su hermano y su sobrino. Se le hizo un nudo en el estómago, pero era su familia. Los quería. Se sentía en deuda con ellos. Aunque la idea de pedir un döner para llevar fuese más que tentadora.

—... eso no es lo que estaba diciendo —oyó decir a su sobrino. Estaba en la universidad superior, pero cuando había una riña familiar, Bobbie aún era

capaz de distinguir ese tono de niño de seis años.

Su hermano respondió entre gritos, y Bobbie reconoció el tamborileo de sus dedos en la mesa, característico de cuando quería dejar clara su opinión. Lo usaba como un recurso retórico. Como su padre.

—Marte no es una opción. —Golpe—. No es secundario. —Golpe—. Esas puertas y lo que sea que hay al otro lado no es nuestro hogar. El proyecto de terraformación...

—No tengo nada en contra de la terraformación —respondía el sobrino de Bobbie cuando ella entró en la habitación. Su cuñada la saludó con la cabeza desde la cocina sin decir nada. Bobbie le devolvió el saludo. El comedor daba al espacio abierto del salón en el que había un canal de noticias silenciado y donde se veían imágenes de larga distancia de planetas desconocidos y a un hombre negro y atractivo con gafas de pasta que hablaba junto a ellas con mucha seriedad—. Lo único que he dicho es que vamos a tener a nuestra disposición muchos datos nuevos. Datos. Nada más.

Los dos estaban inclinados sobre la mesa como si en medio hubiese un tablero de ajedrez invisible. Un juego de concentración e intelecto que los había absorbido y no les permitía ver el mundo que los rodeaba. En cierta manera, era verdad. Bobbie se sentó sin que ninguno de los dos se percatara de que había llegado.

—Marte —continuó su hermano— es el planeta más estudiado que hay. No importa la cantidad de nuevos datos que aparezcan sobre lugares que no son Marte. ¡Precisamente no son de Marte! Es lo mismo que decir que ver imágenes de miles de mesas te permitirá conocer mejor esta en la que estás sentado.

—El saber no ocupa lugar —dijo su sobrino—. Es lo que siempre me has dicho. No sé por qué ahora estás tan a la que salta.

—¿Qué tal te va, Bobbie? —preguntó con brusquedad su cuñada mientras traía a la mesa un cuenco. Tenía el arroz y los pimientos que usarían para mezclar con el gumbo, y también sirvió de recordatorio para dejar claro a los demás que tenían una invitada. Los dos hombres fruncieron el ceño ante la interrupción.

—Bien —respondió Bobbie—. El contrato con los astilleros ha salido bien. Debería ayudarnos a encontrarle trabajo a muchos veteranos.

—¿Ves? Porque están construyendo nuevas naves de exploración y transporte —recalcó su sobrino.

—¡David!

—Lo siento, mamá. Pero es la verdad —respondió David sin echarse atrás. Bobbie se sirvió arroz en el cuenco—. Todas las naves que son fáciles de actualizar se están actualizando, y también están construyendo más para que la gente pueda zarpar hacia esos nuevos sistemas.

Su hermano cogió el arroz y la cuchara de servir mientras se reía entre dientes para dejar claro lo poco que respetaba la opinión de su hijo.

—El primer equipo de exploración de verdad está a punto de llegar al primero de esos lugares...

—¡Ya hay gente viviendo en Nueva Terra, papá! Hay algunos refugiados de Ganímedes que... —Se quedó en silencio y dedicó una mirada de culpabilidad a Bobbie. Ganímedes no era algo de lo que se pudiese hablar en la cena.

—El equipo de exploración aún no ha aterrizado —dijo su hermano—. Aún faltan años para que se pueda afirmar que hay colonias de verdad ahí fuera.

—¡Y quedan generaciones enteras para que alguien pueda caminar por la superficie de este planeta! ¡No tenemos ni magnetosfera, joder!

—¡Esa boca, David!

Su cuñada había vuelto. El gumbo era oscuro, aromático y tenía una capa de grasa por la superficie. A Bobbie se le hizo la boca agua al olerlo. La mujer lo dejó sobre el salvamanteles y le pasó la cuchara de servir a Bobbie.

—¿Y qué tal tu nuevo apartamento? —preguntó.

—No está mal —respondió Bobbie—. Es barato.

—Ojalá no vivieses en Innis Shallow —dijo su hermano—. Es un barrio conflictivo.

—Nadie se va a meter con la tía Bobbie —comentó su sobrino—. Les arrancarían la cabeza.

Bobbie sonrió.

—Qué va, me limito a ponerles mala cara y...

Del salón llegó un resplandor rojizo y repentino. El canal de noticias había cambiado. Unas franjas rojas cubrían la parte superior e inferior, y en la imagen una terrícola con grandes mofletes caídos miraba a la cámara con rostro serio. Detrás de ella, se veía fuego y también una imagen de archivo de una vieja nave colonial. Unas letras negras que contrastaban con el blanco de las llamas rezaban: TRAGEDIA EN NUEVA TERRA.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Bobbie—. ¿Qué acaba de pasar?

1

Basia

Basia Merton había sido un buen hombre, en el pasado. No era de ese tipo de personas que fabricaba bombas con viejos barriles metálicos de lubricante y explosivos para minería.

Sacó otro del pequeño taller que tenía detrás de su casa y lo llevó a uno de los carritos eléctricos de Primer Aterrizaje. La pequeña hilera de edificios se extendía hacia norte y sur, y luego terminaba de improviso en una llanura que se perdía en el horizonte. La linterna que le colgaba del cinturón se mecía al ritmo de sus pisadas y proyectaba sombras extrañas y dinámicas en la tierra que cubría el suelo. Unos pequeños animales alienígenas le ululaban desde fuera del círculo de luz.

En Ilo (se negaba a llamarlo Nueva Terra), las noches eran muy oscuras. El planeta tenía trece pequeñas lunas de albedo bajo con una configuración orbital espaciada de manera tan perfecta que mucha gente había dado por hecho que eran artefactos alienígenas. Fuera cual fuese su origen, para alguien que había crecido en los satélites con tamaño de planetas de Júpiter, tenían un aspecto más parecido a asteroides atrapados por la gravedad que a lunas de verdad. Y no servían para capturar ni reflejar la luz del sol de Ilo una vez se había puesto. La fauna nocturna local estaba compuesta por pequeños pájaros y lagartos. O lo que los nuevos habitantes humanos de Ilo pensaban que eran pájaros y lagartos. Con sus contrapartidas terrícolas solo compartían el hecho de ser criaturas basadas en el carbono y las características externas más superficiales.

Basia gruñó por el esfuerzo mientras levantaba el barril para colocarlo en la parte trasera del carrito y, un segundo después, se oyó un gruñido de respuesta a unos metros de distancia. La curiosidad había obligado a un lagarto mimo a ponerse justo al borde de la luz, y sus pequeños ojos no

dejaban de resplandecer. Volvió a gruñir, y su enorme cabeza de sapo que parecía hecha de cuero se bamboleó de un lado a otro mientras la bolsa de aire que tenía debajo del cuello se inflaba y desinflaba a medida que emitía el sonido. Esperó un instante sin dejar de observar y, al ver que no respondía, el lagarto volvió a perderse en la oscuridad.

Basia sacó las correas elásticas de la caja de herramientas y empezó a asegurar los barriles a la parte interior del carrito. No había peligro de que los explosivos estallaran al caer al suelo. O al menos eso era lo que aseguraba Coop. Basia no estaba de humor para comprobarlo por sí mismo.

—Baz —dijo Lucia.

La vergüenza hizo que se sonrojara, como si fuese un niño pequeño que acabara de robar una piruleta. Lucia sabía lo que estaba haciendo. Nunca habría sido capaz de mentirle, pero al menos esperaba que se quedase dentro mientras él trabajaba. Su sola presencia le hacía cuestionarse si lo que hacía era lo correcto. Si estaba haciendo lo que había que hacer, ¿por qué le avergonzaba tanto que Lucia le viese?

—Baz —repitió. No sonó insistente. Su voz tenía un tono triste, no enfadado.

—Lucy —saludó Basia al tiempo que se daba la vuelta. La mujer se encontraba justo al borde de la luz, llevaba una bata blanca amarrada alrededor de su delgada figura a pesar del aire frío de la noche. Su rostro era poco más que un borrón oscuro.

—Felcia está llorando —dijo la mujer con un tono que no sonó acusatorio—. Tiene miedo por ti. Ve a hablar con tu hija.

Basia se dio la vuelta y amarró con más fuerza las correas alrededor de los barriles para que su mujer no le viera la cara.

—No puedo. Ya vienen —respondió.

—¿Quién? ¿Quién viene?

—Sabes a qué me refiero. Nos van a quitar todo lo que hemos construido aquí si no les dejamos las cosas claras. Necesitamos tiempo. Y es así como vamos a conseguirlo. Sin la plataforma de aterrizaje, se verán obligados a tener que usar las lanzaderas pequeñas, así que vamos a eliminarla y así les obligaremos a reconstruirla. Nadie saldrá herido.

—Si la cosa se pone fea —comentó Lucia—, siempre podemos marcharnos.

—No —espetó Basia, que se sorprendió al oír el tono brusco de su voz. Se giró y dio unos pasos para ver mejor la cara de su mujer a la luz. Estaba llorando—. Se acabó el marcharnos. Nos fuimos de Ganímedes. Dejamos

atrás a Katoa, escapamos y mi familia tuvo que vivir un año y medio en una nave sin que nadie nos dejara aterrizar en ninguna parte. No vamos a volver a huir. Nunca más. Se acabó, no van a quitarme a otro hijo.

—Yo también echo de menos a Katoa —dijo Lucia—, pero esas personas no lo mataron. Fue la guerra.

—Fue una decisión empresarial. Tomaron una decisión atendiendo a los intereses de una empresa y luego la convirtieron en una guerra que me quitó a mi hijo.

«Y yo les dejé hacerlo —pensó Basia sin pronunciarlo—. Cogí a Felcia, a Jacek y a ti y me marché dejando atrás a Katoa porque pensé que estaba muerto. Y no lo estaba». Las palabras eran demasiado dolorosas para pronunciarlas, pero Lucia las oyó a pesar de todo.

—No fue culpa tuya.

Estuvo a punto de pronunciar un «sí que lo fue», pero tragó saliva.

—Esas personas no tienen derecho alguno en Ilo —dijo esforzándose por que su voz sonase razonable—. Nosotros llegamos primero. Nosotros reclamamos el territorio. Enviaremos el primer cargamento de litio, sacaremos dinero de él y así podremos contratar a unos abogados para que esto se convierta en un caso de verdad en el Sistema Solar. Y si las empresas ya tienen filial aquí cuando eso ocurra, pues da igual. Solo necesitamos tiempo.

—Si lo haces —dijo Lucia—, te meterán en la cárcel. No nos hagas eso. No le hagas eso a tu familia.

—Lo hago por mi familia —replicó Basia en voz baja.

Había sido peor que un grito. Dio un brinco hasta los controles y pisó a fondo el acelerador. El carrito salió despedido hacia delante entre chirridos. No miró atrás, no fue capaz de hacerlo y ver a Lucy.

—Por mi familia —repitió.

Se alejó de su casa y de la ciudad en ruinas que habían empezado a llamar Primer Aterrizaje cuando descubrieron el lugar en los sensores de la *Barbapiccola*. Nadie se había molestado en cambiarle el nombre cuando había pasado de ser una idea a un lugar de verdad. Condujo por el centro del pueblo, que estaba formado por dos hileras de edificios prefabricados, hasta que llegó a la amplia extensión de tierra que hacía las veces de carretera principal y luego giró hacia la zona de aterrizaje original. Los refugiados que habían colonizado Ilo habían descendido de la nave en pequeñas lanzaderas, por lo que lo único que necesitaban era una extensión de terreno lo suficientemente lisa. Pero los de Energías Carta Real, los empresarios,

quienes tenían una escritura de la ONU que afirmaba que aquel mundo era de ellos, iban a bajar con equipamiento pesado. Las lanzaderas pesadas necesitaban una plataforma de aterrizaje de verdad, y se había construido en el mismo lugar al que habían llegado los primeros colonos.

Era algo que a Basia le resultaba ofensivo. Invasivo. El lugar donde había tenido lugar aquel primer aterrizaje era muy significativo. Se imaginó que algún día podría llegar a ser un parque con un monumento en el centro que conmemorara la llegada a aquel nuevo mundo. Pero en lugar de eso, ECR había construido una monstruosidad enorme y metálica justo encima del lugar. Y peor aún, habían contratado a los colonos para hacerlo y muchos de ellos habían pensado que era buena idea.

Se sintió como si lo hubiesen borrado de la historia.

Cuando llegó a esa nueva plataforma de aterrizaje, Scotty y Coop lo estaban esperando. Scotty se encontraba sentado en el borde de la plataforma de metal con las piernas colgando, fumando una pipa y escupiendo a intervalos en la tierra que había bajo sus pies. Junto a él había un pequeño farol eléctrico que le daba una tonalidad verduzca e inquietante. Coop estaba un poco apartado y miraba hacia el cielo enseñando los dientes. Era un cinturiano de la vieja escuela, y la agorafobia había sido más difícil de tratar en su caso que en el de los demás. El hombre de cara enjuta siempre estaba mirando el vacío para acostumbrarse a él, como si fuese un niño que no deja de arrancarse las costras de las heridas.

Basia aparcó el carrito junto al borde de la plataforma, salió de un salto y se puso a desabrochar las correas que sostenían los barriles bomba.

—¿Me echáis una mano? —preguntó.

Ilo era un planeta grande cuya gravedad era algo mayor que la de la Tierra. Incluso después de haber pasado seis meses tomando medicación para fortalecer sus huesos y sus músculos, todo seguía pareciéndole demasiado pesado. El simple hecho de pensar en bajar los barriles al suelo hacía que le molestaran los hombros antes de empezar siquiera.

Scotty se dejó caer de la plataforma de aterrizaje y descendió un metro y medio hasta el suelo. Se apartó el pelo negro y grasiento de los ojos y le dio otra larga calada a la pipa. Basia notó el olor pungente de la marihuana que Scotty cultivaba en una bañera mezclado con el de las hojas de tabaco deshidratadas y congeladas. Coop echó un vistazo mientras se afanaba por enfocar la vista, y luego asomó en su rostro una sonrisa ligera y cruel. El plan había sido obra de Coop.

—Mmm —dijo—. Qué bonitos.

—No te encariñes —dijo Basia—. No durarán mucho.

Coop imitó el sonido de una explosión y sonrió. Bajaron juntos los cuatro barriles pesados y los dejaron en fila al lado de la plataforma. Cuando iban por el último, todos jadeaban de cansancio. Basia se apoyó contra el carrito en silencio durante un instante mientras Scotty terminaba de fumar la pipa y Coop colocaba los dispositivos en los barriles. Los detonadores estaban en la parte de atrás del carro, como serpientes de cascabel durmientes, y tenían un led rojo que indicaba que por ahora estaban inactivos.

El pueblo resplandecía en la oscuridad. Las casas que todos habían construido juntos con sus propias manos brillaban como estrellas traídas del cielo. Detrás de los edificios estaban las ruinas. Una estructura alienígena baja y alargada con dos torres enormes que destacaban en el paisaje como termiteros. Tenían pasillos y estancias que no habían sido diseñados por los humanos. A la luz del día, las ruinas brillaban con colores inquietantes parecidos a los de la madreperla. Por la noche, parecían amplificar aún más la oscuridad. Los pozos mineros estaban a mucha más distancia, invisibles a excepción de las tenues luces que a veces se reflejaban en la parte inferior de las nubes. Lo cierto era que a Basia no le gustaban las minas. Las ruinas eran reliquias extrañas y deshabitadas del pasado del planeta y, como todo lo que era extraño pero no suponía una amenaza, dejaban de tenerlo en cuenta después de los primeros meses. En las minas sí que había historia y esperanzas. Había pasado la mitad de su vida en túneles de hielo, y los túneles que atravesaban el suelo alienígena olían raro.

Coop emitió un sonido agudo y agitó la mano mientras soltaba tacos. No había explotado nada, así que no podía ser tan grave.

—¿Crees que nos pagaran para reconstruirla? —preguntó Scotty.

Basia soltó un improperio y escupió en el suelo.

—No tendríamos que hacer esto si no fuese por esas rémoras de ECR —dijo mientras hacía rodar el último de los barriles hasta su posición—. Sin esto, no pueden aterrizar. Lo único que teníamos que hacer era no construirla.

Scotty rio al tiempo que soltaba una bocanada de humo.

—Iban a venir igual. Lo único es que se hubiesen gastado más dinero. Eso es lo que dice la gente.

—La gente es idiota —afirmó Basia.

Scotty asintió. Luego apartó un lagarto mimo que había en el asiento de pasajeros del carrito y se sentó. Apoyó los pies sobre el salpicadero y le dio otra larga calada a la pipa.

—Si volamos esto, vamos a tener que apartarnos bien. Esa pólvora explota que da gusto.

—Oye, colegas —gritó Coop—. Todo listo. Vamos a montarlo.

Scotty se incorporó y empezó a caminar hacia la plataforma. Basia lo detuvo, le quitó la pipa encendida de los labios y la dejó sobre el capó del carrito.

—Explosivos —dijo—. Explotan.

Scotty se encogió de hombros, pero parecía un tanto molesto. Coop ya estaba aflojando el primero de los barriles y bajándolo al suelo cuando llegaron junto a él.

—Un trabajo *parfait*. Tienen buena pinta.

—Gracias —dijo Basia.

Coop se tumbó bocarriba. Basia hizo lo propio a su lado. Después, Scotty echó a rodar con suavidad la primera de las bombas entre ellos.

Basia reptó por la parte inferior de la plataforma y se abrió paso por la maraña de vigas para colocar cada uno de los cuatro barriles, girar los dispositivos de detonación y sincronizarlos. Oyó un chirrido eléctrico y se molestó al pensar que Scotty se había marchado con el carrito. Pero no era el sonido de uno alejándose, sino el de otro que acababa de llegar.

—Oye —llamó a gritos la voz familiar de Peter.

—Pero qué hace aquí este *fiils de pute* —murmuró Coop mientras se enjugaba la frente con la mano.

—¿Quieres que vaya a preguntarle? —comentó Scotty.

—Basia —llamó Coop—. Vete a ver lo que quiere Peter. Scotty aún no se ha llenado de tierra.

Basia salió de debajo de la plataforma e hizo hueco para Scotty y la última de las cuatro bombas. El carrito de Peter estaba aparcado junto al otro, y el hombre se encontraba entre ambos, moviéndose inquieto como si tuviese que orinar. A Basia le dolían la espalda y los brazos. Quería que acabase todo y volver a casa con Lucia, Felcia y Jacek.

—¿Qué? —preguntó Basia.

—Están de camino —dijo Pete entre susurros, como si alguien pudiese oírlos.

—¿Quién está de camino?

—Todos. El gobernador interino. El equipo de seguridad corporativa. El equipo técnico y científico. Todo el mundo. Van en serio. Van a hacer aterrizar todo un nuevo gobierno para este lugar.

Basia se encogió de hombros.

—Lo sabíamos. Llevan acelerando desde hace dieciocho meses. Por eso estamos aquí.

—No —insistió Pete entre brincos nerviosos y sin dejar de mirar a las estrellas—. Vienen ahora mismo. La *Edward Israel* acaba de realizar la maniobra de frenado hace media hora. Ha entrado en órbita alta.

A Basia se le llenó la boca del sabor metálico del miedo. Elevó la vista hacia la oscuridad. Mil millones de estrellas desconocidas, la Vía Láctea, o eso suponía todo el mundo, pero vista desde un ángulo diferente. Miró de un lado a otro desesperado y luego la vio. Era un movimiento sutil, como el del minuterero de un reloj analógico, pero la vio. La pesada lanzadera descendía y se dirigía hacia la plataforma de aterrizaje.

—Iba a informaros por radio, pero Coop siempre dice que controlan las bandas de frecuencia y... —dijo Pete, pero Basia ya había empezado a correr hacia la plataforma. Scotty y Coop salían de debajo. Coop se sacudió la tierra de los pantalones y sonrió.

—Tenemos un problema —dijo Basia—. La nave ya está de camino. Y parece que ya han penetrado en la atmósfera.

Coop levantó la cabeza. El brillo de las luces le ensombreció las mejillas y los ojos.

—Vaya —dijo.

—Pensaba que lo tenías controlado, tío. Pensaba que sabías por dónde iban.

Coop se encogió de hombros, sin negar ni afirmar nada.

—Tenemos que sacar esas bombas de ahí —afirmó Basia. Scotty empezó a arrodillarse, pero Coop lo agarró del hombro.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque van a intentar aterrizar ahora mismo y todo podría saltar por los aires —respondió Basia.

Coop le dedicó una sonrisa agradable.

—Podría pasar, sí —dijo—. Pero ¿cuál es el problema?

Basia apretó los puños.

—Que están bajando ahora mismo.

—Eso he visto —comentó Coop—. Tampoco es que me preocupe demasiado. Además, hagamos lo que hagamos, no hay tiempo de sacar eso de ahí.

—Podríamos quitar la carga y los dispositivos de detonación —dijo Basia al tiempo que se agachaba. Paseó la linterna por la superestructura de la plataforma.

—Quizá sí, quizá no —comentó Coop—. La cuestión es si deberíamos hacerlo, y creo que cae por su propio peso.

—¿Coop? —llamó Scotty con voz lastimera e insegura. Coop lo ignoró.

—Yo diría que estamos ante una oportunidad —afirmó Coop.

—En esa cosa hay muchas personas —dijo Basia, que ya había empezado a meterse debajo de la plataforma. Los dispositivos electrónicos de la bomba más cercana estaban en la tierra. Se apoyó con el hombro y tiró.

—No hay tiempo, colega —dijo Coop.

—Podría haberlo si movieras el culo hasta aquí —gritó Basia. El dispositivo de detonación estaba unido a un lado del barril con la fuerza de una garrapata. Basia intentó meter los dedos en el mejunje del sellador y tirar de él.

—Mierda —dijo Scotty con una voz demasiado sobrecogida—. Baz, mierda, joder.

El dispositivo se soltó. Basia se lo metió en el bolsillo y empezó a arrastrarse hacia la segunda de las bombas.

—No hay tiempo —gritó Coop—. Será mejor que salgamos de aquí e intentemos hacerla saltar por los aires cuando todavía les dé tiempo de volver a ascender.

En la distancia, oyó que alguien había arrancado uno de los carritos. Pete se perdió en el horizonte. También oyó algo más. El grave rugido de los motores al frenar. Miró con desesperación las tres bombas que quedaban y salió rodando de debajo de la plataforma. La lanzadera era enorme en aquel cielo oscuro y estaba tan cerca que veía los propulsores.

No le iba a dar tiempo.

—¡Corred! —grito. Scotty, Coop y él salieron disparados hacia el carrito. El rugido de la lanzadera aumentó y se hizo ensordecedor. Basia llegó hasta el carrito y buscó el detonador. Si lo activaba pronto, la lanzadera podría volver a ascender y escapar.

—¡No lo hagas! —gritó Coop—. ¡Estamos demasiado cerca!

Basia pulsó el botón con la palma de la mano.

El suelo se elevó bajo sus pies y lo propulsó con fuerza; la tierra y las rocas le rajaron las manos y las mejillas mientras derrapaba, pero el dolor era algo distante. Una parte de él sabía que estaba muy malherido y que podía estar conmocionado, pero eso también era distante y fácil de ignorar. Lo que más le impresionó fue lo silencioso que estaba todo. Dejaron de llegarle los sonidos. Oía su respiración y los latidos de su corazón, pero era como si le hubiesen bajado el volumen al mínimo a todo lo demás.

Rodó para ponerse bocarriba y contempló la noche estrellada. La gran lanzadera atravesaba el cielo a toda velocidad con la mitad de su estructura en llamas, y el sonido de los motores había pasado de ser aquel rugido grave a convertirse en el lamento de un animal herido que Basia sentía en las entrañas en lugar de oírlo. La lanzadera estaba muy cerca, la explosión había sido demasiado fuerte y unos escombros desafortunados habían salido disparados en la dirección correcta. Era imposible saber qué había ocurrido exactamente. Una parte de Basia sabía que era una imagen horrible, pero también que tenía que prestar mucha atención.

La lanzadera desapareció de la vista sin dejar de emitir por todo el valle aquel alarido mortal que él oía como un pitido tenue y agudo. Luego se hizo el silencio de repente. Scotty estaba sentado a su lado en el suelo y miraba en la dirección por la que se había perdido la nave. Basia se quedó tumbado bocarriba.

Cuando dejó de estar encandilado, volvió a distinguir las estrellas. Las vio titilar y se preguntó cuál de ellas sería el Sol. Estaban tan lejos. Pero también cerca, gracias a las puertas. Habían derribado la lanzadera. Ahora irían a por ellos. No les habían dejado elección.

Le sobrevino un acceso de tos. Sentía que tenía los pulmones llenos de líquido y no dejó de toser durante varios minutos. De tanto toser, empezó a sentir dolor, uno que se le extendió de la cabeza a los pies.

Uno que le hizo sentir miedo.

2

Elvi

La lanzadera se sacudió, empujó a Elvi Okoye contra las correas con la fuerza suficiente para dejarla sin aliento y luego la volvió a comprimir contra el aplastante abrazo del asiento de colisión. Las luces parpadearon, todo se volvió oscuro y luego se iluminó otra vez. Elvi tragó saliva, y la emoción y la expectación dieron paso a un miedo animal. A su lado, Eric Vanderwert le dedicó la misma mirada medio maliciosa y medio esperanzada que le llevaba dedicando durante los últimos seis meses. Frente a ella, Favez tenía los ojos abiertos como platos y la piel se le había empezado a poner grisácea.

—No pasa nada —comentó Elvi—. Todo va a ir bien.

A pesar de pronunciar aquellas palabras, una parte de ella se encogió al oírlas. La verdad era que no sabía qué pasaba. No había forma posible de saber si todo iba a ir bien. Y, aun así, su primer impulso había sido asegurarlo y decirlo como si así se fuese a hacer realidad. Se oyó un chirrido muy agudo que recorrió la superficie de la lanzadera, sonidos que empezaron a superponerse. Sintió cómo el peso del cuerpo se le iba hacia la izquierda y vio que los cardanes de todos los asientos de colisión cambiaban al mismo tiempo de dirección, como si fuese una coreografía. Perdió de vista a Favez.

Se oyó el estruendo tritonal que anunciaba un mensaje de la piloto por el canal general de comunicaciones.

—Señoras y señores, al parecer la plataforma de aterrizaje se ha visto afectada por un error de funcionamiento muy grave y no podremos realizar el aterrizaje. Volveremos a órbita y atracaremos en la *Edward Israel* hasta que podamos volver a asegurar que...

La piloto se quedó en silencio, pero aún se oía por toda la nave el siseo de la línea abierta. Elvi supuso que se habría despistado con algo. La nave se

sacudió y empezó a vibrar, y Elvi cogió sus amarres y se aferró a ellos. Cerca de ella, alguien había empezado a rezar en voz alta.

—Señoras y señores —repitió la piloto—. Me temo que el error de funcionamiento de la plataforma de aterrizaje ha provocado daños en la lanzadera. No creo que podamos volver a ascender. Tenemos el lecho seco de un lago a poca distancia y creo que vamos a tener que usarlo como plataforma de aterrizaje alternativa.

Elvi se sintió aliviada por un instante. «Aún tenemos una plataforma de aterrizaje». Pero empezó a darle vueltas a aquello y el miedo se fue apoderando de ella. «En realidad está diciendo que vamos a chocar».

—Voy a tener que pedirles a todos que permanezcan en sus asientos —continuó la piloto—. No se quiten los cinturones y, por favor, no saquen los brazos ni las piernas del armazón del asiento para evitar golpes. El gel está ahí para estos casos. Conseguiremos bajar en unos pocos minutos.

Aquella calma forzada y artificial de la voz asustó a Elvi más de lo que habrían hecho los llantos y los gritos. La piloto hacía todo lo posible para que nadie entrase en pánico. ¿Lo harían si conseguía convencerlos de que no había razón para asustarse?

Volvió a sentir cómo se le mecía el cuerpo, hacia la izquierda para luego quedarse igual que antes y después volverse cada vez más ligera a medida que la lanzadera descendía. Le dio la impresión de que el descenso duraba una eternidad. El traqueteo y los chirridos de la nave se convirtieron en sonidos atronadores. Elvi cerró los ojos.

—Todo irá bien —dijo para sí—. No pasará nada.

El impacto abrió la lanzadera como si fuese la cola de una langosta que acaba de recibir el impacto de un martillo. Vio estrellas que le resultaron familiares en el firmamento y su consciencia se desvaneció como si Dios hubiese apagado un interruptor.

Hacía siglos, los europeos habían invadido la vasta extensión libre de plagas de las Américas. Se habían subido a bordo de barcos de madera con gigantescas velas de lona y confiado en las habilidades de los marineros y en los vientos para partir de las tierras que conocían y llegar a lo que llamaban Nuevo Mundo. Los fanáticos religiosos, los aventureros y los desesperados por la pobreza se habían recluido durante más de seis meses para quedar a merced de las crueles olas del océano Atlántico.

Hacia dieciocho meses, Elvi Okoye había salido de la estación Ceres gracias a un contrato con Energías Carta Real. La *Edward Israel* era una nave enorme. Casi tres generaciones antes había sido una de las naves coloniales que había llevado a la humanidad al Cinturón y al sistema joviano. Cuando el éxodo había empezado a remitir y la presión por expandirse había alcanzado sus límites naturales, la *Israel* se había empezado a reutilizar como carguero de agua. La expansión había llegado a su fin, y el romance de la libertad había dado paso a la realidad del día a día: aire, agua y comida, en ese orden. Durante décadas la nave había sido una mula de carga por todo el Sistema Solar, hasta que se abrió al Anillo y todo volvió a cambiar. En la sede de Astilleros Bush de la estación Tycho se había empezado a construir una nueva generación de naves coloniales, pero la actualización de la *Israel* había terminado antes.

Cuando entró en la nave por primera vez, Elvi sintió un sentido de la maravilla, esperanza y emoción que parecían emanar de los propios recicladores de aire de la nave y extenderse por las esquinas de sus anticuados pasillos. Había vuelto a comenzar una época llena de aventuras, los viejos guerreros habían regresado, había que volver a afilar las espadas y lustrar las armaduras que se habían oxidado con el paso de los años. Elvi sabía que todo estaba en su cabeza, que era una proyección de su estado de ánimo y no algo que estuviese presente a nivel físico en la nave, pero ahí estaba a pesar de todo. La *Edward Israel* volvía a ser una nave colonial y sus estancias volvían a estar llenas de edificios prefabricados, laboratorios de producción y hasta un microscopio electrónico de barrido. Contaban con equipo de exploración y de creación de mapas, otro de sondeo geológico, otro hidrológico, el equipo de trabajo exozoológico de Elvi y mucho más. Había tantos doctores como en una universidad y tantos investigadores como en un laboratorio del gobierno. Mil personas entre tripulación y colonos.

Era una ciudad en el cielo, un barco lleno de peregrinos que, al mismo tiempo, se dirigía a la roca de Plymouth y realizaba el viaje de Darwin en el *Beagle*. Se trataba de una de las aventuras más grandiosas y bonitas en las que se había embarcado jamás la humanidad, y Elvi había conseguido una plaza en el equipo de exobiología. Con un contexto así, imaginar que el acero y la cerámica de la nave estaban imbuidos de alegría era una ilusión permisible.

Y todo aquello estaba bajo el control del gobernador Tryng.

Le había visto varias veces durante los meses que habían pasado acelerando y frenando, y luego realizando aquel tránsito lento y escalofriante

entre anillos, para luego acelerar y frenar de nuevo. Pero no había hablado con él hasta justo antes del descenso.

Trying era un hombre delgado. Tenía la piel caoba y el pelo blanco como la nieve, lo que a Elvi le recordaba a sus tíos, y también una sonrisa tranquila y apacible. Elvi se encontraba en la cubierta de observación imaginándose que las pantallas de alta resolución en las que se veía el planeta eran en realidad ventanas y que la luz de aquel sol desconocido rebotaba en los mares amplios y cenagosos y en las nubes altas y heladas para llegar directamente a sus ojos, aunque la gravedad de la deceleración en realidad le indicaba que todavía no estaban en órbita con el planeta. Era una visión extraña y maravillosa. Un océano único y gigantesco moteado por islas. Un continente enorme que se extendía a lo largo de medio hemisferio, que era más amplio por el ecuador y que luego se estrechaba por norte y sur. El nombre artificial de aquel mundo era Sonda Bering Cuatro, que era el nombre de la sonda que lo había descubierto. En los pasillos, las cafeterías y el gimnasio, todo el mundo lo llamaba Nueva Terra, lo que era indicativo de que ella no era la única a la que afectaba todo aquel romanticismo.

—¿En qué piensa, doctora Okoye? —preguntó Trying con amabilidad, lo que hizo que Elvi se sobresaltase. No lo había oído entrar. Tampoco le había visto colocarse junto a ella. Sintió que tenía que hacerle una reverencia o darle un informe profesional de la situación, pero el hombre tenía una expresión tan tranquila que se relajó.

—Me preguntaba qué he hecho para merecer todo esto —dijo—. Estoy a punto de contemplar la primera biosfera alienígena de verdad, a punto de aprender cosas sobre la evolución que eran imposibles de saber hasta estos mismos momentos. Debo haber sido una persona muy buena en una vida anterior.

En las pantallas, Nueva Terra resplandecía marrón, dorada y azul. Los vientos en alta atmósfera impulsaban nubes verdosas alrededor del planeta. Elvi se inclinó hacia ellas. El gobernador rio entre dientes.

—Será famosa —dijo.

Elvi parpadeó y soltó una carcajada que hizo que se atragantase.

—Supongo que sí, ¿no? —comentó—. Vamos a hacer cosas que la humanidad no ha hecho jamás.

—Algunas cosas, sí —dijo Trying—. Pero también otras que hemos hecho siempre. Espero que la historia sea benévola con nosotros.

Elvi no sabía muy bien a qué se refería, pero antes de que pudiese preguntárselo, entró en la estancia Adolphus Murtry. Era un hombre delgado

de mirada adusta y ojos azules, jefe de seguridad con una firmeza y eficiencia que estaban a la par de la camaradería de Trying. Los dos hombres se marcharon juntos y dejaron a Elvi sola con aquel mundo que pronto podría explorar.

La lanzadera pesada era casi tan grande como algunas de las naves en las que había estado Elvi. Habían tenido que construir una plataforma en la superficie del planeta para que pudiese aterrizar. Llevaba en su interior las cincuenta primeras estructuras, cincuenta laboratorios básicos y, lo más importante, una cúpula de aislamiento.

Elvi había deambulado por los pasillos estrechos de la lanzadera con el terminal portátil en la mano para guiarse hasta el asiento de colisión que le correspondía. Cuando se habían asentado las primeras colonias de Marte, las cúpulas de aislamiento habían sido una cuestión de supervivencia. Servían para contener el aire y aislar la radiación. En Nueva Terra lo principal era limitar la contaminación. ECR los había contratado con la exigencia de que su presencia en el planeta tenía que ser lo más testimonial posible. Elvi había oído que ya había personas en la superficie planetaria y, con suerte, ellos también habrían tenido cuidado con el lugar en el que se encontraban. De no tenerlo, las interacciones entre los organismos del lugar y los que acababan de llegar se volverían muy complejas. Tanto que quizá sería imposible volver a aislar unos de otros.

—Pareces consternada.

Fayez Sarkis estaba sentado en el asiento de colisión y había empezado a amarrarse los amplios cinturones de seguridad por el pecho y la cintura. Había crecido en Marte, pero tenía la complexión alta y delgada y la cabeza alargada propios de la baja gravedad. Parecía estar como en casa en un asiento de colisión. Elvi se dio cuenta de que su terminal portátil la estaba avisando de que ya había encontrado su sitio. Se sentó, y el gel le rodeó los muslos y la parte baja de la espalda. Siempre le daban ganas de incorporarse un poco cuando se sentaba en un asiento de colisión, como una niña que no era capaz de estar tranquila en una piscina hinchable. Hundirse en el asiento le daba la impresión de que algo se la estaba comiendo.

—Pienso en lo que nos deparará el futuro —dijo al tiempo que se obligaba a echarse hacia atrás—. Hay mucho trabajo que hacer.

—Lo sé —dijo Fayez con un suspiro—. Se acabó el descanso. Ahora es cuando tenemos que ganarnos el sueldo, pero fue divertido mientras duró. Bueno, divertido menos cuando aceleramos a un g.

—Ya sabes que Nueva Terra tiene un poco más.

—No me lo recuerdes —dijo Favez—. No sé por qué no podíamos empezar con un planeta algo más civilizado.

—Son las cartas que nos han tocado.

—Bueno, pues tan pronto como podamos mudarnos a un planeta decente tipo Marte, pediré el traslado.

—Lo pediréis tú y la mitad de Marte.

—Sí, lo sé. Estaría bien tener un lugar con una atmósfera respirable y campo magnético, para no tener que vivir como ratas topo. Sería como si hubiésemos terminado el proyecto de terraformación y estuviese vivo para verlo.

Elvi rio. Favez estaba en el equipo de geología y en el grupo de trabajo hidrológico. El hombre había estudiado en las mejores universidades fuera de la Tierra, y sabía muy bien que como mínimo estaba tan asustado y emocionado como ella. Eric Vanderwert pasó junto a ellos y se acomodó en el asiento junto a Elvi. La mujer le sonrió con educación. Durante el año y medio que llevaba fuera de Ceres habían tenido lugar varios vínculos románticos, y si no románticos al menos sexuales, entre los miembros de los equipos científicos. Elvi se había mantenido al margen de aquel embrollo. Sabía que los líos sexuales y el trabajo eran una mezcla tóxica e inestable.

Eric saludó con la cabeza a Favez y luego se giró hacia ella.

—Qué emocionante —dijo.

—Sí —afirmó Elvi.

Frente a ella, Favez puso los ojos en blanco.

Murtry pasó a su lado entre los asientos de colisión. Miraba todo lo que tenía alrededor: los asientos, los cinturones, las caras de las personas que se preparaban para el descenso. Elvi le sonrió, y el hombre hizo un gesto brusco con la cabeza para saludarla. No era un gesto agresivo, pero sí formal. Elvi vio cómo la evaluaba. No de la forma sexual en la que un hombre suele fijarse en las mujeres, sino como si fuese un estibador que se asegura de que los cepos magnéticos de una carga están activados. Volvió a hacer un gesto con la cabeza, al parecer satisfecho de que Elvi se hubiese puesto bien los cinturones. Luego continuó. Cuando se perdió de vista, Favez rio entre dientes.

—Es como si ese cabronazo siempre tuviera un palo metido por el culo —dijo después de que se marchase Murtry.

—¿Lo tiene? —preguntó Eric.

—Nos ha tenido a sus órdenes durante año y medio y ahora vamos a descender y él se va a quedar en órbita. Está cagado por lo que pueda llegar a

pasarnos mientras seamos responsabilidad suya.

—Al menos se preocupa —comentó Elvi—. Por eso me gusta.

—A ti te gusta todo el mundo —se burló Favez—. Es una tarita que tienes.

—Y a ti no te gusta nadie.

—Esa es la mía —dijo él, con una sonrisa en el gesto.

La alarma tritonal empezó a sonar y se oyó el sistema general de comunicaciones.

—Señoras y señores, me llamo Patricia Silva y seré su piloto durante este viaje rutinario.

Se oyeron carcajadas por todos los asientos de colisión.

—Nos separaremos de la *Israel* en unos diez minutos y esperamos que el descenso lleve unos cincuenta, por lo que en una hora estarán respirando un aire del todo nuevo. El gobernador está a bordo y vamos a procurar que todo vaya como la seda y nos den una bonificación por desempeño.

Todos estaban nerviosos, hasta la piloto. Elvi sonrió y Favez le devolvió la sonrisa. Eric carraspeó.

—Bueno —comentó Favez con fingida resignación—. Hemos llegado hasta aquí, así que supongo que tendremos que terminar lo que vinimos a hacer.

No sabía dónde se originaba el dolor, le dolía demasiado como para distinguirlo. Se extendía por todas partes y lo abarcaba todo. Elvi se dio cuenta de que tenía la mirada fija en algo, una pata de cangrejo gigantesca y articulada, quizá. O una grúa de construcción rota. El suelo liso del lecho seco del lago se extendía a su alrededor, y luego empezaba a volverse más irregular hasta que llegaba a la base de esa cosa. Se imaginó que salía del suelo negro y reseco o que se había clavado en él al caer. Su mente agonizante intentó discernir si eran restos de la lanzadera, pero no lo consiguió.

Era un artefacto. Ruinas. Una estructura arcana dejada por la civilización alienígena que había diseñado la protomolécula y los anillos y que ahora estaba vacía y abandonada. A Elvi le sobrevino el recuerdo vívido e inconexo de una exposición de arte que había visto cuando era pequeña. En ella contempló una imagen en alta resolución de una bicicleta en una zanja en las afueras de las ruinas de Glasgow. Era una imagen que representaba las consecuencias del desastre, una tan condensada y expresiva como un poema.

«Al menos he tenido la suerte de verlo —pensó—. Al menos he podido llegar al lugar antes de morir».

Alguien la había arrastrado al exterior de la lanzadera destrozada. Cuando giró la cabeza vio unas luces de construcción que resplandecían blancas y amarillas, y al resto tumbados a su alrededor formando hileras. Algunos estaban en pie y se movían entre los heridos y los muertos. No reconoció las caras ni la manera en la que se movían sus cuerpos. Después de haber pasado un año y medio en la *Israel*, conocía de vista a todo el mundo, pero aquellos eran desconocidos. Tenían que ser los lugareños. Los okupas. Los ilegales. El aire olía a tierra quemada y a comino.

Se había desmayado, ya que de repente apareció junto a ella una mujer que no había estado ahí antes. Tenía las manos ensangrentadas y la cara llena de tierra y fluidos que no eran suyos.

—Estás molida, pero no corres peligro. Voy a darte algo para el dolor, pero necesito que te quedes quieta hasta que podamos ponerte una férula en la pierna. ¿De acuerdo?

Era una mujer guapa o al menos tenía una belleza austera. En sus mejillas oscuras había unos puntos negro azabache que moteaban su rostro como si fuesen las cuentas de un velo. Unos hilos blancos adornaban las ondulaciones negras de su pelo, como el reflejo de la luz de luna en el agua. Pero en Nueva Terra no había luz de luna, solo la de miles de millones de estrellas desconocidas.

—¿De acuerdo? —repitió la mujer.

—De acuerdo —respondió Elvi.

—Repítame qué es lo que te acabo de pedir.

—No me acuerdo.

La mujer se reclinó y apretó el hombro de Elvi con cuidado.

—¡Torre! Voy a necesitar que le hagas un escáner a la cabeza de esta. Puede que esté conmocionada.

Otra voz, de un hombre, surgió de la oscuridad.

—Sí, doctora Merton. Tan pronto como acabe con este.

La doctora Merton le dio la espalda a Elvi.

—Si me levanto, ¿te quedarás quieta hasta que venga Torre?

—Pero si no pasa nada. Puedo ayudar —respondió Elvi.

—Claro que sí —dijo entre suspiros aquella mujer tan atractiva—. Bueno, pues lo esperaré contigo.

Una sombra se cernió sobre ellas desde la oscuridad. Reconoció a Favez por su forma de caminar.

—Puede irse, yo me quedaré con ella.

—Gracias —dijo la doctora Merton antes de marcharse.

Fayez bajó al suelo con un gruñido y cruzó las piernas. El pelo le sobresalía por todas partes de su cabeza ligeramente sobredimensionada. Apretaba los labios. Elvi le cogió la mano y sintió que el hombre intentaba resistirse durante un segundo antes de que sus dedos se tocasen.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Elvi.

—La plataforma de aterrizaje saltó por los aires.

—Vaya —dijo. Luego añadió—: ¿Es normal?

—No, la verdad es que no lo es.

Elvi intentó encontrarle un sentido. «Si no es normal, ¿por qué lo han hecho?». Empezó a despejarse lo suficiente la cabeza como para darse cuenta de que estaban en peligro. Era inquietante, pero una buena señal para su recuperación.

—¿Es muy grave?

Sintió que Fayez se había encogido de hombros, aunque no lo vio.

—Es grave. La mejor noticia del día es que hay un pueblo cerca y que la doctora es muy buena. Estuvo en Ganímedes. Aunque si nuestros suministros no estuviesen quemados ni aplastados debajo de varias toneladas de metal y cerámica, seguro que podría hacer más.

—¿El grupo de trabajo?

—He visto a Gregorio. Está bien. Eric ha muerto. No sé cómo le ha ido a Sophie, pero iré a buscar a los demás cuando alguien venga a quedarse contigo.

Eric había muerto. Minutos antes, se encontraba en el asiento de colisión junto a ella intentando ligar como un pesado.

—¿Sudyam? —preguntó Elvi.

—Ha vuelto a la *Israel*. Está bien.

—Algo es algo.

Fayez le estrechó la mano y se la soltó. Volvió a sentir el aire frío por la parte de la palma que ahora había quedado al descubierto. El hombre miró alrededor entre las hileras de cuerpos y hacia los restos de la lanzadera. Estaba muy oscuro, y Elvi casi no lo distinguía en la noche, solo las partes de él que quedaban iluminadas contra las estrellas.

—El gobernador Trying tampoco lo ha conseguido —dijo.

—¿Conseguir qué?

—Que ha muerto como una rata. Ahora no tenemos muy claro quién está al mando.

Elvi sintió que se le formaban lágrimas en los ojos y que un dolor se apoderaba de su pecho, uno que no tenía nada que ver con las heridas. Recordó la sonrisa amable de aquel hombre y la calidez de su voz. Era extraño que la muerte de Eric hubiese resbalado por la superficie de su mente como una roca que rebota contra la superficie de un lago pero la del gobernador Trying le afectase tanto.

—Lo siento mucho —dijo Elvi.

—Ya, bueno. Estamos en un planeta alienígena que está a año y medio de casa, nuestros suministros iniciales han quedado hechos papilla y se baraja que el problema haya sido debido a un sabotaje perpetrado por los mismos que nos están dando atención médica en estos momentos. No es que la muerte sea lo mejor, pero al menos es más simple. Acabaremos envidiando a Trying antes de que acabe todo esto.

—Seguro que no lo dices en serio. Ya verás como todo va bien.

—Elvi —dijo Favez al tiempo que reía entre dientes con sorna—, no va a ir bien.

Havelock

—¡Oye! —dijo el ingeniero adormilado desde la celda—. Havelock. No sigues enfadado, ¿verdad?

—No me pagan para estar enfadado, Williams —respondió Havelock desde donde flotaba detrás del escritorio. La estación de seguridad interna de la *Edward Israel* era pequeña. Contaba con dos escritorios y ocho celdas, las oficinas y el calabozo tenían casi el mismo tamaño. Y ahora que la nave estaba en órbita alta, la pérdida de gravedad hacía que el lugar pareciese aún más pequeño.

—Mira, sé que me pasé de la raya, pero ya estoy sobrio. Puedes dejarme salir.

Havelock miró el terminal portátil.

—Solo cincuenta minutos más y podrás marcharte —comentó.

—Venga, Havelock. Ten piedad.

—Son las reglas. No puedo hacer nada.

Dimitri Havelock había trabajado como agente de seguridad en ocho empresas diferentes durante los últimos trece años. Pinkwater, Star Helix, la Cooperativa el-Hashem, Stone & Sibbets, entre otras. Hasta Protogen durante un corto periodo de tiempo. Había estado en el Cinturón, en la Tierra, en Marte y en la Luna. Había realizado trabajos de largas distancias en las naves de suministros que iban de Ganímedes a la Tierra. Se había visto envuelto en todo tipo de altercados: disturbios, graves actos de violencia, tráfico de drogas y hasta un inútil al que le gustaba robar los calcetines a la gente. No lo había visto todo, pero sí muchas cosas. Lo suficiente como para tener claro que nunca llegaría a verlo todo. Y lo suficiente también para saber que la manera en la que él reaccionaba a esas crisis estaba más relacionada con los integrantes de su equipo que con la crisis en sí misma.

Cuando el reactor de la base Aten se había estropeado, tanto su compañero como el supervisor habían entrado en pánico, y Havelock recordaba muy bien el miedo que le transmitieron. Cuando empezaron las revueltas en Ceres después de que destruyeran el carguero de hielo *Canterbury*, su compañero había sido más precavido que cobarde, y Havelock había sido capaz de afrontar la situación con la misma seriedad y resignación. Cuando habían aislado la *Ebisu* debido a una epidemia de virus Nipah, su jefe se había puesto muy voluntarioso (casi eufórico) y se había encargado de la nave como si de un rompecabezas que tenía que resolver se tratase, y le había contagiado a Havelock ese placer de estar haciendo algo importante.

Havelock sabía por experiencia que, antes que nada, los humanos eran animales sociales, y que él era muy humano. Habría sido propio de la época del Romanticismo (más masculino, vaya) fingir que era una isla a la que no le afectaban las olas de emoción que rompían a su alrededor. Pero no era cierto, y era algo que había terminado por no importarle.

Cuando recibieron la noticia de que la plataforma de aterrizaje de la lanzadera pesada había saltado por los aires y empezaron a llegar los informes de los heridos, Murtry reaccionó con una rabia muy eficiente y moderada que terminó por contagiársele a Havelock. Toda la actividad de aquel incidente se estaba desarrollando en la superficie del planeta, por lo que él solo podía fijarse en lo que pasaba en la *Edward Israel*. Y lo que pasara en la *Israel* sin duda iba a estar bajo el control de Havelock.

—¿Por favor? —gimoteó Williams desde la celda—. Necesito cambiarme de ropa. Tampoco pasa nada, ¿verdad? Solo son unos minutos antes.

—Si no pasa nada, tampoco te importará dejarlo estar —afirmó Havelock—. Dentro de cuarenta y cinco minutos serás libre. Siéntate y disfruta de la estancia.

—No puedo sentarme mientras flotamos en órbita.

—Era una forma de hablar. No seas tan literal.

El encargo de la *Edward Israel* había sido un contrato para enmarcar. Energías Carta Real iba a realizar la primera gran expedición hacia los nuevos sistemas que se habían abierto detrás de los anillos, y la compañía lo tenía por una empresa cuya importancia se veía reflejada en las primas que ofrecían para que todo llegase a buen puerto. Por cada día en la *Israel* le pagaban un extra de peligrosidad, incluso por los días que habían pasado cargando provisiones y recogiendo a la tripulación en la Luna. Llevaban fuera casi un año y medio de los seis en los que se planeaba regresar a la Tierra, con el correspondiente viaje de vuelta de dieciocho meses (en los que le pagaban el

sueldo íntegro), por lo que se podía decir que más que un trabajo era un proyecto profesional.

Y, a pesar de todo, Havelock había dudado antes de firmar.

Había visto las grabaciones de Eros y de Ganímedes, el baño de sangre que había tenido lugar en la llamada zona lenta cuando las defensas alienígenas habían detenido las naves de improviso y acabado con la tercera parte de la tripulación que había en ellas. La gran cantidad de ingenieros y científicos que había en la *Israel* hacía que fuese imposible olvidar que zarpaban hacia lo desconocido. *Hic sunt* monstruos.

Y ahora, el gobernador Trying acababa de morir. Severn Astrapani, el estadístico que había cantado clásicos de Ryu-pop en el concurso de talentos, también estaba muerto. Amanda Chu, esa que había flirteado con Havelock cuando los dos estaban un poco achispados, también había muerto. La mitad de los hombres y mujeres del primer equipo estaban heridos. Los suministros de la lanzadera pesada (y la propia lanzadera), inservibles. Y el silencio que surgía de la *Edward Israel* era como ese instante de conmoción entre un impacto y el dolor posterior. Sensaciones seguidas de rabia y aflicción. Rabia y aflicción que no solo sentía la tripulación, también Havelock.

Le sonó el terminal portátil. El mensaje llevaba la etiqueta del equipo de seguridad. Murtry, Wei, Trajan, Smith y él. Havelock lo abrió con deleite. Puede que fuese el que tenía menos experiencia, pero al menos formaba parte del equipo. Formar parte de él le hacía sentir que tenía algo de control sobre los acontecimientos, al fin y al cabo. No era cierto, pero tampoco le daba muchas vueltas. Leyó rápido el mensaje, asintió para sí y pulsó el código de apertura de la celda.

—Estás de suerte —dijo—. Tengo que ir a una reunión.

Williams se impulsó fuera de la celda. Tenía el pelo canoso despeinado y la piel más gris de lo habitual.

—Gracias —dijo de malas maneras.

—Que no vuelva a pasar —advirtió Havelock—. Las cosas se van a poner muy difíciles de por sí y no necesitamos que nadie las complique aún más.

—Solo fue una borrachera —dijo el ingeniero—. No quería hacer nada malo.

—Lo sé —afirmó Havelock—. Pero que no vuelva a pasar. ¿De acuerdo?

Williams asintió sin mirarlo a la cara y luego se agarró a los asideros para impulsarse por el pasillo que llevaba a los camarotes de la tripulación y así ponerse unas ropas que no estuviesen rajadas ni manchadas de vómito.

Havelock esperó a que se hubiese marchado y luego cerró la estación de seguridad y se dirigió a la sala de reuniones.

Murtry ya se encontraba allí. Era un hombre pequeño, pero de él irradiaba una energía que daba la impresión de calentar el ambiente. Havelock sabía que el jefe de seguridad había trabajado en cárceles privadas y en seguridad industrial de alto nivel durante toda su carrera. Entre eso y que ahora había sido contratado para estar al mando de la seguridad de la *Israel*, no había tenido que esforzarse para ganar el respeto del equipo. A su lado flotaba Chandra Wei, la especialista en información, y también Hassan Smith, segundo al mando en operaciones, y ambos tenían gesto serio y ceñudo.

—Havelock —saludó Murtry.

—Señor —respondió él al tiempo que se agarraba a un asidero y se giraba para que se le quedara la cabeza en la misma orientación que la de los demás. Unos segundos después, Reeve, la mano derecha de Murtry, entró flotando en la estancia.

Murtry asintió.

—Cierre la puerta, Reeve.

—¿Y Trajan? —preguntó Wei, aunque el tono desolador que había en su voz era respuesta más que suficiente.

—Trajan ha muerto en la lanzadera —dijo Murtry—. ¿Smith? Acaba de ser ascendido.

—No me alegra, señor —dijo Smith—. Trajan era una buena oficial y profesional. La echaremos de menos.

—Sí —comentó Murtry—. Bueno, estamos aquí para preparar la ofensiva.

—¿Y si tiramos una roca sobre esos okupas? —dijo Wei con un tono jocosos que no tenía gracia alguna. Murtry sonrió a pesar de todo.

—Por el momento, vamos a ceñirnos más a las normas —zanjó—. Además, aún tenemos personal ahí abajo. He realizado una consulta a la sede y les he pedido que nos confirmen que tenemos libertad para atajar el problema. Dadas las circunstancias, estoy seguro de que no se opondrán.

—Estamos a un año y medio de distancia de todo —aseguró Wei. No dijo «Nadie puede evitar que hagamos lo que queramos», pero la frase quedó flotando en el ambiente.

—También estamos a solo unas horas de todas las cámaras y canales de noticias desde la Tierra a Neptuno —dijo Reeve—. Es una mierda, pero tenemos que dar ejemplo. Si reaccionamos de manera desproporcionada, daremos pie a que las empresas desconsideradas vuelvan a oprimir a los

pobres cinturianos. Vivimos en un mundo en el que ya no existe Protogen. No queremos que vuelva a ocurrir algo así.

—No sabía que te habían nombrado oficial de política —dijo Wei.

Reeve apretó los dientes. Cuando Murtry continuó hablando, su voz tenía un tono calmado, sosegado y amenazante como una serpiente de cascabel.

—Eso mismo. Ese es el tipo de cosas que no tenemos que hacer.

—¿Señor? —preguntó Reeve.

—Lo de tirarnos pullitas unos a otros. Se acabaron esas cosas.

Wei y Reeve se miraron.

—Lo siento, señor —se disculpó Wei—. Me he pasado de la raya.

—No hay problema porque es algo que no volverá a ocurrir —dijo Murtry—. ¿Sabemos si la *Barbapiccola* se ha movilizó?

—No han hecho nada, señor —respondió Wei—. Los cinturianos nos han enviado sus condolencias y también nos han ofrecido ayuda, como si pudiesen hacer algo, los muy...

—¿Han empezado a calentar motores?

—No que yo sepa, señor —respondió Wei.

—Pues no les quite ojo de encima —dijo el jefe. Era una orden, pero también había duda en sus palabras.

—Podríamos hacernos con el control de la nave —dijo Wei—. Era de Mao-Kwikowski antes de que irrumpieran en ella. Se puede considerar un rescate, pero la situación legal es un tanto turbia. Podemos alegar que es ilegal, meter en ella algunos efectivos y dejarla fuera de juego.

—Lo tendré en cuenta —dijo Murtry—. ¿Qué tal va la tripulación, Havelock?

—Conmocionada, señor. Asustada. Enfadada. Son científicos. Para ellos, los okupas son una molestia y una amenaza para sus datos. La mayoría jamás ha experimentado algo así.

Murtry se rascó el dorso de la mano con la barbilla.

—¿Y qué piensan hacer al respecto?

—Por el momento, emborracharse. Gritarse entre ellos. Teorizar sobre las decisiones judiciales que podrían surgir a raíz de esto. Parece que la mayoría tan solo quiere que todo pase rápido para seguir con las investigaciones.

Murtry rio entre dientes.

—Benditos pitagorines. Pues muy bien.

—Aún contamos con las dos lanzaderas atmosféricas ligeras —continuó Havelock—. Puedo conseguir pilotos y evacuar con ellas al personal que tenemos en la superficie.

—Nada de evacuaciones. Los okupas no se van a salir con la suya — afirmó Murtry—. Que nadie que esté ahí abajo vuelva a subir aquí. Lo que necesitamos es más personal en la superficie para ayudarlos. Sea cual sea la investigación, vamos a asegurarnos de que sigue adelante y de que todos los que estén allí lo vean con sus propios ojos.

—Sí, señor —afirmó Havelock un poco avergonzado.

—Reeve, vas a bajar. Tendrás que entendértelas con los del lugar y sonsacarles todo lo que puedas. Asegúrate de que los nuestros están a salvo. Que todos vean que tenemos la sartén por el mango.

—Bien, pero sin montar ningún espectáculo que ellos puedan usar para ganarse al público de las noticias que nos ve desde casa —comentó Reeve, que parecía estar de acuerdo.

—Wei, no pierdas de vista la nave enemiga. Si empieza a calentar motores, quiero ser el primero en saberlo.

—¿Tengo permiso para usar mi mejora del láser de comunicaciones?

La *Edward Israel* no tenía tubos de torpedos ni cañones Gauss. Lo más parecido a un arma que había en la nave era un antiguo láser de comunicaciones que podía piratearse para tener más potencia y que llegase a cortar. La nave se había diseñado cuando los peligros del espacio eran la radiación y el suministro de aire, no la violencia intencionada. Era muy pintoresca.

—No —dijo Murtry—. Limítate a vigilar qué hacen y oír las conversaciones, y luego infórmame. Si alguien tiene que tomar alguna decisión, seré yo quien lo haga. Nada de tomar la iniciativa. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Havelock, usted se quedará en la nave y se coordinará con el equipo que baje a tierra. Aun así, habrá que usar las lanzaderas para bajar personal y suministros a la superficie. Estamos aquí para establecer una base, así que empezaremos a hacerlo.

—¿Y si vuelven a atacarnos, señor? —preguntó Wei.

—Pues será decisión de los okupas y tendremos que respetarla — respondió Murtry.

—No tengo muy claro a qué se refiere con eso, señor —comentó ella.

La sonrisa de Murtry no se reflejó en sus ojos.

—Toda acción tiene consecuencias.

El camarote de Havelock solo era un poco mayor que las celdas de los calabozos, pero mucho más cómodo. Estaba amarrado a su asiento de colisión al final de su turno cuando oyó un suave golpe en la puerta justo antes de que entrase Murtry. El jefe de seguridad tenía el ceño fruncido, pero no más de lo habitual.

—¿Ha pasado algo, jefe? —preguntó Havelock.

—Usted ha trabajado con cinturianos —dijo Murtry—. ¿Qué opinión le merecen?

—Son personas —respondió Havelock—. Algunos son mejores que otros. Aún tengo amigos en Ceres.

—Muy bien. Pero ya sabe, ¿cuál es su opinión sobre ellos?

Havelock se agitó en el asiento y el movimiento hizo que flotara hacia los amarres mientras pensaba una respuesta.

—Son estrechos de miras. Casi tribales. Creo que su característica más común es que no les gustan los interianos en general. A veces tienen en buena estima a los marcianos, eso sí. Y también cuentan con esa fisiología típica de la baja gravedad.

—Así que la mayoría odia a los terrícolas —supuso Murtry.

—Eso es lo que los une. Esa sensación de que la Tierra los oprime es lo que más tienen en común y lo cultivan. El odio hacia la gente como nosotros es uno de sus rasgos principales.

Murtry asintió.

—Sabe que hay gente que le llamaría prejuicioso por soltar algo así.

—Serían prejuicios si no fuese algo que he experimentado —respondió Havelock—. Estaba en Ceres justo antes de que la APE se hiciese con el control, así que se podría decir que lo he vivido.

—Bueno, yo estoy de acuerdo con usted —continuó Murtry—. Por eso quería comentárselo. Entre nosotros, la mayoría de las personas que hay en la nave son terrícolas, y también algunos marcianos. Pero hay unos pocos cinturianos, como ese mecánico. ¿Cómo se llama?

—¿Bischen?

—Ese. Vigílelos bien.

—¿Ha pasado algo?

—Pues que esos okupas son en su mayor parte cinturianos o de los planetas exteriores, y que ECR es una empresa de la Tierra. No quiero que nadie confunda a qué bando pertenece.

—Sí, señor —aseguró Havelock. Y luego añadió, algo dudoso—: Pero ¿seguro que no ha pasado nada?

—Todavía no, pero... Bueno, será mejor que se lo cuente. He recibido una llamada de la sede. Mi solicitud de actuar con total libertad ha sido respetuosamente rechazada. Al parecer, hay mucho politiquero en el aire para decidir cómo controlar la situación. La APE y la ONU han mantenido conversaciones para decidir cómo actuar. Quieren asegurarse de que se trate bien a los okupas.

La rabia de Murtry era contenida pero muy profunda, y Havelock se dio cuenta de que él también la compartía.

—Pero los que estamos aquí somos nosotros, nada menos. Tenemos derecho a tomar decisiones.

—Lo tenemos.

—Y nosotros no hemos sido los que hemos empezado a matar gente.

—Exacto.

—Pues ¿qué se supone que quieren que hagamos? ¿Sentarnos con los brazos cruzados mientras los cinturianos nos matan a todos y nos quitan las cosas?

—La venta de litio de sus excavaciones ilegales se ha cancelado —explicó Murtry—. Y nos han ordenado no hacer nada para avivar cualquier otro conflicto.

—Y una mierda. ¿Cómo se supone que vamos a hacer nuestro trabajo si tenemos que tener cuidado de no ofender a los cabrones que han empezado a dispararnos?

Murtry se encogió de hombros para mostrar que estaba de acuerdo. Luego habló con una voz lacónica y calmada que apenas ocultaba su desprecio.

—Al parecer van a enviar a un mediador.

Interludio

El investigador

... se comunica se comunica se comunica...

Ciento trece veces por segundo. Se comunica, pero no hay respuesta. No tiene consciencia, aunque algunas de sus partes sí que son conscientes. En su interior hay estructuras que en el pasado fueron organismos individuales: aborígenes, evolucionados y complejos. Está diseñado para improvisar, para usar lo que tiene a su alcance y conseguir su objetivo. Lo que hay es lo que hay, y es por eso por lo que los artefactos se ignoran o se adaptan. Las partes conscientes intentan encontrarle el sentido a esa comunicación. Intentan interpretarla.

Una se imagina la pata de un insecto retorciéndose retorciéndose retorciéndose. Otra oye una chispa que cierra un hueco, un chasqueo tan constante que se convierte en un zumbido. Otra, ajena, vuelve a experimentar cómo la carne se le separa de los huesos, las náuseas y el miedo, y suplica que acaben con su vida, como lleva haciendo durante años. Se llama Maria, pero no la deja morir. No la consuela. No es consciente de ella porque no tiene consciencia.

Pero no tener consciencia no es lo mismo que estar inactivo. Encuentra energía donde puede, enclavado en un baño de baja radiación. Diminutas estructuras, más pequeñas que átomos, cosechan esa energía de las partículas que se mueven a más velocidad y que lo atraviesan. Molinos subatómicos. Se alimenta del vacío y se comunica se comunica se comunica.

En los artefactos que tienen consciencia aún titilan los recuerdos de las vidas perdidas. Tejidos que se transmutaron antes de morir y que aún conservan el recuerdo de un chico que oyó que su hermana se marchaba de casa. El recuerdo de las tablas de multiplicar. Imágenes de sexo, violencia y belleza. Recuerdos de una carne que ya no existe. Recuerdan metáforas:

mitocondria, estrellas de mar, el cerebro de Hitler en un tarro, el reino del infierno. Sueñan. Las estructuras que eran neuronas se agitan, serpentean, arden y sueñan. Imágenes y palabras y dolor y miedo, sin fin. Una sensación sobrecogedora de malestar. El recuerdo de la voz de un anciano que susurra palabras de las que no es consciente. «A más de cinco brazas, tu padre hundido está. Sus ojos son ya perlas».

De haber respuesta, seguro que acabaría. De haber alguien para responder, se hubiese detenido como una canica al pie de una colina, pero nada responde. Las cicatrices saben que nunca habrá respuesta, pero es un acto reflejo un acto reflejo un acto reflejo que se comunica.

Ya ha resuelto mil millones de pequeños rompecabezas en cascadas de actos reflejos. No recuerda haberlo hecho, quien únicamente lo recuerda son las cicatrices. Solo se comunica, envía el mensaje de que ha completado su misión. Pero nada responde, por lo que la misión nunca termina. Se comunica. Es un mecanismo complejo que intenta resolver un rompecabezas con lo que tiene a mano.

«Y sus huesos coral».

Y por eso tiene al investigador.

Es la última de las cicatrices que ha surgido. La más intacta. Es útil, y la usa. Ha creado al investigador con la misma plantilla, sin saber que lo está haciendo, y se comunica de otra manera. Y entonces algo responde. Algo extraño, aborigen y ajeno, pero que responde. Y vuelve a crear al investigador a lo largo de los años y se comunica otra vez. El investigador se vuelve más complejo.

No se detendrá hasta que no realice la conexión final, y nunca llegará a hacerlo. Se extiende, prueba nuevas combinaciones, diferentes maneras de comunicarse, sin saber que lo está haciendo. Sin saber que existe. Vacío, a excepción de esas partes insignificantes.

La pata de ese insecto se retorcerá por toda la eternidad. La cicatriz que suplica su muerte aullará por toda la eternidad. El investigador buscará por toda la eternidad. La voz grave murmurará por toda la eternidad.

«La arcilla de su cuerpo, las olas cambiarán».

«En objetos preciosos de riqueza sin par».

Se comunica.

Holden

—ARCM *Sally Ride*, aquí la nave independiente *Rocinante* solicitando permiso para atravesar el anillo con una nave, el carguero pesado de la APE *Sueño de Calisto*.

—Transmita el código de autorización, *Rocinante*.

—Transmitiendo. —Holden tocó la pantalla para enviar el código, extendió los brazos y las piernas y dejó que el impulso le levantase un poco de la silla debido a la microgravedad. Varias articulaciones maltratadas de todos los lugares de su esqueleto respondieron con chasquidos.

—Estás viejo —dijo Miller. El inspector estaba a unos metros con un traje gris arrugado, un sombrero *pork pie* y los pies en la cubierta como si hubiese gravedad. A medida que la simulación de Miller se volvía más inteligente, y los últimos dos años había recuperado una coherencia espeluznante, menos parecía tener en cuenta la realidad que lo rodeaba.

—Tú no.

—Y sus huesos coral —respondió el fantasma como si fuese una explicación—. Es gracias a las compensaciones.

Cuando la *Sally Ride* envió el código de aceptación, Alex los llevó a través del Anillo despacio y con buen hacer, y la *Calisto* igualó la velocidad y la trayectoria. Las estrellas desaparecieron cuando la nave entró en la nada que conformaba el núcleo. Miller parpadeó cuando atravesaron la puerta y empezó a solidificarse de nuevo justo antes de desaparecer en una explosión de luciérnagas azules cuando se abrió de improviso la escotilla de la cubierta y Amos se impulsó hacia el interior.

—¿Vamos a atracar? —preguntó el mecánico sin preámbulos.

—No es necesario hacerlo en este viaje —dijo Holden al tiempo que abría un canal de comunicaciones con Alex, que estaba en cabina—. Nos

quedaremos aquí hasta que veamos atracar a la *Calisto* y luego volveremos a salir.

—No nos vendrían mal un par de días de estación, capi —dijo Amos, quien volvió a impulsarse para alcanzar un puesto de operaciones y se amarró. Su mono gris tenía marcas de quemaduras en la manga y llevaba un vendaje que le cubría la mitad de la mano izquierda. Holden la señaló. Amos se encogió de hombros.

—Tenemos un par de naves esperándonos con tierra en la estación Tycho —comentó Holden.

—Nadie tiene los cojones de intentar desvalijar las naves que transitan esta ruta. ¿Con todas las naves de la armada que hay por aquí? Sería un suicidio.

—A pesar de todo, Fred nos paga un pastón para que escoltemos sus naves a la estación Medina. Y me gusta aceptar el dinero de Fred. —Holden echó un vistazo por los telescopios de la nave y aumentó la imagen para mirar los anillos—. Lo que no me gusta es estar en este lugar más tiempo del necesario.

El fantasma de Miller era un artefacto de la tecnología alienígena que había creado las puertas y también un cadáver. Se había dedicado a seguir a Holden durante los dos años que habían pasado desde que consiguieron desactivar la Estación Anular. Se pasaba los días con exigencias, preguntas y engatusándole para que atravesara algunas de las puertas que se habían abierto y así empezar a investigar en los planetas que había al otro lado. Holden había conseguido mantenerse cuerdo gracias al hecho de que Miller solo podía aparecerse cuando estaba solo, y en una nave del tamaño de la *Rocinante* había pocas oportunidades de que se dieran tales condiciones.

Alex bajó a flote de la cabina con el pelo negro y ralo desparramado en todas direcciones desde su cuero cabelludo marrón. Tenía ojeras.

—¿No vamos a soltar las riendas? No nos vendrían mal un par de días de estación.

—¿Ves? —insistió Amos.

Antes de que Holden pudiese responder, Naomi apareció por la escotilla de la cubierta.

—¿No vamos a atracar?

—El capitán quiere volver cuanto antes para escoltar a esos cargueros de tierra que hay en Tycho —respondió Amos con un tono de voz que pretendía que sonase burlón y neutro al mismo tiempo.

—No nos vendrían mal... —empezó a decir Naomi.

—Os prometo que pasaremos una semana en Tycho cuando volvamos, pero no quiero pasar el tiempo libre —señaló las pantallas que tenían alrededor en las que se veían la esfera exánime de la Estación Anular y las puertas resplandecientes— aquí.

—Cagón —imprecó Naomi.

—Eso mismo.

El puesto de comunicaciones resplandeció por la llegada de un mensaje láser. Amos, que estaba más cerca, tocó la pantalla.

—Aquí la *Rocinante* —anunció.

—*Rocinante* —saludó una voz familiar—. Aquí la estación Medina.

—Fred —respondió Holden con un suspiro—. ¿Algún problema?

—¿No vais a atracar, chicos? Estoy seguro de que no os vendrían mal...

—¿Podemos ayudarte con algo? —interrumpió Holden.

—Sí, podéis. Llamadme después de atracar. Tenemos que hablar de negocios.

—Joder —dijo Holden después de que se desconectase la llamada—. ¿Alguna vez os da la sensación de que es el universo quien nos persigue?

—A veces me da la sensación de que es el universo quien te persigue a ti —dijo Amos con una sonrisa—. Y me parto viéndolo.

—Le han vuelto a cambiar el nombre —dijo Alex, que había ampliado la imagen de la estación giratoria que hasta hace poco se llamaba *Bégimo*—. Estación Medina. Es bueno.

—¿Esa palabra no significa «fortaleza»? —dijo Naomi frunciendo el ceño—. Demasiado militar quizá.

—Qué va —respondió Alex—. Bueno, más o menos. Hace referencia a la parte amurallada de una ciudad, que solía terminar convertida en el núcleo urbano. Calles estrechas diseñadas para mantener fuera a los invasores pero también al tráfico motorizado o a los carromatos, para que se pudieran recorrer a pie o reunir en ellas los vendedores callejeros. Se convirtió en un lugar al que se podía ir a comprar, reunirse y beber té, uno seguro al que iba todo el mundo. Buen nombre para una estación.

—Le estás dando muchas vueltas —dijo Holden.

Alex se encogió de hombros.

—Me resulta interesante reflexionar sobre la evolución de esa nave y sus nombres. Empezó siendo la *Nauvoo*. Un lugar en el que refugiarse, ¿verdad? Una gran ciudad en el espacio. Luego se convirtió en la *Bégimo*, la nave más grande y brutal de todo el sistema. Y ahora es la estación Medina. Un lugar de

reunión. La misma nave ha tenido tres nombres diferentes y ha sido tres cosas diferentes.

—La misma nave —dijo Holden con tono algo arisco mientras ordenaba a la *Rocinante* empezar la maniobra de atraque.

—Los nombres son importantes, capi —dijo Amos un momento después con una expresión extraña en su cara rechoncha—. Los nombres lo cambian todo.

El interior de la estación Medina aún estaba patas arriba. Grandes secciones del tambor central rotatorio habían sido cubiertas con suelo trasplantado para empezar la producción de alimentos, pero el metal y la cerámica del lugar aún eran visibles en muchos lugares. La mayor parte del daño que había sufrido durante las batallas la vieja nave colonial ya había sido reparado y adecentado. Las oficinas y las bodegas que había repartidas por las paredes del tambor se habían convertido en el núcleo de los intentos de exploración de los miles de nuevos mundos que se habían abierto para la humanidad. Si Fred Johnson, antiguo coronel de la Tierra y ahora líder de la facción más respetable de la APE, intentaba convertir la estación en un gobierno tipo Confederación Planetaria al menos había tenido la prudencia de no decirlo directamente.

Holden había visto morir a muchísima gente en aquel lugar, por lo que le costaba no verlo como un cementerio, una analogía que en su opinión no se alejaba mucho de cualquier gobierno.

Fred había montado su despacho en lo que eran las oficinas de administración colonial cuando la estación Medina aún se llamaba *Nauvoo*. También era el lugar desde donde había emitido Radio Zona Lenta Libre. Ahora todo estaba arreglado, repintado y decorado, había plantas para renovar el aire y pantallas en las que se veía el espacio que rodeaba la nave. Aquello le resultaba extraño a Holden. Tenía claro que los humanos habían invadido un espacio extradimensional con agujeros de gusano que llevaban a los confines de la galaxia, pero no se habían olvidado de decorarlo con helechos.

Fred deambulaba por el despacho haciendo café.

—Solo, ¿verdad?

—Solo —dijo Holden al tiempo que aceptaba la taza humeante—. No me gusta venir a este lugar.

—Lo entiendo y te agradezco que hayas venido —dijo Fred, que se derrumbó en su silla con un suspiro que parecía excesivo para el tercio de g

de gravedad rotacional que tenía la estación. Pero la presión que afectaba a Fred tenía poco que ver con la gravedad. Los cinco años que habían pasado desde que Holden lo conocía no le habían tratado bien. Su pelo canoso se había vuelto del todo gris y su piel oscura estaba llena de pequeñas arrugas.

—¿No ha dado señales de vida? —preguntó Holden señalando con la taza a una pantalla de pared en la que se veía una imagen agrandada de la Estación Anular esférica.

—Necesito que hagas una cosa —afirmó Fred como si no hubiese oído a Holden. Al ver que Holden asentía, el hombre tocó el escritorio y se encendió la pantalla que tenía detrás. En ella, la cara de Chrisjen Avasarala estaba parada en mitad de una conversación. La subsecretaria de administración ejecutiva tenía los ojos entornados y un gesto de desdén en los labios—. Lo he parado en la parte que tienes que oír.

—... ealidad tan solo es una excusa para ver quién la tiene más grande —dijo Avasarala—, así que estoy pensando que podríamos enviar a Holden.

—¿Enviar a Holden? —preguntó Holden, pero el vídeo siguió reproduciéndose y Fred no le respondió—. ¿Enviar a Holden adónde? ¿Adónde vamos a enviar a Holden?

—Estará cerca cuando llegue a Medina, y todo el mundo le odia por igual, por lo que podemos asegurarles que es imparcial. Tiene problemas contigo, con Marte y conmigo. Es una terrible elección para hacer de mediador, por lo que es perfecto para la misión. Infórmale, dile que la ONU le pagará el doble de su tarifa habitual y que vaya a Nueva Terra lo más pronto posible antes de que la cosa se vaya al carajo todavía más.

La anciana se inclinó hacia la cámara y su rostro se amplió hasta que Holden fue capaz de ver los detalles de cada arruga y cada imperfección.

—Si Fred te pone este vídeo, Holden, que sepas que tu planeta natal valora tus servicios. Y también intenta no pensar con la polla. La cosa ya está patas arriba.

Fred paró la grabación y se reclinó en la silla.

—Bueno, pues...

—Pero ¿de qué coño habla? —preguntó Holden—. ¿Qué es Nueva Terra?

—Nueva Terra es el nombre tan poco imaginativo que le han dado al primero de los mundos explorados de la red de puertas.

—No, pensé que se llamaba Ilo.

—Ilo —repitió Fred con un suspiro— es el nombre que le dieron los cinturianos que aterrizaron en el lugar. Energías Carta Real, la empresa que pagó para realizar la exploración inicial, lo ha llamado Nueva Terra.

—¿Y pueden hacer eso? Hay gente que vive en ese lugar. Todo el mundo lo llama Ilo.

—Todos los que están aquí lo llaman Ilo. Ese ha sido el problema —afirmó Fred. Le dio un gran sorbo al café para ganar algo de tiempo para pensar—. Nadie estaba listo para algo así. Una tripulación de refugiados de Ganímedes se hizo con el control de un carguero pesado de Mao-Kwik y atravesó el Anillo a toda velocidad tan pronto como llegaron los resultados de la primera de las sondas. Antes de que tuviésemos tiempo de recoger los restos de nuestra primera incursión. Antes de que se preparase el bloqueo militar. Antes de que la estación Medina estuviese lista para imponer un límite de velocidad en el espacio del Anillo. Se marcharon tan rápido que no tuvimos tiempo de detenerlos.

—Déjame adivinar —comentó Holden—. La puerta de Ilo está al lado contrario de la puerta del Sistema Solar.

—En realidad, no. Fueron lo suficientemente inteligentes como para entrar a trescientos mil kilómetros por hora y en un ángulo suficiente como para evitar la Estación Anular.

—Así que llevan viviendo años en Ilo y, de repente, Energías Carta Real llega y les dice «vaya, estáis en nuestro planeta».

—ECR tiene un contrato con la ONU para la exploración científica de Ilo, Nueva Terra o comoquiera que vayáis a llamarlo. Y solo han ido a ese lugar porque los refugiados de Ganímedes aterrizaron primero. El plan era estudiar esos mundos durante años antes de que nadie se asentase en ellos.

Algo en el tono de voz de Fred le sonó raro a Holden por un segundo. Luego preguntó:

—Un momento. ¿Un contrato con la ONU? ¿Desde cuándo la ONU tiene potestad sobre los miles de mundos?

Fred le dedicó una sonrisa desprovista de humor alguno.

—La situación es complicada. La ONU está haciendo méritos para conseguir administrar todos esos nuevos mundos. Los ciudadanos de la APE se han establecido en uno de ellos sin permiso. Tenemos una empresa energética que ha conseguido un contrato de exploración en un mundo que resulta que tiene las mayores reservas de litio que hemos encontrado jamás.

—Y después te tenemos a ti —terminó Holden—, preparado para administrar el puesto de peaje por el que todo el mundo tiene que pasar para llegar a ese lugar.

—Creo que se podría decir que la APE está muy en desacuerdo con que la ONU esté tomando decisiones unilaterales respecto a esos contratos.

—Por lo que Avasarala y tú estáis en contacto para intentar evitar que esto se salga de madre.

—Hay unas cinco variables más además de esas, pero sí, algo así. Y ahí es donde entras tú —dijo Fred al tiempo que señalaba a Holden con la taza de café. A un lado de la taza había unas letras que rezaban EL JEFE. Holden reprimió la risa—. No perteneces a ningún bando, pero Avasarala y yo hemos trabajado contigo y creo que podríamos volver a hacerlo.

—Es una razón un poco estúpida.

No consiguió sacar información alguna de la sonrisa de Fred.

—También ayuda que tengas una nave preparada para zonas con atmósfera.

—Pero sabes que nunca la hemos usado para eso, ¿verdad? No me hace mucha gracia que su primera incursión en atmósfera se haga a un millón de kilómetros del puesto de reparación más cercano.

—La *Rocinante* también es un navío militar, y...

—Olvídalo. Me da igual lo que diga tu taza, me niego a ser el látigo de un colonizador. No lo voy a hacer.

Fred suspiró y se inclinó hacia delante. Cuando habló, lo hizo con voz agradable y suave como la franela, una que al mismo tiempo no ocultaba la crudeza que había en sus palabras.

—Estamos a punto de escribir las leyes para gobernar esos miles de planetas. Este será un caso que sentará precedente. Tu única misión será actuar como observador imparcial y mediador.

—¿Yo de mediador?

—Sí, sé que suena irónico, pero las cosas han empezado a ponerse muy mal y necesitamos a alguien que evite que se pongan peor mientras los tres gobiernos deciden cómo ponerse de acuerdo.

—O sea, que queréis que haga como si vosotros hacéis algo cuando en realidad intentáis sacar en claro qué hacer —explicó Holden—. ¿Por qué se han puesto tan mal las cosas?

—Los colonos han hecho estallar una lanzadera pesada de ECR. El gobernador interino estaba en ella y ha muerto junto a unos pocos científicos y algunos empleados de la empresa. Si Ilo pasa a ser un campo de batalla entre cinturianos y una compañía de la ONU, vamos a tener problemas.

—Así que mi misión es mantener la paz.

—Habla con ellos y entreténlos. Y, ya sabes, haz lo que siempre haces tú, eso de mantener la máxima transparencia. En esta ocasión, los secretos serían contraproducentes. Justo como a ti te gusta.

—Pensaba que para vosotros era el tío más impredecible de la galaxia. ¿No será que Avasarala quiere enviar la cerilla contra el polvorín porque no le interesa que la operación salga adelante?

Fred se encogió de hombros.

—La verdad es que me importa bien poco lo que ella quiera hacer contigo, lo importante es lo que yo te estoy diciendo que hagas. Quizá lo haga porque le gustas y ya está. No sé qué decirte, la verdad.

Miller esperaba a Holden por fuera del despacho de Fred.

—Ahora mismo hay tres mil personas en la estación Medina —dijo Holden—. ¿Cómo es que no hay ninguna cerca para no tener que verte la cara?

—¿Vas a aceptar el trabajo? —preguntó Miller.

—Todavía no lo he decidido —respondió Holden—. Algo que, como eres una simulación de mi cerebro, ya deberías saber. Así que, con esa pregunta, lo que en realidad pretendes es que lo acepte. ¿Me equivoco?

Holden avanzó por el pasillo con la esperanza de toparse con otro humano y obligar a desaparecer al fantasma de Miller. Miller lo siguió y sus pasos retumbaron en el suelo de cerámica. El hecho de que esos pasos solo existiesen en la mente de Holden hacía que la situación fuese aún más espeluznante.

—Tienes razón. Y deberías aceptarlo —dijo Miller—. Ese tipo tiene razón. Es importante. Una situación así podría pasar de ser una rencilla con la gente del lugar a convertirse en una masacre en un instante. Mira, en Ceres una vez...

—Venga, que no. Se acabaron las batallitas policiacas del muerto. ¿Por qué tanta insistencia en ir a Ilo? —preguntó Holden—. Sería mejor que me dijese directamente lo que esperas encontrar al otro lado de esos anillos.

—Ya sabes qué busco —dijo el viejo inspector, quien consiguió poner cara tristonera.

—Sí, a esa extraña civilización alienígena que te creó. Y también sé que no vas a encontrarla. Joder, tú mismo sabes que no vas a encontrarla.

—Todavía hay muchos cabos... —Miller desapareció. Una mujer con el uniforme azul del equipo de seguridad de la estación Medina caminaba hacia él sin dejar de mirar su terminal portátil. Gruñó algo parecido a un saludo sin levantar la cabeza.

Holden subió por las escaleras de la superficie interior del tambor rotatorio residencial de la Medina. Era imposible que Miller pudiese volver a hablar con él en aquel lugar. El tambor era un lugar lleno de actividad en el que varios trabajadores aún se dedicaban a colocar la tierra que habían traído para lo que más tarde llegarían a ser granjas, y también a montar los edificios prefabricados que se convertirían en casas y lugares de almacenamiento. Holden los saludó con efusividad al pasar. Los encuentros con Miller eran cada vez más frecuentes y había empezado a apreciar el hecho de estar rodeado de personas. La mera existencia de esa gente hacía que su vida fuese menos extraña.

Evitó el ascensor que llevaba al punto de transferencia de ingeniería y que lo sacaría del tambor rotatorio para llevarlo a la microgravedad de la popa de la antigua nave colonial. La *Rocinante* estaba atracada en la esclusa de aire que había allí. En vez de eso, caminó hacia la rampa retorcida que le dejaba a la vista de todos los que estaban en el tambor rotatorio. La última vez que había subido por esa rampa había habido un tiroteo y muertos por todas partes. No era un recuerdo agradable, pero era mejor que estar atrapado solo en un ascensor con Miller. Cada vez había menos lugares que no le trajesen recuerdos.

Antes de atravesar el punto de transferencia y llegar a las cubiertas de ingeniería, flotó por un instante y miró el tambor rotatorio residencial. Desde aquel punto elevado, las parcelas de tierra parecían casillas negras de un tablero de ajedrez que resaltaban contra el color gris del suelo del tambor. Los encargados se movían por el lugar como pequeños insectos de metal, ocupados con tareas desconocidas para convertir una burbuja de metal en un mundo autosuficiente.

«Olvidaremos cómo hacerlo», pensó Holden. La humanidad acababa de empezar a aprender a vivir en el espacio, pero llegarían a olvidarlo. ¿Para qué desarrollar nuevas estrategias para sobrevivir en pequeñas estaciones como la Medina cuando había miles de nuevos mundos que conquistar y que contaban con aire y agua gratis? Se sorprendió de pensar algo así, pero también le hizo sentirse un tanto melancólico.

Les dio la espalda a los trabajadores que se afanaban en aquellas tareas obsoletas y volvió a su nave.

—Bueno —empezó a decir Naomi cuando la tripulación al completo se reunió en la cocina de la *Rocinante*—. Entonces ¿vamos a Ilo?

Holden había pasado varios minutos explicándoles lo que les habían pedido Fred Johnson y Chrisjen Avasarala, pero la verdad era que no sabía qué responderle a Naomi.

—Tenemos muchas razones para hacerlo —terminó por decir al tiempo que tamborileaba muy rápido en la mesa de metal—. Pero es una decisión importante. Es un caso que sentará precedente para los siguientes miles de mundos. Y admito que también me atrae la idea de ayudar a ponerlo todo en perspectiva. Quizá ayudemos a crear el molde con el que se desarrollará todo lo que está por venir. Es muy emocionante.

—Y también es una pasta —dijo Amos—. No olvidemos que también es una pasta.

—Pero... —empezó a decir Naomi, que agarró a Holden por el brazo sin dejar de sonreír para hacerle saber que podía compartir con ellos cualquier cosa que le diese miedo. Él le devolvió la sonrisa y le estrechó la mano.

—Pero tengo una razón insignificante aunque muy convincente para negarme —continuó Holden—. Miller insiste mucho en que vayamos.

Se hizo el silencio un rato. Naomi fue la primera en romperlo.

—Así que vas a aceptar.

—¿Ah, sí?

—Sí —respondió—. Porque crees que podrías ser de ayuda.

—¿Y tú crees lo contrario?

—No —respondió ella—. Creo de verdad que podrías. Y aunque no lo seamos, de no ir te pondrías muy gruñón.

—¿Sabéis qué otra cosa tenemos que tener en cuenta? —preguntó Amos—. Que es una pasta.

Basia

—Jesús también lloró, pequeño Basia —dijo Coop—. ¿No ves que vamos ganando? ¿Te vas a poner más blandengue todavía si la cosa se complica más?

Los demás le miraron, a la espera. Scotty y Pete. También Loris y Caterine. Ibrahim y Zadie. Basia se cruzó de brazos.

—Descubrirán quién mató a su gobernador... —empezó a decir Basia, pero Coop hizo un ademán de espantar moscas con la mano.

—No lo harán. Si no lo han hecho ya, lo dejarán estar como cualquier otro problema más. Es que, joder, no me acuerdo ni yo. ¿Tú te acuerdas, Zadie?

Zadie negó con la cabeza.

—*Ne* acuerdo *mé* —dijo, como buena cinturiana que era. Como buena cinturiana que había sido antes. Coop hizo un gesto hacia ella como si pretendiese justificarse.

—A mí tampoco me gusta cómo ha salido —dijo Pete—, pero de no haberlo hecho ya los tendríamos a todos aquí y no hubiesen venido así, poco a poco. Holden ya estaría aquí, habría una ciudad dentro de una cúpula y estaríamos en un lugar muy diferente.

—Eso mismo —afirmó Coop—. Queríamos retrasarlos y eso es justo lo que hemos hecho. Lo que tenemos que preguntarnos ahora es qué hacer con el tiempo que hemos ganado.

—Podríamos matarlos a todos y lanzar sus cadáveres por el pozo de la mina —dijo Loris con una sonrisa que dejaba claro que bromeaba, más o menos.

—Yo estaba pensando que podríamos cargarnos su transmisor —comentó Ibrahim—. Todas sus señales pasan por un repetidor que tienen en la caseta

de tecnología. Si se les estropeara, tendrían el mismo ancho de banda terrible que tenemos todos por aquí.

—¿Se quedarían también sin terminales portátiles? —preguntó Coop.

—Puede ser —respondió Ibrahim—. Les dejaría incomunicados con el exterior y dependerían de lo que hay aquí.

—Pues es algo a tener en cuenta —dijo Coop.

Las ruinas en las que se encontraban estaban a media hora de viaje a pie de la ciudad. Había unas torres grandes y de un material parecido al hueso que sobresalían del suelo y se inclinaban unas sobre otras con patrones que parecían fortuitos hasta que se miraban desde el ángulo correcto, desde el que se podía apreciar una simetría muy decorativa. Las estructuras más bajas tenían bordes lisos y curvados, como vértebras o engranajes de una máquina con una ligereza inimaginable.

Una suave brisa soplaba por las ruinas y emitía un sonido parecido al de una flauta de pan que resuena en la distancia. El lugar había estado habitado en algún momento, pero fuera lo que fuese ya había muerto y sus huesos eran un buen lugar para que Basia y su camarilla se resguardaran. Le vino a la mente el recuerdo imprevisto de un vídeo que había visto una vez en el que unas artemias vivían entre los huesos de una ballena muerta.

—Tengo una pregunta —anunció Basia—. ¿Qué es lo que pretendemos conseguir? Si nos cargamos su ancho de banda, ¿de qué nos serviría?

—Les pondría más difícil demostrar el valor de este lugar —respondió Loris—. He leído el contrato, igual que todos los que estamos aquí. Y sí, tiene muy en cuenta la conservación del lugar y también hay cláusulas y requerimientos científicos, pero vienen a lo que vienen. ECR quiere sacar beneficios. Si les dejamos claro que no van a conseguirlo...

—Eso da igual —dijo Ibrahim—. Lo que tenemos que hacer es reivindicar nuestro derecho sobre el planeta. Los beneficios y las ganancias llegarán después.

—No estoy de acuerdo, Bram —dijo Loris—. Si te fijas en la historia del colonialismo, los precedentes legales y las reivindicaciones son cosas que siempre se han racionalizado después de los hechos. Lo que vemos es...

—Lo que yo veo —interrumpió Coop— es que cada vez queda menos tiempo para que llegue aquí el observador de la APE y la ONU y cambie las reglas del juego. ¿Basia? ¿Quieres aportar algo?

Basia se crujió los nudillos.

—Lo que tiene que encontrar ese observador es una ECR desorganizada y a nosotros con una nave llena de litio refinado listo para el mercado.

—Así que venga, todos a ello —dijo Coop con una sonrisa rabiosa.

Después de la reunión, se marcharon uno por uno o en parejas para no llamar la atención. Primero Pete e Ibrahim, juntos porque eran amantes. Luego Scotty, soltando bocanadas de humo de su pipa. Loris y Caterine. Luego, lo normal era que se fuesen Zadie y Coop, pero hoy no. Hoy Coop hizo un gesto con la cabeza a Zadie para que se adelantara. Ella hizo el gesto con una mano para asentir, ese propio de los cinturianos que tenían que comunicarse con los trajes espaciales puestos, y se marchó a grandes zancadas, con unos andares que parecían torpes y gráciles al mismo tiempo. Como los de una jirafa.

—Lo estás pasando mal con todo esto, ¿verdad? —preguntó Coop.

Basia se encogió de hombros.

—Ha empezado fatal. Eso es todo.

—Antes eras uno de ellos. No luchaste —afirmó Coop.

—No lo hice —respondió Basia con resentimiento.

Habían vivido juntos en la nave con el resto durante años después de lo de Ganímedes. Ambos habían discutido por el éxodo hacia los nuevos planetas que habían posibilitado las puertas. Basia conocía a Coop. Sabía que luchaba junto a un disidente de la APE que nunca se había comprometido con los planetas interiores. Tenía el círculo dividido de la Alianza de Planetas Exteriores grabado en su piel, justo encima del omóplato izquierdo. A Basia se le ocurrió pensar por enésima vez que el nombre «planetas exteriores» había adquirido un sentido más amplio durante los últimos años.

—Puede llegar a ser difícil —comentó Coop—. Sobre todo en las grandes estaciones. Ceres. Eros, antes de aquello. Ganímedes. Allí hay todo tipo de interianos. Vives entre ellos. Trabajas con ellos. Te gustarán algunos de ellos, quizá. Y luego llega una orden y tienes que abrir una esclusa y dejar que muera alguien. No puedes obviarlo, porque de hacerlo empezarían a ver que hay un patrón. Podrían fijarse en los que viven y no deberían hacerlo. Podrían comprometer la célula.

Basia asintió, pero notó un sabor amargo en la boca.

—¿Eso es lo que somos? ¿Una célula de la APE?

—Nos resistimos a los poderes corporativos de la Tierra, *ne*? Hay peores ejemplos a seguir.

—Sí —afirmó Basia—. Te entiendo.

—¿Ah, sí? Porque lo único que te he visto hacer es sembrar dudas entre nosotros. Pensar si estamos haciendo de verdad lo que deberíamos hacer.

Basia se enfureció.

—¿Y eso te resulta problemático?

—El problema es tuyo, socio. Porque cuantas más cosas te cuestiones tú, más cosas se cuestionarán ellos. Y lo que yo pretenda da igual, todos recordaremos quién pulso ese botón.

El camino de vuelta de las reuniones siempre enfadaba a Basia. Vio por todas partes pequeños recordatorios de lo que su grupo, su célula, había hecho y también de lo que no. El pequeño laboratorio de hidrología que había entre el gentío, con esa cúpula geodésica y sus perforaciones, que parecían pozos mineros en miniatura. La caseta de los exobiólogos que estaba apartada en el límite exterior de la ciudad. Las caras desconocidas en la plaza, la ropa fabricada con plantillas de ECR.

En las llanuras que había al norte de la ciudad se jugaba un partido de fútbol que empezaba a levantar tierra, lugareños entre los que se encontraba su hijo Jacek que jugaban contra los de la corporación. Al menos todavía estaban en equipos diferentes. Basia dio una vuelta para entrar a la ciudad por el camino que salía hacia los pozos mineros. La brisa se había convertido en viento y empezado a levantar remolinos de tierra. En las alturas de aquel cielo azul un cúmulo de extrañas criaturas que parecían medusas flotantes de cuerpos blancos y pálidos dejaba a su paso rastros dorados. Lucia decía que cada una de ellas tenía el mismo tamaño que la nave, pero él se negaba a creerlo. Se preguntó si alguien les había llegado a poner nombre.

—¡Basia!

—Carol —saludó con un gesto de la cabeza mientras la mujer se ponía frente a él. Carol Chiwewe había sido elegida por todos para coordinarlos nada más aterrizar. Era inteligente, centrada y decidida y conseguía no parecer muy intimidante. Seguro que sabía casi a ciencia cierta que él estaba metido en lo que había ocurrido con la plataforma de aterrizaje, pero daba igual. Algunos secretos eran secretos porque nadie los sabía, pero otros lo eran porque nadie los revelaba.

—Estoy formando un grupo de mantenimiento para que vaya a las minas. Saldrán mañana y se quedarán allí cinco o seis días. ¿Te apuntas?

—¿Ha pasado algo?

—No, y creo que deberíamos intentar que siguiese así. Solo quedan un par de cargas desde el pozo para llenar la nave.

—Estaría bien tener la bodega llena antes de que llegase el observador —dijo Basia.

—No queda nada —dijo Carol con una sonrisa—. Me alegro de que te apuntes. Reúnete conmigo en la plaza a las nueve.

—Muy bien —afirmó Basia, y la mujer le dio una palmada en el hombro y se dirigió hacia dondequiera que fuese antes de toparse con él. Pasaron veinte minutos antes de que él se diese cuenta de que en realidad nunca le había dicho que sí. Supongo que esa era la razón por la que Carol estaba al mando de todo.

Su casa se encontraba cerca del límite de la ciudad. Habían fabricado los ladrillos con la tierra del lugar, los habían procesado con parte del equipo minero y calentado con un horno de combustión. Solo podría haber sido más primitivo de haberse mudado a una cueva y pintado un bisonte en las paredes. Lucia estaba en la pequeña zona del porche y limpiaba los ladrillos con una escoba hecha con plantas del lugar que olían a menta y a estiércol, y que pasaban de ser negras a doradas cuando alguien las cortaba.

—A saber qué gases salen de ahí —dijo. Era un chiste entre ellos. La respuesta de la mujer le serviría a Basia para saber cómo estaban las cosas. Una especie de prueba decisiva para comprobar el pH de su matrimonio.

—Un tercio de ellos son cancerígenos, un tercio mutagénicos y no sabemos qué nos hará el otro tercio —respondió ella con una sonrisa. Las cosas estaban bien. Basia sintió cómo se le deshacía el nudo del estómago. Le dio un beso en la mejilla y se agachó para entrar en el frío de la casa.

—Yo lo dejaría si fuese tú —comentó—. El viento volverá a ensuciarlo.

Lucia volvió a pasar la escoba algunas veces más, lo que hizo que la hierba silbase contra los ladrillos, y luego entró con él. Para los estándares de Ganimedes o de la nave en la que habían vivido, aquella casa era gigantesca. Había un dormitorio para cada uno de los niños, y ellos dos compartían otro. También una habitación dedicada a la preparación alimenticia. El camarote del capitán de la *Barbapiccola* tenía unos pocos metros menos que la casa de Basia. Era un lugar enorme, y era suyo. Se sentó en una silla delante de la ventana y contempló la llanura.

—¿Dónde está Felcia? —preguntó.

—Ha salido —respondió Lucia.

—Hablas igual que ella.

—Felcia es mi fuente de información principal en lo que concierne a Felcia —dijo Lucia. Estaba sonriendo, casi se podría considerar una risa. No la había visto de tan buen humor desde hacía semanas. Basia sabía que era adrede, sabía que Lucia necesitaba que él estuviese de buen humor para algo y también sabía que si él era listo podía enfrentarse a aquella manipulación.

Pero no quería. Quería dejarse llevar y hacer como si todo estuviese bien, así que le siguió el juego.

—Eso es culpa de tus genes. Yo siempre fui muy obediente cuando era joven. ¿Tenemos algo que merezca la pena comer?

—Más raciones de la nave.

Basia suspiró.

—¿No hay ensalada?

—Pronto —respondió ella—. Los nuevos cultivos van muy bien. Si no encontramos nada extraño en ellos, podrás comerte todas las zanahorias que quieras a partir de la semana que viene.

—Algún día conseguiremos plantar en la tierra del planeta.

—En el norte quizá —comentó Lucia al tiempo que le ponía la mano en el hombro y miraba por la ventana como él—. Hasta la fauna autóctona lo pasa mal en este lugar.

—Norte. Sur. Que yo sepa sigue siendo Ilo.

Lucia se giró y se dirigió a la cocina. Basia se sintió atraído físicamente por su mujer, una nostalgia física que era más propia de cuando eran jóvenes, no tenían hijos y estaban cachondos todo el rato. Oyó el chasquido y el siseo de las latas de raciones. Le llegó el olor del sag aloo, y Lucia volvió con un plato de comida para ambos.

—Gracias —dijo Basia.

Lucia asintió, se sentó en su silla y apoyó un pie en el muslo. La gravedad la había cambiado. Se le marcaban más los músculos de los hombros y los brazos y la espalda se le curvaba en un ángulo diferente cuando se sentaba. Ilo los había cambiado de formas que Basia no esperaba, aunque quizá debería habérselo imaginado. Se llevó a la boca una buena porción de sag aloo.

—Mañana voy a las minas —anunció.

Lucia arqueó las cejas un milímetro.

—¿Para qué?

—A realizar un mantenimiento —dijo. Y luego añadió porque sabía lo que su mujer estaba pensando—: Me lo ha pedido Carol.

—Entonces bien. —Lo que significaba que mejor que se lo hubiese pedido Carol que Coop.

Basia sintió vergüenza y luego irritación por avergonzarse. Apretó los labios con un poco más de fuerza.

—El observador está de camino —informó Lucia, como si fuese algo trivial—. Es James Holden.

—Eso he oído. Muy bien. Nos dará algo de ventaja contra ECR.

—Supongo.

Recordó los momentos en los que reían juntos. Aquellas veces que Lucia volvía de los hospitales de Ganímedes con muchísimas historias sobre los pacientes y el resto de los doctores. Comían carne cultivada más tierna que la de cualquier animal y bebían la cerveza que se fermentaba en esa pequeña luna. Hablaban durante horas y se les hacía muy tarde para acostarse. Ahora sus conversaciones eran muy medidas, como si todas las palabras tuviesen huesos de cristal. Basia cambió de tema.

—Se me antoja raro pensar en ello —dijo—, pero es probable que nunca vuelva a soldar nada en el vacío. Después de la de años que me pasé aprendiendo y trabajando así, y ahora todo lo que hago está rodeado de aire.

—Qué me vas a contar. Si hubiese sabido que íbamos a acabar así, me hubiese cambiado los turnos para trabajar en una clínica general.

—Bueno, pero ahora eres la mejor cirujana de manos del planeta.

—Y la mejor cirujana de manos del planeta se pasa los días leyendo sobre problemas gastrointestinales y análisis ginecológicos —afirmó Lucia con indiferencia. La mirada se le volvió distante e intransigente—. Tenemos que hablar de Felcia.

Había llegado el momento. La calma, la amabilidad y los recuerdos agradables habían sido para acabar allí. Basia se inclinó hacia delante y fijó la mirada en el suelo.

—¿De qué hay que hablar?

—No deja de reflexionar sobre qué va a ser de ella. En el futuro.

—Pues lo mismo que de todos nosotros —respondió Basia.

Lucia volvió a meterse comida en la boca y masticó despacio, aunque casi no era necesario. Una ráfaga fuerte de viento sopló contra la ventana y se oyó el suave repiqueteo de la arenisca. Cuando volvió a hablar, la voz de Lucia sonó tranquila pero implacable.

—Piensa ir a la universidad —dijo Lucia—. Ha hecho los tutoriales y los exámenes que hay en la red. Necesita que le demos permiso para que la solicitud siga adelante.

—Es demasiado joven —dijo Basia a pesar de que sabía que aquellas palabras no eran la respuesta adecuada. La frustración le había formado un nudo en la garganta y dejó la cena a medio comer en el reposabrazos.

—No lo será cuando llegue —respondió Lucia—. Si se marcha con el primer cargamento y luego la transfieren a Medina, llegará a Ganímedes o a la estación Ceres dentro de diecinueve meses. O veinte.

—La necesitamos aquí —dijo Basia con tono hostil y concluyente. Había dado por zanjada la conversación, o eso creía él.

—No me arrepiento de haber venido a este lugar —continuó Lucia—. Y tú no me obligaste a venir. ¿Recuerdas los meses que pasamos después de lo de Ganimedes, cuando estábamos hacinados como ratas y no querían acogernos en ningún lugar? Yo sí los recuerdo. Recuerdo cuando desapareció Mao-Kwikowski y que yo fui la que ayudó al capitán Andrada a preparar la documentación de rescate de la nave. Yo fui la que consiguió que la *Barbapiccola* fuese nuestra.

—Lo sé.

—Cuando votamos, pensábamos igual. Quizá todo el tiempo que pasamos como refugiados nos había vuelto más impulsivos o valientes. No lo sé, pero decidimos venir aquí para empezar de cero bajo un cielo. Bajo otra estrella. Para mí fue una decisión tan fácil como lo fue para ti, y no me arrepiento de estar aquí.

Ahora hablaba con tono agresivo, y sus ojos resplandecían y brillaban desafiantes. No le devolvió el desafío.

—Estaré encantada de pasarnos el resto de nuestra vida excavando litio y plantando zanahorias —continuó ella—. No me importa si nunca vuelvo a unir ligamentos ni a regenerar el pulgar perdido de alguien. Porque ha sido elección mía. Jacek y Felcia no han tomado decisión alguna.

—No voy a enviar a mis hijos a ese lugar —dijo Basia—. ¿Qué van a hacer allí? Aquí hay mucho trabajo que hacer, aquí hay muchas cosas que aprender y que descubrir. ¿Crees que volver es buena idea? —Había levantado la voz más de lo que pretendía, pero no estaba gritando. No estaba gritando.

—Nosotros hemos decidido estar aquí —explicó Lucia—. Felcia tendrá que decidir por su cuenta. Podemos interponernos o ayudarla.

—Ayudarla a volver a ese lugar no es ayudarla —imprecó Basia—. Pertenece a este planeta. Ahora todos somos de Ilo.

—Es el lugar del que venimos...

—Somos de aquí. Lo que haya pasado antes ya da igual. Ahora estamos en Ilo. Moriría antes que dejar que trajesen sus guerras, sus armas, sus empresas y sus proyectos científicos a este lugar. Y tendrán que pasar por encima de mi cadáver para verle el pelo a uno de mis hijos.

—¿Papá?

Jacek estaba en el umbral de la puerta. Tenía una pelota de fútbol apoyada en la cintura y un gesto de preocupación en la mirada.

—Hijo —dijo Basia.

Solo se oía el ulular del viento. Basia se levantó, cogió su lata y luego la de Lucia. Tirar sus restos al reciclador era una pequeña ofrenda de paz, pero también lo único que podía ofrecerle a su mujer. Había expresado toda la rabia impotente y el bochorno que sentía. Katoa, la plataforma de aterrizaje, la preocupación que había visto en la mirada de Jacek. Los años que habían pasado escapando hacia un palacio de ladrillos del que su hija ahora quería marcharse. Todo se había mezclado para formar una rabia inservible que estaba tan caliente como una soldadura.

—¿Va todo bien? —preguntó Jacek.

—Tu madre y yo estábamos hablando.

—No pertenecemos a este lugar —continuó Lucia como si Jacek no estuviese ahí, como si aquella conversación de adultos pudiese continuar a pesar de la presencia del niño—. Es lo que queremos creer, pero todavía no es así.

—Lo será.

6

Elvi

Elvi estaba sentada en una pradera alta con las piernas extendidas frente a ella y lo observaba todo con tranquilidad. Los análogos de las plantas, si es que a esas cosas se las podía llamar plantas, se elevaban sobre ese suelo seco y beis y se retorcían hacia la luz del sol. Las más altas medían poco más de medio metro y tenían una parte superior lisa y corrugada que se movía para seguir al astro y resplandecía de un color verde iridiscente como el del caparazón de un escarabajo. Una suave brisa mecía los tallos y refrescaba las mejillas de Elvi. No se movió. A cuatro metros, oyó el murmullo de un lagarto mimo.

En esta ocasión, el murmullo de respuesta estaba más cerca. Elvi intentó no dar saltos de emoción. Quería hacer aspavientos y gritar de alegría, pero se quedó quieta como una roca. La presa se acercó más. Era del tamaño de un gorrión y tenía una franja de algo parecido a plumas o a pelo muy grueso que le recorría los costados. Contaba con seis patas largas y desgarradas que terminaban en un doble garfio. Elvi quería imaginarse que eran dedos, pero no había visto a ninguna de esas pequeñas cosas usar los garfios para manipular nada. Volvió a oír el murmullo, un resoplido tenue y gutural a medio camino entre un canto de paloma y una pandereta. El lagarto mimo esperó un momento sin dejar de mirar al pequeño animal con sus amplios ojos. Elvi vio como al lagarto le temblaba el costado, una agitación casi imperceptible que recorría lo que parecían las escamas de su piel.

El lagarto abrió la mandíbula con la presteza de una bala, y una masa de carne húmeda y rosada salió disparada de ella. La presa no tuvo tiempo ni a chillar cuando el estómago invertido del animal la tiró al suelo. Los puños de Elvi se agitaron de la emoción al ver al lagarto mimo retrotraer sus órganos internos a lo largo de la tierra seca. La presa estaba muerta o paralizada,

adherida a esa carne rosada. El estómago también estaba lleno de polvo y piedrecillas. La masa terminó por llegar hasta la mandíbula demasiado grande del lagarto, que empezó el largo proceso mediante el que devolvía aquel mejunje al interior de su cuerpo. Gracias a sus observaciones anteriores, Elvi sabía que el cuerpo vacío del lagarto mímico tardaría casi una hora en volver a llenarse. La mujer se levantó, se sacudió la tierra y se marchó cojeando.

Todavía tenía el pie en el yeso que le habían puesto aquella terrible primera noche. El dolor del hueso roto ya era poco más que una leve molestia, un incordio más que un problema, pero el yeso hacía que moverse fuese una contrariedad. Abrió el zurrón, la tela cuadriculada le hizo cosquillas en los dedos y metió con suavidad en él al pequeño lagarto, que aún se estaba alimentando. La criatura lo miró desconfiada. Normal.

—Lo siento, pequeño —dijo Elvi—. Es por el bien de la ciencia.

Cerró el zurrón y activó la secuencia de recolección. El lagarto murió al instante, y empezó la secuencia de análisis interno que iba a catalogar las estructuras macroscópicas del cuerpo del animal gracias a unas agujas muy finas que se clavarían en el cadáver para reunir muestras de los tejidos y subir los datos al sistema del zurrón. Cuando volviera a su pequeña caseta y sacara los cadáveres para almacenarlos y catalogarlos, su ordenador ya podría modelar el lagarto mímico y su presa, terabytes de información listos para subir a la *Edward Israel* y, desde allí, a los laboratorios de la Luna. La señal tardaría unas pocas horas para atravesar la distancia que ella había tardado dieciocho meses en recorrer, pero cuando pasase ese tiempo, ella y su grupo de trabajo serían las únicas personas entre los miles de millones de humanos repartidos por todos los planetas que conocerían los secretos de ese pequeño ser. De habersele aparecido Dios para ofrecerle a cambio la Biblioteca de Alejandría, hubiese rechazado la oferta.

Mientras bajaba a trompicones la ligera cuesta que llevaba a su caseta, vio cómo el pueblo minero se extendía a su alrededor. Era pequeño. Contaba con dos calles paralelas que tenían un hueco en el medio que hacía las veces de plaza principal. Los edificios estaban fabricados a duras penas con los suministros que habían traído y con lo que habían podido encontrar en la superficie del planeta. Todo tenía unos ángulos un tanto irregulares, como si se hubiesen dispuesto al azar. Elvi estaba acostumbrada a la arquitectura rectilínea de los lugares en los que el espacio era muy preciado, pero eso era algo que allí no era necesario y que convertía al pequeño asentamiento en un lugar más orgánico, como si hubiese crecido de la tierra.

Fayez estaba sentado en el pequeño porche que había por fuera de la caseta de Elvi. Tenía la piel más oscura debido a las semanas que habían pasado desde el accidente. El estudio hidrológico preliminar los había tenido a él y a muchos más del equipo en el exterior durante casi dos semanas.

—¿Sabes lo que me encanta de este planeta? —preguntó Fayez en lugar de saludar.

—¿Nada?

El hombre frunció el ceño y fingió que Elvi había herido sus sentimientos.

—Me encanta el periodo de rotación. Es de treinta horas. Uno puede trabajar un día completo, emborracharse en la taberna y encima dormir a rienda suelta. No sé por qué no se nos había ocurrido algo así en casa.

—Tiene sus ventajas —accedió Elvi al tiempo que abría la puerta y entraba en la caseta.

—Eso quiere decir que llevamos aquí unas seis semanas si lo medimos a la manera antigua —continuó Fayez—, y gracias a Dios que no acabamos en uno de esos parecidos a peonzas en los que se pone el sol cada seis horas. Eso sí, ojalá pudiésemos hacer algo con la gravedad.

El lugar contaba con una única habitación de cuatro por seis metros en la que había una cama, una ducha, un retrete, una cocinilla y una estación de trabajo. Cuando dejó el zurrón en la unidad de archivo, le llamó la atención lo importante que era para su trabajo deducir cosas solo por el diseño. Nada más ver los ojos saltones del lagarto mimo, Elvi había dado por hecho que se trataba de un depredador. Todos los que mirasen su caseta se darían cuenta de que se había montado con la idea de que el espacio era muy valioso. Todas las cosas tenían una función muy concreta. Eso era lo que más le atraía de la evolución. Se miró en el espejo que había sobre el pequeño lavabo. Tenía la piel cubierta de una ligera capa de polvo beis, como si fuese base de maquillaje.

—Esto no me gusta nada —dijo mientras se limpiaba las mejillas con una toallita húmeda.

—Míralo por el lado bueno —respondió Fayez—. Por ahora solo han intentado matarnos una vez.

—A nosotros.

—Ahí te he visto rápida —dijo antes de hacer una mueca al recordar a todos los que habían muerto.

Habían incinerado al gobernador Trying y al resto de las víctimas del accidente. Eran las primeras muertes de aquel mundo a excepción de un

lugareño que había llegado con un cáncer de huesos incurable. Y sin duda también habían sido los primeros asesinatos.

Pero después de eso, la gente del lugar había sido muy amable con ellos. Lucia Merton, la doctora que los había ayudado después del accidente, había seguido el tratamiento de cada uno de los supervivientes. Un cinturiano de Ceres llamado Jordan le había llevado a Elvi comida que su pareja había cocinado para los heridos. El párroco la había invitado a las misas que se realizaban en el templo del lugar. Todo parecía indicar que los habitantes de Nueva Terra eran personas amables y atentas de verdad, pero alguien había asesinado al gobernador y a casi una docena más.

El campamento de ECR estaba ubicado al sur del pueblo.

Incluyendo a Elvi y a Fayez, al menos la mitad de los empleados de ECR que se encontraban en la superficie habían decidido acudir a las reuniones comunales. El resto estaba ocupado con el trabajo o gravemente herido todavía. De no haber sentido que era parte de su trabajo educarlos a todos para advertir sobre los peligros de la contaminación, Elvi también se hubiese quedado en la caseta.

La mayor parte del personal de ECR eran científicos que realizaban trabajos de campo. Tenían ropa cómoda, ella incluida. Los únicos que llevaban trajes formales eran los del equipo de seguridad. Hobart Reeve, la mano derecha de Murtry, dirigía a tres guardas armados con uniformes de ECR que les daban un aire a policías o militares. Ellos no estaban en la lanzadera pesada cuando explotó, pero habían llegado en una ligera muy poco después. Cuando ECR había prohibido que bajase más personal a la superficie hasta que no llegara el observador de la ONU, Reeve se había puesto a investigar lo que él siempre llamaba «el incidente».

El centro social se encontraba en uno de los márgenes de la plaza del pueblo, justo frente a la tierra y los ladrillos que formaban el templo. Lo único que diferenciaba a ambos edificios era la colección de imaginería religiosa que tenía el templo en los socarrenes.

Las sillas estaban fabricadas con carenaje industrial y asientos de colisión modificados. Si el lugar se hubiese encontrado en una zona más templada del planeta, seguro que habría más flora que usar, algún análogo de la madera. Pero allí era donde el litio se encontraba más cerca de la superficie, y el litio era lo que hacía prosperar a la comunidad. La humanidad se había asentado en esos veinte kilómetros cuadrados como un microorganismo que se mueve por un gradiente de concentración.

Elvi se sentó al fondo con el resto de los empleados de ECR, a excepción de Reeve y el servicio de seguridad, que se colocaron más cerca con los lugareños. Vio como todos se separaban sin mediar palabra. Nadie los había obligado. Michaela, una física atmosférica, estaba sentada junto a ella con una sonrisa en el gesto. Anneke y Tor, geoingenieros, estaban al otro lado cogidos de la mano. Fayez se encontraba en el asiento de detrás y hablaba con Sudyam, que había descendido en la primera lanzadera ligera de después del accidente. Del incidente. Del ataque. Anneke se inclinó hacia Tor y murmuró algo. El hombre se ruborizó y asintió con demasiada energía. Elvi intentó ignorar el tonto sexual.

La alcaldesa de Primer Aterrizaje era una marciana de rasgos toscos con mucho acento y pelo cortado a tijera que se llamaba Carol Chiwewe, pero allí se le llamaba coordinadora, no alcaldesa. Había convocado la reunión para organizar cosas, y Elvi sintió que el corazón cada vez empezaba a latirle con más fuerza. Los cinturianos eran los que habían preparado el orden del día, por lo que empezaron a tratar asuntos que eran más importantes para ellos que para Elvi o ECR: el calendario de mantenimiento de los sistemas de purificación de agua, plantearse aceptar un crédito de un banco financiado por la APE que les ofrecía condiciones desfavorables o esperar a conseguir los beneficios del primer cargamento de litio e intentar vender mejor el siguiente. Todo se hablaba con calma y respeto. Elvi no sabía si sentían rabia, miedo o ganas de matar, pero en caso de ser así lo ocultaban muy bien.

Llegó el turno de Reeve, quien se dirigió sin demora hacia el frente. Tenía los labios apretados y una sonrisa forzada.

—Gracias por invitarnos a hablar, señora coordinadora —dijo—. Nos han confirmado que el observador independiente está de camino con una comitiva de la ONU, la República Congresual de Marte y la APE para ayudar en el desarrollo de la colonia. Esperamos tener controlados los problemas de seguridad antes de que lleguen.

—Esperamos haber ahorcado a los malos antes de que llegue alguien que nos pueda ordenar que no lo hagamos —tradujo Fayez en voz muy baja para que Elvi fuese la única que lo oyese.

—Hemos conseguido identificar los explosivos que se usaron en el ataque y estamos investigando a los individuos que tienen acceso a ellos.

—No tenemos ni pajolera idea de quién lo ha hecho y, como son unos paletos que guardan los explosivos de minería en un cobertizo que no está cerrado con llave, vamos a tardar mucho en descubrirlo.

—Como bien sabrán, la situación es muy grave, pero Energías Carta Real está comprometida con el éxito de esta colonia por el bien de sus empleados y de la comunidad. Esto nos afecta a todos, y mi puerta siempre está abierta para todo el que tenga preguntas o cualquier tipo de problemas. Esperamos ser capaces de ofrecerles la misma amabilidad y ayuda que ustedes nos han obsequiado desde que llegamos.

—Como no tenemos nada, nos encantaría que si alguno de ustedes sabe quién colocó las cargas, nos lo dijera. Intenten también no asesinarnos mientras dormimos, por favor. Muchas gracias.

Sudyam tosió para ocultar la risa, y Fayez esbozó una sonrisa. Al otro lado de la estancia, Reeve asintió y se dirigió a su asiento. La coordinadora se levantó y miró hacia el fondo. A Elvi le dieron unas ganas tremendas de orinar de repente.

—¿Doctora Okoye? —dijo la coordinadora—. ¿Le gustaría dedicarnos unas palabras?

Elvi asintió y se levantó. Tenía que recorrer unos diez metros y lo hizo con los nervios a flor de piel. El calor que emanaba de los cuerpos de la multitud empezó a parecerle opresivo, y el olor a sudor y tierra, apabullante. Notó la lengua pastosa y correosa, pero consiguió sonreír. Había unas doscientas personas sentadas delante de ella, mirándola con los ojos muy abiertos. El corazón le latía con tanta fuerza que empezó a cuestionarse si había oxígeno suficiente en la estancia. Recordó que alguien le había aconsejado mirar a algún conocido entre el público e intentar pensar que hablaba solo con él. En la cuarta fila de la izquierda, vio que Lucia Merton estaba sentada con las manos cruzadas sobre el regazo. Elvi sonrió y la mujer le devolvió la sonrisa.

—Solo quería robarles un minuto —dijo Elvi— para explicarles maneras de limitar la contaminación cruzada con el entorno. Ya que han perdido la cúpula, ¿verdad? La cúpula de aislamiento.

Lucia estaba seria. Elvi miró de soslayo al resto del público y luego se arrepintió de haberlo hecho.

—Parte... Esto... Parte del acuerdo de ECR con la ONU era que realizáramos un estudio medioambiental completo. Nos encontramos en la segunda biosfera que la humanidad ha tenido la posibilidad de estudiar y hay muchas cosas que no conocemos, por lo que cuanto mejor la conservemos, mejor seremos capaces de comprenderla. Lo ideal sería estar en un entorno cerrado en la superficie, sellado como una nave. Con esclusas de aire, salas de descontaminación y...

Había empezado a balbucear. Sonrió con la esperanza de que alguien le devolviese la sonrisa. Nadie lo hizo. Tragó saliva.

—Cada vez que respiramos, metemos en nuestro cuerpo una gran cantidad de microorganismos desconocidos. Y aunque tengamos proteomas diferentes, no dejamos de ser grandes masas de agua y minerales. Tarde o temprano, una de esas especies indígenas va a encontrar la manera de aprovecharse de ello. También ocurre lo mismo al contrario. Cada vez que defecamos, introducimos miles de millones de bacterias en el entorno.

—¿Así que ahora nos va a enseñar a cagar? —se oyó preguntar a un hombre.

Elvi sintió el calor repentino del rubor en el cuello y las mejillas. Hasta la expresión de Lucia había pasado a ser fría y distante, y la mujer tenía la vista fija en el horizonte.

—Solo quería hacerles saber que si queríamos hacer las cosas bien teníamos que haber preparado un entorno estéril y protegido y que no hubiésemos podido recorrer las ruinas ni cultivar nada, porque...

—O sea, que según usted lo hemos hecho todo mal —dijo el hombre que estaba sentado junto a Lucia. Era grande, tenía canas en las sienes y en la barba y también hacía gala de un gesto iracundo permanente—. Pero da la casualidad que usted no es la que toma esas decisiones.

—Entiendo que nos enfrentamos a una situación complicada —respondió Elvi con un tono de voz cada vez más desesperado—, pero ya estamos todos viviendo en esta gigantesca placa de Petri y tengo una lista de pequeños sacrificios que todos podríamos hacer para que, desde un punto de vista científico...

El hombre que estaba junto a Lucia Merton se inclinó hacia delante de improviso con los puños apretados y la miró con la expresión de un depredador.

—Yo ya he sacrificado cosas por la ciencia —dijo con un tono de voz que parecía el preámbulo de una situación cargada de violencia.

Lucia lo agarró por la muñeca para evitar que se abalanzara, pero el desdén del hombre se había contagiado por todo el lugar. Empezó a oírse cómo los cuerpos se agitaban en sus asientos y el murmullo de las voces que empezaban a hacer comentarios.

«Seguro que el asesino de Trying está por aquí —pensó Elvi—. Pero ¿qué coño hago yo aquí?», razonó poco después.

Carol Chiwewe se levantó con expresión afligida. Abochornada por el comportamiento de Elvi.

—Quizá sea mejor que vuelva en otro momento, doctora Okoye —dijo—. Se ha hecho tarde y la gente está cansada, *ne*?

—Sí —murmuró Elvi—. Sí, por supuesto.

La vergüenza bullía en su interior, se dirigió hacia su asiento, siguió caminando, salió a la noche cerrada y avanzó sola hacia su caseta. El calzado resonó entre la gravilla y la tierra. Hacía frío y olía a que estaba a punto de llover. Estaba a mitad de camino, bajo el cielo oscuro iluminado por las estrellas, cuando una voz hizo que se detuviese.

—Siento lo de mi padre.

Elvi se giró. La chica era poco más que un borrón más oscuro en la noche. Una sombra más sólida. Elvi dio las gracias porque no se tratase de la voz de un hombre.

—No pasa nada —respondió—. Creo que no me ha salido muy bien.

—No, el problema es de él —dijo la chica, acercándose un poco—. Con él ahí es imposible que te hubiese salido bien. Mi padre no es el mismo desde la muerte de mi hermano.

—Vaya —dijo Elvi. Luego añadió—: Lo siento.

La chica asintió, se movió un poco y luego una luz verde pálido que alumbraba poco más que una vela se iluminó en la palma de su mano y proyectó sombras en la cara de la chica. Era bonita como muchas jóvenes, pero Elvi llegó a la conclusión de que cuando creciera sería igual de guapa que su madre.

—Eres la hija de la doctora Merton —afirmó Elvi.

—Felcia —dijo la chica.

—Encantada de conocerte, Felcia —dijo Elvi.

—Puedo acompañarte a casa si no tienes luz.

—No tengo —comentó Elvi—. Debería haber traído una.

—Es algo que se suele olvidar —dijo la chica para quitarle hierro al asunto. Elvi trotó un poco para seguirle el ritmo. Caminaron en silencio unas decenas de metros, y Elvi sintió como si la chica se preparase para decir algo. Una confesión o una amenaza. Algo peligroso. Esperó que no fuera más que su paranoia, pero sabía muy bien que no se debía a eso.

Cuando la chica habló al fin, lo hizo con una voz cargada de anhelo y desasosiego que le transmitió las últimas palabras que Elvi esperaba oír.

—¿Qué se siente al ir a una universidad de verdad?

Holden

«Debería sonar una fanfarria», pensó Holden.

Atravesar un anillo que llevaba a otro sistema planetario que se encontraba a media galaxia de la Tierra debería ser un momento sobrecogedor. Debería traer consigo trompetas, alarmas atronadoras o caracas fijadas en las pantallas. Pero no se parecía en nada a eso. No había ninguna prueba física de que la *Rocinante* había saltado cincuenta años luz por el espacio. El único cambio era que el espeluznante núcleo sin estrellas había sido reemplazado por el firmamento desconocido de un nuevo sistema planetario. En cierto sentido, que le resultara tan familiar lo volvía aún más extraño. Un agujero de gusano debería tener el aspecto de un vórtice de luz y energía gigantesco y turbulento, no ser un gran anillo de algo parecido al metal con unas estrellas diferentes al otro lado.

Resistió el impulso de activar la alarma general para darle algo más de tensión al momento.

La nueva estrella era poco más que un tenue punto blanco y amarillento que no se diferenciaba mucho del Sol cuando se veía desde el anillo que se encontraba más allá de la órbita de Urano. Contaba con cinco planetas interiores rocosos, un gigante gaseoso enorme y varios planetas enanos que orbitaban por el exterior de donde se encontraba el Anillo. El cuarto de los planetas interiores, que estaba justo en el centro de la zona Goldilocks, era Ilo. Nueva Terra. Sonda Bering Cuatro. Contrato número 24771912-F23 de ECR. Tenía muchos nombres.

Nombres que eran demasiado simples para lo que era en realidad. El primer hogar de la humanidad que orbitaba alrededor de una estrella alienígena. Los humanos seguían encontrando la manera de hacer que los extraordinarios acontecimientos de los últimos tiempos siguiesen pareciendo

cosas mundanas. Dentro de unas décadas, cuando todos los planetas ya se hubiesen explorado y colonizado, el núcleo y los anillos no serían más que una carretera de paso a la que nadie le prestaría la más mínima atención.

—Vaya —exclamó Naomi con admiración y los ojos abiertos como platos mirando la estrella de Ilo en la pantalla. Holden sintió una oleada de cariño hacia ella.

—Estaba pensando lo mismo —dijo—. Me alegro por no ser el único. Abrió un canal a la cabina.

—A las buenas —saludó Alex.

—¿Cómo de rápido puedes llevarnos a ese lugar?

—Muy rápido, si no os importa sentir una buena brisa en la cara.

—Venga, mete un acelerón y vamos a embarrarnos un poco —dijo Holden con una sonrisa.

—Con un buen acelerón estaremos en esa roca dentro de unos setenta y tres días.

—Setenta y tres días —repitió Holden.

—Bueno, setenta y dos coma ocho.

—Joder, el espacio es demasiado grande —afirmó Holden cambiando su sonrisa por un suspiro.

Cuando llevaban cinco horas acelerando, empezaron a llegar los mensajes. Holden le dijo a Alex que redujera para estar a un tercio de g durante la cena, y reprodujo la primera grabación en la pantalla de la cocina mientras ayudaba a Amos a hacer pasta.

Un hombre anciano de piel negra y pelo gris los miraba desde ella. Tenía los rasgos enjutos y el cráneo alargado de un cinturiano, y también un poco de acento de Ceres.

—Capitán Holden —saludó nada más empezar la grabación—. Fred Johnson nos ha notificado de su llegada y quería agradecerle su ayuda. Me llamo Kasim Andrada y soy el capitán del carguero independiente *Barbapiccola*. Deje que lo ilustre con la situación actual.

—Esto va a estar interesante —gruñó Amos mientras tiraba los espaguetis humeantes en un escurridor. Holden le pasó el cazo de salsa roja que había estado removiendo y luego se apoyó en la encimera para ver el resto del vídeo.

—Desde hace dos meses, la colonia al fin ha conseguido poner en funcionamiento el proyecto minero. Durante ese tiempo, hemos sacado

cientos de toneladas de mineral de nuestra excavación. Con los niveles de pureza que hemos encontrado, es probable que después del refinamiento acabemos con casi una docena de toneladas de litio. Suficiente para comprar equipo, medicinas, tierra y semillas, todo lo que la colonia necesita para asentarse de verdad en este lugar.

Naomi entró en la cocina tocando con rabia su terminal portátil.

—Huele bien, yo... —Se quedó en silencio cuando vio que el vídeo se estaba reproduciendo y se sentó a verlo.

—La *Edward Israel* —continuó el capitán Andrada— afirma que no nos permitirán dejar la órbita del planeta hasta que haya terminado el procedimiento de arbitraje. Carta Real afirma que ellos son los propietarios del litio a menos que las autoridades digan lo contrario. Una de nuestras prioridades principales será conseguir que la *Israel* levante el bloqueo y nos deje llevar el litio a las refinerías de Palas, donde ya hay compradores esperando.

—Ajá —dijo Amos al tiempo que tiraba la pasta y la salsa en un cuenco más grande y lo dejaba sobre la mesa—. ¿Y esa también es nuestra prioridad?

Holden pausó la reproducción.

—Ha parecido una orden, ¿verdad?

—Es de la APE —respondió Naomi—. Cree que tu misión aquí es ser portavoz de Fred Johnson.

—Este tío va a conseguir que me siente mal la comida —dijo Holden mientras apagaba la pantalla—. Veré el resto de esta mierda después de comer.

Al día siguiente, había una cola de cinco mensajes más esperando ser vistos. El capitán de la *Edward Israel*, un anciano terrícola llamado Marwick que tenía un cabello pelirrojo y resplandeciente y acento británico, exigió que Holden impusiera las directrices del contrato de ECR y desactivase los motores de la *Barbapiccola* si la nave intentaba salir del sistema. Fred le envió ánimos y también un recordatorio de que Avasarala no dejaba de amenazarle con lo que ocurriría si la cagaban con la misión. Tres agencias de noticias diferentes le pidieron entrevistas al volver, y entre ellas había una solicitud de Monica Stuart para hacerle una en directo.

Miller lo miraba todo por encima de su hombro hasta que Naomi entró en la habitación y el inspector desapareció en una explosión de chispas azuladas.

—Creo que le gustas a Monica —dijo Naomi con una sonrisa en el gesto, luego se lanzó en el asiento de colisión doble que usaban como cama—. Alex va a volver a acelerar dentro de doce minutos y ya tengo ganas de morirme.

—Monica flirtearía hasta con un lagarto para conseguir una buena entrevista. Dile a Alex que nos dé media hora más para tener tiempo de responder algún mensaje, tengo la pistola bien cargada.

Naomi se incorporó con un gruñido.

—Yo iré a por café mientras te preparas para el tiroteo.

—No te vayas —pidió Holden al tiempo que extendía la mano para agarrarla por el brazo—. No quiero grabar los mensajes con Miller respirándome en la nuca.

—Está en tu cabeza —afirmó Naomi, pero a pesar de todo se volvió a sentar—. No aparecerá en las grabaciones.

—¿Crees de verdad que voy a estar menos nervioso sabiendo eso?

Naomi reptó por la cama, se acurrucó contra él y le puso la cabeza en el pecho. Holden le agarró un rizo, y ella soltó un suspiro largo y contenido.

—Me gustan los viajes largos cuando no tenemos que pegar estos acelerones quebrantahuesos —comentó Naomi—. Cuando lo único que tenemos que hacer es leer, oír música y quedarnos en cama todo el día. Que seas famoso es un peñazo.

—También es la razón por la que se podría decir que ahora somos ricos.

—Podríamos vender la nave y volver a conseguir un trabajo en Pur & Limp. Volver a la ruta de hielo de Saturno...

Holden se quedó en silencio mientras jugueteaba con el pelo de la mujer. No era una sugerencia seria. Ambos sabían que era imposible que volviesen a ser lo que eran antes. Él, segundo de a bordo, y ella, jefa de ingeniería de un carguero de hielo que no le importaba a nadie en todo el universo a menos que llegase tarde a una entrega. Personas anónimas que vivían vidas anónimas. ¿Volvería la gente a necesitar Pur & Limp ahora que habían encontrado miles de mundos llenos de aire y agua?

—¿Estarás bien sin mí ahí abajo? —preguntó Naomi.

Los colonos cinturianos de Ganímedes habían pasado meses en la *Barbapiccola* preparándose para aterrizar en Ilo. Trabajando a un g hasta arriba de hormonas de crecimiento muscular y óseo hasta que sus cuerpos fuesen capaces de soportar la fuerza de gravedad del planeta, que era un poco mayor a la de la Tierra. Naomi no tenía el tiempo ni las ganas de cambiar drásticamente su fisiología para este trabajo en particular. Holden le había dicho que le habría venido bien para bajar con él a la Tierra en el futuro, pero

ella había respondido que nunca iba a descender a la Tierra, pasara lo que pasase. Lo habían dejado ahí, pero era algo que seguía carcomiéndole por dentro.

—No, no lo estaré —dijo, y decidió no seguir con aquella discusión—. Pero es lo que hay.

—Amos cuidará de ti.

—Genial —afirmó Holden—. Vamos a aterrizar justo en mitad del problema más tenso que hay ahora mismo en dos sistemas planetarios y, en vez de ir con la persona más inteligente que conozco, voy con el tío más propenso a empezar una pelea de taberna.

—Puede que también lo necesites —dijo Naomi mientras recorría las cicatrices recientes que habían aparecido en el cuerpo de Holden durante los últimos años. Se detuvo en una mancha negra que tenía en el vientre—. ¿Has dejado de tomarte la medicación para el cáncer?

—Lo hago todos los días. —«Durante el resto de mi vida», añadió en su mente.

—Dile al doctor que tengan ahí abajo que te mire esto cuando aterrices.

—Muy bien.

—Te están usando —dijo Naomi como si llevasen un rato hablando del tema.

—Lo sé.

—Saben que todo se va a ir al traste. Que no hay solución posible y que decantarse dejará a alguien muy enfadado y muy vendido. Esa es la razón por la que te envían a ti. Eres el mejor chivo expiatorio. Te han contratado porque saben que no vas a ocultar nada, pero esa es la misma razón por la que les será muy fácil culparte del fracaso inevitable al que están abocadas las negociaciones.

—Si pensase que es inevitable no hubiese aceptado el trabajo —afirmó Holden—. Y sé que me han contratado por lo que comentas. No lo han hecho porque yo sea el más adecuado. Pero tampoco soy el idiota que creen que soy. Diría que he aprendido unos buenos trucos.

Naomi extendió la mano y le tiró de un mechón de pelo de las sienes. Antes de que pudiese quejarse, la mujer lo sostuvo delante de sus ojos. Era gris, como ceniza húmeda.

—Perro viejo —dijo.

El vuelo a Ilo fue más agotador en muchos sentidos que los largos periodos a muchos g. Cada vez que la *Rocinante* reducía la aceleración para comer y realizar el mantenimiento, Holden tenía decenas de mensajes esperando ser vistos y respondidos. El capitán de la *Edward Israel* se había puesto cada vez más exigente para que Holden amenazase al capitán de la *Barbapiccola*. Los colonos y sus compatriotas cinturianos que estaban en órbita cada vez exigían con más insistencia para levantar el bloqueo de la nave. Ambos bandos acusaban al contrario de estar escalando el conflicto, aunque, para Holden, el hecho de que los colonos fuesen los únicos que por el momento habían derramado sangre les quitaba mucha razón.

Afirmaban que la venta de litio era lo único que podía llegar a convertirlos en una colonia viable y que bloquear el cargamento era lo mismo que dejar que se muriesen de hambre, un argumento muy convincente. ECR no había dejado de insistir en que tenían un contrato con la ONU que les daba los derechos de explotación minera y que ese cargamento de litio que había en órbita les pertenecía.

—Miles de nuevos mundos por explorar y seguimos peleándonos por los recursos —dijo Holden a nadie en concreto después de recibir un mensaje particularmente largo y airado de los abogados de ECR que había en la *Israel*.

Alex, que vagueaba en un puesto cercano del centro de mando, le respondió a pesar de todo.

—Bueno, supongo que hay que considerar el litio como un bien raíz. Es algo que no se puede crear de la nada.

—Has oído lo que he dicho sobre los miles de mundos, ¿verdad?

—Quizá haya litio en algunos, pero también puede que no lo haya. Y sabemos con seguridad que aquí sí hay. La gente solía pensar que era lícito pelearse por el oro y ahora sabemos que se crea con cada supernova, lo que significa que es muy probable que todos los planetas que orbiten alrededor de una estrella G2 tengan un poco. Pero las estrellas consumen el litio a la misma velocidad que lo crean, por lo que todo el mineral disponible se creó durante el Big Bang, y te digo yo que no vamos a volver a ver uno de esos. La fiebre del litio, amigo mío.

Holden suspiró y movió un conducto de aire para que le diese en la cara. La fría brisa de los recicladores le hizo sentir un cosquilleo en el cuero cabelludo. En la nave no hacía calor. Aquel sudor era fruto del estrés.

—Es que somos muy estrechos de miras.

—¿Te refieres a nosotros? —dijo Alex exagerando su acento para que sonase más gracioso.

—Una nueva frontera se ha abierto ante nosotros. Detrás de cada puerta, tenemos la oportunidad de crear una nueva sociedad con riquezas incalculables. Pero hemos descubierto que hay un tesoro en este mundo, así que en lugar de pensar en la manera de dividirnos la maldita galaxia, nos peleamos por las primeras migajas que encontramos.

Alex asintió, pero no dijo nada.

—Me da la impresión de que vamos a llegar tarde —continuó Holden un momento después—. Me preocupa que cuando aterricemos estén todos tan enrocados en sus posiciones que no podamos hacer nada para solucionarlo.

—Vaya —empezó a decir Alex, antes de reír—. ¿De verdad crees que vamos a poder ayudarlos?

—Creo que yo puedo hacerlo. Estaré en ingeniería si alguien me necesita.

—Una hora para el acelerón —anunció Alex cuando ya se había dado la vuelta.

Holden le dio una patada al sello de la escotilla de la cubierta, que se abrió con un siseo. Bajó por la escalerilla, atravesó la cubierta de la tripulación y llegó al taller, donde Amos parecía estar desmontando algo muy complejo sobre una de las mesas de trabajo. Holden lo saludó con la cabeza y abrió de un puntapié la última de las escotillas para entrar en la sala del reactor. Amos le dedicó una mirada inquisitiva, pero Holden se limitó a negar con la cabeza y el mecánico volvió a lo suyo sin siquiera encogerse de hombros.

Cuando la escotilla se cerró a su paso, la sala resplandeció con un brillo azulado. Holden se deslizó por la escalerilla hasta la cubierta y luego se apoyó en la pared.

—¿Qué tal? —saludó Miller, que salió de detrás del reactor que dominaba el centro de la estancia, como si hubiese estado ahí esperando a que llegase Holden.

—Tenemos que hablar —dijo Holden.

—Esa frase es mía. —El inspector le dedicó su sonrisa de triste sabueso.

—Estamos haciendo lo que querías. Hemos atravesado un anillo para llegar a otro de los sistemas. Supongo que serás capaz de llegar al planeta y echar un vistazo gracias a mí.

Miller asintió, pero no dijo nada.

«¿Cuánto de lo que estoy a punto de decirle sabe de antemano? ¿Cómo de predictivo es el modelo cerebral que esas cosas han creado de mi persona?».

Holden llegó a la conclusión de que hacerse esas preguntas solo lo llevaría a perder la cordura.

—Necesito saber dos cosas —afirmó Holden—. Si no, este viaje terminará aquí y ahora.

—Muy bien —respondió Miller haciendo un gesto de indiferencia con las manos.

—Lo primero, ¿cómo es que me sigues adondequiera que voy? La primera vez apareciste en esta nave después de lo de Ganímedes y desde entonces te he visto en todas partes. ¿Estoy infectado? ¿Es así como consigues ser omnipresente para mí? He atravesado dos puertas y aun así no he conseguido dejarte atrás, así que una de dos: o estás dentro de mi cabeza o eres un fenómeno que afecta a toda la galaxia. ¿Cuál de ellas?

—Bueno —dijo Miller al tiempo que se quitaba el sombrero y se frotaba el pelo corto—, te equivocas con ambas. La respuesta a la primera pregunta es que vivo aquí. Durante el incidente de Ganímedes, un nombre estúpido en mi opinión, la protomolécula dejó un nódulo local en esta nave.

—Un momento, ¿me estás diciendo que hay mejunje de protomolécula en la *Roci*? —preguntó Holden intentando contener el pánico. Si Miller quisiese hacerle daño, tenía los medios para conseguirlo, así que ya habría ocurrido.

—Sí —respondió el inspector repitiendo el gesto con las manos como si no fuese muy importante—. Tuvisteis un polizón, ¿recuerdas?

—Dirás que entró en la nave un monstruo mitad humano que estuvo a punto de matarnos a Amos y a mí —imprecó Holden—. Monstruo que vaporizamos gracias al penacho del motor.

—Sí, ese mismo. Para serte sincero, ese no estaba ejecutando un programa muy coherente, pero al menos le quedaba lo suficiente de las antiguas órdenes como para dejar algo de material en la nave. No es lo que tú llamarías un organismo vivo, pero sí suficiente como para mantener la conexión entre los sistemas de procesamiento de la Estación Anular y tu nave.

—¿Habéis infectado la *Roci*? —dijo Holden con un arrebató breve y repentino de rabia y miedo.

—Yo no lo llamaría así, pero bueno. Como quieras. Eso es lo que me permite seguirte —dijo Miller. Luego frunció el ceño—. ¿Cuál era la otra pregunta?

—Todavía no tengo muy claro que hayamos terminado con la primera —dijo Holden.

—Estáis a salvo. Os necesitamos.

—¿Y cuando ya no sea así?

—Entonces nadie estará a salvo —respondió Miller con un inquietante brillo azulado en la mirada—. Así que deja de obsesionarte. ¿Segunda

pregunta?

Holden se sentó en la cubierta. No quería preguntarle a Miller si estaba dentro de su cabeza porque le aterraba que la respuesta fuese que estaba infectado. El hecho de no estarlo pero que fuese la nave la que lo estaba en su lugar era al mismo tiempo un alivio y una nueva fuente de preocupación.

—¿Qué vamos a encontrarnos en Ilo? ¿Qué es lo que buscas?

—Lo mismo de siempre. Al responsable —dijo Miller—. Al fin y al cabo, algo acabó con la civilización que construyó todo esto.

—¿Y cómo sabremos que lo hemos encontrado?

—Bueno —dijo Miller. La sonrisa se le borró de la cara. Se inclinó hacia Holden y el olor a cobre y acetato inundó el aire, o quizá solo sus sentidos—. Lo sabremos.

8

Elvi

Las tormentas de arena solían empezar después de mediodía y durar hasta poco después de que se hubiese puesto el sol. Empezaban con una calma que parecía venir del horizonte occidental. Luego, los pequeños análogos de las plantas de la llanura que había detrás de su caseta plegaban las superficies fotosintéticas para formar unas arrugas minúsculas parecidas a boquitas verdes cerradas tras probar un limón y, veinte minutos después, la ciudad, las ruinas y el cielo desaparecían tras una oleada de arena seca.

Elvi estaba sentada en su escritorio, Felcia al pie de la cama y Fayez tenía la espalda apoyada en el cabezal.

Felcia se había convertido en una visitante muy regular y se dedicaba a conversar con Elvi, Fayez o Sudyam. A Elvi le gustaba su compañía. Conseguía que la división entre el pueblo y los equipos de ECR fuese... no menos real pero sí menos espantosa. Permeable.

Pero hoy había algo diferente. Felcia parecía más afectada de lo habitual. Quizá se debía a que la nave del mediador de la ONU estaba muy cerca. O quizá fuese el mal tiempo.

—El Sistema Solar solo tiene un árbol de la vida —dijo Elvi haciendo aspavientos como si fuese a aparecer el árbol allí mismo—. Apareció, y toda la vida que conocemos comparte el mismo linaje. Pero no sabemos por qué.

—¿Por qué lo compartimos? —preguntó Felcia.

—Por qué no ha ocurrido otra vez —respondió Elvi—. Solo hay un cristal de Schrödinger. Solo una tabla de codones. ¿Por qué? Si los aminoácidos tenían todos los materiales para formarse, conectarse e interactuar, ¿por qué no hay un esquema que empezara en una poza de marea y luego otro diferente que empezase en otra parte? ¿Por qué no hay más? ¿Por qué la vida solo empezó una vez?

—¿Y cuál es la respuesta? —preguntó Felcia.

Elvi dejó las manos lánguidas. Una ráfaga de viento particularmente fuerte hizo que la gravilla restallara contra el costado de la caseta.

—¿La respuesta a qué?

—A por qué la vida solo empezó una vez.

—Ah, no lo sé. Es un misterio.

—Por la misma razón por la que solo hay un tipo de homínido con pulgar retráctil. Los que aún sobreviven son aquellos que mataron a toda la competencia —respondió Faye.

—Eso es especulación —aseguró Elvi—. No hay nada en los registros de fósiles que indique que hubo más de un principio de la vida en la Tierra. No hay que inventarse cosas solo porque responden a nuestras dudas.

—Elvi está muy cómoda entre misterios —dijo Faye a Felcia al tiempo que le guiñaba el ojo—. Esa es la razón por la que a veces le cuesta tanto relacionarse con los que nos preocupamos por nuestra ignorancia.

—Bueno, no puedes tener respuestas para todo —dijo Elvi con un tono chistoso que ocultaba un atisbo de malestar.

—Imposible. Y mucho menos en este planeta —afirmó Faye—. No hay razón alguna para enviar aquí a un geólogo.

—Estoy segura de que te va bien —dijo Elvi.

—¿A mí? Sí, de maravilla. Es culpa del planeta. No tiene geología alguna. Todo lo que hay ha sido fabricado.

—¿A qué te refieres?

Faye extendió las manos como si les presentase el mundo entero.

—El cometido de la geología es estudiar los patrones naturales. Pues aquí no hay nada natural. Se podría decir que todo el planeta ha sido manufacturado. Por ejemplo, ¿el litio que tu gente está extrayendo? No existe ningún proceso natural que haga que esté tan puro a la hora de sacarlo del suelo. Es imposible. Lo que indica que, al parecer, lo que fuera que construyó las puertas también construyó algo por aquí cerca que hacía que el litio se concentrara en un único punto del planeta.

—Pero eso es maravilloso —exclamó Elvi.

—Maravilloso si te dedicas a la descontaminación industrial, que no es mi caso. Otro ejemplo, ¿las llanuras meridionales? ¿Sabes cuánto han cambiado? Nada. La placa sobre la que se encuentran es igual de plana que una lámina de vidrio. A unos cincuenta *klicks* al sur hay una especie de pulidor tectónico del que no estoy cualificado para decir nada de nada. ¿Esos complejos de túneles?

Sí, son una especie de antiguo sistema de transporte planetario. Pero le he dado vueltas y...

—Necesito una carta de recomendación —espetó Felcia, luego bajó la vista hacia sus manos y se ruborizó. Elvi y Favez intercambiaron una mirada. El viento aulló y luego todo se quedó en silencio.

—¿Para qué? —preguntó Elvi con amabilidad.

—Voy a solicitar una plaza en la universidad —dijo la chica. Hablaba nerviosa, como si las palabras saliesen todas bajo presión y perdiesen fuerza hasta que ella se quedaba en silencio—. Mi madre cree que es muy probable que me acepten. He hablado con el Instituto Adriano de la Luna, y ella ha conseguido que me lleven a Palas dentro de la *Barbapiccola* cuando la nave transporte el mineral, y luego allí compraré un pasaje. Lo único que me falta es la carta de recomendación que se necesita para la solicitud, pero no puedo pedírsela a nadie de aquí porque no se lo hemos contado a papá, y...

—Vaya —dijo Elvi—. Bueno. No lo sabía. La verdad es que tampoco sé cuál es tu desempeño académico...

—¿En serio? —resopló Favez—. Elvi, es una carta de recomendación. No tienes que firmar con sangre. Dale el gusto a la cría.

—Bueno, es que creo que sería mejor si pudiese escribir en ella algo que fuera verdad.

—Cuando yo fui a la universidad me inventé mis cartas de recomendación. Dos de ellas eran de personas inventadas. Nadie las mira.

Elvi se quedó boquiabierta.

—¿Lo dices en serio?

—Eres una mujer increíble, Elvi, pero no sé cómo has llegado a sobrevivir en el mundo. —Favez se giró hacia Felcia—. Si ella no lo hace, lo haré yo. La tendrás mañana por la mañana, ¿te parece?

—No tengo nada para agradecerte el favor —respondió Felcia, aunque ya parecía más calmada.

Favez hizo un gesto para indicar que daba igual.

—Tu gratitud eterna es más que suficiente. ¿Cuál va a ser tu campo de estudio?

La hora siguiente, Felcia habló sobre la carrera médica de su madre, la enfermedad que inutilizaba el sistema inmunológico de su hermano muerto y la regulación de las señales intracelulares. Elvi empezó a darse cuenta de que sin querer había pensado que la chica era más joven de lo que era en realidad. Tenía la complexión alargada y desgarbada y la cabeza grande de una cinturiana, y de alguna manera Elvi había confundido esos rasgos con los de

una persona joven. Felcia hubiese pasado desapercibida sin problema en las zonas comunes de la universidad como estudiante de primer curso. La luz pasó de un color beis a marrón oscuro para luego tornarse en un ocre más oscuro todavía y terminar en la oscuridad total. El viento amainó. Cuando Elvi abrió la puerta de su caseta, el camino estaba cubierto por dos centímetros de polvo muy fino y las estrellas brillaban en el cielo. El aire olía a tierra recién removida. Algún análogo de los actinomicetos, pensó Elvi. Quizá unos que flotaban en el viento. O quizá algo diferente. Algo más extraño.

Felcia se dirigió hacia la ciudad y Favez a su caseta. Que ella supiese, el hombre era quizá uno de los dos o tres integrantes del equipo científico que aún dormía solo. Sudyam y Tolerson eran los otros dos. Laberge y Maravalis acababan de romper la relación que habían empezado durante el viaje de ida y ambos ya se habían emparejado con otras dos personas.

El sexo no era algo ajeno a los equipos científicos. El hecho de que se tratase de una conducta poco profesional se veía equilibrado con que en una investigación de campo que iba a durar años, como aquella en la que se encontraban, la reserva de compañeros potenciales estaba muy restringida y eran especímenes de mucho valor. Y era imposible evitar que las personas se comportasen como personas. Sentía envidia, pero no por las relaciones en particular, sino por la propia intimidad. Hubiese sido maravilloso tener a alguien con el que internarse en la oscuridad de la caseta después de la tormenta. Alguien con el que levantarse por las mañanas. Se preguntó cuál era la política sexual entre las familias de Primer Aterrizaje. Si ECR enviaba un equipo de ciencias sociales, seguro que podrían sacar de allí un buen artículo académico.

En su diagonal derecha vio poco más que unas sombras más oscuras, las ruinas alienígenas que se recortaban contra el horizonte. Entre ellas solo se agitaba una luz. Una tenue y pequeña. Era menor que la de una estrella y solo se distinguía porque estaba en movimiento. Volvía a haber alguien en las ruinas. Alguien estaba contaminando la ubicación. Sabía que en realidad se estaba permitiendo enfadarse por ello porque era mejor eso que sentirse sola o culpable, pero eso no hacía que la rabia fuese menos real. Se giró hacia la caseta con los labios apretados. Cogió una linterna, comprobó que estaba cargada y salió hacia las ruinas. Un pequeño círculo de luz azul rebotaba arriba y abajo delante de ella e iluminaba el camino. La tierra fina se dispersaba bajo sus pies como si fuese nieve, y le dolían los muslos debido a la velocidad a la que caminaba.

Mientras se acercaba al lugar le pareció ver una luz tenue que se dirigía hacia el lado contrario, de vuelta al pueblo, pero no obtuvo respuesta alguna cuando llamó en esa dirección. Se quedó quieta en la oscuridad durante casi un minuto, insegura, luego avergonzada y luego enfadada por avergonzarse.

Había un sendero que se internaba en las ruinas y que ni siquiera la tormenta de arena había sido capaz de ocultar del todo. También había huellas del tamaño de ruedas de carreta en los lugares donde habían pasado tan a menudo como para dejar surcos. Elvi negó con la cabeza y siguió el sendero, que serpenteaba y rodeaba una gran cuneta de tierra justo antes de llegar a las gigantescas estructuras alienígenas.

En el interior, el haz de su linterna iluminó las paredes y las superficies, que devolvieron reflejos que parecían agitarse aunque ella no lo hiciese. Había huellas en los lugares que servían para refugiarse del viento. Muchas huellas. Aquello no era solo alguien del pueblo investigando por su cuenta. Las ruinas eran la sede de algo. Cualquier muestra de tierra de ese lugar que tomase el equipo científico ya estaría inservible. Habría microorganismos, una mezcla de conocidos, desconocidos y de lo que quiera que surgiese cuando se juntasen ambos en un entorno del todo descontrolado. Pasaba lo mismo en el pueblo, pero allí no importaba tanto. Aquello eran las ruinas alienígenas. Las había construido una gigantesca y desaparecida civilización de la que la humanidad casi no sabía nada. No era la casa del árbol de nadie.

—¿Hola? —gritó Elvi—. ¿Hay alguien ahí?

No hubo respuesta. Ni siquiera la del viento. Agitó la cabeza y se internó aún más en las sombras. Si había alguien, le daría la charla que debería haber dado antes. Les haría comprender los problemas que causaban lo que estaban haciendo aunque tuviese que hostigarlos durante toda la noche.

Las paredes que la rodeaban se erigían desde el suelo en ángulos extraños y perturbadores, orgánicos pero inorgánicos al mismo tiempo, como una máquina que se ha construido para fingir que es producto de la naturaleza. Se elevaban en arcos que se extendían sobre aquella llanura vacía y oscura. Cuanto más se internaba Elvi en las estructuras, más parecía haber, hasta que le dio la impresión de que las ruinas eran mayores por dentro que por fuera.

Cuando estaba a punto de rendirse y volver a casa, vio algo cuadrado. El simple hecho de que fuese rectilíneo lo convertía en algo muy llamativo. Las cajas eran de plástico y cerámica, de un gris funcional en los lugares que no estaban cubiertos por las etiquetas amarillas y rojas de advertencia. PELIGRO: EXPLOSIVOS. NO ALMACENAR CERCA DE UNA FUENTE DE CALOR O UNA DE RADIACIÓN DE CLASE TRES.

—No —dijo Elvi en voz muy baja—. Joder, no.

—Doctora Okoye —dijo Reeve—. ¿Me está diciendo que ha encontrado explosivos ocultos fuera del pueblo?

—Sí —aseguró Elvi—. Eso mismo es lo que le acabo de decir.

—¿Y que tiene pruebas de que son varias las personas que han acudido a ese lugar clandestino?

Estaban sentados en el despacho de Reeve. La lámpara tenía una luz cálida y suave, y los pantalones arrugados y la camisa desabrochada del hombre parecían indicar que acababa de levantarse de la cama. Daba la impresión de que estaban en mitad de la noche, pero el mayor periodo de rotación del planeta hacía que pareciese que la oscuridad se alargaba durante diez horas más.

—Sí —afirmó Elvi.

—Muy bien —dijo Reeve—. Muy bien. Vamos bien. Necesito que me diga cómo encontró ese lugar.

—Claro. Sin problema. Puedo llevarlo.

—No, necesito que usted se quede aquí. No que vuelva a su caseta ni salga de nuevo hacia esas ruinas. Necesito que se quede aquí a salvo. ¿Lo entiende?

—Había alguien ahí fuera. Vi una luz y por eso me acerqué al lugar. ¿Qué habría pasado si los hubiese encontrado allí?

—Eso es algo que no ha ocurrido, por lo que no tenemos que preocuparnos por ello —dijo Reeve con un tono tranquilizador y meticuloso con el que en realidad quería decir: «Que estaría muerta». Elvi enterró la cara entre las manos—. ¿Podría indicarme la manera de llegar?

Hizo lo mejor que pudo, con voz trémula. Reeve dibujó un mapa en su terminal portátil, y ella tuvo muy claro que era fiel, aunque cada vez parecía estar más confusa.

—Muy bien —afirmó Reeve—. Voy a tener que pedirle que se quede aquí un rato.

—Pero todo mi trabajo está en la caseta.

El encargado de seguridad le puso una mano tranquilizadora en el hombro, pero tenía la mirada vacía, como si planease qué hacer a continuación y no la tuviese a ella en cuenta.

—Primero vamos a asegurarnos de que está a salvo —dijo—. Todo lo demás puede esperar.

Durante la hora siguiente, Elvi se quedó sentada o deambuló de un lado a otro por la pequeña estancia. Las voces de Reeve y de su equipo de seguridad se filtraban a través de las paredes y tenían un tono serio y profesional. Cada vez se oían menos.

Entró una joven a buscarla. Elvi la había visto antes, pero no sabía su nombre. Se sentía mal por haber pasado casi dos años de camino a ese lugar junto a ella y que aún no se conociesen. Era indicativo de la manera en la que se relacionaban y se entremezclaban las personas. Y también de la manera en la que no lo hacían.

—¿Necesita algo, doctora Okoye?

—No sé dónde dormir —dijo Elvi con un tono de voz débil, frágil.

—Le he preparado un catre —respondió la chica—. Venga conmigo.

Las habitaciones estaban vacías. El resto se había internado en la oscuridad alienígena para enfrentarte a una horrible amenaza humana. La chica que la llevó hasta el catre llevaba un arma enfundada en la cintura. Elvi echó un vistazo por las ventanas mientras caminaban. Era la misma calle que había recorrido el día anterior, pero ahora la veía muy diferente. Notaba que algo amenazaba el lugar, como si hubiese una tormenta en ciernes. Como si algo emborronase el horizonte. Vio al hermano de Felcia caminando por la calle sin mirarla a ella ni a nada en particular. Elvi sintió un pavor intenso y distante.

Basia

Basia se había prestado voluntario para realizar el turno de noche en la mina. Había menos gente de la que ocultarse. Menos cielo abierto que lo pusiese nervioso. El trabajo, a pesar de ser agotador, también era un alivio. El fabricante que habían bajado de la *Barbapiccola* construía las vías y los carritos tan rápido como ellos eran capaces de introducir en él los materiales en bruto. Su equipo intentaba estar al día con la producción y se dedicaba a montar el sistema de vías que llevaría el mineral desde la mina a los cedazos y luego hasta los silos. Allí tendría que esperar hasta que la lanzadera de la *Barbapiccola* lo pusiese en órbita. Habían transportado todo el mineral que habían extraído hasta el momento a mano en carretillas. Un sistema de carritos motorizados serviría para incrementar la producción un orden de magnitud.

Por eso Basia y su equipo trabajaban con las vías de metal, las sacaban del fabricante nuevas y resplandecientes debajo de las penetrantes luces blancas. Las cargaban en carretillas y las arrastraban hasta la mina. Allí las descargaban y las soldaban a mano al sistema de vías, que cada vez era mayor. Era el tipo de trabajo físico que la gente había dejado de hacer en la era de la mecanización. Y el proceso de soldar en un lugar con atmósfera no se parecía nada al de hacerlo en el vacío, por lo que tuvo que aprender desde cero. Esa combinación de desafío mental y físico lo dejaba exhausto. Su mundo se limitaba a conseguir terminar la siguiente de las tareas, el dolor que sentía en las manos y la promesa distante del descanso. No tenía tiempo para preocuparse por nada más.

Para preocuparse de ser un asesino. Para preocuparse de que el equipo de seguridad de la empresa metiese las narices en lo que hacían Coop, él y los

demás. Para sentirse culpable cada vez que Lucia les mentía y les decía que no sabía nada que pudiese ayudarlos.

Con el tiempo, cuando se sentaba en la caseta del equipo con los músculos destrozados y doloridos debido a la fatiga, cuando intentaba dormir con la luz del día resplandeciendo a través de las ventanas, se centraba en recordar la destrucción de la lanzadera una y otra vez. Pensaba en lo que podría haber hecho para desactivar los explosivos más rápido de lo que lo hizo. En que podría haberse enfrentado a Coop y quitarle la radio. Si estaba de muy mal humor, también pensaba en que nada de aquello habría ocurrido si le hubiese hecho caso a su esposa. Esos días sentía tanta vergüenza que incluso la odiaba un poco. Después también se odiaba a sí mismo por echarle la culpa a ella. Apretaba la almohada contra su cara para no dejar pasar la luz del sol, pero no dejaba de ver las imágenes de la explosión de la lanzadera una y otra vez, atronando como una bestia moribunda que se venía abajo.

Pero durante la noche, mientras trabajaba, conseguía algo de paz.

Es por eso por lo que, cuando Coop apareció en la zona de trabajo y se puso a pasear por el borde del agujero de la mina como si nada le importase, Basia estuvo a punto de darle un puñetazo en la cara.

—Oye, colega —llamó Coop. Basia soltó el martillo y aflojó los hombros.

—¿Qué tal? —saludó.

—Mira, te quería decir una cosa —continuó Coop al tiempo que le pasaba a Basia un brazo amistoso por encima de los hombros—. Necesito a mi *main droite*.

No pintaba bien.

—¿Qué cosa?

Coop lo alejó de la zona de trabajo con una sonrisa en el gesto y sin dejar de saludar con la cabeza al resto de los trabajadores del turno de noche que había por el lugar, como si fuesen dos amigos dando un paseo para hablar un rato. Cuando se aseguró de que los demás no podían oírlos, dijo:

—He visto a esa chica de ECR husmeando por las ruinas. Dile a Jacek que lo investigue.

—Que se lo diga a Jacek —repitió Basia.

Coop asintió.

—Es un buen chico. Fiable.

Basia se detuvo y se zafó del agarre de Coop.

—No... —«Metas a mi hijo en esto». Antes de que pudiese pronunciar las palabras, Coop hizo un gesto para que se quedase en silencio y siguió hablando.

—*Est importante.* —El hombre se acercó y bajó la voz—. Esa mujer ha ido a las ruinas y luego directo a ver a los matones de ECR. Jacek dice que planean esperarnos allí. Quieren pillar a la resistencia con las manos en la masa.

—Pues no volvamos a ese lugar —comentó Basia. Le parecía demasiado simple. No había razón para entrar en pánico.

—¿Estás loco, *cugino?* *Alles* está ahí arriba. Podrían seguirnos la pista y pillarnos bien pillados. Esperarán, se aburrirán, luego acabarán por traer a un equipo de investigación de verdad y estaremos acabados. *Tutti.* A menos que no hayas dejado restos de ADN en el lugar, *klar.*

—¿Y entonces qué hacemos?

—Pues llegamos primero. Encendemos un poco de esa pólvora, bum. Y se acabaron las pruebas.

—¿Cuándo?

Coop rio.

—¿Tú qué crees? ¿Cuando podamos la próxima semana? Ahora mismo, coyo. Hay que ir ahora mismo. El mediador aterrizará en unas horas, días como mucho. Y no queremos que eso sea lo primero que vea cuando se baje de la nave, ¿verdad? Eres líder de equipo, *non?* Puedes coger uno de los carritos. Vamos allí y lo hacemos saltar por los aires. —Coop chasqueó los dedos con impaciencia—. *Jetzt.*

Coop hablaba de locuras como hacer volar su reserva de explosivos con una seguridad y una certeza pasmosas. A Basia le costaba llevarle la contraria. Estaba claro que hacer saltar por los aires las ruinas alienígenas era una locura, pero Coop tenía razón. Si encontraban los explosivos y los relacionaban con Basia, lo sabrían. No quería, pero era necesario, así que iba a hacerlo.

—Muy bien —dijo. Luego empezó a caminar hacia la estación de carga de carritos. Solo quedaba uno y, como el universo era un lugar cruel y sarcástico, era el mismo que había conducido durante la noche de la explosión. Aún tenía las abolladuras y las marcas de quemaduras de esa noche. Esas marcas de quemaduras que todos los habitantes de la colonia tenían mucho cuidado de no nombrar.

Coop esperó con impaciencia a que Basia desbloquease el vehículo y lo sacase de su puesto, luego se subió en él y empezó a tamborilear un ritmo enérgico en el salpicadero de plástico.

—Venga, vamos. Vamos.

Basia le hizo caso.

A medio camino de las ruinas alienígenas, se cruzaron con cuatro integrantes más de los más allegados de Coop. Pete, Scotty, Cate e Ibrahim. Zadie no estaba entre ellos. Su pequeña tenía una infección ocular y no la habían visto mucho recientemente. Cate llevaba un morral que tiró en la parte trasera del carrito y se oyó un sonido ahogado y metálico. Luego se subieron los cuatro.

—¿Las has cogido? —preguntó Coop, y Cate asintió y dio unos golpes en el lateral del vehículo para indicarle a Basia que podía seguir. Basia no preguntó qué había en el morral. Era demasiado tarde para empezar a hacer preguntas.

Las ruinas tenían el mismo aspecto oscuro y abandonado de siempre, pero Coop hizo que Basia diera un rodeo para llegar a ellas desde el lado opuesto al del pueblo.

—Para asegurarnos —comentó.

Cuando Cate abrió el morral, Basia no se sorprendió al verlo lleno de armas. La *Barbapiccola* no era una nave de guerra. Tampoco se habían marchado de Ganímedes con una gran reserva de armas, pero aquello era lo que habían conseguido reunir y bajar a la superficie la primera vez que habían descendido de la nave, los primeros días de Primer Aterrizaje. Al parecer las habían conseguido traer casi todas. Cate sacó una escopeta y empezó a cargar unos grandes cartuchos de plástico. Era una mujer alta y huesuda, con una mandíbula prominente y el ceño siempre fruncido. Daba la impresión de que sostener un arma era algo natural para ella. Como si fuese militar. Cuando Basia cogió una pistola automática de cañón corto cualquiera, se sintió como si fuese un niño jugando a disfrazarse.

—Vamos a necesitar esto, asesino —dijo Ibrahim al tiempo que le tiraba un objeto estrecho y metálico. Basia tardó varios segundos en darse cuenta de que se trataba de un cargador para la pistola. Solo le costó dos intentos introducirlo de la manera correcta. Hacer estallar los explosivos y dejar el lugar limpio. Destruir las pruebas. En el fondo sabía que en realidad el plan que tenían entre manos nunca había sido ese.

Cuando el resto del grupo terminó de preparar las armas, Basia se quedó a unos metros del carrito y levantó la vista para mirar el cielo estrellado. Uno de aquellos puntos de luz era el rastro del motor de la *Rocinante*, la nave en la que se acercaba Jim Holden. El mediador. El que se suponía que iba a evitar que los colonos y ECR se matasen entre ellos. Se preguntó a qué distancia estaría Holden. Si no era ya demasiado tarde. Demasiado tarde por segunda vez. Holden también había llegado tarde a Ganímedes.

Katoa, el hijo de Basia, no había sido el único que estaba enfermo, el único cuyo sistema inmune había flaqueado y fallado debido a los miles de problemas que conllevaba una vida fuera de un pozo de gravedad. Un grupo de niños había estado a cargo del doctor Strickland. El hombre que se suponía que sabía lo que tenía que hacer. Katoa, Tobias, Annamarie, Mei. Mei era la que había sobrevivido. La que James Holden había rescatado de los laboratorios de Ío.

Holden también había estado en aquel lugar cuando encontraron a Katoa. Basia no le conocía, solo lo había visto en los canales de noticias. Pero sí sabía que era amigo del padre de Mei, quien le había enviado un mensaje a Basia para contarle lo ocurrido y estaba junto a Holden cuando encontraron el cuerpo de su hijo.

¿Por qué uno y no otro? ¿Por qué Mei, la hija de Praxidike, y no su Katoa? ¿Por qué había algunos que tenían que morir mientras que otros seguían viviendo? ¿Dónde estaba la justicia? Rebuscó entre las estrellas, pero no encontró la respuesta.

Holden había llegado tarde a detener lo que pasaba en Ilo en aquel momento, tarde a evitar que nadie pusiese un pie en el planeta, a que se abriesen los anillos, a que Venus se desarrollase. Si Katoa aún estuviese vivo, Basia no estaría allí. Y si hubiese tenido que ir por algún motivo, no se habría quedado.

Era un pensamiento extraño. Surrealista. Basia intentó imaginarse el hombre que hubiese sido en esa otra línea temporal, pero no pudo hacerlo. Bajó la vista hacia la horrible pistola oscura que tenía en la mano. «No haría esto».

—Empieza la fiesta —dijo alguien. Basia se dio la vuelta. Era Coop—. No te desconcentres, coyo.

—*Dui* —respondió Basia. Luego respiró hondo. El aire nocturno era frío, vigorizante y también sabía un poco a la tierra de la tormenta de arena que había tenido lugar por la tarde—. *Dui*.

—Seguidme —dijo Coop antes de dirigirse hacia las ruinas trotando despacio. Cate, Ibrahim, Pete y Scotty lo siguieron, sosteniendo las armas con lo que ellos suponían que era porte militar. Basia la agarraba por el cañón, preocupado por no acercar los dedos al gatillo.

Entraron en la gigantesca estructura alienígena a través de una de las muchas aperturas que tenía en los costados. ¿Ventanas? ¿Puertas? No quedaban alienígenas para confirmárselo. En el interior, la luz que proyectaban sus linternas y faroles se reflejaba en las paredes lisas de ángulos

extraños. El material era parecido a la piedra, liso como el vidrio y pasaba de ser negro a un rosado claro cuando lo iluminaba una fuente de luz. Basia lo tocó con los dedos.

Coop les hizo una señal para que se detuviesen, se agachó y gateó hacia una abertura parecida a una ventana que había en una pared. Echó un vistazo y volvió a acercarse al grupo haciendo gestos para que lo siguiesen. Basia se agachó con el resto.

—¿Veis? —susurró Coop mientras señalaba a la habitación contigua que había al otro lado de la ventana—. Sabía que iban a estar aquí.

Cate se asomó a mirar un segundo y luego volvió a agacharse y asintió.

—Veo a cinco. Reeve, el jefe, y cuatro de sus matones. Tienen armas ligeras y pistolas aturdidoras. Todos miran hacia otro lado.

—Esto es muy fácil, jefe —susurró Scotty con una sonrisa en el gesto antes de quitarle el seguro al rifle. Cate abrió la culata de la escopeta lo suficiente para asegurarse de que estaba cargada. Coop levantó su gigantesca pistola automática con una mano y tiró hacia atrás de la corredera. Luego levantó la mano libre y empezó una cuenta atrás desde tres.

Basia los miró uno a uno. Todos estaban sonrojados y emocionados. Todos excepto Pete, quien le devolvió la mirada a Basia, tenía la piel de un verde enfermizo en aquella luz tenue y negaba sin parar con la cabeza y en silencio. Basia casi podía oír cómo el hombre no dejaba de pensar: «No quiero hacerlo».

Algo cambió en la cabeza de Basia y todo a su alrededor pareció cobrar sentido. Lo sintió en los huesos. Había seguido a Coop aturdido desde que el hombre había aparecido en la zona de trabajo. Y ahora estaban a punto de disparar a un grupo de seguridad de ECR.

—Esperad —dijo. La respuesta de Coop fue levantarse sin dejar de apuntar hacia la otra estancia y disparar.

La mente de Basia se quebró y le dio la impresión de que el tiempo pasaba en una sucesión de escenas.

«Coop grita obscenidades y dispara la pistola una y otra vez en la habitación contigua. Basia está tumbado bocarriba y ve cómo los casquillos caen del arma de Coop y rebotan por el suelo a su alrededor. Le da la impresión de que se mueven tan despacio que puede leer el nombre del fabricante. TruFire 7,5 mm, rezan».

Siguiente escena.

«Se encuentra junto a Cate. No recuerda haberse levantado. La mujer dispara con la escopeta y el sonido del arma en aquel espacio tan cerrado es

ensordecedor. Se pregunta si se va a quedar sordo. En la habitación de al lado, tres hombres y dos mujeres con uniforme de ECR se afanan por ponerse a cubierto o desenfundan las armas o les devuelven los disparos. Tienen una expresión de pánico en sus rostros. Se gritan sin dejar de moverse. No entiende ninguna de las palabras. Uno de ellos dispara una pistola y la bala rebota en la pared que hay junto a Cate. Una limadura del proyectil o una esquirla de la pared le abre una brecha en la mejilla a la mujer. Sigue disparando, como si no se hubiese percatado de la herida».

Siguiente escena.

«Una mujer de seguridad de ECR se lleva las manos al pecho, de donde sale un reguero de sangre. Tiene el rostro pálido y aterrorizado. Basia se encuentra a un metro, junto a Scotty, quien vuelve a disparar a la mujer, ahora en el cuello. La de ECR cae hacia atrás a cámara lenta con las manos de camino a la herida pero lánguidas y exánimes antes de llegar a ella. Se queda con una postura que parece que se está encogiendo de hombros».

Siguiente escena.

«Está solo en un pasillo. No sabe dónde se encuentra ni cómo ha llegado allí. Oye disparos a su espalda. Y gritos. Un hombre de seguridad de ECR está unos metros delante de él y sostiene una pistola aturdidora. El hombre tiene la piel oscura y unos ojos verdes muy brillantes, abiertos de par en par a causa del miedo. Basia recuerda de repente que el hombre se llama Zeb, aunque no es capaz de saber por qué lo conoce. Zeb le tira la pistola aturdidora y saca la pistola que aún tiene en la funda de la cadera. La pistola rebota en la cabeza de Basia y le abre una brecha de tres centímetros que empieza a sangrar con profusión, pero él no siente nada. Ve a Zeb levantar la pistola y, sin pensar, apunta al de seguridad con la suya. Se sorprende al ver que la sostiene correctamente, por la empuñadura, y que tiene el dedo puesto en el gatillo. No recuerda haberlo hecho. Aprieta el gatillo. No ocurre nada. Está a punto de hacerlo otra vez, pero en ese momento se oye un gran estallido detrás y Zeb empieza a caer con un chorro de sangre que le sale de la frente. Espera a que vuelva a cambiar la escena».

Pero no ocurre. No hay tiempo para descansar. No hay manera de escapar.

—Buen trabajo —afirmó Coop detrás de él—. Ese casi se escapa.

Basia se dio la vuelta despacio, aturdido. Una fuga disociativa. Estuvo a punto de levantar la mano y dejar que la violencia se volviese a apoderar de él y fuese ella la que apretase el gatillo para disparar a Coop. A punto, pero no lo hizo. Zeb se desangraba en el suelo y se habían dejado de oír disparos.

Detrás de él, el resto del grupo gritó de alegría y emoción. Basia miró el arma y recordó cómo funcionaban en las películas de acción. Había que poner el cargador con las balas en el interior y luego pasar una a la recámara. Recordó a Cate abriendo la culata de la escopeta. A Coop tirando de la corredera de la automática. El arma de Basia no hubiese disparado por muchas veces que hubiese apretado el gatillo.

Zeb dejó de sangrar. «Ese podría haber sido yo», pensó Basia, pero fue un pensamiento desprovisto de emoción. Superficial. Como una cortina de humo agrio que nublase su mente por un instante para luego disiparse.

—Ayúdanos a sacar de aquí los cuerpos, *cugino* —dijo Coop mientras le daba una palmadita en la espalda—. Zadie está limpiando el lugar con sustancias corrosivas y enzimas digestivas para no dejar pruebas, pero tenemos que sacar lo mayor, ¿vale?

Basia ayudó. Les llevó varias horas enterrar los cadáveres de las cinco mujeres y hombres en la tierra compacta que había junto a las ruinas alienígenas. Coop les aseguró que la siguiente tormenta de arena destruiría las pruebas de que alguien había excavado en el lugar hacía no mucho tiempo. Los de ECR desaparecían sin dejar rastro.

Scotty y Pete sacaron el resto de los explosivos de las ruinas y los cargaron en el carrito. Luego volvieron a pie al pueblo con Cate e Ibrahim. Cate llevaba el morral de armas al hombro. La pistola de Basia volvía a estar ahí dentro; nadie había llegado a dispararla.

—Era necesario —dijo Coop cuando los demás ya se habían marchado. Basia no sabía si se lo decía a él o para sí mismo. Asintió de igual manera.

—Lo habías planeado todo. Ibas a matarlos y me obligaste a participar.

Coop hizo un gesto de indiferencia con las manos y le dedicó una sonrisa cruel.

—Sabías lo que iba a pasar, coyo. Puede que hicieses como si no, pero lo sabías.

—Nunca más —espetó Basia—. Y como alguien de mi familia resulte herido por lo que ha pasado aquí, te mataré con mis propias manos.

Condujo de vuelta a la mina y luego volvió a pie a su casa. El sol empezaba a salir cuando entró dando tumbos en el pequeño baño de su hogar. El hombre del espejo no tenía aspecto de asesino, pero tenía las manos cubiertas de sangre. Intentó lavárselas.

Havelock

Unas cinco horas antes, cuando Havelock llevaba la mitad de su turno de diez, un hombre con un traje naranja y púrpura tan feo que casi se podía considerar ofensivo estaba sentado en un sofá de un estudio de grabación de Marte. Havelock se impulsó contra los amarres para mirarlo más de cerca. Se amarraba por costumbre, aunque tal y como estaban ahora era un poco raro. El espacio orbital de Nueva Terra estaba prácticamente vacío, por lo que era muy improbable que realizaran una aceleración repentina. Solo era una costumbre. En el pequeño monitor encajado en la pared del camarote, el joven estrechó la mano de la presentadora del canal y sonrió a la cámara.

—Hacía tiempo que no se pasaba por aquí, señor Curvelo —saludó la presentadora—. Muchas gracias por volver.

—Gracias por recibirme, Monica —respondió el hombre, asintiendo como si le pillase por sorpresa—. Estoy encantado de estar aquí otra vez.

—He tenido la oportunidad de probar el nuevo juego y me gustaría decirle que me ha parecido muy diferente a todo lo que ha hecho hasta la fecha.

—Sí —afirmó el hombre, lacónico. Tenía los dientes apretados.

—Ha habido algo de controversia —continuó la presentadora al tiempo que se le agrandaba la sonrisa—. ¿Quiere hablar de ello?

Era físicamente imposible que Havelock se hundiese en el asiento, pero psicológicamente le resultó muy sencillo.

—Mire, Monica —dijo el hombre del traje horrendo—, lo que intentamos analizar con él son las consecuencias de la violencia. Todo el mundo atiende a esa primera sección, pero nadie piensa en todo lo posterior.

Sonó el terminal portátil de Havelock. Silenció el canal de noticias y aceptó la llamada.

—Havelock —saludó Murtry—. Necesito que acepte una llamada.

El tono de su voz era tranquilo y contenido. Havelock sintió que se le aceleraba la respiración. La llamada solo podía significar problemas, y su mente se aferró al primero de los temores que se le ocurrió. La *Rocinante* de Jim Holden, el mediador de la ONU, estaba a unas diez horas de terminar la desaceleración con los motores. Ya casi había llegado. Como algo hubiese ido mal...

—Ha pasado algo en la superficie —anunció Murtry—. Cassie está hecha polvo y necesito que evite que se venga abajo mientras yo hablo con el capitán.

—¿Es grave?

—Sí. Prepárese. Tiene que estar tranquilo. ¿Puede hacerlo?

—Claro, jefe —aseguró Havelock—. Frío como el invierno y suave como la seda.

—Buen chico.

La imagen se congeló por una fracción de segundo y luego apareció Cassie, quien lo miraba con los ojos muy abiertos. Llevaban juntos en la nave un año y medio, formaban parte del mismo equipo y eran amigos, íntimos incluso. Havelock hasta sabía lo del romance de la mujer con Aragão y cuándo habían roto. La tenía por una amiga, aunque no solía pensar mucho en ella.

En la imagen, la mujer tenía la piel cenicienta y los ojos llorosos.

—Cassie —saludó Havelock con una voz que pasó al mismo tono tranquilizador que había practicado en el curso de negociación de secuestros que había hecho después de los disturbios de Ceres—, he oído que hay problemas ahí abajo.

La risa de la mujer movió la cámara e hizo que la imagen se agitase como si estuviera en un terremoto. Apartó la vista y luego volvió a mirar.

—Ya no están —dijo. Luego hizo una pausa y miró hacia otro lado, como si buscase algo. Como si buscase las palabras para seguir hablando—. Ya no están.

—Muy bien —dijo Havelock. Se le ocurrieron miles de preguntas. «¿Qué ha pasado?», «¿Quiénes no están?», «¿Qué ha pasado?», pero Murtry no le había pedido que lo descubriese y lo que menos necesitaba Cassie era que la interrogasen—. Murtry está hablando con el capitán.

—Lo sé —afirmó la mujer—. Tenemos una pista. Hemos encontrado un escondite. Reeve los acompañó y yo me quedé con la testigo.

—¿La testigo está ahí?

—Ahora duerme —comentó Cassie—. No soy más que asesora de sistemas de seguridad, Havelock. Se suponía que mi trabajo iba a ser mejorar los horarios de los trabajadores y montar una red de vigilancia. No disparar a nadie. Es que no me pagan por eso, joder.

Havelock sonrió, y Cassie le devolvió el gesto mientras una lágrima le caía por la mejilla. Sonrieron durante un momento, y el pánico y el miedo se transformaron en algo similar a la desesperación. Algo que les afectaba un poco menos.

—Estoy asustada de cojones —dijo Cassie—. Si también vienen a por mí, no podré hacer nada para detenerlos. Hemos cerrado la oficina, pero podrían atravesar las paredes. Podrían hacerla saltar por los aires. No sé por qué pensamos que era buena idea bajar a la superficie. Después de que hicieran explotar la lanzadera pesada, deberíamos haber salido lo más pronto posible de este pozo de gravedad y quedarnos ahí arriba. Deberíamos habernos dedicado a lanzarles rocas desde la puta órbita.

—Ahora lo importante es que tú y la testigo estéis a salvo.

—¿Y en qué puedes ayudarnos tú? —preguntó Cassie. Su voz sonó desafiante pero inquisitiva. «No puedes hacer nada» y «por favor, dime que puedes ayudarnos», al mismo tiempo.

—Estamos trabajando en ello —aseguró Havelock.

—Ni siquiera tenemos comida —afirmó Cassie—. Está toda en la cafetería. Mataría por un bocadillo. Mataría. Por un puto bocadillo.

Havelock intentó recordar lo que habían dicho en el curso para tratar a la gente que estaba traumatizada. Había una lista de cuatro cosas para la que se usaba un código mnemotécnico de cuatro letras. No fue capaz de recordarlas.

—Bueno —dijo—, estoy seguro de que ahora mismo estás muy asustada.

—No lo llevo muy bien.

—Sí, eso parece, pero en realidad lo estás haciendo muy bien. Podrías estar mucho peor. La gente suele empeorar mucho las cosas en este tipo de situaciones. Reaccionan de forma exagerada y todo se va al carajo. Todo se acaba yendo al traste. Tú te has contenido y estás hablando con nosotros, lo que implica que se te da muy bien.

—Deja de inventarte mierdas —espetó Cassie—. Me falta un pelo para quedarme catatónica.

—Pero que todavía no lo estés significa que lo estás haciendo muy bien. Muy bien, de verdad. Estate tranquila y nosotros nos encargaremos de solucionarlo. Sé que crees que todo va a salir mal, pero ya verás que sale bien.

—Y si no...

—Ya verás que sí.

—Pero si no... Siempre cabe esa posibilidad.

—Bueno —aceptó Havelock—. Si no, ¿qué quieres?

—Que me hagas un favor. Conozco a un tipo en la luna Europa. Hihiri Tipene. Es ingeniero alimenticio.

—Bien.

—Dile de mi parte que lo siento.

«Cree que va a morir —pensó Havelock—. Y puede que tenga razón». El sabor fuerte y metálico del miedo se le extendió por toda la boca. Los lugareños habían matado al equipo de seguridad de ECR y ella era la última que quedaba. Havelock no sabía nada de lo que había pasado ahí abajo. Quizá había tres toneladas de explosivo industrial a punto de convertir a Cassie en poco más que un recuerdo. Podría morir en cualquier momento, y él iba a ver cómo ocurría sin poder hacer nada para solucionarlo.

—Ya verás que serás tú misma quien se lo diga —afirmó con tranquilidad—. Y después de lo que acabas de pasar, no te dará miedo hacerlo.

—No sé. No conoces a Hihiri. ¿Me lo prometes?

—Claro —afirmó Havelock—. Yo me encargo.

Cassie asintió. Otra lágrima se le derramó por la mejilla. A Havelock se le ocurrió pensar que no la estaba tranquilizando muy bien.

Apareció otro pequeño recuadro en el vídeo. Murtry había usado sus permisos de seguridad.

—¿Qué tal, Cass? —saludó—. He hablado con el capitán Marwick y vamos a enviar un equipo a por usted. Tardaremos un par de horas. Su trabajo será mantener a salvo a esa civil hasta que lleguemos.

A Cassie le tembló la voz al hablar, pero no se le quebró.

—En el planeta hay unos cuarenta de los nuestros, y ellos son doscientos. Estoy sola. No puedo protegerlos a todos.

—No tiene que hacerlo —respondió Murtry—. He enviado el aviso y ya estoy coordinándome con los equipos científicos. Yo me encargo de ellos. Su misión será proteger a la doctora Okoye. Que no deje de respirar hasta que lleguemos, ¿vale?

—¡Sí, señor!

—Bien —dijo Murtry—. Serán solo dos horas. Puede hacerlo, Cass.

—¡Sí, señor!

—Havelock, tenemos una reunión en la oficina de seguridad ahora mismo. ¿Se puede pasar?

—Voy de camino —respondió Havelock. Se desamarró, se impulsó para apartarse del asiento y se lanzó hacia el pasillo. La *Edward Israel* tenía pasillos que parecían octógonos estirados, similares a los que suponía que habría en la época de su abuelo. Las correas y los asideros que había por las paredes no estaban orientados hacia ninguna dirección en concreto. Atravesó el pasillo muy rápido mientras la mente pasaba de indicarle que escalaba un pozo gigantesco de acero y cerámica a asegurarle que caía de cabeza por él y luego, para su sorpresa, a que se arrastraba por el techo de un tubo de desagüe. Le habían dicho que los cinturianos tenían un sentido natural para obviar la direccionalidad, pero siempre se lo habían dicho los propios cinturianos y siempre para dejarle claro que eran mejores que él. Quizá fuese cierto o quizá fuese una exageración. Sea como fuere, cuando llegó a la oficina de seguridad estaba un poco mareado y echaba de menos la falsa gravedad de la aceleración.

Había diez personas agarradas a las paredes y todas orientadas en la misma dirección. Hombres y mujeres con estructuras faciales y tonos de piel muy diferentes, pero todos con la misma expresión. Era espeluznante. Murtry les había dado el equipo antidisturbios, y la armadura gris azulada de cuello alto hacía que todos pareciesen enormes insectos antropomórficos. Hasta Murtry la llevaba, así que al parecer él también iba a descender a la superficie.

—... me queda —decía el jefe de seguridad desde el lugar que ocupaba delante del resto—. Son todo lo que me queda. Tenemos que tener en cuenta que la caballería no va a venir a salvarnos el culo. Nosotros somos la caballería, y no pienso perder a nadie más. Los que estamos en esta habitación formamos el equipo de seguridad de todo el planeta. Podemos hacerlo, pero no si empezamos a perder al equipo. Si se sienten amenazados cuando estén ahí abajo, hagan todo lo posible para salvarse y proteger al equipo.

—¿Señor?

—¿Okmi?

—¿Eso significa que tenemos vía libre para usar fuerza letal?

—Eso significa que tienen vía libre para usar fuerza letal preventiva —dijo Murtry, que esperó un momento para asegurarse de que todos le habían oído bien. Havelock suspiró. No le gustaba, pero no había elección. Si solo hubiese sido la lanzadera pesada, habrían sido capaces de atajar la situación como un equipo policial más. Pero los lugareños habían ido más lejos y ahora había más personas del equipo de ECR que habían muerto o desaparecido. Era el principio de una guerra.

Bueno, al menos habían intentado hacerlo de forma pacífica a pesar de que a los cinturianos les había dado igual.

—Descenderemos en veinte minutos —anunció Murtry—. Será un descenso largo y muy rápido, así que puede que sea movidito. Aterrizaremos en la parte oriental del campamento cinturiano. Smith y Wei serán los jefes de escuadrón. La primera prioridad es entrar y reforzar la oficina que tenemos abajo.

—¿Y la *Barbapiccola*? —preguntó alguien.

—¡Que le den a la *Barbapiccola*! ¿Qué hacemos con la *Rocinante*?

Murtry levantó una mano abierta.

—Que ninguno se preocupe de lo que pasa aquí arriba o en casa. De eso me encargaré yo. Havelock y yo. —Murtry esbozó una sonrisa y lo miró de improviso. Havelock asintió y estuvo a punto de hacer una pequeña reverencia—. Ya saben cuáles son sus órdenes y deposito en ustedes toda mi confianza. Bajemos ahí y solucionemos ese follón.

El equipo de seguridad se dispersó y los cuerpos se impulsaron por los aires en un flujo ordenado que se dirigía hacia el hangar y las lanzaderas ligeras. Havelock sintió un ligero remordimiento al ver cómo los demás se preparaban para bajar sin él. Le recordó a una escena de su juventud, un recuerdo fugaz de un niño moviéndose a voluntad del flautista de Hamelín.

Murtry flotó hacia él en dirección contraria a los demás.

—Havelock, me alegro de verlo. Le voy a necesitar un momento.

—Sí, señor.

Murtry hizo un gesto con la cabeza hacia su despacho. Era una habitación pequeña, más que un camarote, y tenía un asiento de colisión con cardanes muy antiguos que se erigían alrededor de toda la silla. Murtry cerró la puerta cuando entraron.

—Voy a ponerle al mando de la nave.

—Gracias, señor.

—No se alegre tanto. Es un puesto de mierda —afirmó el jefe de seguridad—. La mayor parte de la tripulación de la *Israel* son pitagorines que están muy molestos porque no les dejamos practicar su ciencia, y el capitán ha tenido que trabajar muy duro para que se queden en la nave. Ahora que hay problemas, no creo que tengan tantas ganas de bajar, pero esa presión terminará explotando por otra parte. Tendrá que encargarse de todo con el poco personal que se quede aquí.

—Lo conseguiremos, señor.

—Bien dicho, Havelock. La mayor amenaza con la que tendremos que lidiar será la *Rocinante*. Solía ser una nave militar marciana antes de pasar a manos de la APE. La *Israel* es enorme, pero no deja de ser una nave científica. Si la *Rocinante* nos ataca, estamos acabados.

—¿Por qué iban a dispararnos?

Murtry se encogió de hombros.

—Prefiero no pensar mucho en los «porqués» y centrarme en los «y si», por eso hay algo que necesito que haga y que va a trastocar todo el horario de las lanzaderas. Pero es necesario.

—Claro.

—Vamos a usar una de las lanzaderas ligeras para el descenso —dijo Murtry despacio, como si pensase en ello a medida que lo contaba, aunque estaba claro que no era el caso—. Quedará una en la nave. Quiero que la convierta en un arma. Que le quite todo lo que evita que el reactor se sobrecargue y le coloque un dispositivo remoto de ignición manual. Que bloquee todos los controles de navegación y le coloque algo a lo que solo usted y yo tengamos acceso.

—¿Y el capitán Marwick también?

La sonrisa de Murtry se volvió muy enigmática.

—Claro, si quiere.

—Deme medio día y está hecho —afirmó Havelock.

—Perfecto.

—Señor, ¿contra quién cree que tendremos que usar algo así? ¿Contra el campamento de cinturianos?

—No es más que una alternativa, Havelock. Espero no tener que usarla —respondió Murtry—. Pero si se diese el caso, quiero tenerla muy a mano.

—La tendrá.

—Me siento mejor sabiendo que estará preparado —dijo Murtry al tiempo que ponía la mano sobre el escritorio para impulsarse.

—Señor.

Murtry arqueó las cejas. Havelock se sintió avergonzado de repente y estuvo a punto de quedarse en silencio, pero luego continuó.

—Sé que es una tontería, señor, pero cuando estaba hablando con Cassie me dijo que tenía hambre. Le dije que le llevaría un bocadillo.

Murtry le dedicó una mirada fría como la piedra.

—Me preguntaba si podría bajarle un bocadillo, señor.

—Puede que sí —respondió el jefe de seguridad, pero Havelock no estaba seguro de si aquello le había parecido gracioso o le había molestado. Quizá

ambas cosas.

Havelock flotaba en su escritorio. Las celdas del calabozo estaban vacías. El poco personal que le quedaba, los cuatro miembros más recientes del equipo de seguridad y un técnico que pertenecía al equipo de mantenimiento de la nave, estaban modificando la lanzadera ligera restante sin que nadie más se enterase. La estaban convirtiendo en una bomba. Havelock vio por los monitores cómo la otra lanzadera descendía al planeta, el final de la maniobra de desaceleración de la *Rocinante* y la imagen de las cámaras que había en el interior de las oficinas de seguridad del campamento, en las que se veía a Cassie y a la doctora Okoye, sendas ventanas para cada una. Las miraba todas y esperaba a que algo fuese mal. Los minutos se le hicieron interminables. El reciclador de aire zumbaba y chasqueaba. Se mordió las uñas.

Cuando oyó el sonido que indicaba que acababa de recibir un mensaje, se asustó y tuvo que agarrarse a la consola para no salir flotando a la deriva. Cambió la pantalla a la lista de mensajes. El que acababa de recibir llegaba de las oficinas centrales de ECR de la Luna y el asunto rezaba POSIBLES ESTRATEGIAS PARA ATAJAR EL CONFLICTO EN NUEVA TERRA: SOLICITUD DE INFORMACIÓN. Se había enviado hacía cinco horas.

Las señales de radio habían cruzado las puertas anulares, ondas electromagnéticas que atravesaban el vacío con mensajes encriptados de los humanos en su interior. Era una distancia que en persona se tardaba un año y medio en recorrer, pero que el mensaje había conseguido superar en tan solo cinco horas.

Cinco horas y, a pesar de todo, llegaba tarde.

Holden

Un penacho de fuego blanco salió de la *Rocinante* cuando realizó la última parte de la maniobra de desaceleración antes de quedarse en órbita alta alrededor de Ilo. Debajo, el planeta se parecía tanto a la Tierra que las diferencias con el planeta azul lo convertían en un lugar inquietante.

Holden ya había visto mundos alienígenas. El óxido rojo y blanco de Marte, las bandas y los remolinos de Saturno y Júpiter. No tenían nada que ver con el azul, blanco y marrón de la Tierra. Pero Ilo tenía un mar abierto y volutas de nubes blancas, elementos que el cerebro de Holden relacionaba con su planeta natal.

La diferencia es que allí solo había un continente enorme, y miles de islas que moteaban un océano gigante como si fuesen las cuentas marrones de un collar. Aquella mezcla entre lo alienígena y lo familiar le daba dolor de cabeza.

—*Rocinante* —llamó la *Edward Israel* por el canal de comunicaciones—. ¿Por qué nos apunta con sus armas?

—Esto... —empezó a decir Holden mientras golpeaba el panel para abrir el canal—. Solo es un telémetro, *Israel*. Nada de lo que preocuparse.

—Recibido —se oyó responder a alguien al otro lado de la línea con tono no muy convencido.

—Alex —llamó Holden después de cambiar al canal interno—, no tientes a la suerte.

—Recibido, capi —respondió Alex con un acento exagerado y conteniendo la risa—. Solo estaba dejando claro a los lugareños que un nuevo sheriff acaba de llegar a la ciudad.

—Pues se acabó. Danos una hora para realizar las últimas comprobaciones y luego llévanos a tierra firme.

—Recibido —afirmó Alex—. Hace tiempo que no aterrizo con una de estas.

—¿Será un problema?

—Qué va.

Holden se levantó de su puesto y flotó hacia la escalerilla de la tripulación. Unos minutos después estaba en la esclusa de la cubierta con Amos. El mecánico había traído dos armaduras de combate ligeras marcianas, varios rifles y escopetas y un montón de munición y explosivos.

—Pero... —empezó a decir Holden—. ¿Para qué quieres todo esto?

—Dijiste que teníamos que equiparnos para el descenso.

—A ver, me refería a coger ropa interior y cepillos de dientes.

—Capitán —dijo Amos intentando ocultar su impaciencia—, ahí abajo se están matando. Acaba de morir media docena del equipo de seguridad de ECR y han hecho estallar una lanzadera pesada.

—Sí, y nuestra misión es conseguir que la cosa no vaya a más. Deshazte de todo esto. Nos limitaremos a bajar armas de mano. Trae ropa y otras cosas, cualquier suministro médico que tengamos y podamos darle a la colonia. Y nada más.

—Luego —dijo Amos—, cuando te des cuenta de que deberíamos haber llevado estas cosas, me voy a reír de ti lo que no está escrito. Justo antes de que muramos, claro.

Holden empezó a pensar en una respuesta mordaz, pero se contuvo. ¿Acaso alguna vez las cosas habían ido como él lo había planeado?

—Venga, vale. Un rifle cada uno, pero desmontado y en un morral. Que no haya nada a la vista. Y solo el torso de la armadura ligera, que podamos esconderlo debajo de la ropa.

—Capitán —dijo Amos sorprendido y con tono burlón—, ¿de verdad el pasado le ha servido para aprender? ¿Se ha convertido en un hombre nuevo?

—Mira, no sé por qué siempre termino por seguirte el juego.

—Pues —dijo Amos mientras empezaba a desmontar uno de los rifles de asalto— porque soy el único de la nave que sabe arreglar la cafetera.

—Hala, voy a por ropa interior y un cepillo de dientes.

La *Rocinante* había iluminado el cielo durante la última parte de la maniobra de desaceleración. Cuando aterrizó en la llanura que había junto al pueblo improvisado de la colonia, levantó una nube de polvo de más de un

kilómetro de diámetro e hizo tanto ruido que seguro había hecho traquetear las ventanas que se encontraban al doble de distancia.

Por eso Holden se sintió muy decepcionado al descubrir que nadie se había acercado para recibirles.

Era el mediador de la APE y la ONU, elegido personalmente por Chrisjen Avasarala de la ONU y por Fred Johnson, líder de la APE (teniendo en cuenta lo poco que podía liderarse la APE), para supervisar las conversaciones que iban a tener lugar en el asentamiento. En cualquier otro lugar lo hubiese recibido el gobernador del planeta y hasta una banda de música. Lo hubiesen llevado hasta el pueblo.

Levantó las dos bolsas pesadas y empezó a caminar despacio hacia el asentamiento. Amos llevaba tres bolsas. La tercera era la que el mecánico llamaba «bolsa para cuando todo se vaya al carajo». Holden esperaba que nunca tuviesen que abrirla.

Después de alejarse lo suficiente, Holden envió la señal para que Alex y la *Rocinante* volvieresen a despegar y a levantar otra gigantesca tormenta de arena durante unos segundos.

—Ya ves —dijo Amos con intención de empezar una conversación—, hemos aterrizado lejos del pueblo para evitar enterrar en arena a los lugareños y ellos ni se han dignado enviar un carrito para venir a buscarnos. Qué desagradecidos.

—Sí, a mí también me ha sentado mal. La próxima vez le diré a Alex que aterrice en la puta plaza del pueblo.

Amos hizo un gesto con la cabeza hacia una gigantesca estructura alienígena que se erigía en la distancia. Tenía el aspecto de dos estrechas torres de cristal retorcidas entre sí, como un par de árboles que han crecido el uno contra el otro.

—Vaya con eso.

Holden no dijo nada. Una cosa es leer sobre «ruinas alienígenas» en los informes de la ubicación y otra muy diferente ver una construcción gigantesca realizada por otra especie recortada contra el paisaje. ¿Cuántos años tendría? Un par de miles de millones, si lo que había dicho Miller sobre el tiempo que llevaban desaparecidos los maestros de la protomolécula era cierto. ¿Habían construido los humanos algo que hubiese durado tanto alguna vez?

—Según los lumbreras de seguridad de la *Israel*, ese es el lugar donde se cree que tuvo lugar la masacre —dijo Holden después de que llevasen varios minutos caminando.

—Ah, bien —respondió Amos—. Han matado a alguien allí. Así es como la humanidad se adueña de las cosas. Ya podemos afirmar que este planeta nos pertenece.

Aparte de la sin duda difícil tarea de ignorar la torre alienígena, el resto del lugar podría haber sido sin problema la parte suroeste de Estados Unidos. Tierra con aspecto de arcilla y pequeños matorrales. También pequeñas criaturas que salían disparadas cuando ellos se acercaban. Por un instante, quedaron rodeados por una nube de insectos, pero después de que varios les picaran, se bebieran su sangre y cayesen muertos, el resto pareció entender que los humanos no eran comestibles y perdieron el interés.

El pueblo de la colonia parecía un barrio de chabolas. Era una mezcla destartada de edificios prefabricados y cobertizos de restos de metal y ladrillo. Había unos pocos de barro, indicativo de que alguien había decidido moldear adobe. Que los humanos hubiesen viajado cincuenta mil años luz y luego construido casas usando tecnología que tenía una antigüedad de diez mil años arrancó una sonrisa a Holden. Eran una especie muy extraña, pero a veces eran adorables.

Un grupo de personas se había reunido en el centro del pueblo. Concretamente, en la intersección de los dos únicos senderos de tierra. Unos cincuenta colonos se enfrentaban a una docena de personas con uniformes de ECR. Se gritaban, pero Holden no era capaz de entender las palabras.

Alguien que se encontraba en la parte exterior del grupo los vio caminando hacia el pueblo y los señaló. La discusión terminó, y la multitud al completo se abalanzó sobre Holden y Amos. Holden soltó las bolsas y saludó con la mano con una gran sonrisa en el rostro. Amos también sonrió, aunque él había apoyado la mano con desinterés en la empuñadura de la pistola.

Una mujer alta y fornida que tendría algunos años más que Holden salió corriendo hacia él y lo agarró de las manos. Estaba casi seguro de que se trataba de Carol Chiwewe, pero si se trataba de ella, la mujer había cambiado mucho desde que le habían hecho la foto que aparecía en los informes.

—¡Al fin! Ahora, tiene que decirles a estos matones...

Antes de que pudiese terminar la frase o de que Holden dijese nada, el resto de la multitud empezó a gritarle a la vez. Holden oyó fragmentos de sus peticiones: que se llevase a los de ECR, que les dieran comida, medicinas o dinero, que les dejara vender el litio, que probara que la colonia no tenía nada que ver con la desaparición de los oficiales de seguridad.

Mientras Holden intentaba tranquilizar a la multitud, el hombre de más edad con uniforme de ECR se dirigió despacio hacia él con el resto del equipo

corporativo siguiéndole en formación abierta de V, como una bandada de gansos.

—Silencio, por favor. Tendré tiempo para atender todas y cada una de sus peticiones cuando nos hayamos asentado. Pero no podemos hacer nada si todos nos gritan...

—Jefe Murtry —dijo el hombre de ECR al tiempo que avanzaba por la multitud como si estuviese solo, con la mano extendida y una sonrisa en el rostro—. Energías Carta Real, jefe del equipo de seguridad.

Holden le estrechó la mano.

—Jim Holden, mediador de la ONU y la APE.

La multitud se apartó para crear un pequeño círculo de tranquilidad en cuyo centro se encontraban Holden y Murtry.

—Fueron sus hombres los que han desaparecido.

—Los que han sido asesinados —le corrigió Murtry sin perder la sonrisa. El hombre le recordó a Holden a un tiburón. Con todos esos dientes y unos ojos negros y calculadores.

—Según tengo entendido, aún no hay pruebas.

—Es cierto que dejaron limpia la escena del crimen, pero yo no tengo ninguna duda al respecto.

—Pero hasta que sea yo quien no tenga ninguna duda al respecto no se llevará a cabo ninguna acción disciplinaria —afirmó Holden. Sintió que Amos se les acercaba un poco, una amenaza velada.

La sonrisa de Murtry no se reflejaba en sus ojos.

—Usted es el jefe.

—El mediador —corrigió Holden con un tono con el que pretendía dejarle claro a Murtry que para él significaba lo mismo.

Murtry asintió y escupió a un lado.

—Eso.

Se rompió la presa y la multitud volvió a abalanzarse sobre ellos a la carrera. Una mujer alta intentaba mantenerse delante. Agarró la mano de Holden y le obligó a estrecharle la suya. Si Murtry lo había hecho, ella no podía ser menos.

—Carol Chiwewe, coordinadora de la colonia —dijo mientras le apretaba la mano con firmeza dos veces. Entonces, la mujer que había visto antes tenía que ser otra persona.

—Encantado, señora coordinadora —saludó Holden.

—Este hombre —continuó la mujer mientras señalaba con agresividad a Murtry— ¡nos ha amenazado con imponer una ley marcial! Afirma que el

contrato le da derecho a ECR para...

—Imponer las leyes de la ONU y mantener la paz —terminó Murtry, quien de alguna manera consiguió levantar la voz por encima de la de la mujer, que había empezado a gritar.

—¿Mantener la paz? —preguntó Carol—. ¿Ha ordenado a su equipo que dispare antes de preguntar!

La multitud rugió con desagrado al oírlo y volvió a armarse un escándalo. Holden hizo aspavientos para volver a calmar a todo el mundo. Esperaba tener un aspecto más digno e imponente que el que él creía tener. Cuando habló, la voz de Murtry sonó tranquila pero impertérrita.

—La verdad es que fue a nosotros a quienes nos dispararon antes de preguntar. Todos los que han muerto hasta el momento son bajas perpetradas por los suyos. No toleraré ninguna amenaza más contra los empleados o las propiedades de ECR.

Un hombre alto con el cráneo alargado de alguien que había crecido en el Cinturón se abrió paso al frente.

—Eso me ha sonado a amenaza, colega.

—Por favor, Coop, no empeores las cosas —dijo Carol con un suspiro de resignación.

«Bien, Coop es uno de los problemáticos», pensó Holden mientras intentaba acordarse bien de su cara.

—Pues a mí me parece... —dijo Coop dirigiéndose hacia la multitud con una sonrisa y elevando la voz para ganarse la atención del grupo—. A mí me parece que tú eres el único que ha empezado a amenazar.

Se oyeron gritos de apoyo, y Coop esbozó una sonrisa de oreja a oreja como si disfrutase del poder que le daba ser la voz de todas aquellas personas.

Murtry lo señaló con la cabeza sin dejar de sonreír.

—Haré cualquier cosa para proteger la vida de los míos. Y ya hemos perdido a demasiados. Se acabó la tolerancia.

—Oye, colega, a nosotros no nos eches la culpa de que seas incapaz de encargarte de tu equipo.

Se oyó una risa que parecía venir de la multitud.

—No te preocupes —afirmó Murtry con la misma sonrisa en el gesto pero acercándose a Coop—. Descubriré lo que les ha pasado.

—Quizá deberías tener cuidado —dijo Coop bajando la mirada para contemplar al de seguridad, que era más bajo, y dedicándole una sonrisa salvaje—. Quién sabe, podrías acabar igual.

—Está claro que eso sí ha sido una amenaza —respondió Murtry empezando a desenfundar el arma.

Disparó a Coop en el ojo derecho. El cinturiano se quedó lánguido y cayó como una máquina que alguien acabase de desenchufar. Holden ya había sacado su arma y apuntaba a Murtry incluso antes de llegar a procesar lo que acababa de ocurrir. Amos se puso junto a él y apuntó también al jefe de seguridad de ECR. Todo el equipo de seguridad había desenfundado las armas y apuntaba a Holden. Se hizo un silencio sepulcral.

—Pero ¡qué coño! —gritó Holden—. He dicho que nada de acciones disciplinarias. ¡Lo acabo de decir!

—Lo sé. Pero eso no ha sido una acción disciplinaria, sino la respuesta a una amenaza verbal directa. —Murtry enfundó la pistola y se giró hacia Holden—. Queda impuesta la ley marcial bajo el artículo 71 del contrato de exploración de este mundo firmado por la ONU. Cualquier amenaza contra personal de ECR tendrá una respuesta pronta y directa.

Miró a Holden durante un rato y luego dijo:

—Quizá debería enfundar el arma, capitán.

Amos dio un paso al frente, pero Holden lo agarró del brazo.

—Tranquilo, Amos. —Enfundó el arma y, un segundo después, el equipo de ECR hizo lo propio.

—Me alegra ver que no hemos tardado en entendernos. Le recomiendo que se asiente en el lugar —dijo Murtry—. Iré a visitarlo más tarde.

La coordinadora preparó unas habitaciones para Holden y Amos en el almacén prefabricado grande y cuadrado que habían convertido en una especie de tienda, cafetería y taberna. Las habitaciones estaban amuebladas con un catre, una mesa y una palangana de agua para lavarse.

—Veo que nos han dado la suite presidencial —comentó Amos al tiempo que tiraba los morrales al suelo de su pequeño dormitorio—. Necesito un trago.

—Dame un segundo —pidió Holden. Luego fue a su dormitorio y llamó a la *Rocinante*. Dio un informe completo del aterrizaje y el tiroteo que había acabado con la muerte de Coop. Naomi le prometió que lo enviaría todo por mensaje láser a Fred y Avasarala y le pidió que tuviese cuidado.

La taberna, si es que podía llamarse así, estaba formada por cuatro mesas de juego cojas y unas veinte sillas repartidas cerca de la esquina del edificio

que hacía las veces de cafetería. Cuando bajó después de enviar el informe, Amos lo esperaba con dos botellines de cerveza.

—Hemos entrado por la puerta grande.

—Algo me dice que esto escapa a nuestras posibilidades —comentó Amos después de darle unos sorbos a la cerveza.

—Yo no lo veo muy diferente a otras cosas a las que nos hemos enfrentado —aseguró Holden.

—Bueno, es verdad.

Murtry llegó cuando ya habían abierto la segunda cerveza. El de seguridad habló con el camarero un minuto y luego se sentó frente a Holden y puso en la mesa una botella de whisky con tres vasos de chupito.

—Beba conmigo, capitán —dijo al tiempo que servía el alcohol.

—Irás a prisión por lo que ha hecho —aseguró Holden al tiempo que empinaba el chupito. El whisky tenía el sabor agrio y mohoso de una destilación cinturiana—. Me aseguraré de ello.

Murtry se encogió de hombros.

—Quizá. Yo me aseguraré de que mi equipo sobreviva lo suficiente como para que tengamos que preocuparnos de ir a prisión. Ya he perdido casi veinte entre el ataque a la lanzadera y el asesinato del equipo en la superficie. No perderé a nadie más.

—Forma parte de un equipo de seguridad corporativo, no puede declarar la ley marcial y disparar a los que no cooperen. Yo no usaría esa excusa cuando tenga que declarar ante gobiernos legítimos, y menos si fuese un poli de alquiler como usted. —Holden se volvió a llenar el vaso y le dio un pequeño sorbo.

—¿Cómo se llama este planeta?

—¿Qué?

—El planeta. ¿Cómo se llama?

Holden se inclinó hacia delante con la palabra Ilo en los labios. Se quedó en silencio. Murtry esbozó una ligera sonrisa.

—Ha pasado demasiado tiempo trabajando para la APE, capitán Holden. Se dice que tiene usted una aversión muy arraigada hacia el tipo de empresas que me ha contratado. Tengo mis reservas sobre sus capacidades para afrontar con imparcialidad la situación que tenemos entre manos. Amenazarme e insultarme no ayuda.

—Usted ha socavado mi autoridad al matar a un cinturiano cinco minutos después de mi llegada —respondió Holden.

—Eso he hecho y entiendo que sienta que no me estoy tomando su papel aquí con la debida seriedad. Pero sus amigos de la ONU se encuentran a un año y medio de distancia —continuó Murtry—. No se olvide. Se tarda entre ocho y once horas en enviar y recibir mensajes y casi diecinueve meses en llegar a este lugar a la velocidad de una nave civil. Nuestro gobernador local ha sido asesinado por los terroristas. Mi equipo ha sido asesinado por intentar ejercer nuestros derechos legales. ¿De verdad cree que voy a esperar a que usted solucione la situación? No, dispararé a todo aquel que amenace la expedición de ECR y dormiré tranquilo después de hacerlo. Esa es la realidad en la que ha aterrizado y será mejor que lo tenga muy claro.

—Sé lo que eres —dijo Amos.

El grandullón estaba tan callado que tanto Holden como Murtry se sobresaltaron al oír su voz.

—¿Qué soy? —preguntó Murtry siguiéndole el juego.

—Un asesino —respondió Amos. No había gesto alguno en su expresión y su voz sonaba tranquila—. Has conseguido una buena excusa y tienes esa placa brillante que te justifica, pero no lo haces por eso. Le has pegado un tiro a ese delante de todo el mundo. Y tienes ganas de repetirlo.

—¿Ah, sí? —preguntó Murtry.

—Sí. Y una cosa te voy a decir, de un asesino a otro asesino, ni se te ocurra hacer lo mismo con nosotros.

—Amos, tranquilo —advirtió Holden, pero los hombres le ignoraron.

—Eso ha sonado a amenaza —dijo Murtry.

—Te aseguro que lo era —respondió Amos con una sonrisa.

Holden se dio cuenta de que ambos habían ocultado las manos debajo de la mesa.

—Ya está bien.

—Pues algo me dice que uno de los dos va a acabar cubierto de sangre —continuó Murtry.

—¿Te viene bien ahora? —preguntó Amos encogiéndose de hombros—. No tengo nada que hacer y así nos ahorraríamos toda la cháchara.

Murtry y Amos sonrieron de un extremo al otro de la mesa durante un instante que a Holden le pareció interminable. Empezó a darle vueltas a las consecuencias: «¿Qué pasaría si le disparan a Amos? ¿Qué pasaría si le disparan a Murtry? ¿Qué pasaría si me disparan a mí?».

—Que tengan un buen día, amigos —dijo Murtry mientras se levantaba despacio—. No tenía la mano en el arma. —Se pueden quedar la botella.

—¡Gracias! —respondió Amos antes de servirse otro chupito.

Murtry se despidió con un gesto de la cabeza y luego salió de la taberna. Holden soltó un suspiro que llevaba aguantando lo que a él le pareció más de una hora.

—Sí, puede que esto escape a nuestras posibilidades —admitió.

—En algún momento terminaré pegándole un tiro a ese —dijo Amos antes de servirse un chupito más.

—Me gustaría que no lo hicieras. Esto ya está patas arriba. Si además añadimos las muertes de unos cientos de colonos y científicos, que ya sería una tragedia de por sí, yo acabaría con el agua hasta el cuello.

—Yo creo que dispararle nos ayudaría.

—Espero que no —admitió Holden, pero le preocupaba que Amos tuviese razón.

Interludio

El investigador

... se comunica se comunica se comunica...

Ciento trece veces por segundo. Se comunica, pero no hay respuesta. No siente frustración, aunque hay partes de su estructura que sí. No está diseñado para tener consciencia ni voluntad, pero sí para usar cualquier cosa que encuentre. Las mentes están enquistadas en su interior, aisladas. Se usan cuando sirven para algo, como todo, y se comunica.

No es una obra. Ni siquiera es una voluntad o al menos no una que salga de la nostalgia de ese objeto. Es una presión selectiva, una que se enfrenta al caos. No tiene consciencia de sí mismo porque no piensa, pero el entorno cambia, se abre toda una urdimbre de posibilidades, por lo que crea al investigador y se dirige hacia esa nueva grieta. Hacia ese nuevo espacio. Las mentes del interior lo interpretan de manera diferente. Lo interpretan como una mano que surge de la tierra del cementerio, como si hubiesen encontrado una puerta que no estaba ahí antes. Como un soplo de aire fresco para una mujer ahogada. No es consciente de esas imágenes, pero ser consciente de ellas forma parte de él.

El investigador presiona a los aborígenes, y los aborígenes entran en acción. El entorno vuelve a cambiar. Los patrones se empiezan a entrelazar con otros patrones, pero no hay identificación porque no tiene la consciencia necesaria para identificar. Sería consciente de que los aborígenes han empezado a acelerar y que él ha empezado a reducir la velocidad, de vectores que cambian de cero a uno para luego pasar a un cero diferente en un lugar diferente. Solo si fuese consciente, pero no lo es. Se comunica.

Los patrones encajan, se reorienta y se comunica. Surge una cascada de información implícita y las partes que son conscientes ven que una flor de loto se abre para siempre, oyen un grito conformado por otros gritos que a su

vez están conformados por otros gritos que resultan en un cúmulo fractal de sonido, una oración a Dios implorando una muerte que no llega.

Se comunica, pero lo hace de manera diferente. Improvisa, como siempre ha hecho, el insecto se retuerce, la chispa cierra el hueco y se comunica.

Toca algo y, por un momento, una parte de él que es capaz de sentir siente esperanza. No es consciente de la esperanza. La respuesta no llega. No ha terminado. Nunca terminará. Se comunica y encuentra cosas nuevas. Cosas antiguas. Fluye hacia lugares por los que le resulta cómodo fluir. Hay respuestas, y las respuestas sustentan los impulsos que las crean para dar lugar a más respuestas. Todo es automático, vacío y exánime. No hay respuesta. No se siente decepcionado. No se apaga. Se comunica.

No experimenta cautela, pero la cautela forma parte de él. Se comunica, se abalanza a un espacio de nuevas posibilidades y algo muy oculto en su interior que ocupa más de lo que debería ve cómo se comunica.

Puertas y esquinas. Se comunica se comunica se comunica. Puertas y esquinas.

Las cosas podrían ponerse feas, chico.

Basia

Holden había llegado tarde.

Basia vio junto al resto de la colonia cómo el penacho del motor de la *Rocinante* iluminaba el cielo de Ilo. Quizá fuese demasiado tarde para él. Era él quien había fabricado las bombas que habían destruido la lanzadera de ECR y matado al gobernador de la ONU. Había estado presente cuando Coop y los demás habían asesinado al equipo de seguridad de ECR. Lo más seguro era que no pudiese hacer nada para redimirse. Quizá ya era hombre muerto o alguien destinado a vivir en prisión, que se podía decir que era lo mismo. Pero al mirar la línea de fuego blanco del cielo no pudo evitar sentir un atisbo de esperanza. Jim Holden había salvado a los niños de Ganímedes. Ya era demasiado tarde para Katoa, pero había salvado a los demás. Había derrocado a la malvada corporación que asesinó al pequeño de Basia. Gracias a Holden ya no existían ni Mao-Kwikowski ni Protogen. Basia nunca lo había visto en persona, solo en vídeos, y también había leído sobre él en los canales de noticias. El hecho de haber visto al hombre que había vengado de la muerte de Katoa hablando y riendo en una pantalla había creado cierta intimidad entre ellos.

Y ahora ese hombre iba a aterrizar en Ilo. ¿Sería también capaz de salvar a Basia?

Es por eso por lo que cuando la línea resplandeciente del cielo desapareció y Basia supo que Holden y su tripulación ya se encontraban en órbita, no pudo evitar sentir esa esperanza. Era la primera vez que la sentía en mucho tiempo.

Y cuando oyó el estruendo de la lanzadera al descender salió corriendo junto al resto de los colonos para ver dónde iba a aterrizar.

—¡Ya viene el mediador de la ONU! —gritaron todos. El hombre que había salvado la Tierra, querían decir en realidad. El hombre que había salvado Ganimedes. El hombre que los iba a salvar a ellos.

Una pequeña lanzadera bajó del cielo y aterrizó en la tierra compacta al sur del Primer Aterrizaje, y la mitad de la población del lugar corrió para saludar. Basia incluido.

La lanzadera se apoyó en cinco pequeñas patas y expulsó mucho calor. El pueblo esperó en silencio, demasiado emocionado para decir nada. Al cabo, una rampa bajó hasta el suelo y un terrícola achaparrado con pelo canoso y una cara muy arrugada salió de la lanzadera. No era Holden. ¿Sería uno de su tripulación? Pero llevaba una armadura con el logotipo de ECR y se suponía que Holden era un mediador imparcial.

El hombre se detuvo a medio camino en la rampa y sonrió sin ganas a todos los que lo miraban. Basia se dio cuenta de que había contenido el aliento y luego vio que el resto también lo había hecho.

—Hola —dijo el hombre—. Me llamo Adolphus Murtry. Soy el jefe de seguridad de Energías Carta Real.

¿Sería otra nave de ECR la que habían visto frenar para entrar en órbita? El hombre terminó de bajar la rampa sin borrar de su cara esa sonrisa de depredador y la multitud empezó a apartarse. Basia hizo lo propio.

—Debido al ataque de la lanzadera que acabó con la vida de muchos trabajadores de ECR y oficiales de la ONU, voy a hacerme cargo de la seguridad de este planeta. Suena a ley marcial, y ley marcial es lo que es.

Murtry silbó y diez personas más con armadura de seguridad descendieron por la rampa. Llevaban armas automáticas y lanzaproyectiles. Ningún arma disuasoria.

—Por favor —continuó Murtry—, tengan en cuenta que, debido al ataque que sufrió el primer equipo de seguridad...

—¡No hay pruebas de que haya sido un ataque! —gritó alguien entre la multitud. Coop, era Coop. Estaba detrás, con los brazos cruzados y una sonrisa petulante en el rostro.

—Debido a ese ataque —ignoró Murtry—, le he dado a mi equipo orden de disparar antes de preguntar. En caso de que se sientan amenazados, tienen permiso para usar fuerza letal para contener dicha amenaza.

Carol se abrió paso entre la multitud para enfrentarse a Murtry, que ya estaba al borde de la rampa. Coop la siguió.

—Usted no es la autoridad —dijo la mujer con una rabia que hizo que se le estirasen los tendones del cuello. Tenía los puños apretados, pero no los

había levantado y le colgaban de los costados—. No puede aterrizar aquí con un puñado de armas y afirmar que tiene derecho para dispararnos. Este planeta nos pertenece.

—¡Bien dicho! —gritó Coop al tiempo que se giraba hacia la multitud e invitaba a los demás a gritar.

—No —espetó Murtry sin que se le agriase la sonrisa—, de eso nada.

Se oyó un ruido atronador que provenía de otra nave que había atravesado la atmósfera y descendía al oeste del pueblo. Murtry casi ni levantó la vista para mirarla. «Han traído más tropas», pensó Basia.

Murtry empezó a caminar hacia el pueblo con los suyos detrás, y la multitud lo siguió desperdigada. Carol siguió hablando, pero sus palabras no sirvieron para nada. Murtry se limitó a sonreír y asentir sin bajar el ritmo. La nave que había aterrizado al otro lado del pueblo soltó una columna de vapor blanco y desapareció entre la humareda. El rugido de los motores ahogó todo lo demás.

Cuando llegaron al centro del pueblo, Basia vio a Jacek deambulando entre la multitud. Cogió a su hijo por el brazo y tiró de él con más fuerza de la que pretendía, lo que hizo que el chico soltara un gemido de dolor.

—Papá —dijo cuando Basia tiró de él—, ¿he hecho algo malo?

—Sí —gritó Basia, pero cuando vio que las lágrimas anegaban los ojos de su hijo se detuvo y se arrodilló junto a él—. No. No, hijo. Tú no, pero necesito que vayas a casa.

—Pero... —empezó a decir Jacek.

—Sin peros, chico. —Basia le dio un suave empujón en dirección a casa—. Vete a casa.

—¿Ese hombre va a matarnos? —preguntó Jacek.

—¿Qué hombre? —dijo Basia, pero solo lo hizo para tener tiempo de pensar. Sabía a qué hombre se refería. Hasta su pequeño era capaz de notar el olor a muerte que desprendían Murtry y los suyos—. Nadie va a matarnos. Vete a casa.

Basia vio cómo Jacek caminaba hacia su casa y esperó a que el chico entrara y cerrase la puerta. Cuando se dio la vuelta para dirigirse hacia la multitud, oyó el tiro.

Lo primero que pensó fue: «Jacek tenía razón. Van a matarnos».

Pero cuando volvió a la multitud vio que no iban a matarlos a ellos. Solo a Coop, que yacía tirado en la tierra con un agujero sanguinolento por globo ocular y con un charco de sangre debajo de la cabeza.

Y a Holden, con los dientes apretados y los ojos abiertos como platos.

«Tarde —pensó Basia—. Ha vuelto a llegar muy tarde».

Gente con ametralladoras recorría las calles de Primer Aterrizaje.

Basia y Lucia estaban sentados en el pequeño porche delantero y los veían pasar a la tenue luz del ocaso. Eran un hombre y una mujer, ambos con armaduras que tenían el logo rojo y azul de ECR. Ambos con armas automáticas. Ambos con expresión adusta en el rostro.

—Es culpa mía —afirmó Basia.

Lucia le apretó la mano.

—Bébetelo té, Baz.

Basia miró la taza que se le enfriaba en el regazo. El único té que tenían en la colonia era el que habían traído con ellos en las lanzaderas. Desperdiciar un lujo así era impensable. Le dio un sorbo a la taza tibia y no lo saboreó.

—Seré el próximo en morir.

—Quizá.

—O me meterán en prisión para siempre y me separarán de mi familia.

—Tú fuiste el que te separaste cuando te uniste a esos estúpidos violentos que hicieron estallar la lanzadera —imprecó Lucia—. Tú fuiste quien los llevó a las ruinas cuando mataron a los de ECR. Tú eres quien tomó cada una de las decisiones que te han llevado a esto, Basia Merton. Te quiero tanto que hasta me duele el corazón, pero eres imbécil. Muy imbécil. Y cuando te separen de nuestro lado, no te lo perdonaré jamás.

—Estás siendo muy dura conmigo.

—Soy doctora —dijo Lucia—. Estoy acostumbrada a dar malas noticias.

Basia se bebió el resto del té antes de que se enfriase del todo.

—Podría coger algo de cuerda o alguna cadena de la excavación. Quizá podamos colgar un banco por aquí y mecernos mientras estamos sentados.

—Sería genial —afirmó Lucia. El par de guardas de ECR llegó al final de la calle y se giró para desandar el camino. Ahora que el sol estaba a punto de ponerse por el horizonte, sus sombras se alargaban tanto que parecían extenderse por todo el pueblo.

—Nos hemos centrado en la extracción de litio para conseguir dinero —continuó Basia—, pero necesitamos empezar a pensar en nuestras necesidades energéticas.

—Tienes razón.

—No podemos pretender que la *Barb* nos surta de células de energía para siempre. Y algún día esa nave regresará a Palas para vender el mineral, por lo

que tendremos que sobrevivir sin ella unos años.

—También tienes razón —afirmó Lucia. Removió lo que le quedaba del té y levantó la vista hacia las estrellas—. Echo de menos ver Júpiter en el firmamento.

—Era bonito —dijo Basia—. Esta noche, cuando anochezca, tengo que reunirme con Cate y los demás.

—Baz... —empezó a decir Lucia, pero luego se quedó en silencio y soltó un triste suspiro.

—Querrán vengarse por lo de Coop y eso solo empeoraría las cosas.

—Me pregunto qué podría ser peor —reflexionó Lucia.

Basia se quedó en silencio pensando en el columpio que podría montar en el porche. También en poner un calentador mayor para los baños calientes. En construir una cocina más grande y un comedor en la parte de atrás de la casa. En todo lo que no podría hacer ahora.

Los guardas se encontraban al final de la calle larga del pueblo, casi invisibles debido a la armadura oscura y la poca luz. Basia se levantó para marcharse.

—¿Conseguirás que no maten a nadie más? —preguntó Lucia con el mismo tono con el que le preguntaría si quería más té.

—Sí —respondió Basia. Le sonó a mentira.

—Pues ve.

Se reunieron en casa de Cate. Pete, Scotty e Ibrahim. Fue hasta Zadie, y su pareja Amanda se quedó en casa para cuidar de su hijo con el ojo infectado. No era buena señal. Zadie era la más agresiva de todos, la que tenía peor temperamento. Basia había trabajado con ella en Ganímedes y, más de una vez, la mujer había aparecido por la mañana con un ojo morado o el labio hinchado debido a una pelea que había tenido la noche anterior. Todos estaban enfadados y a punto de cometer una locura, pero Zadie sería la más difícil de disuadir.

—Han disparado a Coop —dijo Cate cuando al fin llegó Scotty, el que quedaba. No era una afirmación para informarles. Todos habían estado allí. Todos lo habían visto. Era el principio de una justificación.

—A sangre fría —dijo Zadie, quien lo acentuó dándose un puñetazo en la palma de la mano—. Todos lo vimos. Le han disparado en la cara delante de Dios y de todo el mundo.

—Tengo un plan —continuó Cate—. Los de ECR aseguran que...

—¿Quién te ha puesto al mando? —preguntó Zadie.

—Murtry me ha puesto al mando.

Zadie entornó los ojos, pero lo dejó estar. Basia se revolvía en una de las esquinas del sofá de Cate. Contaba con una estructura hecha a mano cubierta de relleno que habían quitado de la nave y restos mal cosidos de la tela que el fabricante producía una vez al mes para crear ropa y otras necesidades. Cate había hecho una pequeña mesa con el análogo de la madera del lugar y la había colocado junto al sofá. No estaba muy bien hecha y la taza de Basia no dejaba de repiquetear. También había fotografías de la familia de Cate colgadas en las paredes, dos hermanas que aún vivían en el Cinturón con sus hijos. Había un jarrón de cerámica en el suelo con palos y ramas que Basia supuso que estaba ahí para decorar, no para encender un fuego.

Era un lugar demasiado domestico para el tipo de reunión que se iba a llevar a cabo. Parecía irreal que cinco personas que conocía estuviesen hablando sobre el asesinato de una docena de guardas de seguridad de ECR en el salón de Cate junto a su jarrón lleno de palos.

Scotty habló y les dijo que esperasen. No lo dijo por sentido común, sino por miedo. Pete estaba a su lado e intentaba disuadirlos para que no intensificaran el conflicto. Cate y Zadie gritaron para que los demás se callasen. Ibrahim no dijo nada, se limitó a morderse el labio inferior y mirar hacia el suelo con el ceño fruncido.

—Creo que deberíamos esperar a Holden —dijo Basia cuando se hizo una pausa en la discusión.

—Holden lleva un día aquí. ¿A qué vamos a esperar? —preguntó Cate con una voz que destilaba ironía y sarcasmo.

—Necesita tiempo para reunirse con nosotros, tiene que hacerse con el terreno —dijo Basia, cuyas palabras sonaron aún menos creíbles cuando las pronunció—. Es el mediador, puede hablar directamente con el consejo de gobierno de la APE y de la ONU. Sus recomendaciones serán las que tengan peso de verdad. Tenemos que conseguir que se ponga de nuestra parte.

—¿La APE? —espetó Zadie—. ¿La ONU? ¿Y qué van a hacer ellos por nosotros exactamente? ¿Enviar una carta llena de buenas intenciones? ¡Murtry y sus matones ya están aquí! —Zadie señaló con decisión hacia la pared, hacia la calle, hacia los guardas con ametralladoras—. ¿A cuántos de los nuestros tienen que asesinar para que empecemos a defendernos?

—Nosotros los matamos primero —respondió Basia, aunque luego se arrepintió de inmediato. Todo el mundo empezó a gritar, a gritarle en su mayoría. Se levantó. Sabía que tenía una figura imponente, fornida y con un

cuello voluminoso. Era el más grande de todos los que estaban en la estancia. Dio un paso al frente, un desafío muy físico. Esperaba que su tamaño fuese suficiente. Estaba muy seguro de que Cate podía darle una paliza cuando quisiese—. ¡Silencio! —Le hicieron caso—. Tenemos una oportunidad —continuó, esforzándose por sonar más calmado—. Pero es una muy frágil. Hemos asesinado a los de ECR.

—Yo no... —empezó a decir Zadie, pero Basia le indicó que se callara con un gesto.

—Ellos han asesinado a Coop. Ahora mismo, dan por hecho que han dejado las cosas claras, por lo que no matarán a nadie más a menos que los provoquemos. Las cosas se han equilibrado. Si nadie hace nada para mover la balanza en un sentido o en otro, Holden podrá hacer lo que le enviaron a hacer. Será capaz de ayudarnos a resolver el problema sin que haya más violencia.

Cate resopló y apartó la mirada, pero Basia la ignoró.

—Soy de los vuestros, yo tengo tanto que perder como vosotros, pero os aseguro que tenemos que tener a ese hombre de nuestra parte. Vio cómo Murtry asesinaba a uno de los nuestros y no nos ha visto hacer nada a nosotros. Tenemos la ventaja de que ahora mismo parecemos las víctimas. Vamos a dejar que siga siendo así.

Se hizo un largo silencio durante el que Basia permaneció en mitad de la estancia jadeando a causa de la emoción.

—Muy bien —aceptó Ibrahim. Había sido soldado y los demás le respetaban. Cuando al fin dijo algo, lo hizo con cierto tono de autoridad. Cate frunció el ceño, pero no dijo nada.

—¿Muy bien?

—Muy bien, grandullón —repitió Ibrahim—. Lo haremos a tu manera por ahora. Vete a hablar con ese tal Holden. Ponlo de nuestra parte. Es el que encontró a tu hijo, *sa sa*? Aprovéchate de eso.

Basia sintió rabia y vergüenza cuando mencionó a Katoa, de usarlo como manera de acercarse a Holden, pero consiguió contenerse. Ibrahim tenía razón. Usarlo le daría algo de lo que hablar con Holden y también lo haría parecer algo más afable.

—Mañana hablaré con él —sentenció Basia al tiempo que se tragaba las náuseas que acababa de sentir.

—Depende de ti, grandullón —dijo Ibrahim. Sonó a amenaza.

Basia volvió a casa en la oscuridad total de la noche de Ilo. Se arrepintió de no haber llevado una luz. Se arrepintió de haber hecho saltar por los aires una lanzadera llena de personas y de ayudar a Coop a asesinar a los guardas de ECR. Deseó que su mujer no estuviese enfadada con él y también que no tuviese razón. Deseó que Katoa aún siguiera vivo y que todos siguieran viviendo en su casa de Ganímedes y que nadie hubiese tenido que ir a Ilo para nada.

Se tropezó con una roca, cayó sobre una rodilla y se la raspó. No había manera de solucionar lo demás, pero al menos podría haber pensado en traer algo de luz.

Lucia había dejado una luz encendida en casa. Sin ella, Basia podría haberla pasado de largo sin darse cuenta. Al menos su mujer aún quería que regresase. Dejaba luces encendidas para ello. Basia sintió ganas de sonreír por primera vez en mucho tiempo.

Una sombra dio la vuelta a la casa en aquella luz tenue para entrar por la puerta de atrás. Antes de que tuviese tiempo de pensar, Basia se abalanzó corriendo sobre ella. La figura de la puerta se cubrió con los brazos. Era más pequeña que él y estaba aterrorizada.

Felcia.

—¡Papá! ¡Me has asustado!

—Pequeña, lo siento mucho. No sabía que eras tú. Solo he visto a alguien que intentaba colarse por detrás y he empezado a correr.

Felcia le sonrió con los ojos anegados en lágrimas y los labios temblorosos, pero con valentía.

—No pasa nada. Voy a entrar.

—Felcia —continuó Basia, que apoyó la mano en la puerta para evitar que la abriese—. ¿Por qué intentabas entrar en casa a hurtadillas en mitad de la noche?

—Porque salí, a caminar. —Apartó la mirada. No fue capaz de mirarlo a la cara.

—Por favor, pequeña, dime que ha sido por un chico.

—Ha sido por un chico —dijo sin mirarlo.

—Felcia.

—Voy a marcharme en la próxima lanzadera, papá —accedió, mirándole al fin a la cara—. Me marchó. Cuando James Holden consiga los permisos para la *Barbapiccola*, yo iré en ella. Desde Palas podré conseguir un transporte a Ceres. Mamá va a llamar a su antiguo tutor de la Universidad de

Ceres para que me consiga una entrevista para el curso preparativo en el Adriano, en la Luna.

Basia sintió como si alguien le acabase de dar un puñetazo en el plexo solar. Se asfixió a causa del dolor de estómago.

—Voy a ir, papá.

—No —zanjó Basia—. No vas a ir.

Elvi

El abuelo de Elvi se había vuelto a casar en los últimos años de su vida. Su nuevo marido había sido un alemán con una risa muy alegre, barba blanca y una opinión muy cínica y entusiasta sobre la humanidad. Lo que más recordaba del abuelo Raynard era lo bien que se le daba soltar ocurrencias. Tenía una para cada ocasión. Elvi pensaba que le hacían sonar más sabio y experimentado, en parte porque casi nunca estaba segura de lo que quería decir con ellas.

Una de esas ocurrencias había sido: «Una vez es nunca. Dos veces es siempre».

Cuando la lanzadera descendió, Elvi se había enterado (todos lo habían hecho) de que alguien había puesto explosivos en la plataforma, pero su experiencia con los colonos cinturianos esa misma noche había sido tan diferente que el impacto emocional y lo que había ocurrido parecía no estar relacionado con los lugareños. Alguno de los cinturianos había hecho algo terrible, pero esa persona no tenía rostro, era anónima e irreal. La doctora Merton había hecho todo lo que estaba en sus manos para aliviar a los heridos y salvar a los que estaban más graves, y eso sí que era real. Felcia, su hija, que se encontraba en el lugar más lejano al que había llegado la humanidad desde la Tierra y cuya ambición parecía querer llevarla de vuelta a la Luna, también era real. Anson Kottler y su hermana Kani, los que habían ayudado a Elvi a montar la caseta, o Samish Oe, con esa sonrisilla bobalicona, también eran reales. Carol Chiwewe, Eirinn Sanchez. Todos habían sido tan amables con Elvi que la muerte del gobernador parecía un caso aparte, algo tan excepcional que nunca volvería a ocurrir.

Pero la desaparición de Reeve y el equipo de seguridad era esa segunda vez, y Elvi había empezado a ver de manera diferente la colonia, los

científicos de ECR y su pequeña caseta que se encontraba en el exterior del pueblo. Porque la amenaza de que podía ocurrir algo violento había pasado de «nunca» a «siempre».

—¿Ha visto algo más? —preguntó Murtry.

—No —respondió Elvi—. No lo creo.

—Doctora Okoye, sé que esto ha sido muy desagradable para usted — continuó el jefe de seguridad—, pero necesito que intente recordar si vio algo más mientras se encontraba ahí fuera. Cuando vio regresar a esa persona. ¿Podría afirmar que se trataba de un hombre? ¿Una mujer?

Los recuerdos no funcionaban así, claro. Querer acordarse de algo, obligarse a ello, podía crear un recuerdo falso e información más confusa que pasar por alto algún detalle. Le pareció poco adecuado explicárselo a Murtry en ese momento, por lo que se limitó a agitar la cabeza.

—Lo siento —dijo.

—No pasa nada —la tranquilizó el hombre con un tono de voz que daba a entender que estaba muy decepcionado—. Si se acuerda de algo más, no dude en comentármelo, por favor.

—Lo haré.

—¿Se siente bien?

—Supongo. ¿Por qué?

—El mediador de la ONU también me ha pedido hablar con usted —dijo Murtry—. Pero no tiene que hacerlo si no quiere. Una palabra suya bastará para que lo mande a freír espárragos.

—No, no me importa —dijo Elvi, pero al momento pensó: «¿James Holden quiere hablar conmigo?»—. ¿Debería...? Bueno, ¿debería decirle algo en particular? ¿Sobre la situación?

La verdad era que lo único que Elvi quería era salir cuanto antes de las oficinas de seguridad. Los largos días de treinta y cuatro horas de Nueva Terra aún le confundían y no sabía cuánto tiempo llevaba allí, pero había ido a ver a Reeve cuando aún era de noche y había dormido en una de las celdas. Se había quedado en el lugar mientras Murtry y el equipo de seguridad recorrían y aseguraban el pueblo, y ahora volvía a ser por la mañana. Podían haber pasado dos días de Nueva Terra. Quizá tres de los de la Tierra. Allí la definición de «día» no era muy fiable.

—El capitán Holden tiene que entender lo grave que es nuestra situación en Ilo —comentó Murtry—. Ha venido con la idea de que hay dos bandos, por lo que sin duda buscará las diferencias. Le agradeceré cualquier cosa que pueda decirle para ayudarlo a entender que esa no es la solución.

—Vaya. Claro, por supuesto.

—Gracias —zanjó Murtry.

—¿Puedo pedirle una cosa más?

Murtry arqueó las cejas y ladeó un poco la cabeza. No pronunció el «¿qué es lo que quiere, señora?», pero era como si lo hubiese hecho físicamente.

—Los datos de mi investigación se han quedado en mi caseta —explicó Elvi—. Tengo algunos artículos a medio escribir que se quedaron allí cuando salí para hablar con... cuando vine a este lugar. ¿Tengo prohibido volver o puedo pasar a cogerlos?

—Puede volver —respondió Murtry—. ¿Sabe lo que no vamos a permitir, doctora? No vamos a ceder ni un milímetro de terreno. Sea quien sea el que ha hecho esto, lo pagará muy caro.

—Gracias —dijo Elvi.

Murtry se quedó serio por un instante. Tenía los ojos vidriosos como los animales de laboratorio que están siendo sacrificados, o eso le pareció a Elvi.

—De nada —respondió.

Elvi recorrió las calles del pueblo algo incómoda, pero menos de lo que esperaba. El pequeño asedio en el que se había visto involucrada en la oficina de seguridad mientras esperaba al equipo de rescate le había hecho sentir muy asustada y desolada. Pero ahora volvía a encontrarse con las caras reconocibles del pueblo. Dos mujeres con armadura antidisturbios de ECR avanzaban por la calle hacia ella con los rifles de asalto en la mano. Al verlas Elvi se sintió un poco más segura. Y también tenía que tener en cuenta que Holden acababa de llegar. Sin duda, las cosas no iban bien, pero empezarían a mejorar. Poco a poco. Eso debía ser suficiente por el momento.

Había otro guarda apostado en la puerta de la tienda, también con un rifle entre las manos.

—Doctora Okoye —saludó al pasar Elvi.

—Señor Smith —saludó ella.

Había estado muchas veces en el edificio de la cafetería durante las semanas que habían pasado desde su llegada a Nueva Terra. Quitando las reuniones íntimas en las casetas de investigación y las reuniones formales del pueblo en el centro social, aquel era el único lugar donde podía ir para no sentirse sola. Veía, incluso sentía, que la presencia de James Holden había cambiado la naturaleza del lugar. Antes era un lugar para la comunidad, uno público, como podría haber sido un parque municipal, sin ninguna presencia

autoritaria. Ahora había un hombre sentado como cualquier otro en una mesa cerca del fondo de la estancia, con un cuenco de arroz y una cerveza. Estaba tranquilo, con los codos apoyados en la mesa y hablaba con Fayeze, pero era él quien lideraba el lugar. Le pertenecía. Lo que antes era de todos ahora había pasado a ser propiedad de James Holden de manera incuestionable. A Elvi se le hizo un ligero nudo en la garganta y la ansiedad le aceleró la respiración.

Había visto a Holden en los canales de noticias y en varios informes. Al principio de la guerra en Marte y el Cinturón, había sido el hombre más importante del Sistema Solar y aquella fama nunca había llegado a desaparecer del todo, aunque sí que había menguado y disminuido con los años. James Holden era un icono. Para algunos era símbolo del triunfo de una sola nave contra gobiernos y empresas. Para otros era un agente del caos que había empezado guerras y amenazado la estabilidad de la especie en nombre de la pureza ideológica. Pero pensarán lo que pensarán de él, no cabía duda de que era importante. Era el hombre que había salvado la Tierra de la protomolécula. El hombre que había derrocado Mao-Kwikowski. El que había tenido un primer contacto con el artefacto alienígena y abierto las puertas que llevaban a miles de mundos diferentes.

En persona tenía un aspecto un tanto distinto a como se le veía en las pantallas. La cara ancha, pero no tanto. Su piel tenía un tono bronceado que ni los años que había pasado dentro de una nave habían conseguido borrar. El pelo castaño oscuro había empezado a canear por las sienes, pero aún conservaba esos ojos de un azul resplandeciente como el zafiro. Holden se frotó la mano contra la barbilla y asintió a algo que le acababa de decir Fayeze. Era un movimiento inconsciente y masculino que a Elvi le recordaba a animales grandes: leones, gorilas, osos. No era para nada amenazador, pero sí destilaba autoridad. En ese momento, Elvi fue muy consciente de que el hombre que solo había visto en las imágenes de un canal de noticias estaba allí mismo respirando las mismas moléculas que ella.

—¿Estás bien?

Elvi se sobresaltó. El hombre que le había preguntado era enorme, pálido y musculoso. Tenía la cabeza afeitada y un vientre compacto que le hacía parecer un bebé gigante. Le puso una manaza en el hombro para tranquilizarla.

—¿Bien? —dijo con un tono que lo hizo parecer una pregunta.

—Te he visto un poco raro hace un momento. ¿Seguro que estás bien?

—Se suponía que me iba a reunir con el capitán Holden —dijo intentando recuperar la compostura—. Me llamo Elvi Okoye y soy de ECR. Una

exobióloga que trabaja para ECR.

—¡Elvi! —saludó a gritos Favez al tiempo que le indicaba que se acercase.

Asintió al hombre pálido y se acercó a la mesa en la que estaban sentados Favez y Holden. James Holden la miró.

—Esta es Elvi —la presentó Favez—. Nos conocemos desde el posgrado.

—¿Qué tal? —saludó Elvi con un tono que le pareció muy artificial. Carraspeó.

—Encantada de conocerte —dijo Holden al tiempo que se levantaba y extendía la mano. Elvi se la estrechó como si se presentase a un cualquiera. Se sintió orgullosa por ello.

—Siéntate —comentó Favez, que trajo una silla para ella—. Hablaba con el capitán sobre nuestros problemas de recursos.

—Todavía no es un problema —aseguró Elvi—, pero lo será.

Holden suspiró y entrelazó los dedos.

—Aún tengo esperanza de conseguir negociar algo que sea justo para todos.

Elvi frunció el ceño y ladeó la cabeza.

—¿Cómo vas a conseguirlo?

Holden arqueó las cejas. Favez se inclinó hacia ella.

—Hablábamos de recursos, de litio y de dinero —dijo justo antes de volver a girarse hacia Holden—. Ella se refiere a agua y nutrientes, un contexto diferente.

—¿No hay agua suficiente? —preguntó Holden.

—La hay —aseguró Elvi con la esperanza de no ruborizarse. Claro, hablaban sobre las minas de litio. Debería haberlo sabido—. Me refiero a que sí, hay agua y nutrientes suficientes, pero también son un problema. Estamos en el interior de una biosfera del todo alienígena. Todo lo que hay aquí es diferente a lo que estamos acostumbrados. Aquí la vida es biquiral de verdad.

—¿En serio? —preguntó Holden.

—Nadie sabe lo que significa eso, Elvi —imprecó Favez.

Holden hizo como si no le hubiese oído.

—Pero los animales y los insectos del lugar tienen un aspecto... bueno, no son del todo familiares, pero tienen ojos y esas cosas.

—Porque se han visto sometidos a la misma selección natural —continuó Elvi—. Hay cosas en nuestros cuerpos que son muy útiles. En la Tierra, los ojos evolucionaron cuatro o cinco veces. El vuelo, al menos tres. La mayoría de los animales tienen la boca cerca de los órganos sensitivos. El grado de

similitudes morfológicas a gran escala es en parte lo que convierte a este lugar en una oportunidad investigativa sin igual. Los datos que he conseguido enviar desde que llegamos podrían ser motivo de estudio durante generaciones, y tan solo he rascado la superficie.

—¿Y el problema de los recursos? —preguntó Holden—. ¿Qué recursos necesitáis?

—No es que los necesitemos —respondió Elvi haciendo aspavientos—. Es que nosotros somos esos recursos. Desde la perspectiva del entorno local, somos burbujas de agua, iones y moléculas de alta energía. No nos parecemos del todo a lo demás que hay por aquí, pero solo es cuestión de tiempo que algo encuentre la manera de aprovecharse de nosotros.

—¿Como un virus? —preguntó Holden.

—Los virus son mucho más parecidos a nosotros que lo que hay aquí —respondió Elvi—. Tienen ácidos nucleicos. ARN. Evolucionaron con nosotros. Cuando algo de este planeta descubra la manera de utilizarnos como recursos, probablemente se parecerá más a una excavación minera.

Holden tenía un gesto consternado.

—Excavación minera —repitió.

—Por ahora tenemos ventaja porque nos encontramos en una biosfera antigua. Según he visto, las cosas aquí no han empezado a evolucionar de verdad hasta hace mil quinientos o dos mil millones de años. Al menos tenemos pruebas muy claras de que les llevamos más de mil millones de años de ventaja. Y también podemos desarrollar estrategias para enfrentarnos a ellos. Si pudiésemos fabricar anticuerpos que ataquen a las proteínas de lo que hay aquí, podríamos acabar con ellos como si fuesen poco más que una infección cualquiera.

—O puede que no —añadió Favez.

—Parte de la razón por la que he venido aquí y por la que acepté hacerlo es porque íbamos a hacer las cosas bien —aclaró Elvi, que notaba que cada vez se ponía más nerviosa—. Íbamos a tener un sistema cerrado. Una cúpula. Íbamos a estudiar el planeta, aprender cosas y tratarlo de manera responsable. ECR envió científicos, investigadores. ¿Sabes cuántos de nosotros tenemos certificación de sostenibilidad y conservación? Cincuenta y seis. Cincuenta y seis.

Lo dijo en voz más alta de lo que pretendía. Hizo aspavientos más bruscos, y sus palabras destilaban rabia. Los ojos de ese tono azulado e irreal de Holden la miraban, y Elvi sintió que el hombre le estaba haciendo tanto caso que irradiaba de él. Ella era consciente de lo que pasaba. Estaba

asustada, dolida y se sentía culpable por ser quien había arrastrado a Reeve y a los demás a una muerte segura. Había sido capaz de ignorarlo hasta el momento, pero cada vez le afectaba más. Hablaba de ciencia y biología, pero lo que quería decir en realidad era: «Ayúdame. Todo se ha ido al traste y no hay nadie que pueda ayudarme. Solo tú».

—El único problema es que cuando llegaron aquí ya había una colonia —dijo Holden, con un tono de voz suave como la seda—. Una colonia formada por personas que tienen muy buenas razones para desconfiar de las empresas. Y de los gobiernos.

—El lugar es muy tranquilo —aseguró Elvi—. Es bonito. Y existe. Existe y nos va a enseñar cosas con las que nunca podríamos haber soñado antes. Pero lo estamos haciendo todo mal.

Fayez suspiró.

—Tiene razón —aseguró—. A mí me gusta hablar de litio, de derechos morales y de asuntos legales tanto como a cualquiera, pero Elvi tiene razón cuando afirma lo extraño que es este lugar cuando uno lo empieza a mirar de cerca. Y también cuando ha comentado los peligros a los que no les hemos prestado atención. Porque, bueno, hemos empezado a matarnos entre nosotros.

—Os he escuchado —aseguró Holden—. Y os aseguro que lo tendré en cuenta, pero lo que más me interesa ahora mismo es eso de mataros entre vosotros. Os prometo a ambos que pondré lo de crear una cúpula de aislamiento segura en la lista y que se llevará a cabo tan pronto como solucionemos la crisis, independientemente de quien acabe teniendo el control del lugar.

—Gracias —dijo Elvi.

—Hay mucha gente buena —aseguró Fayez—. ¿Los cinturianos? Llevamos aquí meses y le puedo jurar que ninguno de ellos es un monstruo. Solo son pobres diablos que creen que empezar de cero es una buena idea. Y Energías Carta Real es una empresa muy responsable. Tienen muy en cuenta la historia y no encontrará en ella más corrupción que la media. De verdad que intentan hacer las cosas bien.

—Lo sé —aseguró Holden—. Y espero conseguir que se haga de forma más llevadera.

—Oye, capitán —llamó el hombre que parecía un bebé gigante.

—¿Amos?

—Ha llegado otra mierda legal de la ONU para ti.

Holden suspiró.

—¿Y se supone que tengo que leerlo?

—La verdad es que no creo que puedan obligarte —aseguró Amos—. Suponía que lo ibas a ignorar.

—Gracias. O algo —dijo Holden. Luego se volvió a girar hacia ellos—. Me temo que me toca lidiar con la burocracia durante un rato. Pero muchas gracias a los dos por venir. Estoy a vuestra disposición.

Fayez se puso en pie y Elvi hizo lo propio un segundo después. Ambos le estrecharon las manos y luego se retiraron a una estancia que había al fondo. Fayez salió a la calle con ella. Hassan Smith y su rifle volvieron a reconocerlos cuando pasaron junto al guarda.

El sol brillaba en el cielo que el oxígeno coloreaba de azul. Elvi sabía que era un poco más pequeño y que el espectro de luz tenía un tono algo más anaranjado, pero ya le resultaba algo más familiar. Igual que los días de treinta y cuatro horas y su caseta cercana y acogedora. Fayez se interpuso en su camino.

—¿Vuelves a la caseta? —preguntó.

—Debería —respondió Elvi—. He estado fuera desde que salí para ver a Reeve. Estoy segura de que ya tengo todos los datos. Y también más de un mensaje poco agradable que me habrán enviado de casa.

—Sí, sin duda —dijo Fayez—. ¿Seguro que estás bien?

—Eres la tercera persona que me ha preguntado lo mismo hoy —respondió Elvi—. ¿He actuado como si no lo estuviese?

—Un poco —comentó Fayez—. Pero tienes derecho a estar asustada.

—Estoy bien —espetó Elvi. La mano le picaba un poco en el lugar en el que Holden se la había estrechado. Se masajeó la piel. Al final de la calle, una cinturiana caminaba rápido con la cabeza gacha y las manos metidas en los bolsillos. Murtry y Chandra Wei iban detrás de ella con los rifles en ristre y le dedicaban una mirada suspicaz. El viento soplaba por la llanura y levantaba pequeños remolinos de polvo por las esquinas de los callejones. Elvi quería volver a su caseta, pero al mismo tiempo no quería. Quería salir de ese pozo de gravedad, volver a la *Edward Israel* y luego a casa, pero al mismo tiempo no quería marcharse de Nueva Terra ni por todo el dinero mundo. Recordó cuando era muy joven, una época en la que había algo que le enfadaba muchísimo. Recordó llorar en el hombro de su madre porque quería volver a casa, pero también que estaba en casa mientras lo hacía. Así era justo como se sentía ahora.

—No lo hagas —advirtió Fayez.

—¿Que no haga qué?

—Que no te enamores de Holden.
—Pero ¿de qué hablas? —espetó.
—Más claro me lo dejas. No lo hagas ni de broma —dijo Favez con una sonrisa cínica antes de darse la vuelta.

Holden

—Nos encontramos en la primera reunión de intercesión colonial — comentó Holden mientras miraba a la cámara que había en el otro extremo de la mesa—. Me llamo James Holden. En representación de la colonia de Nueva Terra...

—De Ilo —corrigió Carol.

—... tenemos a Carol Chiwewe, administradora. En representación de Energías Carta Real tenemos al jefe de seguridad, Adolphus Murtry.

—¿Y eso desde cuándo? —preguntó Carol. Miró con fijeza a Murtry, con una expresión indescifrable. A Holden le dio la impresión de que Carol tenía que ser muy buena jugando al póquer.

Murtry le respondió con una sonrisa. Su rostro era igual de indescifrable.

—¿Desde cuándo qué?

—Sabe muy bien a qué me refiero —espetó Carol—. ¿Qué hace aquí? Usted no es más que un empleado de seguridad. No tiene autoridad para...

—Ustedes me pusieron en este lugar —aseguró Murtry— cuando mataron al gobernador colonial. ¿Se acuerda? ¿Una explosión enorme? ¿Una nave saltando por los aires? Seguro que fue muy difícil no verlo.

Holden suspiró y se reclinó en su incómoda silla. No veía mal que discutieran un poco y soltarán todo ese veneno que había empezado a corroerles por dentro. Él podía intervenir en cualquier momento para devolver las aguas a su cauce.

ECR había ofrecido realizar aquellas reuniones en la lanzadera o en la *Edward Israel*, que habría sido un lugar mucho más cómodo. Pero la colonia había exigido que la reunión tuviese lugar en Primer Aterrizaje, lo que era sinónimo de que en lugar de contar con sillas rellenas de gel iban a sentarse

en cualquiera de las monstruosidades de plástico o metal que la colonia tuviese por ahí.

La mesa era una lámina de fibra de carbono colocada sobre cuatro patas de metal, y la estancia en la que se encontraban era tan pequeña que casi ni cabían la mesa y las tres sillas. En una de las paredes había un pequeño estante con una cafetera que había empezado a silbar y a soltar un olor amargo y a quemado. Amos estaba apoyado en la única puerta del lugar, con los brazos cruzados y un gesto tan aburrido que parecía que se había quedado dormido.

—... lanzar un sinfín de acusaciones sin pruebas para apuntalar sus reclamaciones criminales de derechos de propiedad... —decía Carol.

—Se acabó —intervino Holden—. No quiero más ataques por parte de ninguno de los dos. Estoy aquí porque así lo han solicitado la ONU y la APE, para alcanzar algún acuerdo que permita a ECR realizar el trabajo científico que están autorizados a hacer y también para que la gente que ya vive aquí pueda seguir haciéndolo. Sin que Nueva Terra...

—Ilo.

—... Ilo sufra durante el proceso.

—¿Y qué hay de los empleados de ECR? —preguntó Murtry en voz baja—. ¿Ellos sí pueden sufrir durante el proceso?

—No —espetó Holden—. No, no van a sufrir. Por eso el objetivo de estas reuniones ha cambiado a la vista de los últimos acontecimientos.

—Yo solo he visto el asesinato de una persona desde la llegada de Holden, y usted es el responsable —imprecó Carol a Murtry.

—Señora coordinadora —llamó Holden—, no puede haber más ataques al personal de ECR. Eso no es negociable. No llegaremos a ningún tipo de acuerdo a menos que todo el mundo tenga claro que hay seguridad.

—Pero él...

—Y usted —continuó Holden al tiempo que señalaba a Murtry— es un asesino y me aseguraré de que le caiga encima todo el peso de la ley...

—No tiene derecho a...

—... cuando hayamos vuelto a una región del espacio que tenga leyes —zanjó Holden—. Esto nos lleva a nuestro primer punto a deliberar. Hay dos bandos que aseguran tener derecho a administrar esta expedición, por lo que tenemos que establecer quién es el que hace las leyes de este lugar.

Murtry no dijo nada, pero sacó una pantalla flexible de su abrigo y la desenrolló sobre la mesa. Empezó a desplazar hacia abajo el texto del contrato

de la ONU que daba a ECR permisos para realizar la exploración científica de Nueva Terra. Carol resopló y empujó la pantalla hacia él.

—Sí —afirmó Holden—. ECR tiene un contrato legal de la ONU que les da el control sobre el planeta durante la duración de la misión científica. Pero no podemos ignorar el hecho de que había personas viviendo en Nueva Terra, o Ilo, meses antes de que se escribiera ese contrato.

—No, no podemos —repitió Carol.

—Por lo que tenemos que llegar a un acuerdo —continuó Holden— que permita a ECR cumplir la misión con la que vino a este planeta. Una misión que, esperamos, sirva para beneficiar a todo el mundo, colonos incluidos. Nos encontramos en un nuevo mundo que puede que contenga peligros que desconocemos. Este compromiso también tiene que ser capaz de acatar que la decisión final de los gobiernos sea que Ilo adquiriera la categoría de gobierno autónomo.

Amos roncó y levantó la cabeza, abrió los ojos un momento y luego los volvió a cerrar poco a poco.

—Sí —continuó Holden—, esa es la explicación larga y aburrida. La versión corta es que quiero que ECR pueda seguir investigando, que los colonos sigan viviendo sus vidas y también que no muera nadie más. ¿Cómo lo hacemos?

Murtry balanceó la silla en las dos patas de atrás y colocó las manos detrás de la cabeza.

—Bueno —empezó a decir—, ha tenido la sangre fría de asegurarme que planea entregarme a las autoridades cuando volvamos a la civilización.

—Así es.

—Pero según mis cálculos, los colonos —espetó esta última palabra con rabia— ya llevan más de dos docenas de asesinatos.

—Y cuando descubramos quiénes son los que los han cometido —respondió Holden—, irán de cabeza al Sistema Solar para responder por sus crímenes.

—¿Ahora se ha vuelto inspector? —resopló Murtry.

Holden sintió una sensación extraña que le recorría la columna y echó un vistazo alrededor para ver si Miller se había aparecido.

—Creo que las fuerzas de seguridad de ECR tienen que aunar sus empeños conmigo y con el señor Burton para seguir investigando los crímenes.

—Un momento —interrumpió Carol inclinándose hacia delante en la silla—. No le dejaré...

—Solo investigar. Aquí no se puede juzgar a nadie, por lo que no habrá más cargos que la prisión preventiva, y eso si tiene mi consentimiento.

—¿Su consentimiento expreso? —preguntó Murtry muy despacio, como si saborease las palabras. Sonrió—. Si dejan que mi equipo siga investigando los asesinatos mientras continuamos con las negociaciones, nos permiten tener derecho de defendernos y nos garantizan que cualquiera contra el que haya pruebas suficientes será juzgado más adelante, estoy de acuerdo.

—¡No me extraña! —espetó Carol—. Lo único que necesita para acabar con nosotros es dejar que pase el tiempo.

Holden frunció el ceño al oírla.

—¿Podría explicarse?

—Todavía no somos autosuficientes —comentó Carol—. Tenemos la *Barb* en órbita y de allí bajamos células de energía que cargamos en el motor de la nave. También nos aporta toda la comida y las semillas, pero todavía no podemos plantar nada en el planeta. Los microorganismos que hay en esta tierra no nos lo permiten. Necesitamos desesperadamente reservas de comida, abonos orgánicos y suministros médicos.

—Y ECR estará encantada de... —empezó a decir Murtry.

—Pero lo que sí tenemos es la veta más rica en litio que hemos visto jamás. Y con ese mineral seremos capaces de comprar todo lo que necesitemos. La *Israel* no ha dejado que la *Barbapiccola* envíe la lanzadera a la superficie para recolectar el litio y la ha amenazado con detenerla si intenta salir de la órbita.

—Los derechos sobre el mineral de Nueva Terra no son suyos —espetó Murtry—. No hasta que la ONU afirme que lo son.

Carol le dio una palmada a la mesa. En esa habitación tan pequeña sonó como un disparo.

—¿Ve? Solo pretenden dejar que pase el tiempo. Si consiguen evitar que llevemos el mineral a la nave el tiempo suficiente, luego dará igual quién consiga esos derechos. Aunque nos los den a nosotros, nos moriremos de hambre antes de poder venderlo.

—Lo que piden entonces es poder cargar ese mineral en la *Barbapiccola* mientras aquí seguimos negociando los derechos.

Carol abrió la boca, la cerró y se cruzó de brazos.

—Eso es —afirmó.

—Muy bien —aceptó Holden, asintiendo—. A mí me parece justo. Da igual quién termine siendo el propietario del mineral, va a necesitar un transporte, y la *Barb* es tan capaz como cualquier otra nave.

Murtry se encogió de hombros.

—Vale. Permitiremos el aterrizaje de la lanzadera para que continúe transportando el mineral. Pero en mi opinión la explotación minera supone un problema.

—¿Podría explicarse? —repitió Holden.

—Usan explosivos. El mismo tipo de explosivos que se usaron para hacer estallar la lanzadera y asesinar al gobernador. Mientras esta gente tenga acceso a los explosivos, los míos seguirán en peligro.

—¿Qué solución propone? —preguntó Holden.

—Quiero ser quien controle los suministros.

—O sea, que permitirá transportar el mineral, pero no extraerlo —añadió Carol—. La típica ambigüedad empresarial.

—No he dicho eso —aseguró Murtry al tiempo que hacía un gesto de calma con las manos que Holden se dio cuenta de que tenía cierto aire intencionadamente condescendiente—. Lo que he dicho es que seremos nosotros los que controlemos los explosivos cuando no se usen, pero sus mineros podrán tener acceso a los que necesiten. De esa manera, no desaparecerá nada para reaparecer luego en forma de bomba improvisada.

—Carol, ¿está de acuerdo? —preguntó Holden.

—Nos retrasará un poco, pero es aceptable —respondió la mujer.

—Muy bien —dijo Holden levantándose—. Lo dejaremos así por ahora. Nos volveremos a reunir mañana para repasar y pulir la propuesta de la ONU para la administración de la colonia. También tenemos que hablar de los controles medioambientales.

—La APE... —empezó a decir Carol.

—Sí, también tengo una propuesta de Fred Johnson y también la repasaremos a su debido tiempo. Enviaré un plan revisado a la ONU y a la APE antes de que termine la semana y veremos qué dicen. ¿Lo ven aceptable?

Murtry y Carol asintieron.

—Genial. Me gustaría que estuviesen conmigo cuando comunique el acuerdo que hemos tomado hoy en la reunión del ayuntamiento de esta noche. Será nuestra primera muestra de solidaridad y buenas intenciones.

Murtry se levantó y pasó junto a Carol sin mirarla ni estrecharle la mano. Solidaridad y buenas intenciones, sí.

—Bueno —dijo Amos cuando Holden salió de la reunión del ayuntamiento esa misma noche—, ¿cómo ha ido?

—Supongo que bien —respondió Holden—. He enfadado a todo el mundo.

Caminaron por la calle polvorienta en silencio durante un rato. Amos terminó por hablar.

—Qué planeta tan raro. Caminar al aire libre por la noche y no ver la luna me está matando.

—Y a mí. Mi mente no deja de buscar Orión y la Osa Mayor. Lo más raro es que los encuentro.

—No pueden ser las mismas —dijo Amos.

—Ya, lo sé. Pero es como si mi mente forzara esos patrones en las estrellas para crearlos aunque no estén alineados como tendrían que estar.

Se volvió a hacer el silencio, y luego Amos dijo:

—Sentido figurado, ¿verdad?

—Ahora sí.

—¿Te pillo una birra? —preguntó Amos cuando llegaron a la puerta de la cafetería.

—Quizá más tarde. Creo que voy a dar un paseo. Me gustan las noches de por aquí. Me recuerda a Montana.

—Vale, ya nos veremos. Intenta que no te disparen ni te secuestren ni nada de eso.

—Haré lo que pueda.

Holden caminaba despacio, y la tierra formaba nubes alrededor de sus tobillos a cada paso. Los edificios resplandecían en la oscuridad del único asentamiento humano del planeta. De la única civilización que había en aquella naturaleza salvaje. Les dio la espalda y siguió caminando.

Se alejó tanto del pueblo que dejó de ver las tenues luces, y en ese momento apareció a su lado un ligero resplandor azul. El brillo estaba junto a él, pero al mismo tiempo no lo estaba. Iluminaba un poco el ambiente, pero en realidad tampoco lo iluminaba.

—Miller —saludó Holden sin mirar.

—¿Qué tal, chico?

—Tenemos que hablar —repitió Holden.

—Si no dejas de repetirlo, la broma pierde la gracia —dijo el inspector, que tenía las manos en los bolsillos—. ¿Has venido hasta aquí para hablar conmigo? Admito que me siento un poco halagado, tal y como están las cosas por el lugar.

—¿Las cosas?

—Sí, ya sabes. Ese barrio de chabolas lleno de futuros cadáveres al que intentas tratar como si fuesen adultos. No veo manera de que esto no termine con un baño de sangre.

Holden se giró para mirar a Miller y frunció el ceño.

—Eso ha sonado mucho al viejo policía. ¿Estás ahí o aún eres esa espeluznante marioneta de la protomolécula?

—No lo sé. Ambos —respondió Miller—. Cuando quieres que haya sombra, tienes que encender una luz y poner algo que la obstruya.

—¿Puedo seguir hablando con el poli un minuto?

El hombre gris de rostro tristón arqueó las cejas justo como lo hacía cuando estaba vivo.

—¿Me estás pidiendo que use tu cerebro para intentar evitar que estos monos dejen de matarse entre ellos en este lugar tan extraño?

—No —respondió Holden—. Solo quiero algún consejo.

—Vale. Claro. Murtry es un psicópata que al fin ha encontrado un lugar en el que puede hacer las cosas espeluznantes que ha soñado durante toda su vida. Lo mejor sería que Amos le pegase un tiro. Carol y su banda de granjeros mugrientos solo están vivos porque están demasiado desesperados para darse cuenta de lo estúpidos que han sido. Es probable que mueran de hambre o debido a infecciones bacterianas de aquí a un año. Dieciocho meses como mucho. Tus amigos Avasarala y Johnson te han pasado la patata caliente y crees que lo han hecho porque confían en ti.

—¿Sabes qué es lo que más odio de ti?

—¿Mi sombrero?

—Sí, eso también —respondió Holden—. Pero iba a decir que odio todo lo que dices, aunque a veces tienes razón.

Miller asintió y levantó la vista hacia el cielo nocturno.

—Las zonas fronterizas siempre están al margen de la ley.

—Cierto —convino Miller—. Pero este lugar ya era una escena del crimen cuando llegaste.

—Poner una bomba en la lanzadera pesada fue...

—Eso no —interrumpió Miller—. Todo. El planeta en sí.

—De un tiempo a esta parte no dejo de pedirle a los demás que se expliquen. Así que venga, es tu turno.

Miller rio.

—¿Crees que alguien construiría esas torres y estructuras para luego marcharse sin más? Todo el planeta es una escena del crimen. Un

apartamento vacío con comida caliente sobre la mesa y la ropa en los armarios. Como lo de croatoan.

—Los colonos norteamericanos que...

—Aunque —continuó Miller, que le había ignorado— sin duda los que desaparecieron aquí no eran europeos estúpidos que no entendían nada. Quienquiera que viviese aquí modificaba planetas con la misma facilidad con la que se remodela una cocina. Tenía en órbita una red defensiva que podría haber vaporizado Ceres si se hubiese acercado demasiado.

—Un momento. ¿Una red defensiva?

Miller lo ignoró.

—Un apartamento vacío, una familia desaparecida. Qué miedo. Es como encontrar una base militar deshabitada. Con cazas y tanques abandonados en la pista sin nadie que los pilote. Da muy mal rollo. Aquí pasó algo terrible. Lo que deberías hacer es decirle a todo el mundo que se marche.

—Sí —afirmó Holden—. Claro, ahora mismo voy. Estoy seguro de que la discusión de quién termina viviendo en este lugar necesita una tercera facción que las otras dos puedan llegar a odiar.

—Aquí no vive nadie —aseguró Miller—, pero te juro por mi madre que terminaremos topándonos con cadáveres.

—¿Qué coño quiere decir eso?

Miller se apartó el sombrero hacia atrás y miró las estrellas.

—Nunca dejé de buscarla. A Julie. Ni siquiera cuando estaba muerta, ni siquiera después de ver su cuerpo. Nunca.

—Cierto. Espeluznante, pero cierto.

—Pues esto es lo mismo. No me gusta, pero a menos que ocurra algo seguiremos rebuscando, rebuscando y rebuscando hasta que nos topemos con lo que construyó todo esto.

—¿Y qué pasará entonces?

—Que lo habremos encontrado —sentenció.

Un hombre que Holden no reconoció lo esperaba en las afueras de la ciudad. Altura de cinturiano pero complexión y cuello anchos. Unas manos enormes que no dejaba de frotarse con nerviosismo. Holden tuvo que esforzarse para no llevar las manos a la empuñadura del arma.

—Pensé que se había perdido ahí fuera —dijo el hombre.

—No, no ha pasado nada. —Holden extendió la mano derecha—. Jim Holden. ¿Le conozco?

—Basia. Basia Merton, de Ganímedes.

—Sí, aquí todos son de Ganímedes, ¿verdad?

—Casi todos.

Holden esperó a que el hombre hablara. Basia le devolvió la mirada y siguió frotándose las manos.

—Bueno —terminó por decir Holden—, señor Merton. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Usted encontró a mi hijo. Allí... Encontró a Katoa —dijo Basia.

A Holden le llevó un instante atar cabos.

—El niño pequeño de Ganímedes. Usted es amigo de Prax.

Basia asintió. Movía la cabeza demasiado rápido, como un pájaro muy nervioso.

—Nos marchamos. Mi mujer, mis otros dos hijos y yo. Tuvimos la oportunidad de zarpar en la *Barbapiccola* y pensaba que Katoa había muerto. Estaba enfermo, ¿sabe?

—Tenía lo mismo que la hija de Prax. Problemas inmunológicos.

—Sí, pero cuando nos marchamos aún no había muerto. Seguía vivo en el laboratorio en el que usted lo encontró. Dejé atrás a mi hijo.

—Quizá —admitió Holden—. Es imposible saberlo.

—Lo sé, lo sé. Traje a mi familia aquí para que estuviesen a salvo.

Holden asintió, pero no dijo: «Está en un mundo alienígena lleno de peligros que ni siquiera sería capaz de prever y que encima no le pertenece. ¿Seguro que ha venido aquí para estar a salvo?». Aquello no iba a solucionar nada.

—Nadie puede obligarnos a irnos de aquí —sentenció el hombre.

—Bueno...

—Nadie puede obligarnos a irnos de aquí —repitió Basia—. No se olvide.

Holden volvió a asentir y, un momento después, Basia se dio la vuelta y se marchó. «Si no es un miembro de la resistencia, seguro que sabe quiénes son —pensó—. Le seguiré la pista».

Le sonó el terminal portátil. Una solicitud de llamada.

—¿Jim? —saludó Naomi. Había cierto nerviosismo en su voz.

—Aquí estoy.

—Ha pasado algo ahí abajo. Un enorme pico de energía en tu ubicación y... Esto...

—¿Esto?

—Un movimiento.

Havelock

Poco a poco, Nueva Terra se convertía en un lugar más familiar. El enorme continente del planeta y las largas hileras de islas pasaban por debajo de la *Edward Israel* cada noventa y ocho minutos, a pesar de que el periodo orbital y la rotación del planeta conspiraban para que la imagen fuese un poco diferente cada vez que Havelock miraba. Las características del planeta habían empezado a inspirarle algunos nombres, aunque nunca serían los que terminarían por aparecer en los registros oficiales. La gigantesca isla del sur era Gran Manhattan, porque el contorno le recordaba a la isla estadounidense. Las islas Cabeza de Perro estaban desperdigadas en medio del gigantesco océano del planeta y se parecían a la cabeza de un collie cuando Havelock entornaba los ojos. Lo que él llamaba Campo de Lombrices en realidad era una gigantesca red de ríos en el gran continente, y cada uno de ellos era mayor que el Amazonas o el Nilo. Al norte se encontraba la Ciudad Medialuna, una gigantesca urdimbre de ruinas alienígenas que tenía cierto parecido con una luna dibujada.

Y luego estaba la alargada llanura beis que él llamaba la Lámina y donde se encontraba el punto negro que conformaba Primer Aterrizaje, el primer sarpullido. Era pequeño, pero también el único lugar iluminado cuando la nave pasaba sobre ella por la noche. Había más lugares y ecosistemas ahí abajo, más descubrimientos que realizar y recursos que usar de los que había habido jamás en la Tierra. Le parecía absurdo que se peleasen y muriesen por esa insignificante zona desértica. Y también le parecía inevitable.

Murtry lo miraba desde la pantalla mientras oía el informe de Havelock. La gravedad le había cambiado la forma de la cara, tiraba hacia abajo de sus mejillas y de sus ojos. La verdad era que no le sentaba mal. Algunas personas están hechas para vivir en un pozo.

—Hemos tenido un incidente con Pierce y Gillett.

—¿Los dos de biología marina?

—Gillett sí. Pierce es de geología. No ha sido más que una pequeña disputa doméstica, pero... Bueno, los nervios están a flor de piel. Todos los que están aquí han venido para trabajar, pero en vez de eso se han quedado encerrados en la nave. Hacemos barridos con los sensores y a veces lanzamos una sonda de alta atmósfera, pero es como darle una galleta a alguien que se muere de hambre y que puede oler un banquete en la distancia. Están a punto de reventar.

—Entiendo —afirmó Murtry.

—Además, odian la ingravidez. El automédico se ha puesto a recetar antieméticos como si no hubiese mañana. No me extrañaría que terminaran por añadirlos al sistema de agua.

Murtry esbozó una sonrisa de indiferencia. Havelock quería sacar el tema de establecer una segunda colonia. Quizá en la zona templada, junto a un río y una playa. El tipo de lugar en el que, por ejemplo, podría colgarse una hamaca. Así conseguirían que los científicos se pusiesen a trabajar sin poner a nadie más en peligro. No dejaba de darle vueltas a la idea, pero no llegó a decirle nada a Murtry. Ya sabía lo que le iba a responder el jefe de seguridad. Hay que tratar los tumores cuando son pequeños, antes de que se extiendan. Hasta se lo imaginó pronunciando aquellas palabras. Havelock se crujió los nudillos.

—¿La lanzadera? —preguntó Murtry.

Havelock miró por encima del hombro aunque sabía que él era el único que estaba en la oficina. Luego habló en voz más baja.

—Ha habido algún retraso porque para hacerlo hay que reducir a la mitad los turnos, pero ya hay gente trabajando en ello. He pensado en cubrir la bodega con cerámica de alta densidad que creará buena metralla y poner algunos palés de los explosivos que pensaban usar los de geología, pero no creo que nada vaya a provocar una explosión mayor que el propio reactor. Ya le he quitado todos los sistemas de seguridad, tal y como me dijo. Tanto físicos como informáticos. La verdad, da un poco de miedo trabajar con ella ahora que sabemos que podría explotar en cualquier momento.

—¿Y el control?

—Ya no tiene protocolos estándar. Solo podemos hacerla volar usted y yo. Para los demás no es más que un ladrillo.

—Bien hecho.

—Al capitán Marwick no le ha gustado nada.

—Lo superará —dijo Murtry—. Mejor tenerla y no necesitarla que no tenerla y necesitarla.

—Y también contamos con el motor de la nave —añadió Havelock—. Si apuntamos con el motor de la *Israel* a la *Barbapiccola* y lo encendemos, podríamos dejarla para el arrastre.

—Y si apuntamos bien podríamos llevarnos por delante también a la *Rocinante* —continuó Murtry—, aunque ellos podrían responder. Y tienen misiles. No, nos limitaremos a estar preparados por si surge alguna contingencia. Lo que me ha recordado que tengo la solución para uno de sus problemas.

—¿Señor?

—Para lidiar con todos esos científicos aburridos. Hemos perdido mucho personal del equipo de seguridad y nos encontramos en un entorno más hostil de lo que esperábamos. Necesito que los entrene un poco.

—¿Se refiere a reclutarlos para el equipo de seguridad?

—Nada oficial —explicó Murtry—. Pero tampoco nos vendría mal conseguir que una docena de personas se familiaricen con el equipo antidisturbios y practiquen un poco en ingravidez.

Havelock asintió.

—Entiendo. Una milicia.

—He conseguido hacerme con el control de Primer Aterrizaje. Holden se cree que es el puto rey Salomón. No me importa dejar que se lo crea por ahora, pero cuando llegue el momento puede que necesitemos tomar el lugar a la fuerza. O la *Barbapiccola*. No me gustaría llegar a eso, pero hay que considerarlo como una posibilidad. ¿Podría hacerlo?

—Déjeme tantearlo —respondió Havelock—. Estoy muy seguro de que para ello habrá que infringir las políticas de la empresa. En la sede son muy quisquillosos con los protocolos.

—Fueron ellos los que nos enviaron al quinto pino y dejaron que un grupo de okupas acabara con nosotros —comentó Murtry—. La verdad es que no me importa demasiado lo que piensen. No tiene por qué ser algo oficial. Haga que parezca una asociación, como si un grupo de compañeros se reuniese para compartir su afición por las tácticas en ingravidez. Imprímales un par de armas de pintura. Lo que sea, pero asegúrese de que están preparados.

—En caso de que los necesitemos.

—Eso es —aceptó Murtry al tiempo que esbozaba su sonrisa en la gravedad del planeta—. En caso de que los necesitemos.

Técnicamente, Havelock podría haber pasado el tiempo en la sede de seguridad, amarrado en la silla de Murtry y usando su escritorio. En lugar de ello, prefería ocupar su puesto habitual junto al calabozo. Se decía a sí mismo que era porque ya había personalizado el sistema con sus preferencias y códigos de acceso, pero también sabía que era por algo más. Murtry era capaz de reclamar el espacio aunque no lo ocupase, y Havelock no hubiese estado cómodo. Por eso, cuando terminó el segundo turno, el jefe del equipo de trabajo de ingeniería fue a verlo al calabozo.

El jefe de ingeniería Matthu Koenen era un hombre corpulento con el pelo rapado y blanco que tenía una marca de nacimiento en el cuello que no se había quitado. Flotaba en el aire junto al asiento de Havelock con los brazos cruzados sobre el pecho y las piernas también cruzadas por los tobillos, como un bailarín adusto e iracundo.

—Gracias por venir —saludó Havelock.

—¿Ha pasado algo? —espetó Koenen.

—No —respondió Havelock con una voz que adquirió al momento el tono brusco de cuando estaba de servicio—. Quería pedirle que reuniese a un equipo. Una docena de personas para formar un pequeño grupo de ejercicios tácticos.

El jefe de ingeniería frunció el ceño y las arrugas de su boca se volvieron más pronunciadas. Havelock le sostuvo la mirada. Había pasado demasiados años haciendo de policía en demasiadas estaciones cinturianas como para dejarse intimidar por ese gesto.

—¿Pequeño grupo de ejercicios tácticos?

—Ejercicios en ingravidez —explicó Havelock—. Con el equipo antidisturbios. Para ejercitar el cuerpo y la mente.

Koenen levantó la barbilla sin dejar de mirar a Havelock. Era el tipo de gesto que nunca haría un cinturiano. Havelock no sabía por qué aquel gesto era tan característico de los que habían vivido en algún planeta, pero así era. Lo encontró tranquilizador.

—¿Se refiere a emprender acciones militares? ¿Ha ocurrido algo?

Havelock se encogió de hombros contra los amarres del asiento, que se agitó unos milímetros en los cardanes.

—Hay que considerarlo como una posibilidad —respondió sin darse cuenta de lo muy parecido que había sonado a las palabras de Murtry.

—Claro, sin problema. Puedo reunir a once más. ¿Cuándo quiere que nos veamos?

—¿Cuánto tardaría?

Koenen tocó el terminal portátil con la punta de dos dedos. «Puedo llamarlos ahora mismo». Havelock sonrió.

—Nos reuniremos en la plataforma de lanzaderas a las cero setecientas. Yo me encargo del equipo. Por ahora, haremos una hora de ejercicio antes del turno y todos los días.

—Lo pondré en el horario.

Asintieron, y el jefe de ingeniería se impulsó con el pie en una de las paredes de la celda hacia la escalerilla. Havelock notó algo, que se olvidaba de algo. De algo importante.

Cuando se acordó, gruñó:

—¡Jefe!

El hombre lo miró desde la escalerilla. Su cuerpo formaba un ángulo recto con el escritorio, y Havelock sintió que se mareaba y que su cuerpo sentía uno de los achaques propios de cuando intentaba determinar qué estaba arriba y qué abajo. Cerró los ojos al sentir las náuseas.

—¿Señor?

—Cuando elija al equipo —empezó a decir Havelock con los dientes apretados—, asegúrese de que no haya cinturianos.

Koenen sonrió por primera vez. Era una sonrisa sincera.

—No habrá cinturianos ni de broma —dijo.

Como ahora era el jefe de seguridad interino, se suponía que podía comer en la cantina de oficiales. Era uno de esos pequeños gestos que le daban a la nave cierto aire de continuidad, que se seguían las normas y las costumbres. Y también conllevaba algunos beneficios. Había menos cola, alcohol y en las pantallas de las paredes solían poner cosas interesantes. Ahora mismo, un oficial de la ONU con un traje gris que parecía muy incómodo tenía las manos entrelazadas sobre un escritorio amplio y acristalado. El cámara lo había enfocado de cerca pensando en los que veían la emisión desde los terminales portátiles, por lo que la cara del hombre era tan grande en la pared que Havelock podía verle los poros y las manchas en los lugares que los técnicos de la Tierra se habían olvidado de cubrirle con maquillaje.

—Nos encontramos al principio de una nueva era dorada —afirmó—. La escala es inmensa. Todo lo que hemos hecho hasta el momento, desde las primeras herramientas de piedra hasta las cúpulas de Ganímedes, se han fabricado con los recursos de un solo planeta. La Tierra. Sí, la búsqueda de minerales y recursos más escasos nos llevó a Marte y a la Luna. Y también al

Cinturón. Y la necesidad de una infraestructura cambió el sistema joviano de formas que jamás nos hubiésemos imaginado. Pero esto es una expansión que no es ni uno ni dos, sino tres órdenes de magnitud mayor que cualquiera que hayamos realizado en la historia de nuestra especie.

Havelock quitó el papel de plata de la parte superior de la comida. La carne y los pimientos se habían diseñado en ingravidez: perlas de proteínas y verduras que resistían romperse en el aire pero eran suaves y agradables al paladar. No era tan higiénico como los tubos de mejunje, pero al menos era comida. Se metió el primer pedazo en la boca. Lo humedeció con saliva y lo meneó con la lengua. La cámara de la Tierra pasó a una mujer joven y muy seria.

—Pero qué hay de los diseñadores de la protomolécula —decía—. Esa especie que la envió aquí en Febe hace tanto tiempo.

—De eso han pasado miles de millones de años —dijo el hombre del traje—. No hemos encontrado señal alguna de vida inteligente que aún persista con ninguna de nuestras sondas. Sí hemos encontrado lo que parecen ser ruinas. Y también algunas biosferas en las que hay vida. Sinceramente, hay días en los que ser consciente de algo así me quita el aliento.

—¿Y cuál es el siguiente paso? —preguntó la mujer.

«El siguiente paso es que nada más llegar a uno de esos mundos un puñado de cinturianos terroristas han okupado el lugar y empezado a dispararnos», pensó Havelock mientras ensartaba otro pedazo de comida. En la pantalla, el hombre de la ONU abrió las manos.

—Tenemos más de cuatro mil solicitudes pidiendo permiso para explorar y expandirnos a esos sistemas. Hay que tener mucho cuidado para que todo se haga de la manera correcta. Y no ayuda nada que la APE lo haya usado como excusa para aferrarse al poder.

—Malditos cinturianos —dijo una voz. Havelock se giró y vio al capitán Marwick flotando detrás de él. Tenía el pelo corto y pelirrojo, y una barba más gris que cuando habían salido de la Tierra. Havelock asintió.

—¿Le importa si me siento con usted, señor Havelock?

—Para nada —dijo Havelock parpadeando debido a la sorpresa.

El capitán se impulsó hacia la mesa y se amarró en un asiento de colisión. Detrás de él, la pantalla de la pared siguió cambiando entre el hombre de la ONU y la mujer que le entrevistaba, pero Havelock solo notó los cambios de luz y de fondo. Había pasado a centrarse en Marwick.

—¿Cómo van las cosas en la superficie? —preguntó el capitán mientras abría la caja de su cena. Pronunció las palabras como si aquello solo fuese una

conversación educada entre dos colegas de trabajo. Quizá hubiese sido así, de ser otras personas.

—Ha leído los informes —dijo Havelock.

—Claro, los informes. Escritos para la posteridad con una imparcialidad digna de estudio. No me sorprende nada que nuestro amigo en común el señor Murtry se haya puesto tan duro nada más llegar el mediador.

—Era lo que pedía la situación —explicó Havelock—. Perdimos buenos compañeros ahí abajo por tener paciencia y contenernos.

Marwick emitió un sonido que bien podría significar cualquier cosa y le dio un bocado a la comida. Centró la vista en un punto indeterminado sobre el hombro izquierdo de Havelock.

—Y sin duda estamos en una posición de superioridad, ¿no? —preguntó Marwick—. Espero que nuestro amigo de la superficie tenga en cuenta que no tiene por qué ser así.

—No sé muy bien a qué se refiere.

—Bueno, si nos ponemos estrictos yo no formo parte de la expedición, ¿verdad? La *Israel* es mi nave. Mi rango de capitán me permite cumplir con las demandas y exigencias de la sede central, pero en realidad no soy más que un transportista. Y, en algún momento, tendré que volver a cruzar esa puerta con mi transporte y me encontraré con Fred Johnson y su base armada hasta los dientes esperándome al otro lado. Me gustaría que no se me considerase un objetivo a derribar.

Havelock masticó despacio y frunció el ceño. Apretó los dientes a medida que se incrementaba su rabia.

—Nosotros somos los que acatamos las normas. Vinimos a este lugar con un equipo científico y una cúpula de aislamiento. Los contratamos para fabricarnos una plataforma de aterrizaje, pero nos han asesinado. Nosotros somos los buenos.

—Y la superioridad moral es maravillosa —comentó Marwick como si estuviese de acuerdo—. Pero no detendrá un torpedo. Y tampoco alterará la trayectoria de los proyectiles Gauss. Lo que haga nuestro amigo en común en la superficie tendrá consecuencias que se verán reflejadas más allá de estas fronteras. Y aquí hay algunos, entre los que me incluyo, a los que nos gustaría regresar a casa algún día.

Marwick volvió a darle un bocado a la cena, con una sonrisa de arrepentimiento en el rostro y asintió como si Havelock hubiese dicho algo. Se desamarró del asiento.

—Estás cajitas le llegan a uno al alma aunque no lleguen a satisfacernos del todo, ¿verdad? Daría mi cojón izquierdo por un filete de verdad. Bueno, ha sido un placer, señor Havelock, como siempre.

Havelock asintió, pero la ira de su interior vagó entre la irritación y la pura rabia. Sabía que en parte lo sentía porque era lo mismo que hubiese sentido Murtry de encontrarse sentado allí en su lugar, pero ser consciente de ello no aplacaba sus ánimos. Le sonó el terminal portátil. Era un mensaje del jefe de ingeniería Koenen. Lo tocó para abrirlo.

he conseguido reunir al equipo y uno de los chicos está diseñando un logo para el club, algo que ayude a mantener alta la moral.

Havelock le echó un vistazo al boceto. Era un figura masculina y estilizada, fornida y sin facciones, que levantaba el puño por encima de la cabeza. El dibujo representaba el cuerpo de un terrícola y también violencia. Havelock lo miró mucho rato antes de responder.

está genial. asegúrate de que también hace uno para mí.

Elvi

—¿Cómo que «movimiento»?

—Después de detectar el pico de energía —explicó Holden—, la *Rocinante* hizo un barrido por la ubicación. Varios, en realidad.

Levantó un terminal portátil, y Elvi lo cogió. La mujer intentaba mantener la seriedad y no parecer impresionada. Por Dios, era científica y aquello era una cuestión muy seria, ya no era una niña que se había metido en el grupo de la familia para fardar de que había estado con James Holden en su caseta. Pasó las imágenes adelante y atrás. Las pasaba rápido porque el cerebro de los humanos estaba programado para percibir el movimiento, por eso resultaba más sencillo identificar las sombras.

—Se ha movido algo —afirmó—. ¿Sabemos qué es?

—No tenemos muchos satélites en órbita para sacar imágenes satelitales —respondió Holden—. Y la *Roci* es más navío de guerra que de investigación.

En cualquier otro lugar del Sistema Solar hubiese sido diferente. Había tantas cámaras con una sensibilidad extraordinaria que nada de lo que pasase en aquel vacío abisal dentro de la órbita de Júpiter podía pasar desapercibido si alguien quería saberlo. Era otro recordatorio de lo lejos que estaban de casa y de todos los axiomas del día a día que no podían aplicarse en aquel lugar.

—¿Qué ha sacado en claro la *Israel*? —preguntó Elvi.

—Nada mucho mejor —respondió Holden—. Por eso vamos a salir, aunque la distancia solo se puede cubrir con un vehículo. Estaremos fuera la mayor parte del día.

—¿Por qué? —preguntó—. He visto que tiene un buen tamaño, pero es normal que haya organismos de ese tamaño en el océano o en entornos más fríos.

—Los organismos no emiten picos de energía —explicó Holden—. Hay muchas cosas moviéndose por el planeta todo el tiempo, pero esta acaba de empezar a hacerlo.

Elvi tocó la imagen y la amplió hasta que la sombra llegó a emborronarse.

—Tienes razón. Hay que investigarlo —aceptó—. Deja que vaya a por mi equipo.

Una hora después, estaba en la parte trasera de un vehículo de carga junto a Favez. Holden iba delante, en el asiento del acompañante, y era Chandra Wei la que conducía. Un rifle de aspecto espeluznante botaba junto a Wei, cerca por si algo los atacaba por sorpresa. El motor del vehículo chirriaba, y las ruedas rebotaban contra las piedras del suelo del desierto, erosionado por el viento.

—¿Por qué no ha venido Sudyam? —preguntó Elvi entre gritos para que la oyesen en la cabina a pesar de la ventisca.

Favez se acercó a su hombro.

—Wei pensaba que sería mejor que alguien del equipo de trabajo de exobiología sobreviviese si esto no salía bien.

Elvi abrió los ojos como platos y luego miró a la mujer que estaba en el asiento del conductor.

—¿En serio?

—No usó esas palabras exactamente —respondió Favez.

No había frontera, valla ni carretera que marcase que habían salido de Primer Aterrizaje. Las colinas de tierra y piedra subían y bajaban, organismos similares a hierba y hongos que estaban afianzados al suelo quedaban aplastados bajo las ruedas del vehículo.

Poco a poco, aquellas ruinas que se habían convertido en un punto de referencia para Elvi en Nueva Terra se estrecharon, empequeñecieron y desaparecieron. Apoyó la cabeza en la barra antivuelco del vehículo y dejó que las vibraciones de la tierra se extendieran por su cráneo. Wei la miró por encima del hombro, y Elvi le sonrió. Los recuerdos de cientos de salidas de campo en la universidad hicieron que su cuerpo añorase la cerveza y la marihuana, y la ansiedad se apoderó de ella cuando se dio cuenta del viaje que habían emprendido en realidad. Durante semanas, había encontrado todos los días nuevos organismos o información que era del todo nueva para la humanidad, y ahora iba de camino a toparse con algo que seguro sería aún más alienígena. Nadie había usado la palabra protomolécula, pero el término flotaba en el ambiente. Los animales no emitían picos de energía. Los alienígenas sí.

En el cielo amplio y resplandeciente que se abría sobre ellos, ráfagas de viento a mucha altura convertían las nubes verdes y rosáceas en estrechas volutas. En la Luna se especulaba que aquella extraña coloración de las nubes era indicativo de que había en ellas algún organismo, algo que transportaba sus propios minerales por los cielos y usaba el vapor de la misma manera que los salmones usaban los estanques de desove. Solo era una hipótesis. La verdad podía ser mil veces más extraña. O también lo más común del mundo. Elvi miró una de esas delgadas nubes y vio cómo el sol la adelantaba muy despacio. Favez escribía con rabia en su terminal portátil. Wei conducía con la concentración e intensidad de las que siempre hacía gala desde que habían bajado a la superficie. O sea, desde que Reeve y los demás habían desaparecido.

Elvi reflexionó sobre lo que conllevaba que salieran así a lo desconocido, que recorrieran un planeta que no sabían qué peligros podría albergar, pero lo que más miedo le daba era lo que podía ocurrir con los lugareños de Primer Aterrizaje. Se suponía que Nueva Terra era peligroso, salvaje y desconocido y por ahora había estado a la altura de las expectativas, pero los peligros de la gente eran peores porque no eran predecibles, y Elvi tenía miedo de lo que podía pasar la próxima vez.

No se había percatado de que estaba adormilada hasta que Favez le puso la mano en el hombro y la agitó con cuidado para despertarla. Señaló hacia arriba. Un punto resplandeciente iluminaba el cielo azul como Venus visto desde la Tierra. Se volvía más brillante a medida que avanzaba hacia el oeste. Detrás de él se formaba una delgada estela blanca, la única línea recta perfecta que cruzaba el cielo en esos momentos. Una lanzadera. Elvi frunció el ceño.

—¿Esperábamos una lanzadera? —preguntó.

—No es nuestra —comentó Favez—. Es de la *Barbapiccola*. La explotación minera ha vuelto a ponerse en marcha.

Elvi negó con la cabeza. No dejaban de cometer errores estúpidos e imprudentes uno detrás de otro; relacionados entre sí, lo que los hacía parecer inevitables. La colonia conseguiría el mineral, contrataría abogados y firmaría acuerdos. Jamás podrían montar la cúpula de aislamiento. Lo que podría haberse convertido en una investigación limpia y segura terminaría por convertirse en un trabajo de recuperación para corregir y descartar impurezas. Le dio la impresión de que Favez sabía en lo que Elvi estaba pensando.

—Ningún protocolo de investigación resiste el contacto directo con el lugar a explorar, Elvi. Ya estaba todo perdido.

El sol ya se encontraba a palmo y medio del horizonte, y el vehículo ascendió por otra de los miles de cuevas que había recorrido desde que empezara el viaje. Wei frenó y apagó el motor. Favez se levantó de su asiento y apoyó los hombros en la barra antivuelco. Holden dijo un taco en voz muy baja.

—Bueno —susurró Favez—, al menos no ha sido muy difícil de encontrar.

Esa cosa estaba encajada en la depresión entre dos colinas. Su enorme caparazón era del mismo blanco nacarado que Elvi había visto en las paredes de las ruinas, pero lo que estaba viendo ahora no daba la sensación de ser un trabajo arquitectónico. Tenía forma insectil, miembros largos y articulados que parecían patas y no parecían hundirse demasiado en la tierra compacta. De su espalda sobresalían dos apéndices más largos: uno era gris y lleno de espinas, con un exoesqueleto lleno de tierra por todas partes, mientras que el otro no dejaba de agitarse de manera muy extraña. Tenía cinco círculos negros en el abdomen que parecían ojos, pero no se movieron para mirarlos. Al menos Elvi no distinguió que lo hiciesen.

—¿Qué es eso? —preguntó Wei. Elvi se dio cuenta de que el rifle parecía haber aparecido en las manos de la mujer por arte de magia. No lo había visto llegar ahí.

—No lo sé —respondió Elvi—. Jamás he visto nada parecido.

—Yo sí —aseguró Holden—. Es una de sus máquinas. Fuera lo que fuese, lo que fabricó la protomolécula había dejado... cosas como esta en la estación que hay entre los anillos. Pero eran más pequeñas. Vi cómo una de ellas mataba a alguien.

—Me estás diciendo... —empezó a decir Wei con voz tranquila y contenida—. ¿Me estás diciendo que esa cosa tiene varios miles de millones de años?

—Yo diría que sí —respondió Holden.

Favez silbó por lo bajo.

—Que no está muerto lo que yace eternamente. O algo así era.

El monstruo del desierto se movió de forma irregular, las patas parecieron agitarse con torpeza. El brazo que se movía se retorció hacia ellos y luego se derrumbó en el suelo. El cuerpo se estremeció y tembló como si intentara volver a levantarlo.

—Mirad —anunció Elvi—. Allí.

Por toda la curva de nivel del fondo del valle entre las colinas, las piedras se habían quedado limpias. No quedaba nada de aquella hierba con aspecto

fúngico. Ni lagartos ni pájaros. Era como si una mano gigantesca hubiese descendido con una esponja y limpiado el lugar. Ahora Elvi sabía lo que estaba viendo: esa cosa levantaba la fauna y la flora local con las patas y se alimentaba de ella a través de unos pequeños orificios quitinosos que le recorrían el vientre.

—¿Está... comiendo?

—En la estación —continuó Holden—, los marines intentaron matarlos con una granada. Las máquinas acabaron con la vida del hombre que la tiró y usaron su cuerpo. Lo reprocesaron en aquel mismo lugar. Lo convirtieron en una pasta que usaron para reparar el daño que habían sufrido.

—Tiene sentido —reflexionó Elvi—. La protomolécula también se dedicó a readaptar sistemas biológicos durante el incidente de Eros.

—Me alegra saber que tiene sentido, doctora Okoye —dijo Wei con ironía—. En su opinión como científica, ¿podría esta cosa ser una amenaza para nuestra expedición?

—Claro, podría serlo —respondió Elvi al tiempo que oía cómo Holden se atragantaba.

La cosa se abalanzó hacia delante, perdió pie y luego volvió a su posición anterior. Era como ver un juguete roto o un perro atropellado que se retorció moribundo. Era fascinante, arrebatador y no podía dejar de mirar.

—Creo que será mejor que nos marchemos —dijo Holden con la voz constreñida por el miedo—. Pero ya mismo. Nada de esperar.

—¿No vinimos aquí para esto? —preguntó Wei, que apuntó con el rifle.

—Pero ¡qué haces! —gritó Holden—. ¿Acaso no me has oído decir que convirtió en pasta a esos marines?

La respuesta salió del cañón de Wei. Las balas trazadoras dejaban líneas rojas y resplandecientes en el aire y pequeñas explosiones aparecían en los lugares en los que impactaban. La cosa se estremeció y agitó un apéndice, pero Wei se limitó a meter un cargador nuevo en el arma cuando se le acabó el primero y siguió disparando. La criatura se intentó acercar a Wei, pero luego se apartó de ella. De sus heridas en el costado rezumaba un líquido verde grisáceo. El ruido del rifle era ensordecedor.

Se sacudió por última vez y soltó un plañido agudo que les hizo apretar los dientes. Se derrumbó en el charco de líquido con las patas extendidas. Wei bajó el cañón del arma hasta que la dejó apuntando al suelo. Con gesto muy serio miró a Holden, quien tenía las manos apoyadas en el salpicadero del vehículo y los nudillos blancos. Se había quedado pálido como la ceniza.

—Espero que esto no sea un problema, señor —comentó Wei.

—Pero ¿estás mal de la puta cabeza? —dijo Holden gritando muy nervioso—. ¡Esa cosa podría haberte matado!

—Sí, señor —respondió Wei—. Y por eso la he matado yo.

—¿Sí? —preguntó Holden con voz cada vez más desesperada—. ¿Estás segura? ¿Y si no lo está? ¿Podemos... podemos quemarla o algo así?

Wei sonrió.

—Sí —respondió—. Podemos quemarla.

Una hora después, el enorme y rubicundo disco solar alcanzó el horizonte. Las llamas bailaban alrededor del cadáver de la criatura y se elevaban más que las de una fogata. Un humo negro y denso ascendía hacia las nubes y todo parecía apestar a acelerante. Wei había sacado una pequeña tienda del vehículo y Favez la había montado. Elvi estaba en pie y sentía en el rostro el calor del sol y del fuego. Iba a ser una noche muy larga. Allí todas lo eran.

—¿Estás bien? —preguntó Favez.

—Estoy bien. Me gustaría haber podido rescatar alguna muestra, eso sí.

En el centro de las llamas, la cosa resplandecía. Tenía el caparazón al rojo vivo y habían empezado a abrirse unas pequeñas grietas que partían de las juntas. Era bonito a su manera y se sentía al mismo tiempo aliviada y triste. No era una reacción emocional a la que estuviese acostumbrada.

Wei insistió en montar guardia toda la noche, y Holden se ofreció a hacer el primer turno. Parecía incómodo de una manera en la que Elvi jamás hubiese podido llegar a imaginarse a James Holden, capitán de la *Rocinante*. Vulnerable. Elvi estaba tumbada en la tienda con la cabeza por fuera. Favez roncaba suavemente a su lado. Wei se había acurrucado en la parte trasera del vehículo con una manta muy fina y del lugar no llegaba sonido alguno. Elvi miraba a Holden y le oía susurrar para sus adentros, un sonido muy humano en aquel planeta tan inhumano. No le entró sueño. Dos horas después, se rindió, se levantó de aquella cama incómoda y fue al encuentro del capitán. En aquel mundo en el que no había luz de luna, solo resplandecía el brillo anaranjado de la pira de la criatura moribunda y el tenue titilar de las estrellas. Holden era poco más que un contorno y un bulto caliente.

—No puedo dormir —anunció Elvi.

—Yo tampoco creo que vaya a poder —confesó él—. Odio el miedo que me dan esas cosas.

—Me sorprende oírte decir algo así.

—¿Esperabas que me gustase? —Elvi casi lo oyó sonreír. En el cielo, una estrella fugaz cruzó sobre ellos y se desvaneció poco después.

—No estoy acostumbrada a oír a los hombres hablar de sus sentimientos —dijo—. Estuviste en Eros cuando ocurrió el desastre, ¿verdad? Pensaba que después de eso no tendrías miedo a nada.

—No funciona así. Después de lo de Eros, todo me daba miedo. De hecho, aún estoy intentando calmarme. —Rio entre dientes. Cuando volvió a hablar, lo hizo con un tono más serio—. ¿Crees que esa cosa era una máquina o un animal?

—No creo que sea una distinción que ellos tuviesen en cuenta.

—¿Te refieres a los diseñadores? ¿Cómo vamos a saber cuál es su opinión sobre cualquier cosa?

—Bueno, algo si podemos discernir —comentó Elvi—. Ponían sus aspiraciones en esos diseños. Unas que han llegado hasta nuestros días. Sabemos que conocían la importancia de la autorreplicación y que eran capaces de controlarla.

No lo vio, pero sintió que el hombre se giraba hacia ella. Elvi tenía muy en cuenta que era una mujer sola con un hombre en la oscuridad de la espesura. Le dio la impresión de que el entorno lo hacía más íntimo.

—¿Y cómo es que sabemos eso? —preguntó Holden.

—Por los lugares a los que enviaron la protomolécula —explicó Elvi—. El universo tiene características que se podría decir que son muy constantes. El carbono siempre es carbono. El nitrógeno siempre es nitrógeno. Se relacionan de la misma manera y forman las mismas estructuras. Todos los sistemas que he analizado contaban con al menos un planeta capaz de generar replicadores orgánicos.

—¿Te refieres a cosas con ADN?

—O cosas que actúan como si fuesen ADN. Ellos se limitan a enviar constructores que hacen de puente y les permiten usar esos replicadores biológicos básicos, tengan la forma que tengan. Pueden usar una biosfera como si fuese una fábrica enorme e interconectada. Es probable que esa sea la manera que tienen de propagarse. Se centran en los lugares que tienen los elementos necesarios para construir las puertas que luego servirán para llegar. Es como si se tomaran la colonización galáctica como algo muy a largo plazo.

Elvi se inclinó hacia delante y apoyó la mano en la parte delantera del vehículo. No tocó a Holden, pero sí dejó los dedos en un lugar en el que el capitán podía tocarlos por error. Al norte, un animalillo emitió un agudo trino.

—Llevaba aquí miles de millones de años —comentó Holden—. Y lo hemos matado con un rifle y unas pastillas para encender fuego.

—También hay que tener en cuenta que no parecía muy saludable, pero sí, seguro que no esperaban toparse con algo tan avanzado ni agresivo como nosotros. Construyeron estructuras que han durado miles de millones de años. Las ruinas. Esa cosa. Los anillos. Todo.

—A veces me da la impresión de que parecen dioses. Dioses irritados y vengativos, pero dioses al fin y al cabo.

—No —espetó Elvi—. No son más que organismos que no llegamos a comprender. Organismos que tienen sus propias limitaciones. Están adaptados a su ecosistema, igual que nosotros. Trece mil mundos pueden parecer demasiados cuando llevamos mucho tiempo solo en uno, pero no son más que gotas del océano que hay afuera, y solo atendiendo a nuestra galaxia.

—Tenían más.

Elvi emitió un sonido inquisitivo.

—Tenían más —explicó Holden—. Pero algo los atacó, y ellos intentaron detenerlo. Hicieron estallar sistemas planetarios al completo. Muchos. Y luego, al ver que no había funcionado, desconectaron la red. Se pusieron en cuarentena a ellos mismos y no consiguieron evitar perecer.

—Eso no lo sabía.

—Yo lo vi. O algo así. Un tipo que conozco lo está investigando.

—Me gustaría hablar con él —pidió Elvi.

—No creas, hablar con él es menos útil de lo que supones.

Wei se agitó en sueños. Elvi bostezó, aunque no estaba muy cansada.

—¿Por qué despertó? —dijo Holden al tiempo que señalaba con la cabeza la criatura alienígena—. ¿Fue culpa nuestra? ¿Sabía que estábamos aquí?

—Quizá —respondió Elvi—. O quizá es algo que hacen cada cierto tiempo. Solo hemos visto una. Puede que haya muchas y sean criaturas que veremos habitualmente por aquí. O quizá haya pocas y serán escasas. Quizá solo existiese esta. No tenemos datos suficientes.

—Supongo que no, pero ojalá pudiese saber cómo terminará todo.

—Yo no. Hay muchas cosas de mi vida que han ido mejor de lo que imaginaba, por lo que he terminado cogiéndole el gusto a las sorpresas. Cuando estaba en la facultad en Kano daba por hecho que iba a terminar haciendo análisis medioambientales en la luna Europa durante toda mi carrera. Pero mira.

—¿Kano?

—En mi juventud, pasé mucho tiempo en la Zona de Interés Colectivo del África occidental. Al norte de Nigeria. Volví allí para entrar en la universidad.

—¿En serio? —preguntó Holden con tono animado—. Uno de mis padres varones tenía familia en Nigeria.

—¿Uno de los varones?

—Tengo varios —explicó—. Es un grupo parental ampliado.

—Ah, algo he oído.

—Es una gran familia nuclear, lo que hace que tenga muchos parientes. Podríamos ser primos.

—Espero que no —dijo Elvi entre risas, aunque luego deseó no haber pronunciado esas palabras. Se hizo un silencio horrible. No le vio la cara a Holden, pero podía imaginársela. La sorpresa. La vergüenza. Retiró la mano y volvió a colocarla sobre los muslos.

—Yo... —empezó a decir él.

—Puedo encargarme del resto de la guardia si quieres —propuso Elvi. El ánimo que desprendía su voz sonó un tanto impostado, hasta para ella misma—. Tampoco creo que vaya a dormir mucho.

—Eso sería... genial —aceptó Holden—. Gracias.

—Ten cuidado con Fayez, por cierto. Siempre roba la manta.

James Holden se alejó del vehículo. Elvi oyó que sus pasos se dirigían a la tienda y luego los crujidos del plástico cuando el capitán se echó en la cama. La mujer se inclinó hacia delante con los brazos alrededor de la cintura. La cosa del desierto ya no era más que ascuas que resplandecían de un naranja apagado en la oscuridad de la noche pero no emitían luz alguna. Fue incapaz de olvidar la humillación que había sentido, dolorosa como si se hubiese cortado con un papel.

—Estúpida —susurró—. Estúpida, estúpida, estúpida.

La negrura alienígena parecía estar de acuerdo con ella.

Basia

Coop y Cate eran de la vieja escuela de la APE, de cuando la Alianza de Planetas Exteriores era poco más que unas opiniones compartidas y unas armas. Se habían alistado al mismo tiempo en la época en la que llevar el círculo dividido a la vista era ilegal. Habían aprendido el oficio evitando los puestos de control armados de la Coalición Tierra-Marte, poniendo bombas, traficando con armas y, en definitiva, actuando como los terroristas que los interianos les habían acusado de ser. La única razón por la que ambos no habían ido a los campos de concentración de por vida era porque, en cierto sentido, la APE había ganado. Después de Eros, los planetas interiores habían empezado a tratar a la organización como a un gobierno de verdad, y muchos de los soldados de la APE habían evitado el enjuiciamiento gracias a la amnistía *de facto*.

Ahora Cate no era más que una minera, como el resto, pero podía usar palabras como «ventaja táctica» y sonar como si de verdad supiese de lo que hablaba.

—El terreno y la superioridad numérica son nuestras ventajas tácticas — dijo Cate al pequeño grupo que se había reunido en su casa—. Pero las armas son un problema. No podemos hacer nada contra eso. Aún podemos conseguir explosivos, pero el trato que ha firmado Holden con ECR hace que sea mucho más arriesgado.

—Que le den a Holden —espetó Zadie.

—Negociaremos pronto con él —respondió Cate.

El público lo conformaba la banda habitual. La infección ocular del hijo de Zadie había empeorado mucho y su mujer se había quedado en casa para cuidarle a todas horas. A Basia le daba la impresión de que Zadie buscaba un chivo expiatorio para resarcirse por el dolor de su familia. Pete, Scotty e

Ibrahim también estaban allí, los veteranos de la escaramuza con el personal de seguridad de ECR. Aquello les daba cierta posición social en el grupo, y se habían aferrado a ella. También había algunos nuevos. Otros miembros de la colonia que hacía poco estaban dudosos y no sabían cómo tratar con ECR, pero que habían sido impulsados a la ofensiva revolucionaria debido a las tácticas brutales de Murtry. Personas que consideraban que Coop era un mártir.

—¿Cómo? —preguntó Scotty—. ¿Cómo vamos a negociar con Holden?

—Yo creo que deberíamos librarnos de todos los problemas con una operación a gran escala —comentó Cate—. De Murtry y de su equipo. De Holden y de su matón. Todos al mismo tiempo. La clave para ganar una guerra así es el dinero.

—Tenemos que salirles muy caros y que se planteen si merece la pena hacerse con el lugar —dijo Ibrahim. Él también había sido de la APE.

—Eso mismo. Así es como echamos a los interianos del Cinturón. Si no es viable a nivel económico, no lo harán. Cada uno de los cadáveres que enviemos de vuelta al Sistema Solar será un clavo más en el ataúd de esa empresa. —Cate se dio un puñetazo en la palma de la mano para acentuar la afirmación.

—No entiendo. ¿Cómo es que matarlos va a ayudarnos a conseguir nuestro objetivo? —preguntó Basia. Había aceptado acudir a la reunión con la esperanza de conseguir que los demás mantuviesen la cabeza fría, pero a medida que avanzaba la reunión lo veía cada vez más difícil.

—Para enviar nuevas tropas al frente tienen que realizar un viaje de dieciocho meses —respondió Cate—. Eso significa que tendrán que usar un carguero preparado para viajes de larga distancia y que lo perderán de vista como mínimo durante tres años. Y durante el año y medio que pasen de camino aquí podremos afianzar nuestra posición. Montar campamentos en las colinas. Expandirnos. Para superarlos, tendrán que realizar una operación militar a gran escala. La estación Medina no lo aceptará aunque estén molestos con nosotros por haber forzado la situación.

—Una alianza coercitiva —añadió Ibrahim, que asintió.

—De manual —puntualizó Cate.

La estancia se quedó en silencio mientras todos reflexionaban sobre lo que acababa de decir. El techo de metal traqueteó y se agitó debido al viento y la arena del exterior. Las ventanas rechinaron por el frío de la noche. Allí dentro había una docena de personas que respiraban aquel aire alienígena.

—Pero ya están aquí —comentó Basia después de carraspear para romper el silencio—. Pueden realizar esa operación militar, ¿no?

—¿Quién? —preguntó Scotty.

—La *Rocinante* —respondió Basia—. Ahora mismo está en órbita. Es una nave de guerra con cañones, torpedos y a saber qué más. Si matamos a Holden, ¿no podría limitarse a dispararnos?

—¡Ojalá lo haga! —le gritó Cate—. Por Dios, ojalá. Unos pocos vídeos con colonos muertos, asesinados por naves de la ONU que están en órbita, y no tendremos que hacer nada para ganarnos la opinión pública.

Basia asintió como si estuviese de acuerdo, pero lo que pensó en realidad fue: «Creo que estoy en el bando equivocado».

—Iremos a por los dos grupos a la vez —explicó Cate. Su voz había adquirido la misma cadencia que solía tener la de Coop. Era como si el espíritu de aquel hombre siguiese por el lugar—. Tienen a dos personas patrullando a todas horas, por lo que vamos a necesitar que un equipo los siga hasta que demos la señal. Apostaremos un segundo equipo en el edificio de seguridad en el que se encontrarán Murtry y el resto de los suyos. Nuestro tercer equipo irá a la cafetería, lugar en el que pasan la noche Holden y su tripulante. Creo que Scotty e Ibrahim deberían estar en el equipo uno. Yo me encargo del...

Cate continuó hablando sin parar sobre la matanza como si fuese un rompecabezas que resolver o un juego que fuesen a ganar. Coordinó los ataques para que tuviesen lugar al mismo tiempo y nadie llegase a dar la alarma. Usó palabras como «campo de tiro» o «disparar a matar» como si no significasen matar a tiros a una docena de hombres y mujeres mientras duermen. El pequeño grupo asentía y le seguía el juego. Basia se sorprendió por la facilidad con la que algo inconcebible podía convertirse en rutina.

—Mi hijo vive aquí —interrumpió Basia.

—¿Cómo? —preguntó Cate, que puso un gesto de auténtico desconcierto. Basia la acababa de interrumpir—. Yo no...

—Las fotos de los cadáveres que enviaremos a los canales de noticias —continuó Basia—. Serán de nuestros hijos. De mi hijo.

Cate parpadeó, aún demasiado desconcertada como para enfadarse.

—*Comme tu dis?*

—Mi intención era venir y hablar con vosotros de cometer alguna estupidez —dijo Basia al tiempo que se levantaba para dirigirse a todos los que se encontraban en la estancia—. Pensé que quizá que ahora que no estaba Coop podríamos terminar con esto. Pero aquí ya no se están comentando

estupideces. Ahora habláis de matar a amigos y familia para que sus cadáveres colmen las noticias. Eso es cruel. No puedo formar parte de algo así.

La habitación volvió a quedarse en silencio, menos el ruido de la arena, de las ventanas y de las respiraciones.

—Si intentas detenernos... —empezó a decir Ibrahim, pero Basia se giró para enfrentarse a él.

—¿Qué? —preguntó, acercándose lo suficiente para que su aliento agitara los pelillos de la barba rala del hombre—. Si intento deteneros, ¿qué? No dejes la amenaza a medias, machote.

Ibrahim eran más pequeño que él. Bajó la vista y no dijo nada. Basia sintió un alivio bochornoso porque fuese Ibrahim quien le hubiese plantado cara y no Cate. A Cate le tenía miedo. Nunca había sido capaz de enfrentarse a ella.

—*Dui* —dijo dando un paso atrás para dirigirse a todos de nuevo—. Me voy.

Empezaron a hablar entre susurros después de que se cerrase la puerta al salir Basia, pero él no fue capaz de oír lo que decían. Empezó a sentir un cosquilleo en la nuca. Se preguntó si no se habría pasado de la raya y si esa gente se quedaría satisfecha matándolo solo a él y no también a Lucia.

Cuando se encontraba de camino a casa, se topó con los dos guardas de ECR que patrullaban la zona. Eran dos mujeres con una armadura pesada que les daba un aspecto corpulento y peligroso. Una de ellas, con la piel blanca y el pelo negro azabache, lo saludó con la cabeza al pasar. Su misma presencia era amenazadora: la armadura, el rifle de asalto enorme que sostenía en las manos, las granadas de aturdimiento y las esposas que llevaba colgadas del cinto. Le dedicó una sonrisa amistosa que le pareció fuera de lugar. Basia no pudo evitar imaginársela desangrándose en la calle con un tiro en la espalda perpetrado por uno de los de su bando.

Lucia lo esperaba en el porche, sentada con las piernas cruzadas sobre un cojín grande y bebiendo algo que soltaba volutas de humo al cielo nocturno. No era té. Ya casi no les quedaba. Seguro que era agua caliente con un poco de saborizante de limón. Unos saborizantes artificiales que también estaban a punto de acabárseles a menos que consiguieran el permiso para empezar a comerciar con el mineral.

Basia se sentó en el duro suelo de fibra de carbono que había junto a ella e hizo un ruido sordo al caer.

—¿Y bien? —preguntó Lucia.

—No atenderán a razones —suspiró Basia—. Hablaban de matar a los de ECR. A todos. Y también a Jim Holden y a los suyos.

Lucia agitó la cabeza, una ligera negación.

—¿Y tú?

—Llegados a este punto, es posible que también hayan llegado a la conclusión de que tienen que matarme a mí. No creo que lo hagan mientras no me interponga en sus planes, pero no puedo formar parte de esto. Lo he dicho. Siento muchísimo haber dejado que llegase tan lejos, Lucy. Soy muy imbécil.

Lucia le dedicó una sonrisa triste y le puso la mano en el brazo.

—Si ahora no haces nada, es como si aún siguieses de su parte.

Basia frunció ceño. La brisa nocturna aún levantaba el olor a tierra de la tormenta de arena reciente. Olor a cementerio.

—No puedo hacer nada solo.

—Holden es quien tiene que hacerlo. Ya ha regresado de lo que fuese a hacer con el equipo científico en el desierto. Podrías hablar con él.

—Lo sé —dijo Basia, admitiendo que era algo que ya había pensado. El hecho de que fuese necesario no le hacía sentir menos culpable por traicionar a sus amigos—. Lo sé. Lo haré.

Lucia se sintió aliviada y rio. Al ver la mirada inquisitiva de Basia, lo agarró por los brazos y lo acercó a ella.

—Estoy tan feliz de saber que el Basia del que me enamoré sigue ahí dentro.

Basia se relajó y se entregó al abrazo, sintiéndose querido y a salvo por un momento.

—Baz —susurró Lucia en su oreja.

«No digas nada que arruine este momento», pensó él.

—Felcia se marcha en la lanzadera de la *Barbapiccola*. Ya. Esta misma noche. Le he dado permiso.

Basia se apartó de su mujer y la sostuvo por los hombros con ambos brazos extendidos.

—¿Que va a hacer qué?

Lucia frunció el ceño y agarró con fuerza los antebrazos de Basia.

—Déjala ir.

En su voz había cierto tono de advertencia.

Basia la soltó y se puso en pie. Lucia lo llamó, pero él ya había empezado a correr a toda velocidad por el camino hacia la plataforma de aterrizaje.

Al llegar, se sintió tan aliviado al ver que la lanzadera aún seguía allí que estuvo a punto de desmayarse. Uno de los carritos eléctricos de la colonia

pasó chirriando junto a él y estuvo a punto de atropellarle en la oscuridad. Estaba lleno de mineral. No habían terminado de cargar la lanzadera. Tenía tiempo.

Felcia se encontraba a unos pocos metros de la esclusa de aire con una maleta en cada mano y hablaba con el piloto. Se encontraban dentro de un resplandeciente haz de luz que salía de los focos de trabajo que rodeaban la nave, y su piel olivácea brillaba. El pelo negro le cubría la cara y le caía por la espalda en largos tirabuzones. Los ojos y la boca se abrían y movían con ilusión, hablaba de algo que la emocionaba mucho.

Basia la vio tan guapa en ese momento que empezó a dolerle el pecho. Cuando Felcia lo vio, esbozó una amplia sonrisa. Antes de que su hija pudiese decir nada, Basia la abrazó y la apretó con mucha fuerza.

—Papá —saludó con voz preocupada.

—No, cariño, no pasa nada. —Agitó la cabeza sin despegarla de la mejilla de Felcia—. No he venido a impedirte que te vayas. Es que no... no podía dejar que te marchases sin despedirme.

Sintió que unas lágrimas se le derramaban por las mejillas. Felcia lloraba. La agarró por los hombros y la apartó para mirarla a la cara. Su pequeña, tan mayor pero llorando en sus brazos. No pudo evitar imaginarse a la niña de cuatro años que había sido, la que lloraba cuando se caía y se hacía daño en las rodillas.

—Papá —repitió con voz constreñida—. Tenía miedo de que me odiases por irme. Pero mamá dijo que...

—No, cariño, no. —Basia volvió a abrazarla—. Te vas a ir. Y cuando permitan a la nave salir de la órbita, irás a Ceres, te convertirás en doctora y tendrás una vida fantástica.

—¿Por qué?

«Porque los que viven aquí creen que tu muerte puede ser una buena herramienta para ganarse a la opinión pública. Porque ya he perdido a todos los hijos que me puedo permitir. Porque no quiero que me veas cuando terminen por arrestarme».

—Porque te quiero, cariño —dijo en lugar de eso—. Y quiero que salgas ahí y seas maravillosa.

Felcia le abrazó y, durante ese momento, el universo volvió a equilibrarse. Basia vio cómo subía en la lanzadera y se detenía junto a la esclusa para despedirse con la mano y lanzarle un beso volado. Vio cómo el carrito traía la última carga del mineral y la metían en la bodega. Vio cómo la lanzadera despegaba entre un rugido atronador y una ola de calor.

Luego se dio la vuelta y se dirigió al pueblo para ir a buscar a Holden.

Holden y Amos estaban sentados en el pequeño bar de la cafetería. Amos se dedicaba a beber y a contemplar a todos los que entraban por la puerta. Sostenía el vaso en la mano izquierda y no apartaba la derecha del arma que tenía en el cinturón. Holden escribía a mucha velocidad en un terminal portátil que había apoyado en la mesa. Ambos parecían muy tensos.

Basia se acercó a ellos con una sonrisa y los saludó con la cabeza, con las manos visibles y bien separadas del cuerpo. Amos le devolvió la sonrisa. El cuero cabelludo del grandullón estaba pálido y resplandeciente bajo los leds blancos de la cafetería. Se inclinó hacia delante con un gesto muy natural y nada amenazador, y Basia se dio cuenta de que la postura le dejaba el arma más cerca de la mano, aunque podía tratarse de una casualidad.

Eran el tipo de detalles de los que antes no se habría percatado. Coop, Cate y la violencia de los últimos meses le habían dejado con los nervios a flor de piel y veía la violencia por todas partes. Cuando miró a Amos, sospechó que su instinto no se equivocaba del todo.

Levantó las manos y dijo:

—Capitán Holden, ¿puedo sentarme un momento?

Holden levantó la cabeza de improviso, asustado y sobresaltado. Basia estaba muy seguro de que el capitán no tenía miedo de él y se preguntó a qué se debía esa reacción. ¿A Murtry y sus matones de la empresa? ¿Le había contado alguien a Holden el ataque que planeaba Cate?

—Claro —accedió Holden. El miedo desapareció de su rostro con la misma velocidad con la que había aparecido. Señaló una de las sillas vacías junto a la mesa—. ¿Qué puedo hacer por usted?

Amos no dijo nada, se limitó a conservar esa vaga sonrisa. Basia se sentó y se aseguró de dejar las manos sobre la mesa a simple vista.

—Capitán, he venido a advertirles.

—¿Advertirnos? —preguntó Amos al momento. Holden no dijo nada.

—Hay una banda. La que atacó y asesinó al personal de seguridad de ECR antes de su llegada. Planean matar a los que quedan en algún momento durante los próximos días. Quizá ocurra mañana por la noche.

Holden y Amos intercambiaron una mirada fugaz.

—Eso es lo que esperábamos —comentó Holden—. Pero no es lo más importante...

Basia no le dejó terminar.

—También planean matarlo a usted.

Holden se envaró en la silla. Parecía más ofendido que enfadado.

—¿A mí? ¿Por qué iban a querer matarme a mí?

—Creen que su muerte serviría para enviar un mensaje —respondió Basia con tono pesadoso—. También la han cogido contra los que controlan los explosivos.

—Te lo dije —dijo Holden a Amos—. A nadie le gusta comprometerse.

Basia cogió la botella de la mesa y le dio un largo trago sin darse cuenta de que lo hacía. Seguro que era de ellos, ya que era mejor whisky que cualquiera de los que había en la colonia. Sintió un calor agradable en la garganta y el vientre, pero no lo calmó tanto como esperaba. Fue a dejar la botella cerca de Amos, pero el grandullón lo detuvo.

—Quédatela, hermano. Parece que la vas a necesitar.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Basia a Holden.

—¿Con el asesinato? Nada. Da igual, porque nos largamos de aquí.

—¿Que nos qué?

—Que vamos a evacuar el planeta. Todos y cada uno de nosotros.

—No —espetó Basia—. Nadie va a salir de aquí. No podemos. —«Ayudé a matar a gente para quedarnos aquí».

—Sí, sí que podéis —aseguró Holden—. En este planeta está pasando algo terrible, y no tiene nada que ver con unos cinturianos obstinados ni los sociópatas del equipo de seguridad de una empresa.

Basia le dio otro gran trago a la botella. El alcohol empezaba a dejarle un poco aturdido, pero no lo había tranquilizado.

—No entiendo.

—En este lugar vivía alguien —explicó Holden al tiempo que hacía un gesto que abarcaba todo lo que había a su alrededor. A la mente embotada por el alcohol de Basia le costó un poco darse cuenta de que no se refería a la cafetería—. Quizá se hayan ido o quizá no, pero han dejado muchas cosas atrás, cosas que han empezado a despertar. Así que antes de que esto acabe siendo como Eros pero con un cielo mucho más bonito, tenemos que poner los pies en polvorosa.

Basia asintió sin llegar a entender nada. Amos le sonrió y dijo:

—Las torres y los robots, tío. Esas movidas alienígenas. Parece que algunas están despertando.

—Voy a enviar un mensaje a la *Roci* ahora mismo para que lo reenvíen al consejo de la ONU y de la APE —continuó Holden—. Mi recomendación será que todos estemos en órbita tan pronto como sea posible. Pediré a la

Barbapiccola y a la *Israel* que me cedan el mando debido a la emergencia para que todo sea más fácil.

—Eso no ocurrirá —aseguró Basia en voz baja.

—Sé que es complicado —dijo Holden—, pero puedo llegar a ser muy persuasivo. Cuando tenga el mando...

—No van a irse —zanjó Basia—. La gente ya ha sangrado por esta tierra. Ha muerto por ella. Están dispuestos a matarse para quedarse aquí. Estoy segurísimo de que nos quedaremos aquí y lucharemos contra cualquier cosa que pretenda hacer que nos marchemos.

—Siempre y cuando quede alguien para hacerlo.

—Sí, claro —añadió Basia—. Siempre y cuando quede alguien para hacerlo.

Holden

Murtry y el equipo de seguridad habían convertido el pequeño puesto de avanzada prefabricado en una fortaleza. Habían rociado las paredes interiores con una espuma de absorción de energía que parecía nata montada pero formaba una barrera balística que podía detener pequeños proyectiles y explosivos ligeros. También había una gran caja con armas cerrada con protección biométrica junto a una de las paredes. Dentro solo había unas pocas. Como Holden no sabía exactamente con cuántas armas contaban los de seguridad, aquello podía ser una buena o una mala noticia.

Murtry estaba sentado detrás de un pequeño escritorio sobre el que descansaba un terminal portátil. Se reclinó en la silla con las manos detrás de la cabeza y una ligera sonrisa en el gesto. Parecía un hombre que contaba con todo el tiempo del mundo.

—¿Me ha oído cuando le he dicho que esa gente planea asesinar a su equipo? —insistió Holden.

—Ojalá dejase de usar esa palabra —dijo Carol Chiwewe. Estaba empecinada en estar presente en todas las reuniones de Holden con los de ECR, y a él le había parecido una solicitud razonable. Pero ahora que los suyos preparaban un ataque, a Holden le daba la impresión de que podían correr algún riesgo.

—¿Asesinar? —preguntó Murtry—. «Terrorismo» tampoco suena mal. «Homicidio» siempre me ha sonado demasiado legal. Pretencioso.

—Un momento —interrumpió Holden antes de que Carol respondiese al cebo de Murtry—. Déjenlo ya. Mi capacidad para seguir interesado en su trifulca de mierda aquí en la superficie también tiene un límite. Esto ya ha dejado de ser una negociación sobre derechos o una discusión sobre quién disparó primero a quién.

—¿Ah, sí? —dijo Murtry—. ¿Y ahora qué es entonces?

—Ahora es el momento de que sea yo quien les diga lo que vamos a hacer.

—Decirnos —repitió Murtry.

—Usted no está al mando —imprecó Carol. Holden contuvo el enfado que le hizo sentir que esos dos solo se pusiesen de acuerdo para hacerle la vida más difícil.

—Hay dos cosas que han cambiado hace poco y una que no —explicó Holden, afanándose por mantener un tono cordial—. La violencia está a punto de escalar, y nosotros acabaremos en medio de una guerra sin cuartel entre la colonia y ECR. Además, algo que seguro que es más importante: esa cosa alienígena que queda en el planeta ha empezado a despertar.

—¿Y qué es lo que no ha cambiado? —preguntó Murtry.

—¿Cómo?

—La cosa que no ha cambiado.

—Cierto —dijo Holden inclinándose sobre la mesa para acercarse a él—. Soy el único del sistema que tiene un navío de guerra en órbita. Así que, teniendo en cuenta esas tres cosas, vamos a abandonar este planeta antes de que ustedes, imbéciles, se maten entre sí o antes de que los alienígenas nos maten a todos.

—¿Ahora nos amenaza? —dijo Carol detrás de él.

Holden respondió sin apartar la vista de Murtry:

—Lo que haga falta para conseguirlo. Empiecen a reunir a los suyos para la evacuación. Haga que las lanzaderas de la *Israel* bajen a la superficie. Ahora mismo. La *Israel* se marchará conmigo dentro de treinta horas y más le vale estar dentro cuando nos larguemos.

—No puede hacerlo —dijo Carol. Holden se giró de improviso para encararla.

—Puedo hacerlo. Vamos a hacer que la lanzadera de la *Barb* vuelva a bajar a la superficie y le sugiero que consiga que los suyos hagan las maletas con todo lo que les importa y empiecen a subirse a ella cuando llegue. Porque la *Barb* también se marcha.

Carol apretó los labios y los puños.

—¿Ha terminado? —preguntó Murtry con tranquilidad—. ¿Puedo protestar?

—No puede —dijo Holden, que acercó una silla al escritorio y se sentó para demostrarle al jefe de seguridad que no tenía la situación bajo control a pesar de estar en su despacho.

—Así que este es el precio de la fama —continuó Murtry—. Es usted una de las personas más famosas del Sistema Solar y por eso le han enviado. La fama le hace creer a uno que tiene poder, pero no es más que fachada.

—Eso no, pero el hecho de tener el control de la *Rocinante*...

Murtry volvió a hacer el mismo aspaviento condescendiente que había hecho con Carol.

—Se ha ganado esa fama por ser alguien que intenta salvar a todo el mundo. Por ser el caballero de la triste figura del Sistema Solar. Por enfrentarse a gigantes como Protogen o Mao-Kwik. Su nave tiene el nombre adecuado.

Murtry rio al ver que Holden fruncía el ceño.

—Sí, he leído el libro —continuó Murtry—. Le han enviado aquí por eso. Nadie espera que el gran James Holden se decante por un bando ni apoye en secreto a los colonos o a una de esas horribles empresas de la Tierra. Usted es un hombre sin motivaciones secretas ni oscuros ideales.

—Genial —comentó Holden—. Gracias por la descripción. Ahora llame a los suyos y...

—Pero estamos a dieciocho meses de distancia de la ley, y el único poder de verdad que tienen aquí fuera es la violencia.

—Aquí el violento es usted —comentó Carol con tono acusatorio.

—Lo soy —accedió Murtry—. Entiendo mejor que los demás cuándo hay que usarla. Y si hay una cosa que sé de usted, señor Holden, es que usted no la entiende. Si el que me amenazase fuese esa bestia que ha traído a la superficie, tendría que tomármelo en serio. Pero a usted no me lo tomo en serio. Tiene en órbita un navío de guerra que podría convertir la *Israel* y la *Barbapiccola* en migajas resplandecientes y luego asolar este planeta hasta que no quedase vida humana en el sistema planetario. Pero usted no va a apretar ese gatillo y ambos lo sabemos, así que guárdese sus amenazas. Son de risa.

—Está usted fuera de control —acusó Holden—. Está loco, y tan pronto como ECR lo descubra...

—¿Descubra qué? ¿Que el mediador de la ONU se ha asustado porque había un artefacto alienígena en un planeta alienígena y yo no? —interrumpió Murtry—. Envíe un informe. Estoy seguro de que con su reputación y el apoyo de la ONU y de la APE se tomarán muy en serio sus palabras. Y quizá, quizá dentro de tres años llegará un sustituto para relevarme.

Holden se levantó y colocó la mano en la empuñadura del arma.

—A lo mejor le sustituyo yo ahora mismo.

La estancia se quedó en silencio por un momento. Carol contuvo el aliento. Murtry miró a Holden con el ceño fruncido, sorprendido de verdad por primera vez. Holden esperó sin dejar de mirarlo a los ojos, tan enfadado que hubiese sido capaz de apuntar con el arma a Murtry y furioso consigo mismo por haber llegado a ese punto.

Murtry sonrió. No hizo nada para aliviar la tensión del momento.

—Si hubiese traído a su amigo, esa amenaza quizá hubiese significado algo. Ambos sabemos quién es el asesino de su tripulación.

—Si cree que no estoy dispuesto a pegarle un tiro ahora mismo para salvar a todos los que se encuentran en este planeta, está claro que no me conoce absolutamente nada.

Se oyeron unos pies arrastrándose por el suelo cuando Carol se acercó a la puerta para apartarse de la supuesta línea de fuego. Holden no había dejado de mirar a Murtry. El hombre le mantuvo la mirada con el ceño fruncido durante varios segundos y luego esboza una ligera sonrisa.

«Ahí va», pensó Holden, e intentó que la adrenalina no hiciese que le temblase la mano.

El terminal portátil que estaba sobre el escritorio anunció una solicitud de llamada con un graznido, y Holden se sobresaltó tanto que sacó la mitad del arma de la funda sin poder evitarlo. Murtry no se movió. El terminal volvió a graznar.

—¿Puedo responder? —preguntó Murtry.

Holden asintió y volvió a soltar el arma en la pistolera. Murtry cogió el terminal y aceptó la llamada.

—Aquí Wei —dijo una voz.

—Adelante.

—El equipo está en posición. Todos los pájaros se encuentran en el nido y todo está listo. ¿Permiso concedido?

—Un momento —dijo Murtry, que soltó el terminal y miró de nuevo a Holden—. Entiendo que aún le dé miedo lo que ocurrió en Eros. Entiendo que pierda el control cada vez que ve cualquier cosa alienígena, ¿quién no? Le perdono las amenazas y le agradezco que su propósito inicial al venir aquí fuese advertirme de que mi equipo estaba en peligro. Me confirma que, a pesar de nuestras diferencias, están intentando de verdad salvar a los míos.

—Nadie tiene por qué morir aquí —dijo Holden con la esperanza de que Murtry estuviese echándose atrás.

—Estrictamente hablando, eso no es cierto —respondió Murtry—. Se me da muy bien mi trabajo. ¿Cree que no sabía nada de esa pequeña revuelta? Lo

sabía antes que usted.

Los equipos de seguridad que patrullaban el pueblo no se habían acercado tanto como para oír nada.

—Ha puesto micrófonos ocultos en el pueblo.

—En todos y cada uno de los edificios —explicó Murtry—. Pero aunque le agradezco que haya venido a advertirme, diría que tengo la situación bajo control.

—¿Ha puesto micrófonos en mi pueblo? —preguntó Carol, cuya rabia había empezado a ganarle terreno al miedo.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Holden—. No cometa ninguna estupidez.

Murtry se limitó a sonreír, cogió el terminal portátil y dijo:

—Equipo de asalto, permiso concedido.

Los disparos del exterior quedaron ahogados por la espuma que cubría las paredes y sonaron como una traca de leves estallidos. Como fuegos artificiales que estallaban en la distancia o un sello hidráulico averiado que empezase a fallar.

—Oh, no —dijo Carol antes de salir corriendo hacia la puerta. Holden la siguió mientras rebuscaba el terminal portátil para llamar a Amos.

Fuera, el sonido era atronador. Los estallidos irregulares de los disparos retumbaban en el tranquilo ambiente nocturno y los resplandores estroboscópicos iluminaban el pueblo en la distancia. Holden corrió hacia los disparos sin dejar de gritar por el terminal portátil para decirle a Amos que se reuniese con él. Se tropezó en la oscuridad, se le cayó el aparato al suelo, pero no se detuvo a recogerlo.

En la frontera septentrional del pueblo se encontró con el resto del equipo de seguridad de Murtry, que disparaba a una de las casas. Alguien le devolvía los disparos desde el interior. Los de seguridad gritaban a los de la casa para que se rindieran, y los de la casa les respondían con insultos y más disparos. Una humareda salía de una de las ventanas rotas. Había algo ardiendo en el interior.

—¡Parad! —gritó Holden mientras corría hacia los de ECR. Lo ignoraron y siguieron disparando a la casa. Una de las de ECR recibió un tiro en el pecho, y la armadura emitió un golpe seco y apagado al detener el proyectil. La mujer cayó al suelo de espaldas y gritó a causa del dolor y de la sorpresa. El resto del equipo apuntó hacia la ventana de la que había venido el disparo y reventó el marco y la pared a tiros.

El fuego del interior se extendió de repente con una llamarada que sonó como una ráfaga de viento. Alguien gritó dentro debido al pánico o al dolor.

La puerta delantera, que ya era poco más que una masa de restos de fibra de carbono a causa de los disparos, se abrió de improviso. Una mujer salió corriendo con un rifle en las manos. El equipo de seguridad le disparó y la convirtió en un borrón de sangre, y la mujer cayó al suelo por las escaleras sin dejar de retorcerse.

—¡Está en llamas! —gritó Holden al tiempo que agarraba por los brazos y empezaba a agitar al integrante del equipo de ECR que se encontraba más cerca de él—. ¡Tenemos que sacarlos de ahí!

La respuesta del hombre fue empujarlo para quitárselo de encima.

—Retírese hasta que aseguremos la zona.

Holden respondió al empujón con tanta fuerza que tiró al hombre de ECR al suelo y corrió hacia la mujer que había caído delante de la casa. Alguien del interior debió pensar que iba a atacarlos, porque un disparo de escopeta restalló y levantó una pequeña explosión de tierra un metro por detrás de él. Los de ECR volvieron a abrir fuego, y Holden acabó metido de lleno en el fuego cruzado, otra vez.

«Otra vez», pensó alguna parte calmada y distante de su cerebro que no dejaba de maravillarse de lo a menudo que se veía envuelto en ese tipo de situaciones.

Se tiró al suelo y rodó hasta cubrir a la mujer sin dejar de gritarle a todo el mundo que parase. Nadie le hizo caso. El fuego de la casa volvió a avivarse con una ráfaga ensordecedora, y el calor quemó la piel de la cara y de las manos que Holden tenía al descubierto. Los disparos del interior cesaron de repente, y ECR siguió disparando poco después. Holden cogió a la mujer del suelo por los brazos y la arrastró lejos de las llamas. Se tropezó cuando llegó hasta el personal de ECR y cayó a sus pies.

—Ayudadla —gruñó a la mujer que se agachó para ver cómo estaba. Se apoyó con las manos y las rodillas para levantarse, pero se quedó en el sitio, aturdido y mareado.

Otro miembro del equipo de seguridad ya se inclinaba sobre la herida.

—Está muerta.

Holden se volvió a derrumbar, privado de toda fuerza. Demasiado tarde. La gran picadora de carne de la que había intentado salvar a esas personas seguía masticando implacable, y ellos hacían fila para tirarse en el interior. Los de ECR habían empezado a ayudar a su camarada herida, aunque ella insistía en que estaba bien y que la armadura había detenido el proyectil, que no sería más que un moratón. Alguien bromeó diciendo que los idiotas habían llevado tirachinas a un tiroteo, y todos rieron. Mientras, la casa ardía y el aire

quedaba impregnado de un humo negro y acre, olor a poliepóxido caliente y carne asada.

Los de ECR recordaron que Holden estaba allí y varios de ellos se acercaron para ver cómo estaba.

—Atadlo —dijo una. Wei. La que había ido con ellos a ver aquel robot alienígena. La que le había disparado. Bajó la vista y no había atisbo alguno de compasión en su mirada.

—Que os den —dijo Holden mientras intentaba volver a levantarse—. Y una mierda me vais a atar.

Wei le dio un golpe en el pecho con la empuñadura del rifle para volverlo a tirar al suelo. Otro de los miembros del equipo de seguridad apuntó a Holden con el rifle. De improviso, sintió que había muchas posibilidades de que le disparasen de un momento a otro.

—Tranquilos todos —dijo alguien con voz calmada. Murtry apareció entre la oscuridad—. Nadie va a disparar al capitán Holden.

—Ha intentado ayudar a los terroristas —imprecó Wei.

—¿Ah, sí? —preguntó Murtry fingiendo sorpresa—. No lo ha hecho, ¿verdad, Holden? Eso sería una violación de la neutralidad que demanda su posición. ¿No?

—He intentado ayudar a una mujer a la que acababan de disparar —respondió Holden, que había vuelto a intentar levantarse poco a poco. Le dolía el esternón, pero daba igual, solo era cada vez que respiraba.

—Suenas razonable —comentó Murtry—. ¿A eso se refería con lo de que había intentado ayudar a los terroristas?

Wei asintió y luego apartó la mirada, molesta.

—Entonces no hay razón para detenerlo —continuó Murtry, con una voz demasiado animada.

«Está loco —pensó Holden—. Como una cabra. Podría matarlo ahora mismo y terminar con todo». Fue capaz de imaginarse a Miller asintiendo como respuesta a dicho pensamiento.

—Señor —llamó Wei, rifle en ristre y apuntando hacia la oscuridad que ocultaba la parte de detrás del fuego—. Ahí vuelven.

—Tranquilita —dijo Amos justo antes de entrar en el haz de luz. Iba con Basia Merton, Carol Chiwewe y buen número de colonos.

—Dios mío —suspiró Carol sin dejar de mirar el fuego—. ¿Ha conseguido escapar alguien?

Uno de los de seguridad señaló con el rifle al cuerpo que yacía en el suelo.

—Ella.

—Zadie —dijo Basia—. La han matado.

Murtry dio un paso al frente y carraspeó. Cuando se aseguró de que todos lo miraban, dijo:

—Mi equipo ha rodeado la casa en la que una célula terrorista estaba preparándose para asesinarme a mí, al resto del destacamento de seguridad de ECR y al capitán Holden. Portaban armas de fuego y seguramente explosivos. Cuando el equipo de seguridad les exigió que saliesen del edificio desarmados y con las manos en alto, fueron ellos los que abrieron fuego. Todos los terroristas murieron cuando les devolvimos los disparos, y es posible que los explosivos que los terroristas planeaban usar fueran los causantes de la explosión en la casa. Todo lo demás se ha hecho acorde a las normas, de manera proporcional y siempre con la intención de proteger de cualquier peligro al personal de ECR y al mediador de la ONU y la APE.

Carol contempló la casa en llamas con expresión anonadada.

—Proporcional...

—Señor Merton —continuó Murtry—. Me alegra mucho que esté aquí. Sargenta Wei, ponga bajo custodia a Basia Merton.

—¿Qué? —preguntó Basia al tiempo que levantaba las manos y empezaba a caminar hacia atrás—. ¿A mí por qué?

—No —zanjó Holden poniéndose delante de Wei y plantándole las manos en el pecho de la armadura—. Eso no va a ocurrir.

—El señor Merton formaba parte de la conspiración —aseguró Murtry en voz muy alta para que le oyesen el resto de los colonos que se habían reunido—. Atendió a la reunión secreta en la que planearon el ataque y también tenemos pruebas concluyentes de que formó parte del ataque en el que asesinaron a cinco de mi equipo. Quizá también esté relacionado con la muerte del gobernador Tryng. —Luego bajó la voz y continuó—: Apártese, Holden, o le pasaremos por encima.

Wei le sonrió sin atisbo alguno de gracia en el gesto. Otro de los miembros del equipo de ECR que llevaba unas esposas de plástico los rodeó para alcanzar a Basia.

Amos se puso delante de Basia y le dio un puñetazo en la cara al de ECR. Sonó como si un martillo hubiese golpeado un trozo de carne. El de seguridad cayó al suelo como una marioneta a la que le acabasen de cortar las cuerdas.

—Ni de broma —dijo Amos antes de agitar la mano derecha y poner un gesto de dolor—. Au.

El resto del equipo de seguridad levantó los rifles y lo encañonó. Holden vio que Amos bajaba la mano derecha hacia el arma, se puso delante de él y

gritó:

—¡Basta!

—Ese vendrá con nosotros —dijo Murtry señalando a Basia—. Les guste o no. Ignoraremos por ahora el ataque que acaba de sufrir uno de los de mi equipo. Podemos achacarlo a la emoción del momento.

—Da igual porque todos vamos a salir de aquí —aseguró Holden en voz baja, dirigiéndose a Murtry más que a la multitud.

—Usted no tiene autoridad para ordenar a nadie que se vaya —respondió el jefe—. Creía que ya se lo había dejado claro.

—Mientras tanto —continuó Holden como si Murtry no hubiese dicho nada—, la ONU se encargará de la custodia de este hombre. Basia, que ayudará en la investigación. Lo llevaremos a mi nave, donde no será una amenaza para los suyos y, cuando llegemos a casa, usted podrá presentar las pruebas pertinentes y hacer que lo arresten.

—Volver a casa —comentó Murtry, que esbozó una vaga sonrisa—. ¿Va a encerrarle en un calabozo durante casi dos años? ¿Y solo porque yo lo he acusado de algo?

—Lo haré si tengo que hacerlo —respondió Holden—. Porque sé que no dudará en matarlo.

Murtry se encogió de hombros.

—Vale, quédese. Pero lo quiero fuera de mi planeta.

Basia parecía muy afectado y tenía la mirada perdida. Los colonos empezaron a organizarse para apagar el fuego. Murtry y los suyos se quedaron a mirar sin ofrecer ayuda, un claro recordatorio de la amenaza que suponían y de las consecuencias de sus actos.

Holden volvió al pueblo seguido por Basia y Amos. Se palpó los bolsillos en busca de su terminal portátil, pero después recordó que se le había caído al suelo mientras corría hacia el tiroteo. No iba a encontrarlo en la oscuridad, por lo que cogió el de Amos y llamó a la nave.

—Naomi —dijo cuando aceptaron la conexión—. Que la *Roci* descienda hasta la zona de aterrizaje. Vamos a necesitar descargar nuestras armaduras más pesadas y algo más de potencia de fuego.

—Eso no suena nada bien —comentó ella.

—Ya. ¿Alguna noticia de la ONU o de Fred?

—Por ahora nada. Supongo que lo del equipo quiere decir que los de ECR y los tipos de Ganímedes no tienen intención de marcharse por ahora, ¿no?

—No —respondió Holden con un gran suspiro—. No. Al parecer prefieren quedarse aquí y matarse entre ellos hasta que esa mierda alienígena

empiece a transformarlos a todos en partes de repuesto.

—¿Y tú? —preguntó Naomi. Se refería a si él iba a abandonar aquel pozo de gravedad. Hubiese sido lo más sensato.

—Todavía no —respondió—. Si la situación escala aún más, supongo que sí.

—¿Si escala con los alienígenas o con la gente?

—¿Ha habido más?

—Alex ha detectado otros picos de energía y también movimiento, pero están muy al sur. Si la cosa se pone más interesante, te lo diré al momento.

—Gracias. Por cierto, vais a tener un pasajero.

—*Quoi?*

—Es largo de explicar, pero lo vamos a dejar en la *Roci* porque aquí abajo ya no está seguro. Se lo debo, Naomi. Intentó salvarme la vida. Cuídalo bien.

—Vale.

—Cariño —dijo Holden sin poder evitar que su voz sonase preocupada—, cuando volváis a subir vigilad de cerca la *Israel*. Algo me dice que aquí abajo las cosas están a punto de irse al traste y, cuando eso ocurra, también pueden empeorar arriba.

—¡Ja! —rio Naomi. Holden notó la sonrisa en el tono de su voz—. Que lo intenten.

Havelock

El pasillo que iba desde los depósitos de reciclado al taller secundario medía cuarenta metros y estaba salpicado de escotillas cada diez. Contaba con ascensores a cada lado que iban a control medioambiental en la proa y a hidroponía en la popa. La antigüedad de la *Israel* no solo quedaba patente en el diseño de las paredes y la rejilla del suelo, también en los acabados verde grisáceos de la cerámica. Las puertas tenían bordes angulosos que las mejoras de seguridad habían redondeado después de que las primeras naves llegasen más lejos de la órbita de Marte. Había una grieta blanca en una de las paredes, vestigio de una catástrofe que había acontecido en el pasado y que habían arreglado con la misma delicadeza con la que hubiesen dado un plastón de pintura sobre un grafiti. Havelock sintió la necesidad de resguardarse en la esquina más cercana a la puerta.

Era complicado. Su especie había evolucionado, crecido y también se había desarrollado en el pozo de gravedad de la Tierra. Su rombencéfalo le aseguraba que sentir agobio era sinónimo de seguridad. Los susurros molestos de los hombres que recorrían la estancia le aceleraban el corazón y la pared, que se encontraba a centímetros de su espalda, parecía tirar de él como un imán. En aquella situación, era un error. Se asomaría y se apoyaría en la pared para luego salir despedido hasta mitad del pasillo. Y hacia las balas. La segunda ley de la termodinámica aplicada a los tiroteos.

—Despejado —afirmó uno de los ingenieros, y Havelock se sintió aliviado y molesto al mismo tiempo. «No está despejado», pensó. No le habían visto y pensaban que estaban solos. Apoyó el arma contra su pierna y se quedó quieto. Esperó. No se apoyó en la pared.

El primer hombre que apareció flotando no lo vio hasta que ya había recibido un tiro. La bala de pintura naranja de Havelock le estalló en el pecho.

El que iba detrás de él ya había empezado a impulsarse con un asidero y no podía cambiar su trayectoria. Havelock le disparó dos veces: una en la pierna y la otra en el vientre. En un tiroteo de verdad, el lugar estaría lleno de sangre flotando. Unas pequeñas gotas rojas que rotarían para unirse y fusionarse en orbes, todo mientras empezaban a coagularse. El tercer hombre estaba quieto, a tanta distancia por el pasillo que Havelock no tenía línea de visión para dispararle. Una media docena de balas de pintura azules pasaron zumbando junto a él y estallaron contra el mamparo de cerámica. Fuego de cobertura. La idea no era mala, pero ya no quedaba nadie para aprovecharse de ella.

Havelock se agarró con cuidado de un asidero que tenía detrás para no salir flotando, cargó el arma y contó las balas de pintura que le disparaban. El ingeniero «muerto» flotaba en el pasillo con expresión amarga en el rostro. Havelock contó hasta quince, y luego se hizo una pausa y oyó el chasquido metálico de la pistola al expulsar el cargador vacío de balas de pintura. Se inclinó unos centímetros hacia delante para mirar y vio que el último hombre en pie (Williams) ni siquiera se había cubierto para recargar con torpeza el arma. Havelock disparó tres veces y solo le dio una. Aquellas pistolas tenían una precisión horrible, pero la suficiente para dar en su objetivo. El último de los ingenieros soltó un taco.

—Muy bien —comunicó Havelock por el terminal portátil—. Se acabó, chicos. Llamemos a los de limpieza y vayamos a la sala de reuniones dentro de media hora.

Era complicado valorar las sesiones de entrenamiento. Por una parte, llevaban con ellas ocho días y aún no estaban preparados para un tiroteo de verdad. Los ingenieros no eran soldados. Entre ellos solo había tres que tenían algo de práctica, pero estaban tan oxidados que eran incluso peores que los principiantes. Al menos los novatos aceptaban que no tenían ni idea.

Y por otra parte, mejoraban a mayor ritmo del que Havelock había pensado. Dentro de una semana o de diez días estarían casi al mismo nivel que un escuadrón de novatos. O quizá un poco por encima.

A los aprendices del oficio de seguridad les motivaban varias cosas: la necesidad de trabajo, una visión idealista de ayudar a las personas o incluso un gusto un tanto narcisista por la violencia. Los ingenieros no pensaban así. Se concentraban más, estaban más motivados y también se notaba entre ellos una camaradería contra el enemigo. Murtry acababa de derrotar a la célula terrorista en la superficie del planeta y aquello les había motivado y emocionado. Havelock no veía nada de malo en esa ansia de sangre, siempre que fuesen capaces de canalizarla y controlarla.

Durante la siguiente media hora, los ingenieros y el equipo de seguridad (Havelock y dos más del exiguo equipo que le quedaba a bordo de la nave) atravesaron pasillos, bodegas y escotillas para limpiar los restos del entrenamiento. La pintura no tardaba en polimerizar y se podía levantar con facilidad de las paredes y de las rejillas sin dejar en el aire demasiadas partículas que alguien terminara por respirar. Los ingenieros también habían imprimido equipos de aspiración individuales que aspiraban y filtraban todo, desde las pequeñas partículas de la funda de las balas hasta cualquier pequeña molécula que quedase flotando. Reían, hacían chistes e intercambiaban joviales insultos mientras trabajaban, como jóvenes practicantes de artes marciales que limpian el *dojo* al terminar el entrenamiento. Havelock no pretendía que la limpieza se convirtiese en otro ejercicio más para fortalecer el equipo, pero había funcionado tan bien que empezó a convencerse a sí mismo de que había sido idea suya.

La sala de reuniones donde se daban instrucciones antes del ejercicio y donde después hacían el balance general estaba diseñada con la gravedad de la aceleración en mente. Había una mesa rectangular atornillada al suelo y rodeada por unos asientos de colisión que los ingenieros se negaban a usar. Havelock no sabía por qué habían tomado la decisión de ignorar la mesa y hacer la reunión a noventa grados con relación a los muebles, pero ahora las hacían todas así. Los ingenieros y el equipo de seguridad flotaban junto a las paredes en mitad de la estancia, con el «suelo» a la derecha. Havelock se colocaba junto a las puertas principales.

—Muy bien —dijo cuando empezó a ahogarse el murmullo de las conversaciones—. ¿Qué hemos aprendido hoy?

—A no confiar en el cabrón de Gibbs cuando nos dice que el pasillo está despejado. —Las risas llenaron el ambiente, pero en ellas no había maldad ni enfado alguno. Incluso el hombre del que se burlaban esbozaba una sonrisa de oreja a oreja.

—Respuesta equivocada —comentó Havelock también con una sonrisa—. La respuesta correcta es que no hay que apresurarse cuando uno está despejando una zona. Tenemos una tendencia natural a ver un lugar vacío y creer que es un lugar seguro. Las puertas y las esquinas siempre son peligrosas, porque uno pasa a un lugar nuevo sin tener claro qué hay en él. Si encuentras a un enemigo en una situación así, será demasiado tarde.

—¿Señor?

Havelock señaló a la mujer que había levantado la mano.

—¿Sí?

—Señor, ¿hay algún algoritmo para este tipo de situaciones? Lo digo porque nos vendría genial tener un diagrama de flujos con las prácticas adecuadas para estudiarlo cuando usted no esté aquí.

—Podríamos clasificar las situaciones en tipos de puertas o de esquinas —dijo otra persona—. Y apuntar cuál sería la manera más adecuada de enfrentarnos a cada una de ellas. Yo creo que lo mejor sería cambiar el eje en cada situación para que, estemos como estemos, siempre tomemos como referencia nuestra orientación respecto al lugar.

Havelock los dejó hablar un rato. Le parecía divertido oír cómo se examinaban las tácticas de una pequeña unidad de asalto desde el punto de vista de unos ingenieros, aunque esas personas ahora conformasen su equipo. Intentaban resolver la violencia con una ecuación. No para sofocarla, sino para comprenderla en toda su extensión.

—Lo que no entiendo —comentó el jefe de ingeniería Koenen— es por qué nuestro objetivo tiene que ser la *Barbapiccola*.

Las miradas de todo el equipo se giraron hacia Havelock en busca de una respuesta. O algún comentario al menos. Se empezó a poner cada vez más nervioso y rio entre dientes.

—Son los malos —dijo.

—La *Barbapiccola* es un carguero desarmado que cuenta con una tripulación permanente de unas cien personas y que necesita una lanzadera para recoger el material de la superficie —dijo el jefe de ingeniería—. La *Rocinante* tiene una tripulación escasa y la mitad no se encuentra ahora mismo en la nave. A mí me parece un riesgo mucho menor con muchísimos más beneficios.

Se oyeron unos murmullos de aprobación por toda la estancia. Havelock negó con la cabeza.

—No —comentó—. Piensa en lo primero que has dicho. La *Barbapiccola* está desarmada. Si las cosas no salen bien, lo peor que puede pasarnos es que nos manden un mensaje muy cabreados. La *Rocinante* era una nave marciana de tecnología punta antes de que Holden se la robase a la APE. A saber qué modificaciones le habrá hecho desde entonces. Tiene torpedos, CDP y un cañón de riel montado en la quilla. Si la tripulación de la *Rocinante* nos considera una amenaza, pueden destruirnos sin darnos oportunidad de hacer nada para evitarlo.

—Pero si consiguiésemos su potencia de fuego... —empezó a decir Koenen.

—Estaremos bien mientras nos quedemos aquí —continuó Havelock—. Pero tan pronto como atravesemos el anillo tendremos detrás a todo un regimiento de abogados, acuerdos y naves con armas más grandes todavía. Si conseguimos hacernos con el control de la *Barbapiccola*, al menos tendremos una excusa legal.

Los ingenieros gruñeron y agitaron las cabezas. Para ellos, los argumentos legales no se diferenciaban mucho de un insulto. Havelock siguió hablando:

—En primer lugar, el mineral que están cargando en la nave es propiedad de ECR mientras se mantenga en pie el contrato con la ONU. Y en segundo lugar, si suben a la nave a alguno de los colonos de la superficie, podemos argumentar que están ayudando y son cómplices de asesinato.

—¿Argumentar? —preguntó uno de los hombres de la parte de atrás del grupo. Se oyó una risotada lúgubre al momento.

—Como es verdad, tenemos una razón de mucho peso —afirmó Havelock—. Si atacamos la *Rocinante* nos convertiremos justo en lo que ellos dicen que somos, pero si aguantamos saldremos bien parados y encima conseguiremos nuestros objetivos a largo plazo.

—Los objetivos a largo plazo están bien si uno vive lo suficiente para verlos cumplidos —comentó el hombre que se encontraba al fondo, pero su tono de voz le confirmó a Havelock que le habían entendido. Por ahora, al menos.

Ivers Thorrsen era analista de geosensores con licenciaturas en las universidades de la Luna y Ganímedes. En un mes conseguía cosas más importantes de las que Havelock haría en un año trabajando en seguridad. Además, era cinturiano. Crecer en microgravedad no le había afectado tanto como Havelock había visto en otras personas. Eso sí, la cabeza de Thorrsen quizá fuese algo grande para su cuerpo y sus extremidades algo largas y delgadas. Con el ejercicio y los esteroides suficientes, aquel hombre podría haber pasado como un terrícola cualquiera. Pero daba igual. En la *Israel* todo el mundo conocía los orígenes de los demás. Cuando se habían marchado de casa, aquellas diferencias no importaban. Al menos no demasiado.

—Además de los picos de energía, hay veinte surgencias de calor que hayamos visto por ahora —dijo señalando la representación de la esfera planetaria de Nueva Terra que había en la pantalla del escritorio de Havelock—. Todas han ocurrido durante las últimas ochenta horas y por el momento no tenemos ni idea de su significado.

Havelock se rascó la cabeza. Las celdas del calabozo estaban vacías, por lo que nadie podía oírlos. No tenía por qué ser educado.

—¿Y esperabas que yo te diese una hipótesis? Porque yo creía que veníamos a este planeta a investigar cosas que desconocemos. Que hayas encontrado algo que desconoces me parece lo más normal del mundo.

El cinturiano apretó los labios hasta que se convirtieron en una línea pálida y delgada.

—Podría ser algo importante, pero también una falsa alarma. Lo que venía a decirle es que tengo que investigarlo y que estaré ocupado haciendo algo importante. No puedo distraerme.

—Perfecto —aceptó Havelock.

—Es el tercer día seguido que alguien tira orina en mi taquilla. Tres veces, ¿sabe? Me paso el día intentado que mi equipo no huela a meado en lugar de estar haciendo los cálculos necesarios.

Havelock suspiró y apagó la pantalla. Nueva Terra y sus misteriosos puntos calientes desaparecieron.

—Mira, entiendo que no te guste. A mí también me han tocado las narices muchas veces, pero tienes que aguantar. Es normal ponerse un poco revoltoso en situaciones así. Ya pasará.

Thorrssen cruzó los brazos por encima del pecho y frunció aún más el ceño.

—¿Un poco revoltoso? ¿Esa es su opinión? Soy el único cinturiano de mi equipo, y también el único que...

—No. Mira, se acabó. Las cosas ya están tensas. Si quieres, puedo poner una cámara en la taquilla para que la gente se dé cuenta de que tiene que relajarse, pero no convirtamos esto en una trifulca entre cinturianos e interianos.

—No estoy convirtiéndolo en nada.

—Con todos mis respetos, yo creo que sí —aseguró Havelock—. Y cuanta más importancia le dé, mayor será el siguiente golpe.

La rabia de Thorrssen era palpable. Havelock se agitó un poco y se elevó un poco más en la dirección que ambos habían quedado tácitamente en considerar que era arriba. Era un viejo truco que había aprendido cuando trabajaba para Star Helix. Puede que la humanidad hubiese conseguido salir de los pozos de gravedad, pero la sensación de ser más altos y crear así una impresión de control era algo que llevábamos demasiado grabado en los genes y algo tan insignificante como la ingravidez no había sido capaz de borrarlo. Thorrssen respiró hondo entrecortadamente, y Havelock creyó por un instante

que le iba a atacar. No quería encerrar al analista una noche en el calabozo, pero si le atacaba no le iba a quedar más remedio.

—Pondré una cámara en la taquilla y enviaré una nota para decirle a todo el mundo que se relaje un poco. Nadie volverá a mear en tus cosas y podrás seguir con tu trabajo. Eso es lo que quieres, ¿no?

—Cuando escriba esa nota, ¿pondrá que deberían dejar las bromas y no acosar más a los cinturianos?

—Creo que sabes lo que voy a responder a eso.

Thorrssen hizo con las manos un ademán de derrota. Havelock asintió. Le llamó la atención, y no era la primera vez, descubrir que muchas veces las confrontaciones tenían cierto parecido con un baile. Había ciertos movimientos que requerían respuestas concretas, y la mayor parte de ellas surgían de las partes inferiores del cerebro, lugares que tenían poco que ver con el lenguaje. El gesto de Thorrssen era una muestra de sumisión y el asentimiento de Havelock una señal de que la aceptaba, pero seguro que el cinturiano ni siquiera sabía lo que había pasado.

De hecho, estaba claro que no, porque su mente racional siguió dándole vueltas al asunto a pesar de que el tema ya había quedado zanjado.

—Si usted fuese el único terrícola y los que le hicieran esto fuesen cinturianos, seguro que no lo vería igual.

—Gracias por compartir conmigo el problema —dijo Havelock—. Lo daré por zanjado.

Thorrssen se impulsó en el escritorio y flotó con gracilidad por los aires para luego perderse en el pasillo. Havelock suspiró, volvió a encender la pantalla del escritorio y pasó las páginas de algunos informes de la nave. Era cierto que cada vez había más incidentes, aunque la mayoría eran cosas sin importancia. Quejas por pequeñas infracciones de la política corporativa. Acusaciones por hacer acopio de suministros o malas conductas sexuales. Uno de los químicos orgánicos se había puesto a crear drogas. La psiquiatra no había dejado de enviar avisos cada vez más estridentes para advertir de algo que llamaba «estratificación social», y que a Havelock le sonaba a algo político. Cerró todos los informes.

«Si usted fuese el único terrícola».

Lo gracioso era que Havelock había sido el único terrícola en una sociedad cinturiana más de una vez. Cuando había estado en un transporte de veinte literas que iba de la Luna a Ganímedes para Stone & Sibbets, él era uno de los dos terrícolas que iba en la nave, los cinturianos los sobrepasaban en número y siempre los excluían sutilmente. También había trabajado para

Star Helix en la estación Ceres durante casi un año y siempre le daban los peores casos y el peor de los compañeros, recordatorios sutiles de que allí estaba fuera de lugar. Había sufrido a los cinturianos más de lo que le correspondía por no tener la complejión adecuada ni saber hablar esa mescolanza multilingüe que farfullaban en los planetas exteriores. No le habían meado la taquilla, pero suponía que era porque no se les había ocurrido.

Havelock dejó una de las cámaras apuntando hacia la taquilla de Thorrsen y luego abrió una plantilla de mensajes de seguridad. Miró el blanco de la pantalla y se preguntó que era exactamente lo que quería comunicar.

«Nos encontramos a ocho mil millones de *klicks* de casa y un puñado de terroristas asilvestrados quieren que sigamos matándonos, así que vamos a mantener la calma».

O mejor:

«Casi todos los putos cinturianos con los que me he topado me han tratado como una mierda debido a mi procedencia, pero ahora que somos mayoría vamos a respetar sus delicados sentimientos».

Se estalló los nudillos y empezó a escribir:

El departamento de seguridad se ha enterado de que cada vez se realizan más bromas entre la tripulación. Aunque es bien sabido que el humor es muy importante en situaciones estresantes como la que nos encontramos, algunas se han pasado de la raya. Como jefe de seguridad interino.

Hizo una pausa.

Una vez, en Ceres, le habían asignado el cierre de un club ilegal en la parte central de la estación, donde el efecto Coriolis era terrible y había muy poca gravedad rotacional. Cuando había llegado al lugar, la combinación de luces resplandecientes, sonidos estridentes y lo poco acostumbrado que tenía el oído interno le había hecho vomitar en aquellos pasillos excavados. Había vuelto a la oficina hecho un desastre. Lo había hecho porque negarse habría complicado las cosas aún más. No pensaba en ese caso desde hacía años.

«Si usted fuese el único terrícola».

—A la mierda —imprecó Havelock a la estancia vacía. Borró lo que había escrito.

He oído que se ha acosado a algunos empleados de ECR y miembros del equipo porque son de los planetas exteriores. En situaciones estresantes como la que nos encontramos es importante no confundir a nuestros compañeros con nuestros enemigos por razones fisiológicas ni por su procedencia. Debido a esto, voy a tomar las siguientes medidas:

—Me voy a arrepentir —dijo Havelock a la pantalla, pero después de terminar de escribir la nota, pasar el corrector y enviarla, se sintió casi bien.

Elvi

Elvi esperaba a que cargaran los informes que llegaban de la Luna sentada por fuera de su caseta con el terminal portátil en las rodillas y la luz de aquel sol que ahora le resultaba familiar calentándole la espalda y el cuello. El láser de comunicaciones de la *Edward Israel* era la única manera que tenía de contactar con el mundo que conocía, pero estaba a rebosar de datos técnicos que enviaban los grupos de trabajo de la superficie planetaria y de los datos de los sensores de la *Israel*. Era desesperanzador darse cuenta de que a pesar de todas las tragedias, el miedo y la muerte que habían assolado Nueva Terra, la mayor parte de la información que llegaba a casa era técnica. Y su conexión lenta era mejor que la que tenían los lugareños de Primer Aterrizaje. La *Barbapiccola* ni siquiera les hacía de repetidor. Allí abajo, algunos de sus terminales portátiles no funcionaban y el resto estaban conectados *ad hoc*, con redes y conexiones locales.

Una brisa levantó un remolino de arena que terminó por asentarse. Sobre ella, las nubes verdes se dispersaban y se arremolinaban, entrelazándose en el cielo azul como algas que flotan en la superficie de una charca. El aire olía a calor, a tierra y a la distante amenaza de lluvia. Los informes terminaron de cargar, y Elvi los abrió y pasó una larga hora leyéndolos, oyendo los debates y sacando conclusiones. Era más complicado de lo que le hubiese gustado. No dejaba de desconcentrarse.

En el planeta todo había empezado a cambiar muy rápido y era muy diferente de como ella había esperado que fuese, por lo que le resultaba difícil mantener la concentración. El viaje al desierto en el que había visto un mecanismo de dos mil millones de años que aún funcionaba, aunque fuese a duras penas, había sido revelador. Después habían acabado con el grupo terrorista que formaba parte de los okupas, lo que debería haber sido un

alivio, pero la había dejado muy inquieta. Y, aunque no se lo había mencionado a nadie y nunca lo haría, no había dejado de tener sueños recurrentes e intrusivos sobre James Holden.

En la pantalla, acababa de terminar el informe de la coordinadora de la investigación, y Elvi se dio cuenta de que no se había enterado de nada. Suspiró, lo volvió a reproducir y lo paró antes de que la mujer de los laboratorios de ECR en la Tierra empezase a hablar. Elvi miró el cielo y se preguntó dónde estarían la *Rocinante*, la *Barbapiccola* y la *Edward Israel*, ocultas en aquella atmósfera jaspeada de azul. Uno de los análogos de las plantas que había junto al camino que llevaba al pueblo emitió una serie de chasquidos cada vez más atronadores. Era algo que quería investigar desde hacía mucho tiempo, pero no había encontrado el momento. Todavía no.

—Doctora Okoye —dijo la coordinadora de la investigación a más de sesenta UA de distancia, o media galaxia, dependiendo de cómo se mirase—, acabo de salir de una reunión con el equipo de estadística y quería comentarle que hay que acelerar el plan de recolección de datos a lo largo de las próximas semanas. El equipo de la Luna es uno de los más interesados en solicitar muestras adicionales de varios de sus sujetos iniciales para reducir las barras de error...

Elvi la oía concentrada y dejó a un lado el resto de los pensamientos y sentimientos. En aquella ocasión consiguió terminar el informe con una lista de tareas, una idea muy clara de cómo su trabajo estaba cambiando la investigación y los planes de los laboratorios al otro lado de la galaxia, y también con media docena de preguntas sobre secuestro mineral que quería hacerle a Favez. El protocolo le permitía grabar una respuesta y enviarla en aquel mismo momento. Si la hacía, llegaría antes de las reuniones matutinas. Pero en lugar de ello, abrió su lista de tareas y empezó a apuntar lo que tenía que hacer. Muestras de agua y de tierra. Muestras de tres especies de análogos de las plantas. Un informe del artefacto alienígena...

Había pensado mucho sobre cuáles podrían haber sido los posibles activadores que habían disparado la actividad del artefacto y, como Holden había estado con ella y después de todo era el mediador que tenía la responsabilidad de hacer que la situación en Nueva Terra mejorara y se volviese más sensata y cuerda, Elvi pensó que si era capaz de encontrar una razón creíble para justificar que el artefacto del desierto no había reaccionado a su presencia, le quitaría algo de presión al capitán. Quería hacerle ese favor, y también creía que ayudaría a Holden a centrarse en conseguir la paz.

No solo eran excusas para volver a verlo.

Le echó un vistazo a la lista de tareas e hizo una pausa. Luego escribió al final: «Carta de recomendación para Felcia Merton». Se quedó sentada un buen rato mirando las palabras e intentando poner en claro cuáles eran sus sentimientos al respecto. Borró la frase, esperó y luego la volvió a escribir.

Entrar caminando en el pueblo era como entrar en otro mundo, uno más inclemente. Las calles de tierra no estaban vacías, pero las personas que las recorrían lo hacían más pegadas a las paredes que antes. Las sonrisas y los asentimientos, el contacto visual y los saludos habían desaparecido. Los lugareños caminaban rápido y con las cabezas gachas. Elvi sentía la necesidad de ponerse delante de ellos y bloquearles el paso con su cuerpo hasta que se diesen cuenta de que estaba allí.

El edificio donde había ocurrido todo resultó estar cerca del centro de pueblo. El fuego había fundido lo que no había quedado hecho cenizas. Aún quedaban en pie los cimientos de la estructura, chamuscados y retorcidos a la luz del atardecer. Se quedó quieta delante del lugar. Le recordaba a algo, pero no sabía muy bien a qué. A algo muerto. Algo relacionado con el fuego.

Ah. Claro. Al artefacto ardiendo en el desierto.

Dos de los integrantes del equipo de seguridad de ECR caminaban en mitad de la calle delante de ella. No oyó qué decían, pero estaban teniendo una conversación animada y despreocupada, como si celebrasen algo. Uno de ellos se rio. Elvi se giró y empezó a dirigirse hacia ellos. Al pasar a su lado, uno levantó una mano para saludarla, y Elvi le devolvió el saludo de inmediato. Al otro lado de la calle, una de las mujeres cinturianas, que se llamaba Eirinn, salió de una puerta, vio a los de seguridad y titubeó antes de poner un pie en la calle. Elvi vio caminar a la mujer, con la cabeza demasiado alta y sacando demasiado pecho. No había prueba más irrefutable del miedo que cuando alguien se esforzaba por ocultarlo. Primer Aterrizaje ya no le pertenecía.

Elvi entró en la cafetería con la esperanza de encontrar a Holden en su mesa de siempre. La estancia estaba medio a oscuras y la vista tardó un poco en adaptársele. El que estaba sentado era el otro, Amos Burton, quien comía un cuenco de fideos marrones que olía a cacahuets falsos y a curri. Lucia Merton estaba sentada con otra persona al fondo. Elvi apartó la mirada antes de que la doctora la mirase.

Amos levantó la vista cuando se acercó.

—Me preguntaba si el capitán Holden... Me gustaría hablar con él. Sobre ese artefacto. Del desierto.

—¿Ha pasado algo?

—Tengo algunas teorías que creo que podrían ser... útiles.

«Oh, por Dios —pensó—. Estoy titubeando como una colegiala». Por suerte, Amos no se dio cuenta o hizo como si no se hubiese dado cuenta.

—El capitán ha salido para preparar el traslado del prisionero —dijo Amos—. Debería estar de vuelta al anochecer.

—Muy bien —aceptó Elvi—. No pasa nada. ¿Podrías decirle que he pasado por aquí? Lo más seguro es que cuando vuelva esté en mi caseta. Dile que vaya a verme si puede.

—Se lo diré.

—Gracias.

Se dio la vuelta con los puños apretados en los bolsillos. Se sentía humillada, aunque no estaba muy segura de la razón. Solo quería darle otra perspectiva al tema de los artefactos y al ecosistema local. No había nada en ello que fuese inapropiado o...

—¡Elvi!

Se le hizo un nudo en el estómago. Se giró hacia el fondo, donde estaba sentada Lucia Merton. Fayez también se había girado y levantado la mano para saludarla. Elvi miró hacia la puerta de la calle y deseó que hubiese alguna manera de atravesarla sin parecer maleducada.

—¡Elvi! Ven, siéntate. Bébete algo con nosotros.

—Claro —respondió mientras caminaba hacia el fondo de la cafetería arrepintiéndose a cada paso que daba.

La doctora Merton estaba pálida a excepción de las ojeras. Elvi se preguntó si la mujer estaba enferma o solo se debía a la angustia y a la pena.

—Lucia —saludó Elvi.

—Elvi.

—Siéntate, venga, venga —insistió Fayez—. Si te quedas ahí de pie mucho tiempo vas a hacer que me sienta bajito. Odio sentirme bajito.

Elvi se alisó los pantalones y se deslizó para sentarse junto a Fayez. La sonrisa del hombre indicaba que había bebido y estaba alegre. Lucia la miraba con un gesto en el que solo se podía entrever una disculpa. «Podrías haberte sentado a mi lado», le dio la impresión a Elvi que le decía.

—Hablábamos sobre Felcia —explicó Fayez; luego se giró hacia Lucia—. Elvi es la persona más inteligente del equipo. En serio. ¿Sabías que es la

primera que escribió un artículo académico sobre computación citoplásmica? Ella. Esta de aquí.

—Felcia me ha hablado de ti —comentó Lucia—. Gracias por hacerte amiga de mi hija.

«Tu familia ha intentado matarme —pensó Elvi—. Compartes la cama cada noche con un hombre que me quería muerta».

—De nada —respondió Elvi—. Es una chica con mucho talento.

—Lo es —aseguró Lucia—. Y vaya si he intentado convencerla de que no se haga doctora.

—¿Esperabas que se quedase aquí? —preguntó Elvi con un tono más crispado del que pretendía.

—No, eso no —dijo Lucia con una sonrisa—. Que se marche de este planeta es lo único bueno que me ha pasado desde que llegamos. Pero tengo miedo de que lo haya hecho porque es a lo que me dedico yo. Prefiero que encuentre su propia vocación.

—Hay un largo viaje de aquí a la Luna —aseguró Favez—. Quiero decir, yo tuve que aprobar cinco cursos antes de quedarme prendado de la geohidráulica. Mi intención era dedicarme a fabricar cerveza. ¿Os lo podéis imaginar?

Elvi y Lucia dijeron «sí» casi al mismo tiempo. Elvi no pudo evitar sonreír. Lucia se puso en pie.

—Debería irme con Jacek —dijo.

—¿Está bien? —preguntó Elvi. Había sido un acto reflejo. Una costumbre propia de la educación. Deseó poder retirar las palabras justo después de pronunciarlas. La doctora esbozó una sonrisa nostálgica.

—Lo mejor que podría estar —explicó—. Su padre se marcha hoy.

«De prisionero a la *Rocinante*», pensó Elvi, aunque no dijo nada.

—No te preocupes por la cuenta —comentó Favez—. Invito yo.

—Gracias, doctor Sarkis.

—Favez. Llámame Favez, como todo el mundo.

Lucia asintió y se marchó. Favez agitó la cabeza y se estiró tanto que uno de sus brazos le pasó a Elvi por detrás. La mujer se cambió al otro lado de la mesa.

—Pero ¿qué coño haces? —espetó Elvi.

—¿Cómo que qué coño hago? ¿A qué viene eso?

—Ya sabes quién es su marido...

—Yo no sé nada, Elvi. Y tú tampoco. Tengo muchas interpretaciones pero pocos datos, como tú.

—Crees... crees que no...

—Creo que ese edificio estaba lleno de terroristas y que Murtry los mató y nos salvó. Pero eso no es más que lo que creo. También creo que cuanto más me conozcan y me aprecien los lugareños, menos posibilidades tengo de salir escaldado de la próxima revuelta. Y... ¿cómo nos podemos considerar civilizados si no somos capaces de apartar nuestras diferencias y compartir una cerveza? —dijo Favez mientras ladeaba la cabeza hasta que estuvo a punto de tocarle el hombro—. ¿No crees?

—¡Así se habla, joder! —gritó Amos—. No sé de qué hablabais, pero no podría estar más de acuerdo contigo.

—Ya te digo —respondió Favez.

—Estás borracho.

—Llevo mucho tiempo haciendo esto —explicó Favez—. Es probable que haya bebido con una tercera parte de los que están ahora en este antro. Y me gustaría saber qué hacéis los demás mientras yo me dedico a trabajar en pos de la paz.

Elvi vio por un instante el miedo en su gesto. Lo sintió en el ángulo de su mandíbula y en la manera en la que entornaba los ojos y miraba hacia la izquierda para evitar mirarla a ella directamente. Favez, una persona de las que se reía de cualquier cosa por muy trágica que fuese, estaba muy asustado. ¿Cómo no iba a estarlo? Se encontraban a miles de millones de *klicks* de casa, en un planeta que no comprendían y en mitad de una guerra en la que habían muerto personas de ambos bandos. Y le resultaba extraño y obvio al mismo tiempo que fuese la victoria de su bando la que avivara ese pánico, a pesar de que habían identificado, matado y metido en prisión a esos asesinos anónimos.

Favez temía cuál podría ser el siguiente paso. La próxima escalada de violencia. La siguiente traca final. Intentaba conseguir todo el control de la situación del que era capaz o al menos sentir que tenía dicho control. Elvi lo entendía porque ella sentía lo mismo, pero no había sido capaz de procesarlo hasta que no había visto a alguien sintiéndose así.

Favez frunció el ceño y miró la mesa. Luego, levantó la vista poco a poco hasta encontrarse con la mirada de Elvi.

—¿A qué has venido?

—Pues parece que a sentarme contigo.

«A esperar la siguiente traca final».

Basia

Basia se encontraba al borde de la zona de aterrizaje y llevaba puestos unos grilletes empapados en sudor que le apretaban las muñecas y los antebrazos. Murtry había insistido en ponerle los grilletes hasta que se encontrase fuera del planeta, aunque le había dado la llave a Amos y el grandullón le había asegurado a Basia que se los quitaría después del despegue de la *Rocinante*. No era más que otra demostración para los ciudadanos de Ilo de que Murtry tenía el control y no dudaría en ponerlo en práctica. Jim Holden aún seguía intentando conseguir la paz y había aceptado el paripé de los grilletes a cambio de que Basia quedara bajo su custodia sin más amenazas ni comentarios al respecto. Basia comprendía las acciones de todos y cada uno de ellos.

Pero eso no hacía que se sintiese menos humillado.

Lucia y Jacek estaban a su lado, y esperaban juntos a que aterrizase la *Rocinante*. Tenía a Jacek delante, con la espalda apoyada contra el vientre de su padre y las manos esposadas de Basia apoyadas en sus hombros. Lucia le aferraba una mano y apoyaba la otra en el hombro libre de su hijo. Los tres estaban en contacto. Intentó sacar algo bueno de la situación. Quedarse con esa imagen de su familia reunida y junto a él. Tenía la horrible sensación de que era la última vez que iba a tocar a su mujer. Se sentía aliviado, pero también un poco triste porque Felcia ya no estuviese con ellos. Y también muy mal porque su hijo, que aún no tenía edad suficiente para entender del todo la situación, lo viese con aquellas cadenas. No podría haber soportado que su brillante hijita le viese así.

El resto de los lugareños, hombres y mujeres con los que había vivido y compartido aire, agua, tristezas y exabruptos, evitaron el espectáculo de su partida, como si la culpabilidad de Basia fuese una enfermedad que se les

fuese a contagiar. Para ellos ahora era un desconocido. Casi hubiese preferido que fuesen los suyos los que lo hubiesen condenado.

«Lo único que quería era ser libre. Tener a mi familia a mi lado y no perder otro hijo por culpa de ellos». Le sorprendía y le dolía mucho que aquello hubiera resultado ser una exigencia imposible para el universo.

Habían encargado la vigilancia de Basia a Amos, que se encontraba a una distancia educada con los brazos cruzados y mirando hacia los cielos para darle a la familia la intimidad necesaria para la despedida. Holden estaba con Murtry y Carol, el triunvirato de poder en Ilo. No se miraban entre ellos. Estaban allí para que no pareciese que Murtry era quien controlaba la situación y que todos habían tomado la decisión. Basia no era más que un peón en los tejemanejes políticos de esas personas. Nada más.

—Unos minutos más, jefe —pidió Amos. Un momento después se oyó un estruendo a mucha altitud. La *Rocinante* había atravesado la atmósfera a una velocidad mayor que la del sonido y descendía hacia ellos como un ángel redentor.

Era una imagen surrealista.

—Me alegra que estéis conmigo en un momento así —dijo a Lucia. No era mentira.

—Encuentra la manera de volver con nosotros —respondió ella.

—No sé qué puedo hacer.

—Encuentra la manera —repitió dándole mucho énfasis a cada una de las palabras—. Hazlo, Basia. No me obligues a envejecer sola en este mundo.

Basia notó un nudo en la garganta y le costaba respirar debido al vuelco que le había dado el estómago.

—Si necesitas estar con alguien...

No podía hablar, sentía que su cuerpo le iba a traicionar y que sus palabras se iban a convertir en sollozos. No quería que Murtry le viera así, por lo que se limitó a rodear a Lucia con sus manos atadas y apretarla con fuerza hasta que ninguno de los dos pudo respirar.

—Vuelve —susurró ella una vez más. De haber dicho algo más, sus palabras hubiesen quedado ahogadas por el rugido del aterrizaje de la *Rocinante*. Una pared de tierra sopló alrededor de ellos y se clavó en la piel desnuda del cuello de Basia. Lucia apretó el rostro contra el pecho de su marido, y Jacek se aferró a su espalda.

—Hora de irse —gritó Amos.

Basia soltó a Lucia, abrazó a su hijo con fuerza por última vez, una última vez que podía ser literal, y luego los dejó atrás para dirigirse hacia su prisión.

—Bienvenido a bordo, señor Merton —dijo una mujer alta y guapa cuando se abrió la puerta interior de la esclusa de aire. Llevaba un mono muy simple de color gris y negro con el nombre Nagata grabado sobre el bolsillo del pecho. Naomi Nagata, la segunda de a bordo de la *Rocinante*. Tenía el pelo largo y negro que llevaba atado en una coleta alta, tal y como lo llevaba Felcia cuando era más joven. Naomi parecía llevarlo más por ser práctico que por estética. No parecía estar armada, y Basia se relajó un poco al darse cuenta.

Amos le dio la llave de los grilletes, y Naomi lo liberó.

—Basia, por favor —dijo mientras la mujer los abría—. No soy más que un soldador. Nadie me ha llamado nunca señor Merton.

—¿Soldador? —preguntó Naomi. No sonó a cumplido. Le quitó los grilletes, hizo una bola con ellos y los metió en una taquilla. La disciplina de a bordo: cualquier objeto podía llegar a convertirse en un proyectil durante las maniobras—. Pues tengo una lista de cosas a reparar.

El compartimento en el que se encontraban parecía un almacén de lado. Las taquillas estaban colocadas en paralelo al suelo en vez de en vertical, y había una pequeña escotilla en cada una de las paredes, además de lo que parecía una escalerilla que recorría el suelo.

—Amárrate por ahí. Alex, sácanos de esta pelusa gigante antes de que me empiecen a doler las rodillas.

Una voz apática con acento marciano del Valles Marineris dijo:

—Recibido, jefa. Zarpamos en treinta segundos. Amarraos.

Naomi tiró de una correa que había en el suelo y se desplegó un asiento. Estaba diseñado para que una persona tuviese que estar tumbada en el suelo bocarriba para poder sentarse. Contaba con toda una gama de cinturones de seguridad. Señaló otra de esas correas que había en el suelo y dijo:

—Será mejor que empieces a amarrarte. Zarpamos en treinta segundos.

Basia desplegó su asiento y se tumbó en el suelo con torpeza para empezar a amarrarse. Naomi terminó por ayudarlo.

La voz del marciano realizó una cuenta atrás desde cinco, y el suelo se sacudió como si la nave acabase de despegar. Todo se agitó de manera desconcertante y, de improviso, el suelo se convirtió en una pared detrás de él, lo que lo dejó sentado con una orientación normal en el asiento que había desplegado. Se sintió muy aliviado al comprobar que los amarres evitaban que se moviese.

Luego oyó un rugido parecido al de un gigante que surgió de la parte inferior de la nave y una mano invisible le aplastó contra el asiento.

—Lo siento —dijo Naomi, a quien le vibraba la voz debido al movimiento de la nave—. Alex era piloto de combate y solo vuela a máxima velocidad.

Como siempre al salir de un pozo de gravedad, Basia se sorprendió de lo pronto que terminaba la maniobra. Unos pocos minutos de aplastante gravedad y el rugido de los motores para luego, prácticamente sin un momento de transición, quedar flotando en silencio entre los amarres.

—Listo —anunció Naomi mientras empezaba a desabrocharse—. Puede que haya algunas turbulencias si Alex tiene que realizar maniobras para dejarnos en la órbita que ha fijado, pero esas luces amarillas de las paredes se encenderán quince segundos antes de cada acelerón, por lo que tira de una correa y amárrate cuando las veas.

—¿Soy prisionero? —preguntó Basia.

—¿Qué?

—Solo me preguntaba cómo iba a ser mi estancia aquí. ¿No podré salir de mi camarote o hay un calabozo o algo así?

Naomi se quedó un instante mirándole mientras flotaba, con el ceño tan fruncido que parecía perpleja de verdad.

—¿Eres uno de los malos?

—¿De los malos?

—¿Vas a intentar hacerle daño a la tripulación de la nave? ¿Destruir nuestras propiedades? ¿Robar cosas?

—Claro que no —respondió Basia.

—Lo que he oído de ti es que traicionaste a tus amigos para salvarle la vida al capitán.

Basia sintió por un momento algo parecido al vértigo, pero luego orgullo, o al menos un indicio de orgullo. Luego recordó la conmoción que sintió con la explosión de la lanzadera pesada y la voz de Coop: «Todos recordaremos quién pulsó ese botón». Agitó la cabeza.

«¿Eres uno de los malos?».

Naomi Nagata esperó a que dijese algo, pero no tenía palabras para expresar la culpa, la vergüenza, la ira y la pena que sentía. Al cabo, la mujer levantó un puño, el gesto cinturiano para comunicar un asentimiento. Él la imitó como respuesta.

—Siéntete como en casa. —Naomi señaló una de las escotillas que había a su derecha—. Por ahí está la popa, donde se encuentran la cubierta de la tripulación y la cocina. La cocina siempre está abierta. Hemos preparado un camarote para ti. Es pequeño pero acogedor. Si continúas en dirección popa,

llegarás al taller, pero mejor no entres. Por razones de seguridad, evita el taller o ingeniería.

—De acuerdo. Lo prometo.

—No prometas nada, límitate a no entrar. Si vas hacia el otro lado — señaló la escotilla que había a su izquierda— llegarás al centro de mando. Puedes subir siempre que quieras, pero no toques nada a menos que te digamos que lo hagas.

—Entendido.

—Allí es donde voy ahora. Puedes seguirme si quieres.

—Entendido.

Naomi se lo quedó mirando por un instante con una expresión ilegible en el rostro.

—No eres el primero, ¿sabes?

—¿El primero?

—El primer prisionero al que trasladamos —respondió Naomi—. Jim está obsesionado con los juicios justos. Hemos llevado a gente a los juzgados incluso cuando hubiese sido mejor lanzarlos al vacío y borrar cualquier prueba.

Basia no pudo evitar dedicarle una mirada nerviosa a la esclusa de aire más cercana.

—Entendido.

—Y, que yo recuerde, también eres el primero del que me dice explícitamente que sea agradable con él.

—¿Ha dicho eso?

—Te debe una. Y yo también —dijo Naomi al tiempo que señalaba la escalerilla y la escotilla que había al final para indicarle que subiese él primero. Basia se impulsó hacia la escotilla, que chirrió al abrirse. Naomi se impulsó detrás de él—. Así que puedes sentirte como en casa, pero esa actitud apocada que tienes ahora terminará por asustarme como sigas así.

—Entendido.

—Basta ya.

La cubierta que había encima de la bodega y de la esclusa de aire era un gran compartimento lleno de asientos con cardanes, consolas de pared y paneles de control. Un hombre de piel oscura con pelo ralo y negro y una tripa propia de la edad estaba amarrado a uno de los asientos. Se giró hacia ellos cuando entraron flotando en la estancia.

—¿Todo bien? —preguntó a Naomi. Él era quien tenía ese acento del Valles Marineris.

—Eso parece —dijo Naomi, que empujó a Basia al asiento más cercano y lo amarró. Él se dejó hacer y se sintió como un niño mangoneado por su madre—. No he podido hablar con Jim. Quería que sacásemos a este hombre del planeta lo más pronto posible.

—Bueno, tampoco es que a mí me hubiese gustado quedarme más tiempo.

—Lo sé. Malditos pozos de gravedad —dijo Naomi con voz constreñida—. No sé cómo la gente puede vivir así.

—Yo lo decía por esos bichos que no dejan de revivir. He detectado cinco picos de energía más desde la última vez que los comprobamos.

—Yo intentaba no pensar en ellos.

—Deberíamos haber sacado de ahí a Amos y a Holden, y cualquiera que siga cuerdo.

—Tú no dejes de vigilar los picos. Si algo se les acerca, quiero que lo sepan al momento.

Cuando terminó de amarrarle, Naomi flotó a otro de los asientos y se sujetó a él. Empezó a encender pantallas y a tocarlas más rápido de lo que Basia podía seguirla, todo ello sin dejar de hablar con el marciano.

—Alex —llamó después—, te presento a Basia Merton, el soldador.

—¿Soldador? —dijo el piloto arqueando las cejas y esbozando una sonrisa—. Pues tenemos una buena lista de tareas pendientes ahora que Amos está en la superficie.

Basia abrió la boca para responder, pero Naomi dijo:

—Basia, te presento a Alex Kamal, piloto y el peor soldador en ingravidez de todo el Sistema Solar.

—Hola —saludó Basia.

—¿Qué tal? —saludó Alex. Luego se giró hacia Naomi—. Oye, ahora que he podido echarle un vistazo, creo que tenías razón con lo de esa lanzadera.

—¿Ah, sí? —Naomi se impulsó en el asiento y flotó para mirar la pantalla de Alex. Él se dedicó a pasar hacia delante un vídeo durante unos segundos.

—¿Ves eso de ahí? —indicó Alex cuando lo puso en pausa—. La han separado y dejado a unos cientos de metros de la *Israel*. Luego han enviado un equipo de ingeniería, que se ha quedado dentro de ella unas horas para después volver a la *Israel*. La lanzadera no se ha movido de ahí en todo este tiempo.

—Todos los viajes a la superficie los ha realizado la otra —comentó Naomi mientras abría un vídeo en otra pantalla y también lo pasaba hacia delante—. Lo sabía.

—Sí, eres muy lista. ¿Quieres que dejemos los telescopios grabando ahí o los apunto hacia los bichos?

—La lanzadera —respondió Naomi unos segundos después, tras pasar el vídeo adelante y atrás varias veces más.

Basia sabía que lo habían invitado a sentarse con ellos. Y parecía que hablaban sobre vigilar la nave de ECR, algo que no podía decirse que fuese una conversación privada. Pero aun así no pudo evitar sentirse un poco fuera de lugar, sentirse un fisgón. Era una de las mejores características de la tripulación de la *Rocinante*. Sonaban como una familia hablando sobre su hogar. También le resultaba incómodo saber que solo había tres personas en la nave. Era demasiado grande. Estaba demasiado vacía. No quería quedarse solo en aquel silencio extraño, pero estar acompañado también era una sensación extraña.

Basia carraspeó.

—¿Debería ir a mi camarote?

—¿Y si haces lo que quieras? —preguntó Naomi sin ni siquiera mirarlo—. Allí no tienes nada. Ni siquiera es de esos que tienen su propia pantalla. Los camarotes buenos son los de la tripulación.

—Puedes acceder a la biblioteca de la nave desde ahí —comentó Alex señalando la pantalla que le quedaba más cerca a Basia—. Si te aburres.

—Estoy asustadísimo —dijo Basia sin pensar.

Alex y Naomi se giraron al mismo tiempo para observarlo. El marciano lo miraba con rostro amable.

—Sí, es normal, pero aquí no te va a pasar nada malo. Hasta que el capitán no diga lo contrario, esta es tu casa. Si quieres estar solo, podemos...

—No. —Basia agitó la cabeza—. No, pero habláis como si yo no estuviese aquí, así que he pensado que... —Se encogió de hombros.

—Lo siento. Llevamos juntos tantos años que ya casi ni nos hace falta hablar —comentó Naomi—. Creo que la *Israel* ha convertido una de sus lanzaderas en un arma. Hemos estado vigilando la nave, y actúan de forma sospechosa. En mi opinión, la han convertido en una bomba.

—¿Para qué querrían algo así?

—Porque —respondió Alex— no deja de ser una nave científica desarmada y han entrado en lo que ellos parecen considerar una zona de guerra. Podrían usar la lanzadera para atacar otra nave si la disparan como un misil guiado o para decimar la colonia si la lanzan como una bomba a la superficie.

—¿Quieren atacaros? —preguntó Basia. «¿Por qué iban a hacer algo así? ¿La *Rocinante* y su tripulación no estaban aquí para resolver el conflicto?».

—Lo dudo —respondió Naomi—. Es más probable que vayan a por la *Barbapiccola* si intenta salir de órbita y escapar.

—Eso —aseguró Alex entre risas—. Como la *Israel* intente hacernos algo será la trifulca más corta de la historia.

—Primer Aterrizaje. ¿Se atreverían a arrasarlo la colonia? —preguntó Basia. Ahí abajo no saben nada. Tenemos que avisarlos. Mi familia sigue en la superficie.

—Confía en mí —dijo Naomi—. Eso no ocurrirá. Ahora que lo sabemos, no le quitaremos el ojo de encima a la lanzadera y, si la mueven, podremos detenerla.

—Aunque en mi opinión sí que deberíamos decírselo al jefe —comentó Alex.

—Eso sí —dijo Naomi, que no había dejado de repetir el vídeo una y otra vez. Luego lo apagó.

Alex se desamarró y se impulsó hacia la escalerilla.

—Segunda... mira, también podríamos encargarnos de la lanzadera ahora mismo. Podría hacer que la *Roci* analizara sus especificaciones y calcular un disparo con el cañón de riel que le parta en dos el reactor.

Naomi agitó la mano para indicarle que lo dejara.

—No. Por una vez me gustaría encontrar una solución que no pase por hacer estallar las cosas.

Alex se encogió de hombros.

—Tú mandas.

Naomi flotó en silencio. Luego actuó como si hubiese tomado una decisión y tocó el panel de control. Un instante después, se oyó la respuesta de Jim Holden.

—Aquí Holden.

—Jim, tengo un problema y una solución que dependen de ti.

—Me gusta que ya tengamos preparada la solución —respondió Holden. Basia oyó la sonrisa que se perfilaba en su voz.

—Dos soluciones —gritó Alex—. Yo también tengo la mía.

—Hemos estado vigilando a la *Israel* tal y como pediste —comentó Naomi—. Y Alex y yo hemos llegado a la conclusión de que hay muchas probabilidades de que hayan convertido una de las dos lanzaderas ligeras en un arma. La tienen apagada y en órbita conjunta con la nave a unos quinientos metros de distancia. Creo que es un último recurso en caso de que la *Barb*

intente escapar, pero eso no quiere decir que no puedan llegar a usarla para atacar la colonia, por muy exagerado que parezca.

—Eso lo dices porque no conoces al tal Murtry, jefe de seguridad de ECR —espetó Holden—. Si no, te parecería muy probable. ¿Qué es lo mejor que podemos hacer?

—Sacamos a todo el mundo del planeta, volvemos a casa y pasamos unas décadas enviando sistemas de exploración no tripulados antes de empezar a pensar siquiera en volver —respondió Naomi.

—Estoy de acuerdo —aceptó Holden—. Ahora, ¿qué tenemos pensado hacer?

—Supuse que querrías una solución. Alex cree que puede destrozar la lanzadera con un tiro del cañón de riel, pero en mi opinión eso solo complicaría las cosas. Disparar proyectiles Gauss a la *Israel* es toda una declaración de intenciones.

—Las cosas ya han empezado a complicarse por sí solas —afirmó Holden—. Pero vamos a dejar esa opción sobre la mesa por el momento. ¿Qué más tenemos?

Naomi se acercó al panel de comunicaciones y bajó la voz, como si Holden fuese en realidad la consola y lo hiciese para darle malas noticias.

—Me pongo una mochila extravehicular, floto hasta la lanzadera y les planto un interruptor remoto en el motor. Si hacen una comprobación del sistema, lo descubrirán al momento, pero si intentan moverla podré apagarla a distancia. Sin explosiones. Solo una lanzadera que ha dejado de funcionar.

—Eso suena arriesgado —dijo Holden.

—¿Más arriesgado que pegarle tiros con un cañón de riel a un reactor?

—No, tanto no, la verdad.

—¿Más arriesgado que no hacer nada y permitirles tener un arma?

—Ni de coña. Vale, Naomi, te haremos caso. Quiero que esa cosa deje de ser una amenaza sea como sea. Ya tengo bastante de lo que preocuparme en la superficie.

Naomi sonrió al panel de control.

—¡Marchando una lanzadera inservible!

Se desconectó y suspiró. Basia los miró a ambos con el ceño fruncido.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —preguntó Naomi con voz animada.

—¿Por qué tomáis partido y actuáis en contra de ECR? ¿No se supone que sois mediadores? ¿Neutrales? ¿Por qué hacerlo cuando podríais quedaros al margen?

La cinturiana sonrió aún más, un gesto que hacía que su expresión fuese aún más ininteligible. Basia tuvo la sensación de que la mujer había oído una pregunta mucho más profunda de la que él pretendía pronunciar.

—No tomar partido cuando hay personas matándose también es tomar partido en cierta manera —respondió Naomi—. Y eso es algo que aquí no nos gusta nada.

Havelock

El sistema de Havelock tenía un filtro de búsqueda en los canales de noticias del Sistema Solar (todavía le resultaba muy extraño pensar en el «Sistema Solar» como algo lejano) con cuatro temas: Nueva Terra, James Holden, seguridad privada y liga europea de fútbol. Pasaba por los titulares con el dedo mientras estaba amarrado en el asiento de colisión de su oficina. LOS CAMBIOS EN LAS REGULACIONES DE REMUNERACIÓN CONCERTADAS PERJUDICAN A LAS EMPRESAS DE SEGURIDAD PRIVADA CON SEDE EN LA TIERRA. STAR HELIX SE PLANTEA RECURRIR. La borró. LA DESHONRA DE LA TIERRA: CINCUENTA TERRÍCOLAS FAMOSOS QUE HAN DESERTADO PARA UNIRSE A LA APE. Holden era el número cuarenta y uno. Havelock borró la noticia. LOS BLANCOS DERROTAN AL BAYERN 1-0. Havelock arqueó una ceja y puso el titular en favoritos. AUMENTA LA VIOLENCIA EN NUEVA TERRA. LA ONU Y LA APE REACCIONAN. MARTE SE POSICIONA A FAVOR DE LA APE.

Havelock notó un nudo en el estómago. La noticia la había escrito un servicio de análisis de inteligencia que tenía contactos con el gobierno de cada una de las tres facciones. La abrió.

—Soy Nasr Maxwell, de Análisis Predictivos, y este canal privado solo puede ser usado por los suscriptores y por los socios de Análisis Predictivos. Cualquier otro tipo de reproducción es una violación de los estatutos de propiedad intelectual de la RCM y la ONU y podrá ser perseguido por la ley.

»Los informes de inteligencia de la ONU afirman que la violencia ha escalado en Nueva Terra. Las fuerzas de seguridad de Energías Carta Real descubrieron que estaban a punto de sufrir otro ataque y para sofocarlo mataron entre siete y dieciséis insurgentes. La APE no ha realizado ninguna declaración relativa al ataque, pero ECR y la ONU anunciarán está tarde el envío a Nueva Terra de un equipo de rescate. Los primeros informes sugieren

que será una fuerza especial formada por efectivos de la empresa y militares de la ONU.

»Los representantes de la APE no han respondido a este plan, pero tenemos constancia de que planean usar activos militares para controlar el tráfico que pasa por la estación Medina. Debido a las limitaciones tácticas de las puertas anulares, Análisis Predictivos ve muy posible que una fuerza militar muy modesta de la APE sea capaz de bloquear a los efectivos de la ONU y de ECR. Fuentes cercanas al congreso de Marte que desean mantener su anonimato se han puesto en contacto con Análisis Predictivos para afirmar que es muy posible que Marte apoye a la APE.

»Los análisis indican que estas acciones no tienen por qué significar el comienzo de un pacto a largo plazo entre la APE y Marte, pero sí una alianza táctica que pretende evitar que las estructuras corporativas de la ONU y de Tierra-Luna se afiancen en los nuevos mundos. Debido al tiempo que tardará el grupo de la ONU y de ECR en reunirse y viajar hasta la estación Medina, predecimos que la situación en Nueva Terra continuará evolucionando sin violencia física inmediata entre los que se encuentran en el sistema, pero la gran duda de cómo regular el tráfico de las puertas se convertirá en el germen principal de las tensiones y es probable que esto provoque acciones militares a lo largo de los próximos meses o incluso años.

Havelock se rascó la oreja. La experiencia le decía que Análisis Predictivos solía ir un día por delante de los canales de noticias públicos. Eso significaba que, dentro de unas treinta horas, personas que nunca habían viajado más lejos del sistema joviano empezarían a comentar y a dar su opinión sobre los que se encontraban en Nueva Terra, una opinión que podía llegar a cambiar la opinión de las masas y que solo complicaría aún más las cosas. Si los okupas descubrían que había más naves de ECR en camino, aunque fuesen a tardar años en llegar, quizá se desesperaran aún más. O quizá que Marte empezase a relacionarse con la APE les hiciese pensar que tenían apoyo al otro lado del anillo. Sea como fuere, de aquello no podía salir nada bueno.

Havelock deseó que hubiese una manera de desconectar las comunicaciones con el anillo y de evitar que las políticas nacionalistas afectasen al conflicto. Las cosas ya estaban lo suficientemente mal sin que los picapleitos de la ONU se metiesen en el ajo, más de lo que ya estaban metidos. Al menos el mediador de la ONU y la APE no había decidido que el planeta era un caso perdido y no se había puesto a decirle a todo el mundo

que huyese a esconderse donde pudiera. Aunque, mejor pensado, quizá hubiera sido lo mejor. Al menos eso sería una distracción.

El terminal portátil de Havelock graznó, y él aceptó la llamada.

—Creo que estamos casi listos —afirmó el jefe de ingeniería Koenen.

—Iré en un momento —respondió Havelock desamarrándose del asiento. Se impulsó hacia la puerta y avanzó por los asideros hacia la esclusa de aire.

Entró en la bodega, donde lo esperaba su pequeña milicia, y su cerebro decidió de forma arbitraria que las taquillas de la estancia estaban en la parte inferior y la esclusa en la superior. Los cerebros humanos necesitaban una certeza, aunque para ello tuviesen que inventarse afirmaciones que sabían que estaban muy lejos de la realidad. Había una docena de personas flotando en el compartimento. Havelock empezó a hablar con ellos mientras sacaba el traje espacial de la taquilla que tenía a los pies.

—Me alegro de veros, equipo. Vamos a practicar una escaramuza. Será muy parecido a la última vez, con excepción de que en esta ocasión habrá que formar un escuadrón que haga las veces de enemigo.

Uno de los hombres del fondo agitó una pistola de balas de pintura y bramó. Los que se encontraban a su alrededor rieron. Havelock sacó el traje espacial y empezó a comprobar los sellos. Dejó el casco a un lado por el momento para seguir hablando con los demás directamente.

—¿Han formado los equipos?

—Yo me encargaré de Alfa y Beta —comentó Koenen—. He pensado que usted podría liderar el ataque con el equipo Gamma.

—Me parece bien —aceptó Havelock. Le dio vueltas a la pistola de bolas de pintura para hacerse una idea de su masa—. ¿Tienen la esclusa de emergencia?

—Aquí está —respondió uno de los del equipo Beta al tiempo que se daba la vuelta para que se le viese la mochila que llevaba puesta. Era una caja de un amarillo resplandeciente que mantenía con adhesivo una burbuja de polímero que, a su vez, estaba cubierta por otra película afianzada a la mochila con un sello y que también tenía un inflador del tamaño del pulgar de Havelock. Bien asegurada al casco de una nave, tendría el aspecto de una ampolla semicircular que podía contener hasta dos atmósferas de presión de forma indefinida o hasta ocho durante una décima de segundo. Havelock no iba a dejar que los ingenieros cortaran el casco de la *Israel*, pero iba a asegurarse de que supiesen dejarlo todo listo hasta el momento justo anterior de encender el soplete.

—Perfecto —dijo Havelock—. Antes de que salgamos ahí fuera, recuerden que nos encontraremos en el exterior de una nave y que la lanzadera está en el planeta. Si alguno sale flotando a la deriva, hay posibilidades de que no podamos llegar hasta él para salvarlo.

El grupo dejó de bromear y susurrar. Se hizo un silencio sepulcral. Havelock echó un vistazo por la estancia e hizo contacto visual con varios de los integrantes del equipo, como si aquella mirada fuese suficiente para hacerles sentir más seguros.

—Todos los trajes tienen botas magnéticas —continuó—. Solo funcionan cuando se encuentran a pocos centímetros de una superficie, por lo que los ayudarán a afianzarse en la nave, pero no a volver a ella en caso de que salgan despedidos. Para eso cuentan con los arpeos. ¿Saben usarlos?

Se hizo un murmullo de asentimiento general.

—De acuerdo. Si se encuentran a la deriva, los arpeos se adherirán a cualquier superficie de metal que haya en el casco. Cuentan con sus propios propulsores, por lo que no tendrán que lanzarlos. Otra cosa: no pasen ni se detengan bajo ninguna circunstancia por las zonas marcadas en rojo. Son los escapes de los propulsores y, aunque no vamos a realizar ningún ajuste de trayectoria, es mejor curarnos en salud. No podemos perder a nadie en los entrenamientos.

»Si salen ahí fuera y empiezan a notar algo raro al respirar, es probable que estén experimentando un ataque de pánico. En ese caso, nos lo pueden comentar al jefe o a mí para hacer una pausa en la práctica y volver a llevarlos dentro. Si empiezan a sentirse exultantes y poderosos como si hubiesen visto el rostro del mismísimo Dios, en ese caso se tratará de un ataque de euforia, y son más peligrosos que los de pánico. De esos no serán tan conscientes, pero también tienen que intentar decírnoslo. ¿De acuerdo?

Se oyó un coro irregular que pronunció «sí, señor» por toda la estancia. Havelock intentó pensar en qué más podía decirles. No quería insultar la inteligencia de aquellos hombres, pero tampoco que nada saliese mal. Terminó por encogerse de hombros, ponerse el casco y seguir dando órdenes por el canal de comunicaciones que habían designado para llevar a cabo el ejercicio.

—Equipos Alfa y Beta, a la esclusa. Tienen treinta minutos.

Había configurado tres canales para la escaramuza. Uno que estaba abierto para todos los que iban a salir. Otro solo para el equipo de Havelock. Y el último entre Koenen y él. El jefe de ingeniería lo llamaba el canal de los papis. Havelock tenía abiertos todos los canales, pero oyó que ya habían

empezado a farfullar en el de su equipo. El jefe y sus hombres aún no habían empezado a comentar nada. Diez minutos después, Havelock pasó al canal de los papis.

—Muy bien —dijo—. Salimos.

Se oyó un chasquido cuando el jefe cambió a ese canal.

—Eso no han sido treinta minutos...

—Lo sé —respondió Havelock, y el jefe rio entre dientes.

—Muy bien. Gracias por el aviso. No les diré nada a los demás.

A Havelock nunca le había interesado mucho la astronomía y, como solía vivir en una nave o una estación, veía las estrellas menos que cuando vivía de joven en la Tierra. El paisaje sideral que rodeaba Nueva Terra era precioso, familiar y desconocido al mismo tiempo. No distinguió las pocas constelaciones que conocía (Orión y la Osa Mayor), pero no había dejado de buscarlas. La mancha resplandeciente del disco galáctico aún formaba parte del paisaje, y la estrella local podía confundirse con el Sol. Más o menos. El anillo de pequeñas lunas que rodeaba Nueva Terra se interponía entre el planeta y la estrella, y las dejaba con un tenue albedo que las volvía casi indistinguibles de las lejanas estrellas que conformaban el paisaje. La *Edward Israel* se movía a unos ochocientos kilómetros por minuto. Parecía inerte, pero aquella calma ocultaba tras de sí una velocidad varios órdenes de magnitud más rápida que el disparo de un rifle. Havelock lo sabía, pero no había indicio alguno de ello ahí fuera. Lo único que él sentía era quietud. Se aseguró sobre el casco de la nave con las botas magnéticas y se agitó sobre ella como algas que oscilan en el lecho marino. A su derecha, el exterminador de Nueva Terra parecía oscilar sobre el gigantesco océano del planeta. Tenía la lanzadera a medio kilómetro y parecía pequeña y abandonada, recortada contra la noche estrellada. El equipo de asalto se encontraba a su alrededor y movían las cabezas, sorprendidos por el enorme vacío que los rodeaba. Se sintió algo triste por tener que volver a centrarse en las vacuas e insignificantes obligaciones de la violencia.

Se aseguró de que había abierto el canal de su grupo.

—Muy bien. El lugar en el que van a montar la esclusa de emergencia se encuentra hacia la popa de la bodega principal. Iremos en dirección de las agujas del reloj. En diez minutos, el planeta eclipsará la estrella. Si nos dirigimos hacia los propulsores de maniobra principales y el hangar, deberíamos acabar con ella a nuestras espaldas. Así que vamos allá.

El coro de «recibido» le indicó que a todos les había encantado la idea. Abalanzarse sobre el enemigo con la estrella a sus espaldas como una lluvia

mortífera. Era un plan más que decente. Lo único que podía salir mal era que los ingenieros no estaban acostumbrados a las botas magnéticas o que Koenen hubiese empezado a montar la esclusa de emergencia a unos cientos de metros de donde Havelock esperaba. Todo se oscureció cuando el sol se ocultó detrás de Nueva Terra, lugar en el que se quedaría durante unos veinte minutos.

—Muy bien —anunció Havelock—. Plan B, que todo el mundo apague las luces de los cascos.

—¿Y los indicadores de las baterías externas, señor?

—Esperemos que sean tenues y que no...

Uno de los ingenieros que estaba a su izquierda levantó el arma de bolas de pintura y la apuntó hacia él mismo. El cañón se iluminó con un chispazo.

—Pero ¿qué coño hace? —exclamó Havelock.

—He pensado que si embadurnamos el indicador con algo de pintura, quizá... —empezó a decir el hombre, pero ya era demasiado tarde. Los hombres de Koenen habían visto el resplandor. Havelock intentó que su equipo se agachase y disparase justo por encima del casco de la nave, pero los ingenieros no dejaban de levantar la cabeza para ver si le habían dado a algo. En menos de un minuto, todos los integrantes de su equipo tenían al menos un impacto del enemigo, y Havelock anunció el final de la escaramuza. Tenían casi encima la gigantesca mole del planeta y la luz de la estrella formaba un delgado anillo alrededor, lugar donde la atmósfera la dispersaba. Los dos grupos se reunieron.

Aún no habían terminado de montar la esclusa de aire, que también tenía tres impactos de balas de pintura. Dos del equipo de abordaje del jefe de ingeniería también estaban manchados de pintura. El resto estaban indemnes. Havelock mandó a los suyos y a los manchados del otro equipo a lavarse y, avergonzados, empezaron a desmontar la esclusa.

—Buen trabajo —felicitó Havelock por el canal de los papis.

Koenen gruñó. Tenía los brazos cruzados en el pecho a duras penas, ya que la corpulencia del traje no le dejaba en una postura muy cómoda. Havelock frunció el ceño, aunque nadie podía verlo.

—¿Pasa algo, jefe?

—Bueno —empezó a decir el jefe de ingeniería—. No me importa que la *Israel* tenga su propio equipo de ingeniería y entiendo que tengamos superiores diferentes, pero trabajamos con el mismo equipo y con los mismos suministros, y al menos me gustaría poder enterarme de cuándo la tripulación de la nave va a enviar un equipo.

—Sin problema —dijo Havelock—. Puedo hablar con ellos cuando entremos. ¿Es algo que pase a menudo?

—Está pasando ahora mismo —dijo el jefe al tiempo que señalaba hacia la oscuridad.

Havelock tardó un instante en verlo. No era más que un parpadeo donde no debería haber parpadeo alguno. La lanzadera bomba brillaba para luego ocultarse entre las sombras. Era un soplete, a medio *klick* de distancia en la oscuridad. Sintió pánico, un pánico que le hizo sentirse muy raro en ingravidez cuando empezó a notar que la sangre se alejaba de sus pies y de sus manos.

—¿Puede ampliar la imagen con su casco? —preguntó Havelock.

—Claro —respondió el jefe.

—¿Podría ver quién está ahí fuera?

El jefe de ingeniería se echó hacia atrás, y la superficie de su casco brilló por un instante antes de que apareciese el visor táctico.

—Lleva un traje extravehicular rojo. Con una mochila bastante grande. Parece para largas distancias. Y también un soplete.

Havelock soltó un taco y luego abrió la comunicación al canal general.

—Todos quietos. Tenemos un problema. Hay alguien en la lanzadera de allí, y no es uno de los nuestros.

Se hizo el silencio por un instante. Luego, uno de los integrantes de la milicia dijo con voz calmada y neutral:

—Pues vamos a darle su merecido.

Era justo lo que Havelock no quería hacer. Si el enemigo tenía un rifle, podría cargarse a mitad del equipo antes de que se acercasen. Y encima ellos solo tenían balas de pintura. Pero la alternativa era dejar a esa persona hacer lo que había ido a hacer y que inutilizara el único as que la *Israel* tenía bajo la manga.

—Muy bien —dijo Havelock—. Este es el plan. Sincronicense con los sistemas de la nave. Dejaremos que la *Israel* calcule nuestras trayectorias de aceleración. Apaguen las botas magnéticas. —Sacó el terminal portátil, introdujo el código de control manual y realizó la solicitud. Los trajes espaciales tenían combustible más que suficiente para llegar hasta la lanzadera y volver, eso si nadie cometía algún error o intentaba hacer algo creativo. Encima de ellos, la penumbra que cubría Nueva Terra empezó a desplazarse a un lado, y el sol se preparó para salir. Un pequeño amanecer más. Los sistemas anunciaron que la trayectoria estaba lista.

—Perfecto —anunció Havelock—. Son los malos. No tenemos ni idea de cuántos habrá y tampoco de si están armados, así que vamos a intentar asustarlos. Que todo el mundo tenga las armas listas. Pongan pose amenazadora y ni se les ocurra disparar. Si descubren que no tenemos armas de verdad, lo vamos a pasar muy mal.

—¿Señor? —llamó uno de los hombres—. Recuerda que estamos embadurnados de pintura, ¿verdad?

Los propulsores se activaron antes de que Havelock pudiese responder y expulsaron gas comprimido detrás de ellos. Todos los trajes del equipo se elevaron hacia la noche. O cayeron hacia ella. La aceleración devolvió la circulación a las piernas de Havelock, y notó cómo el traje volvía a oprimirle el cuerpo. No llegaba ni a un g. Era de poco menos de un tercio, pero la sentía como si fuese mucho más, como si fuese muchísimo más rápido. Como si la maniobra fuese muchísimo más peligrosa. Ahora que sabía dónde se encontraba, no le costó encontrar el resplandor del soplete. No se había detenido. Los trajes dejaron de acelerar, rotaron y empezaron a realizar la maniobra de frenada. La perfecta sincronización era indicativo de que la *Israel* aún llevaba las riendas.

El intruso terminó por verlos. Se apagó la luz del soplete. Havelock miró hacia abajo entre los pies con el arma de pintura centrada entre ambas extremidades y esperó las balas mientras rezaba para que no le dispararan.

No lo hicieron.

—¡Funciona! —gritó uno del equipo—. ¡Ese cabrón está huyendo!

Fue entonces cuando lo vio. Un traje extravehicular rojo que se encontraba en el casco de la lanzadera. Se afaná con algo, miró hacia arriba para ver cómo Havelock y su milicia descendía hacia él y se dio la vuelta. Fuera quien fuese, solo había uno. El propulsor terminó la maniobra de frenada. Casi habían llegado a la lanzadera. Cincuenta metros. Cuarenta. Treinta. Havelock abrió un canal general estándar.

—Atención, soldador no identificado. Ríndase.

El traje rojo se quedó inerte y el propulsor se apagó. La persona se encontraba en un ángulo de noventa grados que no apuntaba directo hacia ellos, sino hacia la superficie del planeta y cualquier órbita que le sirviese para escapar con seguridad. Havelock se sintió muy aliviado. No iban a tener que disparar. Su visor táctico le anunció que las funciones básicas de la lanzadera no se habían visto afectadas. No habían activado la detonación. Además, los integrantes de la milicia no podían controlar sus aceleraciones, así que no podían salir flotando detrás del intruso.

Los había infravalorado.

El primero de los hilos oscuros salió disparado hacia el intruso y falló, pero al ver que uno de los integrantes del equipo había disparado el arpeo, el resto dio por hecho que había vía libre. Media docena de arpeos salieron disparados y sus propulsores refulgieron con tonalidades naranjas y azules que avanzaron como pequeños misiles hacia el soldador a la fuga. Uno de ellos lo alcanzó. El enemigo y el hombre que había disparado el arpeo se sacudieron, y el traje del ingeniero empezó a realizar una aceleración de emergencia para intentar compensar el movimiento. Ahora que el enemigo estaba atrapado y no podía avanzar rápido, recibió el impacto de otros dos arpeos. No tardó en tener cinco cables a su alrededor, y los propulsores de los de su equipo consiguieron mantener a raya los del traje extravehicular. Havelock le quitó el control de su traje a la *Israel* y avanzó en dirección al planeta y el prisionero.

El traje rojo no dejaba de agitarse para intentar apuntar a los cables con el soldador. Havelock levantó el arma, y el enemigo se quedó quieto. Estaba a una distancia desde la que ya podía ver quién se encontraba al otro lado del casco. Era una mujer cinturiana de piel negra y con una melena negra y ondulada que se le pegaba al sudor de la frente. Tenía una expresión angustiada.

Havelock volvió a hablar por el canal general.

—Hola —dijo—. No tengas miedo. Me llamo Havelock. Soy el jefe de seguridad interino de la *Edward Israel* y vas a tener que acompañarme.

Interludio

El investigador

... se comunica se comunica se comunica...

Ciento trece veces por segundo. Se comunica, pero lo que encuentra no es la señal que le permitiría terminar el proceso, aunque sí herramientas que analiza sin saber que lo está haciendo. Se comunica, como agua que se abre paso sin saberlo a través de un lecho de guijarros. Mueve lo que es capaz de mover y abre lo que es capaz de abrir. Cierra lo que es capaz de cerrar. Empieza a aparecer una red vasta, antigua y exánime que también se comunica. Las partes de él que son capaces de pensar intentan buscarle un sentido. Otras partes sueñan con un cuerpo momificado que tiene un corazón reseco que bombea polvo a lo largo de arterias petrificadas.

No todo responde, pero se comunica, insiste, se mueve. Y hay cosas que al notarlas también se mueven. Antiguos artefactos que despiertan o no. Pero ninguno es lo que busca ni nunca lo será. Analiza sin saber que está analizando y empieza a conformar un paisaje. No es un lugar físico, sino uno lógico en el que va encajando las piezas. Construye un modelo y lo une al otro que ya tenía, pero lo hace sin ser consciente. Se comunica. Se comunica. Ciento trece veces por segundo.

Algo que llegó a funcionar en otro momento ha dejado de funcionar. Se comunica y lo que respondía antes, ahora responde menos. Hay algo que arde, fracasa o que intenta elevarse y se rompe. Parte del mapa se queda incomunicada, se desconecta, y él se comunica con esa silenciosa muerte. Parte de él siente frustración, pero no es consciente de esa parte y se comunica. Parte de él quiere gritar, morir, vomitar a través de una boca, y se imagina que lleva transformado en otra cosa desde hace años. Son sensaciones que no experimenta, aunque algunas partes de él sí que lo hagan. Se comunica.

Retrocede.

No es consciente de que retrocede, pero uno de cada diecisiete millones de intentos toca algo que no volverá a tocar. No es consciente de que retrocede, porque no es consciente de nada, pero los errores se acumulan. Se forma un lugar desocupado, vacío. Un frío vacío. Joder, piensa una anciana, ahora le gustan las rimas.

El mapa no es físico, pero tiene forma. Es un modelo de parte del universo. Se vuelve más detallado, más concreto. Algunas cosas adquieren vida y luego mueren. Otras no responden jamás. Otras se convierten en herramientas y las usa para comunicarse, con otro lugar.

El vacío también gana definición. Con cada comunicación fallida, cada vez que retrocede, las fronteras intermedias se vuelven más definidas. Se esfuerza por encontrarle sentido a la forma de la nada que lo envuelve. Las estructuras de las mentes de su interior que nunca han muerto también se esfuerzan. Es un quiste. Un espacio negativo. Un tabú. Es la pregunta que no debe ser pronunciada. No es consciente de que piensa esas cosas. No es consciente de que ese espacio existe, de que cuando llegue a él, morirá.

No necesita ser consciente del problema. Tiene una herramienta. Algo que sirve para encontrar lo que se ha perdido. Una herramienta para hacer preguntas que no deberían ser pronunciadas. Una herramienta para pasarse de la raya. El investigador reflexiona sobre el quiste, sobre esa sombra, sobre ese espacio donde no hay nada.

¿Y eso de ahí? Piensa el investigador. Sí, eso que se encuentra en el lugar en el que acabo de estar. Podríamos considerarlo una pista.

Holden

—Venga —dijo Holden al desierto vacío y al hombre que no se encontraba allí—. Apareces cada vez que no quiero que lo hagas, pero ahora que quiero hablar contigo, ni rastro.

La cosa que había sido Miller no apareció. Holden suspiró, esperanzado, y esperó.

Ilo había perdido parte de su extrañeza. El cielo sin luna le seguía pareciendo demasiado oscuro, pero no más que cuando había luna nueva en la Tierra. Su olfato se había acostumbrado a los aromas singulares del planeta. Ahora no le olía diferente a cualquier noche y a tierra húmeda. Su familiaridad con el lugar era cada vez mayor, lo que le resultaba reconfortante y triste al mismo tiempo. Los humanos iban a salir a miles de mundos a través de las puertas, a construir pequeños asentamientos como Primer Aterrizaje, a expandirse y crear granjas, ciudades y fábricas. Es lo que hacían los humanos. Y dentro de unos cuantos siglos, la mayoría de esos mundos serían muy parecidos a la Tierra. La vida fronteriza sucumbiría a las civilizaciones posteriores. Se convertirían en una imagen a semejanza de su hogar.

Holden había vivido en el distrito de Montana de Norteamérica, una región muy nostálgica con la pérdida de fronteras. Había resistido contra la expansión urbana más que la mayoría de los lugares de los antiguos Estados Unidos. La gente que vivía en el lugar se aferraba a sus granjas y sus ranchos aunque dejasen de tener solvencia económica. Por eso no podía evitar sentirse atraído por los lugares indómitos. La idea romántica de ver un lugar que nadie había visto antes. Caminar por lugares que nadie había pisado.

La nueva frontera duraría al menos lo que a Holden le quedaba de vida. Conquistar y controlar más de mil planetas era un trabajo que llevaría generaciones, sin importar la ventaja que les hubiesen dado los maestros de la

protomolécula. Pero en el fondo, Holden sabía que conquistarían y controlarían. Y que acabarían por construir miles de Tierras cubiertas por ciudades de acero y cristal. Holden sintió un atisbo de la pérdida de misterio de aquel futuro distante y se lo tomó como algo muy personal.

Una estrella se movió demasiado rápido en la negrura de aquel cielo sin luna. Una de las naves. La *Israel* o la *Barbapiccola*. La *Rocinante* era demasiado pequeña y oscura para reflejar la luz. ¿Reflexionarían los que estaban ahí arriba sobre lo trascendental que era aquel momento que estaban viviendo? A Holden le preocupaba que no. Le preocupaba que aquella extrañeza ya hubiese pasado a formar parte de la normalidad, como el aroma nocturno de Ilo. Que lo viesen todo como un conflicto en el que vencer y un tesoro del que aprovecharse.

Holden suspiró, se giró hacia la ciudad y empezó a caminar. Seguro que Amos estaba preocupado por él. Carol, la administradora del pueblo, le había pedido una reunión después de la cena, por lo que tenía que buscarla. Una criatura con forma de perro gordo y cabeza de sapo caminaba delante de él y hacía un sonido parecido al de las botas contra la gravilla. Los lugareños los llamaban lagartos mimo. Tenían una especie de escamas como los lagartos, pero unas extremidades que a Holden le resultaban muy extrañas. Sacó el terminal portátil y lo usó para iluminar a la criatura, que parpadeó al verlo y volvió a emitir aquel sonido como de gravilla.

—Serías una buena mascota si no vomitases tu estómago cada cierto tiempo —dijo Holden mientras se agachaba para mirar mejor la criatura, que le respondió con un graznido. No pronunció las mismas palabras que él, pero sí consiguió imitar el tono de su voz de una manera muy sorprendente. Se preguntó si se les podría enseñar a pronunciar palabras, como a los loros.

Le sonó el terminal portátil en la mano. El lagarto se escabulló y se alejó imitando aquel sonido estridente.

—Aquí Holden.

—¿Qué tal, capi? —saludó Alex—. Tengo malas noticias.

—¿Malas en plan que el retrete de ingravidez del tigre de la *Roci* ha dejado de funcionar o que debería empezar a buscar rastros de misiles en el firmamento?

—Bueno... —empezó a decir Alex para luego respirar hondo. Holden miró el cielo. Solo había estrellas.

—Me estás asustando. Suéltalo ya.

—Naomi —anunció el piloto, y Holden sintió que le daba un vuelco el estómago—. Estaba instalando el interruptor remoto en la lanzadera, pero

había alguien fuera realizando una especie de ejercicio en grupo y la han visto. Puta mala suerte, de verdad.

—¿Y qué le ha pasado? ¿Está bien? Que esté bien, por favor.

—La tienen, capi —respondió Alex, y Holden sintió un vacío en el pecho.

—¿Cómo que la tienen? ¿Le han disparado?

—¡No! Eso no. La han capturado. No está herida. El tipo de seguridad de la *Israel* ha llamado para asegurarme que no le han hecho daño. Pero nos han acusado de sabotaje y la han encerrado.

—Joder —exclamó Holden, que se había quedado sin aire. Sabía quién era el que había autorizado el encarcelamiento. Murtry. Y ahora el jefe de seguridad de ECR tenía un buen recurso con el que negociar y que sin duda iba a usar—. ¿Lo sabe alguien más?

—Bueno, Amos ha llamado preguntando por ella hace un momento...

Holden no oyó el resto de las palabras de Alex porque empezó a correr al pueblo. Cuanto más corriese sin oír disparos, más probabilidades había de que Amos se hubiese dado cuenta de la delicadeza de la situación y decidido esperar para consultarlo con su capitán antes de tomar medidas. Esperó que Amos no se hubiese puesto en contacto con la *Israel* mientras apuntaba a Murtry con una pistola en la cabeza y exigía la liberación de Naomi.

La imagen era algo diferente a como se la había imaginado.

Cuando entró a la carrera en el despacho de Murtry, encontró al jefe de seguridad de ECR aplastado contra una pared con la mano izquierda de Amos alrededor del cuello y una pistola en la frente. Al menos no había llamado a la *Israel* para comunicar sus exigencias. En parte, porque no le quedaban manos libres.

Además de Murtry y Amos, había en la estancia cuatro integrantes del equipo de seguridad de ECR con pistolas desenfundadas que apuntaban a Amos. Una de ellos, una mujer de pelo negro azabache llamada Wei, gritó:

—Suelta el arma o dispararemos.

—Muy bien —dijo Amos, que se encogió de hombros—. Dispara, guapa. Te garantizo que me llevaré conmigo a esta escoria. No tengo problema alguno. ¿Qué te parece? —Se inclinó aún más hacia Murtry y recalcó la pregunta con un golpe en la frente del jefe con el cañón de la pistola. Un hilillo de sangre empezó a bajarle por la cara debido a la fuerza con la que Amos le apretaba el arma.

Murtry esbozó una sonrisa.

—Sigue ladrando, perro. Ambos sabemos que no vas a morder. Si me disparas, esa mujer está muerta.

—Eso jamás lo sabrás.

—No lo hagas, Amos —ordenó Holden.

—No, hazlo —exigió Murtry con un hilillo de voz.

Holden contuvo el aliento, con la certeza de que lo próximo que oiría sería el estallido de un disparo. Amos le sorprendió al no disparar. Había decidido acercarse aún más al hombre, hasta que llegó a tocar la nariz de Murtry con la suya. Luego dijo:

—Voy a matarte.

—¿Cuándo? —preguntó Murtry.

—Eso es justo lo que deberías preguntarte —dijo el grandullón al tiempo que soltaba al jefe de seguridad.

Holden resopló y empezó a respirar de nuevo.

—Yo me encargo, Amos.

El mecánico enfundó el arma, para alivio de Holden, pero no hizo amago de marcharse.

—Yo me encargo, de verdad. Necesito que vuelvas a la habitación y te pongas en contacto con Alex. Prepara un informe completo. Volveré en un minuto.

Holden pensó por un instante que Amos se opondría, pero el mecánico se limitó a mirarlo con la cara roja de rabia y los dientes tan apretados que parecía que se le iban a agrietar.

—Muy bien —se limitó a decir antes de marcharse. Los cuatro del equipo de seguridad no dejaron de apuntarle hasta que se perdió de vista.

—Eso ha sido muy inteligente —admitió Murtry. Sacó un pañuelo de un cajón del escritorio y se limpió la sangre de la frente. Se le había empezado a formar un moratón muy feo alrededor del corte que le había hecho la pistola de Amos—. Su chico casi no consigue salir vivo de aquí, mediador.

Holden se sorprendió al oírse soltar una carcajada.

—Nunca he visto a Amos meterse en una pelea de la que no esté seguro que puede salir victorioso. No sé muy bien qué tendría en mente, pero aunque fuesen cinco contra uno hubiera apostado por él.

—Todos perdemos en algún momento —afirmó Murtry.

—Buena reflexión.

—Menudo asesino que tiene a su servicio. Después se queja de mi metodología.

—Hay una diferencia. Amos está dispuesto a partirse la cara por un ser querido. No tiene ambición por ganar, sino por proteger a sus amigos. Por eso no se parece en nada a usted.

Murtry asintió y se encogió de hombros.

—Entonces ¿qué habría pasado si no hubiese llegado usted para salvarle?

—Pues la situación habría escalado aún más —respondió Holden—. En parte es culpa mía. Le pedí a Naomi que se encargara de la lanzadera.

—Un sabotaje... —empezó a decir Murtry.

—Pero lo hice para descubrir si la habían convertido en un arma. No dejamos de reaccionar a las acciones del contrario, de justificarnos como niños en un patio de recreo. «¡Empezó él!».

—¿Y usted va a ser el primero en romper ese círculo vicioso?

—Lo haré si puedo —afirmó Holden—. Ha ido demasiado lejos, Murtry. Desactive la lanzadera y devuélvame a Naomi. Busquemos una manera de detener la escalada de violencia.

La ligera sonrisa del jefe de seguridad pasó a convertirse en un leve fruncimiento de ceño. El hombre se reclinó en el escritorio y se limpió la herida con otro pañuelo. Solo le quedó una marca carmesí. Luego se cruzó de brazos, natural pero inamovible. Holden sabía que era un gesto deliberado para parecer natural. Estaba impresionado y preocupado al mismo tiempo porque alguien tuviese ese nivel de control en una situación así.

—Desde que llegué a la superficie, siempre he actuado conforme a mis competencias —dijo Murtry—. He protegido al personal y los activos de ECR.

—Ha asesinado a un buen número de colonos y secuestrado a mi segunda de a bordo —respondió Holden intentando contener la rabia y fallando en el intento.

—Los okupas han matado a más de mis hombres que yo de los suyos. Y todos conspiraban de manera activa y atacaban recursos y personal de ECR. Como le he dicho, siempre he actuado conforme a mis competencias.

—Y Naomi...

—También he capturado a una saboteadora a la que he encerrado a la espera de que se lleve a cabo una investigación. «Secuestrar» es un término provocador y nada preciso.

—Quiere que todo se vaya al traste —suspiró Holden—. Está deseando que las cosas empeoren, ¿verdad?

El fruncimiento de ceño volvió a dar paso a la sonrisa. Ninguna de las dos cosas significaba nada. No eran más que máscaras diferentes. Holden se preguntó en qué estaría pensando Murtry en realidad y se estremeció.

—He intercedido lo mínimo necesario cada vez que ha ocurrido algo —afirmó el hombre a través de esa sonrisa inquietante.

—No —espetó Holden—. Podría haberse marchado. Tiene la *Israel*. Después del primer ataque a la lanzadera podría haber sacado de ahí a los suyos y esperado a que se realizase una investigación. Mucha gente seguiría viva si lo hubiese hecho.

—Oh, no —dijo Murtry al tiempo que negaba con la cabeza. Se levantó y descruzó los brazos. Cada uno de sus movimientos era lento y deliberado, como si anunciase una amenaza—. No, eso es justo lo que no vamos a hacer. No vamos a ceder ni un centímetro de esta tierra. Esos okupas tendrán que darse de bruces contra nosotros hasta que queden hechos papilla, ya que no vamos a ir a ninguna parte. Porque eso...

La sonrisa de Murtry se ensanchó.

—... también es mi trabajo.

El camino de la caseta de seguridad hasta su habitación en el centro comunitario no era muy largo, pero sí estaba muy poco iluminado. La tenue luz azulada de Miller no iluminaba nada, pero aun así le resulto curiosamente reconfortante.

—¿Qué hay, viejo? —saludó Holden.

—Tenemos que hablar. —Miller sonrió con su broma. Ahora hacía bromas. Era casi como una persona de verdad. De alguna manera, aquello era más espeluznante que cuando solo decía cosas sin sentido.

—Lo sé, pero la verdad es que estoy un poco ocupado intentando evitar que esta gente no se mate. O que no nos maten.

—¿Y qué tal va?

—Fatal —admitió Holden—. Acabo de perder una de las mejores bazas que teníamos.

—Sí, ahora que Naomi está en esa nave, han dejado a la *Rocinante* fuera de juego. Dejarla salir y que se acercase fue un error de campeonato.

—No te he contado nada de eso.

—¿Debería hacer como si no estuviese dentro de tu cabeza? —preguntó Miller haciendo un gesto de indiferencia con las manos como un cinturiano—. Lo haré si hace que te sientas más cómodo.

—Oye, Miller —empezó a decir Holden—. ¿En qué estoy pensando ahora?

—La creatividad es complicada, chico. Es difícil de adivinar y las cosas podrían ser menos divertidas de lo que crees.

—Pues lárgate.

Miller dejó de hablar y agarró por el antebrazo a Holden, quien se volvió a sorprender de lo real que parecía. La mano de Miller parecía un cepo de metal. Holden intentó zafarse, pero no pudo. Y todo era porque el fantasma había empezado a tocar ciertos botones de su cerebro.

—No era broma. Tenemos que hablar.

—Suéltalo ya —espetó Holden al tiempo que tiraba del brazo cuando notó que Miller había rebajado la presión.

—Tengo que ir a investigar una zona que se encuentra al norte.

—Supongo que con eso quieres decir que el que tiene que ir soy yo.

—Eso mismo —dijo Miller asintiendo con el puño—. Eso.

Holden no pudo evitar sentir curiosidad.

—¿Y qué es?

—Resulta que nuestra llegada aquí ha causado un ligero alboroto entre los lugareños —anunció Miller—. Quizá te hayas dado cuenta. Hay muchas cosas abandonadas que han empezado a despertar por todo el planeta.

—Sí, te lo quería comentar. ¿Son parte de ti? ¿Puedes controlarlas?

—¿Estás de coña? Yo soy poco más que una marioneta y la protomolécula tiene su mano bien metida en mi culo. Le noto hasta las uñas.

—Miller rio—. No puedo ni controlarme.

—Lo digo porque algunas de esas cosas me han parecido peligrosas. Aquel robot, por ejemplo. Y fuiste capaz de apagar la estación de la zona lenta.

—Porque «él» quería que lo apagase. Si lo pronuncias en el momento adecuado, podrías hacer creer a cualquiera que eres capaz de ordenarle al sol que salga por el horizonte. Yo no estoy al mando de este tren. Obligarle a hacer lo que quiero es tan difícil como convencer a alguien para que deje de tener convulsiones.

—Vale —dijo Holden—. Tenemos que salir de este planeta.

—Pero antes de eso, tenemos que ocuparnos de esto. De este... vacío. Mira, tengo un buen mapa de la red de comunicaciones. Hay muchas cosas abandonadas que han empezado a activarse y a comunicarse. Menos en un sitio. Ahí parece que hay un gran círculo de vacío.

Holden se encogió de hombros.

—Puede que no sea más que un lugar en el que no hay nódulos de la red.

—Chico, este planeta es un nódulo de la red en sí mismo. No debería haber ningún lugar que escape a mi alcance.

—¿Y eso qué significa?

—Quizá no sea más que un lugar que está roto de verdad —respondió Miller—. Eso sería interesante, pero nada útil.

—¿Y qué sería útil?

—Que fuesen restos de lo que acabó con este lugar.

Se quedaron un momento en silencio mientras la refrescante brisa de la noche de Ilo agitaba los pantalones de Holden y no causaba efecto alguno a las ropas del inspector. Holden sintió una punzada en los lumbares que empezó a subirle poco a poco por la espalda. Se le erizaron los pelos de los brazos.

—No quiero que nos encontremos con eso —dijo al fin.

—¿Y crees que yo sí? —dijo Miller al tiempo que esbozaba la sonrisa más tranquilizadora de la que era capaz—. Hace mucho que no sé lo que es el libre albedrío. Las pistas son las que son. Deberías implicarte. Es algo que terminará por llegar en algún momento.

—¿Por qué?

—Porque los monstruos de verdad no se van cuando cierras los ojos. Porque tienes tantas ganas como yo de saber lo que pasó aquí.

La expresión de Miller seguía siendo tranquilizadora, pero había en ella cierto pavor. Un pavor que Holden fue capaz de interpretar. Y que él también sintió.

—Primero Naomi. No iré a ninguna parte hasta que vuelva a estar con nosotros.

Miller volvió a asentir justo antes de desvanecerse en un reguero de luciérnagas azules.

Cuando volvió a la taberna, Amos lo estaba esperando. El grandullón estaba sentado solo en una mesa con una botella medio vacía de algo que olía a humo y antiséptico.

—Supongo que no lo mataste después de que me fuera —dijo Amos mientras Holden se sentaba.

—Me siento como si caminara por una cuerda floja tan estrecha que ni siquiera se ve —respondió Holden. Negó con la cabeza cuando Amos le ofreció la botella, y el mecánico le dio un buen trago al ver que él no quería.

—Esto va a acabar mal —dijo Amos un momento después. Su voz sonaba distante, onírica—. No hay manera de evitarlo.

—Bueno, mi trabajo es conseguir justo lo contrario, así que espero que estés equivocado.

—No lo estoy.

Holden no tenía un argumento convincente, por lo que se limitó a preguntar.

—¿Sabes qué opina Alex?

—Hemos enviado una lista de exigencias al capitán de la *Israel*, para asegurarnos de que tratan bien a Naomi mientras está allí.

—¿Y con qué hemos negociado?

—Con que Alex no convirtiese la nave en un puñado de átomos humeantes en ese mismo momento.

—Espero que hayan entendido que estamos siendo misericordiosos.

—Bueno —añadió Amos—, tiene un cañón de riel apuntando hacia el reactor de la *Israel*.

Holden se atusó el pelo.

—Bueno, quizá no estemos siendo tan misericordiosos.

—Lo hemos pedido por favor, pero con un proyectil de un kilo de wolframio acelerado a una fracción medible de la velocidad de la luz.

—Creo que he oído eso antes —respondió Holden antes de levantarse. De repente se sentía muy cansado—. Me voy a la cama.

—¿Naomi está en el puto calabozo de Murtry y eres capaz de dormir? —preguntó Amos antes de dar otro trago.

—No, pero me voy a la cama. Mañana me las ingeniaré para rescatar a mi segunda de a bordo de las garras de ese maniaco de ECR que la tiene secuestrada y luego iré a buscar el espeluznante fragmento de metralla alienígena que está clavado en las entrañas del planeta.

Amos asintió, como si lo que Holden acababa de decir tuviese sentido.

—Venga, entonces tendremos la tarde libre.

Elvi

Elvi dormía. Y soñaba.

En el sueño, volvía a estar en la Tierra, una que también era los pasillos de la *Edward Israel*. Sintió una urgencia que se tornó en miedo. Había algo quemándose en algún lugar porque no había presentado los formularios correctos. Tenía que entregarlos antes de que todo ardiese. Se encontraba en el despacho del tesorero de la universidad y también estaba por allí el gobernador Trying, aunque él llevaba demasiado tiempo esperando por un certificado de defunción. Elvi no podía rellenar los suyos. Miraba los documentos de papel cebolla para intentar descubrir cuál era la fecha límite, pero las palabras no dejaban de cambiar. Al principio, la última línea rezaba: «Elvi Okoye, líder de la investigación y argonauta», pero luego pasaba a «Multa a pagar directamente en el templo: conejos y cerdos». Cada vez se sentía más inquieta y, cuando gritó, los documentos empezaron a deshacerse en las manos. Intentó volver a unirlos, pero fue imposible.

Alguien le tocó el hombro. Era James Holden aunque tenía el aspecto de otra persona. Más joven y de piel más oscura, pero Elvi sabía que era él. Se dio cuenta de que estaba desnudo. Se avergonzó, pero también se alegró un poco. La mano del hombre le tocó el pecho y...

—¡Elvi! ¡Despierta!

La mujer levantó los párpados con mucho esfuerzo y abrió los ojos. Intentó enfocar la vista. No sabía dónde estaba, solo que algún zopenco acababa de interrumpir algo que ella no quería que acabase. Las sombras que tenía delante se volvieron más familiares poco a poco. El techo de su caseta. Se movió y extendió el brazo para ver si estaba junto a alguien aunque no supiera quién. Estaba sola en la cama. El terminal portátil brillaba tenue. Su equipo de análisis titilaba mientras los datos de su trabajo se enviaban al

exterior, a través de la vasta oscuridad del Anillo y de la estación Medina, hacia la Tierra, y también mientras llegaba información como respuesta. Todo iba bien, así que ¿por qué narices se había despertado?

Oyó que alguien tocaba con suavidad en la puerta. Era la voz de Favez.

—¿Elvi! Despierta, tienes que ver esto.

Elvi bostezó con tanta fuerza que le dolió la mandíbula. Se incorporó y no tardó en olvidar el sueño. Solo recordaba que había fuego en alguna parte, que alguien le tocaba y que ella tenía muchas ganas de que lo hiciera. No era nada coherente y se olvidó de más cosas aún mientras se sentaba y extendía la mano para coger la bata.

—¿Elvi? ¿Estás ahí?

Cuando habló, arrastró las palabras y sonaron lentas y pesadas.

—Como no sea importante, te voy a rajar el cuello y orinarte encima hasta que te llegue a los pulmones.

Favez rio. Había más voces aparte de la suya. Sudyam había dicho algo en voz demasiado baja como para entenderlo. Yma Chappel, la líder del equipo de geoquímica, también. Elvi se quedó quieta, tiró a un lado la bata y cogió la ropa de verdad y las botas de trabajo para ir con ellos. Cuando salió de la caseta, por toda la extensión oscura de la llanura había una docena de personas de los equipos de investigación formando pequeños grupos o en pareja. Y en el cielo nocturno, algo mayor que una estrella brillaba con una tonalidad rojiza muy tétrica. Favez estaba acuclillado y levantó la vista para mirar a Elvi.

—¿Qué es eso? —preguntó ella en voz baja, como si el instinto le indicase que no había que asustar a esa cosa.

—Una de las lunas.

Elvi dio un paso al frente con el cuello hacia atrás y entornó los ojos para mirar mejor la oscuridad.

—¿Y qué le pasa?

—Se está fundiendo.

—¿Por qué?

—Eso mismo —dijo Favez al tiempo que se levantaba.

Sudyam, que se encontraba a la izquierda de ambos, levantó la voz.

—Ojalá hubiésemos enviado sondas, ¿verdad?

—Solo tenemos una nave para investigar un puto planeta entero —respondió Favez—. Además, hemos dedicado mucho tiempo a matarnos.

—¿Y qué quieres decir con eso?

Favez extendió los brazos.

—Pues que hemos estado ocupados.

La luna cambió de color por un momento y pasó de aquel rojo apagado a un naranja resplandeciente o amarillo blancuzco para luego volver a oscurecerse y empezar a menguar con la misma velocidad con la que había crecido.

—¿Hay alguien grabando esto? —preguntó Elvi.

—Caskey y Farengier han cancelado su estudio de refracción en la termosfera y empezado a grabar datos tan pronto como han visto lo que pasaba. La mayor parte es luz visible, calor y un treinta por ciento de partículas gamma. La batería de sensores de la *Israel* ha detectado justo lo mismo.

—¿Es peligroso? —preguntó Elvi aunque ya sabía la respuesta. Quizá. Puede que lo fuese o puede que no. Hasta que supieran de qué se trataba, lo único que podían hacer era lanzar conjeturas. A la luz de las estrellas era difícil adivinar la expresión de Favez. Puede que la aprensión que denotaban las comisuras de sus labios y la curva de sus ojos no fuesen más que fruto de su imaginación. Un sueño como el de antes—. ¿Lo sabe alguien más?

—Supongo —respondió Favez—. Eso si no están demasiado ocupados tomando prisioneros y prendiéndose fuego.

—¿Se lo has dicho a Murtry?

—No, pero es probable que alguien lo haya hecho.

—¿Y Holden? ¿Lo sabe él?

—Aunque lo sepa, ¿qué va a hacer al respecto? ¿Hablar con la luna con ese tono de voz tranquilizador tan suyo?

Elvi se giró hacia Primer Aterrizaje. Las pocas casas iluminadas parecían un puñado de estrellas que habían caído al suelo. Sacó el terminal portátil, puso la pantalla en blanco y la usó de linterna.

—¿Dónde vas? —preguntó Favez detrás de ella.

—Voy a hablar con el capitán Holden —respondió.

—Debí habérmelo imaginado —dijo Favez con un gruñido cargado de impaciencia—. Seguro que lo que más necesita es conocer el punto de vista de una bióloga.

Las palabras le dolieron un poco, pero Elvi no se dejó llevar y obvió la conversación. Favez era buen científico y buen amigo, pero tenía la costumbre de burlarse de todo y quitarle importancia a las cosas serias, lo que le convertía en una persona menos útil de lo que debería ser. Seguro que alguno de los demás se había asegurado de anunciar a todo el mundo que algo

pasaba sobre sus cabezas. No tenía por qué ser ella. Pero aun así, deseó ser la portadora de aquellas nuevas.

El aire seco olía a tierra y a esos análogos de plantas que florecían por la noche. Después de meses de caminatas, habían terminado por formarse senderos donde antes había plantas fibrosas y resistentes. A pesar de la oscuridad, Elvi los siguió con la misma facilidad con la que lo habría hecho a plena luz del día. No era la primera vez que pensaba que esas casetas desperdigadas, las ruinas y hasta Primer Aterrizaje habían adquirido para ella la familiaridad de un hogar. Conocía el lugar, la brisa y los olores que se esparcían a todas las horas del día. A lo largo de ese mes, Elvi se había convertido en los ojos y los oídos de toda la comunidad científica que se encontraba en el Sistema Solar. Incluso después de que los terroristas matasen a Reeve y Murtry bajase a la superficie, parte de su día a día seguía siendo recoger muestras y transmitir los datos a casa. No solo había pasado tiempo recorriendo aquel lugar, sino también investigándolo. Más que cualquiera de los demás.

En los cielos, la pequeña luna roja le recordó que aún no sabía demasiado. Normalmente, aquello habría sido una satisfacción y un desafío al mismo tiempo, pero en la oscuridad de la noche de Nueva Terra era más bien una amenaza. Aceleró el paso y se incrementó el ritmo del sonido de sus botas contra las rocas erosionadas.

En el pueblo, había tanta gente en las calles como por fuera de las casetas de ECR. Estaban de pie en las avenidas y en sus pequeños porches improvisados y elevaban la cabeza para mirar cómo aquel punto resplandeciente se movía por el horizonte. Elvi no podía distinguir si tenían miedo, curiosidad o tan solo les agradaba que hubiese algo sobre lo que pensar que no fuese el conflicto entre ECR y los okupas. Entre nosotros y ellos.

O quizá pensarán que era un mal augurio. Un ojo en llamas que los miraba a todos para juzgarlos y se preparaba para la guerra. Había oído una leyenda parecida, pero no recordaba dónde.

Wei y uno de los otros hombres de seguridad de ECR recorrían la calle principal con los rifles en ristre. Elvi los saludó con la cabeza y ellos le devolvieron el saludo, pero ninguno dijo nada. Era probable que Holden ya lo supiese, pero Elvi había recorrido un largo camino y tenía que asegurarse al menos.

Vio a Jacek Merton deambulando de un lado a otro por fuera de la cafetería en la que se había asentado Holden. El chico tenía el cuerpo

encorvado, con las manos colgándole de los costados y los puños cerrados. Miraba con fijeza algo que parecía estar siempre a un metro de él, como el que mira una pantalla, y su lenguaje corporal era el mismo del que protege algo. Estuvo a punto de saludarle, pero oyó en su mente el sonido de una pequeña campanilla de advertencia.

De un momento a otro, todo cambió y ella dejó de ser la Elvi Okoye que se dirigía en medio de la noche a visitar al capitán Holden con una excusa que hasta para ella eran muy poco convincente. Y el que tenía delante no era el hijo de Lucia y Basia Merton, hermano de Felcia. El lugar ni siquiera era un pueblo. Ella era una bióloga que estaba de salida de campo y había visto un primate. Viéndolo así, se dio cuenta de algo muy claro que se le había escapado. El chico estaba a punto de protagonizar un estallido de violencia.

Dudó y empezó a darse la vuelta. Wei solo se encontraba a una docena de metros y una esquina o dos de distancia. Si Elvi pegaba un grito, seguro que los de seguridad venían corriendo. Se le aceleró el pulso. Sintió los latidos en el cuello. Volvió a recordar la pesadilla recurrente que habían supuesto las largas horas después de la muerte de Reeve. Debería gritar. Debería pedir ayuda.

Pero el chico no era solo un primate. No era solo un animal. Era el hermano de Felcia. Y, si pedía ayuda, puede que lo mataran. Tragó saliva y se debatió entre el miedo y la valentía. Se sintió indecisa. Se preguntó qué haría Favez en su lugar. ¿Invitar al chico a una cerveza?

Jacek se detuvo y levantó la cabeza para mirarla. Tenía la mirada vidriosa. Llevaba una chaqueta ligera que caía demasiado hacia un lado, como si llevase algo muy pesado en uno de los bolsillos.

—Hola —saludó Elvi con una sonrisa.

Jacek respondió un momento después.

—Hola.

—Qué raro, ¿verdad? —Señaló el punto rojo, que tenía un aspecto más portentoso que nunca. Jacek miró al cielo, pero no pareció reaccionar a lo que estaba viendo.

—Sí que es raro —comentó.

Se quedaron uno frente al otro y se hizo un silencio tenso y notable. La luz que se proyectaba desde las ventanas de la cafetería solo iluminaba la mitad del cuerpo del chico. Elvi se esforzó por encontrar algo que decir, una manera de apaciguar las cosas y de relajar el ambiente. Favez hubiese hecho un chiste, algo para hacer reír al chico y que los pusiese a los dos del mismo bando, pero Elvi no sabía qué hacer.

—Tengo miedo —dijo en lugar de eso, con voz un poco quebrada. El chico se quedó tan sorprendido como ella—. Tengo mucho miedo.

—No pasa nada —aseguró Jacek—. Solo es alguna reacción que ha tenido lugar allí arriba. Parece que lo único que está haciendo es fundirse en la órbita.

—Aun así, tengo miedo.

Jacek frunció el ceño y se miró los pies, indeciso entre el arrebató en el que estaba hacía un momento y el impulso de decir algo amable y tranquilizador a aquella mujer desconocida, vulnerable e inestable.

—No pasará nada —repitió.

—Tienes razón —accedió Elvi con un asentimiento—. Es que... ya sabes. Bueno, lo sabes, ¿verdad?

—Supongo.

—Venía a ver al capitán Holden —explicó Elvi, y los ojos del chico cambiaron como si le hubiese insultado—. ¿Tú también?

Vio que intentaba poner el gesto inexpresivo que había tenido hacía un instante, la rabia, la impasibilidad y la contención de su rostro. No era una persona violenta por naturaleza. Tenía que esforzarse para ello. Le había visto esforzarse.

—Se llevó a mi padre —dijo Jacek—. Mamá está preocupada porque nunca lo volvamos a ver.

—¿Para eso has venido? ¿Para pedirselo?

Jacek puso gesto confundido.

—¿Pedirle qué?

—Hablar con tu padre.

El chico parpadeó y avanzó inconscientemente hacia ella.

—No me dejará hablar con él. Es un prisionero.

—La gente puede hablar con los prisioneros. ¿Te ha confirmado alguien que no puedes hablar con tu padre?

Jacek se quedó en silencio. Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, el del bulto, y luego volvió a sacarla.

—No.

—Pues venga —dijo Elvi avanzando hacia él—. Vamos a pedirselo.

Dentro de la cafetería, Holden deambulaba de un lado a otro desde la puerta hasta el fondo de la estancia, una y otra vez. El grandullón, Amos, estaba sentado en una mesa y jugaba al solitario con una baraja de cartas, tan concentrado que daba miedo. El rostro de Holden estaba más pálido de lo habitual, y el hecho de que casi no pudiese contener las emociones le daba a

su cuerpo una tensión que Elvi no estaba acostumbrada a ver en él. Amos levantó la cabeza cuando entró con la mano puesta en el hombro de Jacek. Tenía los ojos vidriosos e inexpresivos como canicas, pero la voz igual de animada que siempre.

—Anda, doctora. ¿Qué pasa?

—Pues varias cosas.

Holden se detuvo. Dio la impresión de que había tardado un instante en centrarse. Había algo que le importunaba. La miró con fijeza y ella intentó esbozar una sonrisa. No se esperaba el nudo que se le formó en la garganta. Carraspeó.

—Jacek se preguntaba si habría alguna manera de poder hablar con su padre —comentó Elvi. No parecía haber mucho oxígeno en la estancia y le estaba costando respirar. Quizá había empezado a desarrollar alguna alergia.

—Claro —dijo Holden, que miró a Amos por encima del hombro de la mujer—. No es problema, ¿verdad?

—Las radios aún funcionan —aseguró Amos—. Quizá quieras avisar a Alex, eso sí, ahora mismo está un poco ocupado.

—Bien visto —comentó Holden, hablando para sí mismo pero también para todos los de la estancia—. Yo me encargo. ¿Tienes terminal portátil?

Jacek tardó un momento en darse cuenta de que la pregunta iba dirigida a él.

—No funciona. No tenemos servidor. Solo podemos usar la conexión local.

—Tráelo cuando puedas y veré si te puedo conectar a nuestra red. Eso me resultará más fácil que buscarte un hueco para usar el mío. ¿Te vale?

—Pues... sí, claro. —Sintió que el hombro del chico había empezado a temblar. Jacek se dio la vuelta y salió sin mirar a nadie, y evitó a toda costa a Elvi. Cerró la puerta al salir.

—El chico iba armado, jefe —comentó Amos.

—Lo sé —respondió Holden—. Pero ¿qué querías que hiciera?

—Nada. Solo era para que lo supieses.

—Vale, pues lo sé, pero ahora mismo no tengo tiempo de que me peguen un tiro. —Se giró hacia Elvi. Un mechón de pelo le caía por la frente y parecía muy cansado. Como si llevase el peso de todo el planeta a su espalda. Aun así, consiguió sonreír un poco—. ¿Algo más? Porque estamos un poco...

—¿Llego en mal momento? Porque podría...

—Murtry acaba de arrestar a nuestra segunda de a bordo —afirmó Amos, con un tono tan apático que parecía que lo inexpresivo de sus ojos hubiese

acabado por contagiarle la voz—. Tenemos mal momento para rato.

—Vaya —comentó Elvi, a quien se le aceleró el pulso de repente.

«La segunda de a bordo es la novia de Holden y Holden tiene novia y puede que Holden pierda a su novia y, por Dios, pero qué hago aquí», discurrió Elvi en algún lugar de su neocórtex. Se dio cuenta de que no sabía muy bien qué hacer con sus manos. Intentó metérselas en los bolsillos, pero se sintió incómoda y volvió a sacarlas.

—¿He estado pensando? —continuó con tono inquisitivo aunque en realidad no se trataba de una pregunta—. He estado pensando en esa cosa. En el desierto. Y ahora ha ocurrido esto de la luna.

—¿Qué luna?

—La que se está fundiendo, capi —apuntilló Amos.

—Vale, esa. Lo siento. Tengo muchas cosas en qué pensar. No es algo que pueda controlar, así que intento olvidarlo para que no me afecte —dijo Holden. Luego añadió—: No tengo que hacer nada con el tema de la luna, ¿verdad?

—Por ahora, podemos limitarnos a dejar que los científicos sean quienes nos digan si tenemos que asustarnos —respondió Amos—. A mí me vale.

—He pensado que quizá lo que vimos fue análogo a un fallo de hibernación.

Holden levantó las manos.

—A mí no me preguntes.

—A ver, la hibernación es una estrategia muy arriesgada. Es algo que solo se da cuando las condiciones son tan extremas que el resto de las estrategias de supervivencia son ineficaces. Los osos, por ejemplo. Son depredadores, pero la cadena alimenticia es incapaz de asegurar la supervivencia de la especie durante el invierno. O los sapos pata de pala de los desiertos. Durante las temporadas más secas, sus huevos se deshidratarían, por lo que los adultos hibernan hasta que llueve, momento en el que se despiertan y empiezan a procrear como locos en los charcos, toda una orgía en el barro, y bueno... Luego ponen los huevos en el agua antes de que el agua se evapore.

—Pues... bien.

—Me refiero a que no todos se despiertan —explicó Elvi—. No tienen por qué hacerlo mientras se activen los individuos suficientes cuando llegue el momento, suficientes para perpetuar la especie. Nunca llega al cien por cien. Y apagarse para volverse a activar es un proceso peligroso y complicado.

Holden respiró hondo y se pasó ambas manos por el pelo. Lo tenía negro y frondoso. Y también daba la impresión de que no se lo había lavado desde

hacía tiempo. Amos perdió la partida. Recogió las cartas y empezó a barajarlas con movimientos lentos y deliberados.

—Vale —dijo Holden—. Entonces ¿crees que esas... cosas que hemos visto son artefactos, organismos o algo que empieza a despertar?

—Y no lo están consiguiendo. A veces, al menos —respondió Elvi—. O sea, la luna ha empezado a fundirse y está claro que eso que vimos en el desierto no estaba bien. O al menos esa fue la impresión que me dio.

—También a mí —comentó Holden—. Pero al ver que se movía dimos por hecho que esas cosas habían empezado a despertar.

—Pero eso no es lo importante —explicó Elvi—. Siempre hay un pequeño porcentaje de organismos que no despiertan o que se despiertan mal, pero con esas cosas solo hemos visto los que se han despertado mal.

—Por ahora te sigo —dijo Holden.

—La tasa de errores suele ser baja. ¿Por qué no hemos visto a ninguno de ellos despertarse bien?

Holden se acercó a la mesa y se sentó en el borde. Parecía asustado. Vulnerable. Le resultaba extraño que un hombre que había realizado tantas hazañas, al que conocían en cualquier parte y que había dicho y hecho tanto se mostrase tan frágil.

—Entonces ¿crees que hay muchas más de esas cosas, puede que muchísimas más, que también se están activando, pero que no estamos viendo?

—Eso encajaría con el patrón —murmuró.

—Muy bien —dijo. Luego añadió—: La verdad es que saberlo no ha hecho que mejore mi día.

Basia

Basia se encontraba sentado en la cubierta del centro de mando de la *Rocinante*. Estaba amarrado a un asiento de colisión en lo que le habían dicho que era el puesto de comunicaciones. Los controles estaban apagados y, de vez en cuando, flotaba en la pantalla un mensaje que indicaba el estado del sistema. Dichos mensajes eran una mezcla incompresible de acrónimos, nombres de equipamiento y números. El texto tenía una fuente de un color verde muy agradable y que indicaba que no había ninguna urgencia.

Alex se encontraba en la cabina y tenía la escotilla cerrada, lo que no era indicativo de nada. Las escotillas se cerraban de forma automática para sellar las cubiertas en caso de despresurización. Era una medida de seguridad y nada más.

Pero a pesar de todo, Basia se sentía encerrado.

El panel le sorprendió cuando empezó a emitir un estallido de estática seguido de unas voces. Sonaba a tan poco volumen que solo oyó que se trataba de una conversación entre dos hombres, aunque no llegó a distinguir las palabras. Un piloto rojo de grabación se encendió en una esquina de la pantalla. La *Rocinante* estaba monitorizando y grabando todas las transmisiones de radio que tenían lugar cerca de Ilo. Quizá Holden lo hacía a propósito para tener datos sobre la misión cuando volviese a la Tierra. O quizá los navíos de guerra lo hacían por omisión. No era algo que preocupara a un soldador. O a un minero. O a lo que quiera que fuese él cuando aún estaba con Coop y Cate.

Basia buscó la manera de subir el volumen para oír qué decían, pero en ese momento se oyó la voz atronadora de Alex salir del panel.

—Llamada entrante.

—De acuerdo —respondió Basia, sin estar muy seguro de si el piloto lo había oído. No sabía si tenía que pulsar un botón para responder.

El mensaje del panel de comunicaciones cambió y una voz masculina dijo:

—No tienes que hacer nada.

Por un instante, tuvo la impresión irracional de que la persona que hablaba le había leído la mente. Estuvo a punto de responder, pero en ese momento oyó una voz joven y masculina que preguntaba:

—¿Solo tengo que hablar?

Era Jacek. La segunda voz era la de Jacek. Y fue entonces cuando Basia reconoció la del adulto: Amos Burton. El hombre que le había vigilado en la zona de aterrizaje.

—Sí —respondió—. Hemos llamado a la *Roci*.

—¿Hola? —saludó Jacek.

—Hola, hijo —respondió Basia a pesar del nudo en la garganta.

—Han arreglado nuestro terminal portátil —explicó Jacek. Con ese «han», Basia supuso que se refería a Holden y a Amos.

—¿Ah, sí? —dijo Basia—. Qué bien.

—Solo se conecta con la nave —dijo Jacek con su voz joven llena de emoción—. No sirve para reproducir vídeos ni ninguna de las cosas que hacía antes.

—Bueno, quizá esos hombres consigan arreglar eso más tarde.

—Han dicho que algún día todos estaremos en la red, como si fuésemos parte del Sistema Solar, y que entonces podremos hacer lo que queramos con los terminales.

—Eso es cierto —afirmó Basia. Notó que los ojos se le habían empezado a llenar de lágrimas y cada vez le costaba más ver los pequeños mensajes que se paseaban por la pantalla—. Tendremos un repetidor y servidores y podremos enviar y recibir datos a través de las puertas. Podremos subir todo tipo de cosas a la nube, aunque habrá mucha latencia.

—Sí —afirmó Jacek, luego se quedó en silencio. Uno muy largo—. ¿Qué tal en la nave?

—Pues muy bien, la verdad —respondió Basia con un entusiasmo impostado—. Tengo mi propio camarote y todo. He conocido a Alex Kamal, un piloto muy famoso.

—¿Estás en una celda?

—No, no. Me dejan ir donde quiera. Han sido muy amables. Son buena gente.

«Te quiero. Lo siento muchísimo. Por favor, por favor, espero que estés bien».

—¿Te ha dejado manejarla?

—La verdad es que no se lo he pedido —respondió Basia entre risas—. Y además, me asustaría un poco. Es demasiado grande y rápida. Y tiene muchas armas.

Se hizo otro largo silencio y luego Jacek dijo:

—Deberías manejarla y disparar a la nave de ECR.

—No puedo hacerlo —dijo Basia con la voz más animada que fue capaz, como si acabase de pronunciar un chiste.

—Pero deberías.

—¿Cómo está tu madre?

—Bien —respondió Jacek. Casi se podía oír en su tono de voz cómo se había encogido de hombros—. Triste. Yo he empezado a jugar más al fútbol. Hemos conseguido gente para formar dos equipos, pero cambiamos mucho a los jugadores.

—Qué bien. ¿Y tú de qué juegas?

—De lateral, pero me gustaría jugar de delantero.

—Oye, que la defensa también es importante. Es un buen puesto.

—Pero no es tan divertido —aseguró Jacek, de nuevo con ese tono con el que parecía que se estaba encogiendo de hombros. Se hizo otro largo silencio mientras ambos pensaban qué decir. Algo que pudiesen decir. Jacek fue el primero en abandonar—. Te dejo, ¿vale?

—Oye, espera un momento —dijo Basia mientras intentaba que el nudo de su garganta no le cambiase el tono de voz. Mientras intentaba seguir sonando agradable y divertido—. No te vayas todavía. Tengo que preguntarte una cosa.

—Tengo un partido —afirmó Jacek—. Pronto. Se van a enfadar conmigo.

—Tu madre —dijo, pero tuvo que parar para sonarse en la manga de la camisa.

—¿Qué pasa con mamá?

—Tu madre trabaja demasiado si no la vigilas. Se pone a investigar cosas por la noche, cosas médicas, y no duerme lo suficiente. Necesito que te asegures de que duerme.

—Vale.

—Lo digo en serio, chico. Necesito que la cuides. Tu hermana ya no está y me alegro por ella, pero ahora tú eres el único que puede cuidar de mamá. ¿Nos ayudarás?

—Vale —repitió Jacek con un tono que Basia no pudo identificar como triste o enfadado. O despreocupado.

—Nos vemos, hijo —dijo Basia.

—Nos vemos, papá —dijo Jacek.

—Te quiero —añadió el hombre, pero la llamada ya se había desconectado.

Basia se enjugó los ojos con las mangas de la camisa. Flotó contra los amarres, cogió aire, luego respiró de forma entrecortada durante un minuto para después impulsarse a la escalerilla de la tripulación. Avanzó en dirección popa mientras las escotillas se abrían a su paso y se cerraban con un sonido atronador detrás de él, ruido que resonaba por la totalidad de la nave vacía.

Fue a su camarote para cambiarse de camisa y luego pasó unos minutos en el baño limpiándose la cara con toallitas húmedas. Tenían una ducha grande (no era capaz de recordar la última vez que se había duchado de verdad), pero solo funcionaba cuando la nave estaba bajo aceleración.

Cuando dejó de parecer un hombre que acababa de tener un berrinche, Basia volvió a flote a la escalerilla que lo llevaba a la cabina. Pensó si sería educado tocar o no en la escotilla antes de entrar, pero se acercó demasiado al sensor electrónico y esta se abrió con un siseo.

Alex estaba amarrado en el asiento del piloto, con una pantalla enorme justo delante en la que había varios informes que anunciaban el estado de la nave y una imagen del enorme continente de Ilo lleno de marcas rojas y amarillas. También había un punto verde: Primer Aterrizaje. El piloto tenía el ceño fruncido, como si se intentara concentrar para controlar el universo. Como si así pudiese recuperar a su tripulación.

Basia se dio la vuelta para marcharse, pero en ese momento se cerró la escotilla de improviso y Alex se giró para mirarlo.

—¿Qué tal? —saludó mientras tocaba algo en el panel.

—Hola —saludó Basia.

—¿Cómo ha ido esa llamada? ¿Todo bien?

—Bien. Gracias por dejarnos usar la radio.

—Sin problema, compadre —dijo Alex con voz alegre—. No nos cobran por minuto ni nada.

Se hizo un silencio incómodo que Alex pareció ignorar pulsando los botones del panel de control.

—¿Puedo estar aquí arriba? —terminó por preguntar Basia.

—A mí no me importa —respondió Alex—. Eso sí, no te pongas a toquetear nada, ya sabes.

Basia se impulsó hacia el asiento que había detrás de Alex y se amarró. Los reposabrazos terminaban en unas palancas de control un tanto complejas, por lo que Basia tuvo cuidado de no empujarlas.

—Ese es el asiento de artillería —dijo Alex al tiempo que giraba su silla al completo para encarar a Basia.

—Mejor no...

—Qué va, no pasa nada. No está activado. Pulsa todos los botones que quieras. Oye, ¿te apetece ver algo interesante?

Basia asintió y colocó las manos sobre las dos palancas de control. Estaban llenas de botones. El asiento de artillería. Con esas palancas podría manejar las armas letales de la *Rocinante*. Deseó que Jacek pudiese verlo ahí sentado entre esos mandos.

Alex se volvió a girar e hizo algo en su panel de control, momento tras el cual la pantalla que Basia tenía delante se encendió y mostró una imagen igual que la que había en la de Alex. Basia miró la gran extensión del planeta mientras intentaba averiguar dónde se encontraba Primer Aterrizaje. Sin el punto verde, era imposible verlo a la luz del día. De noche, seguro que habría visto luces.

Alex tocó algo más y la vista pasó a una masa de rocas fundidas de un rojo opaco.

—Esa es la luna fundiéndose. No era una muy grande, pero aun así uno se pregunta qué podría haber fundido una roca de ese tamaño.

—¿Lo sabemos?

—Qué va. Seguro que es alguna de esas patrañas de la protomolécula.

Se oyó el graznido de la radio antes de que Basia pudiese pedirle detalle alguno.

—Aquí Alex —saludó el piloto.

—El chico se ha ido y quería ver cómo iba todo por ahí —dijo la voz de Amos.

—¿Qué tal el capitán? —preguntó Alex.

—Pues no muy bien. Y ha vuelto a impedirme hacer lo mejor para todos.

—¿Disparar a bocajarro al jefe de ECR?

—Ay, Alex —dijo Amos—. De verdad que me reconforta muchísimo que me conozcas tan bien.

—Tienen a Naomi, compadre —afirmó Alex con voz firme pero amable—. No hagas nada para empeorar las cosas.

—Que sí, que sí.

—Limítate a proteger al capitán en la superficie —continuó el piloto—. Yo me encargo de la segunda.

—¿Y si le hacen daño?

—Si eso llega a pasar, lloverán restos de ECR en Ilo durante más de un año.

—Eso no serviría para mucho, en realidad —comentó Amos con un suspiro.

—No —admitió Alex—. La verdad es que no. Pero es lo que pasaría.

—Bueno, voy a ver qué tal está el capitán. Cambio y corto.

Alex tocó los controles y el planeta desapareció. Se quedó en negro por un momento y luego apareció un pequeño resplandor parpadeante que no era mayor que un píxel. La cámara se acercó hasta que se convirtió en una nave enorme con los colores de ECR. Un instante después, se volvió a acercarse hasta que la parte trasera de la nave llenó la pantalla y una pequeña mira roja apareció en el centro de la imagen.

—Te tengo —dijo Alex en voz muy baja.

—¿Qué es eso? —preguntó Basia señalando la mira.

—Es donde está el reactor. La *Roci* ha fijado el objetivo. Puedo disparar un proyectil Gauss que lo atraviese antes de que la primera alarma empiece a sonar en el interior.

—Pero eso... ¿Eso no...? —Hizo un gesto de explosión con las manos.

—No, pasaría de largo. Y también mataría a gran parte de su personal de ingeniería.

—¿Saben que les estamos apuntando?

—Todavía no, pero estoy a punto de ponerlos al corriente. Así conseguiré que la segunda siga respirando.

—Qué bien que puedas hacer algo para protegerla —dijo Basia. Quiso quedarse en silencio, pero fue incapaz—. Mi hija está en la *Barbapiccola*. Mi pareja y mi hijo están en la superficie de Ilo. Y yo no puedo hacer nada por ellos.

Basia esperó oír las palabras vacías de consuelo.

—Sí —comentó Alex—. En menudo lío te has metido, vaquero.

Alex tocó algo en la pantalla y las palabras CAÑÓN DE REIL ACTIVADO brillaron en rojo durante un segundo sobre la imagen de la *Edward Israel*.

—Tengo que hacer una llamada a esa nave. Será un momento —explicó Alex.

—Para avisarlos.

—Para amenazarlos más bien —apuntilló Alex—. Me parece horrible que eso sea lo único que podemos hacer para salvar a un ser querido, pero no nos queda otra. —Extendió la mano, rebuscó algo en el mamparo y una ráfaga de aire frío salió de un conducto de aire. Agitó el pelo ralo y negro del piloto y secó el sudor que se le había empezado a acumular en el cuero cabelludo. Cerró los ojos y suspiró.

—Yo ni siquiera tengo amenazas —dijo Basia. Le sonó como un lamento incluso a él—. No tengo nada.

—Ya. Mira, yo volé para la armada de Marte durante más de veinte años —dijo Alex con los ojos aún cerrados.

—¿Ah, sí? —preguntó Basia. No sabía muy bien qué responder a aquello.

—Estaba casado —continuó al tiempo que movía la cabeza para que el aire frío le soplara en todos los rincones de la cara y el cuello. Basia no respondió. Parecía una historia, no una conversación. Parecía que iba a seguir hablando.

»Ser pareja de un militar es una mierda —continuó un momento después—. Un viaje rutinario en la ARCM podía durar un mínimo de noventa días y un máximo de cuatrocientos, o quizá incluso quinientos. Dependiendo del empleo que figure en tu TIM y dónde se encuentren las flotas.

—¿TIM? —preguntó Basia sin poder evitarlo.

—Tarjeta de Identidad Militar. Sea como fuere, mientras tú estás en un navío, tu pareja está en casa dedicándose a lo suyo. Hay mucha gente que prefiere los matrimonios plurales o las relaciones poliamorosas. Pero yo soy hombre de una sola mujer, y supongo que ella era mujer de un solo hombre. A la vieja usanza.

Basia asintió, aunque Alex no podía verlo. Cuando estaban construyendo las nuevas cúpulas, Basia había pasado temporadas de cuatro o cinco días en campamentos de la superficie. Debido a la consulta médica, su mujer no podía viajar con él, ni siquiera aunque no hubiesen tenido hijos. Fueron unas semanas muy largas. Basia intentó imaginarse sin éxito cómo sería pasar diez o veinte de esas semanas seguidas.

—Ella se quedaba en tierra mientras yo estaba de servicio —continuó Alex rompiendo el silencio—. Tenía trabajo. Ingeniera de *software*. De las buenas. Así que tampoco es que estuviese muriéndose sola en casa esperando mi llegada. Aun así, cuando quieres a alguien lo normal es que quieras estar con él, y nos queríamos mucho. Éramos fieles el uno con el otro, ¿te lo puedes creer? Mis misiones eran duras para ambos. Cuando llegaba a casa siempre reventábamos la cama.

Alex volvió a extender la mano, bajó la intensidad del conducto de aire y luego giró el asiento para encarar a Basia con una melancólica sonrisa en el gesto.

—Fueron tiempos difíciles, pero se quedó conmigo. Y, cuando estaba en tierra, las cosas iban bien. Ella trabajaba desde casa, yo pedía muchos días libres y nos despertábamos tarde y preparábamos juntos el desayuno. Solíamos darnos a la jardinería.

Alex volvió a cerrar los ojos y, por un momento, Basia pensó que se había quedado dormido.

—¿Has estado en Marte alguna vez?

—No —respondió Basia—, pero mi pareja sí.

—Las zonas nuevas, las que se construyeron cuando ya teníamos una idea de lo que necesitaban los habitantes para ser felices, eran diferentes. Dejaron de hacer esos estrechos pasillos de piedra. Las construyeron más amplias y con zonas verdes en la parte central.

—Como en Ceres —comentó Basia—. Ahí sí que he estado.

—Sí, eso mismo. También lo hicieron en Ceres. Sea como fuere, podías pedir permiso para trabajar en una de esas zonas verdes y plantar lo que quisieras. Nosotros teníamos una pequeña sección en el pasillo que cruzaba por delante de nuestra casa, donde mi mujer tenía un pequeño huerto con flores y algunas guindillas. Lo cuidábamos bien.

—Suena genial.

—Sí —afirmó Alex sin abrir los ojos—. En ese momento no era muy consciente, pero sí que era genial. Solía pensar que era una pesadez, la verdad. Nunca me ha gustado mucho la jardinería. Pero a ella sí, y a mí me gustaba ella, lo que en aquel momento era más que suficiente.

—¿Murió? —preguntó Basia.

—¿Qué? No, claro que no.

—Lo que ocurrió es que esperó durante veinte años a que me retirase. Y me retiré. Dejamos de tener que pasar tiempo separados. Ella empezó a trabajar a tiempo parcial y yo me dediqué a pilotar lanzaderas suborbitales también a tiempo parcial. Pasábamos mucho tiempo en la cama.

Alex abrió los ojos y le dedicó un guiño. Parecía esperar una respuesta, así que Basia preguntó:

—¿Y qué pasó entonces?

—Entonces, un día atraqué en una estación de tránsito orbital de la Armada y, mientras descargaban la bodega, estuve a punto de meterme en una oficina de reclutamiento de la ARCM y volver a alistarme.

—¿Aceptan...?

—No. Y no lo hice. Ya era demasiado viejo. Pero luego llegué a tierra y tuvimos una bronca por una estupidez. No recuerdo ni por qué fue. Joder, es que en ese momento tampoco sabía por qué estábamos discutiendo, aunque me lo imaginaba.

—Por dejarla.

—No, nunca fue por dejarla. Quería estar con ella, siempre, pero necesitaba volar. Ella me había esperado durante veinte años porque pensaba que, cuando pasara ese tiempo, tendríamos la vida solo para nosotros. Había cumplido con sus obligaciones, igual que yo, y merecía ese futuro.

Basia sabía que la siguiente frase le iba a sentar como un puñetazo en el estómago, se veía reflejado en los sentimientos de Alex.

—Y aun así, la volviste a dejar.

Alex se quedó un tiempo en silencio, sin moverse, flotando en los amarres del asiento del piloto como un cadáver en el agua. Cuando volvió a hablar, tenía un tono constreñido y sosegado, como el de un hombre que admite algo vergonzoso y que espera que nadie le oiga.

—Un día, dejé el trabajo de las lanzaderas, entré en las oficinas de la Compañía de Aguas Pur & Limp que había cerca y firmé un contrato de cinco años para pilotar cargueros de larga distancia con destino a Saturno. Es lo que soy. No soy jardinero ni piloto de lanzaderas ni... al parecer, un buen marido. Soy piloto de largas distancias. Nací para pilotar una pequeña burbuja de metal llena de aire a través de un océano de vacío.

—No tienes la culpa de lo que ocurrió —comentó Basia.

—No es cierto —dijo Alex arrugando mucho frente—. Una persona puede fallar a sus seres queridos simplemente por ser quien es. Yo soy lo que soy, pero eso no era lo que mi mujer quería que fuese. Y todo terminó por romperse. Tu tomaste la decisión de hacer lo que hiciste en la superficie del planeta y eso te llevó a estar aquí conmigo en lugar de ahí abajo con tu familia.

Alex se inclinó hacia delante y cogió a Basia de la mano.

—La culpa es tuya a pesar de todo. Yo nunca superaré no ser la persona que mi esposa necesitaba y por la que esperó veinte años. Nunca podré devolverle ese tiempo. No te compadezcas de ti mismo. La has cagado, has fallado a tus seres queridos y ahora mismo están pagando por ello. Los desprecias aún más cada segundo que no te consideras responsable.

Basia retrocedió como si le hubiese dado un tortazo en la cara. Rebotó en el asiento, pero los amarres lo sostuvieron, como una mosca que queda

atrapada en la tela de una araña. No pudo evitar forcejear para arrancar los cinturones y salir de allí. Cuando se tranquilizó, dijo:

—¿Y qué voy a hacer?

—Joder —respondió Alex—. A mí me ha costado mucho descubrir cómo salir adelante, tampoco me pidas que yo lo haga por ti.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Basia.

—Talissa —respondió Alex—. Se llamaba Talissa. Y pronunciar su nombre me hace sentir como diez kilos de estiércol que han metido en un saco de cinco.

—Talissa —repitió Basia.

—Una cosa sí te voy a decir. Nunca volveré a dejar de lado a mis seres queridos. Nunca. No si puedo evitarlo. Lo que me acaba de recordar que tengo que hacer una llamada —dijo esbozando una sonrisa amplia y amenazadora.

Havelock

Era difícil saber con exactitud qué había cambiado en la *Edward Israel* después de que capturaran a la saboteadora, pero Havelock notaba algo diferente en la cafetería y en el gimnasio, en su escritorio mientras trabajaba y en los pasillos mientras pasaba junto a los miembros de la tripulación o al personal de ECR. Una parte era miedo de que alguien atacase directamente a la nave; otra, emoción al ver que, después de meses de flotar y sentirse frustrados, había pasado algo y no había sido en la superficie. Pero más que todo eso, sentía que al fin el estado de ánimo de la nave se había clarificado. Formaban parte de la *Edward Israel*, los legítimos exploradores de Nueva Terra, y tenían a todo el mundo en su contra. No podían confiar ni en los mediadores de la ONU. Aunque pareciese todo lo contrario, eran libres para hacer lo que quisieran.

Y la tripulación que quedaba dentro de la *Rocinante* no les estaba poniendo las cosas fáciles.

—Si intentan salir de órbita —dijo el hombre de la pantalla—, desactivaremos su nave.

Se llamaba Alex Kamal y era el capitán interino de la *Rocinante*. Si la información de ECR era cierta, también era el único miembro de la tripulación que quedaba en la corbeta y tenía bajo custodia al último de los terroristas okupas esperando ser transportado a la Tierra para ir a juicio. Havelock cruzó los brazos y negó con la cabeza mientras el hombre seguía con la retahíla de amenazas.

—Si descubrimos que Naomi Nagata ha resultado herida, desactivaremos su nave. Si es sometida a cualquier tipo de tortura, desactivaremos su nave. Si la matan, destruiremos su nave.

—Vaya, qué amistoso —dijo el capitán Marwick—. Recuerda que hablábamos de intentar que nadie quisiese destruir mi nave, ¿verdad?

—Solo es palabrería —dijo Havelock mientras Kamal continuaba.

—Hemos enviado una petición a las Naciones Unidas y Energías Carta Real exigiendo la libertad inmediata e incondicional de Naomi Nagata. Hasta que recibamos respuesta y esté de vuelta en la *Rocinante*, sugerimos que la *Edward Israel*, su tripulación y todo el personal de ECR hagan todo lo posible para evitar que la situación se complique. Que este mensaje sirva como notificación verbal definitiva antes de que se lleven a cabo las acciones que he estado comentando. También se enviará una copia a las sedes de la ONU y de ECR. Gracias.

El hombre alopécico de cara rechoncha miró a la cámara un instante, luego apartó la mirada y volvió a centrarse en la cámara justo antes del final de la grabación. Marwick suspiró.

—He visto vídeos más profesionales —dijo—, pero la verdad es que ha dejado las cosas bien claras.

—Sí, ha dejado claro que no podemos ni estornudar —comentó Havelock—. Eso es lo que parece: si estornudamos, nos dispara. Si no nos aseguramos de que su jefa de ingeniería no coja un resfriado, nos dispara. Si no le damos una manta y un vaso de leche caliente antes de que se acueste, nos dispara.

—Como decía, parece que tiene las cosas muy claras, ¿verdad? —dijo Marwick.

Havelock echó un vistazo por la estancia. El camarote del capitán era más pequeño que la estación de seguridad, pero había colocado varios espejos a ambos lados y en la parte superior de las paredes para hacerlo parecer más grande. Era una ilusión óptica, claro, del tipo que podía marcar la diferencia entre la locura y la cordura cuando tenías que pasar años enteros en espacios tan pequeños. La pantalla de la pared parpadeó y pasó a mostrar una imagen de las estrellas. No era el exterior de la nave, sino una imagen del Sistema Solar. Ver allí las viejas constelaciones era desconcertante.

—¿Quién ha visto el vídeo? —preguntó Havelock.

—Nos lo ha enviado a Murtry y a mí —respondió Marwick—. No sé a quién se lo habrá enseñado Murtry, pero en mi caso, solo a usted.

—Muy bien —dijo Havelock—. ¿Y qué quiere que haga ahora?

—¿Querer? Quiero que libere a esa mujer y la envíe a casa no sin antes darle una buena reprimenda —respondió Marwick—. Después, quiero acelerar mi nave y volver a casa echando leches, tal y como dice en mi

contrato. Eso es lo que quiero, lo que espero es que descubra si en realidad no es más que palabrería o es verdad que está dispuesto a dispararle a mi nave.

—Tienen potencia de fuego para hacerlo.

—Soy muy consciente de ello. Pero ¿están dispuestos a hacerlo y tienen la habilidad necesaria? Lo pregunto porque la vida de mi tripulación está en juego y cada vez estoy más nervioso.

—Entiendo —dijo Havelock.

—¿Ah, sí? ¿Ahora lo entiende?

—Sí. Y descubriré lo que pueda. Pero mientras, vamos a dar por hecho que lo dice en serio.

—Sí —afirmó Marwick al tiempo que se pasaba una mano por el pelo. Suspiró—. Cuando firmé este contrato, me dio la impresión de que sería una aventura maravillosa. El primer mundo alienígena. Sin estaciones ni naves de ayuda si las cosas se ponían feas. Todo un nuevo sistema por descubrir. Pero mire, hemos acabado de mierda hasta el cuello.

—Opino igual, señor —aseguró Havelock.

La milicia de *paintball* de Havelock, animada por el secuestro, había querido actuar de inmediato. Llevaban encima la esclusa de emergencia. La astrodinámica de la *Rocinante* la había acercado lo suficiente para abordarla. Querían ir a por ella, capturarla cuando nadie se lo esperaba y acabar con toda aquella farsa. Habían tentado a Havelock. De no saber lo que los cañones de defensa en punta podían hacerle a un humano, lo habría permitido.

Pero en lugar de eso, habían dejado sin energía el traje de la prisionera para luego impulsarla a la *Israel* antes de que se asfixiase. Desde entonces, había pasado los días en la celda aislada del despacho de Havelock. Ahora que el equipo de seguridad era tan escaso, le había tenido que dar privilegios de privacidad a la prisionera, ya que no quedaban mujeres suficientes en el equipo para vigilarla en todo momento.

Por eso, cuando volvió a su despacho, el lugar estaba vacío a excepción de Nagata en la celda. La mujer lo miró y lo saludó levantando un poco la barbilla. Llevaba un mono rojo y el pelo le flotaba alrededor de la cabeza como un brote estelar negro. Los protocolos de seguridad no le permitían llevar ni cinta para el pelo ni terminal portátil ni su ropa. Llevaba en aquella celda casi dos días. Por las prácticas, Havelock sabía que la claustrofobia empezaría a afectarle dentro de poco. Había pasado de estar molesta a encerrarse en sus pensamientos. Supuso que era algo característico de los cinturianos. Unas pocas generaciones viviendo y muriendo sin ver el cielo y

los espacios cerrados pasaban a convertirse en un horror atávico similar a que entierren a uno con vida.

Flotó por la estancia hacia ella.

—Nagata —dijo—. Tengo algunas preguntas para usted.

—¿No tengo derecho a un abogado ni a hablar con mi representante del sindicato? —preguntó con un tono de voz medio jocoso que daba a entender que bromeaba.

—Lo tiene —respondió Havelock—, pero esperaba que actuara de buena fe y me ayudase un poco.

La mujer soltó una carcajada repentina, aguda y muy falsa. Havelock abrió el archivo de vídeo en su terminal portátil y lo dejó flotando al otro lado de la rejilla metálica de la puerta de la celda.

—Me llamo Alex Kamal y soy el capitán interino de la *Rocinante*. A raíz de los recientes acontecimientos...

Havelock flotó hasta su escritorio y se amarró al asiento más por costumbre que por otra cosa. Se fijó en la cara de Naomi sin mirarla fijamente. Seguro que se le daba muy bien jugar al póquer. Era difícil dilucidar algún atisbo de sentimientos en su rostro mientras veía cómo el compañero de tripulación con el que llevaba volando muchos años les amenazaba a todos para salvarla. Cuando terminó el vídeo, Havelock extendió el brazo y volvió a coger el terminal.

—No sé lo que quiere que haga —dijo Naomi—. Creo que ha sido meridiano.

—Que locuaz la veo. La pregunta es la siguiente: ¿de verdad va a dejar que su tripulación se convierta en criminales y asesinos para evitar pagar por sus crímenes?

La sonrisa de la mujer podría haber significado cualquier cosa, pero a Havelock le dio la impresión de que le había tocado la fibra. O casi.

—Me da la impresión de que me está pidiendo algo, amigo, pero no consigo descubrir qué es.

—¿Le dirá a la *Rocinante* que se retire? —preguntó Havelock—. No le afectará en nada. Además, tampoco es que la vayamos a soltar. Y, si coopera, le servirá en los juzgados cuando lleguemos a la Tierra.

—Podría hacerlo, pero no cambiaría nada. Usted no ha viajado con esos hombres. Lo que ha oído es una retahíla de amenazas, ¿verdad?

—¿Y qué ha oído usted?

—A Alex describiendo la situación —respondió Naomi—. Todo lo que les ha dicho son cosas que pueden ocurrir.

—Siento oírle decir eso —comentó Havelock—. No obstante, sería de gran ayuda que grabase un vídeo afirmando que está en buenas condiciones y que la tratamos bien.

La mujer se agitó. Las microcorrientes de aire y el balanceo constante de la microgravedad la volvieron a llevar hasta la pared del fondo de la celda. Se apoyó en ella con suavidad para estabilizarse.

—Alex no es el problema —dijo—. Deje que le cuente un par de cosas sobre Jim Holden.

—De acuerdo —accedió Havelock.

—Es un buen hombre, pero no cambia de opinión con facilidad. Ahora mismo, seguro que está teniendo lugar un debate muy intenso en su cabeza. Por una parte, le han enviado a este sistema para asegurar la paz y está decidido a conseguirlo. Pero por otra, también quiere proteger a los suyos.

—¿A su mujer?

—A su tripulación —dijo Naomi mordiéndose un poco el labio—. Le va a costar decidir dejar de hacer lo que había prometido y echarlo todo por la borda.

El terminal portátil de Havelock emitió un aviso. Era el recordatorio para preparar los horarios de la próxima semana. Las tareas más simples requerían su atención incluso durante las peores crisis. Abrió la plantilla.

—Y usted cree que terminará por hacerlo —comentó Havelock.

—Está con Amos —dijo Naomi, como si eso lo explicase todo—. Y luego, abordarán esta nave y me sacarán de aquí.

Havelock rio.

—No tenemos mucho personal, pero la verdad es que no creo que consiga llegar hasta aquí.

—Estamos hablando del hombre que sacó a todas esas personas de Ganímedes cuando seguía siendo una zona de guerra —explicó Naomi—. La persona que entró sola a la estación alienígena que hay en Medina. La que escapó de la *Agatha King* cuando había a bordo más de dos mil zombis de la protomolécula. La que también escapó de Eros cuando tuvo lugar el primer brote de esa cosa.

—Lo cuenta como si se hubiese internado en el mismísimo infierno —afirmó Havelock.

—Y salido de él indemne. No se imagina la de veces que nos hemos despedido para siempre. Pero él regresa.

—Parece una persona complicada con la que tener una relación —dijo Havelock.

—Vaya si lo es —comentó Naomi—, pero merece la pena.

—¿Por qué?

—Porque hace lo que dice que va a hacer —respondió Naomi—. Y si ha dicho que me va a sacar de esta celda, hay dos posibilidades: lo consigue o muere en el intento.

Tenía gesto calmado y tono neutro. Como mucho, se podía notar cierta aprensión. Eso le había molestado más que la lista de amenazas del capitán interino.

Havelock cerró la plantilla de horarios y miró el terminal portátil durante unos segundos. En la superficie ya era por la tarde y el día había superado las primeras quince horas de esos largos días de treinta.

—Perdone —dijo a la prisionera—, tengo que hacer una llamada.

Activó los controles de privacidad de la celda y la rejilla de metal se deformó hasta adquirir una opacidad nacarada. Solicitó una llamada con Murtry y, unos segundos después, su jefe apareció en la pantalla. Tenía la piel bronceada por el sol y una pequeña costra en la frente que más bien parecía un indicador de casta. Saludó con la cabeza a Havelock.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó Murtry.

—Quería hablarle de la prisionera —respondió Havelock—. Ver cuál va a ser nuestra estrategia.

—Ha visto la pataleta del piloto, ¿verdad?

—Verá, jefe, es que eso que comentó de que tienen mejores armas y que podrían acabar con nosotros en un abrir y cerrar de ojos sigue siendo verdad.

Se oyó un portazo detrás de Murtry, y el jefe de seguridad giró la cabeza, asintió y volvió a mirar a Havelock.

—Ahora no debería ser problema. Tenemos a uno de los suyos en nuestra nave, no van a disparar.

—¿Seguro?

—Es menos probable, al menos —admitió Murtry.

—¿Y qué vamos a hacer cuando ECR nos ordene liberarla? —preguntó Havelock—. Puede que lo ideal sea soltarla antes. Si nos adelantamos a los acontecimientos, a lo mejor conseguimos aligerar la tensión.

—Se acabaron las buenas intenciones.

—La verdad es que dudo que tengamos autoridad suficiente para retenerla, y si...

—¿Está en su calabozo?

Havelock parpadeó.

—¿Cómo dice?

—¿Está usted en su calabozo?

—No, señor.

—Así es. Ella es la que está en el suyo. Usted es quien tiene la llave y la pistola, eso le convierte en el sheriff —explicó Murtry—. Si a la sede central no le gusta lo que estamos haciendo, recurriremos las decisiones. Y si perdemos el recurso, que envíen a alguien para tener una reunión cara a cara. Cuando llegue, el lugar será tan diferente que quizá ni les merece la pena intentarlo. La sede lo sabe, Havelock. En este lugar tenemos manga ancha.

—Vale. Bien. Solo quería preguntarle.

—Mi puerta siempre está abierta —afirmó Murtry con una voz con la que parecía querer indicar a Havelock que dejase de molestarle con estupideces. Colgaron, y Havelock se quedó mirando la pantalla unos instantes antes de volver a abrir la plantilla. Unos segundos después, desactivó la privacidad de la celda. Naomi flotaba en el interior, impulsándose de lado a lado como una niña aburrída.

—Sus medidas de privacidad son una mierda —dijo.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Ha oído la conversación?

—Manga ancha —respondió.

—Lo siento. Se suponía que iba a ser una conversación privada.

—Lo sé, pero lo he oído todo. Sea sincero, ¿me ha oído orinar?

—Solo el retrete de ingravidez —dijo Havelock, sintiendo cómo la vergüenza empezaba a sonrojarle la cara y abochornado por ello—. Se oye muy alto.

—Estas naves viejas —dijo Naomi.

Havelock volvió a centrarse en la gestión de personal. Le llegó un informe en el que se quejaban de que había tenido lugar un robo en las taquillas del personal técnico de la nave. Lo reenvió a la mujer encargada. Podía seguir haciendo su trabajo mientras las cosas siguiesen calmadas y la tripulación se centrase en los peligros del exterior. Tener un enemigo común ayudaba mucho. Muchos enemigos comunes. Naomi empezó a tararear algo, una tenue melodía que le sonaba. Havelock se dejó llevar por la música. Mejor eso que molestarse.

—No fue el único —dijo Havelock.

—¿Cómo? —preguntó Naomi.

—No fue el único que escapó de Eros durante el brote. Uno de mis antiguos compañeros también estuvo allí y consiguió escapar. Aunque

terminó por volver, cuando esa cosa chocó contra Venus.

—Un momento. ¿Conocía a Miller?

—Sí —respondió Havelock.

—El universo es un pañuelo.

—Puede que fuese una de las seis personas decentes que trabajaba en la estación Ceres cuando Star Helix consiguió la licitación. También me avisó para dejar Protogen antes de que todo se fuese al traste. Lo sentí mucho cuando murió.

—Seguro que se sentiría halagado —comentó Naomi.

—No somos los malos. ECR no ha empezado esto. Dijo que le gustaba Holden porque siempre hace lo que dice que va a hacer, ¿verdad? Pues nosotros somos igual. ECR somos los que hemos pedido permiso, ideado un plan y venido aquí a hacer lo que todo el mundo nos ha dicho que hagamos.

—Pero la gente de Primer Aterrizaje no está de acuerdo.

—No, porque han sido ellos los que han roto las reglas. Yo... Mire, sé que todo esto es muy raro y también muy peligroso, pero antes de que sus amigos empiecen a dispararnos al reactor con el cañón de riel, me gustaría que supiese que no somos los malos.

Su voz sonaba más aguda y más alta a medida que hablaba. Terminó casi gritando. Juntó las manos y se mordió los labios.

—También estáis bajo mucha presión —admitió Naomi.

—Sí, bastante.

—Déjeme salir y hablaré bien de vosotros —dijo—. Eso evitará que Holden haga una estupidez.

—¿De verdad?

—Evitará que haga más de una estupidez, sin duda —respondió Naomi—. Seguro que se le ocurre algo para solucionarlo. Se le da bien.

—No puedo dejarla salir —dijo Havelock.

—Lo sé.

La nave pasó invisible por la sombra del planeta, y las cubiertas chasquearon y gruñeron cuando las placas expansivas se ajustaron al cambio de temperatura. Havelock se sintió avergonzado. Esa mujer era su prisionera y él era el carcelero. No necesitaba su aprobación. Que ella pensase que él y los suyos eran fascistas asesinos de niños y obsesionados con el poder no cambiaba las cosas. Naomi volvió a tararear. Ahora era una canción diferente. Una lenta y en tono menor. Un rato después, se quedó en silencio.

—No fueron los únicos —dijo ella mientras Havelock terminaba el horario semanal—. Sí que fueron los únicos que se quedaron atrapados

durante el brote, pero el lugar ya estaba bloqueado antes de eso. Un puñado de matones con armadura antidisturbios se aseguró de que hacían lo que todo el mundo les había dicho que hicieran y disparó a los que no cumplían sus órdenes. Lo tenían todo planeado, pero más personas lograron sobrevivir.

—¿Sí? ¿Como quién?

Naomi hizo un gesto de indiferencia con las manos.

—Como yo —respondió.

Elvi

Elvi estaba sentada en la cresta de una colina y miraba hacia el oeste. La luz matutina que se proyectaba a su espalda atravesaba las alas de miles de criaturas parecidas a mariposas. No las había visto antes, pero hoy parecían estar por todas partes, desde el suelo hasta veinte metros de altura. Un grupo enorme de esos pequeños animales. O insectos. O lo que quiera que la humanidad llegase a considerarlos a nivel biológico. Ahora mismo, para ella eran mariposas.

Se movían al unísono como un banco de peces, independientes y de manera lógica. Unas explosiones de color (azul, plateado, carmesí y verde) estallaban a su paso y, por un momento, le dio la impresión de que formaban patrones que luego se disolvían de manera caótica. Una columna de esas criaturas se elevó para luego estrecharse, ensancharse y aplanarse. Pasaron junto a ella a toda prisa y, por un instante, Elvi quedó dentro de uno de los grupos y unas alas del tamaño de la palma de una mano ondearon a su alrededor y emitieron un sonido similar al de las hojas de papel que dejó en el ambiente un aroma astringente parecido al de la menta, aunque no fuese menta. Sonrió y levantó los brazos hacia la maraña de criaturas para disfrutar del momento. Pasaron junto a ella y luego Elvi se giró para verlos seguir revoloteando hacia el sur como si se dirigiesen a algún lugar en concreto.

Se levantó, se estiró y se ajustó en la cintura el bolso que usaba para las salidas de campo. La luz del sol le daba en los hombros y en la nuca mientras avanzaba por aquel terreno pedregoso. Las ruinas se erigían al norte y, a su lado, Primer Aterrizaje era poco más que un borrón y sus artefactos humanos quedaban ocultos bajo la curva del planeta y la orografía. Ella era lo único que había a la vista.

Vio alguna que otra mariposa en el suelo por aquí y por allá. Seguro que estarían muertas o durmiendo. Se acuclilló junto a una de ellas y se fijó en el azul eléctrico de sus alas, en la carne retorcida y cobriza de su cuerpo (o de lo que ella pensaba que era su cuerpo) que se doblaba y era interarticular como una bisagra. Se puso los guantes y levantó el cuerpecillo. Agitó un poco las alas. Esperaba que estuviese muerta, aunque ello significase que iba a conseguir sacar de ella menos información fisiológica.

—Lo siento, pequeña —dijo por si acaso—. Lo hago por la ciencia.

La metió en el zurrón negro, lo cerró y activó la secuencia de recolección de datos. El surtido de agujas de muestreo empezó a resonar. Elvi entornó los ojos y miró el cielo blanco y azulado. El punto rojo que flotaba a unos quince grados respecto al horizonte tenía el brillo suficiente para verse a través de las nubes verduzcas.

El zurrón resonó y mostró un código de error que Elvi no había visto nunca. Sacó el terminal portátil y lo conectó a la salida del aparato de muestreo. Los datos preliminares eran un lío. Elvi sintió una punzada de miedo muy pronunciada. Si el zurrón se había roto, la lanzadera podía tardar varios días en traerle uno de repuesto desde la *Israel*. Ni siquiera estaba muy segura de que tuviesen de repuesto en el juego de herramientas de la nave, quizá se habían perdido todos en el accidente de la lanzadera pesada. Pensó en los años que tendría que pasar recolectando datos a mano, en las noches haciendo disecciones como si volviese a estar en la universidad inferior y en el retraso que supondría. Sacó la mariposa. El cadáver tenía casi el mismo aspecto que cuando lo había metido. Se sentó con las piernas cruzadas junto a él y realizó un informe de diagnóstico del zurrón mientras se mordía el labio y esperaba otro error diferente.

Volvió a dar el mismo problema. Miró el zurrón, la mariposa y luego de nuevo el zurrón. Se le ocurrió una hipótesis aún más espeluznante que la primera. Quizá peor. Cogió la mariposa muerta y volvió a las casetas. La de Favez tenía un diseño geodésico de color verde y la había montado a medio camino en la ladera de una pequeña colina, a la altura suficiente para evitar una tormenta pero sin llegar a hacerlo en la cresta, donde quedaría a merced de los vientos. Él estaba en el exterior, sentado en un taburete y reclinado contra la caseta. Llevaba puestos unos pantalones de trabajo de polifibra, una camiseta y un albornoz abierto. No se había afeitado desde hacía días y la barba incipiente de sus mejillas le hacía parecer mayor.

—No es un animal —dijo Elvi mientras le enseñaba la mariposa.

Las patas del taburete de Favez resonaron al bajar al suelo.

—Yo también me alegro de verte —saludó.

—Estamos equivocados, en este planeta no hay dos biomas. Hay tres. Este... lo que quiera que sea, no se parece en nada a nivel químico ni estructural con lo que uno podría esperar encontrar aquí.

—Lucia Merton te estaba buscando. ¿Te has topado con ella?

—¿Qué? No. Mira, esto es otra de esas máquinas. Es otra de esas cosas. —Señaló la luna roja que flotaba baja en el horizonte—. Igual que eso.

—Pues vale.

—¿Y si no han empezado a despertarse debido a nosotros? ¿Y si es algo que ya estaba programado? Eso lo complicaría todo.

Fayez se rascó la cabeza justo encima de la oreja izquierda.

—Parece que quieres que te ayude con algo, Elvi, pero no tengo ni idea de con qué.

—¿Cómo voy a encontrarle sentido a todo esto si las reglas no dejan de cambiar? —dijo con un tono de voz que le sonó estridente incluso a ella. Tiró la mariposa al suelo con rabia y deseo de inmediato no haberlo hecho. No es que esa cosa fuese a sufrir, pero le parecía un gesto cruel. Fayez le dedicó su sonrisilla particular.

—Qué me vas a contar. ¿Sabes qué he hecho yo durante toda la mañana?

—¿Beber?

—Ojalá. He estado revisando datos de la superficie que ha enviado la *Israel*. Hay un archipiélago al otro lado del planeta que tiene una actividad volcánica que se sale de lo normal, pero que yo sepa este planeta no tiene placas tectónicas. Eso me ha llevado a preguntarme qué narices es lo que está provocando ese vulcanismo. ¿Sabes a qué se está dedicando Michaela?

—No.

—Hay un patrón en la radiación ultravioleta que llega hasta el suelo, como si fuese algún tipo de onda portadora. No aparece en las lecturas antes de que la luz del sol llegue a la exosfera, pero cuando llega hasta aquí forma un patrón complejo y muy consistente. No tiene ni idea de dónde sale. El grupo de trabajo de Sudyam cree haber encontrado unas moléculas complejas que parecen haber incorporado elementos transuránicos estables.

—¿Cómo va a ser eso?

—Qué quieres que te diga —respondió Fayez.

—Tengo que...

—Sí, tienes que contárselo a Holden —terminó Fayez—. Lo sé.

—En realidad iba a decir «revisar mis datos». Me gustaría comprobar si esa cosa —señaló la mariposa— tiene algún elemento estructural en común

con aquella enorme del desierto. Quizá pueda sacar algo en claro.

—Si no lo haces tú, no lo va hacer nadie.

Algo en la voz de Fayez llamó la atención de Elvi y se fijó más en él. Su angulosa cara de zorro era más redondeada por la parte de los ojos y los carrillos. Tenía la parte superior del rostro más hinchada de lo normal.

—¿Estás bien?

El hombre rio y extendió los brazos hacia el horizonte para abarcar todo el planeta, el universo entero.

—Estoy genial. Fantástico. Gracias por preguntar.

—Lo siento. Es que...

—No, Elvi —dijo Fayez—. No lo sientas. Tú sigue haciendo lo que tienes que hacer. Sigue sin darle vueltas a nada y zarpa a costas más halagüeñas. Sigue haciendo eso con lo que consigues mantenerte cuerda y ocupada en un lugar como este, tienes todo mi apoyo, tanto que hasta puede que vaya a rezar por ti con Simon los domingos por la mañana. Tienes mi bendición con cualquier cosa que hagas para superar esto.

—¿Gracias?

—*Afwan* —dijo haciendo un aspaviento—. Solo una cosa: antes de que vuelvas a enterrar la cabeza en tus datos, ¿podrías ir a ver a la doctora Merton? Parecía muy preocupada.

El chico que estaba en la mesa de reconocimiento de la clínica tenía seis años. Su piel era del mismo tono marrón oscuro que la de Elvi, pero con cierto matiz ceniciento. No era porque la tuviese seca, era algo más profundo. Tenía los ojos inyectados en sangre como si hubiese estado llorando. Puede que así fuera. Su madre se encontraba en la esquina de la estancia con los brazos cruzados y los labios fruncidos en una mueca retorcida. La voz de Lucia sonaba seca y tranquila, pero tenía los hombros encogidos hasta la altura de las orejas.

—Mira esto de aquí —dijo mientras pasaba un dedo por la mejilla del chico y separaba un poco el párpado inferior de la superficie rugosa del globo ocular. La decoloración era casi inapreciable debido a la irritación, pero ahí estaba. Una ligera tonalidad verduzca.

—Ya veo —comentó Elvi. Sonrió al chico, pero él no le devolvió la sonrisa—. A ver, Jacob...

—Jason.

—Perdona. Jason. ¿Cuánto tiempo hace que tienes problemas de visión?

El chico se encogió de hombros.

—Pues desde que me empezaron a doler los ojos otra vez.

—¿Y lo empezaste a ver todo... de color verde?

Asintió. Lucia tocó el brazo de Elvi. La doctora enfocó una luz al ojo del chico. El iris casi ni reaccionó, y a Elvi le pareció ver algo en los fluidos detrás de la córnea, como si fuese un acuario que no limpian desde hace tiempo. Ahora fue Elvi la que asintió.

Lucia se envaró y sonrió a la mujer.

—Espera un momento aquí con él, Amanda. Ahora vuelvo.

Amanda asintió una vez, con fuerza. Elvi dejó que Lucia la guiara fuera de la sala de reconocimiento y por un pequeño pasillo. Fuera se había levantado una fuerte brisa que hacía traquetear las puertas y las ventanas de la clínica.

—Es el único al que he visto que le pase eso —dijo Lucia—. Es algo del todo nuevo.

—Creo que no le gusto mucho a su madre —afirmó Elvi intentando sonar graciosa.

—Su mujer murió debido a un disparo del equipo de seguridad de ECR —explicó Lucia.

—Vaya. Lo siento mucho.

El equipo de pruebas funcionaba, pero era antiguo. Tenía diez años, o puede que quince. Había una grieta en la parte inferior de la pantalla, lugar en el que algo había impactado. Elvi supuso que se debía al largo viaje que había hecho desde una Ganímedes devastada por la guerra hasta donde ahora se encontraba. Le sorprendía que siguiese funcionando, y cuando Lucia introdujo su clave de acceso, la pantalla se encendió. La muestra era bonita a su manera. Un entramado elegante de color verde parecido al pictograma que se usaría para representar un árbol.

—Empieza en la matriz extracelular —explicó Lucia—. Tan solo con una inflamación leve. Esperaba que se le pasara solo.

—Pero ya ha llegado al humor vítreo —aventuró Elvi.

—Me preguntaba... —empezó a decir Lucia, pero Elvi ya había sacado su terminal portátil y empezado a sincronizarlo con el equipo. Solo tardó unos segundos en encontrar algo parecido. Elvi desplazó los datos con el dedo.

—Vale —afirmó—. Lo más parecido se encuentra en los organismos presentes en el agua de la lluvia. —Lucia negó con la cabeza, y Elvi señaló hacia arriba—. ¿Sabes por qué las nubes son verduzcas? Porque cuentan con

todo un bioma de organismos que han encontrado la manera de aprovecharse de la humedad y la exposición a la radiación ultravioleta.

—¿Igual que las plantas o los hongos?

—Eso es —respondió Elvi—. No les hemos prestado mucha atención, pero parece que las nubes son un hervidero de organismos, que en su interior hay muchas especies que luchan entre sí para agenciarse los recursos necesarios para sobrevivir. Supongo que ese pequeño cayó al ojo de Jason en una gota de lluvia y encontró la manera de sobrevivir ahí dentro.

—Ha tenido varias infecciones oculares, pero todas provocadas por organismos familiares. ¿Crees que esto es contagioso?

—No lo daría por hecho —respondió Elvi—. Nosotros somos igual de nuevos de lo que ella lo es para nosotros. Está evolucionado para expandirse por el ecosistema a través del ciclo hidrológico. Si puede vivir en nuestro interior, es tolerante a la sal, lo cual es muy interesante. Si Jason ya tenía los ojos mal, es posible que fuese vulnerable a esa cosa, pero a menos que empiece a llorar encima de la gente no creo que debamos preocuparnos.

—¿Y lo de la vista?

Elvi se envaró. Lucia la miró ceñuda, casi enfadada. Elvi sabía que no era por ella, sino a causa de la terrible ignorancia a la que ambas se enfrentaban.

—No lo sé. Sabíamos que algo parecido iba a ocurrir tarde o temprano, pero no sé qué podemos hacer al respecto. Lo único es decirle a la gente que no salga cuando llueva.

—Eso no va a ayudar a Jason —dijo Lucia—. ¿Puedes pedir ayuda a los laboratorios del Sistema Solar?

La cabeza de Elvi se llenó de excusas de repente. «Yo no controlo a los equipos de investigación de ECR» o «Todos los análisis de datos están planificados y han empezado desde hace meses» o «He encontrado una muestra de un tercer bioma esta mañana». Pero tocó el terminal portátil para guardar una copia de los datos, los pasó al formato preferido por los equipos de ECR y los envió a la *Israel*, al Anillo y finalmente a la Tierra.

—Lo intentaré —contestó—. Pero tenemos que decirle a todo el mundo que hay un problema. ¿Carol Chiwewe sabe algo de esto?

—Sabe que sospecho algo y que quería comentártelo —respondió Lucia.

Elvi asintió mientras pensaba en cuál sería la mejor manera de hacérselo saber a Murtry.

—Bueno. Tú se lo dices a tu bando y yo al mío.

—Perfecto —dijo Lucia. Un momento después añadió—: Odio como suena eso. Tu bando y el mío. Uno de mis profesores de la facultad siempre

solía decir que el contagio es la mejor manera de darte cuenta de que formas parte de una comunidad. Uno puede vivir como si no hubiese drogadictos, prostitución o niños sin vacunar, pero cuando hay una plaga el problema son todos los que respiran el mismo aire que tú.

—En mi opinión, eso suena terrible en lugar de tranquilizador.

—Ambas cosas —dijo Lucia—. Esa cosita que acabamos de descubrir me asusta tanto como cualquier cosa que hayamos vivido aquí hasta ahora. ¿Qué pasa si no podemos solucionar el problema?

—Lo más seguro es que podamos —respondió Elvi—. Y después solucionaremos el siguiente con el que nos topemos. Y luego el siguiente. Será complicado y difícil, pero todo saldrá bien.

Lucia arqueó una ceja.

—¿Lo crees de verdad?

—Claro. ¿Por qué no?

—¿No estás asustada?

Elvi se quedó en silencio y reflexionó sobre la pregunta.

—Si lo estoy, la verdad es que no lo he procesado —dijo—. No es algo en lo que me haya puesto a pensar.

—Dios te bendiga, supongo. ¿Qué hacemos con el tercer bando?

Elvi no sabía de qué hablaba Lucia, pero luego oyó en su cabeza la voz socarrona de Favez y el corazón le dio un vuelco. Odiaba que se le hubiese acelerado el pulso, pero eso no le hizo cambiar de idea.

—Yo se lo diré —respondió—. Se lo diré a Holden.

En la cafetería, Holden estaba encorvado sobre su terminal portátil. Se había afeitado y peinado. «Menuda planta», dijo una voz desde un rincón de su cabeza y que ignoró al momento.

Del terminal salía la voz de una mujer, aguda y con interferencias.

—... le estrujaré los cojones a todo el que haga falta hasta que alguien empiece a cantar, pero llevará su tiempo. Y sé que estás pensando en hacer público lo ocurrido porque eres un imbécil de mierda y eso es lo primero que se te ocurre siempre. Con ese tema tienes la misma mentalidad que un adolescente de dieciséis años con las tetas. Te obsesiona. Así que antes siquiera de que empieces...

Amos se movió a un lado. Esbozaba una sonrisa amplia y amistosa, como siempre, pero a Elvi le dio la impresión de que había algo más detrás de ella. Su cabeza grande y rapada siempre le hacía pensar en bebés, y tuvo que contenerse para darle unas palmaditas en ella.

—¿Qué tal? —saludó Amos—. Lo siento, pero el capitán está ocupado.

—¿Quién es la que habla?

—Naciones Unidas —respondió Amos—. Está intentando que tu jefe suelte a nuestra segunda de a bordo.

—No es mi jefe —explicó Elvi—. Murtry es del equipo de seguridad, y yo formo parte de una organización completamente diferente.

—Lo siento, las tonterías corporativas no son mi fuerte —dijo Amos.

—Es que quería comentarle que... —empezó a decir, pero Holden se levantó sin dejar de mirar hacia la cámara del terminal portátil. Tenía en los labios una sonrisilla forzada que hizo que Elvi se olvidase de lo que iba a decir.

—No me importa que diga que fui yo el que di la orden —dijo Holden con un tono de voz grave y muy seco—. Y si Carta Real quiere llevarme a juicio cuando vuelva por haberle ordenado a mi tripulación que desactivara su lanzadera bomba ilegal, estaré dispuesto a...

—¿Doctora?

—¿Qué? Lo siento. Es que hay varias cosas que creo que necesita saber. Amos negó con la cabeza con cierto aire apesadumbrado.

—No. No va a ocurrir nada más hasta que no liberemos a la segunda.

—Pero ya está ocurriendo —aseguró Elvi—. Y varias cosas. Hoy he descubierto que hay más de esos artefactos despertando y algunos de ellos se hacen pasar por la fauna local, o eso creo. Si tuviésemos tiempo suficiente, podría hacer una lista para distinguirlos, pero tal y como están las cosas no somos capaces de distinguir unos de otros.

—¿Dices que algunos de esos lagartos son en realidad protomolécula? —preguntó Amos.

—Sí, puede ser. Todavía no lo sé. Y hay más: el bioma local ha encontrado la manera de meterse en nuestro organismo, de aprovecharse de él. Y nunca llegamos a montar la cúpula de aislamiento, por lo que toda nuestra microfauna está en el ambiente entremezclándose con el ecosistema del planeta y no hay manera de evitarlo y estamos contaminándolo todo y también nos estamos contaminando.

Hablaba muy rápido. Odiaba que le pasara eso. Si alguna vez regresaba a la Tierra se preocuparía por ir a clases de comunicación, de hacer algo para evitar parecer una locomotora sin frenos.

—Los acontecimientos se están precipitando —explicó—. Quizá sea por nosotros o por algo que hemos hecho, pero también cabe la posibilidad de que no. Y sé que tenemos problemas políticos y que nos está costando salir adelante, y eso es algo que me apena muchísimo. —Tenía los ojos anegados

en lágrimas. Por Dios. Parecía una niña de doce años—. Pero tenemos que atender a lo que ocurre a nuestro alrededor, porque es peligrosísimo y cada vez será peor. Va a llegar un punto en el que no podremos hacer nada para evitarlo y las consecuencias serán catastróficas.

Cuando terminó, Holden estaba cerca, la miraba y le hablaba con voz tranquilizadora. Elvi se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano y se preguntó si no tendría en ellas restos del hongo invasor que estaba dejando ciego a Jason.

—Oye —la tranquilizó Holden—. ¿Estás bien?

—Sí, sí —respondió Elvi—. Estoy bien. Lo siento.

—No pasa nada —aseguró el capitán—. ¿Decías algo de una catástrofe? Elvi asintió.

—Vale —dijo Holden—. Cuéntame qué es lo que puede llegar a pasar.

—No lo sé —respondió ella—. No podemos saberlo hasta que no pase.

Basia

Basia flotaba sobre el mundo.

A mil setecientos kilómetros por debajo de él, Ilo se desplazaba a un ritmo vertiginoso. Alex le había dicho que la *Rocinante* tenía un periodo orbital de menos de dos horas, pero Basia no era capaz de sentir el movimiento. En el vacío, flotando por fuera de la nave en microgravedad, su oído interno le aseguraba que estaba ahí, a la deriva e inerte, y que era el universo a su alrededor el que se movía demasiado rápido, como el móvil gigante de un bebé. Los periodos de luz y oscuridad duraban una hora, tiempo que tardaba el sol en salir de detrás de Ilo y desplazarse hasta detrás de él para volver a desaparecer. Basia llevaba fuera el tiempo suficiente para haber visto aquel cambio tres veces. Él era el centro de su propio cosmos.

El descomunal océano del planeta estaba sumido en la oscuridad, y el archipiélago que lo moteaba era poco más que unos pequeños puntos aún más negros. Una de las islas, la mayor, tenía una aureola verduzca y tenue producto de la luminiscencia de las olas al romper contra sus playas y acantilados. La parte iluminada del planeta estaba dominada por el enorme y solitario continente de Ilo. La parte del suroeste era un desierto gigantesco. Se suponía que Primer Aterrizaje estaba justo al norte. Era demasiado pequeño como para verlo a simple vista a la luz del día. Hasta las enormes torres alienígenas en las que se reunía con Coop, Kate y los demás en lo que ya le parecía otra vida eran demasiado pequeñas para verlas desde allí.

—¿Todo bien, vaquero? —preguntó Alex por la radio—. Llevas un buen rato ahí flotando y esa escotilla no se va a arreglar sola.

Mientras le hablaba, la *Edward Israel* llegó a la parte luminosa del planeta y resplandeció como una chispita blanca. Estaba a mucha distancia, pero

cerquísima en términos orbitales. Alex había conseguido poner la *Rocinante* en una órbita estable para no dejar de apuntarla con los cañones.

—Qué bonito —dijo Basia sin dejar de mirar cómo rotaba el planeta—. Cuando llegamos en la *Barb* nunca tuve tiempo de mirarlo. Ilo es precioso.

—Mira —explicó Alex arrastrando las sílabas de la palabra debido a su acento—, ¿recuerdas cuando hablamos de que puedes acabar siendo pasto de la euforia cuando realizas una actividad extravehicular?

—Esto no es nuevo para mí —respondió Basia—. Sé lo que se siente en esos casos, y estoy bien. Ya casi he terminado con la escotilla. Solo estaba descansando.

Habían almorzado juntos, y Alex había compartido con él su colección de películas del resurgimiento del cine negro del siglo XXII. La noche anterior habían visto juntos *Muerte a bocajarro*. Basia opinaba que el cine negro era un entretenimiento demasiado lúgubre y desesperanzador, lo que había llevado a una conversación entre copas en la que Alex le intentaba explicar que estaba muy equivocado.

Luego, tal y como le había prometido a Naomi, Alex le había pasado una lista de proyectos de reparación en los que querían poner a trabajar a Basia. Uno de esos proyectos era el activador de una de las dos escotillas de carga de torpedos de la *Rocinante*.

Tenía la escotilla abierta frente a él: una puerta en el flanco del navío de guerra que medía un metro de ancho y ocho de largo. Había un enorme tubo blanco justo al otro lado, uno de los torpedos de la nave. Parecía demasiado grande para tratarse de un misil. Podía haber pasado por una nave espacial. No tenía aspecto peligroso, pero sí el de un buen trabajo artesanal que parecía encontrarse en perfecto estado. Basia sabía que en el centro había una cabeza explosiva que podía reducir otra nave a metal fundido y plasma. Era difícil imaginarse algo así dentro de esas curvas blancas y con la sensación de sosiego y consistencia que emanaba de él.

Ya había cortado el actuador roto, que flotaba junto a la nave unido al extremo de un cable magnético a la espera de que lo volviese a meter dentro. Basia se esforzó para ignorar el maravilloso paisaje de Ilo y sacó el actuador nuevo del arnés que tenía a la espalda.

—Vuelvo al trabajo —anunció.

—Recibido —respondió Alex—. Me alegro de que lo vayas a arreglar.

—¿Pensabas usarlo? —preguntó Basia.

—La verdad es que no, pero me gusta saber que es una posibilidad, llegado el momento —rio Alex. Rio, pero también lo dijo un poco en serio.

Basia empezó a unir el nuevo actuador a las monturas del casco de la nave y a la escotilla del misil. Sabía muy poco de electrónica y le preocupaba que el cableado fuese muy complicado para él, pero resultó ser tan solo un enchufe que iba dentro de un puerto de la carcasa del actuador. Y la verdad es que le pareció muy lógico. Las naves de guerra se diseñaban con la idea de que iban a resultar dañadas y que, en ocasiones, habría que repararlas en las situaciones más inesperadas. Se fabricaban con módulos fáciles de intercambiar y no era para simplificar las cosas, sino por mera supervivencia. Se preguntó si los marcianos habrían contado con la ayuda de algún cinturiano en el equipo de diseño.

—La *Barbapiccola* está en nuestra cara de Ilo —dijo Alex con la misma voz perezosa y somnolienta.

—¿Puedo verla? —Basia miró alrededor, pero no vio más que el planeta resplandeciente debajo y la chispa blanca que era la *Edward Israel*.

—Un momento.

Un instante después, apareció un pequeño punto verde que flotaba despacio en el visor táctico del traje de Basia.

—¿Es ese punto?

—Bueno, digamos que está en el mismo sitio que el punto —aclaró Alex—. Pero ahora está demasiado lejos para verla.

—Un segundo.

Apareció un cuadrado verde en el visor y la imagen se amplió como si fuese un telescopio hasta que el carguero distante creció y llegó a tener el tamaño de un pulgar.

—Eso son cincuenta aumentos —explicó Alex.

—El espacio es demasiado grande —admitió Basia.

—Eso dicen. Y esto no es más que la órbita baja alrededor de un planeta. Duele la cabeza solo de pensarlo.

—Intentaré no hacerlo.

—Bien hecho.

La *Barbapiccola* parecía un gigantesco contenedor de metal con una carcasa cuadrada para el motor que sobresalía por un lado y otra superestructura para el centro de mando y los sistemas de control por el otro. Era horrible pero funcional. Un objeto de vacío que nunca llegaría a experimentar el calor del roce atmosférico.

Las enormes bodegas que ocupaban la mayor parte de su interior estarían llenas del litio sin procesar que habían extraído de Ilo, a la espera de que lo llevaran a las refinerías de la estación Palas. A la espera de ser intercambiadas

por comida, medicinas y fertilizante para la tierra, todo lo que una nueva colonia necesitaba para sobrevivir.

A la espera de llevarse de allí a su hija.

—¿Podemos comunicarnos con ellos? —preguntó.

—¿Mmm? ¿Con la *Barb*? Claro. ¿Por qué?

—Mi hija está ahí dentro.

—Sin problema —respondió Alex. Luego se oyó un estallido de estática. Un momento después, respondió una voz con marcado acento cinturiano.

—*Quoi?*

—*Ça va?* Basia Merton, *mé. Suche nach Felcia Merton. Wo?*

—*Sa sa* —respondió la voz con un tono que oscilaba entre la curiosidad y la irritación. No colgó, pero la llamada se quedó en silencio.

Mientras esperaba, Basia terminó de montar el actuador y lo enchufó. Habló por el canal de la nave para decirle a Alex que lo probase, y la puerta de la escotilla se abrió y cerró varias veces sin problema. El motor hizo que el casco de la nave vibrara un poco debajo de sus botas magnéticas y también sintió la vibración en la cabeza.

—¿Papá? —preguntó una voz titubeante.

—Cariño. Felcia, soy yo, pequeña —respondió esforzándose por no balbucear como un idiota.

—Papá —repitió la voz, ahora un tono mucho más animado, uno profundo e intenso que aún parecía salir de la niña que gritaba «papá» cada vez que Basia llegaba a casa del trabajo. Una que aún tenía la capacidad de fundir todo lo adulto, huraño e intransigente que había en su interior.

—Estoy aquí contigo, cariño.

—¿En la *Barbapiccola*? —preguntó confundida.

—No, en órbita, quiero decir. Sobre Ilo. Veo tu nave, pequeña. Flotando en el vacío.

—¡Espera que busque una pantalla! ¿Dónde estás? Puedo buscarte.

—No, no te preocupes. Estoy muy lejos. He tenido que aumentar mucho la imagen para ver tu nave. Hablemos un minuto antes de que vuelvas a ocultarte detrás del planeta.

—Vale —respondió—. ¿Te han tratado bien por allí?

Basia rio.

—Tu hermano me ha preguntado lo mismo. Estoy bien. Son los mejores carceleros que hay. ¿Tú qué tal?

—Todos me tratan muy bien, pero estoy preocupada. Es posible que la nave de ECR no nos deje marchar.

—Todo saldrá bien, pequeña —dijo Basia haciendo un gesto tranquilizador con las manos en el vacío, como si ella pudiese verlo—. Holden está trabajando en ello.

—También te ha encerrado ahí, papá.

—Me ha hecho un favor, Felcia. Me ha salvado —dijo Basia, quien también se dio cuenta de que era cierto mientras lo pronunciaba. Murtry le hubiese matado. Y su hijo y su pareja aún estaba en la superficie del planeta—. Solo quería saludarte. Prefiero no hablar del tema.

—Pues hola, papá —respondió Felcia con su voz de niña adulta.

—Hola, cosita —respondió, con aquel sustantivo que no había usado para dirigirse a ella desde hacía años.

La chica emitió un ruido extraño, y Basia tardó un momento en darse cuenta de que estaba llorando.

—No nos vamos a volver a ver, papá —dijo con voz constreñida.

Él abrió la boca para replicar y consolarla, pero en ese momento recordó su conversación con Alex y dijo:

—Puede ser, cosita. Y yo soy el único que tendrá la culpa si llega a ocurrir. Recuérdalo, ¿vale? Intenté hacer lo que pensaba que era lo correcto, pero fue un error y la culpa es solo mía. Yo soy el que tiene que pagar por ello.

—Eso no me gusta —respondió Felcia aún entre lágrimas.

«A mí tampoco, pequeña», pensó. Pero dijo:

—Así son las cosas, *sa sa?* Así son las cosas. Nada de eso cambia lo mucho que te quiero a ti, a tu madre y a Jacek.

«Y a Katoa, a quien dejé morir».

—Me han dicho que tengo que dejarte —dijo Felcia. El pequeño punto verde que señalaba la nave gigantesca en la que vivía su hija había empezado a perderse en el horizonte y estaba a punto de quedar incomunicado. Basia sabía que no les quedaba tiempo. Sabía que la distancia inimaginable que los separaba se ensanchaba cada vez más y el planeta estaba a punto de interponerse entre ellos.

—De acuerdo, pequeña —dijo—. Adiós por ahora. Te quiero.

Dijera lo que dijese, no llegó a oírlo. Basia vio cómo la *Barbapiccola* se perdía detrás de Ilo y el canal estalló en un zumbido de estática antes de desconectarse. Todavía no había satélites de comunicación en órbita alrededor del nuevo mundo. Uno solo podía comunicarse cuando se encontraba en línea de visión, como primitivos del siglo XIX que enviaban señales de radio dentro de la atmósfera. Basia recordó que su hogar no era más que una pequeña

aldea de chabolas con dos senderos de tierra, así que ese tipo de comunicación quizá fuese lo más apropiado para ellos.

Su mundo rotaba mil setecientos kilómetros debajo de él. Bajo sus pies, una nave capaz de atravesar el Sistema Solar zumbaba en silencio, como si contuviese la energía que emanaba de su interior.

Bueno, quizá no fuese uno de esos primitivos del siglo XIX.

—¿Estás listo para volver a entrar? —preguntó Alex, que lo sacó de la ensoñación.

—Dame un minuto —respondió Basia—. ¿Puedes encontrar Primer Aterrizaje y marcármelo?

—Claro. Se está alejando, pero aún está a la vista.

Otro pequeño punto verde apareció en el visor táctico, en un lugar que se encontraba justo al norte del gran desierto meridional de Ilo. Basia pensaba que, al saber dónde tenía que mirar, podría ver también el hueco de la mina que se encontraba cerca del pueblo, pero pronto supo que era absurdo.

Lucia estaba ahí abajo tratando a sus pacientes y cuidando de Jacek. Era de día en el pueblo, por lo que seguro que estaba trabajando. Basia intentó imaginarse qué estaría haciendo justo en ese momento. Tuvo que esforzarse mucho para contener la tentación de pedirle a Alex que llamara para poder hablar con ella. Ya había sido muy egoísta pidiéndole que llamara a Felcia. Aunque hablar con ellos le reconfortase, él ahora no era más que una fuente de dolor para su familia.

Así que en lugar de pedir nada, empezó a recoger las herramientas y el actuador estropeado.

¿Encontraría Lucia a otra persona si él nunca volvía al planeta? Basia intentó convencerse de que era el tipo de hombre que deseaba lo mejor para su mujer, que la felicidad de Lucia era más importante que el miedo que él tenía por perderla. Rumió la idea como si fuese nueva para él e intentó aceptar la situación.

Pero no lo consiguió. Lo vio claro, tanto como si Alex también hubiese ampliado la imagen en su visor táctico: no era ese tipo de hombre. No supo dilucidar si aquello le dejaba en buen lugar en su matrimonio o si no era más que una prueba fehaciente de su egoísmo y sus inseguridades. Era difícil de asumir, como casi todo lo que le había pasado durante los últimos meses.

Volvería con Holden, seguro que al complejo de la ONU en la Luna. La APE alegraría que era ciudadano de los planetas exteriores, pero en realidad Ganímedes había empezado siendo colonia de la ONU. Las leyes de ciudadanía al respecto aún estaban un poco difusas y seguiría siendo así

durante décadas, tiempo más que suficiente para juzgarlo por crímenes contra una empresa que tenía sede en la ONU y dejarlo en prisión durante toda la eternidad.

Seguro que le esperaban años de juicios.

Despacio, Basia empezó a caminar por el casco de la *Rocinante* arrastrando el fardo de herramientas y partes de repuesto. Se detuvo en la popa y plantó ambas piernas a la espera de que el fardo pasara flotando junto a él y se detuviese al estirar al máximo el cable. El peso le tiró de los brazos con fuerza hasta que las herramientas perdieron el impulso.

—Abre la escotilla de la bodega —dijo.

—Recibido —respondió Alex, y la nave empezó a vibrar bajo los pies de Basia.

Las dos puertas pesadas se abrieron poco a poco. Cuando iban por la mitad, tiró del cable y el fardo de herramientas se deslizó por el casco hasta entrar por la bodega. Lo soltó de su traje para que no tirase de él y dejó que cayese en el interior.

Vio un estallido de luz con el rabillo del ojo, como si alguien hubiese disparado el *flash* de una cámara a lo lejos. Basia se giró para mirar con la idea de ver una de las otras dos naves moviéndose a la luz del sol. En lugar de eso se topó con un punto de luz blanca que crecía poco a poco y que estaba centrado sobre la mayor de las islas de Ilo. Tenía la potencia suficiente para ahogar la tenue luminiscencia verduzca de sus playas y se expandía muy deprisa.

En unos segundos, la cara oscura del planeta quedó iluminada, como si hubiese salido en ella un segundo sol. Las otras islas del archipiélago quedaron recortadas en negro contra aquella luminiscencia y proyectaron largas sombras por el océano mientras la mancha resplandeciente no dejaba de crecer. Basia sintió que se le aceleraba el pulso.

—¿Alex? —llamó.

El océano que rodeaba a la mayor de las islas se embraveció y llegó a elevarse por encima de la curva del planeta en lo que parecía un tsunami de kilómetros de altura. Antes de que Basia pudiese asimilar la grandiosidad de las fuerzas que podrían haber provocado algo así, la imagen volvió a la normalidad. La isla, la gigantesca ola y las islas más pequeñas que estaban cerca desaparecieron en una columna de fuego blanco que se elevó al instante para formar una nube con forma de hongo nuclear.

El visor de Basia se quedó en negro al momento, aunque le dio la impresión de que, de no haberlo hecho, la luz del planeta le hubiese dejado

ciego de igual manera. Aun así, a través de la oscuridad del casco de soldadura, fue capaz de ver el resplandor de la columna de fuego emergente que soltaba un vapor blanco que ascendía hasta superar la atmósfera del planeta, momento en el que se convertía en resplandecientes cristales de hielo que se alejaban a toda velocidad del pozo de gravedad como si fuesen los cristales de una ventana que acaba de estallar a causa de un disparo.

Una ondulación enorme, similar a una ráfaga de viento que sopla por un prado de hierba, avanzó desde el pilar de fuego para perderse en el océano que lo rodeaba. Basia sabía que aquellas ondulaciones debían ser olas de cientos o miles de metros de altura que se habían formado debido a la explosión. Pero la parte más primaria de su mente no tardó en hacerse con el control de su cuerpo y descargar la vejiga en el catéter del traje.

Basia había crecido en el sistema joviano. Había visto vídeos de Ío de cerca más de una vez. Ío era famosa por tener los volcanes más grandes que el hombre había visto jamás. Por la superficie de la luna estallaban colosales géiseres de azufre cuyas partículas salían despedidas hacia los toros de plasma y los tenues sistemas de anillos del gigante gaseoso. Todo eso convertía a Ío en un lugar terrible e inhóspito para la vida.

La explosión que Basia había observado desde la órbita era mucho mayor que esas erupciones. Era como si la mitad de Ilo se deformase por la fuerza del estallido.

Lo primero que pensó fue que al menos tenía suerte de que Primer Aterrizaje se encontrara en la otra cara del planeta. Lo segundo, que la onda expansiva avanzaba en esa dirección y ni siquiera atravesar todo el planeta iba a frenarla.

—¡Por Dios! —gritó Alex por la radio—. ¡Joder! ¿Has visto eso?

—Llama —gritó Basia con voz constreñida por el pánico—. Hay que avisarlos.

—¿Avisarlos para que hagan qué? —preguntó Alex. Parecía desesperado.

«¿Qué puede hacer uno cuando el planeta en el que se encuentra intenta matarlo?».

Basia no lo sabía.

Holden

Holden se encontraba en la cresta de una colina baja y contemplaba Primer Aterrizaje para intentar disfrutar de la belleza del planeta mientras su cabeza le daba vueltas a la media docena de problemas irresolubles que tenía que solucionar de alguna manera. La tierra que solía levantarse se había asentado gracias a las suaves lluvias que habían caído durante los últimos días. Gracias a ello, la ciudad parecía más limpia y bien cuidada. Apacible. Sobre Holden, el cielo era de un imponente azul añil jaspeado por las volutas de unas dispersas nubes altas. Su terminal portátil indicaba que la temperatura era de veintidós grados y una brisa suave de cuatro nudos soplaba desde el noreste. Lo único que habría mejorado el momento hubiese sido estar allí mismo con Naomi, o al menos que ella volviera a estar a salvo en la *Rocinante*. Eso habría mejorado mucho las cosas.

—Echo de menos los planetas —dijo Holden al tiempo que cerraba los ojos y giraba la cara hacia el sol.

—Yo no —respondió Amos. Había estado tan callado durante aquel paseo vespertino que Holden casi se había olvidado de que estaba junto a él.

—¿Nunca echas de menos la brisa? ¿Sentir el sol en la piel? ¿La llovizna?

—Esas no son las situaciones planetarias que mejor recuerdo, la verdad —admitió Amos.

—¿Quieres hablar del tema? —preguntó Holden.

—Ni de broma.

—Muy bien.

Holden no se tomó a pecho el rechazo del mecánico. Tal y como había dicho Amos en otra ocasión, su pasado estaba lleno de cosas pasadas. No le gustaba que la gente se inmiscuyera en él, y Holden no era el único que lo

había intentado. Además, ya sabía más de las terribles condiciones en las que Amos había vivido en la Tierra de lo que quería.

—Supongo que será mejor que volvamos —continuó Holden después de pasar unos instantes más sintiendo cómo la brisa le soplabla en la cara—. Puede que ECR ya me haya respondido.

—Claro —rio Amos—. Si los peces gordos de ECR han respondido a tu mensaje segundos después de haberlo recibido, seguro que la respuesta está a punto de llegar.

—No dejaré que tus puntualizaciones sobre la velocidad de la luz se interpongan a mi optimismo.

—Hay pocas cosas que puedan interponerse a él.

Holden se quedó en silencio durante un rato. Se humedeció los labios.

—Si dicen que no —dijo—, si deciden que Naomi se quede bajo la custodia de Murtry, voy a tener que decidir entre ella o evitar que este lugar se convierta en un campo de batalla.

—Ya te digo.

—Estoy seguro de que sabes lo que voy a elegir.

—Sí que lo sé.

—Habrá personas que me tachen de egoísta.

—Cierto —dijo Amos—. Pero mira, que les den. No están en nuestro pellejo.

—Esa diferencia entre nosotros y ellos es el principal problema que tenemos por aquí... —empezó a decir Holden, pero lo interrumpió el sonido del mensaje de alta prioridad de su terminal portátil. Era el que tenían reservado para cuando había algún miembro de la tripulación en peligro.

«Naomi —pensó—. Le ha ocurrido algo a Naomi».

Amos se acercó a Holden con el ceño fruncido y los puños cerrados. Él había pensado lo mismo. Si de verdad le había pasado algo a Naomi, esta vez Holden no podría hacer nada para evitar que el mecánico asesinase a Murtry. Y lo más seguro es que ni intentase evitarlo.

—Aquí Holden —dijo, intentado mantener un tono neutro.

—Capi, tenemos un problema —respondió Alex. Titubeaba y sonaba aterrorizado. Holden había volado con Alex durante más de una docena de batallas y no lo había oído así ni siquiera cuando el cielo que los rodeaba estaba inundado de rastros de misiles. Pasara lo que pasase, algo no iba bien.

—¿Le han hecho algo?

—¿Qué? ¿A quién? ¿A Naomi? Naomi está bien, que yo sepa —respondió Alex—. Los que estáis bien jodidos sois vosotros, capi.

Holden miró a su alrededor. Primer Aterrizaje parecía tranquilo. Había un nuevo turno de trabajadores cinturianos subiéndose a los carritos que los llevarían hasta la mina. La poca gente que había en las calles se dirigía a sus quehaceres. Los dos integrantes del equipo de seguridad de ECR que patrullaban el lugar conversaban con un lugareño y daban sorbos a una bebida caliente en un termo. La única violencia aparente del paisaje era un lagarto mimo que arrastraba despacio hasta su boca un pájaro que había atrapado con su estómago.

—¿Y bien?

—Algo acaba de estallar al otro lado del planeta —dijo Alex, que hablaba tan rápido que se le trababa la lengua y casi ni se le distinguía el acento—. Ha destrozado un archipiélago cercano. Es como si alguien le hubiese tirado una roca encima. Es comparable al meteorito de los dinosaurios. La onda expansiva avanza rodeando el planeta en estos momentos. Tenéis unas seis horas. Más o menos.

El gesto de Amos pasó del enfado a una sorpresa genuina. No era una expresión a la que estuviese acostumbrado y le daba un aspecto infantiloides.

—¿Qué va a pasar dentro de seis horas, Alex? —preguntó Holden—. Dame más detalles, por favor.

—Pues imagina vientos de unos doscientos o trescientos kilómetros por hora, relámpagos y lluvias torrenciales. Supongo que estáis a la distancia suficiente para no veros afectados por el tsunami de tres kilómetros de altura.

—La típica ira de Dios, pero sin inundaciones —dijo Holden intentando hacer un chiste con el que ocultar el pánico que se apoderaba de él—. ¿Qué dicen las predicciones?

—Capi, estoy viendo cómo la otra parte del planeta queda reducida a cenizas ahora mismo. No es una predicción. Te encuentras a unos miles de *klicks* de distancia planetaria del apocalipsis.

—¿Puedes enviar algún vídeo?

—Claro —respondió Alex—, pero asegúrate de tener unos calzoncillos limpios a mano.

—Tú envíalo. Puede que lo necesite para convencer a los lugareños. Cambio y corto.

—Bueno, capi, entonces ¿cuál es el plan? —preguntó Amos.

—No tengo ni idea.

—Póngalo otra vez —dijo Murtry después de que Holden reprodujera el vídeo apocalíptico que Alex había grabado con los telescopios de la *Rocinante*. Holden, Murtry y Carol Chiwewe se encontraban en el ayuntamiento, y Holden había sincronizado su terminal portátil con una pantalla enorme que colgaba en una de las paredes.

Holden le hizo caso al jefe de seguridad y volvió a reproducir el vídeo por segunda vez. La isla gigantesca volvió a desaparecer en un resplandor de luz y una columna de fuego. El resto de las islas volvieron a desvanecerse bajo una gigantesca columna de agua que dejó a su paso grandes nubes de vapor y ceniza. La onda expansiva volvió a extenderse desde el centro de la explosión levantando unas olas enormes.

Mientras se reproducía el vídeo, Murtry hablaba en voz baja con alguien por su terminal portátil. Carol agitaba la cabeza muy despacio, como si intentase negar la evidencia que veía en pantalla.

Al terminar el vídeo, Murtry dijo:

—Lo hemos podido verificar con nuestros datos. El equipo de geoingeniería cree que ha tenido lugar una fisión cerca del fondo del océano.

A Holden se le pusieron los pelos de punta al pensar que aquel hombre fuese capaz de mentir sobre algo tan serio, pero se contuvo y no dijo nada.

—¿Una bomba? —preguntó Carol Chiwewe.

—O la explosión de una central eléctrica alienígena —respondió Murtry—. Tampoco podemos especular.

—¿Cómo de rápido podemos evacuar el lugar? —preguntó Carol con una voz sorprendentemente firme para una persona que acababa de ver el Apocalipsis.

—Eso es lo que hemos venido a hablar —aseguró Holden—. ¿Cuál es el mejor plan para proteger a la colonia? La evacuación es una opción, pero ya tenemos menos de cinco horas.

—Evacuar no funcionará —explicó Murtry—, al menos con nuestra lanzadera. Iríamos muy justos de tiempo y acabaríamos despegando justo antes de que llegase la onda expansiva, por lo que nos veríamos afectados por las turbulencias y la ionización atmosférica y sería muy complicado mantenernos en el aire. Es mejor intentar sobrevivir aquí abajo y conservar la lanzadera para escapar después.

Holden frunció el ceño y asintió.

—Me cuesta admitirlo, pero estoy de acuerdo. Alex dice que tampoco le dará tiempo de bajar con la *Rocinante* y volver a zarpar antes de que llegue la

onda expansiva. Y, si intentamos evacuar, es probable que haya algún tipo de revuelta. ¿Cómo le diremos a alguien que su hijo no cabe en la lanzadera?

—Las revueltas no son un problema —aseguró Murtry con una voz tan calmada que daba miedo.

—¿Cómo vamos a proteger a todo el mundo? ¿A toda la colonia? —preguntó Holden, decidiendo ignorar la provocación.

—Tenemos las minas —afirmó Amos. Revoloteaba junto a Holden como un padre ansioso. Había empezado a hacerlo desde la llegada de Murtry.

—No —negó Carol al tiempo que agitaba la cabeza—. Quedaríamos bajo tierra y se inundarán si llueve mucho.

—Y deberíamos tener en cuenta siempre lo peor —dijo Holden—. Así que nada de pozos ni cuevas que puedan llenarse de agua. Mi opción son las ruinas.

Murtry se reclinó en la silla y frunció el ceño.

—¿Qué le hace pensar que soportarán vientos de trescientos kilómetros por hora?

—Si quiere que le diga la verdad, no tengo razón alguna para pensarlo —respondió Holden—, pero llevan ahí mucho tiempo. Razón más que suficiente. Doy por hecho que, si han aguantado tanto, también soportarán la que se nos viene encima.

—Está claro que son mejores que esas chozas en las que vivís —añadió Amos encogiéndose de hombros con su corpachón—. Yo podría cargarme cualquier edificio de este lugar a patadas en diez minutos.

Murtry se reclinó aún más, para luego empezar a mirar el techo y chasquear la lengua. Unos segundos después dijo:

—De acuerdo. Es mejor plan que cualquier cosa que podría ocurrírseme. Lo importante es sobrevivir a la primera onda expansiva. Lo que venga después también será terrible, pero podremos ayudar a los supervivientes. Hagámoslo como ha dicho. Avisaré a los míos. Que se entere todo el mundo.

—Carol, díselo a la mayor cantidad de gente posible —anunció Holden—. Asegúrate de que todos traen toda la comida y el agua que puedan cargar. Y nada más. El planeta va a estallar, así que nada de intentar conservar recuerdos.

—Le echaré una mano —dijo Amos.

—El tiempo se nos echa encima —les recordó Holden al tiempo que ponía una alarma en su terminal portátil—. Os quiero a todos dentro de la estructura dentro de cuatro horas. Ni un minuto más.

—Lo intentaremos —afirmó Carol.

Mover a los colonos llevó más tiempo del que Holden había esperado. Todas las personas quedaban muy sorprendidas, pero se mostraban incrédulas. Todos querían hablar sobre lo sorprendente que era el vídeo, y luego se ponían a comentar los objetos que deberían llevarse consigo. Algunos discutían para cargar con objetos personales, y todos y cada uno de esos afirmaban que su caso era único y no podían dejarlo. Cada vez que Holden oía algo así, le daban ganas de empezar a gritar.

Era culpa del cielo azul y la brisa suave. Aquel desastre no les parecía real, no cuando miraban al cielo y lo único que veían eran volutas de nubes. Les hacían caso porque Holden, Carol y Murtry estaban al mando y uno tiene que hacer lo que dicen los jefes a menos que sea algo poco razonable, pero Holden veía la incredulidad en su mirada y la oía en todas y cada una de las discusiones que hacía que se retrasasen aún más.

Al otro lado de la calle, un hombre cargaba con un fardo de ropa bajo el brazo mientras arrastraba un gigantesco contenedor de agua hecho de plástico. Amos se acercó e intercambió con él unas palabras amistosas. El hombre agitó la cabeza con fuerza e intentó marcharse. Amos le quitó el fardo de ropa de las manos y lo tiró encima de una caseta cercana. Luego cogió el agua y la levantó hasta los brazos del hombre. El colono intentó discutir, pero Amos lo miró con una ligera sonrisa y el hombre terminó por darse la vuelta y marcharse renqueando detrás de los demás hacia las ruinas alienígenas.

—¿Capitán? —llamó una voz titubeante a su espalda. Holden se giró y vio a Elvi Okoye, quien le sonreía y cargaba al hombro un saco enorme.

—Hola —saludó—. ¿Qué llevas ahí?

—Son mantas. Fayez, Sudyam y yo hemos sacado del complejo todas las mantas que hemos podido. Seguro que bajan mucho las temperaturas cuando las nubes ardientes empiecen a cubrir el cielo. Las noches van a ser muy frías.

—Bien pensado. Deberíamos decirle a más gente que traiga mantas.

—Una cosa —añadió Elvi con una sonrisa de inseguridad—. Me gustaría pedir ayuda para el grupo de química.

—¿Ayuda?

—El equipo de análisis químico pesa mucho y les está costando moverlo. Con una o dos personas más sería mucho más sencillo.

Holden rio, incrédulo.

—Nada de ciencia en las ruinas, Elvi. Que lo tiren y carguen agua y comida.

—Sirve para hacer agua —explicó ella.

—Podrían cargar... ¿Que hace qué?

—Que sirve para esterilizar y destilar agua —respondió Elvi, asintiendo como si así fuese a convencer antes a Holden—. Puede que lleguemos a necesitarlo. Ya sabes, para cuando se nos acaben los suministros.

—Sí —dijo Holden, que había pasado a sentirse como un idiota.

—Claro —afirmó ella con una sonrisa servicial.

—¡Amos! —gritó Holden. Cuando el grandullón llegó hasta donde se encontraban, Holden señaló a Elvi y dijo—: Busca a alguien para que te ayude y síguela. Hay una máquina enorme con la que necesitan ayuda.

—¿Una máquina? —Amos frunció el ceño—. ¿No debería ser agua o comida?

—Hace agua —respondieron Holden y Elvi al mismo tiempo.

Holden notó que el cielo había empezado a oscurecerse un poco. El sol aún brillaba en lo más alto. Era poco después de mediodía, recién entrada la tarde, pero la luz se estaba tornando rojiza y el mundo cada vez se oscurecía más, como si una preciosa puesta de sol estuviese a punto de empezar cinco horas antes de lo que debería. Aquello hizo que un escalofrío le recorriese la espalda.

—Venga, subid ahí —dijo Holden, dándole a Elvi un empujoncillo hacia las torres alienígenas—. Ya. Y dile a los tuyos que se den prisa.

La mujer no discutió. Se limitó a salir corriendo hacia el complejo científico de ECR. Alrededor de Holden, los colonos habían empezado a moverse más rápido, discutir menos y echar alguna mirada aterrorizada ocasional a los cielos.

Holden no había entrado en la estructura alienígena desde que había ido a investigar la escena del crimen. Le daba la misma sensación espeluznante e inhumana que le había dado Eros después de la infección o la Estación Anular que había en el centro de la red de puertas. Contaba con curvas y ángulos que le resultaban inapropiados pero que, al mismo tiempo, tenían una belleza insólita. Intentó imaginarse sin éxito para qué habrían usado aquellas estructuras los maestros de la protomolécula. No fue capaz de imaginarse el lugar lleno de máquinas como si fuese una fábrica, y tampoco como una vivienda, llena de muebles y objetos personales. Le daba la impresión de que a pesar de estar vacío aquel lugar cumplía la función que los alienígenas querían que cumpliera.

También era el lugar en el que Basia Merton y los demás habían ocultado los explosivos. El lugar en el que habían asesinado al equipo de seguridad. El lugar en el que se habían cometido los crímenes más sangrientos del planeta. Ese era el lugar al que se dirigían.

—Volved a contar —ordenó Carol Chiwewe a sus ayudantes—. ¿Quién falta? Descubrid quién falta.

No había dejado de contar a los colonos desde que había llegado, y no parecían dejar de llegar nunca. Siempre tenía que añadir más cada vez que llegaban los rezagados y los que se habían dirigido al lugar con más calma. Era una tarea imposible, pero Holden respetaba lo decidida que se la veía a que nadie se quedase atrás.

El equipo científico de ECR estaba hacinado en una esquina redondeada de la enorme sala principal del edificio. Elvi estaba con ellos. Varios científicos manipulaban una máquina gigantesca. Holden esperaba que la estuviesen preparando para purificar grandes cantidades de agua. Lucia deambulaba por la estancia acompañada de su hijo Jacek e intercambió un par de palabras con Elvi. Holden respiró aliviado al ver que ambos estaban allí. Seguro que Basia estaba muy preocupado en la *Rocinante*, y le alegraba poder informar al hombre de que su familia estaba lo más segura que se podía estar ahí abajo.

—Oye, capi —llamó Amos al salir de una habitación secundaria con una hilera de colonos detrás—. Tenemos un problema.

—¿Otro? ¿Peor que la tormenta apocalíptica que se nos viene encima?

—Supongo que podría decirse que está relacionado —respondió Amos—. Hemos hecho un recuento y al parecer falta la familia Dahlke.

—¿Nos hemos asegurado?

—Claro —respondió el mecánico con un encogimiento de hombros.

Carol les vio hablar y se acercó a ellos atravesando la estancia abarrotada.

—Seguros al cien por cien —apuntilló—. Clay Dahlke estaba en el pueblo buscando suministros cuando lo avisamos. Se marchó a buscar a su mujer y su hija, ya que viven en la casa más alejada del centro. Debería haber enviado a alguien para comprobar que habían salido, pero fui una estúpida...

—Tenías demasiadas cosas en las que pensar —la tranquilizó Holden—. ¿A cuánto tiempo de aquí está la casa de los Dahlke?

—A unos tres *klicks* —respondió Amos—. Estaba a punto de salir con ellos para ver si podíamos encontrarlos.

—Un momento —dijo Holden—. No tengo muy claro que puedas realizar un viaje de ida y vuelta de seis kilómetros en el tiempo que nos queda, y

menos aún si es para buscar a alguien.

—No voy a dejar a esa niña ahí fuera, jefe —explicó Amos. Se aseguró de mantener un tono de voz neutro, pero Holden notó cierto aire amenazador en sus palabras.

—De acuerdo —cedió—, pero al menos deja que llame a la *Roci* para que nos pongan al día.

—Claro —aceptó Amos sin problema—. Todavía estamos esperando a que nos traigan un poncho para llevárselo a la niña.

Holden salió de la estancia principal y atravesó un batiburrillo de habitaciones más pequeñas para intentar encontrar la entrada. El edificio alienígena era un laberinto de estancias y pasillos interconectados. Mientras lo recorría, sacó el terminal portátil.

—Alex, aquí Holden. ¿Estás ahí?

El sonido que emitió el terminal estaba lleno de estática debido a la alta ionización de la atmósfera, pero Holden consiguió entender al piloto a pesar de todo.

—Aquí Alex. ¿Qué necesitas?

—Que me pongas al día. ¿Cómo de cerca está?

—Jefe, solo tienes que mirar hacia el oeste. —El miedo era palpable en la voz del piloto incluso a pesar de la estática.

Holden salió por la entrada principal de la torre alienígena y miró el sol que se ocultaba poco a poco.

El horizonte estaba cubierto por un velo negro por todas partes. Se movía tan rápido que, a pesar de estar a decenas de kilómetros de distancia, a Holden le dio la sensación de que se abalanzaba sobre ellos como un acantilado turbulento lleno de relámpagos. El suelo tembló y se agitó bajo sus pies, y Holden recordó que el sonido se movía más rápido por las superficies sólidas que por el aire. La vibración que sentía bajo los pies era el sonido proveniente de esa furia, que recorría la tierra para advertirles de lo que se avecinaba. Luego oyó un estruendo que se originaba en el oeste.

—¿Qué pinta tiene? —Amos había llegado al vestíbulo y se estaba cargando a la espalda una pequeña mochila. Los colonos que iban con él se quedaron detrás con una mezcla de espanto y miedo en el rostro.

—Es demasiado tarde, grandullón —dijo Holden, que había empezado a negar con la cabeza sin dejar de mirar hacia el oeste.

No estaba seguro de si lo había dicho por los Dahlke o por todos los que estaban en el planeta.

Elvi

Cuando llegó, el frente de la tormenta al principio parecía desplazarse despacio, como un batir imponente y violáceo más alto que los rascacielos y que solo agitaba un poco de aire caliente. Pero luego, en un abrir y cerrar de ojos, impactó con virulencia. Aire, agua y barro atravesaron las ventanas, los arcos y los agujeros de las ruinas con la potencia de una manguera antiincendios. No fue un rugido, sino un bramido ensordecedor. Elvi se hizo un ovillo contra la pared de las ruinas, se rodeó las rodillas con los brazos y aguantó lo que pudo. La pared temblaba a su espalda y vibraba con cada uno de los embates del huracán.

Frente a ella, Michaela se había cubierto las orejas con las manos y gritaba con la boca muy abierta, aunque Elvi no consiguió oírla. Había supuesto que la lluvia sería fría, pero no lo fue. El lodo que cubrió el suelo de las ruinas estaba templado y era salado, lo que empeoraba aún más las cosas. Entrelazó los dedos y los apretó hasta que le dolieron los nudillos. El barro líquido lo cubrió todo, tanto, que el chorro hacía que les costase respirar. Alguien atravesó un arco a su izquierda, pero fue incapaz de saber quién era, igual que también era incapaz de detener la catástrofe que se desataba a su alrededor solo con su voluntad. Estaba segura de que las ruinas cederían, de que aquellas paredes antediluvianas se derrumbarían y tanto ella como el resto acabarían siendo pasto de la tormenta, aplastados, ahogados o ambas cosas. Solo le venían a la cabeza los momentos que había pasado en la lanzadera pesada, la confusión y el pánico que sintió cuando empezó a caer y las heridas producidas por el impacto. Era una situación parecida, pero se extendió tanto en el tiempo que Elvi llegó a echar de menos el impacto repentino del choque. El accidente al menos había tenido un final.

Sabía que era de día, pero las únicas luces que veía eran las de emergencia blancas y frías y la andanada constante de relámpagos que iluminaban rítmicamente las caras de la gente. Vio la de un joven que hacía gala de un rostro inalterable de resiliencia y sufrimiento. A un niño de no más de ocho años con la cabeza enterrada en el hombro de su madre. A Wei y Murtry con el uniforme, uno muy cerca del otro, como amantes, gritándose al oído para comunicarse y con las caras rojas por el esfuerzo. Los pronunciados cambios en la presión atmosférica eran invisibles, pero Elvi los sentía, como si la aquejara una enfermedad, como algo errático que se extendía por todo su cuerpo. No sabía a ciencia cierta si los temblores provenían de las paredes de las ruinas que sufrían la acometida de la tormenta, de terremotos o de la sobrecarga de su sistema nervioso.

La percepción del tiempo de Elvi cambió en un momento dado. No sabía si la tormenta llevaba desatada horas, días o minutos. Se encontraba paralizada. Era como si alguien la estuviese agrediendo y supiese que lo único que podía salvarla era la compasión del atacante. De vez en cuando recuperaba del todo la conciencia, pero luego volvía a ceder al estupor. A la conmoción. Quizá estuviese conmocionada. Sentía que se abandonaba a periodos de inconsciencia. Estaba acurrucada contra Favez y se aferraba a uno de sus hombros con ambas manos, pero no sabía cómo había llegado hasta allí. El lodo marrón y verduzco ya llegaba a la altura de los tobillos en todo el lugar. Elvi estaba cubierta de barro. Todos estaban cubiertos de barro.

«Cuando esto acabe, volveré a mi caseta, me daré un gran baño y dormiré una semana», pensó. Sabía que era ridículo. Tenía claro que su caseta no habría aguantado, igual que es imposible encender una cerilla bajo el agua, pero una parte de ella aún confiaba en dicha posibilidad. Notó casi al mismo tiempo un brillo cegador y el estallido de una detonación. Apretó los dientes, cerró los ojos y aguantó.

El primer cambio que sintió fue el llanto de un bebé. El sonido denotaba agotamiento. Se movió. Tenía la falda y las bragas húmedas y frías, y se le pegaban a la piel por el barro. Estiró el cuello e intentó ver de dónde provenía aquel ruido insoportable. Sintió el cambio en la base del cráneo antes incluso de saber lo que era, como si su mente hubiese sido presa de una latencia surreal y empezase a ser consciente de ello. Oyó al bebé llorando. Oyó algo indeterminado y no era la virulencia desatada de la tormenta. Intentó ponerse en pie, pero le fallaron las piernas. Se quedó de rodillas en el barro, se recompuso, cuadró los hombros y lo volvió a intentar. La lluvia atravesaba las ventanas de las ruinas, pero solo a unos veinte grados de inclinación. Eso sí,

no habían dejado de caer chuzos de punta de aquel cielo azabache. El viento soplaba y aullaba. En cualquier otro contexto, habría sido una experiencia aterradora. Tal y como estaban las cosas, era indicativo de que lo peor había pasado.

—¿Doctora Okoye?

La cara de Murtry estaba iluminada desde abajo, debido a la linterna de emergencia que le colgaba del hombro. Tenía la misma sonrisa educada que adornaba un rostro centrado y sobrio. La mente agotada de Elvi se preguntó si había algo capaz de atormentar el alma de aquel hombre y llegó a la conclusión de que quizá no lo había. Que el hombre fuese tan predecible solía ayudarlo a sentirse más segura, pero en aquel momento estaba demasiado agotada. Era incapaz de sentirse bien.

—¿Se encuentra bien, doctora? —preguntó el jefe de seguridad poniéndole la mano en el hombro.

Elvi asintió y, cuando el hombre fue a soltarla, ella se aferró a él.

—¿Cuánto queda?

—El frente pasó hace poco más de dieciséis horas —respondió Murtry.

—Gracias —dijo Elvi, que se giró hacia la ventana y hacia la lluvia. Los relámpagos aún iluminaban las nubes y se abalanzaban desde los cielos, pero con mucha menos intensidad. La luz mostraba un paisaje transformado: ríos que fluían donde ayer solo había un desierto cubierto por capas de arcilla. Las flores, o lo que ella pensaba que eran flores, habían quedado destrozadas. No quedaba ni una rama. No se imaginaba cómo podrían haber sobrevivido a aquello los lagartos mimos. O los animales parecidos a pájaros que ella tenía por gorriones chillones. Antes de que ocurriese la desgracia, tenía pensado ir al este de Primer Aterrizaje y recoger muestras del líquen rosado que se aferraba a las sombras por aquel lugar, pero seguro que ya no quedaba nada.

La sensación de pérdida le formó un nudo en la garganta. Había contemplado un ecosistema que no se parecía a nada que hubiese visto antes, una maraña de vida que había crecido apartada de todo lo que ella conocía. Sus grupos de trabajo y ella eran las únicas personas que habrían llegado a caminar en aquel jardín, un jardín que ahora había pasado a la historia.

—La naturaleza siempre se está recuperando del último desastre ecológico —afirmó. Era una perogrullada propia de los biólogos, y la dijo con el mismo tono con el que un creyente pronunciaría una oración. Para buscarle un sentido a lo que veía. Para consolarse. Para darle al mundo un sentido, un propósito, un significado. Las especies se desarrollaban en un medio

ambiente, y ese medio ambiente cambiaba. Era la naturaleza del universo y así había sido siempre, tanto allí como en la Tierra.

Sollozó en silencio, y las lágrimas se entremezclaron con la lluvia.

—Vaya, eso sí que no me lo esperaba —dijo Holden. Elvi se giró para mirarlo. La luz tenue de las ruinas hacía que su figura resaltara en tonos monocromáticos. Era una versión en sepia de James Holden. Tenía el pelo empapado y pegado a la cabeza y la nuca. El lodo le chorreaba de la camisa.

Elvi estaba demasiado agotada para disimular. Lo cogió de la mano y miró hacia el mismo lugar que él, hacia el fondo de las ruinas. Notó que la mano de Holden era recia y cálida, y aunque hubiese algo de duda y rigidez en sus movimientos, el hombre no se achantó.

Carol Chiwewe y otros cuatro okupas achicaban el barro de la tormenta por las ventanas con unos paneles de plástico duro de un color gris pálido que estaban manchados de tierra marrón verduzca. Detrás de ellos, había veinte o treinta okupas de Primer Aterrizaje hacinados en grupos bajo mantas. El equipo de seguridad de ECR deambulaba entre ellos dándoles botellas de agua y raciones empaquetadas en papel de aluminio. Fayez y Lucia estaba juntos de pie y hablaban animadamente. Elvi no distinguía las palabras.

—No veo nada —dijo Elvi—. ¿Qué es lo que no esperabas?

Holden le apretó los dedos y le soltó la mano. Elvi sintió que la suya se enfriaba.

—Ver a los tuyos ayudando a los cinturianos —dijo—. Supongo que los desastres son lo que más une a la gente.

—Eso no es cierto —negó Elvi—. Siempre estuvimos dispuestos a ayudar. Vinimos aquí para ayudar. No sé por qué todo el mundo piensa que somos tan horribles. No hemos hecho nada malo.

Su voz se quebró con la última palabra, y empezó a lloriquear. Se sentía ajena a su aflicción, como si la viese desde fuera. Luego, Holden le puso la mano en el hombro y fue entonces cuando la pesadumbre se apoderó de ella. La pena la recorrió de arriba abajo en un instante, como si hubiesen estallado en su interior tres relámpagos muy resplandecientes y repentinos y el trueno retumbara poco después en la distancia.

—Lo siento —dijo cuando al fin pudo hablar—. Esto ha sido... demasiado.

—No, yo soy el que debería disculparse —dijo Holden—. No quería que te sintieses peor, sino...

—Lo entiendo —respondió ella al tiempo que volvía a intentar cogerle la mano. A dejar que aquel hombre se burlara de ella. A dejar que le diese la

espalda. Ya no le importaba. Solo quería que la tocaran, que alguien se preocupase por ella.

—Oye, capi —llamó Amos saliendo de entre las sombras. Llevaba puesto un poncho de plástico de un color claro cuya parte superior estaba muy estirada para albergar los grandes hombros—. ¿Crees que estarás bien si me ausento un rato?

Holden dio un paso atrás para apartarse de Elvi. Ella sintió una rabia repentina e irracional hacia el grandullón por haber interrumpido su momento. Se mordió el labio y lo miró con el ceño fruncido. Amos no dio señal alguna de haberse dado cuenta.

—No tengo ni idea —respondió Holden—. No veo a la muerte acechándome ahora mismo. Más no te puedo decir.

—Bueno, me vale —dijo Amos—. ¿Recuerdas a los Dahlke, la familia que no llegó a tiempo antes de que nos cayese encima la de Dios es Cristo? Pues yo y varios más vamos a echar un vistacillo para ver si los encontramos.

Holden frunció el ceño.

—¿Estás seguro de que es buena idea? Está un poco mejor, pero todavía no ha escampado del todo. Estoy seguro de que ha caído más agua de la que este lugar ha visto en toda su historia. Seguro que hay muchas inundaciones y, a la mínima que algo se tuerza, no vamos a poder ayudarlos.

—Tienen una niña pequeña —explicó Amos. Ambos intercambiaron miradas significativas que cargaban con las palabras de alguna conversación anterior. Elvi se sintió rara, como si contemplase la discusión de dos miembros de una familia que se comunican a medias debido a la familiaridad.

—Ten cuidado —zanjó Holden un rato después.

—Me pides demasiado, pero haré lo que pueda.

Wei se acercó a ellos. Se había quitado la armadura, pero aún llevaba un rifle automático colgando de la espalda. Saludó con la cabeza a Amos.

—He conseguido a algunos más que quieren apuntarse.

—A mí no me importa si a ti no te importa —explicó Amos. Wei asintió. En sus ojos había una lobreguez que parecía rivalizar con la de Amos.

Elvi echó un vistazo alrededor. Había una media docena de personas forcejeando para ponerse el mismo poncho que llevaba Amos. Entre el destrozo y la oscuridad, era difícil distinguir a los okupas de los de ECR. También a los terrícolas de los cinturianos. Elvi no sabía si se debía a la poca luz o a que algo había empezado a cambiar en las profundidades de su mente para hacer que todo lo que tuviese apariencia humana le resultara más familiar. Sabía que el cerebro podía llegar a afectar así a la percepción.

Vio que Favez se encontraba entre ellos y notó un regusto metálico en la boca debido al miedo.

—Un momento —dijo, acercándose al grupo—. Favez, espera. ¿Qué haces?

—Echar una mano —dijo—. Y también salir un rato de esta lata de sardinas. Me había acostumbrado a tener un poco de espacio y estar aquí entre tanta gente me ha terminado agobiando.

—No puedes ir. Es peligroso.

—Lo sé.

—Tienes que quedarte —dijo al tiempo que lo agarraba por el poncho y tiraba de él para intentar volver a sacárselo por encima de la cabeza—. Iré yo.

—Elvi —advirtió el hombre—. ¡Elvi! Para ya.

Elvi se había aferrado al plástico del poncho, que ya había empezado a mojarse debido a la lluvia.

—Deja que vayan ellos —dijo—. Son profesionales y se encargarán de todo. Nosotros... los que son como nosotros...

—Hemos llegado a un punto en el que no podemos marcarnos diferencias, Elvi. No somos más que personas que intentan superar un mal trago —explicó Favez. Un momento después añadió—: Ya sabes lo que soy.

—No. No, eres un buen hombre, Favez.

Él ladeó la cabeza.

—Me refería a que soy geólogo, y tampoco es que necesiten de mis conocimientos sobre placas tectónicas. ¿A qué te referías tú?

—Bueno. Yo...

—Venga, profesor —dijo Wei al tiempo que le daba un toque a Favez en el hombro—. Hora de dar un paseo.

—¿Cómo negarme? —dijo Favez quitándole con cuidado el poncho de plástico de las manos a Elvi. La mujer se quedó mirando como los seis se dirigían juntos a la entrada: Amos, Wei, Favez y otros tres okupas. No, dos okupas y Sudyam, con luces químicas de un solo uso resplandeciendo en las manos. Fue así como penetraron en el vendaval. Los miró por la ventana e ignoró la lluvia que la empapaba. Amos y Wei iban delante, con la cabeza gacha y los ponchos revoloteando al viento detrás de ellos. Los otros los seguían de cerca, agrupados como patitos. La noche que los rodeaba era oscura y virulenta, y atravesaron el chaparrón y se perdieron en la distancia hasta que Elvi dejó de verlos. Se quedó en la ventana un rato más, agotada y con la mente en blanco.

Encontró a Lucia y a Jacek en una de las salas grandes. Dos cinturianos se afanaban por colocar un gran panel de plástico sobre una de las ventanas para bloquear la lluvia, ahora que el viento no soplaba con tanta fuerza y no había peligro de que quedase hecho trizas. Otras seis personas achicaban el barro. Habían conseguido sacar tanto lodo que Elvi ya veía en el suelo franjas del color pálido de las ruinas. Había gente durmiendo por todas partes, acurrucados unos contra otros. El ruido de la tormenta aún era suficiente para ahogar sus quejidos. La mayoría.

Lucia levantó la cabeza para mirar a Elvi. La mujer parecía haber envejecido una década, pero consiguió sonreírle. Elvi se sentó junto a ella. Ambas estaban cubiertas por un lodo salado que empezaba a oler un poco mal. A podrido o algo similar. Todas las pequeñas formas de vida que habitaban el gran océano del planeta y habían salido despedidas hacia los cielos empezaban a pudrirse. Le rompió el corazón pensar en la cantidad de muerte que las rodeaba, así que no le dio muchas vueltas.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Lucia.

—Venía a decirte lo mismo —respondió Elvi—. Dime qué puedo hacer por ti.

La noche larga y terrible continuó, y la lluvia solo amainó un poco. La luz no atravesaba las nubes. No vieron ningún arcoíris que indicara que aquel desastre había llegado a su fin. Elvi iba de un grupo a otro, hablaba y comprobaba qué tal estaban. Algunos eran okupas, otros de ECR. Todos tenían la misma expresión estupefacta y estaban sorprendidos de seguir vivos. El olor del barro cada vez era más penetrante y más pungente a medida que las estructuras orgánicas que formaban parte de él se descomponían. Elvi odiaba imaginarse lo apestoso que acabaría el mundo cuando cayeran las últimas lluvias y el sol volviese a calentar la tierra, pero ya habría tiempo de preocuparse de eso más adelante.

Se quedó dormida, pero no sabría decir cuándo. Estaba en la ventana, mirando afuera con la esperanza de ver regresar a la partida de búsqueda. Recordaba con mucha claridad haber oído la voz de Holden detrás de ella y cómo una mujer le respondía algo. Quiso darse la vuelta para verlo y preguntarle si podía ayudar en algo, si podía hacer algo para no quedarse quieta y evitar pensar o sentir nada durante una hora más. Pero acabó despertándose sin saber muy bien cómo se había quedado dormida.

Por un instante, no recordó dónde se encontraba. Su mente agotada intentó engañarla y hacerle pensar que estaba en su pequeño camarote de la *Israel*, como si aún estuviesen de camino a Nueva Terra. Como si nada de aquello hubiese ocurrido. Poco después, recuperó el sentido.

Estaba en la esquina de una estancia pequeña. A su alrededor, había ocho personas más tumbadas por el suelo embarrado que usaban los brazos de almohada. Uno de ellos roncaba, y había alguien apoyado contra ella. Un relámpago iluminó el paisaje en la distancia, y vio que a quien tenía al lado era a Favez. El trueno llegó poco después y se oyó a lo lejos. Luego solo quedó el repiqueteo de la lluvia. Tocó el hombro de su compañero y lo agitó un poco con suavidad.

El hombre gruñó y se movió. Aún tenía puesto el poncho, que crujió con el movimiento.

—Vaya. Buenos días, doctora Okoye —dijo—. Esperaba verla por aquí.

—¿Lo son?

—¿Que si son qué?

—Buenos días.

El hombre suspiró en la oscuridad.

—La verdad es que no creo ni que sea de día.

—¿Los encontrasteis?

—No encontramos nada.

—Lo siento.

—Nada de nada. Ya no hay casetas ni Primer Aterrizaje. Los pozos mineros han quedado enterrados o la orografía ha cambiado tanto que no hemos sido capaces de encontrar la entrada. Tampoco hay senderos.

—Hala.

—¿Sabes esas fotografías de desastres naturales en las que solo se ven barro y escombros? Pues imagínate lo mismo pero sin los escombros.

Elvi se tumbó.

—Lo siento.

—Haber perdido solo a esa gente ya es un milagro de por sí. Hemos conseguido conectarnos con la *Israel* y los datos atmosféricos indican que vamos a estar un tiempo sin ver la luz del sol. No han pronunciado las palabras «invierno nuclear», pero creo que las cosas por aquí van a ser muy similares a uno, al menos durante un tiempo. Contamos con las baterías que bajamos a la superficie, pero nada de hidroponía. La única agua potable que vamos a ver será la que podamos sacar del equipo químico. Esperaba que

algunos de los almacenes aún siguieran en pie, la verdad es que algunos parecían muy resistentes.

—Bueno, hay que mirarlo por el lado bueno.

—¿Te he dicho alguna vez que admiro lo psicótico de tu optimismo?

—Lo digo en serio. Míranos. Has salido ahí fuera con Amos, Wei y los lugareños. Todos juntos. Trabajando juntos. Nos estamos preocupando los unos por los otros. Quizá sea esto lo que necesitábamos para que se terminase la escalada de violencia. Antes había tres bandos, pero ahora solo hay uno.

Fayez suspiró.

—Es cierto. No hay nada que una más a los humanos que un desastre natural. O cualquier desastre, a secas. No creo que haya nada ni remotamente natural en esta pelota de barro de planeta.

—¿Ves? Hay un lado bueno —dijo Elvi.

—Sí que lo hay —admitió Fayez. Un momento después añadió—: ¿Qué te apuestas a que no dura más de cinco días?

Holden

De pequeño, Holden había visto las secuelas de un tornado. Eran poco frecuentes en las llanuras de Montana en las que había crecido, pero no del todo inauditos. En una ocasión, uno se había acercado a un centro comercial que se encontraba a unos kilómetros de la granja de su familia, y los lugareños se habían reunido para ayudar con la limpieza posterior. Su madre Tamara lo había llevado con ella.

El tornado había azotado el mercadillo de agricultores que había en el centro del complejo y obviado por completo el supermercado y la gasolinera que había a ambos lados. Era como si el mercadillo hubiese quedado aplastado bajo un puño gigantesco: el techo había quedado tirado en el suelo y las paredes destrozadas. Los contenidos del lugar habían quedado desperdigados a lo largo de cientos de metros alrededor del punto de impacto, como si hubiesen volado debido a un molinillo gigantesco. Aquella fue la primera experiencia del joven Holden con la rabia desatada de la naturaleza y, durante años, había tenido pesadillas en las que varios tornados destrozaban su casa.

Lo que veía ahora era peor.

Holden se encontraba en pie en lo que el terminal portátil le aseguraba que había sido el centro de Primer Aterrizaje mientras la lluvia incesante repiqueteaba contra el plástico de su poncho. Se giró despacio. A su alrededor no había nada excepto una gruesa capa de barro por la que discurrían algunos riachuelos. No había edificios aplastados. No había escombros desperdigados por el suelo. Era del todo posible que los restos de Primer Aterrizaje se encontraran a cientos o incluso a miles de kilómetros de distancia debido a la furia y la duración de los vientos. Los colonos nunca podrían reconstruir el lugar. No había nada que reconstruir.

Varios haces de luces danzaron entre las nubes espesas que cubrían los cielos y, un segundo después, se oyó el retumbar de un trueno similar al de una andanada de cañonazos. La lluvia se intensificó, la visibilidad se redujo a unas pocas decenas de metros y unos pequeños riachuelos de agua empezaron a discurrir por el suelo embarrado.

—Diría que esto ha quedado hecho un desastre, pero la verdad es que en realidad el lugar ha quedado limpísimo —dijo Amos—. Nunca había visto algo así, capi.

—¿Y si vuelve a ocurrir? —preguntó Holden, tiritando debido a ese pensamiento o al agua helada de lluvia que le resbalaba por la espalda.

—¿Crees que esas cosas pueden hacer explotar de nuevo algo con esa potencia?

—Todavía no sabemos ni a qué se debe la primera explosión.

—Cierto —admitió Amos con un suspiro—. Un enorme reactor de fusión, quizá. Alex me ha puesto al día y dice que del lugar de la explosión emana un montón de radiación.

—Parte de ella volverá a caer con la lluvia.

—Parte.

El barro a los pies de Amos se movió, y una diminuta criatura parecida a una babosa se abrió paso hasta la superficie, desesperada por sacar la cabeza del agua. Amos le dio una patada sin pensar, y el bicho acabó arrastrado por la corriente de uno de los arroyos cercanos.

—Se me está acabando la medicación para el cáncer —dijo Holden.

—Pues la lluvia radiactiva no te va a venir bien.

—Eso pensaba. También será mala para los colonos.

—¿Tenemos un plan? —preguntó Amos. Por su tono, dio a entender que no esperaba respuesta alguna.

—Salir de este infierno de planeta antes de la siguiente catástrofe.

—De putísima madre —respondió Amos.

Regresaron a pie a las torres alienígenas, cruzando el barro espeso y en ocasiones teniendo que saltar sobre arroyuelos recién formados por los que discurría mucha agua. El suelo estaba lleno de pequeños agujeros por los que unas babosas de color vistoso habían conseguido salir a la superficie, y unos rastros de baba se extendían en todas direcciones por los lugares por los que esas criaturas se acababan de arrastrar.

—Es la primera vez que las veo —dijo Amos al tiempo que señalaba a otra de ellas que avanzaba por el suelo húmedo. No eran mucho mayores que el pulgar de Holden, y no tenían ojos.

—Seguro que es por culpa de la lluvia. Antes era un lugar muy árido, y está claro que ahora hay mucha vida subterránea que se está ahogando. Al menos estas cosas tienen una manera de escapar.

—Sí —dijo Amos frunciendo el ceño al ver otra—, pero es que son un asco, joder. Como una cosa de esas acabe en mi saco de dormir me voy a cabrear mucho.

—Qué valiente, grandullón.

Como si hubiese oído las quejas de Amos, el suelo se movió y docenas de babosas salieron juntas a la superficie. Amos arrugó la nariz por el asco y se abrió paso a través de ellas intentando no mancharse las botas de baba. Los rastros que dejaban a su paso desaparecían pronto arrastrados por la lluvia.

El terminal portátil de Holden emitió un sonido. El capitán lo sacó y se encontró con un mensaje descargado. El terminal llevaba horas intentando conectarse a la *Roci*. Al parecer, la tormenta había amainado el tiempo suficiente como para enviar y recibir datos.

Intentó abrir un canal con Alex, pero se topó con el restallido de la estática. Había pasado su oportunidad y no la había aprovechado, pero el hecho de que hubiese momentos en los que era posible comunicarse era indicativo de que pronto todo volvería a la normalidad. Mientras, tendría que seguir enviando mensajes con la esperanza de que atravesaran el bloque atmosférico en algún momento.

Las noticias que le habían llegado venían en formato de mensaje de voz. Se puso el auricular en el oído y pulsó el botón de reproducción.

—Esto es un mensaje de Arturo Ramsey, abogado principal de Energías Carta Real, para el capitán James Holden.

Holden había enviado varias solicitudes a los vicepresidentes y los miembros de la junta de ECR para que liberasen a Naomi. Que la respuesta fuese de uno de los principales abogados de la empresa no era buena señal.

—Capitán Holden —continuó el mensaje—, Energías Carta Real se ha tomado muy en serio su solicitud de liberar a Naomi Nagata de la *Edward Israel*. No obstante, la situación legal en la que nos encontramos es, como poco, muy turbia.

—Cómo que turbia, joder, que soltéis a mi segunda de a bordo, pedazo de cabrones petulantes —murmuró Holden enfadado. Al ver la mirada inquisitiva de Amos, negó con la cabeza y siguió con el mensaje.

—Hay una investigación en curso, por lo que nos tememos que tenemos que hacer caso de las recomendaciones del equipo de seguridad que se

encuentra en la zona y mantener a Naomi Nagata bajo custodia. Esperamos que entienda lo delicado...

Holden detuvo el mensaje, disgustado. Amos arqueó una ceja.

—Era el capullo del abogado de ECR diciéndonos que van a dejar a Naomi bajo custodia —explicó Holden—. Que tienen que hacer caso a las recomendaciones del equipo de seguridad que tienen aquí.

—De Murtry —gruñó Amos.

—¿Quién si no?

—Todavía me pregunto por qué no me has dejado tomar cartas en el asunto, capi —dijo Amos.

—Porque ahora que ha ocurrido esto —dijo Holden al tiempo que hacía un ademán con el brazo para señalar el barro, la lluvia y los gusanos que los rodeaban—, tenemos un trabajo que hacer y no nos vendría nada bien asesinar al jefe de seguridad de ECR.

—Aun así, me hubiese gustado mucho. Por ver qué pasaría.

—Bueno, amigo mío, puede que dentro de poco tengas la oportunidad —dijo Holden—, porque estoy a punto de ordenarle hacer algo que no le va a gustar nada.

—Vaya —dijo Amos con una sonrisa en el gesto—. Genial.

Cuando volvieron a las ruinas, el campamento era un caos. La gente intentaba espantar algo frenéticamente fuera de la entrada de la torre con mantas, palos y cualquier otro instrumento improvisado. Un grito de amargura surgió del interior de la estructura, como si alguien fuese presa de un dolor agónico.

La doctora Okoye los vio llegar desde la entrada de la torre y corrió hacia ellos.

—Capitán, tenemos un problema muy grave. —Antes de que Holden pudiese responder, la doctora le dio una patada a uno de los gusanos y pegó un gritito—. ¡Cuidado!

Holden la había visto capturar y sacrificar a un buen número de ejemplares de la fauna local durante las últimas semanas, y nunca se había puesto tan aprensiva. No sabía por qué unos pocos gusanos babosos podían llegar a afectarla tanto.

—¿Qué pasa? —preguntó Holden cuando la mujer había terminado de darle patadas a las babosas que tenía alrededor.

—Ha muerto un hombre —respondió—. El que estaba casado con el hombre y la mujer que se encargaban de los carritos. El alto. Beth creo que se llama la mujer. Es la que está gritando ahora mismo.

—¿Y eso qué tiene que ver con los gusanos?

—La baba que segregan es una neurotoxina —respondió Elvi con los ojos abiertos como platos—. Ese hombre la tocó y se quedó paralizado casi al instante. Le ha provocado una insuficiencia respiratoria. Uno de los gusanos había empezado a escalar por la pared junto a la que dormía y lo cogió para tirarlo fuera. Murió antes de darse cuenta de lo que le pasaba.

—Por Dios —exclamó Amos sin dejar de mirar a los gusanos que tenían alrededor con una mezcla de asco y respeto.

—¿Será un mecanismo de defensa? —preguntó Holden.

—No lo sé —respondió Elvi—. Puede que la baba solo lo ayude con el movimiento, como a las babosas de la Tierra. También puede que no sea tóxica para el resto de las formas de vida de Nueva Terra. Nunca las hemos visto antes. ¿Cómo íbamos a saberlo? Si aún conservase mi equipo podría enviar los datos y un mensaje a la Luna, pero...

Elvi empezó a aumentar el volumen de la voz a medida que hablaba. Terminó con los ojos anegados en lágrimas.

—Tienes razón —dijo Holden—. Ha sido una pregunta estúpida. No importa.

—¿Dónde está Murtry? —preguntó.

—Dentro, organizando grupos para sacar a todas las babosas de la estructura.

—Venga, Amos —dijo Holden—. Cambio de prioridades.

Dentro, había tanto miedo en el ambiente que casi se podía oler. La mitad de los colonos iba de un lado para otro y fabricaba artefactos improvisados para sacar de allí a las babosas y limpiar el lugar. La otra mitad estaba sentada en el suelo, muchos de ellos envueltos en mantas, con expresiones vacías en el rostro. La amenaza que la mente humana era capaz de procesar tenía un límite, y dicho límite era diferente para cada persona, por lo que no podían culpar a los que habían quedado destrozados por los acontecimientos que habían tenido lugar durante las últimas treinta horas. Lo sorprendente era que no le hubiese pasado lo mismo a todos.

A Holden le sorprendió ver a la mujer y al hijo de Basia ocupados y trabajando con los equipos científicos de química.

—Doctora Merton —saludó con una sonrisa pesarosa en el rostro.

—Capitán —saludó ella. La sonrisa que le devolvió la mujer era endeble, y agotada. Era la única doctora de la colonia y había tenido un día muy largo.

—Me he enterado de lo de la muerte —empezó a decir Holden, pero la mujer lo interrumpió con un fuerte asentimiento y señaló el equipo de análisis químico.

—Estamos analizando la toxina ahora mismo —dijo—. Es poco probable que con el equipo que tenemos aquí podamos fabricar alguna sustancia que nos ayude, pero lo vamos a intentar.

—Gracias por el esfuerzo —dijo Holden—, aunque espero que no haga falta.

—¿Nos van a obligar a marcharnos? —preguntó la mujer. Su lánguida sonrisa se había convertido en triste resignación—. Después de lo que ha ocurrido...

—Quizá no tengan que marcharse para siempre —respondió Holden al tiempo que apoyaba las manos en los hombros de la doctora. Estaba muy delgada.

La mujer asintió despacio mientras miraba a la gente sucia y asustada que tenían alrededor.

—No me voy a oponer. No nos queda nada por lo que luchar.

«Bueno —pensó Holden—. Hay gente que siempre encuentra razones para oponerse. Y ahora que lo dice...».

—Tengo que encontrar a Murtry.

Lucia señaló una abertura que había detrás de ella, y Holden se dirigió hacia allí no sin antes darle un último apretón en los hombros y dedicarle lo que esperaba que hubiese parecido una sonrisa alentadora.

Murtry estaba acucillado y miraba algo en el suelo de la estancia contigua. Wei estaba a su lado, con la nariz arrugada por el asco y el rifle en las manos.

—Wei —saludó Amos con un gesto de la cabeza.

—Amos —saludó la oficial de seguridad esbozando una sonrisa.

Holden se preguntó a qué había venido eso. No estarían enrollados, ¿no? ¿De dónde habrían podido sacar el tiempo para enrollarse? Aunque no le cabía duda que compartían alguna clase de broma privada.

—Capitán Holden —saludó Murtry al tiempo que se ponía de pie y sin darle más tiempo a pensar en los flirteos entre Amos y Wei. Detrás del jefe de seguridad, en el suelo, había un cuenco de plástico transparente al revés que habían usado para atrapar a una de las babosas. La criatura frotaba la cabeza puntiaguda y sin ojos contra las paredes de la prisión.

—Veo que ha hecho un amigo —dijo Holden señalando la babosa.

—Dicen que tienes que conocer a tu enemigo —respondió Murtry.

—Se dicen muchas cosas.

—Sí. Eso es verdad. ¿Cómo ha ido el reconocimiento?

—Tal y como usted esperaba —respondió Holden—. Los primeros informes son correctos. No ha quedado ni una estructura en pie. Ni los escombros siquiera. Se han perdido todos los suministros de la colonia. Podemos potabilizar el agua del suelo hasta que el laboratorio químico se quede sin suministros, pero la de lluvia es radiactiva y seguro que tiene microorganismos.

—Muy bien —dijo Murtry al tiempo que se rascaba la oreja con una uña larga—. Entonces se podría decir que la colonia de insurgentes ha quedado inutilizada, ¿verdad?

—Tampoco es algo de lo que alegrarse.

—Pediré que un equipo de rescate baje a la superficie tan pronto como vuelvan a funcionar las comunicaciones. ECR estará encantada de compartir los suministros con los refugiados.

—Qué magnánimos —dijo Holden—. Por cierto, yo necesito que ECR me haga un gran favor.

—Vaya —dijo Murtry dedicándole una sonrisa—. ¿Ah, sí?

—Sí. Venga, llame a esa lanzadera con suministros. La evacuación va a llevar algo de tiempo y nos harán falta muchas medicinas, comida y refugio para mantener a esas personas sanas y salvas hasta que todos podamos salir de este planeta.

—¿Todos? Me da la impresión de que habla como si fuese usted el que nos está haciendo un favor, capitán.

—No he terminado —dijo Holden dando un paso al frente para acercarse deliberadamente a Murtry. El de seguridad se envaró, pero no se apartó—. Cuando zarpe la lanzadera, quiero que saquen de aquí a algunos de los colonos. A los enfermos y a los más vulnerables primero. Y, tan pronto como los suyos vuelvan a convertir la bomba que han creado ahí arriba en la lanzadera que era, me gustaría que también se usase para la evacuación. Le daré las mismas órdenes a la *Barbapiccola* y a la *Rocinante*. Nos largamos de este planeta. Y si no puedo embutir a todo el mundo en la *Rocinante*, la *Barb* y la *Edward Israel* llevarán al resto de las personas.

A Murtry se le congeló la sonrisa en el rostro.

—¿Lo ha pensado bien?

—Muy bien.

—No entiendo por qué la nave que trajo aquí a los okupas no podría también llevárselos a todos —comentó el de seguridad.

—Primero, porque ya no tienen tanto espacio —empezó explicar Holden.

—Pues que descarguen el mineral que han robado ilegalmente de este planeta —espetó Murtry.

—Y segundo —continuó Holden como si el hombre no le hubiese interrumpido—, porque la nave tiene muy pocos suministros y no voy a meter en ella a cientos de personas que puede que no lleguen vivas a Medina. Dudo que ECR se niegue a ayudar en una crisis humanitaria. Y si llega a hacerlo, estoy seguro de que le dará muy mala prensa.

Murtry avanzó hacia Holden como respuesta, cruzó los brazos y su sonrisa se tornó en un fruncimiento de ceño con el que también era imposible adivinar qué le pasaba por la cabeza.

«El plan B es hacer que Amos te mate ahora mismo y coger lo que me dé la gana cuando ataque la lanzadera», pensó Holden mientras se esforzaba por que aquellas palabras no se reflejaran en su expresión.

Como si hubiese sentido lo que pensaba el capitán, Amos dio un paso al frente y llevó una mano a la empuñadura de la pistola. Wei se movió a su derecha sin soltar el rifle.

«Estamos muy cerca de que todo se vaya a tomar viento», pensó Holden. Pero no se achantó. No podía hacerlo ahora que la vida de cientos de personas dependía del resultado de aquella confrontación. Wei carraspeó. Amos le dedicó una sonrisa. Murtry ladeó la cabeza y frunció aún más el ceño.

«Ahí va», pensó Holden, quien reprimió la necesidad de tragar la saliva que se le había acumulado en la boca.

—Claro —aceptó Murtry—. Encantados de ayudar.

—Vaya —respondió Holden.

—Tiene razón. No podemos dejarlos aquí —continuó Murtry—. Y no hay sitio para ellos en ninguna otra parte. Tan pronto como vuelvan las comunicaciones, ordenaré a la *Edward Israel* que se prepare para recibir pasajeros.

—Eso sería maravilloso —dijo Holden—. Muchas gracias.

—Doctora Okoye —saludó Murtry. Holden se dio la vuelta y vio que la pequeña científica acababa de entrar esbozando esa sonrisa incierta tan suya.

—Perdón por interrumpir —dijo—, pero venía a avisar de que hemos conseguido arreglar la radio. Ya nos hemos puesto en contacto con la *Israel*, y me había dicho que lo avisara tan pronto como lo consiguiésemos.

—Gracias —dijo Murtry, que la siguió fuera de la estancia. El jefe de seguridad hizo una pausa como si hubiese recordado algo de improviso y se giró hacia Holden—. Sabe que todo esto es culpa de esos que bajaron aquí para levantar un barrio de chabolas, ¿verdad? Nosotros traíamos estructuras mucho más resistentes en la lanzadera pesada. Todo esto podría haberse evitado.

Holden hizo un amago de responder, pero fue Elvi la que habló:

—Lo siento, pero no. Admito que me sentó muy mal que perdiésemos la cúpula de aislamiento y las estructuras permanentes, pero registramos rachas de viento de más de trescientos setenta kilómetros por hora. Nada de lo que traíamos podría haber resistido algo así.

—Gracias por corregirme, doctora Okoye —dijo Murtry sin dejar de sonreír pero apretando los labios—. Vayamos a hablar con la nave, ¿le parece?

Elvi parpadeó sorprendida cuando Murtry se había marchado.

—¿Se ha enfadado conmigo?

—Mira, chica —dijo Amos dándole una palmadita en la espalda—, lo único que puede significar eso es que no eres gilipollas.

Havelock

Después de perder contacto con Murtry, Havelock había intentado dormir. Debería haber dormido. No podía hacer nada. Aún no. No hasta que todo terminase. Flotó en su asiento, y los amarres lo mantuvieron centrado sobre el gel mientras su conciencia empezaba a desvanecerse. Pero su mente no le dejó descansar. ¿Seguirían vivos ahí abajo? ¿Qué pasaría si la explosión solo era la primera de muchas? ¿Y si el planeta explotaba y se llevaba por delante la *Israel*? ¿Debería Marwick haber llevado la nave a una órbita más alta? ¿O haberla alejado del todo del planeta? Y si la *Barbapiccola* intentaba hacer lo mismo, ¿qué harían ellos? Se suponía que no podía dejarla salir de órbita con ese cargamento de litio sin refinar que pertenecía a ECR.

Volvió a cerrar los ojos, pero los abrió tan pronto como dejó de pensar en cerrarlos. Tres horas después, se desamarró y fue al gimnasio. Sus músculos atrofiados por la flotación se quejaron con cada una de las máquinas, y abrió una pantalla para no perder de vista el planeta. El contorno de Nueva Terra había desaparecido. Todo el planeta había quedado cubierto por el gris liso y uniforme de las nubes que ocultaban el desastre que había al otro lado. Después de la sesión de ejercicio, Havelock se duchó, se puso un uniforme limpio y se dirigió a su despacho. Su cola de mensajes entrantes estaba llena de solicitudes de información de todas las empresas de noticias existentes, e incluso dudaba que varias de ellas fuesen reales. Las reenvió todas a la sede central de ECR en la Luna. Que respondiesen ellos si querían. Ahora mismo, tenían la misma información que él.

Comprobó las comunicaciones con el planeta, pero la señal no conseguía atravesar la capa de nubes. Lo comprobó una y otra vez, pero el planeta gris estaba en silencio.

—¿Sabes algo? —preguntó la prisionera.

—Nada —respondió Havelock. Luego añadió—: Lo siento.

—Yo también —dijo la mujer—. Seguro que están bien.

—Eso espero.

—¿Estás bien tú?

Havelock se giró para mirarla. Parecía muy tranquila para tratarse de una saboteadora detenida que llevaba varios días en esa celda. Hasta daba la impresión de que aquella situación la entretenía. Él le devolvió la sonrisa.

—Puede que esté un poco estresado —respondió.

—Normal. Lo siento.

—No es culpa tuya —explicó Havelock—. Tú no eres la que tiene la sartén por el mango.

—¿Y acaso hay alguien que tenga la sartén por el mango tal y como están las cosas? —preguntó Naomi, y en ese momento otro hombre carraspeó detrás de Havelock.

Se giró en el asiento entre el siseo de los cardanes para mirar hacia la escotilla, donde flotaba el jefe de ingeniería. Llevaba el brazalete de la milicia sobre la manga de su uniforme.

—¿Qué tal, jefe? —dijo impulsándose dentro de la estancia—. Me preguntaba si podíamos hablar. A solas, mejor.

—Si quieres puedes activar los controles de privacidad —dijo Naomi—. Aunque lo oiría todo igual.

Havelock se desamarró y se impulsó lejos del asiento.

—Volveré —dijo por encima del hombro.

—No tengo intención de moverme —dijo Naomi.

La cafetería estaba patas arriba. El jefe de ingeniería sirvió dos burbujas de café, para Havelock y para él. Flotaron juntos hasta llegar junto a una mesa atornillada a la cubierta. La fuerza de la costumbre.

—Pues hemos estado hablando —empezó a decir el jefe de ingeniería Koenen—. Sobre lo ocurrido.

—Normal. Yo tampoco he podido dejar de pensar en ello.

—¿Hay manera de saber si ha sido... algo natural?

—Mi apuesta es que sin duda no lo es —respondió Havelock con una sonrisa funesta. La expresión del jefe de ingeniería se ensombreció, pero él siguió hablando—. Aunque quizá dependa de a qué se refiere con «natural». ¿Le preocupa algo?

—No quiero sonar paranoico. Es que ha ocurrido en un momento muy oportuno, cuando los chicos, usted y yo pillamos al mediador con las manos

en la masa y metimos a esa zorra en el calabozo. Poco después, ocurre este desastre sin venir a cuento y todo el mundo se centra en él.

Havelock le dio un sorbo al café.

—¿Qué me está diciendo, jefe? ¿Que fue provocado?

—Esos okupas llegaron allí antes que nosotros. No sabemos lo que encontraron y puede que no nos lo hayan dicho. Después está Holden, que trabajó para la APE. Para el puto Fred Johnson, ¿no? Joder, es que encima todo el mundo dice que se está tirando a esa cinturiana que tenemos ahí encerrada. No es leal a la Tierra. Y también fue el que entró y salió de esa cosa alienígena alrededor de la que flota la estación Medina, sea lo que sea. Me he puesto a seguir algunos canales independientes. ¿Recuerda los marines marcianos que entraron a ese lugar para capturarlo? Pues les han pasado cosas muy raras a todos después de aquello.

—¿Cómo que cosas muy raras?

Los ojos del jefe de ingeniería resplandecieron cuando se inclinó hacia delante, una postura íntima y cómplice que era normal en gravedad. Durante la siguiente media hora le explicó media docena de incidentes muy extraños. Una de los marines había muerto a causa de una embolia durante una gran aceleración justo antes de hablar con su primo, que era presentador de un canal de noticias muy popular. Otro había dejado el ejército y no quería hablar de nada de lo ocurrido. Ciertos rumores decían que había un informe secreto que sugería, con todo tipo de detalles, que James Holden había muerto en la estación y que habían visto aparecer a un doble. Tiene sentido cuando uno se fijaba en el resto de los cambios que la protomolécula podía hacer al cuerpo humano. Seguro que no le costaba nada recrear uno desde cero. Ese informe nunca se había hecho público, y la gente que lo había leído había sido objeto de campañas de descrédito.

Havelock se bebió el café mientras escuchaba, asintiendo y haciendo alguna que otra pregunta ocasional, sobre todo en relación con las fuentes de información que comentaba el jefe de ingeniería. Al terminar, le prometió que investigaría el caso y luego volvió flotando a su escritorio. Vio en las lecturas que el planeta aún seguía cubierto por las nubes.

—¿Todo bien? —preguntó Naomi.

—Sí, todo bien —respondió Havelock. Un momento después añadió—: Solo gente asustada intentando encontrar una versión de los hechos en la que alguien tenga el control de la situación.

La mujer rio entre dientes.

—Sí. A mí me pasa lo mismo.

—¿A ti? ¿Y qué haces en esos casos?

—Pues me muerdo las uñas y rezo —respondió—. Sobre todo rezo.

—¿Eres religiosa?

—No.

—¿Sois Holden y tú espías alienígenas de incógnito que han hecho estallar el planeta como parte de una conspiración cinturiana para distraer a los medios de comunicación?

Naomi rio con ganas.

—Vaya, nos has pillado. Lo siento mucho.

Havelock también rio, y se sintió un poco culpable por hacerlo. Koenen era uno de los suyos. Naomi Nagata era una sabotadora y el enemigo. Aun así, la situación era desternillante y no tenía a nadie más con quien hablar.

—No pasa nada. Siempre surgen teorías conspirativas cuando la gente se da cuenta de que el universo es demasiado aleatorio y absurdo. Si todo forma parte de la conspiración de un enemigo, al menos hay alguien a quien culpar.

—Los cinturianos.

—En este caso sí.

—¿Van a entrar aquí por la fuerza y tirarme por una esclusa?

—No, no son así —respondió Havelock—. Son buenas personas.

—¿Buenas personas que piensan que soy capaz de destruir un planeta?

—No, que piensan que tu novio es un doble alienígena y que lo ha hecho para que dejes de ser el centro de atención. Pero no te preocupes. Todo irá bien. En realidad nadie piensa que estéis aliados con la protomolécula. Solo están asustados.

Naomi se quedó en silencio. Apretó las manos contra la celda y volvió a tararear para sí. Havelock no conocía la melodía. Miró de nuevo la lista de mensajes. Había otra media docena de solicitudes de información. También una nota de uno de los de seguridad de la *Israel* en la que se afirmaba que los cinturianos habían empezado a sentarse juntos en la cafetería y a hacer ejercicio también juntos en el gimnasio. Al hombre que había escrito el informe le resultaba sospechoso. A él le parecía lo más normal del mundo, tal y como estaban las cosas. Tendría que pensar qué hacer con ellos. Si es que terminaba por hacer algo. Las señales de radio aún no llegaban hasta el planeta. Los análisis de los sensores infrarrojos que podían atravesar la capa de nubes indicaban que Primer Aterrizaje había quedado destruido por la tormenta. Se centró en leer los informes de la batería de sensores mientras enviaba los datos a la Tierra. Quizá alguien de allí podía averiguar algo más. Los primeros canales de noticias en hablar del fenómeno comentaban que

podía haberse debido a la sobrecarga de un núcleo de fusión. Ya le habían dicho que Jim Holden podía ser un alienígena cambiaformas, así que esperaba oír cualquier cosa.

Seis horas después, su terminal portátil se iluminó con una solicitud de llamada de Murtry, y Havelock sintió que le habían quitado un enorme peso de encima. Aceptó la llamada y apareció en la pantalla un Murtry en baja resolución y lleno de estática. El vídeo se cortaba y no dejaba de agitarse, pero la calidad del audio era buena y solo se oía un poco distorsionado.

—Qué alegría verlo, Havelock. ¿Qué tal van las cosas por ahí arriba?

—No puedo quejarme, señor. Se podría decir que llevamos mucho tiempo esperando noticias tuyas. Parece que se han tenido que enfrentar a una tormenta de cojones por ahí.

—Las bajas han sido mínimas —dijo el jefe de seguridad—. Solo algunos okupas que no se molestaron en ponerse a cubierto a tiempo. El agua también ha hecho salir a la superficie a unos bichos que te matan si entras en contacto con ellos. Hemos perdido a otro debido a esas cosas. Los nuestros están bien. El campamento ha desaparecido.

—¿El nuestro o el de ellos?

—El nuestro y el de ellos. Aquí abajo todo ha quedado limpio como una patena.

—Lo siento, señor.

—¿Por qué?

Havelock parpadeó. Sonrió, un poco nervioso.

—Porque lo hemos perdido todo.

—Nosotros hemos perdido menos que ellos —continuó Murtry—. Se podría considerar una victoria. Vamos a necesitar que llenen la lanzadera de suministros de emergencia y la envíen a la superficie. Comida. Agua limpia. Material médico. Ropa de abrigo. Pero nada de lugares en los que refugiarse. Bueno, si envía algo de eso que sean los baratos laminados que no aguantan más de una semana.

—¿Está seguro? Puedo conseguirle unos edificios prefabricados de emergencia...

—No. Nada de refugios permanentes hasta que seamos nosotros los que queden en la superficie del planeta. Por cierto, también vamos a enviar a algunos de los okupas. ¿Podría hacer hueco para unas cien personas más? No tiene que ser un lugar cómodo, pero sí algo que podamos vigilar bien.

—¿Vamos a meter okupas en la *Israel*, señor?

—Vamos a sacarlos del planeta para no perderlos de vista —dijo Murtry con una sonrisa—. Su Santidad, el papa Holden, cree que me ha obligado a hacerlo. Ese hombre tiene menos luces que un cinturiano.

Havelock se acordó de repente que los controles de privacidad de la celda de Naomi no estaban activados y que había oído todo lo que decía Murtry. Intentó encontrar la manera de activarlo y que Murtry no se diese cuenta de que se había estado saltando el protocolo.

—¿Algún problema, Havelock?

—Estaba pensando dónde podríamos meterlos, señor —respondió—. Seguro que se me ocurre algo.

—Buen chico. Esto ha sido un golpe de suerte. Si nos lo montamos bien, podremos sacar a todos los okupas del planeta. Y, aunque no lo hagamos, lo van a tener muy difícil para demostrar que tienen un campamento viable aquí abajo. —Murtry sonreía un poco—. Hemos avanzado más para solucionar el problema durante las últimas sesenta horas que en todo el tiempo que llevábamos aquí abajo.

Naomi tamborileó en la pared de la celda con los nudillos, con la suavidad justa para que el micrófono del terminal portátil no captara el repiqueteo. Tenía las cejas arqueadas en un gesto inquisitivo, pero no dijo nada. Havelock asintió con el mayor disimulo del que fue capaz.

—¿Cómo está el equipo de mediadores? —preguntó Havelock—. Holden y los suyos.

—Holden y Burton están bien. Burton casi sale cuando lo peor estaba por llegar, pero al final se quedó a cubierto —dijo Murtry encogiéndose de hombros con una sonrisa—. No ha podido ser.

Havelock hizo una mueca y pensó en lo crueles que podían sonar las palabras del jefe de seguridad para alguien que nunca había tratado con él.

—Informe de que bajaremos suministros de emergencia tan pronto como podamos atravesar la capa de nubes.

—Nada de refugios permanentes.

—No, señor. Entendido.

—También voy a necesitar que regresen a la nave algunos de los del equipo científico, los que se han entremezclado más con los lugareños. Prepararé una lista de evacuación.

—¿Quiere que... esto... que prepare la otra lanzadera para... usarla como es debido? —preguntó Havelock con la esperanza de que Murtry no le ordenase seguir conservando el arma. Se hizo el silencio en la llamada—. ¿Señor?

—Tendremos que hacerlo, ¿no? —respondió Murtry—. Sí, venga, pero prepárese para devolverla a su estado actual tan pronto como terminemos con la evacuación. Es una ventaja que no podemos ignorar.

—No, señor —dijo Havelock—. Así se hará.

—Buen chico.

Se cortó la llamada. Havelock empezó a preparar los efectivos y el inventario. Pasó casi un minuto antes de que volviese a levantar la cabeza para mirar a Naomi. La mujer lo miraba como si acabase de tragarse algo asqueroso.

—¿Trabajas para ese?

—Es el jefe de seguridad —respondió Havelock.

—Es una víbora.

—No ha estado muy acertado —dijo Havelock—. No sabía que lo estabas oyendo.

—De haberlo sabido, seguiría siendo una víbora —zanjó Naomi. Luego añadió—: ¿Tenéis catalizadores de apoptosis a bordo?

—¿Para tumores? Claro, siempre tenemos medicamentos para el cáncer.

—¿Te importaría poner algunos en la lanzadera?

—En mi opinión, los antibióticos y el agua potable son más...

—Holden los necesita. Estuvo expuesto a mucha radiación en Eros. Lo lleva bien siempre que haya una enfermería cerca, pero le sale un nuevo tumor cada uno o dos meses. A menos que Alex consiga aterrizar la *Roci* en esa sopa que ha quedado por planeta, puede que tengan que pasar allí abajo mucho tiempo.

Seguramente tendría que haber dicho que no. La mujer era una prisionera y hacerle favores no formaba parte de sus tareas, pero ella no le había dicho a Murtry que lo estaba oyendo. Podría haberlo dejado en evidencia y no lo había hecho.

—Claro —respondió él al fin—. ¿Por qué no?

—Y lo que dijo de tener pocas luces...

—¿Sí?

—Son muchos los que han infravalorado a Jim a lo largo de los últimos cinco años —explicó Naomi—. Muchos no siguen con vida.

—¿Eso es una amenaza?

—Un aviso para que no cometas el mismo error que está cometiendo tu jefe. Me caes bien.

Reunir los suministros de emergencia fue fácil. Todas las personas que había a bordo llevaban tiempo esperando la oportunidad de hacer algo. Metieron comida, agua potable, mantas de polifibra y material médico (que incluía una caja con el nombre de Holden en la parte superior con su medicación para el cáncer) en la bodega de la lanzadera hasta que casi no quedó espacio ni para cerrar la puerta. Havelock se puso a mirar los sensores a la espera de que las nubes se disiparan lo suficiente para ver a través de ellas la única lucecita que quedaba en Primer Aterrizaje. Le resultó impactante que el resto de las luces no fuesen a volver a brillar. Que hubiesen desaparecido. Havelock no había estado en aquel lugar. Nunca había bajado a la superficie de Nueva Terra, pero aun así, le afectaba la idea de que un asentamiento humano hubiera desaparecido del todo.

—Aquí lanzadera dos solicitando permiso para el descenso —dijo la piloto arrastrando cada palabra.

—Aquí el capitán Marwick. Permiso concedido. A toda máquina.

Havelock vio en la pantalla cómo los propulsores de la lanzadera resplandecían y cómo la nave se separaba de la *Israel* y descendía. Lo más peligroso eran las turbulencias de la capa más baja de la atmósfera. Aunque hubiese mucho viento en el resto, en ellas el aire tenía tan poca densidad que la lanzadera no se vería afectada. El verdadero peligro vendría cuando llegara a las nubes, pensó Havelock.

La lanzadera descendió y su casco se convirtió en un pequeño punto de luz recortado contra el gris oscuro de las nubes. Según los datos de los sensores, todo parecía ir bien. Las turbulencias eran peores de lo que Havelock esperaba, pero no tanto como temía. Aunque cuanto más bajaba...

Dejaron de llegar datos. Havelock cambió a las cámaras justo a tiempo para ver cómo se desvanecía el destello en el que se había convertido la lanzadera. Había dejado a su paso una gran nube de humo antes de detonar. El miedo y el pánico que sintió le sentaron como un puñetazo en la boca del estómago. Casi había dejado de notar el parpadeo de las luces de la *Israel* y de oír el traqueteo de los recicladores de aire al reiniciarse.

—¿Havelock? —llamó la prisionera—. Havelock, ¿qué ha ocurrido? ¿Ha ido mal? ¿Por qué se está reiniciando todo?

Havelock la ignoró y se inclinó aún más hacia la pantalla del terminal. La lanzadera había quedado destruida y caía a la distante superficie de Nueva Terra convertida en cientos de pedazos humeantes. Pero en las imágenes había algo más. Una línea casi invisible que atravesaba la nube de humo y restos justo en el lugar en el que había explotado. Algo había disparado contra

la lanzadera. La *Barbapiccola* fue lo primero que le vino a la cabeza. Lo segundo, la *Rocinante*. Abrió la ventana de seguimiento orbital para ver cuál de las naves había sido, pero en el momento de la explosión, al otro extremo de esa línea casi invisible solo estaba una de las pequeñas lunas de Nueva Terra...

Se le cerró la garganta. Oyó la bocina de emergencia por primera vez, aunque se dio cuenta de que llevaba un rato sonando. Desde que había explotado la lanzadera, pensó. Supuso. Naomi Nagata le gritaba para llamar su atención y que hablase con ella. Envió una solicitud de llamada de emergencia al capitán Marwick. El capitán tardó cinco largos segundos en responder.

—Ha sido el planeta —dijo Havelock—. La lanzadera. Una de esas lunas ha disparado algo a la lanzadera.

—Lo he visto —dijo Marwick.

—¿Qué coño ha sido eso? ¿Una especie de arma alienígena? ¿Acaso el planeta ha activado alguna especie de mecanismo de defensa?

—La verdad es que no lo sé.

—Necesito toda la información que tengamos. Todos los datos de los sensores. Todo. Necesito enviarlo a la Tierra y tenerlo listo para Murtry y el equipo científico. Daré permiso a toda la tripulación para que le eche un vistazo. Es prioritario sacar cualquier información que podamos conseguir, sea lo que sea.

—Yo diría que no es prioritario —dijo el capitán—. Ahora mismo tengo muchas cosas pendientes, pero tan pronto como pueda...

—No es una solicitud —gritó Havelock.

Marwick respondió con un tono insensible.

—Señor, ¿es que no se ha dado cuenta de que la nave está funcionando gracias a las baterías?

—¿Que... que está qué?

—Funcionando con baterías. Con la energía de reserva.

Havelock echó un vistazo a su alrededor y fue como si lo viese por primera vez. Su escritorio, la taquilla de las armas, las celdas. Naomi lo miraba sin esforzarse por ocultar el pánico.

—¿También... también nos ha disparado a nosotros?

—Que yo sepa no. No he visto ningún agujero en el casco de la nave, la verdad.

—¿Y entonces?

—El reactor ha dejado de funcionar —dijo Marwick—. Y al parecer no consiguen reiniciarlo.

Basia

—¿Qué significa eso? —preguntó Basia.

—Bueno —dijo Alex—. Es complicado de explicar, pero se podría decir que esas pequeñas bolas de combustible se inyectan en una botella magnética en la que unos láseres las queman. Eso hace que los átomos del combustible detonen y generen un montonazo de energía.

—¿Te estás riendo de mí?

—No —respondió Alex—. Vale, puede que un poco. ¿Cuál era tu pregunta exactamente?

—Si nuestro reactor se ha desconectado, ¿vamos a chocar? ¿Está la nave rota? ¿Nos va a pasar algo? ¿Qué significa!

—Para el carro —dijo Alex. Estaba sentado en el asiento del piloto y hacía aspavientos complicados en el panel de control—. Vale —dijo alargando mucho la primera sílaba de la palabra. Suspiró—. También se han desconectado los reactores de la *Israel* y de la *Barb*. Ellos lo van a tener mucho más complicado que nosotros.

—Felcia... Mi hija está en la *Barbapiccola*. ¿Está en peligro?

Alex volvió a toquetear el panel y sus dedos recorrieron los comandos más rápido de lo que Basia podía seguirlos. Chasqueaba la lengua mientras trabajaba. El hecho de que hiciese ese sonido mientras Basia esperaba una respuesta hacía que le diesen ganas de gritar y asfixiar al piloto lacónico.

—Bueno —espetó Alex antes de tocar un último comando y que se abriese una ventana en la que aparecía Ilo rodeado de líneas—. Sí, la órbita de la *Barb* también se acerca a la superficie.

—¿Que la nave va a chocar contra la superficie? —gritó Basia.

—Yo no diría eso. Siempre se ha mantenido cerca para transportar los cargamentos de mineral. Puede que solo hayan acelerado un poco y...

—¡Tenemos que salvarla!

—¡Tranquilo! Déjame terminar —gritó Alex como respuesta haciendo aspavientos con un gesto que, al verlo, a Basia le dieron ganas de romperle la cara de un puñetazo—. Hay momentos en los que la órbita se encuentra más cerca de la superficie, pero no sabremos si algo va mal hasta dentro de unos días. Quizá más, dependiendo de cuánto tiempo puedan usar los propulsores de maniobra con la energía de las baterías. Ahora mismo, Felcia no está en peligro.

—Vamos a por ella —dijo Basia, que respiraba hondo para mantener la calma y un tono neutro—. ¿Podemos ir? ¿Podemos acercarnos a la nave aunque no nos funcione el reactor?

—Claro. La *Roci* es un navío de guerra. Tiene buenas baterías de reserva. Podemos maniobrar un poco si nos hace falta, pero ahora que no funciona el reactor, tenemos una reserva limitada de energía. Si perdemos tanta como para no poder aterrizar, podríamos llegar a estar en la misma situación que la *Barb*. No haremos nada hasta que no tengamos un plan. Así que cálmate o te encerraré en tu camarote.

Basia asintió, pero no confiaba en que pudiese ignorar el pánico que cada vez le crispaba más los nervios. Su hija estaba en esa nave que caía desde el espacio. No iba a poder calmarse.

—Además —continuó Alex—, ¿crees que los que están en la *Barb* van a aceptar que los dejemos a su suerte en la nave? Aquí no hay sitio para todos. Atracar en una nave llena de personas asustadas que quieren escapar de ella no me parece un plan muy sensato.

Basia volvió a asentir.

—Pero si no se nos ocurre nada... —dijo.

Alex dejó de sonreír.

—En ese caso, iremos a por tu hija. Si todo acaba así, si terminamos cayendo a la superficie desde el espacio, tu hija estará en esta nave. Y Naomi también.

El pánico y la rabia de Basia quedaron reemplazados por la vergüenza y un repentino nudo en el estómago.

—Gracias.

—Son familia —dijo Alex con una ligera sonrisa detrás de la que le asomaban un poco los dientes—. Uno nunca debe abandonar a la familia.

Basia flotaba por la *Rocinante* como un fantasma.

Alex se encontraba en la cubierta de ingeniería trasteando con el reactor para intentar descubrir qué era lo que había provocado el fallo. Basia le había ofrecido su ayuda, pero el piloto la había rechazado. No podía culparle. No tenía ni idea de ingeniería nuclear ni de sistemas de navegación. Dudaba que pudiese arreglar el problema del reactor con un cordón de soldadura.

Alex lo avisaría si se equivocaba.

Mientras, Basia recorrió la nave e intentó distraerse para no pensar que poco a poco flotaban hacia el planeta y una muerte abrasadora, una a la que también se dirigía Felcia. Fue a la cocina y se preparó un bocadillo que no llegó a comerse. Luego entró en el servicio y se bañó con toallitas húmedas y una esponja. Salió del lugar con varias quemaduras provocadas por la fricción y con las mismas preocupaciones con las que había entrado.

Se sintió prisionero por primera vez desde que había llegado a la *Rocinante*.

Alex había dejado una pantalla abierta en el centro de mando desde la que se podía comprobar el estado de las otras dos naves. Así Basia podía ver cómo estaba la *Barbapiccola* siempre que quisiese. Al parecer, el piloto había pensado que ver la cuenta atrás de los cientos de horas que quedaban para que la órbita de la nave descendiese tanto como para llegar a ser peligroso iba a tranquilizar a Basia. Alex no lo entendía. No importaba el tiempo que quedase, lo que importaba era que se trataba de una cuenta atrás. Quedaba menos tiempo cada vez que Basia miraba la pantalla. Lo que veía en ella era un contador que le indicaba cuándo iba a morir su hija, los números que apareciesen en ella daban del todo igual.

Intentó no mirar.

Volvió a la cocina y recogió el desastre que había montado al prepararse el bocadillo. Tiró las esponjas usadas y las toallitas al reciclador y activó un ciclo de lavado para limpiarlas. Vio una serie infantil y luego una de las películas de cine negro de Alex. Al terminar, no recordaba nada de ninguna de las dos. Escribió una carta para Jacek y la borró al terminar. Grabó un vídeo pidiéndole perdón a Lucia. Lo vio después de grabarlo y tenía cara de loco, con el pelo flotando alrededor de su rostro y los ojos muy hundidos. Lo borró.

Volvió al centro de mando, convencido de que solo lo hacía para asegurarse de que nada había cambiado y que la inexorable cuenta atrás para la muerte de su hija estaba ahí a nivel informativo. Miró el pequeño icono que representaba a la *Barbapiccola* resplandeciendo alrededor de Ilo y, con cada

pasada, acercándose un poco más y de manera imperceptible a la atmósfera que acabaría por destruirla.

Solo son datos. Nada ha cambiado. Solo son datos. Tictac.

—Alex, aquí Holden —bramó una voz por la consola de comunicaciones. Basia flotó hasta el panel y encendió el micrófono.

—Hola, aquí Basia Merton —dijo, sorprendido de lo tranquila que sonaba su voz. Era una llamada de Holden. Holden, el que trabajaba para los gobiernos de la Tierra y de la APE. Él sabría qué hacer.

—Vaya, hola. Alex me ha dejado un mensaje, pero las comunicaciones no van bien. ¿Está por ahí?

Basia no pudo evitar reír.

—Podría ir a buscarlo.

—Genial. Yo...

—Hola, capitán —dijo Alex—. Sonaba agotado. Lo siento, pero he tardado un poco en llegar a la consola. Tenía las manos metidas en los bajos de la *Roci* cuando has llamado.

Basia extendió la mano para apagar el altavoz y dejarlos hablar, pero detuvo el dedo a unos milímetros. El de la llamada era James Holden y seguro que iban a hablar del mal funcionamiento de los reactores. Siguió oyendo la llamada a pesar de sentirse como un fisgón.

—¿Hay algún problema? —preguntó Holden.

—Sí, la fusión ha dejado de funcionar —dijo el piloto exagerando el acento.

—Si ha sido un chiste, vas a tener que esforzarte más.

—Nada de chistes. Acabo de desmontar el reactor. La inyección funciona y las bolas de combustible caen en él, la batería de láseres también se enciende y la botella magnética está estable. Todas las partes que hacen que funcione el reactor de fusión están bien. Pero eso, se ha olvidado de cómo hacer la fusión nuclear.

—Me cago en todo, joder —dijo Holden. Hasta Basia, que acababa de conocerlo, fue capaz de sentir la frustración que emanaba de sus palabras—. ¿Solo nos ha pasado a nosotros?

—No. Estamos todos volando con la energía de las baterías.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Bueno, con las baterías de la *Roci* podría seguir volando hasta que muramos de viejos o bajar a la superficie y aterrizar. A la *Israel* puede que le queden unos diez días, dependiendo de la cantidad de energía que sea capaz de almacenar. Pero ahí dentro hay mucha gente respirando y seguro que

consume mucha para reciclar el aire y mantener la temperatura. La *Barb* está mucho más crítica. Tiene los mismos problemas, pero la nave es peor aún.

A Basia se le hizo un nudo en la garganta al oír aquella descripción del riesgo que corría su hija pronunciada con tanta naturalidad, pero se mantuvo en silencio.

—Nuestro amigo fantasmagórico dice que puede ser un mecanismo de defensa —explicó Holden—. Que su central eléctrica ha estallado y se han activado todos los protocolos defensivos.

—Está claro que no les gusta que haya grandes fuentes de energía cerca de sus cosas —explicó Alex. A Basia le daba la sensación de que hablaban de alguien que ambos habían conocido en el pasado, pero no sabía quién.

—Y hemos oído el estallido de la lanzadera de suministros —continuó Holden—. Tenemos un puñado de gente en la superficie, otro en órbita y vamos a morir todos porque las defensas del planeta no nos dejan ayudarnos entre nosotros.

—La *Roci* tiene combustible suficiente para aterrizar si nos necesitas —comentó Alex.

A Basia le dieron ganas de gritarle: «¡No podemos aterrizar! ¡Mi hija sigue en esa nave!».

—Han hecho estallar la lanzadera —comentó Holden—. No voy a poner en riesgo la nave.

—Si no podemos bajaros suministros, Naomi y yo la vamos a heredar muy pronto.

—Y harás lo que yo diga hasta que llegue ese momento —dijo Holden. La afirmación sonó dura, pero también había afecto en ella.

—Recibido —dijo Alex. No parecía haberse ofendido.

—Es que, joder —se quejó Holden—. Tenemos lo que parece ser un problema de ingeniería y la mejor ingeniera que hay en este sistema planetario está encerrada en esa otra nave. ¿Por qué no llamas y lo comentas?

—Lo haré —respondió Alex.

—Yo buscaré algo que podamos hacer desde aquí.

—Miller —dijo Alex. Basia no tenía ni idea de qué significaba eso.

—Claro —aceptó Holden.

—Tened cuidado ahí abajo.

—Afirmativo. Tú cuida de mi nave. Cambio y corto.

—Miren —dijo Alex alzando un poco la voz—. Están cayendo. He hecho los putos cálculos y tardarán dos semanas si acaso, pero esa nave va a llegar a la atmósfera y se va a prender fuego.

—Le he oído la primera vez —dijo la cara que había al otro lado de la línea. Era un hombre llamado Havelock. Alex lo había llamado después de la conversación con Holden. Había subido desde la sala de máquinas, no sin antes parar a ponerse un uniforme limpio y peinarse su pelo ralo y negro. Tenía un aspecto muy profesional, aunque eso no parecía impresionar nada a Havelock.

—Pues deje de marear la perdiz y suelte a Nagata para que nos ayude a solucionar el problema —exigió Alex.

—Eso es imposible —respondió Havelock con una ligera sonrisa. Era un hombre robusto de piel pálida y corte de pelo de estilo militar. Irradiaba la seguridad y profesionalidad propia del ejército y de los trabajadores de las empresas de seguridad. Para Basia, un cinturiano que había vivido bajo la sombra de dos gobiernos de los planetas interiores, aquella negativa había sonado a: «Sé dar buenas palizas, así que no me obligue a demostrárselo».

—Pues no sé cómo vamos a... —empezó a decir Alex.

—Sí —lo interrumpió Havelock—. Todos vamos a estrellarnos si no conseguimos volver a poner en funcionamiento los reactores. Estoy de acuerdo. Lo que no entiendo es por qué soltar a la prisionera va a solucionar el problema.

—Porque —respondió Alex al tiempo que tragaba saliva y se le movía la nuez— la segunda de a bordo Nagata es la mejor ingeniera que existe. Si hay alguien capaz de descubrir cuál es el problema y salvarnos el culo a todos, tenga claro que es ella. Así que deje salir de la celda a una de nuestras mejores oportunidades de salvarnos. —Sonrió a la cámara y apagó el micro antes de añadir—: Hiena inmunda.

—En mi opinión, está infravalorando a nuestro equipo de ingeniería —respondió Havelock sin borrar la sonrisa petulante del gesto—. Pero le entiendo. Veré qué puedo hacer.

—Genial, eso sería genial —respondió Alex, quien de alguna manera había conseguido que sus palabras sonasen sinceras. Apagó el puesto de comunicaciones—. Saco de estiércol de los cojones.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Basia.

—Lo más difícil de todo. Esperar.

Basia flotaba en un asiento de colisión del centro de mando. Su conciencia vagaba entre una duermevela ligera y una vigilia amodorrada. A unos puestos de distancia, Alex toqueteaba unos controles y murmuraba para sí.

En ocasiones, Basia se encontraba flotando en la *Rocinante*, preocupado por el silencio que había dejado el problema con el reactor de fusión, como una lengua que juguetea en el hueco dejado por una muela perdida. Otras veces, y sin transición alguna, se veía flotando por los pasillos helados de Gánimedes, su antiguo hogar. A veces, los tranquilos túneles y cúpulas que habían sido su casa y la de su familia durante tantos años estaban tranquilos. Otras, llenos de escombros y cadáveres, tal y como los había visto por última vez.

El largo viaje posterior en la *Barbapiccola* había sido un infierno. Días interminables atrapado en un camarote que ya era pequeño para una sola persona, pero en el que habían tenido que acomodar a dos familias. Recordó cómo la desesperación se apoderaba de ellos al ver que, puerto tras puerto, todo el mundo los rechazaba. Nadie necesitaba que una nave llena de refugiados atracase en sus muelles en medio de lo que parecía ser la primera guerra abierta de todo el Sistema Solar.

Basia no recordaba muy bien aquellos días. Pensaba que estaba salvando a su familia al meterlos en la nave. Había dejado atrás a un hijo moribundo y encerrado al resto en un viejo carguero destrozado que no podía ir a ninguna parte.

El momento en el que el capitán de la *Barbapiccola* los había llamado a todos para comentarles la aparición de los anillos y todos los mundos que había al otro lado había sido una revelación divina. El capitán había preguntado si querían intentar cruzar un anillo y asentarse en uno de esos mundos para formar un hogar. Nadie se había negado. La palabra hogar era irrenunciable. Así fue como cruzaron la puerta, pasaron junto a las naves confundidas y desorganizadas que había al otro lado y atravesaron otro anillo para llegar al sistema de Ilo. Encontraron un mundo con oxígeno y agua, una bola marrón y azul llena de barro vista desde la órbita, pero tan bonita cuando uno se encontraba en la superficie que la gente fue incapaz de contener las lágrimas al aterrizar.

Los meses siguientes fueron devastadores. Tuvieron que medicarse y hacer mucho ejercicio para que sus cuerpos se acostumbrasen a la gravedad. Construyeron poco a poco el asentamiento. Intentaron a la desesperada plantar comida en la poca tierra que habían conseguido bajar de la *Barb*. Luego descubrieron las grandes vetas de litio y se dieron cuenta de que quizá

tenían algo para vender, lo que les permitiría ser autosuficientes. Trabajaron sin descanso para extraer el mineral de la tierra con unas herramientas primitivas. Pero valió la pena.

Era su hogar.

Interludio

El investigador

... se comunica se comunica se comunica...

Ciento trece veces por segundo. Se comunica y amplía su radio de acción. Si recibiese la señal, la respuesta, podría parar, pero no para. Se comunica y, al hacerlo, encuentra nuevas maneras de ampliarse. Improvisa, explora. Pero no es consciente de hacerlo. Los sistemas que activa lo amplían. Luego se comunica de maneras que antes no podía. Porque no es consciente de hacerlo, no tiene recuerdos, sentimientos ni siente júbilo. Las partes que tienen consciencia sueñan y sufren, como siempre han hecho. Pero él no es consciente de ellas.

Se comunica y encuentra más energía. Hay un error. Muchos errores. Algo que en otro tiempo fue una mujer grita en silencio, presa del miedo y del espanto. Algo que en otro tiempo fue un hombre reza y dice que ha llegado el Apocalipsis. Se comunica. Se estrecha un poco al hacerlo. En su centro, el espacio vacío adquiere más definición. Los patrones empiezan a encajar y se simplifican para formar estructuras de baja energía. El investigador las ve como soluciones. En su interior se empieza a formar un modelo del mundo y de los satélites que lo rodean. Los lugares a los que no puede ir empiezan a comunicarse y a adquirir definición. La arquitectura abstracta de las conexiones y el modelo abstracto de la orografía concuerdan.

Crea al investigador, y el investigador busca, pero no encuentra. Así que mata al investigador. Crea al investigador, y el investigador busca, pero no encuentra. Así que mata al investigador. Crea al investigador, y el investigador busca, pero no encuentra. Y no lo mata más. No es consciente del cambio, de que ha roto un patrón. El investigador sí lo es, se hace preguntas y, al hacerlo, busca, sobrepasa sus límites. Así que mata al investigador.

Crea al investigador.

Algo lo sabe.

El investigador titubea. Se ha roto un patrón. No es consciente de que se ha roto, pero una parte de él sí lo es. Una parte de él se aferra a ese cambio e intenta decírselo al investigador. Y el investigador se detiene. Es cauteloso, como un hombre que anda por un campo de minas. El investigador titubea, sabe que se ha roto un patrón. Lo rompe un poco más. El lugar inerte adquiere más definición. Se comunica y no mata al investigador. El investigador sobrepasa sus límites, y no mata al investigador. El investigador contempla el lugar inerte, la estructura, la comunicación, la comunicación, la comunicación.

El investigador se humedece los labios. No tiene boca. Se ajusta el sombrero. No tiene sombrero. Desearía con ajena naturalidad tener a mano una cerveza. No tiene cuerpo ni anhelos. Se vuelve a centrar en el lugar inerte, en el mundo, en cómo resolver problemas irresolubles, en cómo encontrar cosas que no están donde las buscas. En lo que ocurre cuando lo consigues.

Holden

—Afirmativo. Tú cuida de mi nave. Cambio y corto.

Holden se desconectó de la *Rocinante* y apoyó la espalda en la torre alienígena mientras soltaba un suspiro. Era un error. No había dejado de llover desde la explosión planetaria y, aunque se había convertido en una ligera llovizna desde hace unos días, el agua aún fluía por fuera de la torre. Y por su espalda y sus pantalones, por desgracia.

—¿Malas noticias? —preguntó Amos. Estaba a unos metros y sostenía el poncho sobre él con un brazo para evitar que la lluvia le azotara la cara.

—Las únicas noticias que nos pueden dar ahora mismo son malas —respondió Holden.

—Pues dime qué ha pasado.

—La lanzadera con los suministros de emergencia ha quedado destruida debido a las defensas planetarias —explicó Holden—. Parecen haberse activado después de la explosión en el planeta. Y, como siempre, interpretan las grandes fuentes de energía como una amenaza.

—Como hacía la Estación Anular cuando estábamos en la zona lenta y la estación Medina aún era un navío de guerra —aclaró Amos.

—En los buenos tiempos, sí —dijo Holden con tono de amargura—. Sí. Eso mismo.

—Entonces ¿deberíamos decirle a todo el mundo que apague los reactores, como la última vez?

—Parece que los mecanismos de defensa tienen un nuevo truco y los han apagado ellos por su cuenta. La fusión nuclear ha dejado de funcionar.

—Madre mía, tienes que estar de broma, joder —dijo Amos, quien no pudo evitar soltar una carcajada—. ¿Pueden hacer eso?

—Lo bueno es que si no encontramos la manera de bajar de la órbita los suministros de emergencia, moriré de hambre mucho antes de que el cáncer termine conmigo.

—Sí —accedió Amos con un asentimiento—. Mejor así, la verdad.

—Los que están ahí arriba no tienen mucho tiempo. Alex cree que la *Israel* y la *Barb* caerán en unos diez días. Para entonces tendremos tanta hambre que no apreciaremos la fina ironía de ver caer del cielo y en llamas toda la comida que hay en este sistema planetario.

—Y recuerda que también tenemos amigos en esas naves —añadió Amos con un encogimiento de hombros.

—Sí, claro. —Holden entornó los ojos y se pellizcó el puente nasal con mucha fuerza hasta que sintió el dolor, con la esperanza de que lo ayudase a despejar la mente. No lo hizo. Lo único que le venía a la cabeza era Naomi dentro de la *Edward Israel* mientras caía envuelta en llamas.

Amos y él se quedaron en silencio por fuera de la torre alienígena durante varios minutos mientras una fina llovizna caía sobre ellos. Holden no sentía el agua de la lluvia desde hacía años. Si la situación no hubiese sido tan crítica, seguro que le hubiese resultado muy agradable sentirla. Amos se dejó caer el poncho alrededor del cuello y se restregó el agua de la lluvia en el cuero cabelludo.

—Vale —dijo al fin Holden—. Voy a la parte de atrás de la torre.

—Ahí no hay nadie —dijo Amos, que luego cerró los ojos y se lavó la cara con un buen salpicón de lluvia.

—Miller sí.

—Bien, entonces no querrás que te acompañe. —Amos agitó la cabeza y se sacudió el agua como si fuese un perro. Luego se dirigió al trote a la entrada de la torre alienígena. Holden avanzó en la otra dirección y esquivó con cuidado las babosas mortales.

—¿Qué tal? —saludó Miller cuando apareció junto a Holden tras una explosión azulada.

—Tenemos que hablar —dijo Holden, ignorando lo insólito de su aparición. Le dio una patada a una babosa mortal que se le había acercado demasiado a una bota. Otra reptaba hacia el pie de Miller, pero el inspector la ignoró—. Parece que las defensas planetarias se han activado. Acaban de disparar a una lanzadera con suministros de emergencia y han creado una especie de barrera en la órbita que limita la fusión nuclear.

—¿Seguro que solo es en la órbita? —preguntó Miller al tiempo que arqueaba una ceja.

—Bueno, el sol no ha dejado de brillar. ¿Podrían apagarlo también? Miller, ¿se va a apagar el sol?

—Lo más seguro es que no —dijo el inspector haciendo un gesto de indiferencia con las manos.

—Vale. Aunque el sol no llegue a apagarse, tenemos un buen puñado de problemas. Las naves no pueden enviarnos suministros y sin los reactores empezarán a caer de la órbita dentro de poco.

—Pues bien —dijo Miller.

—Soluciona el problema —exigió Holden, que dio un paso hacia él con porte agresivo.

Miller se limitó a reírse.

—Aunque no lo hagas por nosotros, hazlo por ti —continuó Holden—. Lo que te une a mí es un poco de mejunje que está en la *Roci*. También arderá. Soluciona el problema aunque solo sea para evitar eso. No me importa la razón, pero hazlo.

Miller se quitó el sombrero y levantó la vista hacia el cielo mientras tarareaba una melodía que Holden no llegó a reconocer. El capitán vio cómo la lluvia caía en la cabeza del muerto y formaba gotas que terminaban por derramársele por la cara. Al mismo tiempo, también vio cómo la lluvia lo atravesaba y caía al suelo. Sintió una punzada de dolor en la cabeza y apartó la vista.

—¿Qué crees que puedo hacer? —preguntó Miller. No se había negado.

—Conseguiste desactivar el bloqueo cuando estábamos en la zona lenta.

—Chico, siempre tengo que explicártelo. Soy una llave inglesa, y el mecanismo de defensa de la zona de las puertas resultó ser una tuerca. Aquí no tengo control alguno. No mucho, al menos. Y mi sistema empieza a desconectarse. Ha explotado la mitad del planeta y puede que aún exploten más cosas.

—¿Más cosas? ¿Qué queda?

—¿Me preguntas a mí? —Miller volvió a reír.

—¡Tú formas parte de esto! De todo, de toda esta morralla creada por los maestros de la protomolécula. Si tú no eres capaz de controlarla, ¿quién lo hace?

—Podría responder a eso, pero no te va a gustar.

—Nadie —dijo Holden—. Me has dicho que nadie.

—Lo que ha encendido el mecanismo de seguridad se limita a hacer cosas. Si la *Rocinante* activa y lanza un torpedo a alguien, ¿qué

probabilidades hay de que una llave inglesa del taller decida detener el disparo? Pues esto es lo mismo.

—Me cago en todo, Miller —dijo Holden, que se quedó sin energías a mitad de la frase. Era poco divertido ser el elegido y un profeta cuando los dioses eran violentos y caprichosos y su portavoz un loco inepto. La lluvia que se le había colado bajo la ropa se había empezado a calentar y le dio la impresión de estar cubierto de cieno.

El inspector miró hacia abajo y frunció el ceño. Estaba pensando.

—Puede que haya una manera de burlar la seguridad —dijo.

—¿Cuál?

—Las defensas responden a las amenazas, así que lo suyo sería no ser amenazador. Sabes que a la red no le gustan las grandes fuentes de energía.

—Sin fuentes de energía —dijo Holden—. Vale, sí. La lanzadera tenía reactores, aunque tampoco es que fuesen muy potentes.

—También tienen que descender despacio. No sé a ciencia cierta si las defensas también responden a la energía cinética, pero será mejor darlo por hecho.

—Vale —dijo Holden, que por un instante se sintió aliviado y esperanzado—. Podríamos encontrar la manera. Seguro que hay una forma de bajar comida, filtros y medicinas sin activar la seguridad. En caída lenta con estabilizadores y paracaídas. Seguro que pueden preparar algo así en las naves.

—Merece la pena intentarlo —dijo Miller sin mucho entusiasmo—. Mira, hay un punto ciego y tengo que ir al norte a verlo. Esto tampoco te va a gustar, pero hay una manera de...

Se desvaneció.

—Capi —llamó Amos al tiempo que doblaba la esquina de la torre—. Perdón por interrumpir, pero la científica guapa te está buscando.

Holden tardó un momento en recuperarse.

—¿La bióloga?

—Bueno, la geóloga tampoco está mal, la verdad, pero no es mi tipo.

—¿Qué quiere?

—¿Volver a mirarte con ojos de cachorrita desvalida? —preguntó Amos—. ¿Cómo coño quieres que lo sepa?

—No seas tan capullo.

—Pues pregúntale tú.

—Vale —dijo Holden—, pero primero tengo que hablar con Murtry. ¿Lo has visto?

—La última vez que lo vi estaba vigilando la entrada principal de la torre —respondió Amos—. ¿Necesitas que te acompañe?

Holden vio que Amos había apoyado la mano en la empuñadura de la pistola al hacer la pregunta.

—¿Qué andas haciendo?

—Patrulla antibabosas mortales.

—Sigue con eso. Yo hablaré con Murtry.

Amos le dedicó un saludo militar sarcástico y se dirigió a la carrera hacia la entrada de la torre. Holden sacó el terminal portátil y envió un mensaje a Alex explicándole el plan para conseguir enviar los suministros. Como había dicho Amos, Murtry se encontraba hablando con unos pocos miembros de su equipo de seguridad cerca de la entrada de la torre.

—Hemos encontrado unos cimientos enterrados —decía Wei mientras señalaba por encima de su hombro en la dirección en la que antes estaba Primer Aterrizaje—. Pero a menos que esta gente tuviera sótanos, no queda nada.

—¿Y las minas? —preguntó Murtry.

—Lo que no está lleno de barro ha quedado inundado —respondió Wei.

—Muy bien —dijo Murtry al tiempo que ladeaba la cabeza y le dedicaba una sonrisa fría—. ¿Tenemos a alguien que sepa aguantar la respiración?

—Claro, señor.

—Pues envíelos ahí abajo por si encuentran algo que nos pueda ser útil, soldado.

—Sí, señor —respondió Wei haciendo un saludo militar. Ella y los otros dos agentes de seguridad salieron corriendo y dejaron solo a Murtry con Holden.

—Capitán Holden —saludó el jefe de seguridad sin que se le borrara la sonrisa vacía del rostro.

—Señor Murtry.

—¿En qué puedo ayudarlo hoy?

—Creo que tengo una solución para el problema de abastecimiento —dijo Holden—. Me gustaría que trabajásemos juntos.

La sonrisa fría de Murtry se relajó un poco.

—Acaba de entrar en los primeros puestos de mi lista de tareas. Cuénteme.

Holden le hizo un resumen: le contó la hipótesis de que los sistemas alienígenas reaccionaban a las fuentes de energía y la posibilidad de hacer descender los suministros. Le explicó lo que habían visto en la zona lenta la

primera vez que la humanidad había atravesado las puertas, pero no le dijo nada de Miller. Murtry se quedó en silencio mientras hablaba y no se movió ni un milímetro. Cuando Holden terminó, el jefe de seguridad asintió una vez.

—Llamaré a la *Israel* y les diré que empiecen a preparar los paquetes — dijo Murtry.

Holden suspiró aliviado.

—Tengo que admitir que no pensaba que fuese a aceptar.

—¿Por qué? No soy un monstruo, capitán. Mato si es necesario para hacer mi trabajo, como haría el señor Burton. La muerte de todos los que estamos aquí abajo no serviría para nada. Mi único objetivo es que los okupas se marchen tan pronto como solucionemos el problema de los reactores.

—Genial —dijo Holden. Un momento después añadió—: Esa gente le da igual, ¿verdad? Hasta hace nada se estaba enfrentando a ellos y ahora quiere ayudar, pero solo lo hace porque los está ayudando a marcharse. Le daría exactamente igual si todos muriesen.

—Eso también resolvería mis problemas, así que sí —respondió Murtry.

—Gracias por confirmarme lo que ya sabía —dijo Holden, que hizo todo lo posible por evitar pronunciar el «gilipollas» con el que pretendía terminar aquella frase.

Encontró a Amos con los lugareños, defendiendo el lugar de las babosas mortales. Usaban ponchos enrollados y recipientes de agua de plástico cortados en planchas cuadradas para bloquear las pequeñas entradas de las ruinas alienígenas.

Habían cubierto las ventanas con las planchas, metido camisas y perneras de pantalones en los pequeños agujeros que daban al interior y cavado zanjas delante de las entradas más grandes. Las zanjas estaban llenas de agua de lluvia, como si fuesen pequeños fosos, y las babosas los evitaban.

Sin mediar palabra, Holden empezó a ayudar a cavar las zanjas. Era un trabajo poco agradecido, y la lluvia y el barro se le metían bajo la ropa y le ensuciaban el cuerpo. Cavaban con herramientas improvisadas hechas con varas de las casetas y trozos de plástico, que se rompían a menudo y tenían que volver a montar. La tierra tenía muchas rocas, estaba húmeda y de vez en cuando encontraban en ella algún que otro cadáver de babosa. Era el tipo de trabajo físico miserable que le permitía a Holden olvidarse de todo mientras lo hacía. Dejó de pensar en que se iba a morir de hambre, en que Naomi estaba encerrada en una celda y caía a una muerte segura o en que no podía hacer nada para que el planeta fuese más seguro o mejorar la situación.

Era perfecto.

Carol Chiwewe le pidió que fuese a la parte de atrás de la torre a buscar un toldo que había dejado allí, pero Miller arruinó el momento cuando apareció de improvviso justo cuando Holden doblaba la esquina.

—... entrar en la red de transferencia de material —continuó como si no hubiese dejado de hablar—. Creo que podríamos usarla para ir al norte y llegar a la zona que buscamos, o al menos acercarnos mucho.

—Maldita sea, Miller, casi había conseguido olvidarme de ti y todo.

Miller contempló con mirada crítica cómo Holden le hablaba desde detrás de aquella ropa cubierta de barro.

—Tienes un aspecto horrible, chico.

—¿Ves de lo que soy capaz por conseguir un rato de tranquilidad?

—Impresionante. Bueno, ¿cuándo podríamos ir?

—No te vayas —respondió.

Caminó por el lodo hasta el toldo que buscaba. Estaba cubierto de esas babosas mortales. Lo levantó con cuidado por una esquina e intentó apartar a los bichos. Miller le seguía con las manos en los bolsillos y miraba todo lo que hacía.

—Cuidado con esa —dijo, señalando una que se había acercado mucho a la mano de Holden.

—La veo.

—No me servirás de nada si te mueres.

—He dicho que la he visto.

—Bueno, sigamos con lo de ir al norte —continuó Miller—. No tengo muy claro cuánto de la red de transferencia de material sigue funcionando, por lo que a lo mejor el viaje se complica. Cuanto antes nos pongamos en marcha, mejor.

—¿Red de transferencia de material?

—Es un gigantesco sistema de transporte subterráneo. Mejor que ir a pie. ¿Estás listo?

La babosa se acercó unos centímetros más a sus dedos, y Holden soltó un taco y dejó caer el toldo.

—Miller —dijo de repente, mientras caminaba a su alrededor—, tus preocupaciones me importan tan poco que «una mierda» se me queda corto.

El viejo inspector tuvo la decencia de poner gesto disgustado antes de dedicarle un fatigado gesto de indiferencia con las manos.

—Eso podría servir.

—¿Qué podría servir? —preguntó Holden.

—Ir al norte. Sea lo que sea lo que haya ahí arriba, parece capaz de desactivar la red. Quizá podamos usarlo para apagar las defensas y volver a encender los reactores.

—Te advierto que si estás mintiendo para salirte con la tuya, haré que Alex ponga patas arriba la *Roci* hasta que encontremos el mejunje al que estás conectado y luego le prenderemos fuego con un lanzallamas.

El fantasma hizo una mueca de dolor, pero no se retractó.

—No me estoy inventando nada. Ese punto ciego es justo lo que he dicho que es. Un punto ciego. Todo lo demás no son más que suposiciones, pero es lo único que tenemos, ¿no? Ayúdame y, si encuentro la manera, yo te ayudaré a ti. Es lo único que podemos hacer.

Holden le dio una patada a una babosa que se había subido a la esquina del toldo y esperó a que la lluvia limpiase las babas para luego volver a cogerlo y seguir apartando el resto de las criaturas.

—Aunque quisiera, aún no puedo ayudarte —dijo—. No hasta que sepa con seguridad que los colonos no van a morir. Espera a que consigamos hacer bajar algunos suministros y que todo el mundo esté bien protegido de estas babosas mortales. Entonces hablaremos.

—Trato hecho —dijo Miller justo antes de desaparecer en una nube de luciérnagas azules. Uno de los hombres de la colonia, un cinturiano alto y desgarrado de piel negra y un llamativo pelo blanco dobló la esquina.

—¿Qué haces? Pensábamos que te había tocado una *mortel limace*.

—Lo siento —dijo Holden al tiempo que le daba un fuerte tirón al toldo para apartar el resto de las babosas. El cinturiano lo ayudó a doblarlo.

Pero había dejado de verlos como cinturianos, ¿verdad? Estas personas vivían en un planeta, en un sistema planetario que se encontraba muy lejos del Sistema Solar. Cinturiano ya no era una palabra que sirviese para definirlos. Ellos se llamaban colonos. Y, algún día, si podían llegar a quedarse en Ilo y convertirlo en un hogar habría que llamarlos de otra manera. ¿Ilenses?

—*Docteur trouve* —dijo el ilense.

—¿Lucia?

—*Laa laa*, la *pute* de ECR.

—Vale, sí. Amos me lo dijo —respondió Holden—. Será mejor que vaya a ver lo que quiere.

El cinturiano, el ilense o lo que quiera que fuese volvió a murmurar *pute* y escupió a un lado. Holden avanzó a través de aquella lluvia caliente y abyecta, cruzó las zanjas llenas de agua, las babosas muertas, los pedazos de plástico pegados a las paredes y los agujeros llenos de harapos mugrientos. Saltó la

última zanja y entró en la torre, donde se limpió el barro de las botas y recorrió los pasillos para llegar a la enorme estancia central de la estructura. Lucia trabajaba con el equipo de análisis químico en el proyecto de purificación del agua. Le dedicó una ligera sonrisa a Holden al entrar, y él empezó a caminar hacia ella porque parecía ser la única que se alegraba de verlo.

—Holden, digo, Jim —dijo Elvi, que se metió delante de él de repente—. Tenemos un problema.

—En realidad tenemos varios.

—No, me refería a uno nuevo. En unos cuatro días todos los que estamos en la colonia nos quedaremos ciegos.

Elvi

Holden parpadeó, negó con la cabeza y luego se rio. A Elvi le preocupaba que el capitán pensase que estaba de broma, pero también que se lo hubiese tomado en serio y reaccionara tan bien. Tenía miedo a comentárselo y que se enfadase. Había oído decir que había personas que se reían en la cara del peligro, y eso era justo lo que estaba viendo ahora. Se frotó las manos contra el mono, incómoda por estar tan sucia, porque todos estuviesen tan sucios.

—Parece que hoy no se acaban las sorpresas —dijo. Luego añadió—: ¿Por qué vamos a quedarnos ciegos?

—Son las nubes —respondió Elvi—. O algo que hay en ellas. Son verduzcas. Y cuando no lo son... —Señaló por la ventana al cielo gris y encapotado—. Lo normal es que sean verduzcas. Hay un organismo fotosintético que pasa gran parte de su ciclo de vida en las nubes y, al parecer, es uno que se da en todo el planeta, ya que no ha dejado de caer con la lluvia. El clima antes era muy seco, por lo que no estábamos muy expuestos, pero ahora que ha llovido tanto y con las riadas, es muy probable que todos hayamos entrado en contacto con él. Y tiene tolerancia a la salinidad.

El equipo químico emitió un sonido, y Elvi se acercó de inmediato sin dejar de mirar a Holden. Pero Fayez, Lucia y el resto de los okupas ya habían empezado a levantar el recipiente de agua potable para reemplazarlo por otro vacío.

—¿Y ese es el problema? —preguntó Holden—. ¿Qué tiene que ver la sal?

—Que nosotros somos salados —explicó Elvi, que no estaba segura de haberse explicado bien. Empezó a sentir que se le agrandaban las manos y a ponerse cada vez más incómoda—. Lo que quiero decir es que ya hemos

diagnosticado antes casos de infecciones con este organismo. Penetra en las lágrimas, luego en los lagrimales y pasa a los ojos.

—Los ojos —repitió Holden.

—Lucia tenía un caso así antes de la... ¿tormenta? El organismo penetra en el humor vítreo, que resulta ser un nuevo entorno que le viene como anillo al dedo y, en dichas condiciones, empieza a crecer de manera exponencial, lo que hace que la luz no llegue hasta la retina y...

Holden levantó las manos con las palmas hacia afuera. Elvi se había empezado a acercar a él y estaba a punto de levantar las suyas para tocar las manos de Holden. Se detuvo.

—Pensaba que las cosas que vivían aquí tenían una biología del todo diferente. ¿Cómo han sido capaces de infectarnos?

—No es una infección vírica —explicó Elvi—. No se están apropiando de nuestras células ni nada de eso. No somos más que un nuevo entorno lleno de nutrientes, y este pequeño ha encontrado la manera de aprovecharse de él. No está intentando a conciencia dejarnos ciegos, sino que la matriz extracelular es el mejor camino que tiene para llegar al ojo y, cuando lo alcanza, se encuentra muy a gusto en él. El crecimiento explosivo es algo muy común en cualquier especie que llega a un entorno propicio. No es una competición.

Holden se atusó el pelo. Cuando habló, lo hizo en voz muy baja, como si lo hiciese para sí.

—Explosiones apocalípticas, reactores que no funcionan, terroristas, masacres, babosas mortales y ahora una plaga de ceguera. Menudo planeta de mierda. No deberíamos haber venido.

—Lo siento —dijo Elvi al tiempo que le tocaba el brazo. Tenía el brazo muy duro. Musculado. Holden le tocó la mano y a Elvi se le aceleró un poco el pulso. Odiaba sentirse como una colegiala encaprichada con un chico, pero en el fondo le gustaba.

«Céntrate —pensó—. Tienes una dignidad».

—Perfecto, doctora Okoye.

—Elvi.

—Elvi. Necesito que la doctora Merton y tú hagáis todo lo posible para resolver este problema. Creo que he encontrado la manera de bajar suministros desde la órbita, pero por ahora no sé cómo sacarnos de este pozo de gravedad ni qué hacer después. Si el plan sale bien, podré conseguir cualquier cosa que necesitéis y tengamos en las naves, pero necesito que lo solucionéis.

—Lo haré —respondió Elvi, asintiendo. No tenía ni idea de cómo iba a mantener la promesa, pero el corazón le latía con fuerza y estaba decidida a intentarlo.

—Cualquier cosa que necesitéis, por aquí ando —dijo Holden.

Elvi tuvo un pensamiento intrusivo y repentino muy explícito. Sintió cómo se ruborizaba poco a poco.

—Eso haré, capitán —dijo—. ¿Podría... esto... conseguirme un zurrón de muestras de repuesto de los que hay en la *Israel*? Me sería de mucha ayuda.

Holden la soltó, y ella notó la ausencia de inmediato. Elvi se metió las manos en los bolsillos. Él se limitó a asentir, titubeó un momento como si esperase a que ella dijese algo más y luego se perdió entre la multitud de la estancia principal. Elvi se mordió el labio, tragó saliva un par de veces y consiguió deshacer el nudo que tenía en la garganta. Sabía que se estaba comportando como una estúpida y que sus actos rozaban lo inapropiado, pero saberlo no le servía de nada.

Se detuvo junto a la ventana y contempló la lluvia gris. Era difícil creer que cada una de esas gotas tuviese en su interior algo que era capaz de colonizar su cuerpo tal y como la humanidad había colonizado Nueva Terra. Todo parecía muy tranquilo ahí fuera. Enorme, próspero y bonito. Hasta las riadas que fluían despacio tenían ese porte calmado, majestuoso y bello tan propio de la naturaleza.

La mayor parte de la Tierra estaba cubierta de ciudades o reservas naturales que estaban tan domesticadas como un animal de compañía. Marte y el Cinturón estaban moteados de colonias que habían sido construidas y diseñadas para que los humanos pudiesen vivir en un entorno inhumano y carente de vida. Se dio cuenta de que aquel era el primer lugar que había visto en toda su vida en el que había una espesura tal y como la había habido en la Tierra hacía milenios. Una naturaleza brutal e implacable. Mortífera e insensible. Vasta, impredecible y más compleja de lo que era capaz de imaginar.

—¿Estás bien? —preguntó Lucia.

—Estoy abrumada —respondió Elvi—. Pero bien.

—He conseguido sacar una nueva muestra del purificador de agua —dijo la doctora—. ¿Me ayudas a analizarla?

—Claro —respondió Elvi—. Cuando me envíen el zurrón de muestras será más sencillo mandarlas a casa. Quizá ellos también nos puedan ayudar.

—Bueno, si encuentran algo asegúrate de que lo envíen en un archivo de audio —dijo Lucia—. Para cuando llegue, a lo mejor ya no podemos leer.

—¿Cómo lo vamos a hacer? —preguntó Elvi.

—¿Hacer el qué?

—Cualquier cosa. Comer, reconstruir todo, crear agua potable, mantener a raya a las babosas mortales. ¿Cómo vamos a hacer todo lo que tenemos que hacer si ninguno de nosotros será capaz de ver nada?

—Diría que nos va a costar mucho —respondió la doctora.

El largo día de Nueva Terra y la oscuridad de las nubes le daba al lugar un ambiente muy extraño. Elvi estaba acucillada en la pequeña estancia anexa que Favez se había apropiado para montar su laboratorio de investigación. Las paredes tenían curvas que le recordaban a huesos. La única abertura se encontraba en la parte alta de una pared, y Favez, Lucia o Sudyam había colocado una plancha de plástico transparente para evitar que entrasen babosas mortales. Había un panel de leds blancos que emitían unas luces frías en la pared y el techo granate. El poco cieno verduzco que había en la placa de Petri improvisada podrían haber sido algas, hongos o los restos de una ensalada caducada hacía semanas que se habían quedado al fondo de la pequeña nevera de su habitación de la universidad superior. Pero no era nada de eso y, cuanto más lo miraba, más consciente era de ello.

Tenían algunas características similares a las de los reinos de la vida más familiares que había estudiado antes. Los lípidos de membrana que rodean las células, por ejemplo. Al parecer eran toda una mejora de diseño, como los ojos o el vuelo. Esas cosas parecían llevar a cabo algo parecido a la mitosis, aunque a veces las células se dividían en tres en lugar de en dos, y Elvi no sabía por qué. También tenían otras anomalías, como concentraciones sin sentido de moléculas que se activaban gracias a la absorción de fotones.

Lo peor era que Elvi no podía pensar en ello. No era capaz de concentrarse. Cada vez que lo intentaba, le venía a la mente James Holden. El sonido de su voz, su risa desesperanzada e impávida, la forma de su trasero. No podía dejar de pensar en él. Se dio cuenta de que había pasado cuatro páginas de análisis químicos sin tener ni idea de lo que había visto. Se reclinó en la silla y soltó un taco.

—¿Algún problema? —preguntó Favez al cruzar el umbral de la puerta. Tenía el pelo recogido, la cara gris debido a la fatiga y llena de barro reseco. Al mirarlo, Elvi se preguntó cuánto tiempo llevaba sin dormir. O cuánto tiempo llevaba ella sin dormir. O sin comer, ya que estábamos.

—Sí —respondió.

Fayez se acuclilló junto al arco que llevaba a las estancias principales. El plástico de la ventana estaba oscuro. Se había hecho de noche y ella ni se había dado cuenta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Fayez—. ¿Alguna otra razón para gritar «Dios mío, vamos a morir» o has descubierto algo aún peor en nuestra lista tan bien surtida de preocupaciones actuales?

—Tengo que encontrar al capitán Holden.

Fayez se llevó las manos a la cabeza.

—Claro, era eso.

—Tengo que contárselo.

Fayez envaró el cuello y abrió los ojos como platos.

—No, Elvi. No tienes que hacerlo.

—Sí que tengo que hacerlo —insistió ella—. Sé que es inapropiado, pero no puedo evitar estar enamorada de él. Es una distracción y está afectando a mi trabajo. He intentado ignorarlo, pero no puedo, así que voy a ir a verlo y se lo diré todo. Le dejaré las cosas claras y...

—No, no, de eso nada —dijo Fayez—. Es una idea pésima. Terrible. No lo hagas.

—No me entiendes. No quiero hacerlo, pero es necesario para poder concentrarme. Y mis sentimientos... mis sentimientos por él...

Elvi se levantó. Ahora que lo había dicho en voz alta, tenía que hacerlo. Holden dormía en una de las estancias contiguas parecidas a esa en la que se encontraba ella. Seguro que Amos estaba con él haciendo guardia. Podría limitarse a preguntarle si podía hablar con él allí mismo, en privado, y soltar lastre. Era una expresión que no había entendido hasta ahora. Podría soltar lastre, y seguro que Holden era tan gentil, amable y considerado que no se reiría de ella ni le daría la espalda. Entonces podría...

—¡Elvi! —volvió a gritar Fayez—. Por favor, de verdad, no lo hagas. No estás enamorada de James Holden. No conoces a ese hombre. No tienes ni idea de cómo es en privado y nunca llegarás a conocer al hombre que se oculta detrás de la máscara. Es una persona que sale en los canales de noticias y que ahora está con nosotros. Nada más.

—No lo entiendes.

—Claro que lo entiendo —aseguró Fayez—. Estás muy asustada, estás sola y estás cachonda. Elvi, hazme caso. Te has enfrentado a uno de los entornos más angustiosos para la humanidad de los últimos dos años. Primero, hemos venido a un planeta desconocido. Luego se ha convertido en un planeta desconocido con varias personas que pretendían liquidarte. Y

después todo ha saltado por los aires. Ahora tienes que lidiar con unas pequeñas criaturas que podrían matarte solo con el contacto mientras intentas descubrir cómo enfrentarte a lo que crece en nuestros ojos. Es imposible concentrarse en una situación así.

—Fayez...

—¡No! Hazme caso. Siempre sales adelante porque ignoras lo asustada que estás y te centras en el trabajo, y está muy bien hacerlo. De verdad, lo importante es salir adelante. Tienes todo mi apoyo. Pero eres un mamífero, Elvi, un animal social que necesita alivio y contacto. Y, como no somos una cultura que esté todo el día haciéndose arrumacos, eso significa que necesitas sexo. Llevas dos años evitando las relaciones en el trabajo mientras el resto nos hemos dedicado a emparejarnos y cambiar de compañero porque estábamos solos y asustados. Así es como los primates consiguen ese alivio del que hablaba. Lo ha hecho todo el mundo menos tú.

—Yo no...

—Estabas tan asustada que ni sabías que lo estabas, y entonces llega este James Holden, salvador del universo, y claro que pasa lo que pasa. Pero no tiene nada que ver con él, eres tú. Y si ahora vas a contárselo pueden pasar dos cosas: que acabáis enrollados en su cama o que vuelves enjugándote las lágrimas en los pañuelos para muestras.

Elvi notó cómo empezaba a apretar los dientes y a cerrar los puños. Fayez se puso de rodillas, pero no llegó a levantarse. Extendió un brazo para bloquear la salida, hizo una mueca y terminó por retirárselo. Cuando volvió a hablar, su voz era más amable y sosegada.

—Por favor, bastante jodidos estamos en este planeta que no deja de sorprendernos con trampas mortales. Nada más cruzar la puerta hemos cometido y cultivado todos los errores tribales, territoriales y de primates que había cometido la humanidad hasta la fecha. Por favor, no añadas otra equivocación a esa lista.

—O sea, ¿que según tú lo único que quiero es acostarme con alguien? —preguntó Elvi con un tono de voz a caballo entre la rabia y la apatía.

Fayez se apoyó en la pared con gesto derrotado.

—Lo único que digo es que eres humana, y los humanos se necesitan los unos a los otros. Lo único que digo es que no te gusta Holden por la persona que es, ya que no lo conoces, y que te estás inventando a otra persona para sentirte bien al hacer algo que necesitas, porque eres humana y tienes necesidades que no tienen que estar relacionadas con el amor romántico. Y...

Levantó las manos, agitó la cabeza y apartó la mirada. La lluvia repiqueteaba contra la plancha de plástico, como uñas en la piedra. Se oyó un grito en la distancia y una voz aún más distante que respondía a la llamada. Elvi se cruzó de brazos.

—¿Y? —preguntó Elvi—. Venga, no te irás a quedar callado a estas alturas.

—Y me tienes a mí —suspiró Favez.

Elvi tardó un instante en comprender lo que acababa de decir. Lo que le ofrecía. Empezó a reír con una virulencia propia de la tormenta que acababa de pasar. Favez frunció los labios y se encogió de hombros, con la mirada fija en la pared que Elvi tenía detrás. Ella no podía dejar de sonreír aunque habían empezado a dolerle las mejillas. La risa terminó por relajarse. Respiró hondo. Un relámpago distante brilló en la ventana, pero no se oyó el trueno.

Bajó la cabeza para mirar a Favez. Un momento después, la levantó.

—Vale —se limitó a decir.

Favez roncaba. No mucho. No era estruendoso, sino un ligero ronroneo que surgía de su garganta. Habían doblado sus ropas llenas de barro para usarlas como almohadas. Elvi estaba bocarriba con las rodillas dobladas, miraba el techo y contemplaba la suavidad de su piel. Él estaba en posición fetal girado hacia ella para aprovechar el calor de su cuerpo, y ambos tenían las piernas entrelazadas. La respiración de Favez le hacía cosquillas en la clavícula. Ella pensaba en qué decir o hacer si alguien atravesaba la entrada, pero era de noche, y las noches allí eran muy largas. Daba tiempo de hacer muchas cosas.

Elvi miró el cuerpo del hombre, el color ambarino de su piel, con más pelo en el pecho y en las piernas del que esperaba. Parecía un cavernícola, un neandertal sin arcos superciliares. Respiró hondo y soltó el aire despacio para disfrutar del momento. Siempre había respetado la regla autoimpuesta de no dormir con sus compañeros de trabajo. No le había ni cogido la mano a nadie desde que la *Israel* había empezado a acelerar hacia la puerta. Casi había olvidado lo que se sentía al tener relaciones. Y también lo que se sentía después.

Favez tosió, se movió, y ella aprovechó el momento para separarse de él. El hombre se despatarró en el suelo con los ojos cerrados y la cara apoyada en la ropa de Elvi. Ella reflexionó sobre James Holden, con cuidado y miedo de los sentimientos que podía llegar a encontrar en su interior.

—Vaya —dijo en el silencio de la estancia en voz baja para no despertar a Favez—. No estaba enamorada de Holden.

La respiración de Favez volvió a agitarse y se le movieron los ojos bajo los párpados, pero no se despertó. Pensó en quitarle el mono que estaba usando de almohada, pero dormía tan plácidamente que decidió esperar. Creía que iba a sentirse incómoda o avergonzada por estar desnuda, pero no fue así.

Se sentó con las piernas cruzadas junto a los análisis químicos. En la placa, el potingue verduzco de la muestra de agua se había movido un poco y le habían salido unos estolones muy finos con los que exploraba el entorno. Abrió los datos de los análisis químicos y empezó a revisarlos desde el principio. Cuando llegó a las extrañas lecturas de los compuestos que se activaban con la luz, tosió debido a la sorpresa. Eran quirales, pero se encontraban en un entorno biquiral. Tenía dos configuraciones diferentes que seguro usaba para dos funciones muy diferenciadas. Tenía sentido.

Se estiró y le crujió la columna por la parte de los omóplatos. Luego se inclinó hacia delante y siguió revisando los datos. Tomó nota de varias preguntas que quería hacerle a Lucia o enviar a casa. Estaba tan inmersa en el trabajo que no oyó cómo Favez se despertaba, se vestía y se marchaba hasta que el hombre le puso una manta sobre los hombros. Elvi miró hacia arriba. El mono aún estaba doblado en el suelo. Favez le puso una taza de té caliente al lado y le dio un beso en la coronilla.

—Buenos días, cariño —dijo.

Elvi sonrió, se reclinó en la silla y se apoyó en él.

—Seguro que le dices lo mismo a todas.

—¿Estás bien? —preguntó con tono amable.

Elvi frunció el ceño. ¿Lo estaba? Dadas las circunstancias, era muy probable que sí.

—Estoy investigando este organismo —dijo—. Y mira, la verdad es que creo que empiezo a entenderlo. Echa un vistazo a esto...

Havelock

Al sistema de recicladores de aire de la *Edward Israel* no le importaba de dónde viniese la energía. Para él era lo mismo que saliese del reactor de fusión o de las baterías. Pero Havelock sí que notó un cambio en el aire: estaba más caliente, era más denso y menos apto para la vida. Quizá solo se lo estuviese imaginando. Era consciente de que se encontraba en un tubo de acero y cerámica lleno de aire y aislado del exterior. Había pasado la mayor parte de su vida adulta en un entorno así y estaba tan acostumbrado como lo estaba alguien que viviese en la Tierra sin ser consciente de que se encontraba unido a un objeto astronómico rotatorio gracias a su masa y protegido del reactor nuclear que es el Sol solo por el aire y la distancia. No era algo en lo que te parases a pensar a no ser que se convirtiese en un problema.

Había dividido el monitor: tenía al capitán Marwick a la izquierda, con gesto preocupado y molesto, y al jefe del equipo de ingeniería de ECR y su grupo paramilitar a la derecha.

—Puedo mejorar la eficiencia de los sistemas para conseguir dos o incluso tres días más —dijo el jefe de ingeniería. Tenía la cara roja y apretaba los dientes.

—En teoría —apuntilló Marwick—. La nave es vieja. No hay que fiarse mucho de la teoría.

—Conocemos bien los sistemas que tenemos por aquí —dijo Koenen—. No hay nada teórico. Está todo muy medido.

—A veces cuesta enfrentarse al hecho de que las certezas también pueden llegar a ser conjeturas, ¿verdad? —dijo Marwick.

—Caballeros —llamó Havelock, poniendo el mismo tono de voz que hubiese puesto Murtry—. He entendido el problema.

—Puede que esté acabada, pero sigue siendo mi nave —espetó Marwick.

—¿Acabada? —preguntó el jefe de ingeniería—. Los que estaremos acabados seremos nosotros si no...

—Silencio —dijo Havelock—. Los dos. Cállense. He entendido el problema y agradezco que ambos me hayan dado su punto de vista. No vamos a empezar ninguna maldita modificación en la nave hasta que no hayamos cargado el próximo paquete de suministros para los que se encuentran en la superficie. Capitán, ¿podría darme permiso para que los del equipo de ingeniería echen un vistazo a los sistemas? Solo un vistazo.

—¿Solo un vistazo? —preguntó Marwick con los ojos entornados—. De acuerdo si se compromete a ello. A veces cuesta mucho no meterse donde a uno no le llaman.

Havelock asintió como si aquello significase que le había dado permiso.

—Jefe, reúna a un equipo. Solo inspección visual. Envíeme un informe después de que se hayan mandado los suministros.

—Señor —dijo el jefe de ingeniería. La palabra sonó muy brusca y la pronunció con demasiada fuerza, como lo haría alguien que nunca había estado en el ejército pero quisiese darle un tono militar. El vídeo de la derecha desapareció y el capitán Marwick apareció en ventana completa.

—Ese hombre es gilipollas.

—Está asustado e intenta mantener el control... Al menos sobre las cosas que cree que tiene el control.

—Es gilipollas y ha olvidado que unas partidas de *paintball* no son suficientes para convertirle en el puto almirante Nelson.

—Lo mantendré a raya —dijo Havelock.

«Al menos diez días más. Después todo dará igual».

Marwick asintió y se desconectó. Havelock respiró hondo y soltó el aire poco a poco por la nariz. Volvió a abrir la ventana de mensajes pendientes. Tenía una lista de treinta que habían llegado mientras hablaba con el capitán y el jefe de ingeniería. Todos eran de casa. Del Sistema Solar. Solicitudes para entrevistas y comentarios de personas desconocidas, aunque a algunos sí que los conocía de vista. Sergio Morales de Noticias Nezávislé. Amanda Farouk de Primera Reacción. Mayon Dale de APE Información Central. Incluso Nasr Maxwell de Análisis Predictivos. Todas las reconocidas personalidades de los canales de noticias que veía para estar al día de los acontecimientos del Sistema Solar ahora querían ponerse en contacto con él. La atención de la humanidad estaba centrada en Nueva Terra. En él.

No le gustaba y no le hacía sentir nada bien.

Pasó los mensajes uno a uno y los respondió todos con el mismo mensaje impersonal: «Estamos muy ocupados con lo que está ocurriendo en Nueva Terra. Por favor, envíe sus preguntas a Patricia Verpiske-Sloan del departamento de relaciones públicas de Energías Carta Real». Bla, bla, bla. Seguro que terminarían echándole la bronca por hacerlo. De hecho, ya estaba un poco preocupado por haber escrito que estaban muy liados.

—¿Estás bien? —preguntó Naomi desde la celda.

—Estoy bien.

—Te preguntaba porque llevas un rato suspirando.

—¿Ah, sí?

—Cinco veces en menos de un minuto —explicó Naomi—. Antes de que dejase de funcionar el reactor lo hacías una vez cada dos minutos. De media.

Havelock sonrió.

—Tienes que encontrar algo para distraerte.

—Qué va, me lo paso pipa —dijo Naomi.

Abrió la página de inventario de los suministros de emergencia. Aún quedaban ocho horas para que llegase el momento idóneo para lanzarlos, por lo que con el fabricante solo podía crear objetos que tardasen seis horas o menos. Si Murtry y los demás necesitaban algo que tardase más tiempo, tendrían que esperar. Le echó un vistazo a la lista. Comida. Recipientes de agua de repuesto para el equipo químico que habían conseguido montar en la superficie. Acetileno y oxígeno para los equipos de reparaciones y salvamento. Comprobó el peso. No quería olvidarse de nada que pudiese ser útil allá abajo, pero de poco servirían los suministros si quedaban desperdigados por la atmósfera al romperse el paracaídas.

—Cuando volvamos serás famoso —afirmó Naomi.

—¿Qué dices?

—Todo el mundo está pendiente de ti. ¿No te has dado cuenta? Ese mensaje que has enviado va a ser reproducido en todos los canales de noticias.

—Ese mensaje era genérico y no daba información alguna —dijo Havelock—. Es como decir «sin comentarios», pero sin que dé la impresión de que ocultas algo.

—Les dará igual. Quizá hasta le quiten el sonido y se limiten a reproducir tu imagen mientras ellos hablan encima.

—Bueno, pues genial —dijo Havelock al tiempo que elegía los contenidos de los suministros. La luz de emergencia tenía baterías y, aunque lo más seguro era que no fuesen suficientes como para activar las defensas

planetarias, prefería no arriesgar. Intentó recordar si había algo más que llevase una fuente de energía. No era un problema al que estuviese acostumbrado a enfrentarse.

—Es lo que nos pasó —continuó Naomi—. Bueno, lo que le pasó a él en realidad. Incluso antes de lo de Eros.

—¿Lo que os pasó?

—Todo el mundo estaba pendiente de él. Ahora que echo la vista atrás, sé el momento exacto en el que empezó. Primero fue el tipo al que Marte había disparado. Y luego ocurrió lo de Eros.

—Tienes razón —convino Havelock—. Supongo que hay personas que no han oído hablar de James Holden ni de la *Rocinante*, pero será la gente que no suele ver los canales de noticias. Tengo que reconocer que Holden lo lleva bastante bien.

—Eso ha sonado muy sarcástico, señor Havelock.

Cambió al diagrama de empaquetado. El ordenador había ordenado los paquetes en seis configuraciones diferentes dependiendo de si la prioridad recaía en la densidad, la aerodinámica o el peso. Giró la imagen con los dedos y se imaginó cada uno de los fardos cayendo en la turbulenta e implacable atmósfera de Nueva Terra.

—Me refiero a que no parece molestarle —explicó.

—Sinceramente, diría que no es muy consciente de ello —dijo Naomi.

—Venga ya. ¿Me estás diciendo que no le gusta? ¿Ni siquiera un poco?

—No le gusta. Ni siquiera un poco —repitió Naomi—. He conocido a hombres que estarían encantados, pero Jim no es así.

—Sois pareja, ¿verdad?

—Lo somos.

—Pues diría que es un hombre con suerte, si no fuese por el embrollo en el que se ha metido en este planeta —dijo Havelock, que ya había elegido la configuración que iba a utilizar para el empaquetado—. En mi caso, todo el mundo estará pendiente de mí, pero no seré más que el reflejo de una muerte lenta y agónica que verán todos los que se encuentra en el Sistema Solar para alegrarse de no estar en mi lugar.

Cambió la imagen a la lista de fabricación. La cola de objetos a fabricar estaba llena. Le daba la impresión de que se le olvidaba algo, pero tardó unos segundos en recordar el qué. Volvió al inventario y añadió una pequeña caja de medicinas para el cáncer. Para James Holden.

—¿Cómo de bien conocías a Miller? —preguntó Naomi—. ¿Erais íntimos?

—Éramos compañeros —respondió Havelock—. Me salvó el culo alguna que otra vez cuando me venía muy arriba. O cuando me comportaba como un imbécil. Antes de que la APE tomara el control, Ceres no era un lugar muy seguro para un terrícola.

—¿En algún momento te dio la impresión de que era una persona... extraña?

—Éramos policías de Ceres —respondió Havelock—. Todos teníamos nuestras cosas. ¿Lista para el paseo de todos los días?

Naomi entrelazó los dedos con los barrotes de la celda y sonrió.

—¿Ya es la hora?

—Así es. La prioridad de Energías Carta Real es asegurar que se trata a los prisioneros con humanidad y en conformidad con las políticas de la empresa y las leyes interplanetarias —dijo, tal y como hacía cada una de las veces. Se había convertido en una especie de broma interna entre ambos, divertida no porque lo fuese, sino porque se trataba de algo familiar.

—A mí me parece un sinsentido —explicó Naomi—. Sobre todo sabiendo que vamos a morir.

—Lo sé —dijo Havelock, sorprendido por el nudo que se había formado en el estómago—. Pero es lo que hay. Vamos allá.

Se desabrochó, flotó hacia la taquilla donde guardaban los amarres y golpeó con fuerza el panel para introducir el código. Cogió una tobillera y la tiró por los aires para que flotase. Naomi la cogió con la punta de los dedos y se la puso con cuidado. La apretó en su tobillo izquierdo y la luz de diagnóstico resplandeció verde. Havelock comprobó su terminal portátil. La tobillera estaba activada. No había ningún error o anomalía. Abrió la celda, y Naomi salió de ella y se estiró. Su mono de papel crujía con cada movimiento.

—¿Vamos? —preguntó Havelock.

—Llevo todo el día esperando este momento —respondió Naomi.

Había más gente de lo habitual en el gimnasio. La incertidumbre (o el miedo) llevaba a ciertas personas a hacer ejercicio. Havelock no sabía si era porque necesitaban hacer algo o por quedarse agotados, por llegar a un punto en el que les diese igual el hecho de que flotasen a la deriva sobre un planeta vacío y la ayuda más cercana se encontrara a más de un año de distancia. Las endorfinas podían hacer milagros. Escoltó a Naomi hasta una máquina de resistencia con gel, y ella cogió una de las pesas de entrenamiento.

El resto de las personas que estaban en las máquinas hacían como si no estuviesen ahí. En sus rostros se podía ver el típico gesto impasible propio de

las caras de póquer, aunque había algunos que parecían enfadados. Entre esos, había algunos que la miraban a ella, pero unos pocos (sobre todo cinturianos) lo miraban con rabia. Havelock intentó ignorarlos mientras ejercitaba los músculos de la espalda y de las piernas. Aunque estaba listo para desenfundar el arma si veía algún movimiento sospechoso. Su trabajo era mantener vivos tanto a Naomi como a sí mismo. Eso y mantener unido a todo el mundo, al menos hasta que estallase la nave.

Empezó a sudar, y las perlas saladas empezaron a resbalarle por la piel y acumulársele por el cuerpo. De haber hecho el ejercicio suficiente seguro que hubiese quedado envuelto en una capa de su propio sudor. Hizo una pausa entre series para secarse la cara y también la de Naomi. Ella asintió para darle las gracias, pero no dijo nada.

Cuando terminaron, Havelock ayudó a Naomi a salir de la máquina. Uno de los técnicos medioambientales, un cinturiano de pelo rubio y nariz achatada que se llamaba Orson Kalk, se acercó flotando para usar la máquina.

—*Du llevas la caba unter oksel, schwist* —dijo el hombre. Naomi se rio.

—*Shikata ga nai*, joder, *sa sa?* —respondió ella.

—Venga, salgamos de aquí —apuró Havelock.

El técnico cinturiano se dejó caer en el gel, y Naomi se impulsó por la estancia hacia el pasillo que llevaba al despacho de Havelock y la celda. Havelock miró por encima del hombro todo el viaje de regreso. No se iba a sentir cómodo hasta que la mujer no volviese a estar en la celda con la puerta cerrada. Sacó un uniforme limpio y algunas toallitas de la taquilla y se las dio antes de activar los controles de privacidad. Havelock se impulsó hacia su asiento de colisión sin poder evitar oír cómo la cinturiana se quitaba el uniforme sucio, se bañaba y se ponía el limpio. La mujer tenía razón. Los controles de privacidad de las celdas servían de muy poco. Volvió a mirar la lista de mensajes. Tenía cincuenta y siete mensajes más que le pedían declaraciones, pero no quería hablar con ninguno de ellos. Volvió a enviar la misma respuesta impersonal a todos.

Cerró los ojos, más para sentirse cómodo por hacerlo que para intentar dormir. Había llegado a ese punto. Desde que se habían apagado los reactores le resultaba más fácil fantasear con el descanso que descansar.

Le sonó el escritorio. Era una llamada de Murtry. La aceptó.

El hombre de la pantalla era reconocible, pero estaba muy cambiado. Murtry nunca había tenido la cara rechoncha, pero ahora la tenía cadavérica. Su mirada no tenía la determinación a la que Havelock estaba acostumbrado, y se dio cuenta de que era porque parecía que el jefe de seguridad no le veía.

—Havelock, ¿está ahí?

—Sí, señor. ¿Qué tal las cosas en la superficie?

—Podrían ir mejor —respondió Murtry—. Necesito que me diga qué tal van los suministros.

—Progresan adecuadamente. Deberíamos tenerlo todo empaquetado y listo para el descenso en... unas seis horas.

—De acuerdo.

—¿No ha recibido los avisos de los grupos de seguridad, señor? ¿Quiere que compruebe si están bien configurados?

—Los recibo, pero no puedo leerlos —explicó Murtry. Tenía un tono de voz tranquilo y natural, como si no acabase de admitir que había empezado a perder la vista—. Cuando terminemos con este paquete de suministros, quiero que se ponga a preparar el siguiente sin dilación.

—Claro.

—Necesitamos construir un refugio semipermanente aquí abajo. Con un diseño tan simple que nos permita montarlo aunque no podamos ver lo que estamos haciendo. Y con la resistencia suficiente como para durar... joder, pues entre dos y cuatro años, supongo. Mire a ver qué encuentra en las listas. Si no hay nada a bordo que cumpla esas especificaciones, busque en las bases de datos del Sistema Solar, pero no me gustaría perder la siguiente oportunidad para enviarlo. No sé cuánto tiempo podremos seguir trabajando los que estamos aquí abajo.

—¿De qué tamaño lo necesita?

—Da igual. Lo que sea más rápido y resistente.

Havelock frunció el ceño. Los sonidos de la celda habían cesado. No sabía si la mujer los estaba oyendo hablar. Lo más seguro. Pero le daba un poco igual.

—¿Algo más que quiera añadir, señor?

Murtry negó con la cabeza. Miró hacia la cámara por un momento, pero luego giró la cara.

—Si no quedan supervivientes aquí abajo, me gustaría que el siguiente grupo que baje al lugar tenga algún techo para refugiarse, y que también tenga el logo de ECR impreso.

—¿Está plantando bandera, señor?

—Yo me lo planteaba como un último recurso —explicó Murtry—. ¿Puede hacerlo?

—Puedo hacerlo.

—Buen chico. Seguiremos en contacto.

—¿Necesita algo más?

—Qué va —respondió—. Hay muchas cosas que me gustaría, pero consígame ese refugio lo más rápido que pueda y será suficiente.

El jefe de seguridad se desconectó. Havelock silbó entre dientes. Los controles de privacidad de la celda de Naomi se desactivaron.

—Oye —llamó Havelock.

—El plan de tu jefe es construir una caseta resistente que haga las veces de mausoleo para cuando baje al planeta el próximo grupo de idiotas dispuesto a morir. No sabría decirte si me parece un nihilista o el segundo hombre más idealista que he conocido jamás.

—Puede que sea ambas cosas.

—Puede —convino Naomi. Un momento después añadió—: ¿Estás bien?

—¿Yo? Sí, estoy bien.

—¿Seguro? Porque estás en una nave en deterioro orbital y el hombre que tenías por figura paterna te acababa de decir que se está preparando para morir.

—No lo tengo por figura paterna —dijo Havelock.

—Lo que tú digas.

—Tiene un plan. Estoy seguro de que tiene un plan.

—Su plan es que todos vamos a morir —dijo Naomi.

En ingravidez, las lágrimas a veces ascendían en lugar de caer, se le acumulaban a uno en los ojos hasta que todo parecía estar bajo el agua. Como si te estuvieses ahogando. Havelock se las enjugó con la manga, pero no consiguió secarse los ojos, las olas seguían rompiendo contra las paredes de su conciencia. Le llevó un minuto recuperar el control de la respiración.

—Vaya, seguro que te lo has pasado genial con mi numerito —dijo Havelock con amargura.

—Para nada —aseguró Naomi—, pero si tienes pañuelos de sobra, te lo agradecería. Este uniforme no absorbe una mierda.

Al mirarla, vio que ella también tenía lágrimas en los ojos. Havelock titubeó, se desamarró, cogió una toallita circular de las pequeñas y absorbentes y se la lanzó. Pasó a través de los barrotes, y ella se la llevó a los ojos. La humedad empezó a oscurecer la tela y a deformar la toallita.

—Estoy muy asustado —aseguró Havelock.

—Yo también.

—No quiero morir.

—Yo tampoco.

—A Murtry le da igual.

—No —repuso Naomi—. No le da igual.

Se le atragantaron las palabras. Por un instante, Havelock pensó que iba a romper a llorar otra vez. Estaba demasiado cansado. Llevaba mucho tiempo trabajando bajo estrés y estaba emocionalmente inestable. Sensiblero. Aún notaba ese nudo en el estómago.

—Diría —empezó a decir con voz quebrada— que me he equivocado de trabajo.

—Ya lo sabes para la próxima —dijo Naomi.

—La próxima.

Naomi sacó los dedos por los barrotes y él le cogió la mano con mucho cuidado. Flotaron juntos durante un rato: guarda y prisionera, terrícola y cinturiana, empleado de una empresa y sabotadora gubernamental. Definiciones que en una situación así habían perdido todo el sentido.

Elvi

Recibió los datos y los análisis muy desordenados. Algunos venían de los sistemas de la *Edward Israel*, otros de los grupos de trabajo de ECR que había en la Luna, la Tierra y Ganímedes. No llegaron resúmenes ni recapitulaciones de los descubrimientos. Solo opiniones, especulaciones, sugerencias de pruebas a realizar (muchas de las cuales no podía llevar a cabo debido al equipo del que disponía) y análisis de datos. Entre los informes médicos de Lucia de los primeros casos que había diagnosticado a los okupas y las observaciones que había realizado Elvi después de la inundación, tenían datos suficientes como para avivar miles de teorías pero escasos para sacar buenas conclusiones. Y Elvi era la líder del grupo de trabajo local y la única persona en todo el universo que tenía acceso a los sujetos de prueba y a cualquier nueva información.

Las babosas mortales no parecían complicadas. La sustancia tóxica era un compuesto cíclico de carbono con cadenas laterales de nitrógeno que parecía estar relacionado superficialmente con la tetrodotoxina y formar parte del sistema locomotor de la babosa en lugar de tratarse de un mecanismo de defensa contra los depredadores. Aún seguía siendo un misterio cómo algo así podía mezclarse con la sangre, pero las babas tenían media docena de elementos quiral R que nadie se había molestado en examinar a fondo todavía. Daba igual lo que se descubriese más tarde, Elvi ya tenía la información que necesitaba: se trataba de una neurotoxina, por lo que no había antídoto y la solución era no tocarlos. Se acabó.

Por otra parte, la flora ocular era más compleja. Los laboratorios de la Luna y Ganímedes trabajaban con modelos de algas y la trataban como si fuese una especie invasiva que hubiese en una primitiva poza de marea. El grupo de trabajo de la Tierra discutía sobre si quizá lo mejor fuese tratarla

como una estructura mineral fotosensitiva. Con los pocos datos que habían sobrevivido a la tormenta, en la *Israel* sugerían que la ceguera no estaba causada por el cuerpo extraño que se había apoderado del humor vítreo, sino por la manera en la que ese organismo vivo aislaba la luz. Eran buenas noticias, ya que afirmaban que matando al organismo y eliminando las estructuras que se encontraban en los ojos, la recuperación sería casi inmediata. Puede que quedase alguna miodesopsia en la visión, pero la mayor parte de las personas tenía alguna y el cerebro las compensaba sin problema.

Ahora, era complicado acabar con el organismo. Y el tiempo apremiaba cada vez más. Todo el mundo había sufrido un pico de glóbulos blancos en la sangre y sus cuerpos intentaban acabar con los invasores, pero no había manera.

Elvi había empezado a notar un ligero picor alrededor de los párpados, no mayor que el que solía notar con las alergias estacionales cuando estaba en casa. Luego había empezado a notar pequeñas descargas blanquecinas en la visión y dolores de cabeza. Y después, tras siete horas desde que hubiese notado el primero de los síntomas, el mundo empezó a emborronarse un poco y a adquirir cierto tono verduzco. Fue justo en ese momento cuando supo a ciencia cierta que ella también se iba a quedar ciega.

El miedo y la funcionalidad habían cambiado la distribución del refugio a pesar de las limitaciones que dictaban las ruinas. La gente que se encontraba en las partes más alejadas de la estructura había empezado a acercarse otra vez al grupo más grande. La necesidad de espacio y privacidad había cedido al temor a las babosas, al clima y al miedo a estar cada vez más discapacitados. Para Elvi, la concentración cada vez mayor de personas se notaba muchísimo en el sonido ambiente. Cada vez se oían más conversaciones en voz alta, tanto que llegó a sentir que investigaba en medio de una estación de trenes. A veces le resultaba reconfortante la cantidad de sonidos humanos que había a su alrededor, pero otras veces era muy molesto. En general, se limitaba a ignorarlos.

—¿Todo bien, doctora?

Elvi se dio la vuelta en la mesa de trabajo. Carol Chiwewe se encontraba en pie en el umbral que hacía las veces de puerta. La mujer parecía cansada. Y también estaba borrosa. Y un tanto verduzca. Elvi se frotó los ojos para limpiarlos por instinto, aunque sabía que no serviría para nada. La lluvia tamborileaba con suavidad en las planchas de plástico. Elvi ya casi no la oía debido a la costumbre.

—Estoy bien —respondió—. ¿Cuántos van hoy?

—Hemos atrapado cuarenta y una de esas cabronas —dijo Carol—. Han aumentado, ¿verdad? Pensaba que cuando la tierra se secase un poco empezarían a escasear.

—¿Está más seco?

—No, pero llueve menos. Espero que se vaya secando.

—Es demasiado pronto para que el cambio empiece a afectarles —explicó Elvi al tiempo que introducía los datos. Llevar la cuenta del número de babosas mortales era tan solo una más de la docena de estudios que realizaba a diario—. La media sigue descendiendo. No me extrañaría que empezase a notarse en unos días.

—Sería genial que esas cosas durmiesen por la noche. Demasiado pedir, supongo.

—Pues sí —convino Elvi—. Pasan mucho tiempo bajo tierra. No tienen razón para ser criaturas diurnas.

—Nos estamos quedando sin comida —dijo Carol. No cambió nada el tono de voz.

—Los suministros ayudan —dijo Elvi.

—Los suministros no durarán para siempre. No hay nada en este planeta que podamos comer.

—Cierto.

Carol soltó un taco en voz baja. Sonaba desesperada. Suspiró.

—Nos vemos dentro de una hora.

—Gracias.

Detrás de ella, Fayez bostezó y se estiró. A Elvi le hubiese gustado descansar con él, pero tenía mucho que hacer. Entornó los ojos para mirar el reloj. Fayez se había acostado hacía tres horas.

—¿Me he perdido algo? —preguntó.

—Ciencia —respondió Elvi—. Te has perdido la ciencia.

—Joder. ¿Me prestas tus notas?

—Qué va. Tendría que explicártelas alguien.

El hombre rio entre dientes.

—¿Has comido algo?

—No.

—Al fin puedo ser útil. Quédate aquí y volveré con una insípida barrita alimenticia y un poco de agua filtrada.

«Nos estamos quedando sin comida».

—Gracias —dijo—. Cuando salgas, mira a ver si encuentras a Yma y a Lucia. Iban a hacerle inspecciones oculares a todo el mundo.

—Ciegos que evalúan a los ciegos —dijo Favez—. Es como volver a la escuela de posgrado. Las buscaré. Deberías descansar un poco la vista.

—Eso haré —mintió Elvi. Sus ojos, los ojos de todo el mundo, tendrían pronto un merecido y obligado descanso. La tía de Elvi había sido ciega y hacía su vida con normalidad, aunque también era cierto que vivía en una arcología rural de Trento. Ahora Elvi se encontraba en un planeta en el que no contaban con una agricultura sostenible, que tenía un ecosistema incomedible y en el que tocar algo equivocado podía acabar con su vida al instante. El contexto lo era todo. Le sonó el terminal portátil. Acababa de llegar un nuevo lote de informes y mensajes del grupo de Ganimedes. Los abrió con un suspiro. Si se ponía a leer todas las sugerencias que le llegaban, no tendría tiempo de nada más. Seleccionó una al azar y la abrió. Se vio obligada a aumentar el tamaño de la fuente, y cambiar el color de la letra a rojo en fondo negro también ayudó un poco. Si el organismo invasor tenía la misma curva de crecimiento que los hongos...

—¡Conseguido! —gritó Favez—. He vuelto con algo de sustento y con Lucia. Y, según veo, tú ni siquiera te has molestado en fingir que intentas descansar.

—Qué va —dijo Elvi al tiempo que le quitaba de las manos la barrita compacta y se giraba hacia la doctora—. ¿Has descubierto algo?

—Tengo buenas y malas noticias. Tenemos una tasa de infección de casi un cien por cien —dijo Lucia, que se tiró al suelo junto a ella—. Se desarrolla más lento en los niños que en los adultos, o eso parece, pero la diferencia es ínfima.

—¿Y alguna diferencia entre los de Primer Aterrizaje y los de ECR?

—No he podido revisar todos los datos de Yma. Ella se ha encargado de los tuyos principalmente. En mi opinión, no hay diferencias. Como colofón de las malas noticias, diría que es mucho más agresivo que los casos aislados que teníamos antes.

Elvi le dio un mordisco a la barrita. Sabía a pastel de frutas sin edulcorar, olía a tierra de maceta y le absorbió toda la saliva que le quedaba en la boca como si fuese una esponja.

—¿Quizá haya más? —preguntó Elvi sin terminar de masticar la comida—. Antes el lugar era tan árido que quizá las partículas infecciosas fuesen más escasas.

—Tan escasas que quizá nuestro sistema inmunológico era capaz de reconocer que eran extrañas y podía expulsarlas —terminó Lucia.

—¿Sería posible algo así? —preguntó Favez—. Pensaba que esas cosas tenían una biología del todo diferente. ¿Puede hacer algo contra ellas nuestro sistema inmunológico?

—No con tanta eficiencia —respondió Lucia. Parecía cansada—. Pero si la tormenta estaba cargada de ellas, seguro que nuestras defensas se han visto superadas.

—Y por eso todo el mundo está infectado —dijo Elvi.

—Eso es —admitió Lucia—. Pero lo curioso es que no es todo el mundo. Elvi volvió a abrir los ojos. Lucia sonreía.

—Las noticias eran buenas y malas, ¿recuerdas? Hay un hombre que no se ha visto afectado.

—¿No tiene nada?

—Nada de nada. Sé distinguir los primeros síntomas y tampoco es un caso de desarrollo lento.

—Quizá... ¿Sería posible que no hubiese estado expuesto?

—Lo ha estado.

Elvi sintió que le embargaba la alegría. Aquello era como recibir un regalo inesperado. La habitación quedó iluminada por un relámpago y se preguntó por qué lo veía todo un poco más verde. Luego se acordó de la razón.

—Vale, ya tenemos al tuerto que va a ser rey —dijo Favez—. Mejor eso que nada, pero no sé cómo puede llegar a ayudarnos algo así.

—Estudiar personas que tienen una inmunidad natural es el camino para encontrar vacunas y tratamientos —respondió Elvi—. Es un buen punto de partida.

—Vale —accedió Favez rascándose los ojos—. Lo siento, creo que no estoy en mi mejor momento. El estrés de los últimos días me tiene atontado.

Elvi rio por la broma.

—¿Ha accedido a someterse a pruebas? —preguntó.

—¿Vamos a preguntarle? —dijo Favez.

—No he tenido la oportunidad de comentárselo —dijo Lucia—. Bastante ha costado hacerle la primera revisión.

—¿Por qué? —preguntó Elvi—. ¿Quién es?

Holden se encontraba en la entrada de la estancia principal. El color de sus ropas había quedado oculto bajo el del barro, como ocurría con las ropas de todos los demás. Barro, agotamiento, lágrimas y miedo conformaban el

uniforme de ECR y los ciudadanos de Primer Aterrizaje. Tenía el pelo grasiento y peinado hacia atrás. Sus mejillas y cuello estaban salpicados por las marcas de una barba irregular. La visión deteriorada había alisado las arrugas de la edad y del estrés y le daban un aspecto agradable pero ordinario. Elvi recordó todas las veces que se había inventado excusas para pasar tiempo con él. Le costaba mucho pensar que fuese la misma persona.

La mujer se envaró y cruzó la estancia.

—Capitán Holden, ¿podemos hablar un momento?

—La verdad es que estoy muy ocupado. ¿No puede esperar?

—No puede esperar.

Holden hizo una mueca que borró al instante, tan rápido que casi fue imperceptible.

—Vale. ¿En qué puedo ayudarte?

Elvi se humedeció los labios mientras pensaba en cómo explicárselo. No tenía ni idea de cuál era su formación en biología, por lo que decidió que lo mejor era simplificarlo lo máximo posible.

—Capitán, eres una persona muy especial. Una muy importante...

—Un momento.

—No, no, quería decir...

—Espera, de verdad. Mira. Doctora Okoye. Elvi. He sentido cierta tensión entre nosotros durante un tiempo, a pesar de que he intentado ignorarla, lo que puede que no haya sido la mejor idea. He intentado pasar del tema para no tener que llegar a hablarlo. Estoy en una relación muy seria y, aunque algunos de mis progenitores no eran monógamos, esta relación sí que lo es. Antes de que la cosa vaya a peor, necesito que sepas que no va a ocurrir nada entre nosotros. No es por ti, eres una mujer guapa e inteligente, pero...

—El organismo que nos está cegando, capitán —interrumpió Elvi—. Eres inmune. Necesito muestras de tu sangre. Puede que algo de tejido también.

—Ayudaré en todo lo que pueda, pero tienes que entender que...

—Por eso eres especial. Porque eres inmune. Solo me refería a eso.

Holden se quedó en silencio con la boca a medio abrir y haciendo aspavientos con ambas manos para disculparse. Se hizo un silencio sepulcral que duró tres segundos interminables. Y luego dijo:

—Vaya, joder. Pensaba que...

—El examen ocular de la doctora Merton...

—Pensaba que... Lo siento. Ha sido un malentendido...

—No del todo. Sí que existía esa tensión de la que hablabas. Algo. Pero se acabó —zanjó Elvi—. Del todo.

—Genial —respondió Holden. Se la quedó mirando un momento con la cabeza un poco ladeada—. Vaya, qué situación tan incómoda.

—Pues sí.

—¿Qué tal si nunca lo volvemos a mencionar?

—Estoy de acuerdo —aceptó Elvi—. Necesito que vengas conmigo para sacarte las muestras de sangre.

—Claro. Venga, vamos.

—Y cuando me empiece a fallar más la vista, puede que necesite que me leas los resultados.

—Sin problema.

—Gracias.

—Gracias a ti, doctora Okoye.

Asintieron dos o tres veces, como si no fuesen capaces de seguir con lo que estaban haciendo. Fue Elvi la que terminó por darse la vuelta y marcharse entre grupos y aglomeraciones de personas que había tiradas por el suelo de las ruinas. Uno de los okupas lloraba y se balanceaba de un lado a otro. Elvi pasó junto a él y volvió al laboratorio a la carrera. Yma ya se encontraba allí, sentada con las piernas cruzadas en el suelo comparando datos junto a Lucia. Elvi no se dio cuenta de que su visión había empeorado hasta que intentó mirar detrás de las mujeres. El terminal portátil de Yma era poco más que un borrón blanco y azul del que podía sacar la misma información que de las nubes en el cielo.

—¿Ha aceptado? —preguntó Yma con la voz tensa como un cable.

—Ha aceptado —respondió Elvi, que se sentó junto al equipo químico. Había que cambiar el recipiente de agua. Pronto, muy pronto, tendría que dejar de destilar agua potable y usarlo para realizar más pruebas. Todavía no había llegado el momento. Cambió el recipiente.

—¿Has conseguido su historial? —preguntó Lucia.

—¿El historial médico? No, pensaba pedírtelo a ti.

—Como quieras —dijo Lucia al tiempo que se incorporaba un poco en el suelo—. ¿Estaba en la estancia principal?

—Ahí está, sí —respondió Elvi, que se había arrodillado junto a los controles del equipo. Había una mancha de barro en la pantalla, pero la limpió y consiguió distinguir las letras—. Prepararé el equipo para las muestras de sangre.

—¿También quieres fluido lagrimal?

—Puede que sea buena idea —respondió Elvi—. Para ver si hay algo fuera de lo normal.

—Perfecto —convino Lucia.

Cuando cruzó el umbral de la estancia, Elvi notó que caminaba con un poco de dificultad. Titubeaba. Se preguntó durante cuánto tiempo más podría contar con la ayuda de la doctora. Cuánto tiempo les quedaba a todos. Cada vez menos.

—¿Has sacado algo en claro? —preguntó.

—Que parece no distinguir entre nosotros y los okupas —respondió Yma.

—Bueno, al menos a alguien le da igual.

El tiempo pasó sin que Elvi se diese cuenta. Llevaba horas concentrada y con la atención alejada del mundo que la rodeaba, centrada en pruebas, el retraso de las transmisiones y el obstáculo que suponía su deteriorada visión. Incluso antes de que llegaran los resultados de las pruebas de Holden, Elvi ya se había puesto a curiosear con las muestras del organismo y a categorizarlas para encontrar similitudes con otras plantas, animales u hongos. Le agobiaba saber que cada vez tenía menos tiempo, pero era una sensación tan omnipresente que terminó por dejar de importarle, como un olor fétido al que uno termina por acostumbrarse, por lo que terminó centrándose en lo que mejor se le daba. La habían elegido porque se le daban muy bien los sistemas biológicos, porque le divertía resolver problemas complicados. Ya llevaba meses revisando los datos y le encantaba investigar aquel nuevo mundo, ser la primera en descubrir sus secretos, pero le había resultado una tarea sencilla. Incluso un ayudante habría sido capaz de reunir las muestras que había enviado ella.

Lo que hacía ahora era lo complicado. Y aunque le preocupaba y asustaba que la vida de los que se encontraran en Nueva Terra dependiese de ello, no pudo evitar disfrutar de su trabajo.

—Tienes que comer algo —dijo Favez.

—Acabo de comer —aseguró Elvi—. Me acabas de dar la barrita.

—Eso fue hace diez horas —explicó el hombre con amabilidad—. Tienes que comer otra vez.

Elvi suspiró y se reclinó para apartarse de la pantalla. Se había acercado mucho al equipo para ver los resultados. Le dolía la espalda y empezaba a sentir un dolor de cabeza que se le extendía por la parte delantera del cráneo. Favez sacó algo. Otra de aquellas barritas de emergencia. Cuando fue a cogerla, él le agarró la mano.

—¿Estás bien?

—Estoy bien —aseguró.

—¿Segura?

—Bueno, si no tenemos en cuenta lo más obvio, sí. ¿Por qué lo dices?

—Pareces algo distante.

—He estado trabajando.

—Claro. Lo siento. Ha sido una pregunta estúpida.

—No te entiendo —comentó Elvi—. ¿No me he estado comportando como siempre?

—Sí, eso has hecho —respondió Favez al tiempo que le soltaba la mano—. A eso me refería. Después de... Ya sabes.

—¿Del sexo?

El hombre se movió. Elvi se lo imaginó cerrando los ojos y haciendo una ligera mueca. Se le había deteriorado mucho la vista y podía estar imaginándose, pero se puso muy contenta. ¿Quién lo iba a decir? Favez era una persona sensible.

—El sexo —repitió—. Solo quería asegurarme de que todo estaba bien. De que nada había cambiado entre nosotros.

—Bueno —dijo Elvi—, con los orgasmos se libera un montón de oxitocina, por lo que seguro que estaré más cariñosa contigo que antes.

—Me estás vacilando.

—Sí, también —dijo al tiempo que le daba otro mordisco a la barrita. Sabía horrible.

—Quería asegurarme de que las cosas entre nosotros estaban claras.

—La verdad es que no he pensado en ello —aseguró Elvi haciendo un gesto al equipo químico—. Ya sabes. He estado muy ocupada.

—Claro —dijo Favez—. Lo entiendo.

—¿Te parece que hablemos del tema cuando sepamos con seguridad que no vamos a morir? ¿Te importa?

—Me parece genial.

—Pues venga. Tenemos una cita —zanjó Elvi antes de volver a inclinarse sobre el equipo. Le dolía la espalda, sobre todo entre los omóplatos. Se metió en los ajustes para ver si podía aumentar el tamaño de la fuente un poco más, pero el equipo tenía unas opciones muy limitadas. Pronto necesitaría ayuda. Alguien pegó un grito agudo en la estancia principal y al momento se oyó un coro de voces quejumbrosas.

—Vale, ha pasado algo —dijo Favez—. Mira, Elvi, eres la mujer más lista que he conocido jamás, y he estado en varias de las mejores universidades que existen. Si hay alguien capaz de sacarnos de este atolladero, esa eres tú. Y

me encantaría envejecer muchísimo y ponerme decrepito, incontinente y senil en tu compañía. Así que te estaré eternamente agradecido si consigues salvarnos la vida a mí y a todos los demás.

«Qué bonito», «por favor, no me presiones más» y «lo intentaré» fue lo primero en lo que pensó. Se volvió a oír un grito en otra parte de las ruinas. Esperaba que no hubiese sido una babosa y otro cadáver, que no hubiese surgido otra complicación más.

—Vale —se limitó a decir.

Holden

Holden volvió a abrirse paso hasta la parte trasera de la torre.

El cielo era del gris plumizo de un mediodía nublado. La lluvia se había convertido en un sirimiri que tenía el brío suficiente para dejarle el pelo y las ropas empapados y que le siguieran cayendo chorros de agua por la espalda. La tierra húmeda se hundía bajo sus botas con cada pisada. El aire olía a barro y ozono.

Un pequeño grupo de babosas mortales intentaba penetrar a través de una grieta en la base de la torre. Había un pedazo de tela enrollada que les bloqueaba la entrada, pero esas cosas no dejaban de empujar con sus estrechas cabezas para encontrar la manera de entrar. Holden levantó la pala de mango largo que habían sacado de las minas inundadas y las aplastó de un golpetazo. Recogió los restos viscosos y los lanzó lejos de la torre. Luego dejó que el agua de la lluvia limpiase la plancha de la herramienta.

Continuó caminando y se encontró con alguna que otra babosa rezagada en la pared. Las arrancó con la pala para luego lanzarlas como una catapulta. Al principio le había resultado divertido ponerse a prueba para ver a qué distancia podía tirarlas, pero ahora le ardían los hombros y los brazos por la fatiga y cada vez las lanzaba a menos distancia.

Miller lo seguía de vez en cuando, sin decir nada, como un sabueso gris que solo le recordaba que tenía cosas más importantes que hacer.

Desapareció cuando Holden dobló una esquina y se topó con un pequeño grupo de trabajo que descansaba junto a una zanja a medio excavar. Intentaban crear un foso que rodeara la torre al completo, pero el trabajo era costoso con los instrumentos primitivos con los que contaban.

Aquel grupo en particular estaba formado por tres mujeres y dos hombres con herramientas rudimentarias para excavar. Se estiraban y bebían agua de

uno de los recipientes del purificador. Una de las mujeres saludó a Holden con la cabeza, los otros cuatro lo ignoraron.

Uno de los dos hombres tenía una babosa en los pantalones.

Le colgaba de la tela, justo encima de la rodilla derecha. No había rastro de baba alrededor y ninguno de los cinco excavadores parecía haberse dado cuenta de que estaba ahí. Holden sabía que si gritaba para advertirlo, el hombre le daría un golpe con la mano sin pensar, por lo que caminó con cuidado hasta él y dijo:

—No te muevas.

El hombre frunció el ceño.

—*Quoi?*

Holden lo sostuvo por los hombros y lo empujó al suelo.

—¿Qué coño? —dijo el otro hombre.

Todos lo miraban y se apartaron como espectadores que contemplan el principio de una pelea. Holden se inclinó sobre el hombre del suelo y repitió:

—No te muevas.

Luego lo agarró de las perneras del pantalón y se lo arrancó de un fuerte tirón. Lanzó la prenda lo más lejos que pudo.

—¿Qué acaba de pasar? —preguntó la mujer que le había saludado con la cabeza. Ahora la reconoció. Era mayor y fuerte, una de las líderes de la mina, que ahora probablemente estaría al mando de las zanjas.

—¿Es que nadie ha visto que tenía una babosa en la rodilla?

—*Mortel limace?* —murmuró alguien.

Holden extendió una mano para ayudar a levantarse al hombre aturdido.

—Tenías una babosa mortal en los pantalones. ¿Estabas apoyado en la pared?

—No. No lo sé. Puede que lo haya hecho un momento —respondió.

—Os lo he dicho —recordó Holden, primero al hombre y luego se giró para encarar a la jefa—. No os apoyéis en las paredes. Las babosas las escalan para evitar el agua.

La jefa del grupo asintió con un puño.

—*Sa sa.*

—No la habéis visto —afirmó Holden. No era una pregunta—. ¿Cómo de mal tenéis la vista? *Krank occhi?*

—*Occhi?* —preguntó el hombre.

—*Occhi* no. Ah. *Orbas.* Ojos.

—*Na khoroch* —admitió el hombre haciendo un gesto de indiferencia con las manos. Nada bien.

—Bueno, el precio a pagar por no decirle a tu jefa que no veías lo suficiente como para evitar a las babosas es que ahora te has quedado sin pantalones.

—*Sa sa.*

—Venga, volved dentro —ordenó Holden, que le dio al hombre un suave empujón hacia la entrada de la torre—. Mirad si podéis encontrarle algo para que cubra sus vergüenzas.

—Lo siento, jefa —dijo el hombre, que se marchó al trote.

—¿Hay alguno que esté así de mal? —preguntó Holden a la líder del equipo.

La mujer hizo un gesto de indiferencia con las manos y frunció el ceño.

—Mal. Todos estamos mal.

—Vale —dijo Holden al tiempo que se frotaba la cabeza. El agua le chorreó por el cuero cabelludo y el pelo y le bajó por el cuello. Un momento después añadió—: Sácalos a todos de aquí.

—La zanja.

—Es demasiado arriesgado. Yo me quedaré aquí y patrullaré la zona. Llévalos dentro.

—De acuerdo —convino la mujer, que empezó a llevar al grupo hacia la entrada.

El terminal portátil de Holden emitió un zumbido y, cuando lo sacó, vio que alguien intentaba contactar con él desde hacía un rato. Aceptó la llamada y, unos segundos después, apareció Elvi en la pantalla.

—Jim, ¿dónde estás? Necesito que vuelvas al laboratorio.

—Lo siento —se excusó Holden—. Ando un poco ocupado.

—Tenemos las pruebas de los análisis. Necesito que vengas a leerme los resultados.

La pantalla del equipo de análisis era pequeña. ¿Para qué hacerla más grande si con la tecnología actual se podía corregir la pérdida de visión? A Holden se le ocurrieron varias críticas a la usabilidad del dispositivo en aquel momento.

—Deja que termine la patrulla —dijo.

—Es importante.

—También lo es evitar que mueran los idiotas que insisten en trabajar fuera a pesar de que están casi ciegos.

—Pues date prisa. Por favor —dijo Elvi justo antes de colgar.

Cuando Holden empezaba a guardar el terminal portátil, volvió a sonar. Echó un vistazo rápido a la pantalla y vio que era el aviso de llegada de otro

paquete de suministros. Levantó el terminal hacia el horizonte y dejó que lo llevara hasta el lugar donde iba a caer. De improviso apareció en el cielo un paracaídas blanco, y el terminal amplió la imagen. Estaba muy lejos. No dejaban de caer de manera fortuita en un espacio demasiado amplio. Aún había fuera varios equipos que habían salido a recoger los primeros paquetes, pero pronto no quedaría nadie en el lugar con la visión suficiente como para hacer el peligroso viaje necesario para recogerlos.

Él sería el único.

Partió en busca de Amos y la solución potencial al problema. El mecánico había montado un pequeño taller a unos cientos de metros de la torre, bajo un refugio con forma de caseta que había hecho con planchas de plástico corrugado. Contaba con una gran variedad de herramientas, partes arrancadas de los carritos eléctricos y suministros de soldadura desperdigados por el lugar.

—¿Cómo va? —preguntó Holden, que entró en el refugio y se sentó en una caja de plástico llena de chismes.

Amos estaba sentado con las piernas cruzadas en una plancha de plástico y rodeado de armazones de baterías a medio desmontar.

—Pues aquí está el problema —dijo al tiempo que señalaba las baterías con un musculoso brazo.

—¿A qué te refieres?

—A que he conseguido algunos carritos que me trajeron de la sopa en la que se habían convertido las minas y que los puedo tener listos para funcionar en unas horas si me dejo la piel en ello. Al parecer son bastante resistentes al agua. Había que limpiar el barro de las juntas y esas cosas, pero se hace en un periquete.

—Pero las baterías están destrozadas.

—Sí, a eso me refería. —Amos cogió una tira de metal de aspecto delicado que había quedado cubierta de herrumbre—. Las baterías no eran muy resistentes al agua.

Holden le quitó a Amos el metal oxidado de las manos y lo miró unos segundos, luego lo tiró a una pila cada vez mayor de partes estropeadas.

—Las naves afirman que hay ráfagas de vientos de altitud que hacen imposible que los suministros caigan en el lugar deseado —explicó—. Lo único que puedo hacer por ahora es enviar equipos de rescate a recogerlos.

—Eso hasta que los equipos no sean capaces de mear sin salpicarse los zapatos.

—Así es. Y cuando llegue ese momento, yo seré la única persona capaz de ir a por los suministros. No podré hacer eso y todo lo demás si no arreglamos los carritos.

—Sin problema —aseguró Amos—. Las buenas noticias son que puedo montar dos o tres baterías que funcionen con las partes que tenemos. Las malas, que lo más seguro es que solo pueda cargar una de ellas.

—Solo necesitamos una y un carrito que funcione.

—Puedo hacerlo —aseguró Amos. Rebuscó alrededor con cuidado y cogió el soldador a gas. Se encendió, y una resplandeciente llamarada azul apuntó hacia algo que había en el suelo. Una babosa mortal que había empezado a acercarse a él murió entre siseos y chisporroteos.

—¿Qué tal la vista? —preguntó Holden con naturalidad.

—Por ahora bien —aseguró el mecánico—. Supongo que es porque no llevamos tanto tiempo aquí. Eso sí, empiezo a ver destellos verdes en el rabillo del ojo, así que diría que estoy infectado como todos los demás.

—Deberías estar dentro con los otros.

—Qué va —dijo Amos. Mientras hablaba, cogió otra de las baterías desmontadas y siguió separando las partes—. El equipo de rescate de Wei me ha traído muchas de estas cosas, y sueltan sustancias tóxicas que no te gustaría que respiraran los demás. Además, tampoco quiero que esa gente esté cerca de mis cosas.

—Ya sabes a qué me refiero. El refugio que has montado está muy seco y es posible que cuando caiga la noche esto se llene de babosas.

—Es posible —convino Amos al tiempo que asentía—, pero tengo la plancha de plástico para evitar que salgan justo debajo de mí y freiré con el soldador a las que se intenten acercar. Dejaré sus cadáveres humeantes alrededor mío. Creo que las que están vivas los evitan. Estaré bien.

Holden asintió y se sentó con Amos en silencio durante unos minutos mientras el mecánico terminaba de desmontar la batería y ordenaba cada una de las partes según lo estropeada que estuviese. Reunía una pila de partes en perfecto estado para intentar montar una nueva. Holden sabía que si le ofrecía su ayuda solo le iba a entorpecer, pero se sentía bien estando allí con él bajo la lluvia y lejos de esos colonos ansiosos que tampoco quería dejar solos.

—¿Sabes una cosa? —terminó por decir—. Si la vista te empeora mucho, voy a tener que pedirte que entres en la torre. Hayas terminado con esto o no.

—Puedes intentarlo, supongo —dijo Amos entre carcajadas.

—No te opongas —dijo Holden—. Por favor. Me gustaría tener a alguien que me hiciese caso a la primera sin oponerse a lo que digo. No te voy a dejar

aquí fuera para que mueras envenenado. Además, si estás ciego podré llevarte.

—Lo vamos a pasar genial intentando descubrir si puedes hacerlo — volvió a decir Amos entre risas—. Si alguien puede, ese eres tú, está claro, pero tampoco quiero ser una carga, capi. Ya lo sabes.

—¿Y qué hacemos?

—Todos los que están ahí dentro tienen el mismo puto problema. Nos quedamos sin comida, nos quedamos ciegos, el planeta acaba de estallar — explicó Amos. Había empezado a montar una batería con las partes que parecían estar en buenas condiciones. Movía las manos con mucha destreza a pesar de que no miraba lo que hacía—. ¿Y sabes de qué hablarán todo el rato?

—¿De qué?

—Pues «bua, bua, no tenemos comida, nos quedamos ciegos, hay babosas venenosas por todas partes». Paso de las terapias de grupo. Como esté un solo minuto entre esos quejicas llorones voy a empezar a repartir leña solo para tener un momento de paz.

Holden se agitó en la caja y ocultó la cabeza empapada entre las manos.

—Lo sé. Ya han empezado a quejarse. Cada vez estoy más gruñón.

—Estás gruñón porque estás muy cansado —aseguró Amos—. Aguantas por esa manía tuya de querer salvar a todo el mundo, pero estoy seguro de que no has dormido en unos dos días. Se podría decir que oír a la gente quejarse es tu trabajo. Por eso estás forrado.

—Estamos igual de forrados.

—Pues entonces supongo que lo aguantas para tener fama y gloria.

—Te odio —dijo Holden.

—Tendré el carrito listo antes de que termine el día —aseguró Amos, que encajó la carcasa de plástico de la batería con un chasquido.

—Gracias —dijo Holden. Se puso en pie con un gruñido y empezó a arrastrarse hacia la torre.

—Para eso estamos —respondió Amos desde atrás.

El terminal portátil de Holden volvió a zumbar.

—Jim, ¿dónde estás? —preguntó Elvi nada más aceptar la llamada—. Necesito los datos...

—De camino —respondió Holden—. Tengo muchas cosas pendientes, pero debería llegar en unos minutos.

Se desconectó justo a tiempo para ver salir a Murtry por la entrada principal de la torre y quedar como un mentiroso.

—Capitán —saludó el jefe de seguridad de ECR.

—Señor Murtry. ¿Qué tal le van las cosas? Parece que Amos está aprovechando bien las partes que hemos conseguido rescatar de los carritos.

—Es un buen mecánico —aseguró Murtry—. Han caído más suministros.

—Eso he visto. Los he marcado y mapeado con el terminal. Le pasaré la ubicación para que pueda enviar un equipo.

Mientras lo hacía, Murtry le confesó:

—Tenemos una baja.

—¿Quién?

—Paulson. Uno de mis conductores. Se le metió una babosa en la bota cuando nadie miraba.

—Lo siento mucho —dijo Holden intentando recordar si conocía al tal Paulson y sintiéndose culpable porque alguien hubiese muerto sin recibir ayuda y sin que él pudiese ponerle cara.

—Fue un error absurdo —afirmó Murtry. Tocó con presteza varios comandos en el terminal—. Y tampoco buscaba su compasión. Solo quería asegurarme de que supiese que contamos con menos personal.

—Sin problema —aseguró Holden, le sorprendía que aún le siguiese desconcertando la falta de empatía de la que hacía gala el jefe de seguridad.

—Wei se encargará de este paquete de suministros.

—¿Cómo lleva la vista? ¿Cuántas salidas de estas más cree que podrá hacer?

—Está a punto de perder la visión —aseguró Murtry con una sonrisa vacía—. Yo creo que al menos una más.

—Genial —dijo Holden—. Dele las gracias de mi parte.

—Así haré —respondió Murtry ignorando la ironía—. También necesito que me ayude con algo.

—¿Lo necesita usted o ECR?

—Llegados a este punto, es lo mismo —respondió Murtry—. En este paquete de suministros debería haber material de construcción. Necesito formar un grupo de trabajo para montar la estructura antes de que todos estén demasiado ciegos como para hacerlo.

—¿Para qué es la estructura? Hay muchísimo trabajo que hacer antes de que todo el mundo se quede ciego. Además —añadió Holden al tiempo que señalaba las ruinas—, si algo sale mal tampoco es que nos falte refugio.

—Estás personas —empezó a decir el jefe de seguridad— se comen mi comida, se beben mi agua y usan mis medicinas. Mi equipo es el que se está encargando de recoger los suministros y realizar las peligrosas tareas de

rescate para que todo esto sea posible. Así que, por lo que a mí respecta, más les vale ayudarme a montar un par de paredes cuando lo pida.

—¿Y entonces para qué me necesita?

—Tienen la impresión errónea de que es usted el que está al mando y me parece de mal gusto corregirles.

Holden se imaginó de repente arrastrando a Murtry, que pronto iba a quedarse ciego, hacia la mitad de aquel desierto inundado y abandonándolo a su suerte en mitad de una aglomeración de babosas mortales.

—¿He dicho algo gracioso? —preguntó Murtry.

—Nada. Me reía por otra cosa —respondió Holden con una sonrisa—. Lo avisaré cuando vaya a comentarlo y le diré a Carol que busque voluntarios.

Antes de que Murtry pudiese decir nada más, Holden se dio la vuelta y se marchó.

En el interior, la torre era un dechado de actividad, ya que los colonos hacían los últimos preparativos para aguantar la larga noche. Lucia había ordenado a un grupo que llenara cualquier recipiente en el que se pudiese almacenar el agua que purificaban con el equipo químico. Carol Chiwewe lideraba un grupo en el interior de la torre que se encargaba de acabar con las babosas restantes y tapar cualquier agujero con el que se encontrasen.

Holden subió por una rampa y luego por unos escalones hechos con cajas vacías para llegar hasta el tercer piso de la torre. Dentro de la estancia que con optimismo habían bautizado «laboratorio», encontró a Elvi, Fayez y a una tercera integrante del equipo científico de ECR que Holden creía que se llamaba Sudyam.

—¿Quién está ahí? —preguntó Elvi al tiempo que tiraba del brazo de Fayez—. ¿Es Jim?

Fayez entornó los ojos para verlo mejor durante un instante y luego respondió:

—Al fin.

—Siento llegar tarde, pero Murtry quería que...

—Necesito que leas esto —lo interrumpió Elvi. Señalaba la pequeña pantalla del equipo químico. Holden se acercó y echó un vistazo, pero no tenía ni idea de lo que significaban aquellos símbolos y acrónimos.

—¿Qué debería salir aquí?

—Primero necesitamos el hemograma —dijo Elvi, que se acercó y tocó la pantalla. No había nada que dijese hemograma.

—Vale —afirmó Holden—. ¿Y dice hemograma? No veo hemograma por ninguna parte.

Elvi suspiró y luego habló más despacio.

—¿La pantalla dice «resultados» en la parte superior?

—No, dice «ajustes» arriba del todo. ¿Te refieres a eso?

—Menú equivocado. Dale al botón de atrás —dijo la científica señalando un botón de la pantalla. Holden lo pulsó.

—Vale, ahora veo la opción para mostrar los resultados.

—Dale ahí. Necesitamos los datos del hemograma y el recuento de los GR, los GB, la hemoglobina, el hematocrito y las plaquetas.

—Vale, ahora sí que lo veo —afirmó Holden.

—Dinos lo que pone.

Holden leyó los datos mientras Elvi tomaba apuntes en el terminal. Tenía un tamaño de fuente tan grande que podría haberse leído desde el otro lado de la estancia.

—Vale, ahora vamos a comprobar los gases sanguíneos —dijo cuando habían terminado. Les llevó una hora, pero al final Holden les había leído todos los datos que buscaban. Decidieron sacarle una muestra de sangre más y le dijeron que podía irse.

Al terminar, Holden se quedó junto a Elvi apretándose con una gasa el lugar en el que le habían realizado la extracción.

—¿Tenemos algo?

—No es un proceso sencillo, ni aunque fuésemos muchos y tuviésemos conexión con los ordenadores de la *Israel* —respondió la científica—. Es como buscar una aguja en un organismo muy complejo.

—¿Cuánto tiempo nos queda?

Elvi ladeó la cabeza para que la luz le diese en las pupilas. Holden vio cierto tono verduzco en sus ojos.

—Muy poco —respondió—. Deberías dormir. Pareces agotado.

—¿Eso lo has visto en mi sangre?

—Llevas dos días sin dormir —dijo entre risas—. Es una simple suma.

—Te prometo que reventaré la cama tan pronto como pueda —mintió.

Holden bajó por los escalones improvisados y por la extraña y curvada rampa alienígena para volver a mezclarse con el grupo que había en el piso inferior. Lucia había dejado a sus ayudantes almacenando agua y alumbraba los ojos de un niño con una linterna de bolsillo. Le dedicó una sonrisa cansada a Holden cuando pasó junto a ella. Alguien se asustó, pegó un grito y empezó a correr por toda la estancia con una babosa sujeta a un palo. La tiró fuera. Holden la siguió y la aplastó con el pie.

El cielo se oscurecía y empezaba a volverse del color de la ceniza húmeda. Había empezado a llover más fuerte. Un trueno retumbó al este en la lejanía, y se vislumbraron tenues retazos del relámpago en las densas nubes. El aire olía a barro y ozono.

Holden volvió a abrirse paso hasta la parte trasera de la torre.

Basia

—¡Qué tal, papá! —dijo Jacek en la pantalla. La voz del chico destilaba miedo y agotamiento.

—Qué tal, hijo —dijeron al unísono el Basia de la grabación y el real. Jacek empezó a hablar de babosas mortales, relámpagos y de cómo era la vida en las ruinas, todo ello sin dejar de intentar tranquilizar a su padre con palabras que parecían salidas de la boca de Lucia. Jacek repitió con tranquilidad todas las razones que le había dado su madre para pensar que todo iba a salir bien, y no lo hizo solo para calmar a su padre, sino también a él mismo. Cuando terminó, Basia preparó la grabación de su conversación con Lucia y la volvió a ver por décima vez.

Había pensado pedirle a Alex volver a llamarles y así poder grabar nuevas conversaciones, pero se dio cuenta de que no era más que un impulso egoísta e intentó ignorarlo.

Jacek tenía aspecto sucio, estaba cubierto de barro y también cansado. Describió el horror que suponían las babosas venenosas con pavor y fascinación. Las constantes tormentas eléctricas y la lluvia eran fenómenos muy exóticos para un niño que se había pasado toda la vida en túneles de hielo y bodegas de naves antes de vivir en Ilo. No llegó a decir que deseaba que su padre estuviese allí con él, pero se sobreentendía por sus palabras. Basia solo quería tomarle la mano a su hijo y decirle que no pasaba nada por estar asustado. Que la valentía consistía en hacer las cosas a pesar de estarlo.

Cuando llegó el turno de Lucia, la mujer parecía estar más cansada que asustada. Las sonrisas que le dedicaba eran superficiales. Hablaba sin decir mucho, porque Basia sabía que la mujer no podía decir nada que los ayudase.

Los vídeos de Felcia eran los que más le tranquilizaban. Para Basia, su hija era el único miembro de la familia al que no le había fallado. Quería ir a

la universidad, y él había conseguido dejar a un lado sus miedos, necesidades y agobios para dejarla ir. Sentía que era toda una victoria.

Hasta ahora.

Ahora solo veía la cuenta atrás en el reloj que Alex había preparado y en el que aparecía el tiempo que quedaba hasta que su niña ardiera al penetrar en el cielo de Ilo.

La simulación y el temporizador se encontraban en el panel que tenía detrás. Siempre intentaba evitar mirar. Cuando necesitaba usar las pantallas del centro de operaciones, flotaba por el compartimento sin mirar en esa dirección. Intentaba de verdad olvidar que existía.

Pero fracasaba.

Al ver su conversación más reciente con Felcia por cuarta vez, sintió que tenía el temporizador detrás de él, como si hubiese un punto caliente a su espalda. Como si alguien lo mirase desde el otro lado de una habitación llena de gente. Empezó a desafiarse para comprobar cuánto tiempo podía pasar sin mirarla o si podía distraerse lo suficiente como para olvidar que estaba ahí.

En la pantalla. Felcia le decía que había aprendido a cambiar los recicladores de aire del carguero cinturiano. No era el tipo de cosas que había tenido que hacer en los largos meses en los que la *Barbapiccola* se había convertido en su hogar. Sus gráciles dedos eran más que aptos para la complejidad que requería algo así. Lo dijo como si no fuese complicado. Como si fuese divertido. Basia era su padre. Sabía que la chica estaba asustada.

Tictac, tictac. El tiempo pasaba impertérrito a su espalda.

Basia movió la boquilla del sistema de reciclado de aire que tenía en su panel y sintió cómo la fresca brisa le soplabla en la cara. Terminó de ver la grabación y pasó algún tiempo organizando los archivos por contenido y por fecha. Luego decidió que era mejor hacerlo por fecha y por nombre, y volvió a organizarlo todo.

Tictac, tictac. Sentía mucho calor, como si llevase puesta ropa oscura al mediodía bajo un sol abrasador.

Abrió el archivo en el que Alex le había hecho una lista de tareas de reparación y le echó un vistazo. Ya había hecho todo lo que sabía hacer.

Pasó un tiempo comprobando el resto de las cosas para asegurarse de si podía ayudar. No se le ocurrió nada. No le sorprendió, ya que era la quinta vez que lo hacía.

Tictac, tictac.

Basia se dio la vuelta. Lo primero que vio fue que las rutas orbitales simuladas parecían ser diferentes. Los cambios eran tan leves que lo más probable era que no los hubiese visto, pero aquellas líneas odiosas y resplandecientes que simulaban el viaje de su hija hasta una muerte segura se le habían quedado grabadas en el cerebro. No le cabía duda de que habían cambiado. Por alguna razón, tardó más en darse cuenta de que el reloj también había cambiado.

Quedaban tres días menos.

La última vez que había mirado al reloj, hacía solo unas horas, quedaban poco más de ocho días. Ahora quedaban menos de cinco.

—Se ha roto el reloj —dijo en voz alta a nadie en particular.

Alex se encontraba de pie en la cabina, donde parecía pasar la mayor parte del tiempo. Basia tiró de los amarres que lo sujetaban al asiento y forcejeó con ellos sin éxito hasta que se tranquilizó lo suficiente como para pulsar el botón que los soltaba. Luego se impulsó con las piernas hasta la escalerilla de la tripulación y subió por ella.

Alex tenía abiertos en la pantalla principal unos gráficos de apariencia muy compleja. Tocaba la pantalla con suavidad y no dejaba de susurrar algo en voz muy baja.

—La cuenta atrás está mal —insistió Basia. De no haberse quedado sin aliento para llegar, seguramente lo hubiese gritado.

—¿Cómo dices? —Alex tocó el panel y este cambió a otro gráfico lleno de números. Empezó a escribir en él más cifras.

—El reloj. El cronómetro orbital ese. ¡Se ha roto!

—Pues aquí dice que funciona —aseguró Alex—. No parece roto.

—¡Ha bajado a menos de cinco días!

—Eso sí. —Alex dejó lo que estaba haciendo y giró la silla para mirar a Basia—. Quería comentártelo.

Basia sintió cómo le abandonaban las fuerzas. Si hubiese habido algo de gravedad, habría caído de rodillas al suelo por cómo le temblaban las piernas.

—¿No está roto?

—No —aseguró Alex al tiempo que la pantalla que tenía detrás volvía a pasar al gráfico de antes—. Pero es normal. La estimación inicial de la carga de las baterías de las naves tiende a cambiar. No es de extrañar, el cálculo no era muy fiable.

—No lo entiendo —dijo Basia. Se le había formado un nudo en el estómago. De haberse molestado en comer algo los últimos días, seguro que lo habría vomitado.

—Las primeras estimaciones estaban basadas en la distancia orbital, la masa de la nave y la duración esperada de las baterías con un consumo estimado. —Mientras hablaba, Alex señaló varias partes del gráfico, como si quedase mejor explicado, como si el gráfico tuviese sentido para Basia—. El deterioro orbital no es algo de lo que merezca la pena preocuparse cuando funcionan los reactores. De haber querido, podríamos habernos quedado en una órbita que fuese casi permanente, pero la *Barb* no ha dejado de almacenar el mineral transportado en la lanzadera, por lo que ha empezado a descender poco a poco cada vez que la cargaban. Y, perdona que lo diga, pero es una barcaza. Ahora pesa más de lo que debería y las baterías se agotan más rápido. De ahí ese nuevo cálculo.

Basia flotaba junto al asiento del artillero y no dejaba de mirar los números de la pantalla.

—Han perdido tres días —consiguió decir al final cuando recuperó lo suficiente el aliento—. Tres días.

—No, nunca llegaron a tener esos tres días de más —respondió Alex. Sus palabras sonaron duras, implacables y brutales, pero tenía un gesto triste y amable en el rostro—. No he olvidado lo que te prometí. Tu hija estará en esta nave si la *Barb* termina por caer.

—Gracias —dijo Basia.

—Voy a llamar al capitán ahora mismo. Trazaremos un plan. Dame algo de tiempo. ¿Puedes?

«Cinco días —pensó Basia—. Te puedo dar cinco días».

—Sí —respondió en lugar de eso.

—De acuerdo —dijo Alex, que esperó expectante a que Basia se marchase. Al ver que no lo hacía, el piloto se encogió de hombros y se giró hacia la pantalla de comunicaciones para llamar—. Capi, soy Alex. Cambio.

—Aquí Holden —respondió la voz familiar unos segundos más tarde.

—Hemos actualizado los cálculos como pidió. Ya sabemos que será la *Barb* la que caiga primero.

—¿Pinta mal? —preguntó el capitán. Se oía algo de estática, pero Basia tardó en darse cuenta de que en realidad era el sonido de la lluvia.

—Menos de cinco días para que empiece a arañar más atmósfera de la que será capaz de soportar.

—Joder —imprecó Holden. Luego se quedó en silencio, un silencio que se alargó tanto que Basia empezó a preocuparse de que se hubiese desconectado la llamada—. ¿Qué tal la *Roci*?

—Aquí bien. Lo tenemos casi todo apagado menos la luz y el aire. No gastamos mucha energía.

—¿Podemos ayudar con la nave?

—¿Hacer de remolque, dices? —preguntó Alex alargando las sílabas.

—Por ejemplo. ¿Podríamos?

—Jefe —empezó a decir el piloto—, claro que podemos enganchar las dos naves, pero hacerlo en órbita baja es toda una hazaña. No soy más que un piloto. Sería mucho más fácil si nuestra ingeniera estuviese aquí para hacer los cálculos.

—Sí, eso sería genial —insistió Holden. A Basia le dio la impresión de que estaba enfadado. Eso era bueno. Estar enfadado era bueno. A Basia le resultó reconfortante que alguien más aparte de él estuviese enfadado por la situación en la que se encontraban.

—¿Podríamos rescatarla? —preguntó Alex.

—Deja que vuelva a hablar con Murtry —respondió Holden—. Te llamo dentro de poco. Cambio y corto.

Alex suspiró y apretó los labios.

—Hablar no va a funcionar, ¿verdad? —preguntó Basia.

—No creo —respondió Alex.

—Lo que significa que hay un cien por cien de probabilidades de que tengamos que ir nosotros a por ella. Y somos dos. Tú y yo. Nadie más.

—Somos tres —dijo Alex al tiempo que tocaba el panel de control—. No lo olvides. Tenemos la *Roci*.

Basia asintió y esperó a que se le volviese a formar el nudo en el estómago, pero descubrió sorprendido que al parecer se sentía más tranquilo de lo que creía.

—¿Qué quieres que haga?

—Esto es una AVL —dijo Alex, que señalaba el equipo que había en el interior de una taquilla abierta. Se encontraban en la cubierta de la esclusa de aire, que en su mayor parte estaba llena de taquillas y estantes de almacenamiento. En el interior de esa taquilla en particular había lo que parecía un traje de goma con muchos cachivaches.

—¿A uve ele?

—Eso mismo. Una armadura ligera de vacío. Te permite moverte por el exterior con el aire y la protección suficientes para respirar y evitar las radiaciones habituales. —Alex sacó el traje gomoso y lo dejó flotando junto a

la taquilla para que Basia le echase un vistazo—. Cuenta con sellado automático en caso de perforaciones, soporte vital, detección de lesiones y suministros médicos básicos integrados. —Luego sacó una pechera roja de aspecto metálico—. También evita que te conviertan en un colador con armas ligeras.

Mientras Alex sacaba la armadura pieza a pieza y le explicaba todos los componentes, Basia los examinaba con atención y emitía lo que esperaba que fuesen los sonidos apropiados. Había llevado trajes para trabajar en vacío durante la mayor parte de su vida adulta. Sabía muy bien la forma y las funciones que tenían, pero desconocía las piezas de blindaje y la tecnología que la convertían en un arma de guerra. Alex describió algo que le pareció muy útil e impresionante, un «identificador amigoenemigo automático que podía marcar los adversarios en la pantalla del visor táctico», aunque no sabía muy bien para qué. Asintió, puso gesto pensativo y contempló el casco cuando Alex se lo pasó.

—¿Has disparado alguna vez? —preguntó Alex cuando había sacado la armadura al completo de la taquilla.

—Nunca —respondió Basia. Tuvo un recuerdo breve pero muy vívido del asalto al equipo de ECR. De las terribles heridas causadas por los disparos. De las caras desencajadas por la sorpresa de la gente al morir. Basia esperó sentir náuseas, pero volvió a sorprenderse al descubrir que estaba más tranquilo de lo que creía—. Una vez cogí un arma, pero estoy muy seguro de que no disparé.

—Toma —dijo Alex, que le pasó una pistola grande y negra—. Es una pistola semiautomática de 7,5 mm. El cargador es de veinticinco balas. El arma oficial de la ARCM. Es a prueba de idiotas, por lo que será la que lledes encima cuando entres.

—Si es que llego a entrar —apuntilló Basia.

—Si es que llegas a entrar —repitió Alex con una sonrisa—. No tenemos campo de tiro para practicar, pero puedes probar con el arma vacía un par de veces para que te vayas haciendo a ella. Aunque también te digo que si cuando estés allí necesitas ponerte a pegar tiros para regresar, lo más seguro es que no regreses.

—¿Y entonces para qué la llevo?

—Porque la gente suele hacer mucho caso cuando le apuntas con una de estas —respondió Alex.

—Entonces mejor llevarla vacía —dijo Basia, que le quitó el arma de las manos y empezó a sopesarla en el aire.

—Como quieras —accedió el piloto.
—No. Muéstrame lo que tengo que hacer. La llevaré cargada.
«Por Felcia. Lo haré por ella».
—Vale —dijo Alex antes de explicarle el plan.

Holden llamó varias horas después. Su voz tenía un tono constreñido y enfadado.

—Aquí Holden. Murtry no ha cedido ni un milímetro. Que le den por culo. Sacad de ahí a Naomi. Cambio y corto.

—Bueno —dijo Alex, que pronunció la palabra con un gran suspiro—. Pues ha llegado el momento. Se podría decir que ya no somos mediadores.

Basia asintió con el puño y su cuerpo empezó a rotar un poco. Flotaban en el centro de mando. Junto a Basia, colgaban por los aires partes de la pistola desmontada. Alex había insistido en que aprendiese a desmontarla y montarla. Basia no tenía ni idea de por qué iba a ser importante algo así, pero lo hizo a pesar de todo.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Será mejor que empieces a montar a esa señorita. Yo abriré una pantalla con las especificaciones de la *Israel* y le echaremos un último vistazo. Recuerda que la nave está en funcionamiento y todo se mueve. Las cosas no suelen estar donde aparecen en los planos. Tendrás que tener ruta de entrada y de salida alternativas por si han sellado algún pasillo que pensaras usar.

—Tengo buena memoria —aseguró Basia. Sonó a que se las daba de listo, pero era cierto. Había crecido en un lugar lleno de estancias conectadas por pasillos. Tenía un sentido de la orientación excelente.

—Eso te vendrá bien. Cuando terminemos con esto, te pondrás la armadura y te soltaré sobre la *Israel* —explicó Alex; luego hizo una pausa—. Hay algo de lo que no hemos hablado. Tenemos energía suficiente para acercarte y, con la *Roci*, me puedo asegurar de que nadie te moleste mientras estás en el espacio, pero no puedo hacer nada para ayudarte a entrar.

Basia se sorprendió al descubrir que se había reído.

—¿Te parece divertido? —preguntó Alex, que había arqueado una ceja.

—Me parece divertido que te preocupes por mí durante el único momento de todo el plan en el que sabré lo que estoy haciendo —explicó Basia—. Soy un soldador de vacío licenciado de clase 3. Hago trabajos de soldadura en el espacio. Dime a qué nave quieres que entre y lo hago en un momento.

—Perfecto —dijo Alex al tiempo que le daba una palmada en el hombro—. Pues vamos allá.

Basia se alejó a flote de la *Rocinante*. En lugar de un traje de vacío estándar con suministro de aire, llevaba una puntera armadura de combate ligero marciana. En lugar de caminar por el casco de la nave con botas magnéticas, atravesaba media docena de kilómetros de vacío con suaves ráfagas de aire de nitrógeno comprimido. Ilo rotaba bajo sus pies, ese mundo gris e iracundo envuelto en tormentas y relámpagos. Lucia y Jacek estaban allí, debajo de toda la rabia atmosférica, pero Basia no podía hacer nada para ayudarlos, por lo que iba a ayudar a la única persona que podía. Rescataría a Naomi de la nave de ECR para que la ingeniera salvase a su hija. No era un plan perfecto, por lo que intentó no darle muchas vueltas.

Flotó cada vez más cerca de la enorme isla de metal gris que deambulaba por la oscuridad. La *Edward Israel*, el enemigo.

—¿Todo bien ahí fuera? —preguntó Alex por el canal de comunicaciones. Los pequeños altavoces del casco le cambiaban un poco la voz. También oyó el ruido de la estática.

—Sí. Todo sigue verde. —Alex le había enseñado a comprobar el estado de la armadura en la pantalla del visor táctico y Basia lo comprobaba cada pocos minutos.

—Mira, voy a plantearle todo tipo de exigencias a la *Israel* para que suelten a Naomi —explicó el piloto—. Apuntaré con un láser de objetivo y les llenaré los sensores con estática y dispersión lumínica. Eso debería hacer que se centrasen en la *Roci*. Tendrás un minuto o dos antes de que se den cuenta de que intentas atravesar el casco.

—No parece mucho tiempo —dijo Basia.

—Pues más te vale cortar rápido. Cambio y corto.

Alex se había asegurado de que la *Rocinante* tenía energía más que suficiente en las baterías. Disparar láseres y sobrecargar la radio no consumía mucha, pero Basia había empezado a ver la energía como un bien escaso e irremplazable. Era algo que jamás se había planteado al vivir en una época en la que la fusión nuclear estaba tan extendida. Hacía que todo fuese mucho más efímero. No habría segundas oportunidades para que las cosas salieran mejor.

Comprobó que seguía en la trayectoria para llegar a la esclusa de mantenimiento que había en mitad de la *Israel*, vio que todo iba bien, sacó el

soldador y se aferró a él con todas sus fuerzas.

La nave se balanceó delante de él hasta que cubrió el horizonte. La escotilla de la esclusa de aire pasó de un pequeño punto de luz del tamaño de un pulgar a una puerta con una ventana redonda. La mochila extravehicular preprogramada soltó una larga ráfaga de nitrógeno por los cuatro propulsores y se detuvo despacio a un metro de la puerta.

El equipo de soldadura se encendió y el lugar quedó iluminado por un fuego azulado.

—Vamos allá —dijo Basia a Naomi, al equipo de ECR que la mantenía encerrada y a su pequeña, que se encontraba a miles de kilómetros de aquella nave moribunda.

«Vamos allá».

Havelock

—He desconectado todo lo que se puede desconectar —dijo Marwick en la pantalla—. Los sensores, las luces, cualquier entretenimiento. También he bajado la calefacción. Tal y como están las baterías, diría que tenemos menos de diecisiete días. Y eso si conseguimos mantener los paneles solares. Como empiecen a fallar, tendremos menos tiempo. Cuando llegue el momento, nos tocará elegir si preferimos morir asfixiados o quemados.

Havelock se frotó los ojos con fuerza. No había ido al gimnasio e intentaba compensarlo con un buen cóctel de esteroides para la ingravidez. No era una solución a largo plazo y cuanto más lo hacía más le daba la impresión de que no los necesitaba. Le daban dolor de cabeza. De no haber sido por Naomi, seguro que no habría pasado tanto tiempo haciendo ejercicio. Era de agradecer.

El ambiente del despacho estaba cargado y era sofocante. La temperatura no dejaba de subir. Había crecido en un planeta y pensaba que el espacio era un lugar frío, lo que técnicamente era cierto, pero también estaba en el vacío, por lo que una nave parecía, en su mayor parte, un termo. El calor de sus cuerpos y de los sistemas deambularía por el espacio durante años o décadas si tenía la oportunidad. Si él conseguía encontrar la manera de darles esa oportunidad.

—¿Lo sabe la tripulación? —preguntó.

—No, pero los datos son difíciles de ocultar. Sobre todo cuando nos encontramos en una lata de sardinas llena de científicos e ingenieros aburridos. Vamos a tener que empezar a plantearnos bajar algunos a la superficie. Tantos como podamos.

—¿Para que se puedan morir de hambre o quedar reducidos a cenizas si a las lunas del planeta les da por disparar?

—Sí, no tenemos opción —aseguró Marwick—. Muchos han recorrido un largo camino para bajar a ese planeta. Seguro que la mayoría prefiere morir ahí abajo.

Naomi carraspeó en la celda.

—Hablaré con Murtry —zanjó Havelock—. Quizá le venga bien empezar a pensar en construir un cementerio en la superficie. Sobre todo ahora que le vamos a enviar más cadáveres.

Marwick suspiró. Había dejado de afeitarse y cuando se frotaba la barbilla sonaba como si alguien tirase un puñado de arena a una ventana.

—No ha ido nada bien, ¿verdad? Con lo lejos que hemos llegado, y todo para tener que empezar de cero.

—Es lo que tiene la tierra prometida —dijo Havelock—. ¿Cómo está la *Barbapiccola*? ¿En qué estado se encuentra?

—Tan mal que nos deja a nosotros en buen lugar. La parte alta de la atmósfera evaporará todo el litio dentro de poco más de cuatro días.

—En ese caso, supongo que ya no tendremos que preocuparnos porque lo pongan en circulación.

—Sí, parece que el problema se va a resolver solo —convino Marwick—. Pero sigamos con lo nuestro. ¿Qué hacemos con la seguridad? La tripulación se enfrenta a una muerte segura contra la que no puede hacer nada y de la que no tiene escapatoria. Se volverán locos si no hacemos algo. Y ni usted ni yo tenemos los efectivos necesarios para detenerlos si las cosas se ponen feas.

«¿Qué más dará? —pensó Havelock—. Qué se maten. No cambiará el tiempo que nos queda antes de llegar a la atmósfera. Da igual».

—Lo sé —dijo Havelock—. Tengo los códigos de anulación. Haré que el automédico añada unos pocos tranquilizantes y eutimizantes, y también quizá algún que otro eufórico a los medicamentos de todos los de la nave. Tampoco quiero pasarme. Necesitamos que la gente esté bien, no drogada hasta las cejas.

—Si cree que es suficiente...

—No quiero convertir la nave en una unidad de cuidados paliativos. Aún no.

El encogimiento de hombros del capitán fue muy elocuente, no había más que decir al respecto. Havelock se desconectó. La pantalla volvió a la imagen por defecto. Empezó a sentir cómo la desesperación brotaba de su interior de improviso. Lo habían hecho bien todo, pero había dado igual. Todos iban a morir, todas las personas que él había venido a proteger, todos los de su

equipo, la prisionera, él. Todos. Iban a morir y lo único que podía hacer era drogarlos a todos antes de que ocurriese.

No supo que iba a darle un puñetazo a la pantalla hasta después de hacerlo. El panel se agitó un poco, pero el golpe no dejó marca. Los cardanes de su asiento de colisión sisearon al absorber el impulso. Se hizo una brecha en el nudillo. Una gota de sangre empezó a acumularse sobre la piel y creció hasta adquirir el tamaño de una canica granate que empezó a moverse por su mano debido a la tensión superficial. Al avanzar dejó tras de sí un reguero de gotas similares a planetas y lunas.

—Una cosa tengo clara —empezó a decir Naomi—. Si crees que el hecho de que cientos de personas vayan a arder hasta la muerte es un problema que se va a resolver solo, no me cabe duda de que estás en el bando equivocado.

—Nosotros no fuimos los que plantamos las bombas —imprecó Havelock—. Fueron ellos. Ellos son los culpables.

—¿Y acaso te importa?

—A estas alturas, la verdad es que no tanto como debería.

Naomi flotaba cerca de la puerta de la celda. No había dejado de sorprenderle la capacidad de los cinturianos para adaptarse a los espacios pequeños. Era muy probable que la claustrofobia ya no estuviese escrita en sus genes. Se preguntaba cuántas generaciones de la familia de Naomi habían vivido fuera de un pozo de gravedad.

—Estás sangrando —dijo la cinturiana.

—Lo sé. Eso tampoco me importa tanto como debería.

—Sabes que podrías dejarme salir, ¿verdad? Soy muy buena ingeniera y ahí fuera tengo la mejor nave del lugar. Llévame a la *Roci* y seguro que encuentro la manera de mejorar la situación.

—Imposible.

—Vaya, y yo que pensaba que todo te daba igual —dijo Naomi con una sonrisa en la voz.

—No sé cómo puedes estar tan tranquila con lo que está pasando ahí fuera.

—Me pongo así cuando estoy muy asustada. Pero de verdad, deberías dejarme salir.

Havelock recogió la sangre que flotaba por el lugar. Ya le había salido una costra en el nudillo. Se conectó de mala gana al automédico con la sensación de que aquel era el primer paso para abandonar a todos a su suerte. Pero alguien tenía que hacerlo. Una tripulación compuesta por personas

históricas no iba a mejorar las cosas, sobre todo cuando la mayor parte de dicha tripulación se encontraba en la superficie con Murtry.

En los canales de noticias del Sistema Solar que Havelock solía ver solo había reportajes exagerados de la tragedia de Nueva Terra. Los canales más reputados habían conseguido los datos de los sensores que habían detectado la explosión, pero también había tres o cuatro canales que se los habían inventado. Lo cierto era que los datos falsos no eran mucho más impresionantes que los verdaderos. Cambió de canal varias veces y vio a una docena de presentadores. Algunos parecían estar enfadados por el simple hecho de que la comitiva hubiese viajado a Nueva Terra, otros tenían rostros tristes o sombríos. Ninguno parecía creer que había probabilidades de que sobreviviesen. La cola de mensajes había superado las mil entradas. Eran de gente de los medios de comunicación. De la sede de la empresa. Unos pocos, muy pocos, eran de personas que conocía. Una antigua pareja que tenía cuando estaba en Pinkwater. Un primo que no había visto en una década y media y que ahora vivía en la estación Ceres. Varios compañeros del colegio.

Nada como morir en público en miles de millones de pantallas para retomar viejas amistades. No le iba a responder a nadie. Ni siquiera a los de la empresa. Tampoco a sus amigos. Se sentía sumergido, ahogándose bajo una superficie que tenía a la vista a sabiendas de que nunca la iba a alcanzar.

Se desamarró.

—Buenas noches, Havelock —se despidió Naomi.

—Volveré —dijo, impulsándose por la oficina.

Llevaba mucho tiempo sin patrullar, ni una patrulla informal siquiera. Se impulsó por los estrechos pasillos de la *Israel* y atravesó las zonas comunes: la cafetería, el gimnasio, el laboratorio, el bar. Los meses, años ya, que llevaba viviendo en la nave, habían convertido el emplazamiento en un trasfondo invisible, como ocurría con cualquier lugar. Ahora era como si lo viese por primera vez. Era una nave vieja. La cuidada simetría de los pasillos, los teclados de las puertas. Era lo mismo que se veía en las fotos de sus abuelos. La gente que había por el lugar le daba la misma impresión. Había una barrera entre el equipo de seguridad y el resto de la tripulación. De no haberla, las cosas habrían ido muy mal. Havelock no se consideraba parte del equipo de la *Israel*, pero reconocía a todos los que encontró por el camino. Hosni McArron, el líder del equipo de tecnología de los alimentos. Anita Chang, la técnica de sistemas. John Deloso, el mecánico. Aunque ellos no lo conocieran tanto como él a ellos, eran personas que ahora formaban parte del contexto de su vida.

Y todos iban a morir porque él no podía hacer nada por evitarlo.

El puesto del observador de avanzada era una estancia oscura. Las pantallas estaban colocadas para crear la ilusión de que eran ventanas que daban a la inmensidad del espacio, pero nadie lo usaba así. Cuando llegó, estaba vacío. En las pantallas solo había datos de los sensores, que pasaban demasiado rápido para leerlos, una composición musical creada por un cinturiano de piel negra que no reconoció y un mapa de temperaturas de Nueva Terra en falso color. El objetivo de la cámara de seguridad estaba cubierto por un pedazo de tela y los recicladores de aire aún no habían conseguido limpiar el olor a marihuana. Estaba claro que alguien había usado el lugar para echar un polvo. Havelock quitó la tela de la cámara. ¿Por qué lo habían hecho? Lo que hiciesen a esas alturas daría igual dentro de tres semanas. Cambió la imagen de las pantallas para observar el planeta que rotaba bajo la nave. Nueva Terra, envuelto en nubes. Sin luces. Sin ciudades. Sin la más mínima señal de la lucha inherente a la especie humana. Aquel era el planeta que había acabado con ellos.

Y, a pesar de todo, era bonito.

Le sonó el terminal portátil. Los bordes rojos de la solicitud eran indicativo de que se trataba de una alerta de seguridad. La adrenalina inundó su flujo sanguíneo y le aceleró el corazón antes de aceptar la llamada. Marwick y Murtry ya estaban en mitad de una conversación.

—... muchos, y me da igual descubrirlo ahora —dijo Marwick. Casi entre gritos. La expresión de Murtry era de enfado y desdén, pero Havelock se dio cuenta de que era porque no estaba mirando a la cámara. No veía nada.

—¿Qué está pasando? —preguntó Havelock.

—La *Rocinante* ha empezado a apuntarnos —explicó Marwick.

Al instante, Havelock empezó a impulsarse y atravesó los pasillos lo más rápido que pudo.

—¿Alguna exigencia?

—Alguna, entre amenazas —dijo Marwick sin dejar de hacer aspavientos.

—No exagere —interrumpió Murtry—. Solo han bañado la *Israel* con los láseres de objetivo. Y también hay un loco que se ha puesto a cortar la esclusa de aire de mantenimiento que hay en mitad de la nave.

—¿Nos están abordando? —preguntó Havelock, que no pudo evitar sonar sorprendido—. ¿Quién? ¿Por qué?

—Ahora mismo nos da igual el porqué —espetó Murtry—. La prioridad es mantener la nave segura.

Havelock se agarró a un asidero que había en el cruce de dos pasillos y giró, con los pies por delante, hacia la dirección que lo llevaba de vuelta a su oficina.

—Con todos mis respetos, señor, sabe muy bien que van a por la prisionera. ¿Por qué no la soltamos? A estas alturas da igual.

Murtryladeó la cabeza. Esbozó una sonrisa vaga y cruel.

—¿Sugiere que soltemos a la sabotadora?

—Estamos todos muertos, señor —aseguró Havelock. Ya está. Lo había dicho en voz alta. Era lo que pensaba todo el mundo. Todos menos Murtry.

—¿Era inmortal antes de zarpar? —preguntó, con voz brusca y fría como el hielo—. Porque, tuviese pensado morir en una semana o dentro de siete décadas, las órdenes son las órdenes.

—Sí, señor —respondió Havelock cuando llegó al último cruce y se impulsó hacia la oficina—. Lo siento, señor.

La conexión resonó cuando alguien más se unió a la llamada. Apareció en pantalla la cara ceñuda y enfadada del jefe de ingeniería, y Havelock desconfió de él al instante.

—Esperando órdenes —dijo Koenen.

—Un momento. ¿Qué hace él aquí? —preguntó Havelock.

—Quiero que su milicia forme parte de esto —explicó Murtry justo cuando Havelock entraba en la oficina—. Si pretendemos repeler el abordaje, vamos a necesitarlos.

—Mis hombres están listos —dijo el jefe de ingeniería al momento—. Díganos por dónde han entrado esos hijos de puta e iremos a darles un buen recibimiento.

«Vaya por Dios —pensó Havelock—. Habla como si estuviese en una película. Qué mala pinta tiene esto».

—Señor Havelock —llamó Murtry—, voy a tener que pedirle que dé acceso a la milicia al suministro de munición.

—Con todos mis respetos, señor —dijo Havelock—. No creo que sea buena idea. No es una partida de *paintball*, sino un combate real. Solo por el riesgo de que haya fuego amigo...

La voz de Murtry sonó fría, calmada y muy cortante.

—Señor Havelock, ¿me está diciendo que ha entrenado tan mal a estos hombres que cree que habría más posibilidades de éxito si disparasen balas de pintura a los invasores?

—No, señor —dijo Havelock. Luego añadió, para su sorpresa—: Pero sí que digo que darles munición real ahora podría ser una decisión precipitada.

Creo que deberíamos investigar un poco más lo ocurrido antes de que la situación escale hasta ese punto.

—¿Esa es su opinión profesional? —preguntó Murtry.

—Sí, señor.

—¿Y si le ordeno que le dé munición real a esos hombres?

Naomi estaba en la celda y agarraba los barrotes con ambas manos. Tenía los ojos abiertos como platos y gesto serio. Havelock apartó la mirada para no verla. Murtry emitió un suspiro corto y atronador.

—Bueno, tampoco quiero ponerlo contra la espada y la pared —zanjó Murtry—. ¿Jefe?

—¿Sí, señor? —dijo el jefe de ingeniería.

—Voy a transmitirle mis códigos de seguridad personales. Con ellos podrá sacar armas y munición de la armería. ¿Me ha entendido?

—Alto y claro, señor —afirmó el jefe de ingeniería—. Vamos a dejar a esos cabrones con tantos agujeros que podrá ver las estrellas a través de sus cuerpos.

—Eso estaría genial —dijo Murtry—. Ahora, si me disculpan, caballeros. La llamada se desconectó.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Naomi. La sonrisa había desaparecido de su voz. Ahora sonaba asustada. O puede que enfadada. No fue capaz de distinguirlo. Havelock no dijo nada. La armería estaba en la oficina de seguridad principal, no en el calabozo. Aunque se diese prisa, no conseguiría llegar antes que los demás. Y, si lo hacía, no sabría qué decirles.

Allí tenía una taquilla de armas. Quizá si se unía a ellos al menos podría controlar un poco la situación.

—Havelock, ¿qué ha pasado?

—Nos están abordando y vamos a evitarlo.

—¿De la *Barbapiccola*?

—No. De la *Rocinante*.

—Eso es que vienen a por mí.

—Eso parece.

Havelock cogió una escopeta del armario de armas.

—Si es Alex y le disparas, no pienso ayudarte —aseguró Naomi—. Me da igual lo que ocurra después: si resulta herido, se acabó. Aunque descubra la manera de salvaros, dejaré que os prendáis fuego.

El monitor emitió un sonido. Era una solicitud de llamada del planeta. Havelock la aceptó de inmediato. La cara de la doctora Okoye apareció en la pantalla. Tenía el ceño fruncido y movía los ojos como si buscara algo. Sus

pupilas tenían cierta tonalidad verduzca que hacía que a Havelock se le erizaran los pelillos de nuca.

—Señor Havelock, ¿está ahí?

—Me temo que no llama en buen momento, doctora.

—¿Está coordinando los suministros? Me gustaría saber si podría...

—¿Hay vidas en juego si no lo solucionamos en los próximos cinco minutos?

—¿Cinco minutos? No.

—Pues va a tener que esperar —dijo Havelock antes de desconectarse. La esclusa de aire de mantenimiento que había en mitad de la nave estaba más cerca del calabozo. El vestuario, la escotilla de despresurización de emergencia y el cruce con el pasillo de mantenimiento serían los principales cuellos de botella. Supuso que el jefe de ingeniería apostaría a sus hombres en los dos últimos y dejaría libre el vestuario. Puede que también enviase algunos hombres al calabozo como último recurso. Seguro que se iban a oponer. Todo el equipo quería estar presente en la refriega, y más ahora que tenían munición real. Se preguntó qué tendrían los enemigos. ¿Una servoarmadura? Puede. O puede que...

—No tenemos por qué llegar a esto —dijo Naomi.

—Me gusta tanto como a ti, pero así están las cosas.

—Hablas como si fuesen leyes de la física, como si no hubiese elección. Es una locura. Han venido a buscarme. Déjame ir y ellos también se marcharán.

—Las órdenes son las órdenes —dijo Havelock al tiempo que cargaba la escopeta.

—Eso lo ha dicho él, ¿verdad? No son tus palabras.

—No sé de qué me hablas —aseguró Havelock.

—Murtry. El jefazo. Sueles hacerlo, ¿sabes? Oyes lo que te dice y luego lo repites como si fuese algo en lo que crees de verdad. No es momento de hacerlo. Esta vez se equivoca. Y seguro que también se ha equivocado antes.

—Él no está en chirona. No creo que puedas dar lecciones de nada.

—Fue mala suerte —explicó Naomi—. Si no hubieseis estado ahí fuera jugando a vuestros estúpidos juegos de guerra, habría podido desactivar vuestra bombita y marcharme antes de que nadie se enterase.

—¿De qué serviría dejarte marchar? De nada. Las naves están cayendo. No hay nadie que pueda ayudarnos. No puedes hacer nada para evitarlo.

—Puede que no —dijo Naomi—. Pero sí que podría morir intentando ayudar. En lugar de hacerlo matando personas o limitándome a ver cómo

mueren.

Havelock apretó los dientes. Apretó los dedos contra la guarda del gatillo y cerró los ojos. Habría sido tan fácil apuntar hacia la celda. Disparar a los barrotes y hacer que Naomi se retirase hasta el fondo.

Pero no iba a hacerlo. Su decisión empezó en el pecho y se extendió por los dedos de las manos y de los pies en un instante. Se impulsó hacia ella e introdujo el código en el teclado de la cerradura. La celda se abrió con un chasquido.

—Venga, vamos —dijo.

Elvi

Las nomenclaturas científicas siempre eran complicadas. Ponerle nombre a un nuevo organismo en la Tierra e incluso en el Sistema Solar siempre había sido un proceso largo y tedioso, y seguro que la gran cantidad de muestras que había enviado de Nueva Terra terminaba por bloquear la burocracia científica durante décadas. No había solo lagartos mimos o aves insectoides. Todos los análogos de las bacterias eran nuevos. Cada uno de los organismos unicelulares era desconocido. Solo en la Tierra había cinco reinos de la vida. Seis si uno aceptaba la hipótesis de Fityani. Elvi daba por hecho que la ecosfera de Nueva Terra no iba a ser más simple.

Pero mientras, el ser vivo que habitaba en sus ojos, en los de todos menos en los de Holden, tardaría años en oficializarse. Puede que décadas. No tendría nombre hasta que formara parte del contexto general de la vida del planeta.

Elvi decidió que, hasta que llegase el momento, lo iba a llamar Skippy. Por alguna razón, le resultaba menos amenazador si le ponía un apodo absurdo. No veía las babosas mortales e iba a morir igual si se topaba con una, pero habían llegado a un punto en el que cualquier ayuda era significativa. Además, le venía bien burlarse del organismo.

Lo interesante, o al menos una de las cosas más interesantes, sobre dicho organismo era que no tenía clorofila ni nada parecido a ella. El color verde se debía a un efecto prismático análogo al de las alas de las mariposas. El tejido que crecía en sus ojos habría sido marrón claro o casi transparente de tener una estructura ligeramente diferente, ya que no habría efecto de dispersión. Eso hacía que no lo viese todo oscuro, sino que su ceguera consistiera más bien en pérdida de definición y una amalgama de colores. Aún podía cerrar

los ojos y verlo todo negro, pero cuando los abría todo se volvía de un verde claro y fosforescente.

No podía hacer nada. Nada de nada. Usaba el terminal portátil gracias a los comandos de voz, a la pantalla táctil y a su memoria. Empezó a oír los informes que antes había ignorado: voces que llegaban de los laboratorios de la Luna, la Tierra y Ganímedes. No le ofrecieron muchas esperanzas.

—El organismo inmune cuenta con unos alelos extraños en los genes que regulan su bomba de sodio-potasio, pero no veo ninguna diferencia más en la estructura final de la proteína. Las concentraciones de iones son estables y dentro de los parámetros esperados. Seguiré buscando, pero me da la sensación de que cavamos en la fosa equivocada. Lo siento.

Elvi asintió como si hubiese alguien a su alrededor capaz de verla. Aún le dolía la cabeza. Variaba a lo largo del día, pero no sabía si se debía a la infección o era cosa suya.

—Oye —dijo Fayez. Luego añadió—: Elvi, ¿estás ahí?

—Aquí estoy —respondió.

—Sigue hablando. Tengo comida en ambas manos.

Elvi tarareó la melodía de una canción de cuando era niña mientras oía cómo Fayez arrastraba los pies. Al cabo, extendió la mano para tocarle la pantorrilla cuando él estaba más cerca. El hombre se dejó caer con un leve gruñido. Elvi le cogió las manos y él le pasó un paquete de raciones.

—En mi próximo trabajo —explicó Fayez—, quiero que me envíen a algún lugar que tenga, como mínimo, la mitad de la gravedad de la Tierra. Gravedad. ¿Quién la necesita?

Elvi rio entre dientes. Ese hombre la quería, y a ella no le disgustaba. El papel de aluminio se le escurría entre las manos. Se sentía como si fuese una niña pequeña que escondía chucherías a oscuras y a ciegas debajo de las sábanas cuando se suponía que tenía que estar durmiendo. El papel de la barrita de Fayez restalló con fuerza.

—¿Cuánta comida nos queda? —preguntó Elvi.

—No mucha. Creo que van a intentar enviar suministros una vez más. Hay algunas personas que aún distinguen formas.

—Y Holden.

—El tuerto que es rey —apuntilló Fayez—. Deberíamos quitarle un ojo para que pegue más con el dicho, ¿no crees? Si no lo hacemos, será una oportunidad perdida.

—Calla —dijo antes de doblar el papel de aluminio. La barrita se desmenuzaba y olía a la comida de rata que recordaba de cuando trabajaba en

los laboratorios. Sabía mal, pero era nutritiva. Intentó saborearla. Dentro de poco las echaría de menos.

—¿Has conseguido averiguar algo? —preguntó Favez. Ella negó con la cabeza por inercia, sabía que no podía verla.

—La mejor teoría que tenemos es la de la ascendencia plural. Tiene unos ocho progenitores, y puede que las técnicas que se usan dejen algún tipo de características sistémicas. Pero nada más.

—Pues qué pena. Quizá lo expuesto que ha estado a la protomolécula le haya convertido en un mutante sideral.

Elvi dio otro mordisco a la barrita y siguió hablando.

—Ríete, pero también lo están investigando en la Luna. Y también han intentado replicar el organismo basándose en los datos de la muestra que les enviamos. Se han conseguido resultados con las primeras pruebas.

—Y también darán lugar a otros quinientos años de tesis —dijo Favez—. A estas alturas no creo que tengas que preocuparte por tu legado en la ciencia.

Sintió cómo unos dedos se apoyaban en su rodilla. Favez la tocaba para contrarrestar el cinismo de sus palabras. Le cogió la mano y le apretó la base del pulgar. Se acercó más a ella. Elvi olió su cuerpo. Ninguno había podido bañarse desde la tormenta y era probable que todos apestasen, pero el olfato ya se le había acostumbrado. El olor de Favez era para ella un hedor agradable, como el de un perro mojado.

—No es el legado que yo hubiese elegido —aseguró.

—Pero nuestros nombres serán inmortales. Tú serás la primera descubridora de un nuevo planeta lleno de especies diferentes. Yo seré un simple geólogo que hacía las veces de tu sirviente.

—¿Me estás haciendo la pelota para ligar conmigo?

—Ya no me hace falta ligar contigo —dijo Favez. Elvi deseó poder verle la cara—. Eres la mujer más lista y más guapa que hay en este lugar, y estamos enrollados. Cada uno se enfrenta a la mortalidad que nos aguarda a su manera. Y a la lluvia, también hay que enfrentarse a la lluvia. En mi próximo trabajo, quiero que me envíen a un lugar en el que no llueva tanto.

En la estancia contigua, un niño empezó a llorar. Un sonido cargado de miedo y agotamiento. Una mujer, Lucia quizá, empezó a cantar en un idioma que Elvi no reconocía. Se metió el último trozo de la barrita en la boca. Necesitaba un poco de agua. No recordaba cuánto había pasado desde que el equipo químico había llenado el último recipiente. Seguramente faltaría poco para cambiarlo por uno vacío. Holden le había asegurado que se iba a encargar de hacerlo, pero Elvi no tenía claro que lo dijese en serio. Estaba

muerto en vida. No descansaba a pesar de que era lo que más necesitaba. Bueno, quizá ella descubriese la manera de cambiar un recipiente a ciegas.

—No deberías haber venido aquí —dijo Favez—. ¿Recuerdas a todos esos locos cabrones que decían que todos los mundos que había al otro lado de los anillos de la estación Medina iban a ser lugares malditos y mancillados? Pues tenían razón.

—Nadie dijo eso, ¿no?

—Seguro que alguien lo hizo. Y si no, deberían.

—¿De verdad podrías haberte quedado al margen? —preguntó Elvi al tiempo que se arrodillaba y empezaba a extender la mano hacia el equipo químico. Oía el tenue goteo del agua limpia al caer en el recipiente por el filtro. Un tono diferente al de la lluvia incesante—. Si alguien te ofreciera formar parte de la primera expedición a un nuevo mundo, ¿serías capaz de rechazarlo?

—Pues hubiese esperado a que enviasen al segundo equipo —respondió Favez.

Elvi encontró el recipiente. Era frío y curvado, y mucho menos pesado de lo que esperaba. El equipo ya no destilaba el agua tan rápido, pero tampoco hacía ningún ruido característico cuando se estropeaba algo. Holden tendría que echarle un vistazo.

—Yo sí habría venido.

—¿A sabiendas de lo que podría pasar?

—No hubiese sabido nada. Aún no habría pasado por esto. Solo sabría que había riesgos, claro, y los habría aceptado. Me habría metido en esa nave sin dudarlo.

—¿Y en caso de saber que iba a ocurrir algo así? ¿Y si hubieses podido mirar en una bola de cristal y vernos aquí como estamos ahora?

—Si la humanidad pudiese hacer algo así, nunca habría salido a explorar nada.

Se le hacía muy raro pensar que todos iban a morir. Lo sabía, pero aun así le parecía irreal. En su mente, una vocecilla insistente le aseguraba que una nave llegaría a tiempo para ayudarlos. Que otro de los grupos que había en el planeta aparecería con más comida, agua y refugio. Hasta llegó a pensar si merecía la pena hacer señales para que alguien los viese, pero siempre intentaba recordarse a sí misma que no había más bases. Que no había más naves. Que en todo aquel sistema planetario solo estaban las tripulaciones y los pasajeros de las tres naves. Y que ahora quedaban menos que antes. El

universo le parecía un lugar vacío y aterrador a pesar de que estaban casi refugiados en las ruinas y tan hacinados que hasta podían oírse roncar.

—Deberíamos buscar a Holden —dijo Elvi—. El agua ha empezado a salir más despacio. Me pregunto si... ¿Será solo porque tiene un buen sistema inmunológico? Tenemos secreciones, así que se podría decir que nuestro organismo responde. Como si fuese una astilla. El problema es que crece más rápido de lo que lo podemos eliminar. Quizá Holden se haya visto expuesto antes y haya desarrollado anticuerpos.

—¿Encontraste algo en la muestra de sangre?

—No —respondió Elvi—. Además, tiene menos glóbulos blancos que nosotros.

—Quizá sus glóbulos oculares saben mal y ya está —aseguró Favez—. ¿Qué?

—No he dicho nada.

—No, pero has hecho ese gruñidito que haces siempre que se te ha ocurrido algo. Lo he oído antes. Es muy significativo.

—Estaba pensando que no puede tratarse de su sistema inmunológico —respondió Elvi—. Quiero decir, aquí todos hemos viajado por el vacío durante un largo periodo de tiempo. Seguro que la radiación que hemos tenido que soportar para llegar hasta aquí nos ha dejado a todos inmunocomprometidos. Y más a él, después de lo de la estación de Eros. Seguro... seguro que la radiación lo dejó muy mal.

Elvi cerró los ojos y dejó de ver el color verde. Se abrió ante ella una hermosa cascada de lógica e implicaciones que daba a un jardín. Respiró hondo, sonrió y sintió la alegría que conllevaban los descubrimientos.

—¿Qué pasa? —preguntó Favez—. ¿Que está cocido? ¿A esa cosa de los ojos le gustan poco hechos y él está pasado?

—Vaya —dijo Elvi—. Las medicinas para el cáncer. Después del incidente de Eros, no ha podido dejar de tomárselas. Eso significa que... ¡Vaya! Qué monos.

—Por Dios. Pero ¿de qué hablas? ¿Por qué esas medicinas para el cáncer iban a servir contra algo de una biosfera completamente diferente?

—Quiere decir que la división celular tiene algo de dawkinsiana.

—Eso son cosas de xenobiología, ¿verdad? Porque no tengo ni idea de qué estás hablando.

Elvi hizo aspavientos con las manos. Sentía cómo la alegría había empezado a correrle por las venas a toda velocidad.

—Ya te lo había explicado —dijo Elvi—. Hay cosas... adecuadas, quizá incluso forzadas, en el diseño de la vida de todo el espacio. Hemos visto elementos que no dejan de repetirse una y otra vez a lo largo de todas las ramas del árbol de la vida.

—Vale —dijo Favez—. Esa es la razón por que en Nueva Terra nos hemos encontrado con cosas que tienen ojos y eso, ¿no?

—Porque la luz rebotada tiene mucha información en su interior, y los organismos que cuentan con esa información son mejores.

—Ya, ya lo sé, Elvi.

—Pero eso no es lo mejor. Holden toma medicinas que atacan a los tejidos de división rápida. Skippy es un tejido de división rápida.

—¿Quién es Skippy?

—El organismo. Céntrate. El hecho de que las medicinas contra el cáncer funcionen quiere decir que hacen algo similar a la división celular. Aunque las proteínas sean del todo diferentes, las soluciones a las que llegan son análogas. Es lo más importante que hemos descubierto desde que llegamos. Es un avance importantísimo. ¿Dónde está mi terminal portátil? Tengo que decírselo al equipo de la Luna. Se van a quedar atónitos.

Se inclinó hacia delante muy rápido y se tropezó con Favez. Él le puso el terminal portátil en las manos, y Elvi se sentó a su lado.

—¿Estabas dando saltitos? —preguntó Favez—. Porque sonaba como si estuvieses dando saltitos.

—Es lo más importante que me ha ocurrido en la vida —explicó Elvi—. Estoy en éxtasis.

—Bueno, entonces ¿tenemos un remedio contra lo de los ojos?

—¿Qué? Ah, sí. Lo más seguro. El tratamiento oncológico no es muy difícil de sintetizar. Además, la mayoría no necesitaremos una dosis de por vida, como Holden.

—Eres la única mujer que conozco capaz de emocionarse por un descubrimiento de microbiología justo cuando acaba de averiguar la manera de evitar que un puñado de refugiados muertos de hambre y ella misma se queden ciegos.

—Deberías salir más por ahí. Conocer gente —dijo Elvi. Luego se sintió mal, ya que lo adecuado era empezar a tratar a las personas antes de hablar con el equipo de la Luna. Aún era poco más que una hipótesis. No tenía datos al respecto—. Enviar una solicitud de llamada a Murtry.

El terminal portátil emitió un sonido al recibir el comando. Una ráfaga de viento agitó el plástico de la ventana. Sonaba algo diferente de lo habitual, y

la lluvia que no dejaba de caer era más escandalosa. Se preguntó si se había soltado la plancha de plástico. Ahora mismo podría haber babosas mortales campando a sus anchas a su alrededor y no se habría enterado. No podía verlas. Tenía que apuntarlo para que Holden también le echase un vistazo. Se oyó un doble tono cuando Murtry rechazó la llamada, y Elvi gruñó.

—¿Quién se encarga de los suministros? —preguntó.

—¿Arriba? Creo que Havelock.

—Enviar solicitud de llamada a Havelock.

El terminal portátil volvió a sonar y luego se quedó en silencio. No estaba segura de si había recibido el comando.

—Señor Havelock, ¿está ahí? —preguntó.

—Me temo que no llama en buen momento, doctora.

—¿Está coordinando los suministros? Me gustaría saber si podría...

—¿Hay vidas en juego si no lo solucionamos en los próximos cinco minutos?

—¿Cinco minutos? No.

—Pues va a tener que esperar.

El terminal portátil emitió el sonido de la desconexión de llamada.

—Joder, qué maleducado —dijo Fayez.

—Seguro que está pasando algo ahí arriba —dijo Elvi.

—Todos estamos estresados, pero eso no le da derecho a comportarse como un gilipollas.

Elvi arqueó una ceja y asintió, aunque sabía que Fayez no podía verla.

—Enviar solicitud de llamada a Holden.

La llamada dio tono durante un rato, y Elvi temió que Holden no la aceptase. Cuando lo hizo, respondió con voz horrible, como si estuviese enfermo o borracho.

—Elvi. ¿Qué pasa?

—Hola —saludó ella—. No sé si estarás muy ocupado y sé que no eres el responsable de los suministros, pero ¿tienes un minuto? Me gustaría...

Fayez gritó y la interrumpió.

—¡Sabe cómo acabar con la ceguera!

Se hizo el silencio. Holden gruñó. Elvi imaginó que había hecho el esfuerzo de levantarse.

—Vale. Voy para allá.

—Dile a Lucia que venga —pidió Elvi—. Si la encuentras.

—¿Irá Murtry?

—No responde a las llamadas.

—Vaya —dijo Holden—. Mejor. No creo que esté de humor.

Lucia estaba sentada junto a Elvi y le sostenía la mano. Debería de haber sido una situación íntima, pero en aquel contexto solo lo hacía para dejarle claro que le prestaba toda su atención. Era el análogo físico del contacto visual. Holden deambulaba por la estancia y sus pasos resonaban en el barro.

Cuando Elvi terminó de explicarse, Lucia chasqueó la lengua contra los dientes.

—No sé cómo deberíamos plantear la dosis. No quiero darle a la gente una tan pequeña que no tenga efecto.

—¿Y si curamos a unos pocos para que hagan de niñeras? Les inyectamos lo que tengamos a unos cuantos que no estén tan mal y que ellos se encarguen de cuidar de nosotros hasta que caigan los próximos suministros. ¿Capitán?

—¿Qué? Perdón, estaba... Hay un agujero en la ventana. En el plástico. Quería asegurarme de que no había ninguna babosa mortal por aquí. Voy a arreglarlo.

—Capitán —llamó Lucia con voz brusca e insensible—. Toma medicación para una enfermedad crónica y mortal. Estamos hablando de dispensarle su medicación a otros pacientes y dejarle a usted sin ella.

—Me parece bien.

—En realidad es un poco problemático a nivel ético —añadió Lucia—. Si vamos a hacerlo, y creo que es lo correcto, me gustaría que entendiera que...

—Lo entiendo, lo entiendo. Que sí —respondió Holden—. Me he tragado tanta radiación que los tumores me florecen por todas partes. Eso es lo único que los mantiene a raya, pero también sirve para curar lo de los ojos. Si lo usamos, la mayoría y yo podremos echar una siesta hasta que la cosa mejore.

Elvi sabía que Lucia estaba sonriendo cuando respondió.

—No creo que un comité diese por válida su explicación, pero sirve en términos generales.

—Venga, úsenlos. Claro que sí —siguió Holden—. Adelante. Intentaremos que nos envíen más.

—¿Y si no pueden?

—Pues puede que me salga otro tumor antes de que nos muramos de hambre. O puede que no. Me da igual —aseguró.

Lucia cogió el terminal portátil, y Elvi sintió las manos frías cuando la doctora la soltó.

—Vale. Pues manos a la obra. ¿Podría guiarme, capitán?

—Claro —respondió Holden—. Claro que puedo, pero me vendría bien un café. Estoy un poco agotado.

—Le puedo conseguir unos estimulantes si quiere, pero no tenemos café.

—Genial —dijo Holden—. No hay café. Es el planeta más horrible en el que he estado jamás. Dígame qué tengo que hacer para que curemos a todo el mundo.

Havelock

La armadura que había en el calabozo era un mono muy simple de kevlar y cerámica. Era apto para el vacío y tenía espacio para añadirle una botella de aire de media hora. Se solía usar para apaciguar las reyertas de la tripulación y realizar caminatas espaciales cortas y tácticas. Seguro que había una docena más como aquel en la oficina principal de seguridad. Ojalá los ingenieros pasaran de ellos. Havelock metió los pies en las perneras, se subió los pantalones y se ajustó la incómoda presión de la entrepierna. Luego se colocó al hombro la escopeta y usó ambas manos para terminar de colocárselo.

—La risa no ayuda —dijo.

—No me estaba riendo —aseguró Naomi. Después se rio.

Cogió varias esposas desechables y dos pistolas táser de la taquilla de armas. Una tenía la carga al máximo y la otra a un poco menos de la mitad. Intentó acordarse de que cuando terminara todo tendría que revisar las baterías de todas las armas, pero luego recordó que quizá todo terminase allí para él. A lo mejor podía dejarle una nota a Wei. Pensó en llamar a Marwick para advertirle de que las cosas se habían complicado mucho. Podía confiar en la decencia y el instinto del capitán de la nave.

No lo hizo.

Naomi flotaba junto a él. Se estiró con las manos y los pies abiertos en el aire. El mono de papel que llevaba puesto crujió con cada uno de sus movimientos. Havelock echó un vistazo por el despacho una última vez. Era extraño saber que cabía la posibilidad de que nunca lo volviera a ver. Y, si lo hacía, a lo mejor era desde dentro de una celda.

De ser así, seguro que sería porque habrían encontrado la manera de evitar caer en la atmósfera y estallar en las alturas, así que había pocas probabilidades de que ocurriese. Mejor no preocuparse por ello.

—¿Es tu primer motín? —preguntó Naomi.

—Sí, no estoy acostumbrado.

—Te terminas acostumbrando —dijo al tiempo que le extendía la mano. Havelock la miró confundido—. Dame una de esas.

—No —dijo. Conectó el traje al canal de comunicaciones que usaba el grupo de entrenamiento. No oyó nada. Qué raro. Pasó por los demás canales.

—¿No?

—Mira, te voy a sacar de aquí, pero eso no quiere decir que me arriesgue a darte un arma y a darme la vuelta.

—Tienes una percepción de la amistad un tanto particular —dijo Naomi.

—Sí, la verdad es que no estoy en mi mejor momento.

El primer integrante de la milicia atravesó el umbral de la puerta a demasiada velocidad, abotargado por la adrenalina y desacostumbrado a empuñar un arma. El segundo lo atravesó poco después, con los pies por delante. Havelock sintió que se le hacía un nudo en el estómago. Ambos llevaban pistolas y brazaletes alrededor del bíceps. Detrás de él, Naomi respiró hondo.

—Caballeros —saludó Havelock al tiempo que los saludaba con la cabeza—. ¿En qué puedo ayudarlos?

—¿Qué coño cree que está haciendo? —imprecó el primero, que levantó el arma y se apoyó en la pared para estabilizarse al mismo tiempo.

—Trasladar a la prisionera —explicó Havelock con una voz a caballo entre el desprecio y la incredulidad—. ¿Qué debería estar haciendo?

—El jefe no nos ha dicho que fuese a hacerlo —dijo el segundo.

—El jefe de ingeniería Koenen no es el jefe de seguridad de la nave. Yo sí. Y la verdad es que me vienen bien. No me malinterpreten, pero tengan en cuenta que este es mi trabajo. ¿Qué coño hacen aquí?

Los hombres intercambiaron una mirada.

—El jefe nos ha ordenado que viniéramos a proteger a la prisionera.

Naomi les dedicó una sonrisa tímida y nada amenazadora. Sabía actuar muy bien.

—Buen plan —dijo Havelock—. Seguro que vienen a buscarla. Ustedes quédense aquí para recibirlos en caso de que consigan entrar. Cuando haya llevado a la prisionera a un lugar seguro donde no la encuentren, volveré para ayudarlos.

—Sí, señor —dijo el segundo, haciendo un saludo brusco con la mano en la que tenía el arma. Havelock hizo una mueca. Estos tipos no estaban nada

preparados para la munición real. Luego sacó la escopeta e hizo un gesto con ella.

—Señorita Nagata, si es tan amable —dijo.

—Sí, señor —dijo Naomi, que se impulsó hacia la puerta.

Él la siguió, pero se detuvo en el umbral de la puerta y se giró.

—Si entra alguien, identifíquelo antes de empezar a disparar, ¿de acuerdo? No quiero que nadie resulte herido por error.

—Lo haremos, señor —dijo el primero. El segundo asintió. Havelock hubiese apostado la mitad de su salario a que no tenían pensado hacerlo. Naomi lo esperaba al otro lado del pasillo. Puso el seguro del arma y se la dejó colgando del hombro. Todos los pasillos de la *Israel* eran estrechos, pero en esta zona lo eran todavía más. Cuanto más cerca estaba uno del casco de la nave, más angostos eran. La tela y el relleno de las paredes ahogaban los sonidos de la nave. Los códigos numéricos que había impresos por todas partes indicaban los conductos y los sistemas técnicos que había ocultos en el mamparo detrás del relleno, también el modelo de los paneles y la fecha en la que se habían reemplazado. La espuma era un medio de seguridad en caso de una colisión o un acelerón inesperado, pero en aquel momento le recordó a una celda acolchada.

Havelock señaló sobre su hombro con la cabeza.

—Si pasa algo, no vuelvas sin mí.

—No tenía pensado hacerlo.

Atravesaron el pasillo. Havelock iba delante y le indicaba que continuara. Naomi no se movía con el instinto táctico de alguien entrenado para hacerlo, pero era lista y silenciosa, y no tardó en desplazarse como había que hacerlo. También tenía la gracia de un cinturiano en ingravidez. De haber estado unas semanas entrenando con un pelotón de personas como ella, seguro que les hubiese dado munición real sin problemas. Havelock señaló la esquina de cerámica de la pared que había antes de la intersección con el pasillo de mantenimiento.

—Quédate aquí —susurró—. Y pasa desapercibida.

Naomi levantó el puño. Havelock avanzó. En la intersección había dos integrantes del equipo, colocados en lo que suponían que sería una buena cobertura. Uno estaba bien, pero el otro sacaba demasiado una mano y, cuando intentara impulsarse para salir a la refriega, era muy probable que girase demasiado y quedase de espaldas. Y eso que lo habían practicado.

—Caballeros —dijo Havelock mientras flotaba en el aire—. Walters y... Honneker, ¿verdad?

—Sí, señor —dijo Honneker.

—¿Cuál es la situación?

—El jefe nos ha pedido que no nos comuniquemos por radio. Tenemos a Boyd y Mfume en la escotilla de despresurización. El jefe está con Salvatore y con Kemp y se dirigen a acabar con los tipos malos.

—¿A quién tenemos fuera?

—¿Fuera? —El hombre negó con la cabeza, desconcertado.

—¿No le hemos puesto a nadie un traje para que revise el resto de las esclusas de aire?

—Anda —dijo Honneker—. Pues es buena idea. Deberíamos hacerlo.

—Veo que no lo han hecho.

—No, señor. No se nos había ocurrido.

—De acuerdo —dijo Havelock, y desde el otro lado del pasillo llegó el ahogado sonido de unos disparos. Los ingenieros se impulsaron para darse la vuelta y mirar. Honneker lo hizo con demasiada fuerza y se lanzó hacia mitad del pasillo, donde alguien que viniese hacia ellos podría haberle disparado. Havelock oyó cómo se activaba su radio. El jefe de ingeniería sonaba como un niño en una fiesta de cumpleaños.

—¡Tenemos contacto! ¡Tenemos contacto! Tenemos al enemigo en el baño del almacén de suministros secundario. Lo hemos acorralado.

Volvió a oírse una ráfaga de disparos por la radio durante una fracción de segundo antes de que el sonido le llegase a Havelock directamente. Koenen empezó a gritarle a alguien para que se retirase y luego se dio cuenta de que aún tenía la radio activada y la apagó. Havelock metió el pie en un asidero, se estiró para alcanzar a Honneker y volvió a bajarlo con cuidado.

—¿Qué hacemos? —preguntó Walters mientras Honneker se sujetaba al asidero—. ¿Avanzamos? Podríamos coger unos trajes y salir al exterior, como acaba de decir.

Havelock sacó el táser con la carga al máximo y negó con la cabeza. Estaba listo para disparar. El otro, al que le quedaba poca batería, tardó medio segundo en estar listo. Los dos hombres lo miraban y esperaban su consejo.

—Deberían vigilar el pasillo —respondió Havelock al tiempo que señalaba el cruce con la barbilla. Cuando se dieron la vuelta, les disparó a ambos por la espalda. Los cuerpos de los hombres se envararon, se estremecieron y luego quedaron inertes. Havelock les quitó las armas, desactivó las radios de sus trajes, los esposó entre ellos y luego a un asidero.

—Despejado —dijo por encima del hombro, con voz calmada pero firme. Naomi avanzó por el pasillo moviéndose de un lado a otro con la idea de no

pasar más de una fracción de segundo alejada de cualquier elemento que le permitiese cambiar de dirección. Tenía buenos instintos.

—Ya van cuatro —dijo—. ¿Es porque eres muy bueno o porque ellos son muy malos?

—Puede que enseñar no se me dé demasiado bien —explicó Havelock—. Además, no nos esperan.

—Supongo —dijo Naomi con un tono que dejaba claro su escepticismo—. ¿Cómo estás?

Havelock iba a decir «estoy bien» por inercia, pero luego se quedó en silencio. Acababa de atacar y dejar indispuestos a dos hombres de su tripulación que habían trabajado a las órdenes de su superior. Había traicionado la confianza de los hombres que llevaban viajando con él durante años y todo por una saboteadora cinturiana. Y a todos les quedaban tan solo unos días de vida. Quizá fuese esto último lo que equilibraba la balanza. Era hombre muerto. Todos eran hombres muertos y quizá por ello lo que hacía no le importase tanto. Se sentía con libertad para seguir los dictados de su conciencia, fueran cuales fuesen.

La situación era una pesadilla para un integrante del equipo de seguridad. ¿Cómo no iban a haber revueltas si todos iban a morir? ¿Cómo no iban a haber asesinatos, robos o violaciones? Si no había consecuencias, o si la única consecuencia era la muerte, todo era posible. Su trabajo era esperar lo peor de la humanidad, una humanidad de la que él también formaba parte. Pero en lugar de eso estaba ayudando a escapar a una prisionera a la que habían pillado con las manos en la masa porque la muerte que le ofrecía esa situación era mejor que el sepulcro de plástico y cerámica de Murtry en ese planeta vacío. Le daba igual Nueva Terra, Ilo o comoquiera que se terminase por llamar esa bola de barro desagradable que tenían debajo. Le importaban las personas. Las que estaban en la *Israel*, las de la *Barbapiccola* y las de la superficie. Todas. Le daba igual allanar el camino a la empresa para que no tuviera problemas para proteger sus posesiones cuando todos hubiesen muerto.

—La verdad es que estoy bien —respondió.

—Es buena señal —dijo Naomi antes de que sonara otra ráfaga de disparos. Havelock hizo un gesto para que se cubriese, y él se impulsó hacia delante. Todos los pasillos principales de la *Israel* tenían escotillas de despresurización: círculos gruesos de metal con sellos de polímero endurecido. La mayor parte del tiempo no eran más que bultos en las paredes, más grandes que los de los diseños de las naves que eran una o dos

generaciones posteriores, pero fáciles de ignorar. Si algo agujereaba el casco, la escotilla se cerraba con la velocidad y la amoralidad de una guillotina. Si alguien quedaba dentro cuando ocurría, su muerte era mejor que dejar escapar todo el aire. Havelock había visto vídeos de adiestramiento en los que los disparos agujereaban el casco y siempre le ponía nervioso oír tiros en la nave. Delante de él, había un hombre apoyado en la pared que miraba ansioso el pasillo. Havelock carraspeó y el hombre se dio la vuelta con la pistola preparada.

—Mfume —saludó Havelock con las manos levantadas—. ¿Dónde está Boyd?

—Ha ido delante —respondió Mfume haciendo un gesto con el arma pero sin apartarla—. Están disparando al jefe y me ha dicho que me quede aquí. Aquí estoy, pero...

—No pasa nada —dijo Havelock, que empezó a acercarse despacio sin hacer contacto visual. Seguía mirando el fondo del pasillo e intentó que el hombre volviera a darse la vuelta para mirar. La pistola le ponía muy nervioso—. Ha hecho lo correcto.

La radio chasqueó y se oyó la voz del jefe de ingeniería. Jadeaba.

—Hemos encerrado a ese cabrón. Ha herido a Salvatore, pero no es grave. Los necesito a todos aquí. Vamos a ir a por él.

—No me parece que sea buena idea —dijo Havelock por el canal.

—Lo es —respondió el jefe de ingeniería—. Podemos con él.

—No sin que haya alguna baja —aseguró Havelock—. ¿Tiene armadura?

—Sí, y estoy muy seguro de que le he dado —dijo otra voz más aguda y tensa, como la de un niño que va de caza por primera vez y cree que le ha dado a un ciervo.

—Reporten, todos —exigió el jefe.

—Jones y yo estamos en el calabozo. Todo despejado.

—¿Algún problema con la prisionera? —preguntó el jefe.

—La estoy trasladando —dijo Havelock—. Está bien. Necesito que se retiren. Tenemos que seguir el protocolo.

Se oyeron otra media docena de disparos. Mfume se estremeció con cada uno de ellos. Havelock apartó con cuidado el cañón del arma del hombre hasta que lo dejó mirando hacia la pared. Mfume no pareció darse cuenta de que lo había hecho.

—No, imposible —aseguró Koenen—. Si le dejamos, este cinturiano hijo de puta comparará a sus anchas. Tenemos que acabar con esto. ¡Honneker!

¡Walters! Échenle huevos y avancen, chicos. Tenemos que acabar con esta escoria.

El silencio de la radio fue espeluznante.

Havelock cogió la muñeca de Mfume y la giró mientras apoyaba un pie en la pared. Mfume gritó, pero abrió la mano lo suficiente como para que Havelock lo desarmara. El metal negro rotó por el pasillo, y Mfume volvió a gritar e intentó liberarse. Havelock tiró hacia fuera y abajo de la muñeca para apartarlo de la pared. El ingeniero volvió a gritar, y Havelock le disparó en la espalda con el táser. Mfume rebotó contra la pared del otro lado, inerte como una marioneta, y Havelock sacó la escopeta y se movió para apoyar una rodilla en el borde de la escotilla de despresurización mientras dejaba el otro pie detrás en un asidero.

—Nagata —gritó—, vamos a tener compañía.

Por el pasillo, el jefe de ingeniería dobló la esquina y se golpeó contra la pared sin dejar de disparar como un loco.

—¡Alto el fuego! —dijo Havelock—. Uno de sus hombres está flotando sin cobertura. ¡Alto el fuego!

—¡Que te den! —gritó Koenen, y Havelock apretó el gatillo de la escopeta. El cartucho dio al jefe en un costado y lo lanzó rotando. El segundo tiro de Havelock impactó en la espalda del hombre justo cuando tres ingenieros entrechocaban para aparecer junto a él. Havelock disparó una vez a cada uno, se acercó al otro lado de la escotilla, se impulsó al tiempo que guardaba la escopeta y sacó las pistolas eléctricas. La de la poca batería ya estaba vacía, por lo que la soltó. Uno de los hombres sangraba, y había una gota de sangre del tamaño de una uña flotando junto a él en el aire. Los cuatro resoplaban de dolor. Dos habían soltado las armas y los otros dos, Koenen y el que sangraba, no parecían ser conscientes de que Havelock se había acercado. Le disparó con el táser al primero de ellos y luego agarró al que sangraba. Salvatore.

—Oye. Kemp.

—Me has disparado.

—Con un cartucho antidisturbios. El otro ha disparado a Salvatore con una bala. Tenéis que llevarlo a la enfermería.

—Eres un traidor —gritó el jefe de ingeniería, pero Havelock le disparó con el táser antes de volver a girarse hacia Kemp.

—Te voy a quitar el arma y vas a coger a Salvatore. Lo llevarás a la enfermería. ¿Me has entendido?

—Sí, señor —dijo Kemp. Luego miró por encima del hombro de Havelock y saludó—: Señora.

—¿Todo bajo control? —preguntó Naomi.

—No quiero confiarme —dijo Havelock al tiempo que ponía la mano de Kemp sobre el brazo de Salvatore y les daba a ambos un empujón hacia el pasillo—. Estoy muy seguro de que los dos del calabozo están de camino.

—Entonces deberíamos irnos.

—Eso mismo pensaba, sí.

La prolongación de pasillo que iba desde la esclusa de aire hasta la esquina contaba con una puerta sellada que daba a un almacén de suministros secundario, un panel de acceso inferior a los conductos de energía de las paredes y la entrada al vestuario de la esclusa de aire de mantenimiento. Era un lugar estrecho y angosto. Había agujeros de bala en la tela de las paredes. Una de ellas había atravesado el relleno e impactado contra un tubo hidráulico. El líquido hidráulico de seguridad estaba empezando a polimerizarse en el aire, cientos de pequeños puntos verdes que se volvían blancos. Era más que probable que el agujero ya se hubiese sellado con el propio líquido. El baño era tamaño estándar, tan pequeño que al ponerte de cuclillas en el retrete de ingravidez podías apoyar la espalda en una pared y las rodillas te quedaban apretadas contra la de enfrente. No había mucho sitio donde cubrirse, y la puerta estrecha estaba abierta. Una docena de agujeros de bala adornaban las paredes y el marco.

—Muy bien —dijo Havelock justo antes de que un disparo a ciegas resonara por el pasillo. Empujó a Naomi detrás de él y gritó—: ¡Quieto! ¡Para! ¡Nagata está aquí!

—¡Atrás, joder! —gritó un hombre desde el baño. Le sonaba de algo, pero Havelock no consiguió reconocerlo—. Atrás o te juro por Dios que te pego un tiro.

—Ya me he dado cuenta —respondió Havelock también gritando.

—No pasa nada, Basia —intervino Naomi—. Estoy aquí.

La voz se quedó en silencio. Havelock avanzó despacio, esta vez listo para los disparos que nunca llegaron. El hombre que flotaba en el baño llevaba una armadura militar de diseño marciano que quizá tenía más de una década de antigüedad. Tenía el pelo negro con canas en las sienes y un soplete en una mano. En la otra llevaba el arma. Tenía los ojos grandes y la piel cenicienta. La armadura tenía una marca de bala por un costado, lugar donde le habían rozado las balas de los de la milicia. Havelock levantó la mano

izquierda con la palma hacia fuera, pero sostuvo con fuerza el táser que tenía en la derecha.

—Muy bien —dijo—. Tranquilo. Estamos en el mismo bando.

—¿Quién coño eres? —gritó el hombre—. El de seguridad, ¿no? El que la encerró.

—Antes sí —respondió Havelock.

Naomi puso las manos sobre los hombros de Havelock y se apoyó en él para ver mejor al otro hombre.

—Salgamos de aquí —dijo—. ¿Te vienes?

Basia

—Salgamos de aquí —dijo Naomi—. ¿Te vienes?

Basia se sintió muy avergonzado de repente. Con lo bien que había empezado todo.

Había cortado el panel de control de la esclusa de la *Israel* con la eficiencia de la práctica. El enchapado constaba de un sistema por capas con el que solía trabajar en Ganímedes, y la familiaridad le había dado más confianza aún. Después había flotado por el pequeño pasillo hasta una estancia llena de taquillas donde no había visto a nadie, todo ello sin soltar el arma. Esperaba no llegar a usarla. Al otro lado de la habitación estaba el pasillo de estribor que lo llevaría al calabozo. Se encontraba a unos sesenta metros de su objetivo y no había sonado ni una sola alarma.

El primer indicio de que todo se había ido al traste fue una atronadora ráfaga de disparos que parecían venir de todas partes. Desde ese momento, se había quedado escondido en el pequeño baño.

—He venido a rescatarte —dijo Basia, que se dio cuenta de lo estúpidas que sonaban las palabras al pronunciarlas.

—Muchas gracias —respondió Naomi, que le dedicó una sonrisa.

—Genial. Creo que deberíamos ir... —empezó a decir el terrícola que llevaba la armadura justo antes de ser interrumpido por más disparos. Las balas rebotaron en las paredes del pasillo y levantaron trozos de espuma que empezaron a flotar junto a las bolas de líquido hidráulico solidificado. El terrícola empujó a Naomi hacia el baño en el que se encontraba Basia y ambos quedaron aplastados contra la pared del fondo. Los disparos no cesaron, y uno de ellos rebotó contra la hombrera de la armadura del terrícola y le dejó una marca aserrada.

—Me llamo Basia —dijo.

El terrícola entró y se asomó por la puerta con una especie de rifle enorme que realizó unos disparos ensordecedores.

—Havelock. Ya haremos las presentaciones oportunas cuando salgamos de aquí.

Antes de que Basia se diese cuenta, Naomi le quitó la pistola de la mano y se la ofreció a Havelock.

—Por si la necesitas.

—No —dijo él, que volvió a disparar aquel rifle enorme varias veces más—. Nada de munición letal. No voy a matar a esos idiotas si puedo evitarlo.

—¿Y entonces qué hacemos?

Havelock empezó a sacar unos grandes cartuchos de escopeta de la bolsa de la armadura y a cargarlos en el arma.

—Tan pronto como entre en el pasillo, vosotros os dirigís lo más rápido que podáis a la esclusa. —Metió el último cartucho en el arma y la preparó con un chasquido estruendoso—. Basia, tú tienes protección, por lo que tienes cubrir a Naomi. Naomi, vais a pasar por un vestuario, así que coge un traje. Cualquiera que puedas ponerte rápido.

—Estamos listos —respondió Naomi al tiempo que le ponía a Havelock la mano en el hombro. Basia asintió con el puño al terrícola.

—Vamos —anunció Havelock, que se impulsó hacia el pasillo sin dejar de disparar la escopeta. Naomi lo siguió, pero se dirigió hasta el vestuario y la esclusa. Basia se impulsó detrás de ella. Cuando solo habían avanzado unos metros, sintió dos violentos martillazos en la espalda.

—¡Me han dado! —gritó muy asustado—. ¡Me han dado!

Naomi no se detuvo.

—¿Te indica el visor táctico que te estás desangrando?

—No.

—Pues sobrevivirás. Para eso sirven las armaduras.

—Menos cháchara —dijo Havelock justo detrás de él antes de darle un empujón por la espalda—. Y más escapar.

Basia ni siquiera sabía que el hombre estaba detrás de él y soltó un gritito poco digno. Varios metros por delante, Naomi entró a flote en el vestuario y Basia hizo lo propio cuando llegó a la puerta. Al entrar, vio cómo la mujer se afanaba para ponerse un traje de presurización de un color naranja fosforescente. Havelock se detuvo en la puerta para pegar varios tiros más hacia el pasillo.

—Poned la veintisiete cero uno cinco —dijo el terrícola.

—¿Qué? —La ristra de números no tenía sentido para Basia. Eso sumado a cómo se habían desarrollado los acontecimientos, le hizo pensar que estaba en una de sus pesadillas. Gente que disparaba y no dejaba de decirle cosas sin sentido. La sensación heroica y de paz que había sentido cuando accedió a llevar a cabo el rescate había desaparecido por completo.

—Es la frecuencia que está usando el equipo de seguridad —explicó Havelock—. Puedes oírlos. No la han encriptado. Porque —suspiró— son unos malditos novatos.

Basia encontró el menú para cambiar la frecuencia de radio del traje y puso la 27.015.

—... han entrado —dijo una voz. Un hombre, joven y enfadado.

—Nos están disparando desde ahí, diría que está más que claro —respondió una voz de más edad—. Me ha dado con uno de esos cartuchos antidisturbios. Creo que me ha roto una costilla.

—Bueno —dijo Havelock, que hizo una pausa para pegar otro tiro—. Supongo que ya no puedo retractarme.

Basia no sabía con quién hablaba.

—Te voy a pegar un tiro en la cara, gilipollas —dijo el hombre mayor antes de que otra ráfaga de disparos atronara por el pasillo.

—Casi todas las balas van a parar a la nave, jefe —respondió Havelock con tono objetivo. Parecía al mismo tiempo avergonzado por el comportamiento del atacante y preparado para responder con más violencia. Basia recordó que alguien le había explicado los principios del *bushido* la primera vez que había firmado para trabajar en Ganímedes. Le dijeron que se basaba en la paz y eficiencia propias de alguien que sabe que va a morir. Havelock le recordaba esa idea.

—Kemp —dijo la voz mayor—. ¿Estás en posición?

—Nos hemos puesto el traje y avanzamos hacia el acceso de emergencia uno once —respondió otra voz.

—Más rápido. Tenéis que llegar antes.

—¿Qué tal, Kemp? —dijo Havelock—. Pensaba que estabas en la enfermería con Salvatore. No le habrás dejado desangrándose en cualquier pasillo, ¿verdad?

—No, señor —aseguró Kemp—. Otra persona le está llevando en estos momentos.

—¡Que no hables con él! —gritó enfadada la voz mayor—. ¡No es de nuestro bando!

Naomi seguía afanándose para ponerse el traje de emergencia a la altura de los hombros, y Basia tiraba para ayudarla. Havelock se quedó en la escotilla del vestuario y de vez en cuando disparaba al pasillo.

—Busca una botella de aire —dijo Naomi, que empezó a abrir las taquillas y a rebuscar en su interior. Basia la ayudó.

—Oye, Mfume —llamó Havelock.

—¿Qué? —espetó otra voz.

—Está bien que enciendas las botas magnéticas para quedarte adherido al suelo, pero en la posición en la que estás agachado, tu rodilla sobresale por la esquina. —Havelock pegó un tiro con la escopeta y alguien gritó por la radio—. ¿Ves?

Basia encontró una taquilla llena de botellas de aire de emergencia y ayudó a Naomi a conectar una a su traje, retorciéndola para romper el sello. Unos segundos más tarde, la mujer levantó el pulgar para indicarle que funcionaba.

—Estamos listos —le dijo Naomi a Havelock.

El terrícola disparó varias veces más y luego se dio la vuelta para seguirlos. Le dio la escopeta a Naomi, que apuntó al umbral de la puerta para cubrir a los dos hombres mientras sellaban sus cascos.

—¿Has cambiado de opinión sobre lo de darme un arma? —preguntó Naomi.

—No te olvides de devolvérmela.

—Aquí estamos listos —dijo Kemp por la radio.

—Oíd, chicos —dijo Havelock—. No lo hagáis. Casi no hemos practicado las tácticas en el espacio. Salir ahí con munición real es muy peligroso.

—Bueno, pero el jefe ha dicho que...

—¡Que no hables con él! —dijo la voz mayor, en voz tan alta que se distorsionó en los altavoces del casco de Basia—. ¡Joder, tíos!

—Koenen —llamó Havelock. Su voz sonaba algo diferente ahora que se había puesto y sellado el casco—. Lo digo en serio. No envíes a nadie ahí fuera. Alguien puede salir herido. O morir.

—Sí —aseguró el jefe—. Tú, hijo de puta traidor amante de los cinturianos.

—¿Qué tal las costillas, jefe? —preguntó Havelock con una sonrisa en la voz—. ¿Ves? Ahora mismo actúas por pura rabia. No estás pensando. Por esto no quería usar la munición real.

Basia se amarró la mochila extravehicular que había dejado en la escotilla de la esclusa. Naomi le pasó la escopeta y sacó dos mochilas más de una

taquilla. Un momento después, Havelock y ella se las habían puesto y la puerta interior de la esclusa había empezado el ciclo de cierre. Havelock le quitó la escopeta a Basia y se la colgó de una cuerda del arnés. Naomi activó el ciclo de apertura.

—¿Sabéis? —dijo—. Solo pueden desactivar esta esclusa desde el puente.

Como si le respondiese, la luz de estado que había en el panel de control de la esclusa de aire pasó a rojo y el ciclo se detuvo. Havelock golpeó el panel y volvió a comenzar.

—No tendrán tiempo de reiniciar todos los protocolos de seguridad —dijo.

—¿ECR puede usar el control manual de la nave? —preguntó Naomi.

—La seguridad corporativa es lo que tiene. La nave y su tripulación son poco menos que un taxi. La división de seguridad trabaja directamente con la empresa y protege sus intereses. Podría decirse que lo controlamos todo.

—Por eso todo el mundo os odia —dijo Basia.

El ciclo de apertura de la esclusa terminó y se abrió la puerta exterior. Havelock les hizo un gesto para que saliesen.

—¿Seguro que me odias en estos momentos? ¿Estás seguro?

La estrella de Ilo empezaba a asomar por encima de la circunferencia del planeta, y el visor de Basia se oscureció de improviso para evitar que se deslumbrara. El planeta era la misma pelota gris e iracunda envuelta en nubes de tormenta. En la distancia, la *Rocinante* tenía encendidas unas luces verdes y rojas para indicarles su posición.

—De acuerdo —dijo Havelock por la radio entre un poco de estática—. Deberíamos empezar a avanzar. Algunos de ellos han salido por el otro lado de la nave. No llegarán a tiempo, pero cuidado con los arpeos.

Naomi ya había encendido los propulsores de la mochila extravehicular y se alejaba de la puerta dejando tras de sí cuatro pequeños conos blancos de gas comprimido.

—Alex. Estamos fuera.

—Gracias a Dios —clamó el piloto casi sin acento debido a la tensión del momento—. Estaba preocupadísimo. ¿Basia está contigo?

—Sí —respondió Basia—. Aquí estoy.

—Somos tres —aseguró Naomi—. Ven a por nosotros.

—¿Tres?

—He adoptado a un animalillo abandonado.

—¿Adoptado? —preguntó Havelock, a quien parecía hacerle gracia la conversación—. Aquí quien os está rescatando soy yo.

—Es complicado —continuó Naomi. Todos habían salido de la esclusa. La luz de conexión remota continuó encendida en el visor táctico de Basia y un programa complejo empezó a mostrar datos en la pantalla. Alex había tomado el control del sistema de navegación de las mochilas extravehiculares con la *Rocinante*. Dieron varios acelerones y la nave empezó a hacerse más grande poco a poco.

—Me alegro de que Basia esté bien —afirmó Alex—. Estaba preocupado por él.

—Tampoco es que haya ayudado mucho —admitió Basia, que se sintió muy avergonzado.

—Los distrajiste bien —aseguró Havelock—. Nos ayudó bastante.

—Eso es —clamó Alex—. Todos somos héroes. Tenéis a cuatro tipos detrás. ¿Los esperábamos?

Apareció una pequeña ventana en el visor táctico de Basia. Dentro apareció un vídeo de cuatro personas con trajes espaciales que llevaban mochilas extravehiculares y que dejaban atrás la *Edward Israel*. Sin que él hiciese nada, la imagen se amplió hasta que distinguió las armas que llevaban. Alex les estaba enviando las imágenes de los telescopios de la *Rocinante*.

—Sí, son la milicia que formé y entrené —explicó Havelock. Luego suspiró—. Ahora que lo pienso, la verdad es que no fue una buena idea.

—¿Quieres que me encargue de ellos? —preguntó Alex.

—¿«Encargarte de ellos» significa usar los cañones de defensa en punta de la nave? —respondió Havelock.

—Pues... ¿sí?

—Entonces no. Esos chicos son imbéciles, no tienen entrenamiento y son unos fanáticos, pero no son más que ingenieros. No son mala gente —aseguró Havelock.

—Os están disparando —dijo Alex. De repente, unas líneas rojas aparecieron en el visor táctico de Basia—. Mirad el seguimiento de proyectiles de la *Roci*.

Basia sintió cómo se le erizaban los pelillos de la nuca al descubrir que aquellos proyectiles silenciosos, invisibles y potencialmente mortales flotaban hacia él. Al parecer, las líneas rojas de la pantalla tenían otro significado para Havelock, porque el terrícola respondió:

—Están lejos y no tienen sistemas de apuntado integrados en el visor táctico, así que están disparando por disparar. No hay razón para devolverles el fuego.

—¿Segunda? —llamó Alex. Basia tardó un instante en darse cuenta de que hablaba con Naomi.

—Havelock manda —respondió—. Son los suyos.

—Muy bien —afirmó Alex con un atisbo de duda en la voz.

La *Rocinante* siguió creciendo minuto a minuto hasta que Basia vio el pequeño anillo de luces que rodeaba la esclusa de aire de la nave. Había pasado poco tiempo en el interior, pero ya la consideraba un hogar. Su mochila extravehicular soltó una serie de ráfagas que lo hicieron rotar hasta encarar de nuevo la *Israel*. Luego empezó a frenar. Ya casi habían llegado.

—Chicos —dijo Havelock—. Lo de sin retroceso es una exageración. No quiere decir que no haya un poco.

Basia no sabía de qué hablaba, pero luego miró el vídeo de la *Rocinante* en el que aparecían los perseguidores y vio que uno de los cuatro había empezado a rotar y a girar en el espacio al tiempo que activaba los propulsores desesperado para intentar mantener el control. Cada ráfaga de gas comprimido solo parecía empeorar las cosas y añadir un nuevo eje a la rotación.

—Pues menuda gracia que diga eso en las especificaciones —gritó el hombre llamado Kemp.

—Si hubiésemos entrenado más en ingravidez os lo habría explicado —aseguró Havelock—. También os habría enseñado a usar el programa de compensación integrado para que la mochila suelte ráfagas estabilizadoras con cada disparo.

—Diría que hay muchas cosas que no nos enseñaste —respondió Kemp.

—Sí, y ahora que me estáis disparando me alegro mucho. Pero parad, por favor. Drake está fuera de control y no deja de alejarse de vosotros. Alguien debería ir a por él antes de que se aleje demasiado.

—Eso es lo que te gustaría, ¿verdad? —preguntó el que Havelock había llamado Koenen—. Que lo dejásemos todo para rescatarlo.

—Lo que me gustaría —empezó a decir Havelock con voz apenada— es evitar que Drake quede a la deriva en el espacio y muera. También estoy intentando convencer al piloto de la cañonera que tengo detrás para que no os convierta en vapor rojizo con sus cañones de defensa en punta. Pero la verdad es que me lo estáis poniendo difícil.

—No nos amenaces...

—Id a por Drake. Volved a la nave. Dejad de disparar. Si uno de esos disparos nos impacta por accidente, daré permiso a la nave para dispararos.

Se hizo un largo silencio. Las líneas rojas del visor táctico de Basia empezaron a desaparecer una a una hasta que lo hicieron por completo. La mochila extravehicular soltó una última ráfaga que le hizo volver a darse la vuelta. La puerta exterior de la esclusa de la *Rocinante* los esperaba abierta. Naomi flotó hacia el interior, se aferró a un asidero y esperó a que ellos hiciesen lo propio. Se desvaneció la polarización del visor que había activado la estrella de Ilo y las luces azules de los leds de la esclusa iluminaron el interior de su casco. Esbozaba una amplia sonrisa.

—Estamos en casa. Por fin estamos en casa —dijo. Basia flotó cerca de ella, y la cinturiana lo agarró por el brazo para detenerlo—. Gracias por ir a buscarme.

Basia se ruborizó e hizo un gesto cinturiano de indiferencia con las manos.

—La verdad es que lo único que he hecho ha sido recibir disparos.

—A veces la intención es lo que cuenta.

Havelock se agarró al borde de la entrada de la esclusa y se detuvo, sin dejar de mirar hacia la *Israel*.

—¿Tenéis a Drake? ¿Está bien?

—Sí, señor —respondió Kemp—. Lo tenemos.

—Havelock —llamó la voz mayor y más enfadada—. No te saldrás con la tuya. ECR acabará contigo cuando vuelvas. Y yo estaré ahí para verlo.

Havelock rio.

—Jefe, ojalá ambos vivamos tanto como para verlo. Cambio y corto.

Entró en la esclusa y le dio un golpe a la consola de pared para activar el ciclo de cierre.

—Lo hemos conseguido —dijo Basia. Sintió un breve momento de euforia seguido de un terror abrumador que no sabía que estaba reprimiendo. Con gravedad, se hubiese caído al suelo. Naomi y Havelock empezaron a quitarse las mochilas extravehiculares mientras la esclusa comenzaba el ciclo de presurización. Basia buscó a tientas las correas de la suya, pero las manos le temblaban tanto que fue incapaz. Un poco después, Naomi lo ayudó a quitárselo.

La mochila flotó por el compartimento y golpeó el mamparo con un ruido sordo. Basia tardó en darse cuenta de que había vuelto a oír algo que no fuese su propia respiración. Poco después, se abrió la puerta interior de la esclusa de aire. Alex flotaba en el umbral con una sonrisa bobalicona en su cara oscura y rechoncha.

—Segunda —saludó—. Qué alegría volver a tenerte en la nave.

Naomi se quitó el casco y se lo tiró.

—Qué alegría volver, señor Kamal.

Se hizo un breve silencio durante el que se sonrieron, y luego Naomi se impulsó hacia él y se dieron un fuerte abrazo.

—¿Te han tratado bien? —preguntó el piloto.

—Ese me tenía encerrada como un perro en una caseta —respondió Naomi al tiempo que señalaba a Havelock con la cabeza. El terrícola achaparrado se quitó el casco y flotó por los aires para ponerse junto a Basia. Esbozaba una sonrisilla de vergüenza. Ahora que no llevaba casco, Basia vio que tenía el pelo corto y claro, la mandíbula prominente y los ojos negros. La típica guapura sobria, como la de una estrella de cine que interpreta a un policía en una película. Al verlo, Basia sintió rechazo.

—Era el protocolo —respondió Havelock—. Soy... Era el jefe de seguridad de la *Edward Israel*, aunque se podría decir que he dimitido. Soy el que tenía cautiva a su segunda de a bordo. Sin rencores, espero.

—No pasa nada —aseguro Alex, que se giró hacia Naomi como si Havelock no estuviese ahí—. ¿Y ahora qué?

—Informe de estado —respondió Naomi—. ¿Qué es lo último que tienes sobre el deterioro orbital?

—La *Barbapiccola* caerá primero, luego lo hará la *Israel* y después nosotros tendremos que elegir entre morir en órbita cuando se nos acaben las baterías, quemarnos en la atmósfera o que nos disparen los alienígenas —respondió Alex, que soltó una carcajada sin gracia alguna—. Estamos bien jodidos. Pero me alegro de volver a tenerte a bordo.

Holden

Holden volvió a abrirse paso hasta la torre.

Intentó calcular las horas que llevaba sin dormir, pero su cerebro había perdido la capacidad de calcular y los días de treinta horas de Ilo seguían confundiéndolo. Lo único que pudo llegar a dilucidar es que llevaba mucho tiempo. Activó el sistema médico de su armadura para que le inyectara unas anfetaminas y le fastidió ver el mensaje que rezaba que ya no quedaban suministros. ¿Cuántas se había inyectado? Era un misterio irresoluble, como el de las horas que llevaba sin dormir.

Un par de babosas mortales escalaban por el lateral de la torre hacia una de las ventanas con forma de gota. El plástico que habían estirado para cubrir la abertura tenía unas pequeñas roturas, por lo que Holden se limitó a tirar a las babosas con la pala y luego les dio una patada. Se limpió las babas tóxicas de la bota en un charco de barro.

La lluvia había amainado y ahora no era más que una llovizna, lo que le alegraba, pero la temperatura no dejaba de descender, lo que era un incordio. La cantidad de luz no había cambiado demasiado debido a la capa de nubes, pero Holden había empezado a distinguir los días de las noches gracias a la escarcha que se formaba en las paredes de la torre. El frío aún no era un problema, pero empeoraría. Pronto, los supervivientes tendrían que añadir la hipotermia a la lista de maneras incómodas en las que podían morir.

Se mordió la lengua hasta que notó el sabor de la sangre y continuó dando la vuelta a la torre.

Oyó a Murtry antes de verlo. Una voz fantasmagórica y tenue que se propagaba por la lluvia gris y que terminó por convertirse en un borrón con forma de hombre más oscuro que el espacio que lo rodeaba.

—... acción inmediata. La violencia ha escalado. Podremos argumentar que actuamos proporcionalmente hasta que... —decía Murtry, pero se quedó en silencio cuando oyó que Holden se acercaba.

—¿Qué hace aquí fuera? —preguntó Holden. Murtry seguía ciego. Era peligroso para él deambular en el exterior de la torre. El suelo que no estaba cubierto de charcos era una arcilla resbaladiza con la que uno podía caerse en un suspiro. Y la cantidad de babosas que el agua había hecho salir a la superficie hacía que Holden se cuestionase si en realidad Ilo era una pelota vacía llena de esos gusanos venenosos.

—Son mis asuntos, capitán —respondió Murtry sin mirar en dirección a Holden.

—¿Insinúa que me meta en los míos?

—Me alegro de que me haya entendido.

Los dos hombres se quedaron en silencio un largo rato. Seguro que en las alturas las tripulaciones habían empezado a dispararse. Eran enemigos, pero al mismo tiempo no lo eran. Parte de la mente soñolienta y agotada de Holden quería hacer las paces con Murtry y ECR. O al menos no quería que la muerte de aquel hombre recayese sobre su conciencia.

—Es peligroso estar aquí fuera —dijo Holden con voz tranquila y neutra.

—¿En qué se diferencia de estar ahí dentro? —De nuevo, pronunció la última palabra justo antes de cerrar la boca con fuerza. La rabia de Murtry era un rayo de esperanza para Holden. Quizá Naomi había conseguido escapar. Tenía que hablar con Alex.

—No puedo dejar que lo maten mientras estoy a cargo de la seguridad —dijo Holden.

—Gracias por preocuparse por mí.

Era un poco ridículo saber que en realidad estaban evitando hablar de lo importante. Ambos sabían lo que pasaba. Se sintió como si estuviese en una partida de póquer en la que se jugaba con las cartas bocarriba pero se fingiera que las estaban viendo.

—¿Quiere que lo ayude a volver? —preguntó Holden.

—Tengo que terminar algunas cosas —respondió Murtry con una sonrisa vacía.

—Cuando encuentre su cadáver, le diré a todo el mundo que se lo advertí.

—Si muero —empezó a decir Murtry al tiempo que su sonrisa se convertía en una algo más sincera—, intentaré dejar una nota que afirme que no fue culpa suya.

Dejó claro que aquel era el final de la conversación cuando se dio la vuelta y empezó a murmurar a su terminal portátil. Holden se alejó de él y llamó a Alex de inmediato.

—Estamos algo ocupados por aquí, capi —anunció el piloto sin saludar.

—Dime que es porque habéis rescatado a Naomi y todo ha ido a pedir de boca. ¿Ya está en la nave?

Se hizo una pausa larga mientras Alex respiraba con fuerza en el micrófono.

—¿El rescate de Naomi? He enviado a Basia.

Holden giró sobre sus talones para mirar a Murtry. El jefe de seguridad de ECR aún seguía hablando por el terminal portátil.

—¿Hemos enviado a un prisionero a rescatar a otra prisionera? Si no hubiese ido bien, seguro que Murtry estaría ordenando ambas ejecuciones ahora mismo.

—No, no —explicó Alex al momento—. La cosa se ha torcido un poco, pero las conversaciones de radio que estoy captando me hacen pensar que Naomi está bien. De hecho, creo que ya estaba escapando por su cuenta y le ha tocado salvar a Basia.

Holden fue incapaz de evitar soltar una carcajada. Murtry ladeó la cabeza como si pretendiese adivinar de dónde venía la risa.

—Genial. ¿Dónde andan?

—La verdad es que es confuso —dijo Alex—. El identificador amigo-enemigo de Basia marca que está fuera de la *Israel*, pero también que hay más personas con trajes en el exterior. Es complicado.

—¿Te has planteado preguntar y eso?

—Sí, pero no puedo. Basia salió del canal al cambiarse a otro. No es un tipo que esté muy acostumbrado a estas escaramuzas, supongo. Estoy esperando a que alguien hable conmigo para captar la frecuencia.

Holden volvió a mirar a Murtry, quien seguro que usaba la radio para coordinar la persecución de Naomi y quienquiera que estuviese con ella en esos momentos. Se contuvo para no caminar hacia el hombre, tirarlo al suelo, quitarle el terminal y exigirle que le contase lo que estaba pasando.

Pero llegado un punto, dejó de contenerse.

Murtry había empezado a girarse hacia él con el ceño fruncido al oír sus pasos acercándose, y Holden le quitó el terminal portátil de la mano y tiró a Murtry al barro.

—Quieto o le dejo inconsciente —dijo al hombre de ECR. Luego se llevó el terminal a la oreja y preguntó—: ¿Con quién hablo?

—¿Quién coño eres? ¿Dónde está Murtry?

—Ahora mismo lo tengo a mis pies —dijo Holden—, así que si eres parte del equipo que está persiguiendo a Naomi Nagata, te recomiendo que te detengas.

El hombre que hablaba al otro lado de la línea dijo:

—Las comunicaciones están comprometidas. Cambien a dosalfa.

Luego el canal se quedó en silencio. Parecía que esa persona había entrenado con las comunicaciones.

—Alex —llamó Holden—. He interrumpido su comunicación con el jefe. Saca de ahí a los nuestros.

—Sin problema, jefe. Ya tengo las cosas más claras. Subiré a bordo a los tres.

—¿Quién es el tercero?

—Estamos a punto de descubrirlo. Cambio y corto.

Murtry consiguió ponerse de rodillas con un gruñido y frunció el ceño con la mirada perdida apuntando por encima del hombro izquierdo de Holden.

—Qué duro se pone usted contra un ciego.

—Tranquilo, estamos trabajando para curarlo —respondió Holden justo antes de tirar el terminal portátil del hombre al suelo junto a él—. Venga a búscame más tarde.

—Lo haré —aseguró Murtry. El jefe de seguridad de ECR terminó de levantarse y empezó a caminar con cuidado hacia la entrada de la torre alienígena.

Cuando estaba a una distancia prudencial a la que no pudiese oírlo, Holden dijo:

—Le espero.

Se dio cuenta de que lo decía muy en serio. Cuando Murtry desapareció al doblar la esquina de la torre, Holden empezó a caminar fatigado en dirección contraria.

El auricular que llevaba chasqueó y se oyó la voz de Amos:

—¿Capi? La doctora le busca.

—¿Lucia o Elvi?

—La guapa.

—¿Lucia o Elvi?

—La que no está casada con nuestro prisionero.

—Dile a Elvi que iré a buscarla cuando termine de hacer la ronda alrededor de la torre —respondió Holden justo antes de desconectarse.

Unos minutos después, dobló la última esquina y volvió a ver la entrada. Elvi lo esperaba con el ceño muy fruncido.

—No ha funcionado —aventuró Holden.

—¿Qué?

—Las medicinas para el cáncer. Las mías. No funcionan.

—¿Qué? —repitió Elvi—. ¿Por qué lo dices? ¿Qué ha pasado?

—Estás muy seria.

—Ah, no. Solo pensaba que las proteínas de membrana de nuestras células tienen que tener puntos en común con la vida local, aunque por ahora no he visto ninguna similitud. Las medicinas han tenido un efecto similar en la mitosis a pesar de que los aminoácidos casi no se pueden superponer. Llevará décadas descubrirlo.

—Hagamos como que no tengo ni idea de lo que acabas de decir —dijo Holden.

—Sí que funciona —aseguró Elvi. Su ceño fruncido se tornó en una resplandeciente sonrisa—. La replicación celular de los microorganismos ha empezado a decaer. Las colonias están desapareciendo y el efecto de bloqueo de la luz también. Ya casi puedo volver a leer si aumento mucho el tamaño de la fuente.

Holden se sintió muy aliviado y le sobrevino un repentino agotamiento. Se apoyó en la pared de la torre y empezó a jadear para evitar desmayarse. A unos metros de distancia, una babosa se arrastraba por la pared hacia él. Hizo el amago de tirarla con la pala, pero luego se dio cuenta de que la había soltado en algún lugar y no podía sentirla en sus manos.

—¿Estás bien? —preguntó Elvi, que le puso la mano en el hombro—. Has empezado a respirar un poco raro.

—Me voy a desmayar —aseguró Holden entre jadeos—. ¿Cuánto falta para que todos vuelvan a ver?

—Tengo que llevarte dentro —dijo Elvi antes de ponerle el brazo alrededor de los hombros y guiar a Holden al interior de la torre—. Diría que llevas despierto unos cuatro días.

—No pasa nada —dijo Holden—. Estoy hasta arriba de anfetetas. ¿Cuánto falta?

Elvi se detuvo y le puso el otro brazo alrededor de la cintura para que no se cayera. Holden se sintió aliviado y, siendo sincero, también le resultó muy poco halagador la velocidad con la que se había esfumado cualquier atisbo de la tensión sexual que había llegado a haber entre ellos. Estaba tan falto de

sueño y mareado que estuvo a punto de preguntarle la razón. Por suerte, fue ella la que habló primero.

—No estoy segura. Los organismos muertos no refractan la luz de la misma manera que los vivos. La mayor parte de la pérdida de visión se debe a eso, en realidad no es que bloqueen la luz. Tendremos algunas de esas cosas en los ojos durante un tiempo, pero...

—¿Eso significa que será pronto?

Elvi lo llevó a través de un umbral y hacia una pila de mantas. Lo bajó al suelo con cuidado hasta que terminó por estar tumbado bocarriba.

—Sí, diría que será pronto. Quizá unas horas. Días como mucho.

—¿Cómo sabías que las mantas estaban aquí?

—Preparamos este lugar para que durmieses hace unos tres días —respondió Elvi con una sonrisa. Luego le tocó la mejilla—. Pero eres demasiado cabezota como para usarlo.

—Gracias.

—También tenemos una pequeña tienda privada —dijo señalando algo que había en el suelo junto a sus pies. Una funda de tela salió disparada hacia arriba y cubrió a Holden por completo.

—Gracias —repitió Holden, a quien se le habían empezado a cerrar los ojos en contra de su voluntad. Ya casi podía sentir el cosquilleo previo a que se le durmiesen las extremidades—. Despiértame en un año, más o menos. Ah, y asegúrate de que Murtry no me mata mientras duermo.

—¿Por qué iba a hacerlo? —preguntó Elvi.

—Se podría decir que estamos en guerra —respondió Holden. La inconsciencia se apoderó de él, y el sueño tiró de su cuerpo hacia el vacío infinito.

—Oye —dijo una voz junto a su oreja—. Recuerda que tenemos que ir a ese sitio.

—Miller —saludó Holden sin abrir los ojos—. Si me haces levantarme, te juró que encontraré la manera de matarte.

—Ya has hecho lo que tenías que hacer por aquí —continuó el inspector, impertérrito—. Ahora tienes que acompañarme para hacer lo otro. Y no estoy seguro de cuánto tiempo nos queda, así que arriba, dormilón.

Holden se esforzó por abrir los ojos y miró a su alrededor. Miller estaba con él dentro de la tienda, pero también era demasiado grande para estar con él allí dentro. Las imágenes superpuestas hicieron que le doliera la cabeza, así que volvió a cerrar los ojos.

—¿Dónde vamos?

—Tenemos que coger un tren. Encuentra la estancia trasera, esa que tiene un pilar raro en medio. Creo que la estáis usando de almacén. Nos vemos ahí.

—Te odio tanto, joder —dijo Holden, pero volvía a estar solo. Se arriesgó a abrir un ojo y vio que Miller había desaparecido. Cuando abrió la tienda, vio que Elvi estaba sentada junto a él con gesto de preocupación.

—¿Con quién hablabas?

—Con el fantasma de las Navidades pasadas —dijo Holden al tiempo que se obligaba a levantarse—. ¿Dónde está Amos?

—Ha pasado mucho tiempo con Wei. Creo que los dos están en la habitación contigua.

—Ayuda —pidió Holden extendiendo un brazo. Elvi se puso en pie, tiró de él y, de alguna manera, Holden consiguió ponerse en pie sin caerse—. Tengo el corazón acelerado. No debería latir así.

—Estás a tope de toxinas debido a la fatiga, y también de anfetaminas. No me sorprende que hayas tenido una alucinación.

—Mis alucinaciones se deben más bien al control mental alienígena —aseguró Holden, que empezó a arrastrarse hasta la habitación que había al lado.

—¿No me has oído? —preguntó Elvi acercándose a él y agarrándolo por el codo—. Empiezas a preocuparme de verdad.

Holden se dio la vuelta, se envaró y respiró hondo. Luego se zafó del agarre de Elvi y dijo con la voz más tranquila que fue capaz:

—Tengo que ir a un lugar para apagar la red defensiva y que nuestros amigos no mueran al caer del espacio. Necesito que tú sigas dedicándote al problema de la vista. Gracias por tu ayuda.

Elvi no parecía muy convencida, pero Holden esperó a que se marchara y la mujer terminó por dirigirse a la zona de la torre que hacía las veces de laboratorio.

En la estancia contigua, Amos y Wei estaban sentados junto a una mesa baja de plástico, comían barritas y bebían agua destilada de una vieja botella de whisky.

—¿Tienes un minuto? —preguntó Holden. Al ver que Amos asentía añadió—: ¿A solas?

Wei no dijo nada. Se limitó a ponerse en pie y marcharse del lugar con las manos por delante para evitar tropezarse contra una pared.

—¿Cómo va todo, capi? —preguntó Amos. Le dio otro mordisco a la barrita de proteínas y sonrió. Olía a aceite y papel.

—Hemos recuperado a Naomi —dijo Holden entre susurros, ya que no sabía lo lejos que estaba Wei—. Vuelve a estar en la *Roci*.

—Eso he oído, sí —dijo Amos sin que se le borrara la sonrisa de la cara—. Me lo ha dicho Chandra.

—¿Chandra?

—Wei —aclaró Amos—. Trabaja para la gente equivocada, pero es de las buenas.

—De acuerdo. Murtry está muy cabreado por haberla perdido.

—Pues que le den.

—También es posible que le haya tirado al suelo para quitarle el terminal portátil —confesó Holden.

—Cada vez estoy más prendado de ti, capi. Ambos sabíamos que no era trigo limpio.

—Me refiero a que tenemos que tener cuidado para que no saque las cosas de quicio por aquí —explicó Holden—. Necesito que cuides de todos, pero presta más atención a Lucia y Elvi. Son las que más nos pueden ayudar, así que puede que ese tipo vaya directo a por ellas.

—No le tengo mucho miedo a ese cegato —aseguró Amos—. Aunque estemos en las mismas condiciones.

—A eso no le queda mucho. Elvi asegura que las drogas funcionan y que la gente empezará a recuperar la vista en unas horas o días, como mucho.

—Capi, ¿quieres que resuelva el problema de raíz? —preguntó Amos haciendo el gesto de una pistola con el pulgar y el índice—. Porque no tengo ningún problema.

—No. Nada de escalar la violencia. Bastante la he cagado ya tirando a ese hombre al suelo. Seguro que sufriré las consecuencias en el futuro. Lo único que quiero que hagas es proteger a esta gente mientras yo no estoy.

—Vale —dijo Amos—. Sin problema. Pero ¿cómo que mientras no estás?

Holden se dejó caer en la mesa de plástico y se frotó los ojos, que tenía secos como el esparto. El planeta era una gigantesca pelota llena de humedad, pero él se las había ingeniado de alguna manera para tener los ojos muy secos.

—Tengo que acompañar a Miller. Me ha dicho que hay algo con lo que podemos desactivar los artefactos alienígenas, lo que permitiría a la *Roci* volver a volar sin problemas y nos pondría las cosas mucho más fáciles.

Amos frunció el ceño. Holden vio cómo la cara del mecánico se retorció a medida que las preguntas empezaban a aflorar en su mente, pero luego las obviaba sin decir nada. Se limitó a afirmar:

—Perfecto. Yo me encargo de todo.

—Quiero verte por aquí cuando vuelva, grandullón —dijo Holden. Luego le dio una palmadita en la espalda.

—Siempre soy el último que queda en pie —aseguró con una sonrisa—. Podría decirse que es mi profesión.

Holden tardó unos minutos en llegar al almacén que tenía ese pilar de forma extraña en el medio, pero cuando llegó al lugar, Miller era el único que lo esperaba. El inspector tenía el ceño fruncido, como si se sorprendiera porque Holden hubiese tardado tanto, pero el capitán le hizo un corte de mangas.

Miller se dio la vuelta y empezó a caminar hacia el pilar, para luego desaparecer en su interior como si de un fantasma que atraviesa una pared se tratara. Unos segundos después, el pilar se abrió por el centro sin emitir sonido alguno, y Holden vio una rampa que se internaba en la oscuridad.

—¿Esto siempre ha estado aquí? —preguntó Holden—. Porque, de ser así, si nos lo hubieras dicho podríamos haber salvado alguna que otra vida cuando la tormenta.

—Si hubieses estado en algún lugar en el que pudiese hablar contigo, lo habría hecho —aseguró Miller haciendo un gesto de indiferencia con las manos—. Os las habéis arreglado muy bien sin mí. Ahora baja por la rampa. Llegamos tarde.

La rampa descendía casi cincuenta metros, se internaba en el suelo y terminaba en una pared metálica. Miller la tocó, y la pared se abrió a pesar de no tener bisagras ni juntas a la vista.

—Todos a bordo. Este es nuestro tren.

Holden se agachó para entrar por la pequeña abertura redonda y llegó a un cubo de metal de dos metros de ancho. Se sentó en el suelo y empezó a arrastrarse hasta que consiguió apoyarse en una pared.

—Forma parte del antiguo sistema de transferencia de material —dijo Miller, pero Holden ya se había quedado dormido.

Interludio

El investigador

... se comunica se comunica se comunica...

Ciento trece veces por segundo. Se comunica y el investigador se comunica con él. Lo sigue. Observa. Se comunica con una señal que nunca encontrará. No está frustrado. Tampoco enfadado. Se comunica porque se comunica. Lo que encuentra, lo usa para comunicarse, por lo que encuentra más cosas que usa para comunicarse a más distancia. Nunca llegará adonde tiene que llegar, pero no es consciente de ello.

El investigador lo sabe, y también sabe que él lo sabe. Percepción en un contexto inconsciente. Consciencia en un sistema inconsciente. Nada nuevo. El investigador suspira, desea tener una cerveza, sabe que son artefactos del patrón. Sabe que en el pasado había un cristal semilla que tenía nombre. Que había amado y se había desesperanzado. Que había luchado, fracasado y vencido a costa de un gran sacrificio. Nada de eso importaba ya. Él buscaba cosas que se habían perdido. Personas que se habían perdido. Eso es lo único importante. Algo que se supone que tiene que estar, pero no está.

En lugar de ello, lo que hay es un lugar muerto. Uno en el que no hay nada. Uno en el que todo se repliega. El investigador se comunica, pero la comunicación se desvanece. El investigador deja de comunicarse. Espera. Reflexiona.

En aquel lugar antes había algo. Algo lo construyó todo, pero dejó la comida a medio terminar sobre la mesa. Los diseñadores y los ingenieros que abarcaban miles de mundos habían vivido allí, muerto allí y dejado detrás maravillas cotidianas como si fuesen huesos enterrados en un desierto. El investigador lo sabe. El mundo es una escena del crimen, y lo que llama la atención, lo que no pertenece a ese lugar, es ese lugar en el que no hay nada. Es un artefacto en un mundo lleno de artefactos, pero no encaja. ¿Por qué

dejar allí un lugar al que no podrían acceder? ¿Es una prisión, un cofre del tesoro, una pregunta que no debería ser respondida?

Una bala. Una bomba que hace tictac debajo de la mesa de la cocina después de un bombardeo aéreo.

¿Fue quien hizo al cordero tu hacedor? ¿O fue otro? Sea quien sea el que os mató, dejó algo detrás. Algo que es capaz de mataros. Algo que está en este lugar.

Ciento trece veces por segundo. Se comunica ajeno al investigador. Ajeno a las cicatrices y a los artefactos, a los ecos de la muerte, a la inconsciencia que alberga. Se comunica porque se comunica. Sabe que hay gente que muere en algún lugar físico, pero no es consciente de que lo sabe. Sabe que está conformado por la muerte de miles, pero no es consciente de que lo sabe. El investigador lo sabe y es consciente de que él lo sabe.

El investigador se comunica, pero no lo hace al azar. Busca una senda, pero no la encuentra. Busca una senda, pero no la encuentra. Busca una senda y la encuentra. No está allí, no del todo, pero cerca. Dos puntos que trazan una línea. Uno está vivo. El otro, muerto. Ninguno es de este lugar. Entrechoca las rocas y surgirá la chispa. Verás qué es lo que arde.

El investigador es una herramienta para encontrar lo que se ha perdido, esa es la razón de su existencia. El resto no son más que aparejos. Las ganas de beber cerveza. El sombrero. Los recuerdos, el humor y esa extraña mezcla de cariño y desdén por algo llamado James Holden. Su amor por una mujer que está muerta. La añoranza por un hogar que nunca lo será. Superfluo. Carente de significado.

El investigador se comunica, encuentra a Holden. Sonríe. En el pasado, existía un hombre que se llamaba Miller. Se dedicaba a encontrar cosas, pero ya no lo hace. Salvaba a todos los que podía. Vengaba a los que no podía. Se sacrificaba cuando tenía que hacerlo. Encontraba cosas que se habían perdido. Sabía quién era el culpable, y hacía lo más obvio solo porque era lo más obvio. El investigador creció sobre sus huesos, volvió a llenar las cuencas de sus ojos con una vida nueva y desconocida. Adquirió su forma.

Él encontró el arma homicida. Sabía lo que había ocurrido, al menos a grandes rasgos. Los abogados serían los que se jactarían con los detalles, eso si iban a juicio. Pero él no. La herramienta también servía para otras cosas. El investigador sabía matar cuando era necesario.

Y también sabía morir.

Havelock

Havelock aún no tenía claro que Naomi Nagata fuese la mejor ingeniera del sistema planetario, pero después de verla trabajar tuvo que admitir que probablemente no había nadie mejor. Puede que algunos de los que estaban en la *Israel* tuviesen más carreras o cursos de especialización, pero Naomi los superaba con su salvajismo puro y sin concesiones.

—Vale, no podemos esperar más —dijo la ingeniera al calvo musculoso de la pantalla—. Si aparece, dile lo que hemos tenido que hacer.

—Estoy seguro de que el capitán confía en tu juicio —aseguró Amos—. Pero sí, se lo diré. ¿Quieres que le diga algo más?

—Dile que tiene como miles de millones de mensajes de Fred y Avasarala. —La voz de Alex llegó desde la escotilla que separaba la cabina del centro de mando—. Han empezado a hablar de construir una catapulta electromagnética para enviar suministros de emergencia.

—¿Ah, sí? —dijo Amos—. ¿Y cuánto tardarán en terminarla?

—Unos siete meses —explicó Naomi—. A lo sumo, cuando lleguen solo llevaríamos muertos unos tres.

Amos sonrió.

—Bueno, chicos, no os divirtáis mucho sin mí.

—Claro que no —dijo Naomi antes de desconectarse.

—¿Segura de que es buena idea? —preguntó Havelock.

—Para nada —respondió Naomi. Se inclinó sobre la consola—. ¿Qué tal ahí fuera, Basia?

El canal de comunicaciones chasqueó y la voz del cinturiano se oyó en el centro de mando. Reverberaba sin que hubiese mucho sonido ambiente. Como un susurro en el interior de un ataúd.

—Estoy cerca. Esto no pinta nada bien.

—Menos mal que contamos con un gran soldador —dijo Naomi—. Manténme al tanto.

Las pantallas del centro de mando mostraban todas las fases de la operación: lo que habían conseguido hasta ahora y lo que pretendían conseguir. El reloj marcaba la cuenta atrás con las horas que quedaban para que la *Barbapiccola* llegase a la exosfera de Ilo y pasara de ser una compleja mezcla de metal y cerámica que caía a mucha velocidad a convertirse en fuegos artificiales.

No quedaban días. Quedaban horas.

El cable que unía las naves tenía el aspecto de un cabello que uniera dos enormes telas de araña. Por debajo de la *Rocinante* había una docena de asideros de cerámica y metal que conformaban una amplia base que terminaba en un borde de cerámica que sobresalía varios cientos de metros. Debajo de ellos, la *Barbapiccola* parecía contar con casi todas las estructuras necesarias para unir ambas naves. Cuando el cinturiano terminara de instalar los asideros en la otra nave, la corveta marciana sería capaz de tirar de la nave cinturiana y su cargamento de litio con la energía de las baterías para así dejarlos en una órbita más estable. La complejidad de la situación mareaba un poco a Havelock. En la pantalla vio la superficie borrosa de la *Barbapiccola* y cómo uno de los asideros marcados en rojo se ponía en verde.

—Muy bien —dijo Naomi por el canal abierto—. Ese ya está listo. Continúa.

—Vale, dame un minuto más —pidió la voz comprimida de Basia—. He visto una unión que no me gusta. Voy a... —La llamada se quedó en silencio. Las lecturas volvieron a pasar un momento al rojo y regresaron al verde—. Listo. Solucionado. Continúa.

—Ten cuidado —dijo Alex—. Mantén el soldador apagado cuando te estés moviendo. Esos cables tienen muy buena resistencia a la tensión, pero la temperatura les sienta fatal.

—No es la primera vez que lo hago.

—Compañero —dijo Alex—, no creo que nadie haya hecho antes algo así.

Los cables tenían una filamentación estándar y se usaban para recuperar a marines marcianos del exterior. Usarlos para arrastrar una nave grande era comparable a usar un hilo para tirar de una bola de bolos: posible si se tenía la paciencia y la habilidad suficientes, pero con muchas probabilidades de que algo saliese mal. Naomi había pasado tres largas horas amarrada en su asiento de colisión antes de determinar que era posible hacerlo y, aun así, Havelock

pensaba que se había convencido a sí misma de dar el visto bueno porque era la única alternativa posible.

Havelock había pasado todo ese tiempo enviando solicitudes de llamada que el terminal de Murtry rechazaba y reflexionando sobre lo espectacularmente que había dejado su trabajo. Le resultaba extraño sentirse tan mal por ello. Estaba a dieciocho meses de su hogar y lo más seguro era que solo le quedasen unos días de vida, pero su cabeza no dejaba de darle vueltas a la incómoda realidad de haber incumplido las condiciones de su contrato. Nunca lo había hecho antes y, desde que se había marchado con Naomi, no estaba seguro ni de cuál era su situación legal. Supuso que se encontraba en algún lugar entre el desempleo y la complicidad con una conspiración criminal, lo que abría un abanico de posibilidades mayor de lo que le hubiese gustado. Si de verdad en casa se había convertido en protagonista de los acontecimientos que habían tenido lugar en Nueva Terra, todo el mundo iba a quedarse tan confundido como él al descubrir lo que había hecho.

Lo cierto era que ni las leyes corporativas ni las gubernamentales parecían aplicarse en aquel lugar. Podía ver las noticias, leer los mensajes y hasta intercambiar vídeos con la sede central de ECR, pero no eran más que palabras e imágenes. Ningún modelo basado en la experiencia humana en el espacio, ni siquiera los de la relajada civilización del Cinturón, servían en aquel lugar.

A pesar de todo, lo que más sentía era alivio. Era muy consciente de lo inapropiado que resultaba sentirlo en un momento así, pero no podía evitarlo. Tampoco se arrepentía de sus decisiones, excepto quizá de haber aceptado aquel trabajo. Todas las tragedias y el dolor que habían acontecido en Ilo habrían sido poco más que algo triste e inquietante si las hubiera visto desde un bar de la estación Ceres. Pero en su posición, el miedo había dejado de ser una emoción para convertirse en su estado natural.

El indicador del último asidero se puso en verde.

—Perfecto —dijo Naomi—. Desde aquí parece que todo está listo. ¿Cómo lo ves ahí fuera, Basia?

—Feo como el demonio, pero sólido.

—¿Cómo vas de aire?

—Bien —respondió el cinturiano—. Debería quedarme aquí por si algo se rompe y tengo que arreglarlo.

—No —se opuso Naomi—. Si algo sale mal, esos cables restallarán con la fuerza suficiente para partirte en dos. Vuelve dentro.

El resoplido de Basia fue más elocuente que cualquier palabra que pudiese pronunciar, y su pequeño punto amarillo empezó a moverse por el vacío desde la superficie de la *Barbapiccola* hacia la *Rocinante*. Havelock lo miró con los dedos entrelazados.

—Alex —llamó Naomi—. ¿Podrías comprobar el desenganche?

—Va bien —aseguró Alex, cuya voz se oyó tanto desde la cabina como por el canal de radio—. Si las cosas se tuercen, podemos soltar la nave sin problema.

—Perfecto —dijo Naomi. Luego repitió en voz baja, para sí misma—: Perfecto.

—Si esto no sale bien —dijo Alex, cuya voz atravesó la escotilla de la cubierta que separaba la cabina y el centro de mando—, Basia verá cómo su niñita muere quemada. Le prometí que eso no iba a pasar.

—Lo sé —repuso Naomi. Havelock había esperado que dijera: «Eso no ocurrirá».

Basia tardó dieciocho minutos en volver a la *Roci* y otros cinco en salir de la esclusa de aire. Naomi pasó la mayor parte del tiempo hablando por radio con el capitán y el ingeniero de la *Barbapiccola*. La mitad de la conversación la tuvieron en ese dialecto cinturiano (*ji-ral kennt sa y richtig ane-nobu*) y no se enteró de nada. Havelock solicitó otra llamada al terminal portátil de Murtry, pero este volvió a rechazársela. Se preguntó si quizá debía escribir algún tipo de nota de prensa o enviar una carta de dimisión a la empresa.

—Muy bien —dijo Basia cuando entró en el centro de mando. Aún tenía esa ligera y húmeda capa de sudor por toda la cara—. Ya estoy aquí.

Quedaba menos de una hora en la cuenta atrás para el impacto atmosférico de la *Barbapiccola*. A Havelock le resultaba complicado recordar que la tranquilidad que lo rodeaba en realidad era una ilusión. Las velocidades y las fuerzas implicadas en cualquier proceso a altitudes orbitales eran suficientes para matar a un ser humano solo con los errores de redondeo. A la velocidad a la que iban, la fricción del aquel aire demasiado poco denso para respirarlo prendería fuego a la nave.

—Amarraos —ordenó Naomi al tiempo que señalaba con la cabeza los asientos de colisión. Luego dijo por radio—: *Rocinante bei aquí. Dangsineun junbiga?*

—Listos *mit son immer, sa sa?*

Naomi sonrió.

—Inicio la cuenta atrás —dijo—. Diez. Nueve. Ocho...

Cuando iba por el cuatro, las pantallas de las consolas empezaron a cambiar y mostraron ambas naves, los cables y los motores con la psicodelia propia del falso color. Basia murmuraba algo en voz baja. Parecía una oración. Naomi llegó al uno.

La *Rocinante* gruñó. El sonido fue grave como el de un gong, pero no se desvaneció. En lugar de ello, parecieron aumentar los tonos, que empezaron a superponerse unos a otros. Los cables resplandecieron en las pantallas y la energía que recorría aquella tela de araña hacía que se vieran de color carmesí, naranja y plateado.

—Venga, chica —animó Naomi dando unas palmaditas a la consola que tenía delante—. Tú puedes. Puedes hacerlo.

—Estamos llegando al límite de tolerancia —anunció Alex.

—Eso parece. Sigue, suave y sin pausa.

La *Rocinante* rechinó, se oyó un chillido agudo que sonaba a metal partiéndose en dos. Havelock se aferró a los laterales del asiento de colisión y apretó con fuerza hasta que empezaron a dolerle las manos.

—¿Alex? —llamó Naomi.

—Pasamos por una franja de resonancia. No te preocupes.

—Confío en ti —dijo Naomi.

—Deberías —dijo Alex. Havelock sintió la sonrisa que esbozaba a pesar de que no le estaba viendo la cara—. Soy el piloto.

Basia jadeó. Havelock se giró, pero le llevó unos segundos descubrir qué era lo que le pasaba al cinturiano. La cuenta atrás, aquel reloj de la muerte, había cambiado. Ahora indicaba que la *Barbapiccola* iba a estallar en tres horas y quince minutos. Cuatro horas y cuarenta y tres minutos. Seis horas y seis minutos. Estaba funcionando. Havelock veía cómo el tiempo de vida de los presentes en la nave aumentaba sin parar. Le dieron ganas de gritar. Funcionaba. No tenía el menor motivo para hacerlo, pero había terminado por funcionar.

La bocina de alarma ahogó el resto de los sonidos. Naomi se inclinó al momento sobre la consola.

—¿Qué tenemos, segunda? —preguntó Alex. La sonrisa había desaparecido de su voz—. ¿Qué veo ahí delante?

—Deja que mire —gritó Naomi sin molestarse en hablar por la radio.

Havelock abrió la batería de sensores en su pantalla. Un punto nuevo se abalanzaba sobre ellos desde el horizonte, acelerando sobre ellos a lo largo de su propio arco sobre la capa de nubes de tormenta de Ilo.

—¿Dónde está la *Israel*? —gritó Havelock.

—La tapa el planeta —aseguró Naomi—. Deberíamos pasar junto a ella en una hora. ¿Eso es...?

—Es la lanzadera.

La cuenta atrás marcaba diecisiete horas y diez minutos.

—¿La lanzadera que convertisteis en un puto torpedo? —preguntó Basia con una voz que sorprendía por su tranquilidad.

—Esa misma —respondió Havelock—. Pero iba a explotar con la sobrecarga del reactor y los reactores no funcionan, así que...

—Tira de batería, pues. Pero sigue siendo un montón de energía cinética —dijo Naomi.

—¿Va a impactar contra nosotros? —preguntó Havelock, que se sintió un estúpido al pronunciar las palabras. Claro que iba a impactar contra ellos.

—¿Alex? —llamó Naomi—. ¿Qué opciones ves?

—Los CDP están activados, segunda —informó el piloto—. Solo necesitan un poco de energía de las baterías, ponerlos en modo automático y ellos se encargarán de destrozarse esa cosa antes de que nos alcance.

Veinte horas y dieciocho minutos.

—Dale energía a los CDP —ordenó Naomi—. Cuidado con los cables.

—Lo siento —dijo Alex—. Es que intento hacer demasiadas cosas a la vez. Desviando energía a los CDP.

«No funcionará —pensó Havelock—. Estamos pasando algo por alto».

El punto rojo se acercaba cada vez más. La *Israel* apareció por el horizonte, aunque el contacto visual aún quedaba bloqueado por la curva de la atmósfera. La lanzadera se abalanzaba sobre ellos. Los disparos de los cañones de defensa en punta fueron poco más que unas ligeras vibraciones comparados con el arrastre de la *Barbapiccola*. De no haberlos esperado, Havelock ni se hubiera dado cuenta. El punto rojo desapareció, pero volvió al momento.

—Vaya —dijo Alex—. Esto...

—¿Alex? —gritó Naomi—. ¿Qué pasa? ¿Por qué no le disparamos?

—Sí que le hemos disparado —aseguró Alex—. La hemos dejado hecha añicos, pero ahora es cuando yo debería empezar a esquivar los restos. Y, bueno, diría que no es una opción.

—No entiendo —dijo Havelock. Pero no tardó mucho en hacerlo. Antes de que los cañones de defensa en punta hiciesen su trabajo, la lanzadera era una mole de metal enorme. Luego, había pasado a ser una gran cantidad de trozos de metal más pequeños que sumaban casi la misma masa y se acercaban a casi la misma velocidad. Habían cambiado que los golpeará un

trozo de metal del tamaño de una lanzadera a que los golpeará una cantidad de metralla equivalente en masa.

Naomi se llevó la mano a los labios.

—¿Cuánto tiempo nos...?

La nave se estremeció. Por un momento, Havelock pensó que volvían a ser los CDP. Oyó un siseo y notó que su asiento de colisión tenía un borde afilado que no recordaba. La pantalla de la cuenta atrás se apagó. Una creciente burbuja de sangre empezó a acumularse en el codo, primera señal de que había resultado herido. Nada más verla, sintió un dolor lacerante.

—¡Perforación en el centro de mando! —gritó Naomi por la radio.

—La cabina está sellada —anunció Alex—. Estoy bien.

—Yo estoy herido —dijo Havelock al tiempo que intentaba mover el brazo lleno de sangre. Aún podía mover los músculos. Sea lo que fuere lo que le había golpeado, restos de la lanzadera o metralla del asiento de colisión, no le había destrozado la extremidad. El globo escarlata empezó a ascenderle por el brazo y cada vez era más grande. Alguien tiró de él. Basia, el cinturiano.

—Desamárrate —dijo—. Tenemos que salir de esta cubierta.

—Sí —aceptó Havelock—. Claro.

Naomi flotaba por el compartimento, y pedazos de la membrana antimetralla de los mamparos revoloteaban a su alrededor como copos de nieve.

—¿Vas a tapar esos agujeros o qué? —preguntó Alex con una voz tan calmada que desconcertó a Havelock.

—He contado que hay unos diez —respondió Naomi mientras Havelock se impulsaba para alejarse del asiento de colisión hacia la escotilla que llevaba a la parte inferior de la nave—. Aquí no tenemos tantos posavasos para taparlos. Voy a llevar a los civiles a la esclusa de aire para que se pongan un traje. Le dan dado a Havelock.

—¿Está muerto?

—No —respondió él.

Naomi terminó de introducir el código de control manual en la escotilla de la cubierta, que se abrió con un leve bufido de aire entrante. A Havelock se le taponaron los oídos mientras se impulsaba por la esclusa de aire de la cubierta.

—¿Cómo va el cable? —preguntó Basia, que lo seguía a poca distancia.

—El principal está intacto —respondió Alex—. Hemos perdido uno de los asideros, pero puedo intentar ajustarlo.

—Hazlo —dijo Naomi, que agarró a Havelock por el hombro. El botiquín de emergencia de la esclusa tenía un rollo de venda elástica y un pequeño succionador de heridas. Naomi extendió el brazo y apretó la boquilla del succionador contra el centro del globo de sangre—. Informe de daños, Alex.

—Comprobando, segunda. Vale. Hay un pequeño escape en el taller. La zona de babor parece bastante machacada. En ese lado están las baterías de sensores y los CDP. Los propulsores de maniobra no responden. Puede que ya ni siquiera tengamos. También hay varios conductos de energía por ahí, pero, con el reactor desconectado, es imposible saber si están bien o no.

La brecha del brazo de Havelock era del tamaño de un pulgar y tenía forma de V. Estaba en carne viva y la piel raspada se le había quedado blanca. El borde de la herida estaba casi negro debido a la sangre coagulada. Naomi le colocó una venda absorbente que empezó a fijar con una ancha cinta elástica. El pelo de la cinturiana estaba perlado de pequeñas gotas de la sangre de Havelock.

—¿Costaría mucho mover la nave? —preguntó.

—Puedo llevarnos donde quieras, siempre que sea en sentido antihorario —respondió Alex—. Y si hubiese un puerto a menos de un año de donde nos encontramos y funcionase el reactor, sé muy bien adónde votaría que fuésemos.

—Ya pensaremos un plan B. ¿Cómo está la *Barb*?

Basia casi había conseguido volver a encender su equipo de soldadura. Naomi dio una palmadita en el brazo herido de Havelock para indicarle que ya había terminado. Se giró hacia las taquillas y empezó a sacar un traje de aislamiento para ella.

—Sigue ascendiendo —aseguró Alex—, pero empieza a preocuparme el asidero que hemos perdido.

—Vale —dijo Naomi—. Reduce el impulso de momento. Vamos a ver si podemos volver a colocarlo.

Havelock se puso los gruesos pantalones y terminó de meterse en el traje. Comprobó los sellos de manera casi automática debido a todo el tiempo que había pasado viviendo en el vacío. El equipo médico del traje se conectó y le inyectó de inmediato un cóctel de medicamentos para evitar la conmoción. Se le aceleró el corazón y se le ruborizó la cara.

—Bien. Las buenas noticias son que se han quedado sin lanzaderas —dijo Basia—. No podrán repetir un ataque así.

—¿Qué crees que van a hacer ahora? —preguntó Naomi. Havelock tardó un rato en darse cuenta de que se dirigía a él.

Eran sus hombres. Marwick y Murtry. La milicia de ingenieros. El equipo de ECR que había arrojado la lanzadera contra la *Rocinante* y tratado de frustrar el intento de rescate de un civil. Era desconcertante. Había pasado una parte significativa de su vida protegiendo a esas personas, manteniendo el orden ante los devaneos políticos que siempre surgían a bordo, protegiéndolos tanto de las amenazas externas como de las internas. Y ahora no solo habían intentado matarlo a él, sino a las tripulaciones de la *Rocinante* y la *Barbapiccola*. Aunque lo peor de todo era que no le sorprendía en absoluto.

—¿Segunda? Creo que tenemos un agujero en los raíles de babor de los torpedos. Quizá le interese comprobar que todo funciona allí abajo. Las lecturas indican que están bien, pero a lo mejor nos convendría cerciorarnos por si hay que disparar. Sería una pena acabar explotando por culpa de nuestras propias armas.

—Recibido —anunció Naomi—. Voy de camino. Basia, ¿podrías coordinarte con Alex para solucionar el problema del asidero?

—Claro que sí —dijo el cinturiano.

Ese hombre había formado parte de la primera conspiración que había acabado con la muerte de personal de ECR. Tenía las manos manchadas de la sangre del gobernador Trying. Por un momento, se miraron a través de los dos cristales de los cascos que los separaban. Basia tenía la mirada fría, pero Havelock se dio cuenta de que escondía algo diferente. Un atisbo de remordimiento, quizá. Havelock vio cómo comenzaba el ciclo de apertura de la esclusa de aire y luego cómo se cerraba.

—Havelock —llamó Naomi—. Necesito que respondas a mi pregunta.

—¿Qué pregunta?

—¿Qué crees que van a hacer ahora?

Havelock negó con la cabeza. Le palpitaba el brazo. No había más motivos para atacar que el rencor y la clase de violencia que aparentaba tener sentido en los momentos desesperados. Si era cosa de Murtry, lo había hecho para que la *Barbapiccola* cayese antes que la *Israel*. Si había sido idea de la milicia de ingeniería, lo habían hecho para dejar claro que aún no habían perdido.

El motivo daba igual.

—No lo sé —respondió Havelock. Luego suspiró—. Pero estoy seguro de que será malo para todos.

Elvi

A Elvi le daba la impresión de que recuperar la vista era como salir de una niebla muy densa. La tonalidad verde que había cubierto el mundo era muy vívida al principio, y duró tanto que tenía miedo de estar equivocada o de que las medicinas contra el cáncer hubiesen afectado la fisiología de Holden debido a su uso prolongado y que fuesen inútiles a corto plazo. Pero luego empezó a ver cómo las sombras empezaban a adquirir bordes y más definición. En unas horas consiguió ver el arco de la puerta y el contorno del equipo químico. Cuando consiguió ver lo suficiente para asegurarse a Holden que estaba segura de que la solución había funcionado, el hombre parecía haber sido presa de una psicosis por privación del sueño. Se sintió un poco culpable por no haber resuelto antes el problema, pero habló con Amos y se aseguró de que el grandullón se encargase de cuidar a su capitán. Ella tenía demasiadas cosas que hacer.

La lentitud del equipo químico a la hora de destilar el agua se debía a un problema mayor de lo que esperaba. Los filtros de destilación estaban inservibles. Antes eran unas almohadillas blancas e hinchadas de fibra de vidrio con cepillos iónicos, pero habían acabado pringosas y verdes. El resto de los integrantes del equipo científico y los supervivientes de Primer Aterrizaje también habían empezado a recuperarse. Les había llevado cuatro horas, pero Elvi, Favez y dos de los técnicos de minas habían montado un alambique por fuera de las ruinas que convertía el agua de lluvia en agua potable y sacaba tres galones por hora. Sabía a saborizante de menta y alfalfa, pero los ayudaría a sobrevivir.

Cuando Elvi encontró a Lucia, la doctora tenía un aspecto tan terrible como el de Holden. Tenía la piel cenicienta y el blanco de los ojos se le había vuelto rosado. Elvi se sorprendió al ver que no le habían empezado a sangrar.

Jacek seguía a su madre a todas partes con el escáner médico y una pequeña bolsa de vendas. Elvi vio cómo trataban a los pacientes. Todo el mundo estaba cubierto de barro y gravilla. Las diferencias entre los de ECR y los okupas habían quedado enterradas bajo capas y capas de basura y la alegría que les causaba haber recuperado la vista. Al ver que Jacek la miraba, Elvi sonrió. El chico titubeó, luego asintió avergonzado y le devolvió la sonrisa.

—Las nubes están empezando a despejarse —dijo Lucia—. He visto varias nubes blancas.

—¿En serio? —preguntó Elvi.

—Bueno, las veo un poco verduzcas todavía, claro, pero estoy segura de que eran blancas —respondió la doctora. Asintió y tardó unos segundos en continuar—. Has hecho un buen trabajo. Solo hay tres personas con las que el tratamiento parece no funcionar.

—¿Y por qué no funciona con ellos? Quizá deberíamos...

—Esto ya no es ciencia —aseguró Lucia—. Son medicinas. Que un nuevo tratamiento para una enfermedad desconocida tenga una tasa de éxito tan alta es algo maravilloso. Pero todavía no nos hemos recuperado del todo. Seguro que llevará tiempo.

—Tiempo —repitió Elvi—. Se me hace raro pensar que no nos queda mucho.

—Hemos pasado de estar a punto de morir debido a la tormenta a estar a punto de hacerlo debido a las babosas mortales y ahora moriremos de hambre en unas pocas semanas.

—Hemos conseguido empezar a resistir la crisis. No es una victoria, pero al menos así evitaremos la derrota.

—Eso si podemos seguir resistiéndola.

«Pero no podemos». No pronunció las palabras, pero no era necesario. Ahora que las naves se estaban enfrentando entre ellas y caían de la órbita y que el ecosistema del lugar era incomedible, iba a ser difícil evitar que el grupo muriese de hambre en unas semanas. O imposible quizá. El estrés empezaba a hacer mella en ellos, tanto en los de ECR como en los lugareños. Elvi había empezado a ver cómo volvían a segregarse en tribus ahora que el peligro inmediato había pasado. Se preguntó si volverían a unirse cuando empezase a agotarse la comida.

—Necesitas descansar —dijo Elvi, y tocó el hombro de Lucia con una mano. Wei y Murtry estaban detrás de ella. La mujer tenía un gesto desalentador en el rostro. Por otra parte, Murtry esbozaba su típica sonrisa.

Ambos llevaban el barro de la piel y el pelo de manera más natural, como si hubiesen nacido para ello.

—Doctora Okoye —llamó Murtry—, esperaba que pudiésemos hablar en privado.

—Claro —dijo Elvi. Lucia asintió con brusquedad y se dio la vuelta. Elvi sintió una punzada de decepción. Después de las pruebas a las que se habían visto sometidos debido a la tormenta y a la ceguera, la división política entre ECR y Primer Aterrizaje aún seguía allí, bajo la superficie. Murtry aún era el hombre que había quemado un edificio lleno de terroristas. Lucia aún era la pareja de un hombre que había conspirado para destruir la lanzadera pesada. Sentía que todo aquello debería haber quedado atrás, como si la lluvia se hubiese llevado tan solo unos pocos de los problemas.

—Me preguntaba si podría recordar la última conversación que tuvo con el capitán Holden —dijo Murtry. Tenía la voz muy calmada y razonable, como si ambos hubiesen vuelto a la *Israel* y él le preguntara que recordase la última vez que había usado una herramienta que no encontraba.

—Pues estaba cansadísimo. Agotado. Y parecía menos lúcido.

—¿Menos lúcido? —preguntó Murtry.

—Empezó a balbucear —aseguró Elvi—. A hacer chistes sobre alienígenas que eran capaces de controlar la mente para hacer una referencia a Charles Dickens e insistir en que había una manera de apagar la red defensiva. Estaba fatal. Intenté que descansara, pero...

—¿Me está diciendo que Holden pretendía desconectar la tecnología alienígena presente en este planeta?

—Sí, eso mismo. ¿Por qué no iba a hacerlo?

—Porque no le pertenece. ¿Dijo cómo?

—No, pero no creo que hablara en serio. No era más que una perorata de su bulbo raquídeo pronunciada a través de sus cuerdas vocales. Estoy muy segura de que no era consciente de que estaba hablando.

—¿Mencionó algo de ir al norte?

Elvi parpadeó, frunció el ceño y negó con la cabeza.

Murtry sacó el terminal portátil, lo tocó tres veces y lo sostuvo delante de ella para que lo cogiera. En la pantalla, apareció un mapa, aproximado del único continente de Ilo con dos puntos. Elvi sabía que uno de ellos era la ubicación de Primer Aterrizaje, la antigua ubicación del lugar, claro. Dio por hecho que indicaba el lugar en el que ellos se encontraban. El segundo punto se encontraba a casi cuatro centímetros de distancia.

—Me he tomado la libertad de rastrear la señal del terminal portátil del capitán —indicó Murtry—. La señal es débil e intermitente, pero parece que ha viajado al norte a una velocidad media de doscientos *klicks* por hora. Es más que interesante.

Elvi le devolvió el terminal portátil.

—No me dijo nada al respecto. Solo aseguró que tenía algo que hacer. Después de eso habló con Amos. Supuse que no haría nada más. La verdad es que me sorprende que sea capaz de conducir un carrito.

—No conduce un carrito —aseguró Murtry—. Solo tenemos dos carritos. Están fuera de la torre y uno de ellos ni siquiera tiene batería.

—No entiendo —dijo Elvi—. Entonces ¿cómo ha...?

—¿Cómo ha conseguido ir a doscientos kilómetros por hora? —preguntó Murtry—. Esa es una de las muchas cosas que me gustaría saber. Gracias por su tiempo, doctora.

Murtry asintió, se dio la vuelta y caminó hacia el arco que llevaba al exterior. Elvi lo vio marcharse. ¿Le había dicho Holden algo más? No lo recordaba, pero quizá Amos supiera algo.

Encontró al grandullón de pie en el barro de fuera de la tienda que hacía las veces de taller, lugar donde estaban aparcados los carritos, con los brazos cruzados y el pecho lleno de barro. Tenía una cicatriz muy fea que le recorría el vientre y el tatuaje de una mujer sobre el corazón. A Elvi le dieron ganas de preguntar por ambas cosas, pero no lo hizo. El carrito que funcionaba estaba arrancado, y Murtry y Wei estaban subidos en él. Las enormes ruedas de gel de sílice chapotearon en el barro cuando aceleró muy rápido y se perdió a través de la llovizna en aquel paisaje desolado.

—¿Han tirado suministros? —preguntó Elvi.

—Qué va —respondió Amos.

—¿Van a tirarlos y quieren llegar antes?

—Si ese es el caso, será mejor que caigan en un lugar al que se pueda ir caminando. Me hace falta una célula de energía y la única que funcionaba acaba de largarse.

—Vaya —dijo Elvi. Luego añadió—: ¿Holden te dijo algo antes de que... se marchara?

—Sí —aseguró el mecánico sin dejar de mirar con el ceño fruncido al carrito que se perdía en el horizonte.

—¿Algo de ir hacia el norte?

—No me dio direcciones en particular. Lo único que sé es que iba a algún lugar en el que Miller podía ayudarnos a volver a encender los reactores.

—¿Miller? —dijo Elvi al tiempo que agitaba la cabeza.

—Sí, es una larga historia. Se podría decir que lo único que quería de mí el capitán era que evitase que alguien —dijo al tiempo que señalaba con la cabeza al carrito que se alejaba— se pusiera bravucón y empezase a matar a gente por aquí.

—Ha ido en busca de Holden.

—Pues... la verdad es que no sé si eso me pone las cosas más fáciles o más difíciles.

El grandullón se encogió de hombros y volvió a entrar en la tienda. Había restos de media docena de células de combustible desperdigados por una fina lona de plástico. Amos se acuclilló junto a ellos y empezó a organizarlos por tamaño y por lo averiados que estaban.

—Esto sería mucho más fácil si la *Roci* pudiese enviarme una célula en perfecto estado —aseguró.

—¿También piensas ir a buscar a Holden?

—Bueno, mi trabajo es evitar que Murtry le haga daño a alguien. Y no está aquí, por lo que este lugar es seguro. Lo normal es que lo siga para que no le haga daño a nadie dondequiera que vaya.

Elvi asintió y miró hacia el norte. El carrito se había convertido en un pequeño punto en el horizonte del que emanaba un penacho de barro. No era capaz de adivinar la velocidad a la que iban, pero estaba segura de que pronto desaparecerían en la distancia.

—Si consigues ponerlo en marcha, ¿te podría acompañar?

—Ni de broma.

—Lo digo en serio. Deja que vaya contigo —insistió Elvi, arrodillándose junto a él—. Necesitarás ayuda, por si algo va mal. ¿Y si te vuelves a quedar ciego? ¿O si te pica alguna criatura? Conozco la fauna del lugar mejor que nadie. Puedo ser de ayuda.

Amos cogió una célula de combustible, apretó con fuerza la carcasa de metal hasta que consiguió doblarla un poco y luego sacó la parte del interior. Estaba cubierta de un cieno verde amarillento.

—Holden hablaba de alienígenas. Alienígenas vivos que piensan, se comunican y son capaces de controlar mentes —aseguró Elvi—. Si es cierto, yo podría hablar con ellos. Podría darles datos.

Amos limpió el lodo de la célula con la palma y entornó los ojos para mirarla mejor. Luego la soltó y cogió la siguiente.

—Vamos a morir aquí —continuó Elvi, en voz baja, amable y plañidera—. Se nos va a acabar la comida. Y tú vas a salir ahí fuera y atravesarás una

biosfera que nadie ha recorrido antes. Habrá cosas que ni somos capaces de imaginar. Me gustaría verlas antes de morir.

El mecánico abrió la siguiente célula. No había lodo, pero el aire quedó envuelto en el aroma ácido del plástico derretido. Elvi sintió cómo le empezaban a llover los ojos y le molestaba la nariz. Amos la cerró.

—Vas a necesitar electricidad para poner en marcha el carrito —dijo la científica—. Si te digo cómo conseguirla, ¿me dejarás ir contigo?

Amos giró la cabeza hacia ella y la miró como si se acabase de dar cuenta de que estaba ahí. Esbozó poco a poco una sonrisa.

—¿Hay algo que quieras decirme, doctora?

Elvi se encogió de hombros.

—Esa red defensiva de la luna alienígena apagó la lanzadera en la que habían enviado baterías y células de repuesto, pero la comida y las medicinas llegaron a la superficie. Tampoco se ha puesto a disparar a las nubes aunque están llenas de organismos complejos. No reacciona a la energía química. Podrías hacer que la *Rocinante* te enviara una fuente de combustible fósil. Acetileno, por ejemplo. Tenéis tanques de acetileno ahí arriba, ¿verdad?

—Joder, tengo acetileno aquí mismo, pero estas cosas no funcionan con fuego —dijo Amos.

—No es necesario —explicó Elvi—. El equipo químico tiene una cámara de combustión que realiza análisis transformando las reacciones exotérmicas en corriente para luego medir los resultados. No es que sea exactamente una cámara, pero seguro que puedes sacarla y fabricar con ella una de un tamaño decente, quizá con diez centímetros de superficie, donde podrías conseguir la energía química suficiente para hacer funcionar esas cosas. Puede que necesitemos fabricar un transformador para equilibrar los amperios y los voltios, pero eso no debería ser problema.

Amos se rascó el cuello y se balanceó sobre los talones. Había entornado los ojos.

—¿Todo eso se te acaba de ocurrir sobre la marcha? —preguntó.

Elvi se encogió de hombros.

—¿Eso significa que puedo ir contigo?

Amos giró la cabeza y escupió al suelo.

—Claro —respondió.

—Solo quiero saber por qué —dijo Favez.

—¿Por qué qué? —preguntó Elvi mientras se adentraba en la estancia principal de las ruinas. Llevaba dos recipientes de agua más o menos fresca. Potable, al menos. Y también una caja del tamaño de su mano que contenía raciones de proteínas. Se suponía que eran suministros suficientes para que una persona sobreviviese un día, y así iban a tener que sobrevivir hasta que volvieran al campamento de las ruinas. También encontró un bolso que tenía una tira de cuero falso para cerrarlo.

—Por qué vuelves a ir detrás de Holden —dijo Favez al tiempo que esquivaba a una mujer que pasó junto a ellos.

—No voy detrás de Holden —explicó Elvi. Luego se detuvo, se dio la vuelta y puso las palmas de las manos en el pecho de Favez. Sintió el corazón del hombre en la punta de sus dedos—. Sabes que no voy detrás de Holden, ¿verdad? Porque es que ni de broma.

—Entonces ¿por qué vas?

Los organismos seguían muriendo en los ojos de Elvi, que ya habían perdido la tonalidad verduzca, pero aún lo veía todo un poco borroso. Era como si viese a Favez a través de un filtro que suavizaba sus rasgos y su piel. Parecía una estrella de cine interpretando un papel poco agraciado en el que tenía que estar manchado de barro y no podía ducharse.

—Porque quiero ver —respondió—. Es la razón por la que vine. La razón por la que he pasado mucho tiempo tomando muestras y analizándolas. Me encanta lo que hago, y lo que hago es buscar cosas. Holden dijo que estaba hablando con alienígenas y que puede que fuese capaz de apagar la red defensiva. Vamos a atravesar toda esa naturaleza y...

—Lo que queda de ella —apuntilló Favez.

—Y además, voy a morir —aseguró Elvi.

Favez apartó la mirada.

—Todos vamos a morir —dijo Elvi—. Y lo más seguro es que sea bien pronto. Mis opciones son salir a ver un mundo formidable, extraño, precioso y en ruinas o quedarme en el campamento y ver cómo todos los que me rodean mueren a centímetros de mí. Y sí, soy cobarde, hedonista y a veces muy interesada.

—Entre tú y yo, pensaba que yo era el que podía definirse así.

—Lo sé.

En el exterior, la cámara de combustión del carrito que había arreglado Amos rugía en un tono similar al de un sintetizador que se hubiera quedado fijado en un sol desagradable e irregular en la octava de la parte central de un piano. El mecánico estaba sentado en los controles de la cabina. Favez

caminó con Elvi hasta el lateral del carrito y la ayudó a subir. Cuando se apartó, se metió las manos hasta el fondo de los bolsillos. Elvi no veía tan bien como para distinguir si también tenía lágrimas en los ojos.

—¿Esos son los suministros, doctora? —preguntó Amos.

—Tendremos que apañárnoslas con esto, sí.

—Perfecto. Ya tengo la señal del terminal portátil del capitán. Tenemos para una semana de combustible y el tipo que perseguimos nos lleva una semana de ventaja.

—Ojalá tuviese unas gafas de sol —dijo ella—. O una pizza.

—Estamos en un mundo en ruinas, doctora.

—Venga, vamos.

El carrito dio una sacudida. Las ruedas se quedaron girando sobre el barro un instante para luego adherirse al terreno y empezar a avanzar. La lluvia formaba puntitos en el parabrisas, y una enorme escobilla sucia pasaba para limpiarlos de vez en cuando. El mundo ante ella era una gigantesca llanura llena de barro. Comprobó el terminal portátil de Amos. El camino hacia James Holden les llevaría a atravesar una especie de bosque, la orilla de un gigantesco lago de agua dulce y un laberinto de cañones que desafiaba cualquier explicación geológica. Estaba a punto de contemplar un mundo que había quedado devastado, pero lo importante era que iba a verlo. Y era consciente de que la naturaleza siempre se está recuperando del último desastre ecológico.

—Para —dijo Elvi—. ¿Podrías parar, por favor? Solo un minuto.

—Deberías haber ido al baño antes de salir —dijo Amos, pero se limitó a apagar el motor. El rugido del generador de acetileno ni siquiera le dejó oír el sonido de los motores eléctricos al apagarse. Abrió la puerta de la cabina y se asomó. Solo habían avanzado unos cientos de metros. Aún podía ver a Favez, aunque era poco más que un borrón oscuro. Saludó, y él le devolvió el saludo. Le hizo un gesto para que se acercase, y lo hizo. Empezó a trotar por aquel campo de barro con la cabeza gacha para evitar las babosas.

Cuando Favez llegó al carrito, levantó la vista para mirar a Elvi. Ahora sí que estaba segura de que había lágrimas en sus ojos.

—A lo mejor no vuelvo —aseguró ella.

—Lo sé.

—Tenemos que irnos, doctora —dijo Amos—. No es que me guste ser un aguafiestas, pero...

—Lo entiendo —aseguró Elvi. Luego volvió a mirar hacia abajo y sus ojos se encontraron con los de Favez—. ¿Subes ya?

—¿Cómo? —preguntó Amos.

Al mismo tiempo, Fayez dijo:

—Claro que subo.

Elvi se echó a un lado del asiento e hizo espacio para el otro hombre. Fayez subió a su lado y cerró con fuerza la puerta. Amos los miró a ambos con los ojos muy abiertos. Elvi le dedicó una sonrisa y se pasó el brazo de Fayez sobre el hombro.

—No recordaba que esto formase parte del trato, doctora —dijo el mecánico.

—Considéralo nuestra luna de miel —explicó Elvi. Sintió que Fayez se envaraba durante un instante, y luego se dejó caer contra él.

Amos se quedó pensando un momento y luego se encogió de hombros.

—Como queráis, tortolitos.

Basia

—¿Qué tal ahí dentro? —se oyó preguntar a Naomi por el casco de Basia. Tenía una voz bonita, de cantante. Sonaba bien incluso a través de los pequeños altavoces del traje. Basia se dio cuenta de que empezaba a perder el sentido y agitó la cabeza con fuerza una vez. El visor táctico le indicaba que los niveles de oxígeno empezaban a ser muy bajos, por lo que sacó una botella de repuesto.

—He encontrado los otros cinco agujeros —dijo mientras se afanaba para meter la botella en la boquilla—. Tenías razón. Había dos detrás de una consola y era difícil verlos, pero creo que esos son todos.

—Pues el taller es la siguiente parada —dijo Naomi—. Hay un pequeño escape. Está lleno de cosas. Tenemos mucho equipo de repuesto ocupando espacio entre los cascos.

—Me escurriré —dijo Basia antes de sacar un pequeño disco de metal y empezar a soldarlo sobre uno de los cinco agujeros.

—Está a punto de aparecer por el horizonte... ahora —dijo Alex por el canal.

Naomi estaba sentada con el traje de aislamiento en el centro de mando y se dedicaba a coordinarlo todo, por lo que solo se podían comunicar con ella por la radio. Basia quería preguntar a Alex quién había aparecido por el horizonte, pero en lugar de eso empezó a soldar un segundo disco. Un pegote pequeño y rojo de metal fundido salió despedido y se le pegó en el visor para luego enfriarse y quedarse como un pequeño punto negro por encima de su ojo izquierdo. No había mucho peligro de que le rompiese el traje, pero había sido un error de principiante. Era otra señal de que estaba agotado. No podía olvidarse de que la *Rocinante* rotaba con suavidad en el extremo del cable y que eso hacía que los objetos sueltos flotaran en dirección a las paredes.

—¿No nos ha dejado ningún regalito? —preguntó Naomi, hablando todavía de la misteriosa aparición.

—Nada —respondió Alex—. No dejo de rociarla con los láseres de objetivo cada vez que pasa. Como advertencia.

—Los CDP están desconectados y los torpedos de plasma, inactivos —dijo Naomi.

—Ya, pero eso no lo saben. Lo último que vieron fue cómo convertía en *sashimi* su lanzadera con una ráfaga de los cañones.

—Casi desearía que no lo hubiéramos hecho.

—¿Qué prefieres, un agujero grande o muchos pequeñitos?

—Tienes razón —dijo Naomi—. ¿Has terminado ahí abajo?

Basia tardó un momento en darse cuenta de que volvía a dirigirse a él.

—Casi. Estoy con el último.

—Te guiaré hasta el mamparo exterior del taller.

Naomi tenía razón cuando había dicho que el lugar estaba a rebosar. Había una especie de dispositivo enorme y cuadrado que ocupaba casi todo el espacio entre el casco interior y el exterior. Un tubo largo de metal sobresalía por uno de sus lados y parecía recorrer al completo la eslora de la nave por el casco, como si fuese una tubería. En el otro lado del dispositivo había un mecanismo extraño en el que parecía que se podía meter algo. En la parte inferior del dispositivo central y también a lo largo de gran parte de la tubería se veían dos hileras de baterías industriales que parecían tener mucha potencia.

—Sesenta y dos por ciento, segunda —anunció Alex—. Baja rápido. Y el reloj de la *Barb* ha bajado hasta las doce horas. Si tuviese propulsores que funcionaran, este sería el momento de acelerar.

—He apagado todo lo que se me ocurre —respondió Naomi—. No vamos a conseguir más energía. Estoy a ver si trazo un plan para reemplazar los propulsores rotos por unos que funcionen y conseguir así algo de maniobrabilidad, pero no encuentro la manera. La nave está muy tocada.

Basia movió la luz del traje por el lugar hasta que encontró un tenue rastro de vapor helado. Lo siguió hasta encontrar el pequeño agujero que había en el mamparo del taller y, segundos más tarde, empezó a soldar sobre él otro de esos discos de metal. El azul actínico del soldador iluminaba el lugar, y las sombras de los conductos y de los armazones de los propulsores danzaban a su alrededor.

—¿Alex? —llamó Basia mientras trabajaba.

—¿Sí?

—¿Qué es esta cosa que tengo al lado? Parece peligrosa. ¿Debería evitar que le cayese encima algo caliente?

—Pues... sí —respondió Alex con tono alegre impostado—. Que no le caiga nada, por favor.

—Es un cañón de riel —explicó Naomi—. Lo hemos soldado a la nave. Puede que lo dañes, pero no va a explotar. Dispara proyectiles de metal sólido, no explosivos.

—Vale —dijo Basia—. Ya casi he terminado.

—Cuesta unos trescientos mil neoyenes de Ceres —añadió Alex—. No lo rompas o te va a tocar pagarlo.

Cuando Basia regresó a la nave por la esclusa, se quitó el traje y se deshizo del equipo de soldadura, Naomi ya había vuelto a presurizar el centro de mando y todo volvía a estar en su sitio. La mujer flotaba junto a una consola y aún no se había quitado el traje de aislamiento, pero sí el casco. Havelock y Alex estaban al otro lado de la cubierta y se agarraban al asiento de colisión del puesto de combate. Los tres flotaban sin decir nada, un silencio que solo podía ser consecuencia de una discusión acalorada.

—¿Algún problema? —preguntó Basia cuando la escotilla de la cubierta se cerró detrás de él.

Alex y Havelock apartaron la mirada con un atisbo de vergüenza en el gesto. Naomi no lo hizo. En lugar de ello, dijo:

—Vamos a perder la *Barbapiccola*.

—¿Qué?

—Tengo un plan para mover cinco propulsores de maniobra de estribor a babor. Hacerlo nos proporcionará cerca de un sesenta por ciento de maniobrabilidad. Será suficiente para mantenernos volando hasta que se nos agote la energía. Pero no podemos hacerlo a la velocidad necesaria para sacar la *Barb* de su descenso. Empezará a rozar la atmósfera incluso antes de que vayamos por la mitad. Tenemos que soltarla.

—No —espetó Basia.

—Lo hemos intentado —continuó Naomi como si él no hubiera dicho nada—, pero el daño que nos ha causado la lanzadera es demasiado grave. Voy a llamar al capitán de la *Barb* y pedirle que transfiramos a tu hija a esta nave. El precio a pagar será que tendremos que acoger a unos pocos más. Pero solo podrán ser unos pocos.

Basia sintió un alivio abrumador seguido de una vergüenza igual de atosigante.

—Hay ciento y pico personas en la *Barbapiccola*. ¿Vamos a dejarlos morir?

—No a todos. Pero aunque quisiéramos evitarlo, no caben en nuestra nave. La *Roci* tiene una capacidad máxima de veintidós. Nuestra alternativa es morir con ellos —aseguró Naomi. Le temblaba la voz, pero tenía la mirada fija en él. Sabía muy bien lo horribles que sonaban sus palabras, pero las estaba pronunciando de todos modos. De repente, la segunda de a bordo de la *Rocinante* se convirtió en una criatura terrorífica para Basia—. Pero tampoco ganaremos mucho en el proceso. Se nos acaba la energía y tenemos los propulsores a poco más de media potencia, por lo que nos acercamos mucho al punto en el que no podremos alcanzar una órbita estable y morir despacio cuando vayan fallando los sistemas de soporte vital. Y por supuesto, cuando metamos aquí a todos tripulantes de la *Barb* que podamos, esa energía se agotará más rápido. O perdemos o perdemos o perdemos, Basia. Se nos han acabado las alternativas buenas.

Basia asintió y aceptó la información de la mujer sin discutir. Ella era la experta. Pero se sintió como si faltase algo, algo que tenía en la punta de la lengua. Para distraerse, pasó el dedo por la condensación que había empezado a formarse en la consola de pared más cercana. Eso no debería estar pasando. El sistema atmosférico no debería permitir que se formase esa humedad. Pero, ahora que lo pensaba, notó que el aire era demasiado denso y caliente. Naomi había puesto los sistemas medioambientales al mínimo. No mentía. Estaban al límite de su capacidad para seguir volando.

—¿Cuándo podremos traerlos y cómo lo hacemos? —preguntó Havelock, refiriéndose a los refugiados de la *Barbapiccola*.

—En tres horas. Quiero que bajes para escoltarlos. No sé cómo de buenos serán sus trajes, pero tampoco espero demasiado. Puede que tengamos que llevarles trajes de maniobras extravehiculares de los nuestros.

—Recibido —dijo Havelock al tiempo que asentía. El gesto de un terrícola. La cabeza hacia abajo y un poco hacia delante. Un movimiento que era del todo invisible en un traje espacial. Casi por movimiento reflejo, Basia agitó el puño para demostrarle cómo hacerlo bien. Havelock lo ignoró.

Sin embargo, pensar por un momento en algo que no fuese lo que estaba a punto de ocurrir lo ayudó a deshacer el embrollo que tenía en la cabeza, y la idea que llevaba tiempo rumiando terminó por salir a la luz.

—¿Por qué no usamos las baterías del cañón de riel?

—¿Las qué? —preguntó Havelock.

—Vaya —dijo Naomi—. La verdad es que no es mala idea. Están llenas, ¿no?

—Chupan energía para mantenerse llenas mientras funciona el reactor. No hemos disparado el cañón y se vacían muy despacio cuando está inactivo —respondió Alex—. Pero es un sistema independiente. No hay forma de desviar esa energía sin trastear en los sistemas.

—Yo puedo hacerlo —dijo Basia—. Lo haré. Decidme cómo. Voy a recargar mi traje y el soldador ahora mismo.

—Esperad —dijo Naomi, cuyo gesto se había tornado en una máscara impertérrita a excepción de los ojos, que se movían a toda velocidad, como si leyese algo en el aire—. Esperad un momento...

Havelock empezó a decir algo, pero Alex lo agarró por el brazo y negó con la cabeza en silencio.

—Vamos a coger energía de la red del cañón de riel y transferirla a la red principal de la nave, y luego usarla para calentar masa propulsora y así acelerar —dijo Naomi al fin.

—Eso es —confirmó Alex.

—Tendremos pérdidas en todos los pasos. Es una jugada muy poco eficiente.

—Eso es —repitió Alex.

—Pero ya tenemos masa propulsora en la nave, antes de trasladar la energía —continuó ella—. Alex, ¿cuánta aceleración proporciona a la nave un proyectil de dos kilos disparado a cinco mil metros por segundo?

—La suficiente —respondió el piloto con una ligera sonrisa— para que, en teoría, solo debamos dispararlo con el motor principal encendido.

—Suena muy parecido a un propulsor, ¿no? —dijo Naomi, que le devolvió la sonrisa.

—Un momento —interrumpió Havelock—. ¿La nave no ha empezado a rotar un poco después del golpe de la lanzadera? ¿Eso no nos pondrá las cosas difíciles para... bueno, para apuntar?

—No es un problema trivial —admitió Naomi—. Tenemos que asegurarnos de que disparamos en el milisegundo exacto en el que las dos naves y el cable estén alineados. Un humano no podría calcularlo, pero la *Roci* será capaz si le digo lo que necesitamos.

—¿La *Barb* no está en medio? —preguntó Havelock.

—Cierto —dijo Naomi con tono neutro y en voz baja—. Por eso tendremos que haber bajado el morro de la *Roci* cuando crucemos rotando el

punto de disparo, lanzar el proyectil y volver a alzar el morro para no perder el control en ese nuevo eje. Menos mal que, al menos, esos propulsores funcionan.

—Suenan muy difícil —dijo Basia.

—Bueno, solo es el programa de navegación más complejo que habré escrito jamás, pero todavía tengo unas horas para hacerlo —replicó Naomi.

—No sé vosotros, chicos, pero yo estoy deseando empezar con el plan —dijo Alex—. Vamos a ello.

Basia miraba cómo el reloj marcaba las horas y los minutos que quedaban para la muerte de su hija.

Naomi estaba sentada en su consola y escribía algo a toda velocidad. Basia no entendía los símbolos que usaba para programar los sistemas de navegación de la *Rocinante*. Verla trabajar era como oír a alguien hablar en un idioma extranjero: sabes que hay información, pero eres incapaz de comprenderla. A pesar de todo, siguió mirándola, a sabiendas de que preparaba un plan que les granjearía unos minutos preciosos. Horas quizá. Días no.

Alex había vuelto a la cabina y no estaba a la vista, pero llamaba de vez en cuando por el canal de comunicaciones de la nave para hablar con Naomi de su trabajo, por lo que parecía estar al tanto de lo que sucedía desde su puesto. Pedía aclaraciones o hacía sugerencias, pero para Basia sus palabras estaban tan vacías de contenido como los símbolos de la pantalla de Naomi.

Havelock había bajado a las cubiertas inferiores para trasladar las burbujas de escape de emergencia desde la bodega hasta la esclusa de aire principal. El plan del cañón de riel podía fallar, y el siguiente paso era evacuar de la *Barbapiccola* tantos tripulantes como fuese posible.

Todos los planes no eran más que una manera de arañar algo de tiempo. Intentar que la *Barbapiccola* aguantase un poco más con esa heroicidad del cañón de riel. Y si no salía bien, salvar a unos pocos trasladándolos a la *Roci* antes de que la propia nave cayese a la atmósfera o se convirtiera en un frasco cerrado en el que veinte personas respirarían el poco aire que quedaba y sobrecargarían el soporte vital.

Pero todos lo hacían sin cuestionárselo. Luchaban, trabajaban y desarrollaban aquellos planes tan intrincados para ganar algo de tiempo. Basia no tenía la menor duda de que pelearían con ese mismo ahínco aunque solo fuese para mantener vivos a los demás durante unos pocos minutos más. No

era algo en lo que hubiera tenido que pensar nunca antes. Parecía un microcosmos del verdadero significado de la vida. Nadie vivía para siempre, pero había que luchar para conseguir la mayor cantidad de tiempo posible. Había que ganárselo con esfuerzo. Era algo que hacía que Basia estuviese orgulloso y triste al mismo tiempo. Quizá así era como se sentían los guerreros, que tenían que aguantar a pesar de que sabían que no saldrían vivos, luchar con todas sus fuerzas mientras fuesen capaces de hacerlo. Basia no sabía por qué resultaba tan atractiva y romántica la idea de: «Caí, pero di guerra», pero así era.

Contempló la colérica pelota marrón que era Ilo rotando en la pantalla y pensó: «Acabarás con nosotros, pero te daremos guerra». Respiró hondo y se esforzó para no darse una palmada en el pecho.

—¿Todo bien por ahí? —preguntó Naomi sin levantar la vista de la pantalla.

—Todo bien. ¿Qué tal tú?

—Ya casi está —respondió—. El problema es que vamos a tener mucho impulso procedente de un vector y no a lo largo de nuestro centro de masas al que está fijado el cable, y solo tenemos propulsores de maniobra en tres lados de la nave. Tendremos que minimizar la rotación a babor, pero podremos usar el propulsor delantero de estribor para contrarrestar esa rotación porque el cable cambia de lugar nuestro centro de masas. En realidad es un problema muy entretenido de resolver.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando —dijo Basia—. ¿Funcionará?

—Creo que sí. Y Alex también lo cree. Dispararemos en unos minutos, durante la siguiente rotación. Entonces veremos qué pasa.

—Genial —dijo Basia.

La escotilla de la cubierta resonó al abrirse y volvió a cerrarse cuando Havelock se impulsó al interior del centro de mando. Se había cambiado el mono y la armadura de ECR por uno que le quedaba más suelto y tenía ROCINANTE grabado en el pecho. El oficial de seguridad era más corpulento que Holden, por lo que, si la ropa le quedaba holgada, tenía que pertenecer a Amos. Basia pensó que quizá no debería haberse puesto la ropa de Amos sin preguntar antes.

—He trasladado el equipo de emergencia a la esclusa —dijo Havelock a Naomi, que estaba de espaldas. La mujer no había levantado la mirada de la pantalla al oírlo entrar—. También he llevado algunas mochilas extravehiculares, más botellas de aire y el equipo de soldadura de Basia. No se me ocurre qué más podríamos necesitar.

—Gracias, Dimitri —dijo Naomi.

—¿Dimitri? —preguntó Basia con una ceja arqueada.

—¿Tienes algún problema? ¿Basia no es nombre de mujer? —replicó Havelock.

—Era el nombre de mi abuela, una física conocida en todo el Sistema Solar, por lo que es todo un honor llamarme como ella. Fui su primer nieto.

—A ver, silencio u os marcháis de la cubierta —dijo Naomi. Luego dio un golpe en la consola de pared y añadió—: Alex, ¿todo listo por ahí?

—Eso creo —respondió Alex arrastrando las palabras con su acento—. Dame un segundo. Deja que termine una cosita...

—¿Podemos ponerlo en pantalla grande? —preguntó Basia—. Me gustaría ver lo que pasa.

Naomi no respondió, pero la pantalla principal de la cubierta pasó de un mapa táctico a una vista telescópica delantera. La pelota marrón y plomiza de Ilo rotó poco a poco en la pantalla hasta dejar paso a la mole gris de la *Barbapiccola* y luego al cielo estrellado.

—Se nos ha pasado el punto en esta rotación —dijo Naomi—. ¿Listo?

—Sí —respondió Alex, alargando tanto la palabra que parecieron tres sílabas—. Ya. Cuando quieras.

—Ejecutando —dijo Naomi al tiempo que tocaba un botón en la pantalla.

No ocurrió nada. La imagen de la pantalla siguió girando hasta que volvió a aparecer Ilo. Luego la *Barbapiccola*. Entonces, sin previo aviso, la *Rocinante* se inclinó con violencia hacia delante y se oyó rugir algo en la parte inferior de la nave. Aparecieron un punto llameante y la curva de una llama en la atmósfera del planeta. Basia se dio cuenta de que el mamparo del lado contrario del compartimento avanzaba hacia él a una velocidad escasa pero perceptible. La nave volvió a inclinarse y los distintos propulsores de maniobra lanzaron ráfagas cortas. Cuando el ruido y el movimiento llegaron a su fin, la imagen de la pantalla principal estaba fija en la *Barbapiccola*.

—Vaya —anunció Alex—. Estoy captando actividad en las lunas.

—¿Nos van a disparar? —preguntó Havelock.

—No, pero sí que parece que tienen intención de destruir el proyectil Gauss —respondió el piloto—. Optimismo ante todo.

—Hemos dejado de rotar —señaló Basia.

—No —replicó Naomi—. Dame tres direcciones de propulsión cualesquiera y puedo encontrar una forma de detenernos. Ahora solo tenemos que mantenerla en su sitio disparando y ajustando, y deberíamos ser capaces de añadir algo de velocidad a nuestra órbita.

Basia miró la cuenta atrás que indicaba el tiempo que le quedaba a la *Barbapiccola*. Había aumentado poco más de cuatro minutos.

—¿Cada cuánto puedes disparar?

—Cada cinco minutos, más o menos, para no sobrecalentar los raíles ni quedarnos sin energía. Cada cinco minutos hasta que se acaben las baterías.

—Pero...

—Hemos conseguido detener el deterioro orbital, pero poco más — aseguró Naomi.

—Atención, vuelve la *Israel* —anunció Alex—. Han soltado algo.

—Joder —murmuró Naomi—. ¿Es que no piensan darnos un puto respiro? ¿Qué han soltado?

—Efectivos con trajes espaciales.

—La milicia —dijo Havelock. Se impulsó hacia una pantalla táctica y empezó a agrandar la imagen—. Son doce, con armadura de vacío y mochilas extravehiculares. Además de la misma cantidad de objetos metálicos del tamaño de una persona, que no sé lo que son.

—¿Se te ocurre qué tienen pensado hacer? —preguntó Naomi, que cambió la imagen de su pantalla para verlos también.

—Son ingenieros. Saben lo jodidos que estamos y lo vulnerables que somos. Doy por hecho que van a intentar matarnos.

Holden

La vida en la escuela naval había sido tan estresante para Holden que había celebrado el final del primer curso emborrachándose en una fiesta y pasando las siguientes veinte horas inconsciente. Había sido la primera vez que distinguía entre estar dormido o inconsciente. Puede que pareciese lo mismo, pero no lo era. Veinte horas después se había levantado con la impresión de no haber descansado nada y el ejercicio matutino había estado a punto de acabar con él.

En el sistema de transferencia de material de Miller era difícil percatarse del paso del tiempo. La primera vez que Holden abrió el ojo, vio que el terminal portátil indicaba que habían pasado diez horas.

Sabía que había estado inconsciente en lugar de durmiendo porque se sentía agotado y enfermo. Le molestaba la garganta, le ardían los ojos como si se los hubiese rascado con papel de lija y también le dolían todos los músculos. Se sentía como si tuviese gripe, aunque sabía que los antivíricos que tomaba cada tres meses eliminaban cualquier posibilidad. Activó el sistema de diagnóstico de la armadura y sintió varios pinchazos. No tenía ni idea de qué le acababa de inyectar. Bebió la mitad del agua que llevaba en la cantimplora y cerró los ojos.

Volvió a despertar nueve horas después, y en esta ocasión se sintió casi del todo descansado. Ya no le molestaba la garganta. En algún momento, había pasado de estar inconsciente a estar durmiendo, y su cuerpo se lo agradecía. Se estiró en el suelo de metal hasta que le estallaron las articulaciones y bebió el resto del agua que le quedaba.

—Arriba, dormilón —dijo Miller, que apareció poco a poco en la oscuridad rodeado de un halo de luz azul, como si alguien hubiese tocado el regulador de intensidad de una luz.

—Estoy despierto —respondió Holden al tiempo que agitaba la cantimplora vacía en dirección a Miller—. Y tenías tanta prisa porque me metiese en esta tartana que ni me ha dado tiempo de hacerme con provisiones. Voy a pasar mucha sed como no haya alguna fuente de agua alienígena por aquí.

—Veremos. Ahora es el menor de nuestros problemas.

—Claro, como tú no bebes.

—Estamos a punto de llegar a una zona dañada —continuó Miller—. Y esperaba que pudiésemos dar un rodeo. No ha habido suerte. Nos toca seguir a pie.

—¿Se ha roto tu sofisticado tren alienígena?

—Mi sofisticado sistema alienígena de transferencia de material lleva sin usarse mil millones de años y la mitad del planeta acaba de explotar. Tu nave se fabricó hace menos de una década y siempre tienes problemas con la cafetera.

—Eres un hombre triste y amargado —dijo Holden al tiempo que se ponía en pie y empujaba la puerta del tren. No se abrió.

—Un momento —anunció Miller antes de desaparecer.

Holden subió el brillo de su terminal y pasó unos minutos comprobando el equipo mientras esperaba. Miller le había asaltado al final de la patrulla alrededor del campamento, por lo que llevaba puesta la armadura, tenía la pistola y también varios cargadores, objetos que no creía que fuese a usar. También contaba con una cantimplora vacía, no llevaba encima nada de comida y el botiquín de la armadura estaba casi vacío. Seguro que daría cualquier cosa por cambiar la pistola por un bocadillo cuando el cuerpo se le despertase del todo. No esperaba encontrarse con ninguna máquina expendedora en las ruinas alienígenas.

Pasaron diez minutos y la ansiedad empezó a convertirse en impaciencia. Se volvió a sentar e intentó llamar a la *Rocinante* por el terminal portátil, pero la conexión falló. Lo intentó con Elvi, con Lucia y con Amos. No entró ninguna llamada. Fuera lo que fuese de lo que estaba hecho aquel metro alienígena, bloqueaba la señal del repetidor de la *Roci*. Tenía que ser por eso. La alternativa era que la *Roci* había dejado de funcionar, y eso solo podía tener consecuencias catastróficas. Abrió uno de esos juegos mecánicos de búsqueda de patrones y jugó durante un rato hasta que el terminal lo avisó de que quedaba poca batería. Lo apagó.

Empezó a ponerse nervioso una hora después. No tenía claustrofobia y había pasado la mayor parte de su vida adulta en compartimentos cerrados de

naves espaciales, pero eso no significaba que le apasionase la idea de morir solo en una pequeña caja de metal enterrada bajo tierra. Pateó la puerta y llamó a Miller a gritos varias veces, pero no hubo respuesta.

Lo que, en cierto sentido, era alarmante.

El contenedor en el que había dormido durante el largo viaje al norte estaba vacío. Las únicas herramientas que llevaba consigo eran para reparar la armadura y las armas. No había nada con lo que cortar o doblar el metal. Volvió a darle un puntapié a la puerta, con tanta fuerza esta vez que el dolor le subió hasta la canilla. El metal no cedió ni un centímetro.

—Vaya —dijo en voz alta. Si Miller le había traído hasta aquí para luego abandonarlo a su suerte en un vagón de tren abandonado, el inspector se había montado la broma más elaborada de la historia.

Holden empezó a hacer inventario mental de todo lo que llevaba encima por si podía combinar algo para crear un explosivo con la potencia suficiente para reventar la puerta, todo ello ignorando el hecho de que una explosión de esa intensidad seguramente convertiría en papilla a cualquier criatura viva que se encontrase en el interior del pequeño compartimento de metal. Mientras se devanaba los sesos, oyó un gran gruñido metálico que se volvió más agudo poco a poco hasta convertirse en un chirrido. El compartimento se estremeció y se balanceó. Empezó a oír una serie de martillazos metálicos a su alrededor, que terminaron por dar lugar a otro aullido metálico que se volvió ensordecedor.

La puerta del compartimento desapareció, arrancada del contenedor con una gran explosión. Al otro lado del umbral, había una pesadilla.

A simple vista parecía un enorme amasijo de apéndices y herramientas para cortar. Se sostenía en pie gracias a seis de esos apéndices, y otros cuatro de ellos se agitaban por los aires como si fuese un crustáceo hecho de metal y cuchillos. Alrededor de los brazos afilados más grandes había otra docena o más de tentáculos que parecían de goma negra. Mientras los miraba, dos de esos tentáculos se aferraron al interior del marco de la puerta y lo doblaron hacia fuera con una fuerza aterradora.

Holden sacó la pistola, pero no apuntó a la criatura. Sintió que era un arma pequeña e inútil.

—Aparta eso —dijo el monstruo con la voz de Miller—. Podrías sacarte un ojo.

Holden no le había dado muchas vueltas al hecho de que cada vez que oía la voz del inspector se debía a una alucinación provocada por la protomolécula. Ahora la acababa de oír en el aire, vibraciones auténticas que

atravesaban el ambiente y golpeaban contra sus tímpanos. La extrañeza que sintió hizo que le empezase a doler la cabeza.

—¿Eres tú? —preguntó Holden. Una cuestión con la que estaba seguro de que podría ganar todos los premios a la pregunta más estúpida del universo.

—Depende de a qué te refieras —respondió el Millerbot, que se apartó de la puerta. Estaba muy quieto para tratarse de un gigantesco monstruo metálico —. Soy capaz de penetrar en los artilugios locales, y esta cosa estaba en muy buen estado a pesar de que su garantía de tres meses se había caducado desde hacía miles de millones de años.

Miller hizo algo y, de repente, Holden vio cómo aparecía el inspector con su traje arrugado donde antes había estado la criatura. Hizo un gesto de indiferencia con las manos y le dedicó una sonrisa de arrepentimiento. Pero a pesar de que veía la proyección de Miller, sabía que debajo de ella estaba ese robot y que acababa de hacer ese mismo gesto con las manos, aunque en lugar de manos había usado dos de esas gigantescas pinzas de cangrejo aserradas. Habría sido cómico de no haber venido acompañado de un terrible dolor de cabeza.

—O eres una cosa o eres la otra —imprecó Holden cerrando con fuerza los ojos—. No quiero ver las dos, me destroza la cabeza.

—Claro. Lo siento —respondió Miller. Cuando Holden volvió a abrir los ojos, solo vio al robot—. Venga, tenemos mucho camino por delante.

Holden salió del contenedor de transferencia de material y pisó un suelo liso y metálico. Varias secciones del caparazón del Millerbot resplandecieron con una luz tenue y, a diferencia del brillo azulado que siempre acompañaba al fantasma de Miller, este fulgor sí que iluminaba los alrededores.

Holden señaló una extremidad resplandeciente y dijo:

—¿Puedes hacer que ilumine más?

Las secciones luminosas de robot resplandecieron aún más como respuesta, y el túnel quedó iluminado como si fuese mediodía. La razón por la que el transporte de transferencia se había tenido que detener era evidente: el túnel de metal estaba destrozado y lleno de rocas y escombros.

Miller pareció leerle la mente y dijo:

—Sí. El reinicio no sale bien en todos los casos. El nódulo de energía del tren de levitación magnética estalló al reiniciar. Bueno, en realidad no es exactamente un tren de levitación magnética, pero para que lo entiendas.

—¿Podemos pasar por ahí?

—Hombre, no podemos reparar las vías, pero sí puedo ayudarte a pasar. Podemos ir abriendo túneles —dijo el Millerbot al tiempo que agitaba una de

esas enormes pinzas—. Con esto. Esta cosa servía para excavar y se encargaba del mantenimiento de los túneles. Súbete.

—Y una mierda.

—No, venga, sube. Este amiguito puede andar más rápido que tú a pie.

—Miller —advirtió Holden—, esa cosa está hecha de bordes afilados y puntiagudos.

Uno de los tentáculos negros se retorció y se apartó despacio del caparazón del robot.

—Un momento —dijo Miller al tiempo que resonaban varios zumbidos y repiqueteos metálicos. El torso del robot se reconfiguró y apareció en la espalda una plataforma amplia y plana—. Ahí tienes.

Holden titubeó un instante y luego se subió a ella por una de las patas del robot. El Millerbot avanzó por la sección destrozada del túnel y sus cuatro enormes extremidades delanteras se pusieron manos a la obra para apartar el metal retorcido que había por las paredes y las piedras y la tierra que había por debajo. La máquina trabajaba sin descanso, con precisión y con una potencia espeluznante.

—Oye, Miller —dijo Holden mientras el robot limpiaba una sección de dos metros del suelo que estaba llena de pedazos de metal que cortaba con presteza en pequeños pedazos—. Seguimos siendo amigos, ¿verdad?

—¿Qué? Ah, ya veo. Cuando soy un fantasma, me gritas para que me vaya y me dices que encontrarás la manera de acabar conmigo, pero ahora que tengo el cuerpo de una taladradora indestructible quieres que volvamos a ser amiguitos.

—Sí, eso mismo —aseguró Holden.

—Sí, tranquilo. Todo bien entre nosotros.

Apuntilló las últimas palabras con un golpe muy potente que convirtió en gravilla un pedrusco de dos toneladas. Miller se agachó apoyado en seis patas y se deslizó a través de una pequeña abertura que había en la parte inferior del túnel. Holden se tuvo que tumbar en la plataforma de la espalda del robot, y una roca aserrada pasó a menos de tres centímetros de su cara.

—Todo despejado a partir de aquí —dijo Miller—, pero no podemos seguir con el tren de levitación magnética. Habrá que ir a pie.

—¿Sabemos qué es lo que buscamos?

—En términos generales, sí. Cuando los organismos unicelulares de la Tierra empezaban a pensar en que quizá les vendría bien intentar realizar la fotosíntesis, algo apagó este maldito planeta. Desconectó la red y mató cualquier cosa de la cadena alimenticia que estuviese lo suficientemente

desarrollada como para tener una opinión. Si estoy en lo cierto, el culpable no llegó a marcharse del todo. Cada vez que algo llega a este lugar en particular, se desconecta.

—Lo siento —dijo Holden.

—No lo sientas —aseguró Miller—. Es lo que hemos venido a buscar. Prepárate. Vamos a intentar recuperar el tiempo perdido.

El robot se abalanzó por el túnel y sus seis patas se convirtieron en un borrón de movimientos. A pesar de que iba a mucha velocidad, la plataforma de la espalda era muy cómoda.

Holden no pudo evitar volver a quedarse dormido.

Se despertó cuando algo frío y gomoso le tocó la mejilla.

—No hagas eso —dijo al tiempo que extendía un brazo para apartar esa cosa.

—Despierta —dijo Miller, cuya voz retumbó a través del caparazón del robot.

—Mierda —imprecó Holden, quien se incorporó al momento y empezó a limpiarse las babas de la mejilla—. Me había olvidado de dónde estábamos.

—Sí, supongo que es normal después de estar una semana sin dormir y hasta arriba de anfetaminas —aseguró Miller—. Menudo colocón, ¿eh?

—Igualito, pero sin la diversión.

—Yo también me pegaba mis buenas fiestas —dijo Miller al tiempo que soltaba una carcajada metálica—. Pero no eran divertidas. Venga, estamos a punto de llegar a la estación de procesamiento. Despierta.

—¿Qué vamos a encontrar ahí?

—Te lo diré cuando lo vea —respondió Miller.

Holden sacó la pistola y comprobó el cargador y la recámara. Arma lista. Se sintió como un niño que juega a ser adulto. Si la monstruosidad que era el Millerbot no era capaz de enfrentarse a eso, seguro que él tampoco sería capaz de detenerlo con unos cuantos tiros. Pero hay momentos en la vida en lo que todo se reduce a seguir ciertos rituales. Holden volvió a meter el arma en la funda, pero no levantó la mano de la empuñadura.

Tardó un minuto en verlo: un punto de luz que apareció al final del túnel y que fue creciendo poco a poco. No era un reflejo de la luz del robot, sino algo que brillaba. Holden se sintió aliviado. Había viajado mucho y durante mucho tiempo por aquellos pequeños túneles de metal del sistema de transferencia. Estaba listo para salir al exterior.

El túnel terminó en un complejo laberinto de nuevos pasillos. Una estación de enrutamiento, supuso Holden, lugar en el que el material que llegaba se redirigía a cualquiera que fuese su destino. Los muros eran de la misma aleación opaca que el túnel. Toda la maquinaria que era visible en aquel lugar estrecho estaba incrustada en las paredes y brillaba como ellos.

El Millerbot se detuvo un momento mientras sus tentáculos no dejaban de tantear los túneles que se abrían ante ellos. Holden se imaginó a Miller de pie en el cruce rascándose la barbilla mientras decidía por qué camino seguir. Y justo después, vio a Miller de verdad superpuesto a la imagen del robot. El dolor de cabeza volvió con fuerza.

—Se podría decir que ha sido culpa tuya —aseguró Miller—. Soy un sistema interactivo.

—¿Sabemos ya por qué lado ir?

La respuesta de Miller fue abalanzarse por uno de los muchos túneles que se abrían a su alrededor. Unos segundos después, salieron a otra caverna. Holden tardó un momento en darse cuenta de que aún se trataba de un lugar artificial. Pero la estancia parecía demasiado grande para ser artificial. Era como estar en el centro de la Tierra y ver la corteza terrestre al levantar la vista.

A su alrededor había máquinas enormes y silenciosas. Algunas se movían y se retorcían. Sin duda eran diseños creados por la protomolécula, ya que tenían esa apariencia medio mecánica y medio orgánica tan propia de ella. Había lugares en los que un enorme sistema de tubos y pistones surgían de una grúa pórtico y se enroscaban para formar espirales de nautilo. También apéndices que sobresalían del techo, eran casi tan grandes como la propia *Rocinante* y terminaban en una mano de nueve dedos del tamaño del Millerbot. La luz parecía venir de todas partes a la vez en aquel lugar y le daba al ambiente una tonalidad aurea. El suelo vibraba. Holden sintió unos latidos en el caparazón de la criatura.

—Estamos en problemas, ¿verdad? —preguntó sin aliento.

—Qué va —dijo Miller al tiempo que rotaba el robot para tantear el aire a su alrededor con los tentáculos—. Esto no es más que el lugar donde se ordena el material al llegar. No es ni la estación de procesamiento.

—En este lugar se podría atracar un acorazado.

—No es para aparentar —dijo Miller. El robot empezó a acercarse a una pared que había al fondo—. Es el principal cometido del planeta.

—Vaya —dijo Holden, que se había quedado sin palabras—. Vaya.

—Sí. Según tengo entendido, hay cierto mineral que abunda por aquí pero es escaso en términos galácticos.

—Litio.

—Ese mismo —convino Miller—. Este planeta es como una gasolinera. Procesa el mineral, lo refina, lo envía a las centrales de energía y luego expulsa dicha energía.

—¿Adónde?

—Adonde haga falta. Hay gran cantidad de mundos como este, y todos dan energía a la red. A los anillos no. Aún no sé de dónde sacan la energía.

El robot se movió a la velocidad propia de una máquina hasta otra pared, y una sección de la estructura se deslizó a un lado. El hueco tenía el tamaño de una lanzadera de reparaciones y al otro lado había más maquinaria resplandeciente. Algunos de aquellos dispositivos gigantes agitaban unas articulaciones que parecían más biológicas que mecánicas. Latían, se contraían y ondeaban. No había a la vista cosas tan triviales y ordinarias como mecanismos o engranajes.

—¿Estamos en el interior de un reactor de fusión? —preguntó Holden, que se acababa de acordar del comentario de Naomi sobre su exposición a la radiación.

—No. No es más que un complejo de procesado de mineral. Los reactores se encuentran en ese archipiélago que hay al otro lado del mundo. Esta gente creaba sistemas muy adaptables y redundantes.

—Es que uno de los geólogos me aseguró que el planeta estaba muy modificado. ¿Lo hicieron para convertirlo en una central de energía? —preguntó Holden.

—¿Por qué no? No servía para otra cosa. No era un planeta muy destacable, a excepción de ese mineral tan poco común. Y alégrate de que lo hicieran. ¿Crees que habría un sistema de transporte subterráneo capaz de aguantar dos mil millones de años en un planeta con actividad tectónica?

Holden se quedó un momento en silencio mientras el Millerbot atravesaba la refinería que refulgía a su alrededor.

—Es demasiado —dijo al fin—. Controlar el medioambiente a ese nivel es pasarse. Es que no me lo puedo ni imaginar. ¿Qué puede haber matado a alguien capaz de hacer algo así?

—Algo peor.

El Millerbot se agachó junto a lo que parecía una cinta transportadora hecha de una rejilla de metal envuelta en algo similar a una musculatura palpitante. Chirriaba y crujía al intentar moverse, pero el resto del mecanismo

estaba paralizado. Holden recordó de improviso una cabra que había encontrado de pequeño. Tenía una pata rota y había quedado atrapada en una valla de alambre de púas, y se impulsaba lo más fuerte que podía con las otras tres para escapar.

—Esto es —dijo el Millerbot al tiempo que hacía un ademán con las pinzas para señalar la maquinaria—. Esto es lo más importante de este lugar, la razón por la que existe este planeta. Y justo aquí, en alguna parte, se encuentra ese punto ciego de la red planetaria. El lugar que no podemos tocar.

—¿Y bien?

—Pues que sea lo que sea que haya en ese punto ciego, no pertenece a este lugar. Y, si es una bala, quienquiera que la haya disparado sabía muy bien dónde apuntar.

Havelock

Havelock avanzaba por la superficie de la *Rocinante*, y las botas magnéticas rechinaban contra el casco exterior de la nave justo antes de volver a flotar en el vacío. A su derecha, el sol (otro sol, en realidad) brillaba con más fuerza que la llama de un soldador. A su izquierda, la curva gigantesca y encapotada de Nueva Terra cubría su visión y el planeta rotaba amenazador debajo. La linde exterior de la exosfera era invisible aunque intentase verla, ya que los gases tenían muy poca densidad para que los distinguiese la imperfecta visión de los humanos. La gigantesca y dilatada curva del planeta que se extendía tanto por debajo como detrás de la nave casi se podía considerar una masa gris que se recortaba contra el vacío. Parecía estar muy cerca. Estaba muy cerca. Casi podía imaginar cómo la espeluznante fricción empezaba a destrozar su traje y la nave; y el aire, a quemarle como si se encontrase en una lijadora de banda. La escoria fundida en la que se había convertido una de las lunas defensivas brillaba sobre él, de un rojo opaco contra el blanco níveo de las estrellas. Sus pies volvieron a aferrarse al casco un instante para luego volverse a soltar.

—¿Qué tal ahí fuera? —oyó preguntar a Naomi en su oreja.

—Como esperábamos. Ojalá no tuviese el planeta en las narices. No dejo de imaginar que se abalanza sobre mí.

—Sí, a mí me pasa lo mismo.

El cañón de defensa en punta no era más que un barrilete grueso unido a un pivote hemisférico, y el metal relucía como si fuese un espejo. El agujero que tenía en uno de los extremos era un punto negro tan pequeño que Havelock podría haber sido capaz de bloquearlo con la punta del dedo meñique, incluso sin guante. Seguro que los proyectiles de wolframio que disparaba eran tan pequeños que podría rodearlos con la palma de la mano, y

el arma era capaz de expulsar más de cien por segundo. Era una máquina de una sofisticación y potencia despiadadas, creada para reaccionar a más velocidad que un cerebro humano y con la fuerza suficiente para acabar con cualquier cosa que amenazara la nave.

Ahora que no tenían energía, podía usarse para esconderse detrás de ella.

Se tumbó sobre el casco y dejó fijadas al suelo las puntas de las botas magnéticas. Sacó el rifle que llevaba a la espalda, lo sincronizó con el visor táctico del traje y aparecieron ante él varias estrellas más. Los puntos rojos eran los hombres de la milicia; los verdes, lo que fuera que transportasen. La *Rocinante* vibró bajo él y el horizonte se agitó al tiempo que la nave disparaba el cañón de riel. Media docena de rayos azules salieron disparados desde las lunas defensivas que tenía encima y se abalanzaron sobre el proyectil con la súbita violencia de un relámpago. Havelock se movió unos centímetros para corregir el movimiento de la nave, se volvió a centrar en sus objetivos y abrió el canal general de comunicaciones.

—Caballeros —dijo—. No tenéis por qué hacer esto.

Les vio responder. Vio cómo sus cuerpos se envaraban y cómo estiraban el cuello para buscar de dónde venía su voz. Nadie habló por el canal. Amplió la imagen. Los visores estaban opacos para evitar la luz del sol, lo que les convertía en figuras anónimas. Pero Havelock los conocía a todos.

—Venga, ¿por qué lo hacéis? Sed sinceros. Todos los que están en esa nave de ahí abajo van a morir. Nosotros hemos hecho todo lo posible para evitarlo, pero habéis hecho los cálculos, ¿verdad? Lo sabéis tan bien como nosotros. Así no vais a conseguir nada. Es hacer el mal sin razón. No tenéis por qué hacerlo.

Uno de los puntos parpadeó. Havelock supuso que el jefe de ingeniería les estaría gritando por el canal de comunicaciones interno que estuviesen usando. Todo para que no le hiciesen caso a él. Havelock miró otro de los puntos. Estaba en un ángulo desde el que era complicado dilucidar qué veía. Quizá un tubo de almacenamiento de gas de algún tipo, con una maraña de cables y circuitería en ambos extremos. Supuso que sería una especie de misil improvisado. Misiles que serían inútiles si el CDP detrás del que se escondía tuviese energía para funcionar. Se preguntó si los ingenieros tenían constancia de que la *Roci* se había quedado sin defensas o si no era más que una suposición. O si la perspectiva de una muerte inminente y el odio que sentían por los cinturianos les había llevado al punto de arriesgarse a morir para conseguir que la *Barbapiccola* quedase destruida antes que ellos. Fuera lo que fuese, era decepcionante.

—¿Walters? ¿Así es como piensas morir? Ignóralos un momento. En serio, apaga la radio. No tenemos prisa ninguna. ¿De verdad crees que estás haciendo lo correcto?

Havelock se percató de que los hombres estaban más cerca. No aceleraban hacia él, pero tampoco estaban quietos. El visor táctico hizo los cálculos: llegarían a la *Roci*, la *Barb* o al cable en unos veinte minutos.

—Tenéis que parar, chicos —dijo—. Aún sois de los míos y no quiero haceros daño.

La radio chasqueó. Se oyó la voz del jefe de ingeniería, llena de rabia y desprecio.

—No intentes jugárnosla, traidor de mierda. Los CDP de tus amiguitos están desconectados. Lo comprobamos antes de salir. ¿Crees que somos imbéciles? Tenemos órdenes de llevarte a ti y a esa zorra cinturiana de vuelta a la *Israel* y meteros a ambos en el calabozo.

—¿Órdenes?

—Órdenes directas de Murtry.

Havelock supuso que tenían todo bajo control: ECR sería capaz de defender ante los tribunales que habían hecho todo lo posible, y que Murtry no había cedido ni un centímetro, ni en tierra ni en el espacio ni en el terreno legal. Ni un centímetro.

Hacía no mucho tiempo, a Havelock le habría impresionado la pureza que destilaba una acción así, pero ahora solo le parecía desorbitado y también un tanto patético.

—Muy bien —admitió—. Tenéis razón. Los CDP están desconectados, pero no creo que hayáis pensado en todo. Estoy fuera de la nave. Con armadura. Tengo un visor táctico integrado y un arma con la que podría disparar ahora mismo a cualquiera de vosotros. Ninguno tiene dónde cubrirse. La única razón por la que seguís vivos es porque aún os considero de los míos y no quiero haceros daño.

Vio cómo reaccionaban, aunque menos de lo que esperaba. La *Roci* volvió a agitarse. Volvió a ver el proyectil del cañón de riel y también los rayos de energía de las lunas. Havelock volvió a fijar los objetivos. Tardó menos de un segundo en darse cuenta de lo que significaba la alarma que había empezado a parpadear en el visor. Cuatro de los objetivos habían empezado a moverse. Muy rápido. Cuatro de aquellos tanques de gas aceleraban delante de una nube gaseosa formada por el vapor residual que quedaba congelado.

—Tienes que disparar —anunció Alex de improviso en su oreja. Havelock levantó el arma. Uno de los misiles flotaba desviado sin duda alguna, ya que

formaba una espiral abierta que le conducía sin remedio hacia la inmensidad del planeta. Apuntó a uno de los tres restantes y disparó dos veces para abrir un agujero a cada lado del tubo. El misil improvisado empezó a bambolearse mientras el dispositivo de dirección que habían colocado en él los ingenieros de la *Israel* se afanaba por corregir el rumbo a pesar de que los gases que salían del aparato no dejaban de desestabilizarlo. Flotó hacia arriba y empezó a girar. Havelock apuntó a los dos que quedaban. No iba a tener tiempo de disparar a ambos, pero sí que consiguió acertar en el que se dirigía directo hacia él para desactivar la carga explosiva.

El que quedaba impactó contra el casco de la *Roci* a unos ocho metros a la derecha de Havelock, momento en el que para él el mundo se quedó en blanco. Algo le empujó, sintió dolor y no dejó de oír el sonido de la radio del traje, pero como algo distante. Sintió que su cuerpo se volvía muy grande, como si se hubiese expandido para ocupar todo el universo o como si el universo se hubiese encogido hasta quedar ceñido contra su piel. Notó que tenía las manos muy lejos. Alguien gritaba su nombre.

—Estoy aquí —respondió. Sintió como si se oyese a él en una grabación. El dolor empezó a aumentar. Su visor táctico no dejaba de lanzar avisos médicos, y su pierna izquierda estaba paralizada y estirada. Las estrellas giraban a su alrededor. Nueva Terra ascendía desde abajo para luego pasar rotando junto a su cabeza. Por un momento fue incapaz de ver la *Rocinante* o la *Barbapiccola*. Quizá hubiesen quedado destruidas. Sí que vio la *Israel*, lejos a su derecha, tan pequeña que bien podría haberse confundido con un pequeño cúmulo de tenues estrellas. Apareció un nuevo aviso en el visor táctico, y sintió cómo se le clavaba una aguja en la pierna derecha. Se estremeció y se notó más despejado.

—¿Havelock? —preguntó Alex.

—Estoy aquí —aseguró—. No estoy muerto. Creo que me han apartado de la nave. Diría que estoy flotando.

—¿Puedes estabilizarte?

—No lo creo. Algo le ha pasado al traje. Además, creo que la metralla me ha destrozado la pierna izquierda y la cadera. Puede que esté sangrando.

—¿Tienes presurización, Havelock? ¿Pierdes aire?

Era una buena pregunta, pero empezaba a estar harto. Tanta vuelta empezaba a marearle. Si vomitaba en el casco, las cosas se iban a poner muy feas. Cerró los ojos e intentó concentrarse. Cuando creyó que estaba más tranquilo, los abrió y, al hacerlo, intentó centrarse en las imágenes estáticas del visor táctico.

—Hay presurización. Puedo respirar.

Oyó el suspiro de Naomi. Sonaba a alivio. Aquello le hizo sentir halagado. Los puntos rojos de los hombres de la milicia se movieron por el rabillo del ojo. No fue capaz de distinguir si se acercaban o si se habían quedado quietos. Algo brilló en la atmósfera. El cañón de riel había vuelto a disparar. El planeta se elevó aún más y desapareció sobre su cabeza.

—Aguanta, coyo —dijo Basia—. Voy a salir.

—Un momento —dijo Havelock—. Los tipos de la *Israel* tienen más de esos misiles improvisados. También armas. No salgas.

—Demasiado tarde —respondió Basia—. Ya he activado el ciclo de apertura de la puerta. Ahora solo tengo que... Joder, cómo brilla.

Havelock se retorció para mirar a la izquierda y consiguió ver la *Rocinante* al fin. La explosión no le había lanzado tan lejos como pensaba, pero estaba a la deriva. Cada vez que respiraba se alejaba de esa burbuja de aire rodeada de metal y cerámica. Se preguntó si, quedándose ahí fuera, sobreviviría más que los que estaban en el interior de las naves. Imposible con el aire que le quedaba. El misil improvisado había dejado una cicatriz resplandeciente en el casco exterior de la *Roci*, pero no parecía que la hubiese perforado. Menuda navecita más resistente.

—Una cosa —dijo Basia—. Diría que me están disparado.

—Vuelve a la nave —ordenó Havelock.

—Lo haré en un momento. Venga, a ver dónde... ¡Ajá! Ahí estás.

El arpeo le golpeó en el brazo izquierdo, y el gel se salió y se endureció casi en el mismo momento. Con el primer tirón, notó un dolor insoportable en la pierna derecha, pero también empezó a notar cómo se detenía su rotación descontrolada. Los puntos rojos de los hombres de la milicia estaban mucho más cerca. Basia podía recibir un tiro en cualquier momento. Y aún les quedaban ocho de esos misiles improvisados.

La *Rocinante* se agitó. Havelock vio cómo el rastro del proyectil del cañón de riel se iluminaba en la atmósfera. ¿De verdad solo habían pasado cinco minutos desde el último disparo? Quizá se le habían pasado por alto algunos. O quizá el hecho de haber recibido tal golpe en el espacio le había hecho experimentar el tiempo de manera diferente. O a lo mejor había visto los disparos, pero se había olvidado.

—No tires de mí a mucha velocidad —advirtió Havelock—. Ten en cuenta que vas a tener que usar la misma energía para detenerme cuando llegue hasta ti. Podría golpearte. —«O aplastarte contra el casco», pensó sin decirlo.

—He vivido más tiempo en ingravidez que en microgravedad —dijo Basia con orgullo—. No te preocupes.

La *Rocinante*, que veía girar muy despacio, cada vez estaba más cerca. La manera en la que él mismo rotaba le hacía sentir que el universo, la nave y su cuerpo se encontraban en realidades un tanto diferentes. Basia no era más que un borrón algo más oscuro contra el gris de la cerámica y el metal. El visor táctico de Havelock le informó con afán de que su presión sanguínea se había estabilizado. No se había dado cuenta de que estaba inestable. Los propulsores del traje seguían sin funcionar, pero Basia saltó para agarrarlo antes de que se golpeará contra el casco y lo rodeó con los brazos para abrazarlo con fuerza mientras el traje del cinturiano se afanaba por detener el impulso de ambos.

—Tienes que entrar —aseguró Havelock cuando la bota magnética izquierda se fijó en la nave.

—Estaba a punto de decirte lo mismo —dijo Basia—. ¿Mucha metralla?

Havelock se miró la pierna por primera vez. El traje estaba moteado con sellador de emergencia. Había al menos una docena de agujeros.

—Parece que toda la pierna.

—¡Nos atacan! —anunció Alex.

Havelock se giró, levantó el rifle y se preparó para disparar a los misiles antes de que llegasen hasta ellos, o para morir intentándolo al menos. Tardó unos segundos en encontrarlos. Los puntos verdes no avanzaban en su dirección, sino en la del planeta, hacia la *Barb*.

—Vale —dijo—. Un momento.

—Creo que ellos os siguen disparando —dijo Naomi.

Havelock avanzó. El dolor de la pierna se había convertido en un entumecimiento espeluznante. El movimiento de la *Rocinante* le hacía perder mucha puntería. Vio que el visor táctico había conseguido fijar un objetivo y apretó el gatillo. Uno de los misiles explotó. Basia se había tumbado y tenía las manos y las piernas apoyadas contra el casco mientras soltaba una retahíla de tacos en lo que había pasado a ser un mantra. Havelock intentó mover las botas magnéticas, pero no consiguió hacerlas responder. La *Roci* dio varias sacudidas.

—Tripulación de la *Barb*, prepárense —anunció Alex—. La nave recibirá el primer impacto en...

Un nuevo brillo surgió bajo ellos. Havelock sintió cómo el impacto recorría el cable y la *Roci* para llegar casi al instante a sus botas magnéticas. Oyó el gruñido de Alex por la radio.

—Vale —dijo Naomi—. Tenemos un problema.

Debajo, la *Barbapiccola* había empezado a inclinarse. La energía de las explosiones había sido suficiente para acelerarla un poco y que la nave empezara a moverse muy despacio, tan despacio que casi parecía insignificante. Casi. La maraña que conformaba el cable estaba destrozada. Había dos cuerdas que aún aguantaban, pero el resto se agitaba suelto alrededor. Una estaba partida, y puede que las otras se hubieran soltado de los asideros o los hubiesen arrancado del casco de la nave. No estaba seguro. Debajo de él, Nueva Terra era tan grande que llenaba su campo de visión. Le sobrevino un acceso de vértigo y casi llegó a alucinar que el planeta se había convertido en un monstruo que había surgido de un vasto océano negro con la intención de tragárselos a todos.

—Alex —llamó Naomi—, suelta el cable.

—¡No! —gritó Basia.

—No responde —dijo Alex—. Parece que el desenganche no está operativo.

La *Roci* volvió a agitarse y el cable se tensó.

—¡Alto el fuego! —gritó Basia—. ¡Dejad de disparar el cañón de riel!

—Lo siento —dijo Alex—. Estaba en modo automático. Ya lo he apagado.

—Voy a la *Barb* —dijo Basia—. Llevo el equipo de soldadura. Puede que consiga hacer algo.

—No vas a conseguir nada —aseguró Naomi—. Limítate a cortar el cable. —La *Barbapiccola* se encontraba a unos diez grados en relación con la órbita estable en la que estaba antes. No dejaba de virar.

—No voy a volver a entrar —respondió Basia—. Tampoco voy a cortarlo. Tengo que echar un vistazo.

—Recuerdas que te están disparando, ¿verdad? —preguntó Naomi.

—Me da igual —dijo Basia.

—Le cubriré —anunció Havelock—. No hay problema.

—¿Puedes moverte?

Havelock consultó el visor táctico. Tenía inmovilizada la pierna de la metralla para detener la hemorragia. También tenía un agujero en uno de los propulsores de inclinación. El aire del traje olía agrio, como a plástico derretido. No podía ser buena señal.

—No, en realidad no —respondió—, pero Basia puede ponerme a cubierto. Quizá en la escotilla de la esclusa de aire exterior de la *Roci*. Me puedo quedar disparando desde ahí.

—Pues rápido —apremió Naomi—. Cada vez están más cerca y terminarán por encontrarse a una distancia desde la que no les cueste darle a algo.

Havelock desenganchó las botas magnéticas y se giró hacia el cinturiano.

—Venga. Si vamos a hacerlo, este es el momento.

Basia se aferró al brazo de Havelock con una mano y empezó a tirar de él por la parte destrozada de la nave. Había marcas y puntos resplandecientes en los lugares en los que los restos de la lanzadera destrozada habían golpeado el casco, a los que ahora había que sumar la enorme marca que había dejado el misil improvisado. Un tenue penacho blanco surgió de un conducto de ventilación. Le dio la impresión de saltar hacia delante en el tiempo, y cuando se dio cuenta ya estaban en la puerta exterior de la esclusa. Estaba abierta, como si esperase a que entrase. Los puntos rojos indicaban que sus hombres aún se encontraban a unos diez minutos. Ahora, la *Barb* estaba sobre él. Ya no era una bestia a la espera de poder devorarlo, sino un cielo encapotado que se caía sobre él para aplastarle.

—¿Estás bien? —preguntó Basia—. ¿Puedes hacerlo?

—Sobreviviré —respondió Havelock, que de inmediato se dio cuenta de lo inapropiado de la respuesta—. Estoy bien. Me duele un poco la cabeza, pero tengo bien la presión sanguínea.

—Perfecto. Volveré en un momento. No dejes que esos hijos de puta empeoren las cosas.

—Haré lo que pueda —dijo, pero Basia ya se había impulsado hacia el cable. Havelock comprobó el rifle y el visor táctico. Aún tenía que ajustarlos con la rotación de la *Roci*, pero no tardó en encontrar los puntos rojos.

—Perfecto, chicos —dijo—. Nos lo habéis dejado claro, pero dejadlo ya. Aún hay tiempo. No quiero hacerle daño a nadie. —Las palabras sonaban surrealistas, como un antiguo poema. Una letanía para reducir la intensidad de un conflicto. Nadie valoraba de verdad el trabajo que conllevaba para un guarda de seguridad mantener las cosas bajo control solo unos pocos minutos, para así darle tiempo de pensar bien lo que iban a hacer a todos los que formaban parte del conflicto. Amenazar con violencia no era más que una herramienta entre muchas, y lo importante en este caso era que las cosas no se pusieran peor, si es que era posible. Se dio cuenta de que eso era algo que a Murtry se le daba fatal.

Vio cómo aparecía un objeto moviéndose a mucha velocidad en el visor táctico. Una bala o un meteoro muy lento. Teniendo en cuenta la inclinación,

seguro que se trataba de una bala. Había otra que se movía en dirección a Basia. No le iba a impactar, pero no tardarían en llegar otras que sí.

—De acuerdo —dijo Havelock al tiempo que levantaba el rifle—. Voy a contar hasta diez. Como vea que alguien sigue acercándose cuando termine, le pegaré un tiro. Mi objetivo será dejar vuestros trajes inservibles, pero no prometo nada.

El vector de los puntos rojos no varió.

Le resultaba raro que todo hubiera acabado así después de todos los peligros a los que se había enfrentado. Caía centímetro a centímetro hacia un planeta mientras se afanaba por conseguir unos pocos minutos y horas más de vida, pero lo que más le preocupaba era tener que disparar a alguien.

Elvi

El carrito estaba diseñado para recorrer terreno irregular, pero también se encontraba en un planeta en el que no había carreteras. No fue un viaje fácil, pero era un vehículo rápido, y el rugido del generador y el chirrido de los motores creaban un ruido de fondo que Elvi dejó de oír las primeras horas, por lo que se podría decir que todo estaba en silencio a su alrededor. Lo único que se erigía en el paisaje eran las ruinas de Nueva Terra, que no tardaron en desaparecer. La tormenta había barrido Primer Aterrizaje y no quedaban de ella más que restos y barro. Todos los lugares por los que pasaron estaban destrozados y anegados, pero aún era un lugar fascinante. Aún era precioso.

Cruzaron un bosque con una especie de estructuras rojas a medio camino entre árboles y hongos gigantes, y las huellas del carrito quedaban marcadas en el suelo del lugar. Unas criaturas voladoras que no eran más grandes que la palma abierta de su mano siguieron al vehículo en formación durante horas, atraídas por el ruido o el movimiento del chorro de hidrocarburos. Elvi se preguntó cómo podían haber sobrevivido al desastre planetario esas frágiles criaturas. Al caer la noche, tres enormes columnas de puntos luminosos se elevaron por los cielos como rascacielos formados por luciérnagas. No sabía si se trataban de organismos como los lagartos mimoso o artefactos como las mariposas. Un enorme animal de envergadura similar a la de un elefante pero segmentado como una oruga yacía muerto y pudriéndose en lo alto de una colina baja, que estaba rodeada por una estructura parecida a dos costillares entrelazados sobre los que flotaba una neblina formada por lo que parecían carroñeros del tamaño de jejenes. Algo de un tono azul plateado surgió de un charco de agua de lluvia gris y luego descendió para volver a elevarse. Podría tratarse de cualquier cosa, pero ella solo era capaz de imaginar que eran

criaturas que estaban jugando, que chapoteaban en los charcos. Era lo único que podía hacer para no parar ahí mismo y bajarse a investigar.

Toda una biosfera (o dos o tres) pasaba ante sus ojos, coqueteando y soltándole indirectas. Deseaba haber sido capaz de verla antes de la tormenta. Ahora, como mucho, solo serían capaces de suponer lo que había antes, pero también de analizar lo que había ahora. Se consoló al recordar que aquel era el estado natural de la naturaleza, que no era más que un instante en una secuencia de crisis, destrucciones, adaptaciones y renacimientos, uno que volvería a verse afectado por otra crisis. Lo que había ocurrido en Nueva Terra era algo singular y muy concreto, pero seguía el esquema que siempre había formado y formaría parte del ciclo natural. Hasta los alienígenas que habían creado los artefactos, la protomolécula y los anillos habían sido presa de una caída de proporciones cósmicas.

Al alba, los tres compartieron toda la comida que les quedaba. Aún tenían agua para unos pocos días más, pero acabarían con hambre y Elvi sabía que terminarían por intentar encontrar algo del planeta que llevarse a la boca. No conseguirlo y morir de inanición era otra opción. Lo único que podían esperar es que Holden fuese capaz de conseguir volver a encender los reactores y que les lanzasen algo desde las naves. Un cañón con una pared muy escarpada les bloqueaba el camino, y la erosión de varios siglos dejaba al descubierto estratos de la roca que estaban tan lisos e impecables como las páginas de un libro. El sistema de navegación del carrito tardó media hora en encontrar otra ruta y ponerse en marcha.

Elvi mencionó que habían tenido mucha suerte de no haberse topado con una cordillera, y Favez no pudo evitar reírse.

—Para eso se necesitan placas tectónicas —había dicho—. Este planeta no tiene montañas, tiene dobladillos.

Ninguno había hablado mucho durante el viaje, y el ruido del carrito ahogaba todo lo que no fuesen gritos, pero a Elvi le daba la impresión de que ni aunque el silencio hubiera sido sepulcral Amos Burton les hubiese dirigido la palabra. Se había pasado el día y medio que llevaban viajando sentado en la parte delantera del carrito con las piernas cruzadas y la mirada fija en el terminal portátil o en el horizonte. Le dio la impresión de que el gesto del hombre reflejaba una ansiedad creciente, por Holden, por las naves que tenían encima y por el planeta que los rodeaba, pero quizá todo se debiera a que proyectaba en él sus sentimientos. La cara de Amos era la típica con la que era fácil hacerlo.

En algunos lugares había visto marcas de ruedas de carrito (el de Murtry y Wei) que se desviaban del camino que seguían ellos. A veces el rastro se perdía en un montículo de barro o desaparecía cuando cruzaban amplias extensiones de piedra húmeda. Pero las marcas dobles de las ruedas que se dirigían al desconocido norte siempre volvían a aparecer. A la luz de los faros se veían gravilla y organismos de un amarillo pastel parecidos a caracoles que quedaban aplastados bajo las ruedas del carrito. El aire se había enfriado, ya fuese porque estaban más al norte o porque las nubes permanentes no permitían que el calor del sol llegase a la superficie del planeta. Elvi había dormitado todo lo que la hambruna le permitía, siempre con la cabeza apoyada en el regazo de Favez. Luego habían cambiado de posición para que él se acostase sobre ella. Había soñado con la Tierra, intentaba guiar a un repartidor de pizzas a través de los pasillos del laboratorio de la universidad. Cuando se despertó, sabía que algo había cambiado, pero le llevó un rato darse cuenta de qué se trataba. El carrito se había quedado en silencio. Se incorporó y se frotó los ojos.

La luz de los faros iluminaba el otro carrito, que estaba salpicado de barro y arañado por el costado que había chocado contra algo más duro que la aleación de su chasis. Amos se bajó y dio dos vueltas muy despacio alrededor del vehículo, lo contempló y luego miró hacia la oscuridad.

—¿Qué pasa? —preguntó Elvi—. ¿Va todo bien?

—Se han quedado sin motor —respondió Amos al tiempo que se subía a la parte de atrás—. Tiene mucho barro en los ejes y no lo han limpiado. Han tenido que seguir a pie.

—¿Estamos cerca de Holden?

—Sí, sí lo estamos. La última señal que recibimos venía de aquí. No duró mucho, pero sirvió para ubicarlo bien. Avanzaremos hacia el lugar con la esperanza de volver a recibir otra señal pronto. —El mapa no tenía escala ninguna, pero mostraba dos indicadores: uno que los representaba a ellos y otro al capitán—. Diría que estamos a punto de llegar, y somos los únicos que conservamos las ruedas. Será mejor que a partir de ahora os quedéis tumbados.

—¿Por qué? —preguntó Favez.

—Por si deciden disparar —dijo Amos al tiempo que volvía a encender el generador.

Con el rugido, a Elvi le dio la impresión de que Amos no llegó a oír la respuesta de Favez:

—Vale, tiene sentido.

Pero ella sí que la oyó.

Cuando llegaron a la estructura aún era de madrugada, las largas horas entre la medianoche y el amanecer. Al principio no vieron más que un resplandor en la oscuridad, uno parecido al del firmamento. Elvi pasó tiempo pensando que se trataba de un hueco entre las nubes, pero a medida que se acercaban se hacía más obvio que no se trataba del cielo.

En la oscuridad era difícil discernir los detalles, pero parecía compartir la misma arquitectura de apariencia orgánica que las ruinas de Primer Aterrizaje aunque tenía un tamaño mayor en varios órdenes de magnitud. Le dio la impresión de que se encontraba en la frontera de unas ruinas industriales de la costa occidental europea, en un lugar en el que, en el pasado, había estado activo con la energía suficiente para destruir el mundo, algo que luego se había marchado para dejar atrás su caparazón. Cuando vio los primeros copos de nieve flotar a la luz de los faros, en un primer momento pensó que eran cenizas.

—¿Ese es el lugar al que nos dirigimos? —preguntó Favez.

—Eso parece —respondió Amos—. No hemos recibido información de la ubicación del capitán desde hace horas y ese es el último lugar en el que se encontraba. Cuando entremos, sabremos si la señal se bloquea en el interior.

—O si esa cosa se lo ha comido —apuntilló Favez—. Puede que se lo haya comido.

—El capitán tiene una carne demasiado correosa —aseguró Amos.

El carrito siguió avanzando hacia la última ubicación conocida de Holden. Del suelo surgían unas espinas negras y enormes que se apartaban al pasar. La nieve empezó a caer con fuerza y a adherirse al suelo y al carrito, pero la estructura permaneció impoluta ya que el blanco se derretía al tocarla.

«Está caliente», pensó Elvi. Le resultó una afirmación espeluznante, aunque no supo por qué.

El carrito pasó bajo un arco de diez metros de altura y se perdió en el interior de la estructura. La nieve dejó de caer. Alrededor de ellos, las paredes resplandecían e inundaban el lugar con un resplandor suave que no proyectaba sombras. El aire era más cálido y olía a algo entre ácido y agrio, como alcohol pero más fuerte. El carrito cambió de dirección varias veces, como si buscase el último rastro eléctrico dejado por Holden antes de rendirse y parar. Amos cambió al control manual. Los caminos se entrecruzaron y serpentearon durante un tiempo para luego abrirse cada vez más. La parte superior del lugar se perdía en las sombras y unos grandes tubos que bien podrían tratarse de un sistema vascular se elevaban desde el suelo y ascendían

juntos hacia el interior, hacia dondequiera que estuviese el corazón de ese sitio. El carrito frenó un poco. Amos sacó la escopeta de detrás y disparó. Se oyó el retumbar del tiro.

—¿A qué le disparas? —preguntó Elvi.

Amos se encogió de hombros.

—A nada en particular. Solo quería hacer ruido. —Formó un tubo con las manos alrededor de la boca y gritó—: ¡Capitán! ¿Estás ahí? ¡Holden!

—¿Seguro que está por aquí? —preguntó Fayez.

—No —respondió Amos, luego siguió gritando—. ¡Capitán!

Apareció una figura de detrás de una máquina enorme que se encontraba a unos cincuenta metros delante de ellos. Tenía tamaño y forma humana, y Elvi se sintió desorientada al discurrir lo extraño que le resultaba encontrar algo así en ese lugar. Amos sostuvo con firmeza la escopeta y apuntó hacia la silueta, que se quedó quieta, con los pies alineados con los hombros y las manos a los costados mientras el carrito se acercaba a ella. Amos apagó el motor cuando se encontraban a unos diez metros.

—¿Qué tal? —saludó con una voz amistosa e hipócrita.

—¿Cómo va todo? —respondió Wei al tiempo que levantaba la barbilla.

Amos salió del vehículo con la escopeta en la mano, como si se hubiese olvidado de que la llevaba encima. Elvi miró a Fayez, que se encogió de hombros. La doctora bajó al suelo y avanzó despacio. Apoyó la mano en la rueda delantera, que estaba caliente pero empezaba a enfriarse.

—¿Qué haces por aquí? —preguntó Amos.

—Trabajar —respondió Wei, que señaló con la cabeza la enorme estructura que los rodeaba—. El lugar pertenece a ECR y me aseguro de que nadie lo allana.

—Te refieres al capitán, ¿verdad?

—Me refiero a cualquiera —respondió Wei con tono más serio.

—Pues la verdad es que el sitio es feo de cojones.

—Sí que lo es, sí.

—¿De verdad hace falta que hagamos esto? Porque creo que sería mucho más divertido que yo vaya a buscar a Holden, tú a Murtry y le preguntemos a la doctora si puede conseguir alguna bebida con alcohol en esta horrible pelota de barro.

—Sí que suena divertido —aseguró Wei—, pero estoy de servicio.

Fayez apareció por detrás de Elvi con los brazos cruzados sobre el pecho. Tenía el ceño fruncido por la angustia.

—Entonces ¿qué hacemos? —preguntó Amos—. Supongo que Holden está por aquí y que Murtry le estará buscando.

—Podría ser.

—Pues voy a subirme en el carrito y...

—No lo hagas, Amos. Tengo órdenes de no dejar pasar a nadie. Súbete y márchate en dirección contraria. No tengo ningún problema contigo, pero si intentas allanar la propiedad de ECR voy a tener que dispararte.

Amos se frotó el cuero cabelludo con la mano izquierda. La escopeta de su derecha parecía más larga por alguna razón, como si la cercanía de la violencia le diese más significado y aquel significado ensanchase el arma. Elvi se dio cuenta de que había empezado a jadear y llegó a pensar por un momento que le pasaba algo al aire. Pero solo era el miedo.

—El capitán ha venido para intentar encender los reactores —explicó Amos.

—Pero se encuentra en una propiedad privada y tiene que marcharse. — La postura de Wei se relajó por un instante y cuando volvió hablar había cierta melancolía en su voz. No melancolía en sí, sino algo parecido—. Esto se acaba y morir de servicio es una de las mejores maneras de irse.

Amos suspiró, y Elvi vio cómo se le desplomaban los hombros.

—Como quieras —dijo al tiempo que levantaba la escopeta.

La voz vino de detrás, y Amos se sacudió un poco.

—¡Suelte el arma! —gritó Murtry a sus espaldas. Elvi se encogió al momento, y Favez estaba apretado contra ella en uno de los lados del vehículo junto a una de las enormes ruedas. El disparo de la escopeta resonó al mismo tiempo que el agudo chasquido de la pistola. Elvi echó un vistazo y vio que Wei había caído al suelo con los brazos en los costados. Amos estaba de rodillas y le daba la espalda. El mecánico tenía sangre en la nuca, pero ella no fue capaz de ver de dónde venía. Murtry pasó junto a ella y disparó, dos, tres, cuatro veces. Oyó la espalda acorazada de Amos restallar con cada uno de los tiros. Murtry no había fallado ni uno. Elvi soltó un grito muy agudo y lleno de pavor.

Murtry rodeó el carrito mientras Amos se daba la vuelta con un gruñido y disparaba la escopeta tres veces. El sonido retumbó a su alrededor. Murtry trastabilló, pero no cayó. El próximo tiro del jefe de seguridad hizo que un chorro de sangre saliese de la pierna de Amos, y el grandullón cayó al suelo. Murtry bajó el arma y tosió.

—Doctora Okoye. Doctor Sarkis —saludó. Tenía la armadura del pecho destrozada. De no haberla llevado, los tiros de Amos le hubiesen enterrado el

corazón en la columna—. Quiero que sepan que me han decepcionado al venir aquí. Y también me decepciona la compañía que han elegido para hacerlo.

Amos jadeaba con agonía en el suelo. Murtry dio un paso deliberado hacia él y le dio una patada a la escopeta. El metal chirrió contra aquel suelo extraño y quitinoso.

—Le ha disparado —dijo Favez.

—Claro que le he disparado. Estaba amenazando la vida de una de las integrantes de mi equipo —explicó Murtry al tiempo que se acercaba a Wei. Suspiró—. Lo único de lo que me arrepiento de no haber podido salvar a la sargenta Wei.

Las lágrimas anegaron los ojos de Elvi. Empezó a sollozar. Amos levantó una mano. Le faltaban los dedos índice y pulgar, y se veían unos huesos rosados y resplandecientes entre la sangre. Elvi apartó la mirada.

—Pero ¿de qué habla? —preguntó Favez con voz trémula.

—¿Doctor Sarkis? ¿Quiere añadir algo? —preguntó Murtry mientras metía un nuevo cargador en el arma.

—Ha sido idea suya. Lo tenía todo pensado. Dejé aquí a Wei para distraer a Amos y poder dispararle por la espalda. No es algo que haya ocurrido al azar, así que deje de lamentarse por la pobre Wei. ¡Ha sido idea suya!

—Si el señor Burton, aquí presente, le hubiese hecho caso y abandonado el lugar...

—¡Amos intentaba salvarnos! —gritó Favez. Tenía la cara roja y dio un paso al frente. Apretaba los puños en los costados. Murtry levantó la vista y lo miró con funesto interés—. ¡Holden y él están intentando salvarnos! A usted, a Elvi, a mí. ¡A todos! ¿Qué coño está haciendo?

—Proteger los inmuebles, derechos y activos de Energías Carta Real —afirmó Murtry—. Lo que no estoy haciendo, y espero que me entienda, es correr en círculos con la polla por fuera mientras lloriqueo porque vamos a morir todos. Cuando subimos a la *Edward Israel* todos sabíamos que había posibilidades de que esto acabase mal. Era un riesgo que usted asumió porque le permitía hacer su trabajo. Pues yo igual.

—¡Ha hecho que maten a Wei! —gritó Favez. Elvi le puso la mano en el hombro, pero él se zafó—. ¡Ha muerto por su culpa!

—Ella ha muerto ahora y yo moriré después —aseguró Murtry—. Pero antes tengo que encargarme de varias cosas.

El jefe de seguridad comprobó el arma y miró a Amos Burton, que le dedicaba una sonrisa cargada de rabia desde el suelo. Murtry apuntó a la cara

ensangrentada del hombre.

«Aparta la mirada —pensó Elvi—. No lo veas. Aparta la mirada».

Fayez golpeó a Murtry en la nariz. Fue un movimiento tan rápido, torpe y rudimentario que al principio Elvi no estaba muy segura de lo que había pasado. Vio como Fayez abría los ojos como platos al descubrir lo que acababa de hacer, y notó en su gesto que estaba dispuesto a seguir. Murtry apartó la pistola de Amos y la giró hacia Fayez, que se abalanzó sobre él entre gritos. El jefe de seguridad trastabilló, pero no cayó al suelo.

—¡Elvi! —gritó Fayez—. ¡Corre!

Elvi dio un paso al frente. Amos se retorció de dolor en el suelo y la sangre manaba de algunos de los agujeros de su armadura. Tenía los dientes apretados y llenos de sangre. Estaba sonriendo.

—¡Corre! —repitió Fayez.

Las enormes paredes grises se erigían a su alrededor. Unas estrellas falsas titilaban. Se quedó sin aliento. Dio un paso al frente, insegura. Luego otro. Sintió que se movía por un suelo de gel y que tenía que esforzarse para hacerlo.

«Conmocionada —pensó—. Estoy conmocionada. Se puede morir por una conmoción, ¿verdad?». Vio en su mente cómo Fayez negaba con la cabeza y decía: «Claro, otra excusa para ir a hablar con Holden».

Holden. Tenía que encontrar a Holden. Dio otro paso al frente. Luego otro más. De improviso, empezó a correr. Sintió que las extremidades se le movían solas y que emitía unos gruñidos animales. Algo detrás de ella, el retumbar de una pistola, sonó dos veces. Tres veces. No miró atrás. Todo su cuerpo, su esencia misma, estaba centrada en avanzar, en recorrer las venas negras de la estructura hacia el lugar del que surgían.

Elvi corrió.

Basia

Basia extendió la mano para tocar el cable, que vibró bajo sus dedos enguantados como si tuviese vida.

—Alex —dijo Naomi en voz muy alta por el canal general de comunicaciones—. Voy a enviar un programa de aceleración. Tenemos que mantener el cable tenso hasta que Basia lo corte o la *Barb* terminará por partirnos a la mitad.

—No lo voy a cortar —repitió Basia, pero nadie respondió. Comprobó si había encendido el micrófono.

—Uno —dijo Havelock, que terminaba la cuenta atrás—. Os habéis quedado sin tiempo, chicos.

Basia no supo si la amenaza del de seguridad había surtido efecto. En su visor táctico aún aparecían las líneas rojas que marcaban las balas que se dirigían hacia él. Las ignoró.

Encima, la *Rocinante* empezó a virar y a activar los propulsores de maniobra que le quedaban para contrarrestar la lenta rotación de la *Barbapiccola* y mantener el cable tenso. Dos naves enormes que rotaban sobre ejes diferentes podían hacer que el cable pasara de estar suelto a tener que soportar toneladas de tensión a una velocidad que podía arrancar de cuajo los armazones que habían montado en las naves y también llevarse consigo un buen pedazo de la estructura de los propios navíos.

—Basia —llamó Naomi con voz amable—. No tienes mucho tiempo. Y sabes que esto va a terminar igual hagamos lo que hagamos.

—Voy a ver si puedo hablar con la *Barb* —anunció él, ignorándola.

El almacén se había convertido en una maraña de metal retorcido y cables deshilachados. Había arrancado partes del casco y asideros, y los que aún estaban conectados a la nave se estiraban y doblaban con cada movimiento de

las naves. Basia intentó calcular cuánta tensión estarían soportando la estructura y el cable en aquel momento, pero fue incapaz. Si se soltaba, era más que probable que lo partiese por la mitad. Y para cortarlo necesitaba que Alex lo aflojase un poco primero.

—No voy a cortarlo —repitió de nuevo, más para sí mismo que para los demás. Cortarlo era indicativo de dejar que la *Barb* cayese a la deriva, llegase a la exosfera y empezase a arder. Indicativo de dejar arder a Felcia. Alex le había prometido que eso no iba a pasar.

Aparecieron otro par de líneas rojas en su visor táctico y las palabras PELIGRO INMINENTE parpadearon por un instante en la pantalla. No estaba muy puesto en jerga militar, pero conocía muy bien el significado. Se impulsó alrededor de la base del cable y se cubrió. En la oscuridad entre la *Barb* y la *Israel*, doce hombres con traje flotaban hacia él entre nubes de gas. Aún llevaban unos pocos de esos misiles improvisados.

—Chicos —llamó Havelock con voz muy triste.

—Havelock —gritó Naomi—, como dejes que esos gilipollas disparen a Basia no vuelves a entrar en mi nave.

—Recibido —accedió el terrícola con pesadumbre. Uno de los doce atacantes viró a un lado, y empezó a salir una humareda blanca de su mochila extravehicular. El hombre siguió rotando a la deriva y salió despedido de sus compañeros a mucha velocidad.

—Uno de los vuestros debería de ir a por él —dijo Havelock—. Le he frito la mochila extravehicular.

Casi antes de que terminase de hablar, dos de los atacantes ya se habían girado en dirección al hombre impedido y sacaban los arpeos.

—Havelock, gilipollas —dijo Koenen por el canal abierto donde todos podían oírlo—. Te voy a dejar hecho un colador.

La milicia abrió fuego hacia la esclusa en la que se encontraba Havelock, quien tuvo que volver a ponerse a cubierto.

Ahora que nadie lo miraba, Basia aprovechó para echar un vistazo a los asideros destrozados.

—Naomi, voy a enviarte por el traje unas imágenes de los daños.

—Basia, yo... —empezó a decir ella.

—Ayúdame a arreglarlo —dijo interrumpiéndola—. Si queda algún cable entero en la *Barb* podría volver a intentar conectarlo mientras Alex evita que se rompan los que quedan.

—Basia —repitió Naomi con voz triste y amable—. No se puede arreglar. La *Barbapiccola* va a caer. No ganamos nada cayendo con ella.

—¡No puedo aceptarlo! —gritó Basia con tanta fuerza que se distorsionó su voz por los altavoces del traje—. ¡Tiene que haber alguna manera!

Una advertencia volvió a parpadear en la pantalla, y se puso a cubierto justo a tiempo para evitar una ráfaga de disparos que rebotaron en el casco y dejaron franjas resplandecientes en el metal opaco. Uno de los nueve atacantes restantes levantó los brazos como si se rindiese y empezó a flotar inerte y despacio hacia la *Barbapiccola*.

—Williams ha caído —anunció el jefe de ingeniería—. Acabas de matar a un empleado de ECR. Arderás por lo que acabas de hacer, Havelock.

—¿Sabes qué, jefe? Que te den por culo —respondió Havelock en voz baja pero con una voz de la que por primera vez rezumaba rabia—. Tú eres el responsable de lo que ha ocurrido. Yo no quería hacerlo. Retiraos. ¡Marwick, saca a tus hombres de aquí! ¡No dejes a este al mando!

Otra voz, mayor y aún más triste, respondió por la radio:

—No son mis hombres, señor Havelock. Sabe tan bien como yo que no tengo autoridad en la empresa.

—Eso mismo, cabronazo —apuntilló el jefe—. Estamos bajo las órdenes del jefe de seguridad Murtry.

Basia dejó de prestar atención a la discusión de Havelock, Marwick y el jefe de ingeniería. Llegarían a un acuerdo o no. Havelock mataría a más de ellos o no. El capitán reafirmaría su autoridad o no. Nada de eso afectaba al verdadero problema de Basia. Su hija estaba a bordo de una nave que rotaba y caía a la deriva. Llegaría un momento en el que la atmósfera tendría la densidad suficiente para empezar a desgastar la nave, lo que la frenaría y haría que cayese aún más rápido en aquel aire mortal para, poco después, estallar en pedazos. La *Rocinante* no podía salvarla. Basia sintió pena e impotencia, pero se las ingenió para no llorar, ya que las lágrimas le bloquearían la visión. Tenía que haber alguna manera de salvarla.

—Basia —llamó Naomi por un canal privado. Sabía que se trataba de un canal privado porque dejó de oír de inmediato la discusión entre Havelock y los de ECR—. Basia, voy a sacar de ahí a tu hija.

—¿Qué?

—Tengo al capitán de la *Barbapiccola* al otro lado de la línea. Le he explicado la situación. Y bueno... no es que le haga mucha gracia, pero lo entiende. Alex te prometió que si las naves caían, Felcia estaría en la *Rocinante*, así que vamos a cumplir su promesa.

—¿Cómo? —preguntó Basia. Con las naves agitándose así, sabía que intentar abordar la *Barbapiccola* sería demasiado peligroso. Los tubos de

abordaje entre naves eran flexibles, pero no tanto.

—Está de camino a la esclusa de aire. Le pondrán un traje y la lanzarán hacia ti. Tendrás que traerla a la *Roci* y luego... luego tendrás que cortar el cable.

No podía dejar de pensar en el tubo de abordaje. Era cierto que la *Rocinante* no podía acercarse a la *Barbapiccola* para montarlo, pero no dejaba de ser una burbuja de aire, como un traje espacial.

—El tubo de abordaje —dijo—. ¿Habría alguna manera de sellar ambos extremos? Podríamos encajarlo en la *Barb*, sellar el extremo exterior con un grupo de personas dentro y trasladarlas hasta la *Roci*.

—Pero para eso habría que soltar luego el otro extremo —explicó Naomi. Una ráfaga de disparos impactó contra la base del cable mientras hablaba, como para darle más fuerza a sus palabras. Otro de los ingenieros salió despedido rotando con dos agujeros en la mochila extravehicular. Naomi siguió hablando, pero Basia había dejado de hacerle caso.

—¿Y las esclusas de aire de emergencia? Son burbujas de plástico, ¿no? Se usan para mantener la atmósfera y tienen oxígeno.

—Pero hay que unir las a algo —indicó Naomi.

—¿Y si las unimos entre sí? —explicó Basia—. Sello con sello.

Naomi se quedó un rato en silencio. Cuando volvió a hablar, lo hizo despacio y comedido, como si aún pensase en ello mientras lo hacía:

—Una burbuja de soporte vital.

Basia supo que había vuelto a cambiar al canal general porque volvió a oír el estruendo de la conversación de Havelock.

—Caballeros, tenemos una idea. Vamos a sacar a la tripulación de la *Barbapiccola* en cápsulas de salvamento formadas por dos esclusas de aire de emergencia. La *Roci* solo tiene una, pero si hubiese otra en la *Barb*...

—¿Bromeas? —dijo otra voz. Basia la reconoció. Era el capitán de la nave cinturiana—. Creo que aquí la desmontamos para usar las partes como repuestos incluso antes de que atravesásemos ese pinche anillo.

—Nosotros tenemos muchas —dijo Havelock—. La *Israel* trajo de todo. Apuesto a que hay unas veinte en la bodega.

—Eso serviría para montar diez burbujas —dijo Basia—. Suficiente para un viaje corto de la tripulación al completo.

—Capitán Marwick —llamó Koenen—. No puede darle a esta gente suministros vitales para ECR.

—Marwick —dijo Havelock—. No puede dejar morir a más de cien personas inocentes por esta tontería. No lo haga.

—Que les den. ¿Qué pueden hacerme? ¿Cancelar el contrato? —respondió Marwick antes de soltar un largo suspiro—. Vamos a mover la *Israel* para trasladar las burbujas de salvamento. Haré que la tripulación empiece a unir las ahora mismo.

—Capitán —gruñó el jefe de ingeniería—, el jefe de seguridad Murtry nos ha dado la orden directa de acabar con la nave de los okupas. No puede prestarles ayuda.

—Mira que eres gilipollas —imprecó Havelock—. ¿Es que te has vuelto loco?

—Desde que vea el más mínimo intento de... —empezó a decir el jefe, que se quedó en silencio de improviso. El cable que había junto a Basia se quedó tenso, y los pocos asideros que quedaban en la *Barb* estuvieron a punto de romperse. Bajo él, el disparo del cañón de riel salió despedido hacia Ilo, y los rayos de las lunas defensivas destrozaron el proyectil mientras descendía. Uno de los puntos rojos que marcaba a los enemigos desapareció del visor táctico de Basia.

—Lo siento —dijo Alex con el acento más marcado que Basia había oído salir de sus labios—. He sido yo. Ese tío empezaba a cansarme y lo tenía a tiro. ¿La he cagado?

Se hizo un silencio sepulcral y luego el capitán Marwick anunció:

—La *Israel* va de camino.

Tardaron casi tres horas en crear y sacar las burbujas de salvamento improvisadas de la *Israel*. Basia logró calcular el tiempo gracias a los recambios de botellas de oxígeno de su traje. Se negó a volver a la *Rocinante* hasta que su hija estuviese fuera del carguero cinturiano. Alex dejó el cable un poco más suelto con varios acelerones calculados, y así Basia consiguió cortarlo. Ya no había razón para que las naves siguiesen conectadas.

El equipo de ingeniería de la *Israel* que se habían convertido en milicianos novatos fue contactando con Havelock uno a uno para disculparse por cómo se había extralimitado la situación. La mayoría culpó al jefe de ingeniería. Aunque no fuera el único responsable de la escalada de violencia, Basia tuvo muy claro que la historia no iba a tratar muy bien a ese hombre. Uno de los ingenieros admitió ser la persona que había disparado el misil a la *Barbapiccola* y se ofreció para ayudar a Basia a reparar los daños. Basia le ofreció matarlo como intentase acercarse a él. Estuvieron de acuerdo en dejarlo así.

Después de que se reconfiguraran y enviaran las esclusas de aire de emergencia, la tripulación de la *Barbapiccola* y los colonos que aún había a

bordo tardaron dos horas más en cargar los tanques de oxígeno y sellar a todo el mundo en el interior. En ese momento, los sistemas de la *Rocinante* empezaron a anunciar que el carguero estaba empezando a rozar la atmósfera. La cuenta atrás había llegado a su fin.

Ahora Basia flotaba junto a las enormes puertas de la bodega de la *Barbapiccola*, donde esperaba a que se abrieran para liberar a su hija.

Empezó a ver una delgada línea blanca que se abría en un costado del gigantesco carguero. Luego, poco a poco, las puertas se empezaron a separar cada vez más y apareció ante él la enorme bodega de la nave. Recortadas contra la silueta de miles de toneladas de litio flotaban diez burbujas translúcidas. Basia pulsó un control remoto para abrir la esclusa de aire de la *Barbapiccola* y la despresurización hizo que el aire saliese de la nave y empujase fuera las burbujas.

Emergieron y se alejaron del planeta, pequeñas bolsas de aire que flotaban por el vacío con una docena o más personas en el interior, rodeadas por la neblina helada que antes había sido la atmósfera de la nave. La estrella de Ilo se asomó por el extremo del planeta, iluminó las burbujas desde atrás y convirtió a la gente que había en el interior en siluetas negras y sorprendentemente definidas contra las borrosas paredes de plástico. Como un diorama iluminado desde atrás.

Basia recordó de repente una ocasión en la que estaba bañando a Jacek en el fregadero de la cocina cuando era un bebé; el niño se había tirado un pedo bajó el agua y las burbujas habían subido hasta la superficie y estallado. Aquella imagen le hizo reír hasta que empezó a dolerle el estómago. Sabía que se debía más bien a que su hija estaba a salvo, no a la flatulencia de un bebé, pero no pudo evitar las carcajadas.

—¿Estás bien? —preguntó Naomi.

—¿Alguna vez ha bañado a un bebé en un fregadero?

—Sí —respondió—. Sí que lo he hecho.

—¿Y tenía gases?

—No... —empezó a decir, pero luego pilló el chiste y empezó a reír con él.

Diez cables de remolque salieron de la *Israel*, y Basia los cogió uno a uno y los unió a las burbujas. La burbuja de Felcia fue la última. Mientras arrancaba la banda que había en el extremo del cable para dejar al descubierto el adhesivo, vio cómo su hija miraba por la pequeña ventana transparente de la puerta. El sol había quedado oculto detrás del planeta y el visor de Basia había perdido la opacidad. Activó la luz interior del casco para que su hija

podiera verlo. A la chica se le iluminó la cara y articuló la palabra «papá» con tanta claridad que Basia se imaginó que acababa de oírla.

—Hola, cariño —dijo Basia, que apoyó una mano enguantada contra la ventana. Ella colocó la suya al otro lado, unos dedos pequeños y hábiles contra unos grandes y burdos.

Felcia sonrió y señaló detrás de él mientras boqueaba la palabra «guau».

Él se giró para mirar. La *Israel* había empezado a recoger las burbujas una a una. Una decena de humanos eran arrastrados por el vacío del espacio en el interior de unas envolturas de aire que eran un poco más grandes que ellos. Cuando la nave empezó a recoger el cable de la de Felcia, Basia mantuvo la mano en la ventana hasta que la burbuja empezó a separarse muy despacio. Su pequeña iba a estar a salvo. Por poco tiempo, sí, pero a salvo.

En ese momento, Basia se sintió como si un martillo acabase de golpearle el pecho. Todas las personas que había en las burbujas tenían familiares que se preocupaban por ellos. Cada una de las vidas que estaban salvando harían sentir a otra persona alivio y alegría, y todas las que se perdiesen se convertirían en otro Katoa para alguien. Con cada muerte, alguien en algún lugar quedaría destrozado.

Basia volvió a sentir el detonador en sus manos. A notar en la palma de la mano el terrible chasquido del detonador al pulsar el botón. A experimentar la atroz onda expansiva que había prendido fuego la plataforma de aterrizaje. A percibir el horror que luego se había convertido en miedo cuando una serie de desafortunados acontecimientos habían hecho que la lanzadera se encontrase muy cerca de la explosión, que la había hecho caer.

Lo sintió todo con tanta lucidez que parecía que se repetía en ese momento, pero lo que más sintió fue aflicción. Alguien acababa de intentar hacerle lo mismo a su pequeña. Habían intentado matarla, no porque la odiasen, sino por cuestiones políticas. Todos los que habían muerto en esa lanzadera significaban para sus familiares lo mismo que Felcia para él. Y los había matado al pulsar el botón.

No había querido hacerlo. Había intentado salvarlos. Esa era la mentira que no había dejado de repetirse desde hacía ya meses. Pero la verdad era mucho peor. En el fondo, había querido destruir la lanzadera. Había disfrutado al verla caer del cielo envuelta en llamas. Había querido castigar a aquellos que querían arrebatarle su mundo.

Pero eso también era mentira.

La verdad, la verdad que se ocultaba tras todas aquellas falacias, era que tan solo quería que los demás sintiesen el mismo dolor que él. Quería castigar

al universo por tratarse del lugar en el que había muerto su pequeño. Castigar a otras personas por estar vivas mientras que su Katoa no lo estaba. Esa parte de él había mirado la lanzadera en llamas y pensado: «Ahora sabéis lo que se siente. Ahora sabéis cómo me siento».

Pero las personas a las que había hecho daño acababan de salvar a su hija porque eran la clase de gente que no podía dejar a sus enemigos morir desamparados.

El primer sollozo lo cogió por sorpresa y le hizo agitarse mucho más de lo normal. Luego se le nubló la vista a causa de las lágrimas y se le cerró la garganta como si alguien le estuviese ahogando. Jadeó para recuperar el aliento, y cada jadeo se convirtió en otro de esos fuertes sollozos.

—¡Basia! —gritó Naomi alarmada. Acababa de reír a carcajadas y ahora había empezado a llorar. Tenía que dar la impresión de estar loco—. ¡Basia, vuelve a entrar!

Él intentó responder para tranquilizarla, pero cuando habló, las únicas palabras que pudo pronunciar fueron:

—Han muerto por mi culpa.

—No —aseguró Naomi—. Los has salvado. Los has salvado a todos.

—Han muerto por mi culpa —repitió él, refiriéndose al gobernador, a Coop, a Cate, al equipo de seguridad de ECR y, sobre todo, a Katoa. Había matado a su pequeño una y otra vez cada vez que dejaba morir a alguien para redimir la muerte del pequeño—. Han muerto por mi culpa —repitió otra vez.

—Ahora los has salvado —repitió Naomi como si pudiese leerle la mente—. Has salvado a los que están aquí.

Havelock lo esperaba en la esclusa de aire. Basia sabía que el hombre de ECR tenía que haber estado oyendo su ataque de pánico por la radio, pero aunque tenía el rostro tenso, no había burla alguna en sus palabras cuando agarró a Basia por el brazo y dijo:

—Lo has hecho muy bien ahí fuera.

Basia asintió y prefirió no responder.

—Mira —dijo Havelock al tiempo que señalaba la puerta de la esclusa de aire.

Basia se dio la vuelta y vio cómo la *Barbapiccola* dejaba tras de sí unas largas serpentinas de humo. Había llegado a la atmósfera de Ilo. La parte delantera de la nave empezó a resplandecer.

Havelock cerró la escotilla, pero vieron la destrucción del carguero en la consola de pared mientras la esclusa terminaba el ciclo de cierre y se quitaban el equipo. Alex dejó los telescopios de la *Roci* apuntando hacia el lugar. Flotó un rato durante el que las serpentinas de humo que había en la atmósfera superior se convirtieron en un humo negro a medida que se quemaba el casco.

La destrucción fue repentina y abrumadora. En un abrir y cerrar de ojos y sin transición alguna, el casco pasó de ser una gran pieza a convertirse en muchas partes pequeñas y llameantes. Basia cambió la pantalla para comprobar la cuenta atrás y cuánto tiempo de vida le quedaba a Felcia.

Cuatro días. A la *Israel* aún le quedaba cuatro días.

Elvi

Elvi estaba sentada en la oscuridad con el terminal portátil en el regazo. Temblaba y sentía el mismo miedo, ira e incertidumbre que había sentido durante los peores momentos de la tormenta. No podía permitírselo. No tenía tiempo. Necesitaba pensar.

No había mapas disponibles, claro. No había registros del lugar y, aunque los hubiese, no tenía conexión con la *Israel*, si es que la *Israel* seguía en órbita y no había caído en la atmósfera y ardidado y matado a todos los que estaban en su interior y...

No podía lamentarse. Necesitaba pensar. La estructura, ruinas o lo que quiera que fuese aquel lugar en el que se encontraban tenía que tener al menos unos siete u ocho kilómetros cuadrados. Habían entrado cerca del lugar de la última ubicación de Holden, pero había un montón de territorio por cubrir. El localizador de la pantalla del terminal portátil solo mostraba los nodos locales. Las otras dos señales que aparecían eran la de Fayez y la de Murtry, que estaban en gris. No había línea de visión, lo que al mismo tiempo era bueno, ya que significaba que Murtry no podía saber dónde estaba ella, y malo, porque ella tampoco sabía dónde se encontraba él. Se trataba de un diagnóstico de bajo nivel, de los que creaban redes de enrutamiento *ad hoc* al vuelo. Elvi había configurado el terminal para solicitar una ruta renovada cada vez que se conectase y para que la avisase cuando lo hiciera. No era mucho, pero le ganaría un poco de tiempo cuando Murtry se acercara. Cuando tuviera una línea de visión. Cuando pudiera dispararle a ella igual que había disparado a Amos y probablemente a Fayez y ahora estaban muertos y ella no podía permitirse lamentarlo. Necesitaba pensar. Necesitaba a Holden. Tenía que encontrarle. Advertirle. Evitar que Murtry lo detuviese. Respiró hondo y miró hacia arriba. Desde el suelo no tenía demasiada línea de visión, pero

sobre ella había un espacio amplio y abierto. Tenía que buscar un sitio alto desde el que mirar para que el terminal portátil pudiera señalarle la posición de Murtry. Y si no podía localizar a su amigo, qué menos que saber dónde estaba su enemigo. Resolución de problemas básica. Si no tienes los datos que necesitas, juega con los que tengas y mira a ver si puedes sacar algo en claro. Había aprobado tres semestres de combinatoria gracias a esa afirmación. De acuerdo.

Aún le temblaba el cuerpo. Todavía estaba débil. Se sentía confusa. La adrenalina recorría sus venas y tenía hambre y seguro que Favez había muerto y ella no podía permitirse lamentarlo. Se metió el terminal portátil en el bolsillo y echó un vistazo para encontrar la manera de ascender. Nada de lo que tenía alrededor estaba construido pensando en la morfología humana. No había escaleras ni rampas ni pasarelas con barandillas. La construcción era similar a un cuerpo gigantesco. O a un cuerpo gigantesco que había terminado por convertirse en una máquina. Corrió en silencio mientras intentaba hacer el menor ruido posible con cada pisada. A su derecha, una multitud de conductos ascendían desde el suelo. Elvi se agarró a ellos, metió las manos y los pies en los estrechos espacios que quedaban entre los tubos y subió y subió y subió. Conocía a muchísimas personas que lo habrían hecho mejor que ella. Favez era más fuerte. Sudyam estaba acostumbrada a escalar montañas en la Tierra. A Elvi no le gustaba ni escalar árboles, y mucho menos esos extraños conductos alienígenas. Subió sin mirar atrás, sin mirar abajo.

La estructura era enorme, y el suave resplandor que lo permeaba todo confería al lugar un aura de extrañeza onírica. Calzó la pierna entre dos conductos o arterias para descansar. Sacó el terminal portátil. El aviso de la red *ad hoc* había sonado dos veces mientras ascendía y ella no se había dado ni cuenta. Había tenido a Murtry en línea de visión dos veces. Pensarlo hizo que se le cerrase la garganta. Comprobó los tiempos de respuesta. ¿Dos milésimas de segundo? No podía ser. Las ondas de radio se movían a la velocidad de la luz, pero allí había aire, por lo que sería... ¿cuánto, tres por diez elevado a ocho? Más o menos. Lo bastante cerca como para que no importara. Según eso, Murtry debería estar como a medio millón de metros de distancia. Tenía que haber algún tipo de retraso de procesamiento en los terminales que ralentizaba...

Apareció una nueva entrada en el registro, y el corazón estuvo a punto de salirse por la boca. Conexión rechazada. Parpadeó al verlo. ¿Por qué? ¿Por qué el terminal de Murtry aceptaba las conexiones cuando ella estaba

escalando y las rechazaba cuando se detenía? No tenía sentido. Otra entrada. Conexión rechazada. Sintió que algo parecido a la esperanza comenzaba a aflorar en su interior. No era Murtry. Era otra persona. Alguien que no estaba en la lista de conexiones de confianza de ECR.

Era Holden.

Estiró el cuello, como si fuese a bastarle con mirar para encontrarle. La estructura era demasiado grande. Se le ocurrió gritar, pero no había razón para pensar que Holden iba a oírla. Y, aunque la oyese, Murtry estaría más cerca.

Murtry. Se le había ocurrido algo. Volvió a abrir la interfaz de enrutamiento del terminal. Llevaba años sin trastear con los protocolos de red. Las únicas conexiones a las que estaba acostumbrada eran las de las conexinas. Había empezado a dolerle la pierna que tenía apoyada en el tubo. Existía una manera de conseguir una copia de los registros de Murtry. Solo tenía que recordar cómo se configuraba el registro distribuido.

Algo resonó en la estructura, y el eco reverberó por el lugar como un grito en el interior de una catedral. Desde aquel puesto de vigía, Elvi se preguntó si Murtry vería el resplandor de su pantalla al mirar hacia arriba. Esperó. Esperó más. Sonó el aviso. Murtry se había conectado. Cerró los ojos.

«Muy bien —pensó—. Vete. Vete de aquí».

El aviso paró. Elvi abrió el registro y vio que en él también aparecían las entradas del terminal de Murtry, y una, una sola de ellas, era una conexión rechazada. Era como volver a una clase de matemáticas. Supongamos que hay una exobióloga asustada a cuatro metros de altura, y un jefe de seguridad depredador y violento que está en línea de visión con ella en los puntos a, b y c. En el punto d, el depredador tiene una conexión rechazada con un retraso de poco menos de dos décimas de segundo porque la mierda del puto procesador vuelve inútiles todas las marcas de tiempo y convierte todo el ejercicio en...

Pero el retraso sería el mismo, ¿no? Por tanto, si Elvi pudiese retirar la diferencia...

Sintió que el mundo se abalanzaba sobre ella. Tocó el terminal y cambió a las pantallas de cálculo, volcó los números de las entradas y configuró los diagramas. No había dejado de sentir miedo, pena y un pavor instintivo y descarnado, pero eran solo mensajes a los que podía hacer caso omiso. Empezó a dolerle la pierna, que terminó por dormírsele. Se movió unos pocos centímetros hasta que volvió a dolerle.

Holden había estado a ciento diez metros de ella y a ciento cincuenta metros de Murtry. Elvi podía estimar el lugar en el que había estado el jefe de

seguridad a partir de los contactos que habían establecido sus terminales portátiles. Era como un problema básico de trigonometría en el que un error significaba la muerte. Holden se hallaba, a grandes rasgos, y suponiendo que Elvi no hubiese metido la pata con las ecuaciones y que el retraso de procesamiento de sus terminales fuese idéntico, aproximadamente en esos cruces enrevesados que había en el centro de la parte derecha de la estructura, en el lugar donde los conductos se unían para conformar algo parecido a una gigantesca ala negra. Elvi apagó el terminal portátil y empezó a bajar. Cuando llegó a una superficie por la que podía caminar, notó que le dolía mucho la pierna y sintió fuertes punzadas. Las ignoró y empezó a renquear tan rápido como pudo hacia el lugar que había calculado. Murtry ya le daba igual. Había encontrado algo en lo que centrarse.

Más que caminar por un complejo industrial, le dio la impresión de que se abría paso por una jungla sin llevar encima un machete. Se deslizó entre grietas de estructuras negras que tenían aspecto de maquinaria y de vegetación al mismo tiempo, se agachó, escaló y hasta tuvo que tumbarse y arrastrarse para continuar. Estaba segura de que avanzaba, segura de que llegaría a ese lugar y por lo menos descubriría si sus cálculos eran correctos, cuando empezó a cruzar un saliente liso y estuvo a punto de precipitarse a un abismo.

Oyó un estruendo que venía de abajo, quizá a unos cientos de metros de profundidad. También vio un haz de luz que se movía en las profundidades, iba de un lado a otro sin dejar de avanzar. Recorrió ambos lados del suelo de la estructura hasta subir por las distantes paredes que ella tenía delante. Una red de grandes conductos ascendía por ellas, conductos parecidos a tendones que en la distancia formaban un puente que cruzaba el hueco. Empezó a caminar por el borde, donde crecían unos organismos blancos y grumosos que parecían surgir de las profundidades. Tardó solo unos minutos en llegar hasta la estructura que cruzaba el abismo, pero resultó no ser un puente.

Era llano en su mayor parte, aunque se curvaba hacia el agujero por los bordes. La superficie estaba formada por una maraña de cables situada sobre algo que parecía una lengua interminable. No había barandillas y, cuando se subió, la lengua reaccionó y empezó a agitarse y moverse como si intentase tirarla. Extendió los brazos para equilibrarse y corrió hasta la pared del otro lado. Dos metros, cuatro metros, cinco. Llegó. Se apoyó en ella y se agarró la cabeza con ambas manos hasta que se le pasó el mareo. Se encontraba justo debajo de la gigantesca estructura con forma de ala y a esa distancia vio que en realidad era más compleja. Contaba con miles de quistes entrelazados que

se extendían para formar vastas espirales entrecruzadas, y todo ello se movía sin que Elvi fuese capaz de discernir por qué.

Se dejó caer por un lado de la plataforma en la que se encontraba hacia lo más parecido a un pasadizo que había visto desde que se internase en la oscuridad. El pasillo giraba a la izquierda y luego a la derecha. Elvi lo siguió con esperanza y suponiendo que iba por buen camino. La proporción de suelo en comparación con la de pared y techo la perturbaba de una manera que no era capaz de procesar. Unas pequeñas lucecitas azules parecidas a luciérnagas brillaban y se apagaban a su alrededor. El pasillo se ensanchó y giró hasta llegar a abrirse a una cámara amplia.

Elvi gritó.

Holden se encontraba a menos de tres metros de distancia y algo horrible, enorme y de aspecto insectil flotaba sobre él. Unas garras inhumanas se recortaron contra la tenue y espeluznante luz azul, y Elvi vio en ellas unas espinas del tamaño de dagas. Se presionó los nudillos contra la boca sin poder apartar la mirada de lo que creía que eran los últimos momentos de Holden.

El artefacto se giró hacia ella, hizo una pausa y levantó una de las garras como si le dedicase un saludo. Holden imitó el gesto.

—¿Elvi? —preguntó—. ¿Qué haces aquí?

—Estaba... Estábamos... —Cayó de rodillas y sintió un alivio que le recorrió como un chorro de agua. Respiró hondo y lo volvió a intentar—. Murtry cogió uno de los carritos cuando desapareciste. Siguió la señal de tu terminal portátil. Sabe que intentas desconectar los aparatos. —Sintió una punzada de pánico y volvió a mirar a la cosa con garras.

—No pasa nada, chica —dijo la especie de robot con un ligero acento cinturiano—. Lo tenía en cuenta.

—Amos, Favez y yo conseguimos hacer funcionar otro carrito y fuimos detrás de él. Para advertirte.

—Vale —aseguró Holden—. Lo habéis hecho genial. Ahora todo irá bien. ¿Cómo nos habéis encontrado?

Elvi levantó el terminal portátil, jadeó y consiguió pronunciar:

—Ha sido un poco complicado.

—Muy bien. ¿Y Amos? ¿Dónde está?

—Murtry le ha disparado. Creo que está muerto.

El gesto de Holden se puso pálido y luego rojo. Negó con la cabeza y, cuando habló, lo hizo en voz baja y comedida:

—Amos no está muerto.

—¿Cómo lo sabes?

—Es imposible que Amos muera sin que todos los que están cerca también hayan muerto. Estamos vivos, así que Amos también lo está.

—No le hagas mucho caso —dijo el monstruo robótico—. Se pone un tanto sensiblero con esas cosas. Si tú afirmas que el calvito está muerto, yo te creo.

—Gracias —dijo Elvi por inercia.

—Pero es una pena. Me gustaba.

—A mí también —aseguró Elvi—. Y Favez. Oí disparos mientras escapaba a la carrera. Creo que Favez...

—¿Y Murtry? —preguntó Holden.

—Viene de camino. Estaba detrás de mí. No sé a qué distancia. Pero viene hacia aquí, a detenerte.

—Pero ¿por qué quiere detenerme, joder? —preguntó Holden con rabia.

—Quiere que ECR conserve los artefactos mientras aún funcionan.

—Ese hombre es un imbécil de cuidado —dijo el alienígena—. Bueno, ahora mismo estamos muy ocupados. Casi hemos llegado.

—¿Adónde? —preguntó Elvi.

—Esa es una buena pregunta —respondió el alienígena, pero Holden tenía la mirada fija encima del hombro de Elvi. Apretaba los dientes y se le veía enfadado.

—Muy bien —dijo—. Tenemos dos cosas que hacer.

—¿Tenemos? —dijo el alienígena. Elvi supuso que hablaban con un alienígena. Pensaba que se trataba de algo excepcional, aunque le confundía un poco que Holden estuviese tan tranquilo.

—Uno de nosotros tiene que encontrar lo que sea que hemos venido a buscar y apagar las defensas planetarias. Otro tiene que pegarle un tiro a Murtry.

—No es que no esté de acuerdo contigo —dijo el alienígena mientras cambiaba el peso de su cuerpo entre las seis patas articuladas—, pero una de esas cosas me parece mucho más importante que la otra.

—A mí también —aseguró Holden—, pero no creo que sea la misma. Elvi, voy a necesitar que nos salves a todos, ¿te parece?

—Pues... —empezó a decir—. ¿Vale?

—Bien. Este es el inspector Miller. Murió cuando Eros chocó contra Venus y ahora se ha convertido en una marioneta de la protomolécula.

—Semiautónoma —dijo el alienígena.

—Encantada de conocerte.

—Igualmente.

—Genial —dijo Holden—. Yo iré a encargarme de esto.

Para sorpresa e inquietud de Elvi, Holden se marchó por el pasadizo por el que ella acababa de llegar. El alienígena carraspeó para disculparse, aunque Elvi estaba muy segura de que no tenía garganta para hacerlo y que el sonido no había sido más que una inflexión conversacional.

—Lo siento —dijo el alienígena... Miller—. Hay veces que se le mete una idea en la cabeza y es imposible hacerle entrar en razón.

—No pasa nada —dijo Elvi—. Bueno, pues...

—Venga, vamos a salvarlos a todos. Ven conmigo, chica. Sube, iremos más rápido.

—Entonces es una consciencia compartida —dijo, siguiendo a Miller por debajo de un arco. Le dolía la cabeza y no era solo por el hambre. Faye estaba muerto. Amos, también. Ella misma iba a morir. Se encontraba en un mundo alienígena. Estaba hablando con un muerto que controlaba un robot alienígena. La parte de su mente que procesaba los sentimientos se había sobrecargado, no funcionaba. Su corazón era poco más que un eco detrás de las costillas. No sabía muy bien en qué iba a acabar convertida cuando recuperase la normalidad, si es que lo hacía.

—Sí, pero no es una consciencia en realidad —dijo Miller—. Hay nódulos en él que sí lo son, pero no controlan al colectivo. Yo no soy uno de esos nódulos, no soy más que un constructo basado en un muerto. Un constructo muy bien hecho, y el inspector se obsesionaba mucho con según qué cosas. Sobre todo al final de su vida.

—Entonces ¿tú tienes consciencia?

El robot alienígena, el cuerpo que estaba usando el constructo que era Miller, hizo un gesto de indiferencia con sus extremidades aserradas. Era extraño ver lo bien que conseguía trasladar el gesto con un cuerpo así.

—No lo sé, pero diría que voy para sobresaliente en el test de Turing.

Elvi se quedó en silencio y terminó por asentir.

—Sí, yo también lo creo.

—Bueno, pues he triangulado el lugar en el que puede que se encuentre ese punto ciego. No sé si me entiendes.

—Claro, sí. Triangulación. Lo entiendo —respondió Elvi—. Vale, entonces hay cuatro.

—¿Cuatro?

—Nuestra biosfera, los organismos del planeta, las cosas que crearon las puertas y, por último, la cosa que acabó con ellas. Cuatro.

Miller se detuvo delante de la unión de dos paredes, metió las garras en el interior y se preparó para empujar.

—Esto de aquí dentro solía ser uno de los mayores centros de control del planeta. Como... como un ganglio o algo parecido. Según mis cálculos, el punto ciego debería estar aquí.

Empujó. La pared se separó, pero en lugar de deslizarse parecía que estuviese cambiando de forma. Al otro lado, se abría una estancia amplia y alta. En las paredes y cada uno de los pisos del lugar había cientos de nichos, unos encima de otros, en los que había mecanismos similares a Miller. La habitación estaba llena de unos puntos azules y resplandecientes que flotaban formando espirales, como si siguieran corrientes que Elvi era incapaz de sentir. Y en el centro, flotando a un metro sobre el suelo, había...

Apartó la mirada y se apoyó en Miller para mantenerse en pie. Luego se obligó a volver a mirar. Le costaba mirarlo directamente. Los márgenes del espacio brillaban sin iluminar nada y sin proyectar sombra alguna, era un resplandor fulgurante y terrible. Le recordaba a la manera en la que los esquizofrénicos o las personas que sufrían de migrañas describían luces peligrosas y agresivas. En el interior de los márgenes había una oscuridad que se arremolinaba. Era más que una ausencia. Podía sentir una estructura en su interior, capas superpuestas, como sombras que proyectaban sombras. Latía con una energía inhumana, oceánica, profunda y dolorosa. «Como lo mire durante mucho tiempo voy a perder la cabeza», pensó Elvi. Dio un paso al frente y sintió cómo las estructuras que había en el interior de la oscuridad respondían a su movimiento. Se sintió como si pudiese ver el espacio que había entre las moléculas de aire, como si los mismísimos átomos no fuesen más que una neblina ligera y por primera vez ella fuese capaz de ver y tuviera a su alcance la verdadera forma de la realidad.

En el pasado había habido en aquel lugar una civilización que Elvi era incapaz de imaginar. Una que había diseñado herramientas como la protomolécula y los anillos. Había habitado miles de mundos o más, se había expandido a través del tiempo y el espacio para terminar por desaparecer. Y, sin duda alguna, aquello era una marca dejada por lo que quiera que hubiese acabado con ella.

—Vale —dijo Miller al tiempo que abría mucho las garras para abarcar el lugar—, tienes que encontrar algo que sea así como... raro. Algo que este fuera de lugar.

Se giró hacia él, confundida, y señaló la cosa tan insólita que había en el centro de la estancia.

—¿Te refieres a eso?

Miller se giró y sus ojos alienígenas se movieron en el interior de aquellos mecanismos de apariencia tan compleja.

—¿A qué?

—A eso. Esto que está en medio. Ahí.

—No veo nada —respondió Miller—. ¿Cómo es?

—Se parece al ojo de un dios encolerizado.

—Vaya —dijo Miller. Las placas metálicas y pesadas de su cuerpo robótico chasquearon y sisearon entre ellas mientras se movía—. Sí, lo más seguro es que sea eso. Buen trabajo.

Holden

Cuando Murtry atravesó el agujero que había en la maquinaria y caminó por el saliente hasta el puente estrecho, Holden lo estaba esperando al otro lado. Tenía la mano apoyada con naturalidad en la empuñadura del arma. El jefe de seguridad de ECR saludó al capitán con un vago movimiento de la cabeza y examinó con mucha atención el lugar en el que se encontraban. Miró hacia el abismo de cientos de metros que se abría entre ellos y tocó el estrecho puente con aspecto de lengua con la punta de una bota. Se giró muy poco a poco para analizar las grietas que formaban las máquinas que los rodeaban. Cuando terminó, volvió a mirar a Holden y le dedicó una sonrisa débil e impertérrita. Holden se dio cuenta de que también tenía la mano cerca del arma.

—Ha venido solo —dijo Murtry—. Lo mejor que podría haber hecho es dejar a alguien a la vista y esconderse detrás del objetivo.

—Eso es lo que ha hecho usted, ¿verdad? —preguntó Holden. Intentó imitar el tono despreocupado y natural del hombre y, a su juicio, no lo hizo nada mal.

—Ha funcionado —respondió Murtry, asintiendo—. ¿Y ahora qué?

—Lo mismo me pregunto yo.

—Bueno —continuó Murtry con un encogimiento de hombros casi imperceptible—. Yo tengo que cruzar y detener lo que quiera que estén tramando. La doctora Okoye creía que iba a desactivar el sistema defensivo.

—Eso mismo —respondió Holden—. Es lo que voy a hacer. Se llama salvar gente.

Murtry asintió, pero se quedó en silencio un instante. Holden esperó a que desenfundase el arma. La distancia que los separaba, el abismo, solo era de cinco metros. Una distancia muy cómoda para disparar, que podía

complicarse al ver que tu adversario también tenía las mismas intenciones. Había buena luz, y Murtry no llevaba casco. ¿Convendría arriesgarse a pegarle un tiro en la cabeza? La armadura del hombre de ECR parecía muy deteriorada. Holden sospechó que los impactos que veía en ella había sido obra de la escopeta de Amos. Dispararle al pecho era más fácil, pero también cabía la posibilidad de que el daño de la armadura fuese superficial y la pistola no sirviese para mucho.

Murtry le guiñó un ojo, y de repente Holden sintió que el hombre le leía la mente mientras él discurría la mejor manera de matarlo.

—No puedo dejar que se salga con la suya —afirmó. Se encogió de hombros, casi como si se disculpase—. El lugar pertenece a ECR por contrato. No tiene permiso para estar aquí.

Holden negó con la cabeza, incrédulo.

—Está loco. Si no hago nada, las naves caerán del cielo y todos moriremos.

—Puede. Puede que muramos o puede que encontremos la manera de sobrevivir. Sea como fuere, ECR sigue siendo propietaria de este lugar. — Murtry hizo un gesto para abarcar el lugar con la mano que no tenía cerca del arma—. Esto tiene un valor de cientos de miles de millones si permanece intacto. Hemos realizado avances científicos increíbles solo observando los anillos. ¿De qué seríamos capaces con una tecnología que aún funciona? Esta es la razón por la que vinimos a este lugar, capitán. Y no va a ser usted quien decida lo que hacer con ella.

—Cientos de miles de millones —dijo Holden, que aún era incapaz de ocultar la incredulidad que emanaba de su voz—. Pues nunca he visto que un muerto pueda gastar dinero.

—Claro que sí. Lo llaman fundación o legado. Hay muchos.

—¿Ha hecho todo esto para dejar un legado?

La sonrisa de Murtry se ensanchó un milímetro.

—No —espetó—. He venido a conquistar un nuevo mundo. Y he hecho lo que había que hacer. Entiendo que a usted le parezca cruel e inflexible, pero es lo que requiere la situación. Las herramientas que hay aquí son las que nos permitirán seguir adelante cuando llegue la civilización. Sé que costará mucho labrarnos un futuro en esta nueva frontera, que habrá que hacer sacrificios y que derramar sangre, cosas que no haríamos en los lugares que ya están controlados y regulados. El problema es que usted cree que se puede conseguir con reuniones y ruedas de prensa.

—Me preguntó si los que están a punto de morir en la órbita de este planeta estarán de acuerdo con usted.

—Lo siento por ellos, de verdad, pero sabían el riesgo al que se exponían al venir a este lugar. Sus muertes no serán en vano —afirmó Murtry.

—¿Por qué no?

—Porque serán la prueba de que no cedimos ni un centímetro, de que vinimos a lo que vinimos sin importar las consecuencias. Esto no es algo con lo que la humanidad se pueda andar con chiquitas, capitán. El mismísimo Cortés quemó sus naves.

Holden rio con una mezcla de desdén e incredulidad.

—¿Por qué los hombres como usted adoran tanto las matanzas?

Murtry frunció el ceño. Un remolino de luces azules ascendió y cayó ante ellos como tierra que se agita en una calle desierta.

—¿A qué se refiere? —preguntó Murtry.

—Un tipo que conocí una vez intentó justificar sus decisiones comparándose con el mismísimo Gengis Kan.

—Y supongo que esa justificación no le convenció —dijo Murtry con una sonrisilla.

—No —aseguró Holden—. Y fue entonces cuando uno de mis amigos le pegó un tiro en la cara.

—Una respuesta muy irónica a la violencia necesaria.

—En aquel momento también me lo pareció.

Murtry extendió el brazo y se rascó la cabeza con la mano izquierda, y su pelo corto y grasiento se despeinó hasta formar una silueta que tenía cierto parecido con el caparazón de Miller. Una escultura llena de curvas y espinas. El jefe de seguridad se miró los dedos con asco y se los limpió en la armadura. Holden esperó. Detrás de él, empezó a rechinar un sonido parecido al de las cigarras en una tarde de estío.

—Bueno —zanjó Murtry—, voy a necesitar que cruce hasta aquí —dijo al tiempo que señalaba con la barbilla el abismo que los separaba. La mano derecha se movió un poco sobre el arma.

—No lo voy a hacer —aseguró Holden.

Murtry asintió, como si esperase esa respuesta.

—¿Va a arrestarme, sheriff?

—En realidad pensaba pegarle un tiro.

—En la cara, supongo.

—Si acierto, sí.

—Menudo cambio de idea más radical para un hombre que quiere controlar esta tierra fronteriza con mediación y reuniones —aseguró el jefe de seguridad.

—Qué va, no tiene nada que ver con eso. Elvi me ha dicho que acaba de matar a Amos. Por su frontera de mierda no mataría a nadie, lo tengo claro. Pero ¿por mi tripulación? Puede apostar que sí.

—Dicen que la venganza no lleva a nada.

—Es la primera vez que lo hago —aseguró Holden—. Siento que mis decisiones carezcan de fundamento en este caso.

—¿Cambiaría algo si le dijese que su compañero no ha muerto? Aún seguía disparando cuando lo dejé en el suelo.

Holden sintió tanto alivio que estuvo a punto de doblársele el cuerpo. Si Murtry hubiese sacado la pistola y disparado en ese momento, todo habría acabado muy rápido. Pero Holden consiguió mantener la compostura y un gesto impasible.

—¿Está herido?

—Claro, eso sí. Y grave. Mató a una de los míos antes de caer. Para ser un hombre que pretende resolver los problemas sin violencia, viaja usted con gente muy peligrosa.

—Sí —aseguró Holden, sin poder borrar la sonrisa de su cara—. También es muy buen mecánico. ¿Y el otro? ¿Fayez?

—Inconsciente. Tampoco ha muerto. No conseguí acabar con él y su hombre volvió a disparar. Ninguno podía caminar, así que me largué.

Aquella discusión tan natural de por qué Murtry no había matado a Fayez hizo que a Holden se le helase la sangre.

—Este es el trato —anunció el de seguridad—. Yo le dejo cruzar a este lado para que pueda ir a salvar Amos, su compañero, y así evitar que esa cabeza de huevo se desangre. Tiene mi palabra de que no interferiré.

—Pero yo tendré que dejarle cruzar a este lado y así detener a Elvi de hacer lo que necesito que haga.

—Me parece un trato justo.

Holden dejó de apoyar la mano en la empuñadura del arma y la agarró. Giró el cuerpo y puso los pies en posición. Murtry le dedicó el inicio de un fruncimiento de ceño.

—No —espetó Holden, que esperó a que empezase el tiroteo.

—Bueno —dijo Murtry sin moverse ni un centímetro—. ¿Sabe lo que la gente siempre olvida sobre el nuevo mundo?

Holden no respondió.

—Que la civilización llega a los lugares con retraso, como las comunicaciones. Cuando volamos a este nuevo mundo, al ser civilizados pensamos que la propia civilización viene con nosotros, pero no. Lo que hacemos es construirla. Y mucha gente muere en el proceso. ¿Cree que el Oeste americano ya venía con ferrocarriles, oficinas de correos y cárceles? Son cosas que se construyeron y que costaron miles de vidas. Se construyeron sobre los cadáveres de todos los que había antes de que llegasen los españoles. Es inevitable. Y la gente que lo consigue es gente como yo. La gente como usted llega más tarde. ¿No ve lo que ha ocurrido? —Hizo un gesto con la mano izquierda para remarcar la situación en la que se encontraban ambos—. Esto ha pasado porque ha llegado demasiado pronto. Vuelva después de que yo haya construido una oficina de correos y hablaremos con más tranquilidad.

—¿Ya ha terminado? —preguntó Holden.

—Ha llegado el momento, ¿no? —dijo Murtry—. No hay salida, ¿verdad? Aunque no haya matado a su compañero.

—No sé si ha matado a Amos y a Favez. Quizá tenga razón con lo que dice sobre la frontera y yo no sea más que un imbécil ingenuo. Quizá todos y cada uno de los que se encontraban en este mundo se lo merecían y usted siempre haya tenido razón.

—Pero ¿hay gente en órbita y lo único que cuenta es que hay que salvarlos?

—Lo que iba a decir es: «pero es usted un gilipollas de campeonato» —respondió Holden—. Aunque lo que ha dicho también me sirve. No va a cruzar este puente.

—Bueno —dijo Murtry al tiempo que cambiaba de posición y entornaba los ojos. El chirrido se hizo más patente. Debajo de ellos, las luciérnagas de la protomolécula se agitaban y oscilaban—. Bueno.

Holden le dedicó una sonrisa. Luego dijo, imitando el acento de Alex:

—Venga, Black Bart. Sabías que esto iba a terminar así, enmascarado.

Murtry rio.

—Es usted muy...

Holden disparó.

Murtry se tambaleó, se agarró el pecho e intentó desenfundar la pistola. Holden le disparó una segunda vez en el brazo derecho. Intentó apuntar al codo, pero solo consiguió darle en el bíceps. Le servía igual. Murtry soltó el arma en el puente delante de él. Cuando el empleado de ECR se puso de rodillas para intentar cogerla con la mano izquierda, Holden le disparó en la

pierna. Murtry se abalanzó hacia delante sobre el puente, y la pistola se deslizó a las profundidades del abismo. El jefe de seguridad se giró a un lado y también estuvo a punto de caer, pero consiguió sostenerse con la mano izquierda en la maraña de cables y evitarlo.

Todo había ocurrido en unos tres segundos.

Holden se acercó a él mientras aún se perdía en la distancia el eco del último de los disparos. La extraña configuración del puente se aferraba a las plantas de sus pies. Murtry se aferraba a los cables con la mano buena y la cara constreñida por el dolor, pero aún fue capaz de dedicarle una sonrisa burlona.

—¿Tiene los cojones de terminar con esto, chico? —preguntó—. ¿O dejará que sea la gravedad la que lo haga?

—Ah, no —respondió Holden, que agarró la muñeca izquierda del jefe de seguridad para soltársela y dejarlo colgando de su mano—. No voy a matarlo. Al menos hasta que sepa con seguridad lo que le ha ocurrido a Amos.

Holden cruzó al otro lado del puente y tiró del hombre de ECR hasta que le dejó el torso por encima del borde. Murtry consiguió terminar de subir con la mano buena.

—¿Y luego qué? —consiguió preguntar tumbado bocarriba junto al pozo mientras intentaba recuperar el aliento. Debajo de su brazo derecho y de su pierna izquierda se empezaban a acumular sendos charcos de sangre.

—Pues lo llevaré de vuelta —aseguró Holden al tiempo que se agachaba junto a él y le daba varias palmaditas amistosas en la frente—. Acabaré con su imagen pública y habrá canales de noticias que cuenten la verdad de todo. Luego lo meterán en un agujero tan profundo que todo el mundo se olvidará de su existencia. No habrá gloria ni fama para usted, Cortés. En esta ocasión, Moctezuma no quedará impresionado por su palo de fuego.

—Todas mis acciones estaban previstas por el contrato de la ONU —aseguró Murtry—. He actuado con responsabilidad para proteger a los empleados y la inversión de Energías Carta Real.

—Claro —dijo Holden al tiempo que sacaba un botiquín y empezaba a aplicar unas vendas en las heridas por las que se desangraba Murtry—. Me alegra ver que ya empieza a pensar en su defensa legal. Eso sí que es adelantarse a los acontecimientos. Los abogados estarán encantados. ¿Quiere oír la mía?

—Claro —aseguró Murtry, que empezó a palparse la herida del brazo. Hizo una mueca, pero dejó de salirle sangre.

—La persona más poderosa de la Tierra me debe un favor, y voy a decirle que es usted un gilipollas que ha hecho todo lo posible para hacerla quedar mal. Por ahora no tengo el plan muy desarrollado, pero creo que tiene potencial.

—¿Eso es la justicia para usted?

—Eso parece.

Murtry abrió la boca, pero lo que quiera que fuese a decir quedó ahogado por el caótico estallido de la fábrica que tenían alrededor. Una avalancha de luciérnagas azules surgió del abismo que había junto a ellos y después se abalanzó por el lugar para desaparecer por los pequeños conductos de las paredes. A su alrededor, la cacofonía de las enormes máquinas al activarse inundó el lugar. Algo salió volando de entre las sombras y flotó a ras de la cabeza de Holden, que se tiró al suelo junto a Murtry sin percatarse de la ironía de usar su cuerpo para proteger a un hombre al que acababa de disparar tres veces.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el de ECR.

—Elvi —aseguró el capitán—. Ha sido Elvi.

Elvi

—Sí —aseguró Miller con tono satisfecho—. Tengo un plan, pero voy a necesitar tu ayuda. Tengo que acercarme todo lo posible a esa cosa, sea lo que sea. Tú eres capaz de verla y yo no, por lo que depende de ti.

—De acuerdo —aceptó ella—. Y... ¿qué vas a hacer?

El robot hizo un gesto de indiferencia con las extremidades.

—Cada vez que nosotros... que yo... bueno, ya me entiendes. Cada vez que algo llega a este lugar, muere. Esa cosa ha acabado con redes como en la que me encuentro. Voy a tener que conectarme a tantas cosas de este planeta como pueda y llevarlas a... ahí. Voy a destruirla. A sobrecargar su sistema.

—Pero eso también acabaría contigo, ¿verdad?

—Supongo que sí. Es lo que tiene usar herramientas tan complicadas. A veces uno encuentra cosas que no vienen solas.

—No entiendo nada —aseguró Elvi.

—Me creó para encontrar algo que estaba perdido —explicó Miller—. Y resulta que también soy una buena herramienta cuando mi muerte sirve para algo. No te preocupes, no es la primera vez. Venga, acércame lo máximo que puedas a lo que quiera que sea esa cosa. No quiero tocarla, ojo. Como lo haga antes de estar conectado a todo lo demás, estoy seguro de que estarás bien jodida.

—De acuerdo —dijo Elvi, que se cambió de posición para ver al mismo tiempo al robot y a la oscuridad—. Gira unos treinta grados a tu izquierda.

El robot se movió con la velocidad y la brusquedad de un insecto asustado.

—Tienes el límite a medio metro delante de ti. ¿Por qué tienes que estar cerca?

—Bueno, ¿sabes esa cosa de la que formo parte? Puede que no tenga consciencia, pero no es estúpida. Cuando haga esto, todas las herramientas que forman parte de ella sabrán lo que va a ocurrir y puede que no estén de acuerdo con desconectarse de esta manera. Sea cual sea su objetivo, le gusta seguir existiendo hasta que termine de hacer lo que tiene que hacer. Es un superviviente. Digamos que yo estoy al otro lado de esa balanza.

Elvi creyó notar una sonrisa en la voz del alienígena. ¿De dónde había salido? ¿De las costumbres y patrones del cerebro de un muerto? ¿O ese fatalismo era positivo para expandirse por el espacio? ¿Sería que el universo hacía evolucionar los ojos, las alas, los órganos sensoriales y la alegre pesadumbre ante una muerte anunciada al mismo tiempo?

—Venga —dijo Miller. El robot se movió, se agachó y se preparó para saltar hacia delante—. A la de tres. Dos. Uno.

Sintió el impacto como si volviese a encontrarse en la lanzadera pesada al caer. El mundo de Elvi se contrajo hasta un pequeño hueco de su cráneo y luego fue expandiéndose otra vez de manera lenta y dolorosa. Se esforzó por incorporarse y mirar a su alrededor. Intentó pensar. ¿Había explotado Miller? La cacofonía que emitía el metal al retorcerse y la virulencia de todo lo que la rodeaba la dejó sin fuerzas.

Estaba apoyada en la pared. A su alrededor, los mecanismos habían empezado a salir de los nichos. Muchos de ellos se caían al suelo y se aferraban con las patas a las paredes sin la fuerza suficiente para detener la caída. Aterrizaban y empezaban a arrastrarse formando un círculo entre espasmos, como insectos que mueren envenenados. El ambiente había quedado ahogado por el chirriar de sus articulaciones. Tres máquinas enormes habían agarrado al Millerbot y lo golpeaban mientras él gritaba «mierdamierdamierda». Uno de los atacantes se aferró a una de las garras de Miller, tiró y le arrancó la extremidad bajo una lluvia de chispas y fluidos resplandecientes. No iba a sobrevivir. Imposible.

Una pequeña máquina alada que tenía un borde azulado alrededor de lo que parecía un pico afilado como un cuchillo se abalanzó desde las alturas, atravesó la oscuridad, cayó entre repiqueteos y rodó por el suelo. Elvi corrió hacia ella y la cogió. Era ligera como para cargar con ella, alargada y afilada por la parte delantera. Con un gruñido, la mujer cargó contra las máquinas que empezaban a apilarse sobre Miller. El impacto hizo que le doliesen las manos. Algo la golpeó por la espalda y el mundo volvió a contraerse, pero repitió el ataque con todas las fuerzas que le quedaban.

Una de aquellas máquinas enormes se apartó de Miller para mirarla y extendió las garras, que medían unos tres metros cada una. Elvi dio un salto hacia atrás, cayó y empezó a gatear de espaldas. La oscuridad maléfica y latente del punto ciego se encontraba a su izquierda, y gateó alrededor para que quedase entre ella y aquel enorme atacante.

El robot se abalanzó contra ella agitando las garras como si fuesen cimitarras, pero cuando llegó al borde de la oscuridad cayó al suelo, inactivo. La propia inercia del movimiento hizo que su cadáver saliera despedido por los suelos, y las patas y garras se agitaron inertes al unísono. Los chirridos de la estancia se quedaron en silencio. La atención de los artefactos se volvió hacia ella. Elvi puso un pie en el monstruo caído, levantó los puños y gritó. Miller se retorció, levantó la garra que le quedaba y atravesó con ella el cuerpo de una de las dos máquinas que seguían a su lado. Volvió a oírse el chirrido, más fuerte que antes. El propio sonido parecía un ataque por sí mismo, uno que no dejaba de ensordecer y dejar sin equilibrio a Elvi.

Se encontraba en medio de una catarata invisible, una tormenta eléctrica, una tempestad. La adrenalina había hecho que se sobrepusiera a su enemigo caído, y luego empezó a rodear de nuevo el punto ciego. Otra de las máquinas cayó de uno de los nichos de las alturas y se destrozó contra el suelo ante ella. La pisó mientras se retorcía. El único de los atacantes que aún estaba del todo funcional se acercó a Miller y sus garras atravesaron el caparazón del Millerbot. Mientras Elvi se acercaba, la cosa intentó girarse hacia ella. La garra aún seguía dentro del cuerpo de Miller y emitía un sonido chirriante. La pinza que le quedaba al Millerbot se aferró alrededor de la muñeca del otro robot y lo atrajo hacia él para enterrarla aún más en su cuerpo. Del cuerpo de Miller surgió un líquido viscoso que llenó el ambiente con el hedor ácido del petróleo. Elvi cogió un pedazo de una de las patas de robot rotas y golpeó con ella al asaltante de Miller, lo que levantó varios chispazos. Los golpes solo servían para confundir a esa cosa. No podía hierla igual que tampoco podía volar ni sostener las naves que caían hacia la atmósfera con su fuerza de voluntad. Pero hacerla titubear fue más que suficiente.

Miller se metió bocarriba debajo del atacante. Cuatro de las seis patas articuladas empezaron a escarbar en el chasis del robot. En el vientre. No sabía muy bien cómo llamarlo. La garra que le quedaba libre al atacante descendió hacia uno de los costados de Miller y levantó chispas y esquirlas de metal, pero fue incapaz de darle el golpe de gracia al Millerbot ahora que estaba debajo.

Un robot de extremidades escuchimizadas se escabulló por la pared abierta y corrió hacia la batalla. Elvi lo agarró al pasar y lo tiró hacia el punto ciego. El enchapado del vientre del atacante empezó a desmontarse y Miller metió la garra hasta el fondo. El líquido apestoso y desagradable empezó a brotar con fuerza. Era una muerte horrible, lenta, violenta y nada poética. Elvi se acercó cuando el atacante dejó de moverse. El robot muerto estaba encima de Miller. Los vapores del charco de líquido que tenía alrededor hicieron que a Elvi le llorasen los ojos.

—Bueno, podría haber ido mejor —dijo Miller.

—¿Ha funcionado? ¿Estás conectado?

—Sí —aseguró Miller—. Pero no sé si lo conseguiré. Hay otra oleada de esas cosas en camino y no sé cómo voy a salir de aquí.

Elvi puso el hombro bajo el robot muerto y empujó con todas sus fuerzas. Le dolieron los tendones del cuello. Se los imaginó restallando. Se esforzó al máximo. No le quedaba nada por lo que sobrevivir. No esforzarse al máximo era desperdiciar recursos, ya que no le esperaba futuro alguno. Gritó debido al esfuerzo físico.

El robot no se movió un milímetro.

Cayó de rodillas. Miller sacó la garra con un gruñido y la puso con cuidado sobre el brazo de la mujer. Habló con voz distante, ahogada. Palabras que parecían salir de una tumba.

—Vale, esto va a ser complicado —dijo—. Voy a necesitar que me hagas un último favor, chica. No tenemos mucho tiempo antes de que lleguen.

—Claro —dijo ella—. Lo que sea.

—Bien. Sepárate un poco. Voy a quitarle el seguro a esta cosa.

Dio varios pasos atrás. El cieno del suelo llegaba hasta los tobillos y le manchaba los pantalones. Se oyó un siseo similar al del vapor al escaparse por un agujero. Luego, un chasquido carnoso y grave que marcó el instante en el que las placas y el enchapado del cuerpo de Miller cayeron al suelo. Lo que había encima de él rodó a un lado y cayó inerte.

Elvi se puso de pie sobre el cadáver de Miller. Tenía el aspecto de un insecto gigante aplastado por un enorme pie. Los chirridos del lugar se convirtieron en aullidos.

—¿Qué hago ahora? —gritó Elvi—. ¿Qué se supone que tengo que hacer?

La voz de Miller surgió de las profundidades del cuerpo destrozado que había a los pies de la mujer.

—Aquí dentro hay una unidad. Tiene un metro de largo, es de un azul resplandeciente y cuenta con una hilera de siete... no, ocho puntos por uno de

los costados. Necesito que la saques.

Elvi dio un paso al frente. La carcasa del robot estaba llena de puñaladas y bordes aserrados. Se cortó las manos al introducirlas en el interior y le escocieron las heridas al entrar en contacto con los fluidos del robot.

—No me gusta ser pesado —anunció Miller—, pero también tienes que darte prisa.

—Eso intento —aseguró ella.

—Lo digo porque vienen más tipos malos y están más cerca de lo que me gustaría.

—Vale, lo tengo —anunció Elvi—. Está justo aquí.

—Bien, buen trabajo. Ahora necesito que la cojas y entres en el punto ciego.

El objeto azul tenía la forma de una almendra alargada. La superficie era lisa y suave. La cogió, tiró, gruñó y, cuando empezaba a jadear, cedió un poco.

—No me jodas —dijo Elvi.

—Puede que sea un poco pesada —explicó Miller.

—Pesa como noventa kilos.

—Lo siento mucho, pero tenemos que entrar en el punto ciego ahora mismo. Intenta meter los brazos por debajo y levántala haciendo fuerza con la espalda y las piernas, como si fuese un bebé.

—Un bebé de wolframio por lo menos, joder —murmuró Elvi.

—Exageras —dijo Miller mientras ella metía la mano debajo de esa cosa.

—No puedo tirarlo. Tengo que entrar cargándolo.

—No pasa nada.

—¿Eso no me matará al entrar?

Se oyó un nuevo sonido que se elevó por encima de los chirridos. Un grave retumbar que parecía salir de un tambor gigantesco. No quería pensar qué era lo que podía emitir un ruido así.

—Si te digo que sí, ¿dejarás de hacerlo?

Elvi se preparó, envaró la espalda y colocó la cosa azul a la altura de la cintura. Agachó la cabeza para intentar coger aire.

—No —aseguró, sorprendida por la respuesta incluso mientras la pronunciaba—. Lo haré igual.

—Pues a lo mejor. No lo sé.

Elvi dio un paso atrás con esa cosa (Miller) a la altura de los muslos y las manos metidas debajo. Empezó a sentir que se le resbalaba a un lado. Si la soltaba ahora, no creía que fuese capaz de volverla a levantar. El retumbar se

oyó más cerca. Elvi arrastró las piernas. Le dolían las rodillas. Sentía un dolor lacerante que le recorría toda la espalda. Consiguió levantar y apretar la cosa contra el pecho, no sin gritar de dolor.

—Lo estás haciendo genial, chica. Lo estás haciendo genial. Tú puedes. Solo un poco más. Pero no pares.

No daba pasos al frente. Se limitaba a arrastrar los pies uno detrás del otro mientras cambiaba de lado el peso de su cuerpo. El suelo resbalaba tanto como el hielo. Casi no había fricción. Volvió a oír el retumbar, tan cerca que la estancia tembló por el sonido. Centró la vista en la oscuridad del punto ciego y avanzó. Otro paso. Otro. Otro. Estaba muy cerca. Le ardía la espalda. Tenía los brazos entumecidos. Sentía tan poco los puños que parecían los de otra persona, como si estuviesen unidos a ella por pura casualidad.

Un enjambre azul y plateado atravesó el arco de la puerta y flotó hacia ella como si fuese una nube de moscas. Elvi siguió, se resbaló y cayó hacia delante...

La analogía más parecida, esa que su cerebro no dejaba de imaginar y rechazar para imaginarla y volverla a rechazar, era caer a un lago. Estaba frío, pero no sentía. Notó un olor fuerte y margoso, a naturaleza y a podredumbre. Era consciente de su cuerpo, de su piel, de su sistema nervioso y de la manera en la que se le había revuelto el estómago. Era consciente de los nervios que ardían en su cerebro mientras tomaba conciencia de los nervios que ardían en su cerebro. Se descompuso mientras ella misma contemplaba cómo dicha descomposición tenía lugar. De todas las bacterias de su piel y de su sangre, de los virus que recorrían sus tejidos. La mujer que antes era Elvi Okoye se convirtió en un paisaje. En un mundo al que ella cayó aún más.

Las células se convirtieron en moléculas, incontables, complejas y variadas. Empezó a dejar de distinguir lo que había a su alrededor. Tan solo veía una comunidad de moléculas que se agitaban para conformar una gran danza. Luego, los átomos que conformaban las moléculas se separaron, y ella se convirtió en aire. En una neblina. En un pequeño conjunto de paisajes e interacciones en un vacío tan perfecto como el del espacio. En una vibración que recorría la nada.

Rodó a un lado. Algo le dolía. Le dolía todo, y era un dolor interesante. Uno que, más que angustia, le hacía sentir curiosidad. Elvi respiraba. Podía sentir cómo el aire atravesaba su garganta para llegar a la compleja red de suaves cavernas que había detrás de sus costillas. Era una sensación extraña pero agradable. Siguió deleitándose en ella hasta que se percató del paso del tiempo. Que discurría. Eso significaba que los ganglios basales, el cerebelo y

el córtex cerebral volvían a funcionar. Se sorprendió, pero era una sensación distante. Abrió los ojos y contempló la nada.

Sostenía algo como si fuese muy preciado para ella. La cosa azul. Miller. Pero ya no era azul. Se había convertido en la oscuridad que la rodeaba. La soltó y se sentó. A su alrededor solo había silencio. El grave tamborileo había cesado. También los chirridos. Oyó su respiración. Cómo la sangre le corría por las venas. Unos segundos después, sacó el terminal portátil del bolsillo, subió al máximo el brillo de la pantalla y lo usó de linterna.

Todos los artefactos de Nueva Terra habían quedado desactivados a su alrededor. Las patas que acababan en cuchillos estaban inertes. Unas garras gigantescas e inhumanas que parecían hechas de piedra. Las rociadas de salpicaduras plateadas que inundaban el suelo marcaban los lugares donde había caído la maraña de pequeños mecanismos, millones de cuerpecillos que se habían desconectado al mismo tiempo. Todo tenía una tonalidad grisácea.

Se incorporó y se giró a un lado de mala gana. Estaba allí. Negro y resplandeciente por los bordes. Sintió una punzada de un temor casi sobrenatural. Pensaba (o esperaba) que hubiese desaparecido. Fuera lo que fuese, lo había atravesado. Esa cosa la había destrozado y ella había conseguido volver a recomponerse al otro lado. La había salvado, pero en toda su vida ella no había visto nada que le diese tanto pavor como esa oscuridad tan compleja.

Se apartó y sintió que le dolían las piernas. Se puso en pie. Se dio cuenta de que lloraba, aunque no sabía muy bien la razón. Sintió hambre, pavor, alivio, euforia y un miedo atroz. La situación la había superado, pero ya había pasado.

Oyó una voz humana y distante. Era la de Holden.

—¿Elvi? ¡Elvi! ¿Estás ahí?

—Estoy aquí —gritó.

—¿Lo hemos conseguido?

Elvi respiró hondo. Dos veces.

—Sí —afirmó—. Lo hemos conseguido.

Interludio

El investigador

... se comunica se comunica se comunica...

Ciento trece veces por segundo. Se comunica e informa de que ha terminado la obra. Si algo aceptase el informe, podría parar. Nunca parará. No siente frustración ni miedo. Siente que el investigador se mueve dentro de él y a su alrededor. El investigador sobrepasa sus límites. Intenta matar al investigador. No lo consigue. No siente angustia por el fracaso. Y se comunica, se comunica, se comunica...

El investigador mira en el interior del ojo de la muerte, pero no puede verlo. Él lo sabe, y es suficiente. Siente placer y remordimientos porque son parte del patrón. Dice un nombre: Julie. Recuerda coger a una mujer de la mano.

El investigador se comunica, se extiende. Se amplía como una inhalación eterna e infinita y se extiende para rellenar todos los lugares que puede alcanzar, los lugares a los que han llegado. Los lugares que existen. Se comunica se comunica se comunica. El chasquido de la pata de un insecto, una chispa que cierra un hueco durante toda la eternidad. El investigador lo siente y lo abarca. Las cicatrices se comunican, las otras mentes. Algunas están asustadas; otras están perdidas en sueños que han experimentado desde hace años; otras, agradecidas. Cantan al investigador, también lo acusan, imploran con él o gritan. Son conscientes y están desvalidos como lo han estado siempre. El investigador los toca de la misma manera que lo toca todo. Les dice que no se preocupen. Que es él quien lleva las riendas.

«No os preocupéis —dice—. Estaremos bien».

El investigador se ajusta el sombrero. Desearía beber una cerveza. Le gusta esa mujer. Elvi se llama. Desearía tener un poco más de tiempo para

conocerla. Desearía tener un poco más de tiempo. No le importa. Ha muerto un millón de veces desde su muerte. El vacío ya no tiene misterios para él.

Se conecta, y el investigador se convierte en el mundo. Lo siente en todas partes. En las bases orbitales, en los núcleos de energía de las aplastantes profundidades del océano, en las cámaras acorazadas de las bibliotecas donde habían vivido los antiguos, en las estaciones de señalización de las alturas de las montañas, en las ciudades que se encuentran enterradas a gran profundidad en la tierra. Él es el mundo.

Al final tiene lugar una contienda. Siempre hay una contienda al final. No está asustado y, por todo el mundo, el resto tampoco lo está.

«Eres como Peter Pan —dice ella—. Cuando moría un niño, Peter Pan también perdía una parte de su ser. Así conseguía que no estuviesen tan asustados».

«Qué raro. ¿Y eso es un cuento infantil? Sea como fuere, no es como yo —responde el investigador al tiempo que le dedica una sonrisa. Le sujeta la mano—. No me van las medias tintas».

... se comunica se comunica se comunica hasta que deja de hacerlo.

Havelock

Azul. Eso es lo que olvidaba siempre, aunque seguro que lo tenía en las zonas más recónditas de su memoria. Un cielo de color celeste, aunque después de pasar unos años en una estación o en una nave, era uno de esos detalles que siempre se le escapaban. Ni siquiera sabía que se había olvidado hasta que se encontró en una situación como esta. Se apoyó en el bastón y levantó una mano para cubrirse los ojos y mirar la amplitud del cielo azul a través de la capa de nubes verduzca y grisácea.

—Es bonito, ¿verdad? —preguntó la mujer. Se llamaba Lucia. La doctora de Primer Aterrizaje. La mujer de Basia. La madre de Felcia y Jacek—. Hace que a uno le den ganas de quedarse.

—No —aseguró Havelock—. Pero sí que hace que me den ganas de estar en casa.

—Si vivieses aquí... —empezó a decir la mujer.

—Imposible —respondió él. Luego rio entre dientes.

La *Rocinante* estaba posada en el suelo embarrado detrás de él, más o menos en la ubicación donde antes se encontraba la plataforma de aterrizaje. Cuando había plataforma de aterrizaje. Ya no quedaba nada. Ni las casetas científicas ni los edificios de Primer Aterrizaje ni la mayor parte del equipo de minería. Todo había quedado limpio y vacío. Los únicos lugares donde el suelo se veía erosionado eran aquellos por los que habían discurrido las riadas y que ahora estaban secos.

Las puertas de la bodega de la *Roci* estaban abiertas. Hombres y mujeres descargaban cajas de plástico llenas de suministros y equipo que luego apilaban en el suelo llano. Vio que Naomi les daba instrucciones y los coordinaba con un traje espacial puesto. Alex y Basia estaban en un pequeño andamio que habían montado junto a la nave y los acompañaba el otro (Amos

Burton, creía que se llamaba). Los tres se dedicaban a comprobar los daños y a planificar qué reparaciones podrían llevar a cabo en el dique seco más antiguo y peor equipado de la humanidad. La mano derecha del grandullón calvo estaba cubierta por un revestimiento médico y su frustración se podía sentir en la manera en la que movía los brazos y levantaba los hombros.

—¿Estás listo? —preguntó Lucia.

—Cuando quieras —respondió Havelock—. Yo lo estoy.

Caminaron juntos hacia la primera pila de cajas. Havelock sacó el terminal portátil, y Lucia sacó uno de los que les habían dejado. Ahora era suyo. Empezaron a marcar las facturas de embarque de las cajas para que quedase registrada la ayuda que recibían y aceptaban.

Se suponía que tendría que haber muerto hacía tres semanas. Su cuerpo debería haberse convertido en una oleada de átomos y moléculas complejos ionizados que flotaban en algún lugar de la exosfera de Ilo. La *Israel* debería haber estallado antes que él.

Cuando ocurrió, Havelock se encontraba en la enfermería, drogado por el automédico y con medio litro de sangre artificial fluyendo por sus venas. Aún recordaba los amarres que lo ceñían al asiento médico, el suave chirrido del frío brazo mecánico, la gélida oleada de fluidos que penetraron en su cuerpo. Sintió los labios y la lengua helados y adormecidos, pero Alex le había asegurado que era normal. Basia había entrado en la nave, con un aspecto terrible, y luego había vuelto a salir para limpiar los últimos restos de cable que quedaban y que aún seguían unidos a la *Rocinante*.

A Havelock le pareció oír que Alex decía que no iba a servir para nada.

—Supongo que es de esa clase de personas —dijo el piloto—. Esos a los que no les gusta dejar las cosas a medias.

—Es cinturiano.

—Sí —accedió Alex—. Suelen ser así.

Sonó el terminal portátil de Alex y el piloto frunció el ceño.

—¿Capi? ¿Eres tú?

La voz que salió del altavoz sonaba como la de James Holden, pero más ronca. Como si hubiese gritado mucho.

—¡Alex! Enciende el reactor.

—No sé si va a ser posible, capi —respondió el piloto.

—He desconectado la red defensiva. Creo que se ha apagado todo. Comprueba que puedes encender el reactor.

El gesto de Alex se quedó inerte, muy sereno. Dejó a un lado el humor negro, la máscara de valentía con la que había ocultado el miedo a la muerte. Havelock lo comprendió porque él acababa de sentir la misma oleada de esperanza y también el miedo de que dicha esperanza se tornase en decepción. Sin mediar palabra, Alex se impulsó hacia uno de los ordenadores de la enfermería y abrió los controles de la sala de máquinas. Havelock apretó los puños hasta que le dolieron y se esforzó para no interrumpir a Alex con la pregunta de si había funcionado.

—¿Funciona?

—Creo que... sí —respondió el piloto, que luego se giró hacia el terminal portátil—. Tenemos energía, capi. Hay algún que otro error de diagnóstico, pero estoy seguro de que se deben al meneo que nos han dado. Pondré a Naomi y a Basia a echarles un vistazo y no creo que tengamos problema para que la nave vuelva a la normalidad. Sería genial que Amos estuviese con nosotros.

—A Amos también le han dado un buen meneo —aseguró Holden. Havelock sintió la sonrisa que había tras esas palabras.

—¿Está bien?

—Le van a hacer falta unos dedos nuevos.

Alex se encogió de hombros.

—No será problema. Bueno. Dame unos días y podré bajar la *Roci* a la superficie para meter al grandullón en la enfermería.

—No hay prisa —dijo Holden—. Tómame tu tiempo y asegúrate de que todo funciona. No podemos permitirnos más problemas.

—Siempre va a haber problemas, capi. La vida es así.

—Vamos a intentar evitarlos hasta que nos hayamos recuperado del último, ¿vale? ¿Puedes ponerte en contacto con la *Barbapiccola* y la *Israel*? No quiero que muera nadie por no saber que ya se pueden volver a encender los motores. Y quizá también necesitemos usar la lanzadera de la *Israel*, si podemos convencerlos para que nos la presten.

—Puede que también necesitemos hacer algún que otro interrogatorio —anunció Alex—. Las cosas han estado moviditas por aquí. Pero primero me aseguraré de que todos encienden los reactores, ¿vale?

—Perfecto —dijo Holden—. Otra cosa, ¿podrías enviarnos algo de comida?

—Tan pronto como encienda la cocina —respondió Alex.

—Genial. Bien. Y Naomi... ¿está...?

—Todos estamos bien —aseguró Alex—. Todo irá bien.

Cuando Havelock y la doctora Merton había terminado de hacer inventario, un equipo de constructores ya había empezado a meter baterías en las unidades de fabricación y a medir los lugares en los que levantar las paredes. Refugios humanos de verdad. El principio de un nuevo Primer Aterrizaje. El equipo de construcción era voluntario y también mixto. Algunos eran okupas que habían llegado en la nave de refugiados. Otros eran algunos con los había embarcado Havelock. La división entre ellos aún existía en su mente, pero no parecía tener efecto alguno en la realidad. La destrucción de la lanzadera pesada y el tiroteo con la célula terrorista parecían acontecimientos que habían tenido lugar en otra época. Supuso que tendría que ver con la tormenta, con la ceguera, con las babosas mortales y con la moralidad, que nunca había llegado a abandonar del todo la situación. No era un modelo de comunidad en el que él confiase demasiado a largo plazo, pero les había funcionado en aquel lugar. Al menos por ahora.

Una mujer de piel negra y con una larga melena se separó del grupo. Le resultaba familiar, pero Havelock tardó unos instantes en reconocerla. El tiempo que había pasado en la superficie le había hundido las mejillas.

—Doctora Van Altricht.

—Llámame Sudyam —dijo—. Como todos.

—Pues Sudyam —dijo Havelock al tiempo que sacaba el terminal portátil—. Necesito que rellene unos documentos.

—Excelente —dijo ella al tiempo que se lo quitaba de las manos. Echó un vistazo demasiado rápido como para prestarle la atención necesaria al anexo del contrato. Firmó con el dedo en la parte inferior y pegó a la pantalla las huellas dactilares del dedo índice y corazón. El terminal portátil emitió un sonido, y ella se lo devolvió.

—Felicidades —dijo Havelock—. Ahora es la líder de campo oficial del equipo de investigación de ECR.

—Y me temo que también es un trabajo menos agradecido —dijo la mujer con una sonrisa en el gesto—. Ahora que ya es oficial, ¿podría decirme cuándo recibiremos el equipo de repuesto?

—Una cápsula no tripulada se dirige a Medina a máxima velocidad —explicó Havelock—. Si la APE no se la apropia ni la incauta, debería llegar en unos seis o siete meses.

—¿Cree que hay alguna posibilidad de que la APE la detenga?

—En mi opinión, un setenta por ciento. Pero, sinceramente, no les haga mucho caso a los números. No suelen acertar.

La bioquímica negó con la cabeza, apocada.

—Bueno, veremos qué ocurre —dijo.

Durante la semana posterior al encendido de motores, la *Rocinante* y la *Israel* se habían visto envueltas en varias discusiones políticas muy delicadas. Los cinturianos de la *Barbapiccola* habían sido transferidos a la *Israel* como gesto simbólico de buena voluntad cuando era más que obvio que iban a morir de igual manera. Ahora que estaba claro que no, la cuestión de si eran refugiados, prisioneros o pasajeros de pago se había convertido en un problema. Marwick tuvo que decidir si iban a permanecer en su nave durante los dieciocho meses que duraba el viaje de vuelta a la estación Medina o si iban a intentar reubicarlos en la superficie. Tampoco ayudaba que, ahora que no había ninguna lanzadera disponible, la única manera de bajar a la superficie fuese la *Rocinante*. O un salto muy largo e incómodo.

Al final, la división estuvo muy igualada. La mitad de la tripulación de la *Barb* decidió quedarse con los colonos y los científicos en la superficie. Cerca de la mitad del personal de ECR que aún seguía en órbita decidió que, después de haber llegado tan lejos, se negaban a mirar la tierra prometida desde las alturas y decidió quedarse también en el planeta. De los equipos científicos que se encontraban en la superficie desde el principio, Vaughn, Chappel, Okoye, Cordoba, Hutton, Li, Sarkis y una docena más, solo Cordoba decidió salir del pozo y volver a casa, y al parecer tenía más que ver con aflicción provocada por una relación fallida que con el hecho de que el planeta entero había hecho todo lo posible por matarlos. Havelock no lo entendía, pero tampoco tenía por qué hacerlo.

Cuando cayó la noche, las reparaciones de la nave ya estaban en marcha. El andamiaje y el casco resplandecían y se oscurecían entre chispazos de los soldados. El ocaso se había convertido en un enorme lienzo dorado, anaranjado, verde, rosado, gris, añil y celeste. Le recordó a las playas de la Costa Oeste de Estados Unidos, pero sin vendedores bloqueando el lugar y sin drones de anuncios murmurando sobre las bondades del consumismo. No le hubiese sorprendido ver una hoguera encendida y un corro de colonos sentados alrededor tocando guitarras y drogándose, pero sabía que las inundaciones no habían dejado nada capaz de arder y, de haber quedado algo en el planeta para cogerse un buen colocón sin sufrir mucho las consecuencias, seguro que lo hubiesen estado plantando o preparando en la *Israel*.

Entró en la *Rocinante* y se dirigió al catre que le había asignado Naomi. Era la primera vez que estaba en la nave y podía distinguir lo que era arriba y

lo que era abajo, y como en el espacio solía tener una orientación diferente, se dio cuenta de que en su mayor parte lo que pisaba eran las paredes. Los músculos destrozados del muslo y la pantorrilla se le regeneraban poco a poco, y puede que tuviesen que operarle otra vez la rodilla para cambiarle el cartílago. Eran unos problemas la mar de aceptables si tenía en cuenta todo lo que había pasado.

Cuando llegó al catre se puso a comprobar los mensajes personales. El que más temía había llegado a su bandeja de entrada. La familia de Williams había presentado cargos civiles y criminales contra él por la muerte del ingeniero. El representante del sindicato de Havelock ya había empezado a preparar el recurso y, para su sorpresa, ECR se había mostrado muy cooperativa. Esperaba que, cuando la *Israel* volviese a puerto en el Sistema Solar, todo se hubiese solucionado. Deseó poder enviar un mensaje a los familiares de Williams para pedir perdón. Para explicarles que se había limitado a intentar dejar el traje inactivo y que sentía muchísimo cómo había terminado todo. El abogado del sindicato le había pedido por favor que no lo hiciese. Ya habría tiempo cuando todo se hubiese resuelto por vía legal.

También había un mensaje del capitán Marwick, cuyo asunto rezaba CREO QUE LE DEBO UNA COPA y que contenía un enlace a uno de los canales de noticias más importantes. Havelock lo pulsó.

La mosca del canal apareció en la pantalla, pero en el centro de la imagen había algo insólito. Vio a la *Barbapiccola* balanceándose en el cable y abriendo las puertas, de las que surgieron unas burbujas de plástico de una redondez perfecta. Era como ver una flor que soltaba al vuelo sus semillas. Empezó a oírse la voz grave, agradable y tranquilizadora de un hombre que hablaba en su idioma pero con acento cinturiano.

—Hoy hemos recibido nuevas imágenes de la impresionante operación de rescate que tuvo lugar en Nueva Terra. Lo que ven son imágenes grabadas por la nave *Edward Israel* de Energías Carta Real mientras se evacuaba por completo el carguero *Barbapiccola*, que había quedado inutilizado. Para los que no se hayan enterado, todo esto ocurrió cuando las tres naves se vieron obligadas a usar únicamente la energía de las baterías y, cuando la *Barbapiccola* había perdido el control y estaba a punto de entrar en la atmósfera, los pasajeros y la tripulación al completo se trasladaron a la *Israel*, donde se les realizó un chequeo médico y se les prestó ayuda, todo bajo la supervisión del jefe de seguridad interino Dimitri Havelock.

La imagen cambió y apareció en la pantalla el vídeo del informe oficial que había enviado a ECR. Tenía el pelo despeinado alrededor de la cabeza,

como si fuese un cinturiano, y la voz sonaba muy aguda y quejumbrosa.

—El traslado se ha completado en menos de tres horas. Me gustaría elogiar en concreto al capitán Marwick por su ayuda diligente y profesional, sin la que habrían tenido lugar muchas bajas durante la operación.

El vídeo terminó, y Havelock rio. Solicitó una llamada con Marwick y el pelirrojo apareció en la pantalla casi de inmediato.

—Supongo que no nos van a despedir —dijo Havelock.

—Nos harán un desfile y todo, si es que se siguen haciendo esas cosas —dijo Marwick—. Ahora es cuando deberíamos empezar a pedir un aumento.

—Sí, un plus por peligrosidad —aseguró Havelock al tiempo que apoyaba la cabeza en el brazo.

—Somos los héroes del momento —continuó Marwick—, aunque tampoco es que allí tengan mucha idea de lo que ocurrió aquí en realidad. Es uno de esos casos que, aunque lo expliques con pelos y señales, siempre darán lugar a todo tipo de teorías.

—No pasa nada —dijo Havelock—. Qué más da. Voy a solicitar una lista de suministros al equipo de investigación. ¿Cree que hay algo que podamos darles?

—Depende —respondió Marwick—. ¿La *Rocinante* nos escoltará de regreso al Anillo?

—Eso creo —dijo Havelock—. Lo puedo confirmar.

—Si nos acompañan, quizá podría soltar algo más de lastre de la nave. No es mucho, pero a lo mejor podemos desmontar uno de los generadores de emergencia y soltarlo en la superficie. Y también biomasa para las cocinas.

—Creo que biomasa no necesitan. La doctora Okoye parece haber descubierto una manera de convertir la flora local en algo que, mediante otro proceso de transformación más, podría ser comestible. Tiene algo que ver con moléculas diestras, a saber a qué se refiere.

—De acuerdo. Bien por ellos —dijo Marwick—. Al final le dan ganas a uno de quedarse, ¿verdad? Por ver qué tal salen las cosas.

—Joder, ni de broma —negó Havelock—. No. Debería ver este lugar. Es pequeño, sucio y todo parece estar unido con pegamento instantáneo y gracia divina. También hay babosas que lo matarían solo con tocarlas. Me sorprendería que los lugareños sobrevivieran aquí un año más.

—¿En serio?

—Ya sea dentro de un mes, dos u ocho, algo tendrá que pasar. Fallará la hidroponía, habrá otra crisis como la del potingue comeojos para la que no habrá ningún tratamiento preparado o las lunas empezarán a atacar la

superficie. Joder, es que hasta podrían salirles alas a las putas babosas mortales. ¿Cómo sabemos de lo que serían capaces? Lo único que sabemos es que hay centrales de energía en el océano que tienen el tamaño suficiente para sacar el planeta de su órbita. O ahora que todo se ha desconectado puede que dicho reactor haya dejado de ser un problema. No sabemos nada de nada.

Marwick parecía desconcertado, pero asintió.

—Supongo que tiene razón.

—No, de lo que sí me dan ganas es de estar en la estación Ceres, en la Tierra o en Marte. ¿Sabe lo que tienen en Nueva York? Cafeterías que abren las veinticuatro horas y que sirven comida grasienta y café aguado. Quiero vivir en un mundo en el que existan esas cafeterías. En el que haya casas de apuestas. Uno en el que se pueda comprar comida tailandesa para llevar que no esté hecha con cosas que ya haya comido más de siete veces durante el último mes.

—Sí que suena paradisiaco —afirmó Marwick—. Pero no puedo evitar sentirme incómodo al pensar en dejar aquí a toda esta pobre gente si al final van a terminar muriendo por quedarse.

—Quizá no mueran —dijo Havelock—. No sería la primera vez que me equivoco últimamente. Y bueno, aquí también hay algunas cosas buenas. Tienen más científicos e ingenieros por metro cuadrado que en cualquier otro lugar del universo y les vamos a enviar todos los suministros que podamos.

—No parecen razones suficientes.

Havelock se incorporó un milímetro, y el asiento de colisión siseó y se movió en los cardanes.

—También se tienen los unos a los otros. Por ahora, al menos. Tiene que tener en cuenta que, cuando empezó todo esto, la gente estaba dispuesta a apuñalarse por la espalda y ahora están montando casetas juntos. Si no aparece ninguna nueva amenaza capaz de acabar con ellos, no tardará en haber niños nacidos en Nueva Terra tan pronto como la biología lo permita. Y no creo que los dos progenitores de esos niños hayan venido a este lugar en la misma nave.

—Bueno —dijo Marwick—. Me alegra comprobar que sean cuales sean los orígenes y los prejuicios de la gente, la humanidad aún puede permanecer unida ante la adversidad.

Havelock se encogió de hombros. Aún recordaba a Koenen, y a Williams flotando muertos a la deriva. A Naomi Nagata en la celda. Al ingeniero cinturiano al que no dejaban de orinarle en la taquilla. La lanzadera que había convertido en un arma. Dios, qué mal se sentía por Williams. Casi ni se podía

imaginar lo que hubiera ocurrido si hubiesen terminado por lanzar a la superficie la lanzadera bomba.

—A veces sí, a veces no. Quedó muy poco para que esta gente se arrancara el gaznate a mordiscos. Ese tipo de cosas suelen pasar. Por suerte, los que lo hacen no suelen terminar vivos y no son los que escriben los libros de historia.

—Amén —dijo Marwick riendo entre dientes—. Amén a eso.

Holden

La *Rocinante* había quedado muy afectada. La nave tenía toda una colección de perforaciones en el casco exterior de babor. Holden vio los puntos resplandecientes en los que Basia y Naomi habían reemplazado los propulsores dañados, pero no habían tenido tiempo ni materiales para tapar todos los huecos del casco, que eran la mejor prueba de las capacidades de Alex para pilotar la nave, ya que el marciano había sido capaz de aterrizar en la superficie con aquel destrozo y sin que explotase. Al menos uno de los armazones de los CDP estaba roto y estaba claro que no era seguro usar el arma que había en el interior. También había una enorme marca por la parte superior de la nave, donde según Naomi habían recibido el impacto de un misil improvisado.

Holden apuntó con ganas cada una de las reparaciones en la factura que le iba a pasar a Avasarala.

La *Rocinante* estaba en un lugar abierto y vacío que se encontraba a medio kilómetro del lugar donde antes se ubicaba Primer Aterrizaje. Ya habían empezado a erigir por el lugar las estructuras de las nuevas construcciones. La gente había empezado a construir sobre las ruinas del pasado, como siempre. Se habían perdido muchas cosas, pero las vidas eran lo más doloroso.

Como siempre.

Holden apuntó que el cono del motor también tenía una pequeña imperfección y luego se dirigió a la popa de la nave, donde una pareja de cinturianos montaban un refugio temporal a varios metros de distancia. Un hombre de treinta y pocos tiraba de un cable y una mujer enterraba los clavos en el suelo embarrado. Una segunda mujer estaba junto a ellos con una vara larga que seguro era para apartar las babosas que se acercasen demasiado.

—No podéis montarla ahí —dijo Holden, que se acercó a ellos haciendo aspavientos con las manos para que se marchasen—. Preguntadle a la administradora Chiwewe cuáles son los lugares permitidos.

—En este lugar no hay nadie —dijo el hombre—. Tenemos el mismo derecho que...

—Sí, sí. Me da igual dónde construyáis vuestro hogar. Pero en unas pocas horas esta nave va a despegar y os tumbará la caseta.

—Vaya —dijo el hombre, avergonzado—. Claro. Esperaremos a que os marchéis.

—Gracias. Que tengáis buena tarde. —Holden les dedicó un saludo y una sonrisa y se dirigió hacia Nueva Primer Aterrizaje.

Esas personas eran las mismas que estarían dispuestas a enfrentarse a ECR hasta la muerte para reclamar lo que era suyo. No iban a permitir que unos forasteros les diesen órdenes, pero la catástrofe al menos les había enseñado a respetar los vientos huracanados.

Cuando volvió al rectángulo con seis estructuras parcialmente construidas que llegaría a convertirse en la plaza de Nueva Primer Aterrizaje, Carol discutía de manera acalorada con alguien que llevaba un uniforme de ingeniería de ECR y con Naomi. Amos estaba junto a ellos y contemplaba el horizonte con una ligera sonrisa en el gesto. El equipo médico que llevaba en la pierna y en la mano le hacía parecer un cibernético. La venda que llevaba en el cuello le daba aspecto de pirata. De todas las personas que conocía Holden, Amos era al que mejor le quedaban las heridas graves. Favez estaba casi igual y no dejaba de cojear, aunque quizá lo hiciese para tener una excusa para ir colgado del hombro de Elvi Okoye.

Basia, Lucia y Jacek se encontraban a una distancia respetuosa de la discusión y se aferraban los unos a los otros como si sus vidas dependiesen del contacto humano.

—Me dan igual sus recomendaciones —comentaba Carol—. Quiero que seis de estas estructuras estén conectadas a un generador. Solo tenemos dos. Habrá que usar el otro para el resto de la ciudad.

—Estos son los edificios que más se van a usar —respondió el ingeniero—. Las cargas estarán al límite de...

—Venga, seguro que lo tienen en cuenta y no pasa nada —lo interrumpió Naomi—. Es lo que quiere la administradora, así que hazle caso.

El ingeniero puso los ojos en blanco y se encogió de hombros.

—Sí, señora.

—¿Todo bien? —preguntó Holden a medida que se acercaba.

—Como la seda, capi —respondió Amos—. Tranquilo como un gatito durmiente.

—¿Qué tal está? —preguntó Naomi acercándose a él mientras a su espalda la discusión volvía a reanudarse.

—Bastante hecha polvo.

—Hicimos lo que pudimos.

—Lo hicisteis genial —aseguró Holden al tiempo que la cogía de la mano—. Pero la próxima vez no dejes que te secuestren los malos.

—Oye —dijo Naomi con un atisbo de rabia fingida—. Me rescaté yo solita.

—Eso te quería preguntar. ¿Cómo conseguiste persuadir a tu carcelero para que se pusiese de nuestro bando?

Naomi se acercó un paso más y le dedicó a Holden una sonrisa.

—Estaba en prisión. Cuando uno está bajo tanta presión hace cosas que no haría normalmente. ¿Seguro que quieres saberlo?

—No me importa nada de nada —respondió Holden, que se limitó a tirar de ella para darle un abrazo. Naomi estuvo a punto de caerse contra él.

—Joder, no me sueltes —le susurró al oído—. Las rodillas me están matando. Otra hora más caminando con esta gravedad y voy a necesitar una reconstrucción de ligamentos.

—Venga, larguémonos de aquí.

Holden se separó de Naomi lo suficiente para mirar a Amos y luego le hizo un gesto con la cabeza hacia la *Rocinante*. El mecánico asintió, sonrió y empezó a recorrer la plaza para recoger su equipo.

—¿Nuestro prisionero sigue a bordo?

—Amos lo encerró en la enfermería hace unas horas —respondió Naomi, que se dejó caer aún más sobre Holden con un quejido.

—¿Puedes llegar a pie a la nave? —preguntó Holden.

—Sí. Venga, despídete.

Holden la soltó y miró un momento cómo cojeaba sobre sus piernas inestables para luego darse la vuelta y estrecharle la mano a Carol Chiwewe. Ella y el ingeniero de ECR habían empezado a discutir sobre tratamiento de aguas. Después de una breve despedida y de desearles suerte, se acercó a Basia y a su familia.

—Doctora —saludó a Lucia mientras le estrechaba la mano—. No habría sobrevivido sin su ayuda. Ni yo ni nadie. —Después estrechó la mano de Jacek. Y luego la de Basia—. Basia. Gracias por la ayuda con la nave. Y

gracias por intentar ayudar a Naomi. Eres muy valiente. Hasta siempre y que os vaya muy bien.

Las nubes de tormenta se agitaron y empezó a caer una ligera llovizna, como si el lugar se burlase de lo que acababa de decir. Holden sonrió.

—¿Qué? —preguntó Basia—. Pensaba que me ibais a llevar ante la...

Holden ya había empezado a alejarse, pero se detuvo y dijo:

—Trabajad duro. Me gustaría poder tomarme un buen café la próxima vez que venga a este planeta.

—Lo haremos —respondió Lucia. Holden oyó en su voz las lágrimas que empezaban a asomar por sus ojos y se entremezclaban con la lluvia.

No iba a echar de menos el planeta, pero sí a su gente. Como siempre.

Ya en la *Rocinante*, el despegue hizo que Holden se comprimiera contra el asiento de colisión, como si la nave le diese un abrazo de bienvenida. Tan pronto como llegaron a órbita baja, flotó fuera del asiento y bajó a la cocina por la escalerilla de la tripulación. Treinta y cinco segundos después, la cafetera había empezado a borbotear y el rico aroma del café recién salido inundó el ambiente. Se sintió un poco mareado.

Naomi entró flotando.

—El primer paso es admitir que tienes un problema.

—Lo admito —aseguró Holden—, pero acabo de pasar varios meses en un planeta que se dedicaba a intentar acabar conmigo todo el tiempo. Y me queda por delante un papeleo horrible, así que he decidido que me merezco tomarme un respiro para prepararme un café.

—Ponme uno a mí también —dijo Naomi, que se impulsó hasta la consola de pared y empezó a revisar informes del estado de la nave.

—Que sean tres —dijo Amos al tiempo que entraba en la estancia—. Tengo muchísimas cosas que arreglar porque al parecer os habéis dedicado a usar a la niña para hacer prácticas de tiro.

—Oye, hicimos lo que pudimos para... —empezó a decir Naomi, pero la interrumpió la voz que salió del panel de comunicaciones.

—¿Estáis haciendo café ahí abajo? —preguntó Alex desde la cabina—. Que alguien me suba una burbuja.

Mientras Amos y Naomi empezaban a preparar una lista con las reparaciones que podían llevar a cabo durante el largo viaje que les quedaba por delante para regresar a la estación Medina, Holden preparó cuatro grandes burbujas de café. No le importaba. Era muy reconfortante hacer feliz a los

demás con algo tan simple y doméstico. Para él, solo. Con dos de crema y dos de edulcorante para Amos. Con uno de crema para Alex. Con uno de edulcorante para Naomi. Les pasó las burbujas al terminar.

—¿Podrías subirle esta a Alex? —pidió a Naomi al tiempo que le pasaba una segunda burbuja.

La mujer notó algo en su voz y en su gesto que le hizo preocuparse y fruncir el ceño.

—¿Estás bien? —preguntó Naomi, que cogió las burbujas sin moverse. Detrás de ella, Amos cogió la suya con la mano herida y se marchó en dirección a popa hacia el taller, sin dejar de mirar la lista de tareas del terminal ni de quejarse entre murmullos de todo el trabajo que tenía que hacer.

—El papeleo que te había dicho.

—¿Puedo ayudarte con algo?

—Me gustaría hacerlo solo, si no te importa.

—Claro que no —dijo. Luego le dio un suave beso en la mejilla—. Nos vemos después.

Holden subió a la esclusa de aire y a la cubierta de la bodega y encontró una bolsa de autosellado en vacío, una pala y un traje con mochila extravehicular para reparaciones externas que incluía un soplete portátil. Se puso el traje y sus fuertes pisadas resonaron por la nave mientras se dirigía a la bodega.

Al lugar en el que suponía que descansaba Miller.

Esperó en la esclusa de aire de la bodega a que terminara el ciclo de apertura de las puertas exteriores, despresurizó el compartimento y entró. Si algo iba mal, si lo que quedaba de la protomolécula en la nave decidía defenderse, al menos estaría en el vacío y con la puerta de entrada a la nave cerrada. Selló la esclusa al entrar y le dijo a Alex que bloqueara el control local de la puerta hasta que él lo avisase y le pidiese abrirla. Alex aceptó sin cuestionarle.

Una vez dentro, Holden empezó a desmontar la bodega al completo.

Cinco horas y un recambio de oxígeno para el traje después, lo encontró. Era una pequeña masa amorfa que medía incluso menos que la punta del meñique de Holden y que estaba pegada a la parte inferior de un conducto de energía detrás de un panel desmontable que había en el mamparo de la bodega. La primera vez que había visto al monstruo de la protomolécula que se había colado como polizón en la *Roci* en Ganímedes, la criatura se hallaba a menos de medio metro del lugar en el que había encontrado el pólipo. Le

puso la piel de gallina darse cuenta de todo el tiempo que llevaban paseando aquellos restos de la criatura.

Usó la pala para arrancarlo del conducto y luego metió tanto la pala como el pólipa en la bolsa de vacío, que encendió para que se sellase. Usó el soplete en el conducto durante varios minutos y calentó el metal al rojo para eliminar cualquier resto que hubiese dejado al arrancar los restos de protomolécula. Luego rebusco en los suministros de la bodega hasta que encontró una sonda de repuesto de la nave. La abrió y metió la bolsa en el interior.

Se conectó al canal general de comunicaciones de la *Roci* y dijo:

—Naomi, ¿estás libre?

—Sí —respondió unos segundos después—. En el centro de mando. ¿Qué necesitas?

—¿Podrías activar el control manual de la sonda... A ver... 117A43?

—Claro. ¿Qué quieres que haga con ella?

—Voy a lanzarla por la puerta de la bodega. ¿Podrías esperar unos cinco minutos y después dirigirla al sol de Ilo?

—Sin problema —respondió Naomi, sin hacer la pregunta que su tono inquisitivo era incapaz de ocultar. Holden desconectó la radio.

La sonda era poco más que un pequeño sensor electromagnético e infrarrojo que incluía un rudimentario sistema de navegación. Del tipo que los navíos militares usaban para ver lo que podía esconderse en la cara oculta de un planeta. No era mucho mayor que una boca de incendio de la Tierra y era muy pesado. Holden la empujó hacia las puertas de la bodega a sabiendas de que le iba a costar mucho detenerla.

Ilo rotaba en el exterior y el malhumorado color oscuro de la capa de nubes tenía ciertas partes blancas e incluso huecos por los que podía verse el azul del océano en la superficie. Llevaría tiempo, pero el planeta conseguiría salir adelante. Los lagartos mimo volverían y empezarán a competir por el espacio con niños humanos y esos pequeños e irritantes bichos que mordían y caían muertos al hacerlo. Dos biología alienígenas que se enfrentaban para expandirse. O tres. O cuatro. Nada que Ilo no hubiese experimentado unos cuantos miles de millones de años antes. Nuevos enfrentamientos que en realidad no eran nada nuevos.

Holden puso la mano enguantada en la sonda que flotaba junto a él y, con la otra mano, señaló el planeta.

—Ha sido gracias a ti, amigo. Es el segundo mundo que salvas y, otra vez, no tenemos manera de agradecértelo. Me gustaría haber sido más amable contigo.

Rio en silencio, porque casi oyó cómo el viejo inspector decía en su cabeza:

«Para empezar, podrías no ponerte a decir cómo te sientes tú durante mi funeral vikingo».

—Vale. Nos vemos al otro lado. —Hasta entonces, Holden no había creído que hubiese otro lado. Para él, la muerte no era más que una nada infinita. Pero quizá, solo quizá, a veces sí que hubiese algo, algo relacionado con una tecnología alienígena descontrolada, eso sí—. Adiós, amigo mío.

Empujó la sonda con fuerza y la máquina flotó despacio fuera de la nave. Holden la vio menguar hasta que se convirtió en un pequeño punto que reflejaba la luz de la estrella de Ilo. Al cabo, se iluminó unos instantes en los que surgió de un costado el penacho de la llama de un motor y salió disparada lejos del planeta. Holden esperó hasta que desapareciese de su vista y cerró las puertas de la bodega.

Se quitó el traje espacial en el interior de la esclusa después de que terminase el ciclo de cierre. Naomi lo esperaba al otro lado de la puerta interior de la esclusa de aire.

—¿Qué tal? —saludó él.

—¿Se acabó?

—Sí. Ya he hecho lo que tenía que hacer.

—Pues venga a mi camarote, marinero —dijo ella—. Hay algo que quiero enseñarle.

Holden flotaba a medio metro sobre la cama con el cuerpo empapado en sudor. Naomi flotaba a su lado, esbelta y alargada, despeinada después de hacer el amor. Holden se tocó el cuero cabelludo y sintió las gotas de sudor que se le habían acumulado en las puntas del pelo.

—Menudas pintas tengo —dijo.

—Me gustan los puercoespines. Yo te veo bien. —Naomi apoyó un alargado dedo del pie en el mamparo y se acercó unos centímetros más a los controles atmosféricos. Apuntó el conducto de aire hacia ellos, y Holden sintió un cosquilleo en la piel mientras se secaba con el aire frío.

—Por mucho que me duche, no creo que llegue a quitarme de encima el rastro que Ilo ha dejado en mi cuerpo —añadió un momento después.

—Yo me he pasado varias semanas en un calabozo. Te lo cambio.

—Lo siento.

—No fue culpa tuya, solo mala suerte. ¿Sabías que el tipo de seguridad, Havelock, fue compañero de Miller en Ceres?

Holden tocó la cama para rotar un poco y mirar cara a cara a Naomi.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Era compañero de Miller antes de que nosotros lo conociésemos.

—Me hubiese gustado saberlo antes.

—Eso crees ahora, pero solo habría complicado las cosas.

—Sí, puede que tengas razón —dijo Holden, que suspiró y se estiró hasta que le estallaron las articulaciones—. No pienso hacerlo nunca más.

—¿El qué?

—Abandonarte. Pensaba que iba a morir en la superficie de Ilo, que tú ibas a morir en órbita y que ni siquiera podríamos darnos la mano cuando ocurriese, fue terrible y no se me ocurre nada peor.

—Sí —admitió ella con un asentimiento—. Te entiendo.

—Te prometo que no volverá a ocurrir.

—Vale. ¿Por qué dejaste libre a Basia?

Holden frunció el ceño. La verdad era que no estaba muy seguro de por qué lo había hecho. Y también era algo que se había esforzado por ignorar.

—Porque... me cae bien. Y Lucia también me cae bien. Romper esa familia no solucionaría nada. Me creo que hiciese explotar antes la plataforma de aterrizaje para intentar salvar vidas. Además, no va a poner más bombas. Y también tengo que tener en cuenta una de las cosas que me dijo Murtry, la única que merece la pena: que estamos lejos de las fronteras de la civilización y los argumentos legales tan cortantes no tienen tanto sentido por aquí. Quizá algún día sí.

—Si no hay leyes en la frontera, ¿por qué te las das de poli? —dijo Naomi con una sonrisa en el gesto.

—Eso ha dolido —respondió Holden entre risas.

Se quedaron flotando juntos y cómodos en silencio durante un rato.

—Me acabas de recordar que tengo que ir a ver qué tal está nuestro prisionero —dijo Holden al fin.

—¿Para regodearte? —preguntó Naomi dándole un golpecillo en las costillas—. Sé que te encanta regodearte al final cuando todo ha salido bien.

—Es lo que hace que todo merezca la pena.

—Ve —dijo al tiempo que apoyaba los pies en el mamparo e impulsaba a Holden hacia el armario con las manos—. Vístete y péinate.

—No tardo —dijo él mientras sacaba la ropa—. Me gustaría que me enseñases otra cosa.

—Tenemos que recuperar el tiempo perdido.

—Y tanto.

Holden se dirigió al tigre para lavarse los dientes y la cara antes de visitar a Murtry en la enfermería. Mientras deshacía los nudos y adecentaba la maraña en la que se había convertido su pelo, Amos entró flotando y se limitó a esperar.

—¿Quieres algo? —preguntó Holden—. ¿Necesitas intimidad?

A Amos siempre le había dado igual usar el baño en compañía.

—Me ha dicho Naomi que vas a ver a Murtry —dijo el mecánico con un tono neutro y comedido.

—Así es.

—Me dijiste que tenía prohibido verlo.

—Así es.

—¿Puedo acompañarte, aunque sea? —preguntó Amos.

Holden estuvo a punto de decir que no, pero lo pensó por un minuto y terminó por encogerse de hombros.

—Claro. ¿Por qué no?

La herida de la pierna de Murtry no era particularmente grave, pero la bala que había disparado Holden le había astillado el húmero derecho, y lo tenían retenido en la enfermería mientras el sistema médico controlaba la regeneración del hueso. El jefe de seguridad de ECR tenía el brazo izquierdo esposado al asiento de colisión. Cuando se hubiese recuperado un poco más, lo llevarían a uno de los camarotes en los que Amos había colocado una cerradura por el exterior.

—Capitán Holden —saludó Murtry cuando entraron—. Señor Burton.

—Bueno —dijo Holden como si continuase con una conversación que tenían pendiente—. He recibido un mensaje de mi contacto en la ONU hace unas horas. Está ansiosa por conocerlo. Lo dejaremos en el complejo de la ONU en la ciudad Lovell de la Luna. Llevé a un prisionero allí hace mucho tiempo y dicha persona prácticamente ha dejado de existir para todo el Sistema Solar. Quizá hasta consiga que los pongan en celdas adyacentes.

—Habla como si yo fuera el que ha quebrantado la ley, pero no lo he hecho —aseguró Murtry.

—En estos momentos, un equipo de abogados muy capaces de la Tierra está pensando en la manera de meterlo entre rejas. Tienen casi dos años para que se les ocurra algo. Disfrute del viaje de vuelta.

—Y yo estoy aquí para explicarte por qué no vas a disfrutar ni un solo minuto —aseguró Amos.

—No tengo por qué aguantar esto —dijo Holden—. Es mi prisionero.

—Pues entonces será mejor que salgas de aquí —respondió Amos.

Holden miró a Murtry y el hombre le sostuvo la mirada.

—Sin problema, Amos. Nos vemos en la cocina en un minuto.

—Recibido, capi —dijo Amos sin dejar de sonreír al prisionero.

Holden esperó en la esquina de fuera de la enfermería, preocupado por si a Amos se le ocurría matar al prisionero.

—¿Va a golpear a un hombre indefenso tumbado en la cama de un hospital solo porque fue más listo que usted? —preguntó Murtry intentando ocultar su inquietud con desprecio.

—No, no, claro que no —dijo Amos fingiendo pesar—. Con eso no tengo problema. Fuiste muy listo al atacarme por la espalda. Me gusta el juego y sé cuándo me enfrento a un buen jugador.

—Entonces... —empezó a decir Murtry, pero Amos siguió hablando.

—Pero me obligaste a matar a Wei. Wei me gustaba.

Se hizo un silencio sepulcral en la estancia, y Holden estuvo a punto de volver a entrar por miedo a encontrarse con Amos ahogando al hombre hasta la muerte. Poco después, Amos siguió hablando:

—Acabaré contigo y será cuando no estés indefenso. ¿Te vale?

Holden no se quedó a oír el resto de la conversación.

Epílogo

Avasarala

Vyakislav Pratkanis, presidente de la Cámara congresual de Marte, tenía una excelente cara de póquer. Después de más de tres días de reuniones y comidas y noches en el teatro y en cócteles, lo máximo que aquel hombre había expresado en su gesto era una especie de sorpresa pusilánime. Avasarala no sabía si en el fondo estaba muy asustado o tan solo no comprendía la situación, pero suponía que era por esta última razón.

—Siento no poder acompañarla esta tarde —dijo el hombre al tiempo que le estrechaba la mano con brusca y concisa eficiencia.

—Miente muy bien —respondió Avasarala con una sonrisa—. La mayoría de los hombres que pasan mucho tiempo conmigo están convencidos de que se les caerá la polla si no se apartan de mí lo más pronto posible.

El hombre abrió los ojos como platos y le dedicó una risilla amable que se veía a la legua que había practicado delante de un espejo. Ella hizo lo propio. Los gobiernos se encontraban en Aterpol, el de más categoría de los barrios subterráneos de Londres Nova. Había seis comunidades más desperdigadas bajo el suelo de Aurorae Sinus. Avasarala tenía que admitir que los marcianos habían hecho un trabajo muy respetable al recrear un mundo subterráneo en aquel lugar. La cúpula falsa de Aterpol se cernía sobre ella a mucha altura y estaba iluminada con una gama muy equilibrada que conseguía convencer a su cerebro primitivo de que se encontraba al aire libre en la Tierra. Los edificios del gobierno estaban diseñados con una amplitud que casi hacía olvidar que la ciudad entera (la red planetaria entera, en realidad) estaba construida como si fuese una maldita tumba. La ausencia de magnetosfera había hecho que la prioridad de los marcianos fuese la protección contra la radiación. Pero gracias a eso y a la baja gravedad que la hacía parecer que

recorría los pasillos con la ligereza de una colegiala, Avasarala no se había enamorado del planeta.

—Ha sido un honor compartir opiniones con usted —aseguró el hombre.

Ella inclinó la cabeza.

—En serio, Vyakislav. Ya ha acabado todo, no tiene por qué seguir haciéndome la pelota.

—Como diga, señora —dijo el hombre sin que su expresión cambiase ni un ápice—. Como diga.

En el pasillo que llevaba al patio interior, Avasarala tiró del sari para colocárselo mejor. No es que lo tuviese muy mal puesto, pero lo llevaba algo descompensado y no dejaba de pensar en colocárselo bien. Había unas luces tenues colocadas en candelabros de piedra por las paredes. El aire olía a sándalo y vainilla, y una música agradable y reconfortante sonaba por el lugar. Era como si el gobierno se hubiese convertido en un *spa*.

—¡Chrisjen! —gritó un hombre mientras ella entraba en el patio interior de techo alto.

Avasarala se dio la vuelta. Era un hombre alto con la piel varios tonos más oscuros que la suya y el pelo solo un poco más blanco que su melena grisácea. Avanzaba hacia ella con los brazos extendidos. Se dieron un abrazo. Al verlos, nadie habría supuesto que eran los mandatarios de dos de las grandes organizaciones políticas de la humanidad. Puede que la Tierra tuviese miedo del Cinturón y que el Cinturón estuviese resentido con la Tierra, pero la APE y la Organización de las Naciones Unidas tenían un decoro diplomático que mantener y, en realidad, la verdad es que a Avasarala le caía bien aquel viejo cabrón.

—No irías a marcharte sin despedirte, ¿verdad? —preguntó él.

—La nave no zarpa hasta mañana —respondió ella—. Iba a salir a cenar con unos amigos.

—Bueno, aun así me alegro de verte. ¿Tienes un minuto?

—¿Para el líder militar de la mayor organización terrorista del espacio conocido? —preguntó Avasarala—. ¿Cómo no iba a tenerlo? ¿Qué ocurre?

Fred Johnson caminaba despacio y Avasarala se tropezó con él varias veces. El patio interior era de piedra pulida. En el centro, había una fuente de la que el agua fluía despacio entre dos figuras humanas abstractas y de género indeterminado. El hombre se sentó en el borde. Las lentas ondas que recorrían la superficie le dieron la impresión a Avasarala de que el líquido de la fuente era muy aceitoso.

—Siento no haberte podido ayudar más ahí dentro —dijo Fred—. Pero ya sabes cómo es esto.

—Lo sé. Mareamos la perdiz todo lo que podemos, como siempre.

—Hay muchos cinturianos en esas naves. Si me pongo muy severo, será aún peor que ser demasiado flexible.

—No tienes que justificarte conmigo —aseguró Avasarala—. Ambos estamos limitados por las particularidades de la situación. Sea como fuere, al menos no estamos tan jodidos como Pratkanis.

—Lo sé —dijo Fred al tiempo que negaba con la cabeza.

—¿Anderson Dawes aún se encarga de los asuntos políticos ahí fuera? Johnson se encogió de hombros.

—En términos generales, sí. Se dedica a poner orden en esa jaula de grillos, unos grillos que tienen muchas armas y también una sobredosis neolibertaria en los relativo a las propiedades. ¿Y tú? ¿Qué tal Gao de subsecretaria?

—No es imbécil, pero está aprendiendo a fingir cómo serlo —respondió Avasarala—. Me encargaré de que termine por usar las palabras y hacer los gestos adecuados. —Fred Johnson gruñó. La fuente burbujeo y la música horrible y reconfortante perdió su cualidad consoladora. Avasarala sentía que estaba a punto de ocurrir algo, pero era fruto de su imaginación. Lo cierto era que llevaban ocurriendo cosas desde hacía mucho tiempo.

—Cuídate, Fred —dijo.

—Seguimos en contacto.

Las fuerzas de seguridad de la ONU y de Marte habían bloqueado para ella la estación de metro. Se sentó en un vagón con ventanas tintadas y tres guardas de seguridad armados en las puertas. Los asientos de plástico miraban hacia los lados, y se vio reflejada en los cristales. Tenía aspecto cansado, pero al menos la baja gravedad la hacía parecer más joven. No le gustaba el efecto que tenía la edad en sus mejillas. El vagón siseó por las vías. En el exterior, el metro estaba despresurizado para reducir el roce. Avasarala apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos un momento.

Marte había sido el primero. No la primera estación ni la primera colonia, pero sí el primer intento de la humanidad de cortar lazos con la Tierra. La colonia presuntuosa que había declarado la independencia. Y si Solomon Epstein no hubiese sido marciano y tampoco hubiese perfeccionado su motor de la manera en la que lo había hecho, Marte se hubiese convertido en el

primer verdadero campo de batalla interplanetario. En lugar de eso, la Tierra y Marte habían forjado la típica amistad incómoda en la que cada bando se sentía superior al contrario y se repartía el Sistema Solar. Así había sido desde que ella tenía uso de razón.

Ese era el peligro de ser una política anciana. Las costumbres eran más duraderas que las situaciones de las que surgían. Las políticas sobrevivían a los acontecimientos que habían dado lugar a ellas. La amplitud del poder de la humanidad estaba cambiando, y los modelos que ella usaba para encontrarle sentido también tenían que cambiar. No dejaba de recordarse que el pasado era un lugar diferente, uno en el que ya no vivía.

El metro se detuvo en Nariman, y Avasarala salió del vagón. La estación estaba llena de lugareños a los que habían retenido hasta que terminara su viaje. En la Tierra, habrían sido un batiburrillo de anglosajones, africanos, asiáticos y polinesios. En Marte eran marcianos, y ella era una terrícola. Mientras el destacamento de la Tierra le buscaba un carrito, la mujer se preguntó qué sería lo próximo. Neoterrícolas, supuso. A menos que el nombre de los okupas ganara más adeptos. ¿Cómo se llamarían entonces? ¿Ilenses? ¿Ilusiones? Menudo nombre de mierda, joder.

Y vaya por Dios si estaba cansada. Todo era tan grande y tan peligroso que le daba muchísimo miedo. Y estaba agotadísima.

Habían cerrado una habitación privada al fondo del restaurante solo para ella. Era un espacio en el que cabían unas doscientas o trescientas personas. Había candelabros de cristal. La cubertería era de plata de verdad. Copas de vino de cristal de Bohemia y una moqueta que pretendía imitar alfombras persas de siglos de antigüedad. Bobbie Draper estaba sentada a la mesa, lo que hacía que a su alrededor todo pareciese más pequeño.

—Joder —dijo Avasarala—. ¿Llego tarde?

—Me dijeron que viniese antes para pasar el control de seguridad —respondió Bobbie al tiempo que se levantaba. Avasarala caminó hacia ella. Le resultaba raro. Había sido capaz de abrazar a Fred Johnson con facilidad y elegancia a pesar de que solo le importaba porque era un rival político y una herramienta. Bobbie Draper le gustaba de verdad, pero no estaba segura de si debía abrazar a la exsargenta de artillería, estrecharle la mano o limitarse a sentarse y hacer como si se vieses todos los días. Optó por la última de las opciones.

—¿En la comunidad de veteranos, entonces? —dijo Avasarala.

—Me sirve para pagar las facturas —respondió Bobbie.

—Me parece bien.

Un joven de rasgos finos, atractivos y con unas manos muy cuidadas salió de la nada y les sirvió agua y vino a las dos.

—¿Tú qué tal? —preguntó Bobbie.

—En general bien. Me han hecho un trasplante de cadera. Arjun dice que estoy más gruñona.

—¿Nota la diferencia?

—Tiene mucha práctica. Joder, no sabes cómo odio el nuevo trabajo. Ser ayudante de la subsecretaría era el trabajo perfecto para mí. Tenía el mismo poder, pero me libraba de las gilipolleces. Ahora que me han ascendido tengo que viajar y reunirme con gente.

—Antes también te reunías con gente —dijo Bobbie, que le dio un sorbo al agua e ignoró el vino—. Te dedicas a eso. A reunirte con gente.

—Ahora tengo que estar ahí. No me gusta pasar semanas en una nave para tener una conversación que podría haber tenido desde mi puto escritorio.

—Vale —dijo Bobbie—. Ya veo a qué se refería Arjun.

—No te hagas la listilla —dijo Avasarala al tiempo que aquel joven guapo les traía las ensaladas. Lechuga crujiente, rábanos y unas saladas aceitunas negras. Ninguno de los productos había visto la luz del sol. Avasarala cogió el tenedor—. Y ahora pasa esto.

—Me he estado informado por los canales de noticias. ¿Tratados de acceso directo a las puertas?

—No, eso es mentira. Es lo que contamos a los reporteros para que tuviesen algo de lo que hablar. El tema es mucho más complicado.

El tenedor de Bobbie se detuvo a medio camino de su boca. Frunció el ceño. Avasarala se bebió de un trago media copa de vino. Suponía que era del bueno.

—El problema —dijo mientras señalaba a Bobbie con el tenedor para darle más énfasis— es que confié en James Holden. Hizo todo lo que le dije que hiciera. No soy imbécil, pero pensaba que se comportaría un poco más como James Holden.

—¿Como James Holden? ¿A qué te refieres?

Avasarala le dio un mordisco a la lechuga.

—¿Sabes cuántas naves hay de camino al Anillo? En estos momentos, en estos mismos momentos, hay mil seiscientas naves de camino y todas y cada una de ellas creen que lo de Nueva Terra es un ejemplo de lo que está por venir. Johnson y yo enviamos a Holden como mediador porque era la persona perfecta para dejar claro que el lugar estaba hecho un desastre y no era viable. Para que las complicaciones le quedasen claras a todo el mundo. Esperaba

tener que dar ruedas de prensa cada vez que alguien estornudase en ese lugar. Holden tiene fama de empezar una guerra cada vez que habla, pero ¿qué ha hecho ahora que yo necesitaba algo de conflicto? Pues le ha dado por hacer bien su trabajo, joder.

—No entiendo —dijo Bobbie—. ¿Por qué querías que hubiese conflictos?

—Para echar el freno —dijo Avasarala—. Para salvar Marte. Pero no he podido.

Bobbie soltó el tenedor. El joven atractivo había desaparecido. Hacía bien su trabajo. Las dos necesitaban estar a solas de verdad.

—Miles de soles, Bobbie. Tres órdenes de magnitud más de lo que jamás hemos tenido. ¿Eres capaz de imaginártelo? Porque yo no. Y la mayoría, o quizá todos, tienen al menos un planeta habitable con atmósfera respirable. Un lugar capaz de albergar vida. Esa es la razón por la que los anillos dan precisamente a esas estrellas. Fuera lo que fuese lo que pretendían esos putos botarates que crearon la protomolécula, está claro que buscaban lugares parecidos a la Tierra. Y los encontraron. Lugares que se parecen mucho más a la Tierra que Marte. Nueva Terra ha sido el precedente, un precedente que se ha convertido en una jodida historia con final feliz que demuestra que podemos salir adelante si trabajamos juntos. Es un ejemplo de que si llegas y te asientas en uno de esos planetas antes que nadie consigues quedártelo. Bienvenida a la mayor migración de la historia de la civilización humana. Fred Johnson cree que puede controlarlo porque domina el cuello de botella que hay en la estación Medina, pero también está al mando de la APE. Es demasiado tarde.

—¿Y por qué intentar controlarlo? ¿Por qué no dejar que la gente se asiente donde quiera?

—Por Marte —respondió Avasarala.

—No lo entiendo.

—Marte cuenta con la segunda flota más grande del sistema. Unas quince mil cabezas nucleares. Seiscientos acorazados. Y a saber cuántos navíos de guerra más. Las naves son más modernas que las de la Tierra. Están mejor diseñadas. Son más rápidas. Cuentan con mejor camuflaje térmico, reciclan el agua más rápido y tienen cañones de protones de alta energía.

—Lo de los cañones de protones es un mito.

—No lo es. ¿Qué crees que harán con la segunda armada más potente que existe?

—Proteger Marte.

—Marte está acabado, Bobbie. Holden, ese cabronazo de Havelock y quien coño sea esa Elvi Okoye son los responsables. La mitad del gobierno marciano lo ha aceptado y han empezado a cagarse por la pata abajo. Es que, joder, ¿quién se va a quedar en Marte? Hay miles de nuevos mundos en los que no hay que vivir en cuevas ni llevar trajes de aislamiento para caminar por el exterior. Nadie se va a quedar aquí. ¿Sabes lo que pasaría si la mitad de la población de la Tierra se marchara a esos mundos que hay más allá de los Anillos?

—¿Qué?

—Que tiraríamos algún que otro tabique para que las casas fuesen más espaciosas. Hay mucha gente que vive de la ayuda básica. ¿Sabes lo que pasaría si se marcha el veinte por ciento de la población de Marte?

—¿Que se pararía el proyecto de terraformación?

—Se pararía el proyecto de terraformación. Mantener la infraestructura básica sería mucho más complicado. Las arcas del gobierno se quedarían sin dinero. La economía se vendría abajo. La república de Marte desaparecería. Y es lo que va a ocurrir, porque acabamos de perder la única oportunidad que teníamos de detenerlo. El gobierno será una mera marioneta en un planeta que nadie quiere porque nadie necesita. Los materiales que se exportan desde aquí serán abundantes porque habrá miles de nuevos sistemas en los que la minería es mucho más sencilla ya que uno no muere asfixiado cuando falla algún componente del equipo. ¿Y qué sería lo único que podríais vender? ¿Vuestro único recurso?

—Las quince mil cabezas nucleares.

—Y las naves necesarias para usarlas. ¿Y quién se va a hacer con esas naves cuando Marte se convierta en un pueblo fantasma, Bobbie? ¿Dónde irá esa gente? ¿A quién van a matar? Todos hemos empezado a mover nuestros peones para prepararnos para el primer conflicto militar interestelar. Y James Holden, que podría haber convertido Nueva Terra en un ejemplo de por qué es mejor quedarse en casa y darnos un respiro, ha encontrado la manera de volver a cagarla.

—¿Haciendo lo que tú le dijiste?

—Algo así.

—Tampoco es que tuviese alternativa —aseguró Bobbie.

—Supercherías.

—Vaya —dijo Bobbie—. Joder.

—Sí.

Se quedaron un rato en silencio. Bobbie tenía la mirada perdida en la ensalada. Avasarala terminó la copa de vino. Sabía que la antigua marine había empezado a darle vueltas a todas las implicaciones y a las consecuencias. Bobbie entornó los ojos.

—Esta cena... Esto es una reunión para reclutarme, ¿verdad?

Avasarala entrelazó los dedos.

—Bobbie, como te he dicho, hemos empezado a mover nuestros peones y...

—¿Sí?

—Necesito que vuelva a alistarse, sargenta.

Agradecimientos

Como ocurre siempre, hay muchas personas sin las que este libro no habría visto la luz del sol. Tenemos una gran deuda de gratitud con nuestro agente Danny Baror y nuestro editor Will Hinton, con el maravilloso equipo de Orbit, con la banda de Sakeriver y con Joseph E. Lake Jr. Todos nos han ayudado a mejorar la novela. Como siempre, las incongruencias y la molesta verborrea son culpa nuestra.



JAMES S. A. COREY. Pseudónimo bajo el que se esconden Daniel Abraham y Ty Franck. James y Corey son los segundos nombres de Abraham y Franck, respectivamente; y S. A. son las iniciales de la hija de Franck.

Bajo este nombre han escrito «The Expanse», una saga de ciencia ficción integrada por los libros: *El despertar del Leviatán* (*Leviathan Wakes* 2011), *La guerra de Calibán* (*Caliban's War* 2012), *La puerta de Abadón* (*Abaddon's Gate* 2013), *La quema de Cíbola* (*Cibola Burn* 2014), *Nemesis Games* (2015), *Babylon's Ashes* (2016) y *Persepolis Rising* (2017).

Al igual que otros muchos autores, han publicado una serie de relatos cortos que tienen lugar en el mundo de la saga: *The Butcher of Anderson Station: A Story of The Expanse* (2011), *Gods of Risk* (2012), *Drive* (2012) (que es parte de la antología *Edge of Infinity*) y *The Churn* (2014).

Su primera novela, *El despertar del Leviatán*, fue nominada en el año 2012 al premio Hugo a la mejor novela, y al Locus a la mejor novela de ciencia ficción. Y *La puerta de Abadón* ganó el premio Locus a la mejor novela de ciencia ficción.

La saga está siendo adaptada para la televisión, bajo el título de *The Expanse*.

También han escrito la novela *Honor Among Thieves* (2014), ambientada en el mundo de *Star Wars*, y una historia corta titulada *A Man Without Honor*,

incluida en la antología *Old Mars*, editada por George R. R. Martin.